

Peter Forbath

CONGO LUSO

La conquista portuguesa
del Congo
(1482-1502)

de



NARRATIVAS HISTÓRICAS

Lectulandia

Congo Luso (1482 - 1502) es una estremecedora novela sobre el choque cultural entre Europa y África, una vívida reconstrucción de un episodio que Occidente se ha esforzado en olvidar.

Un intenso relato de la evangelización a sangre y fuego del Congo por los portugueses, al hilo de la historia de Gil Eanes, un personaje al que vemos dudar, ilusionarse, aprender y ser presa de las más duras contradicciones que puede afrontar un hombre íntegro.

Mucho se ha escrito sobre la evangelización que llevaron a cabo los españoles en América, pero hasta ahora carecíamos de la gran novela sobre la llegada de los portugueses a África.

Una historia sorprendente.

Lectulandia

Peter Forbath

Congo Luso

**La conquista portuguesa del Congo
(1482-1502)**

ePub r1.0

Titivillus 06.05.2019

Título original: *Lord of the Kongo*
Peter Forbath, 1997
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



6^o Aniversario



Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa

Para Missy, que me sirvió de guía a través de la selva.

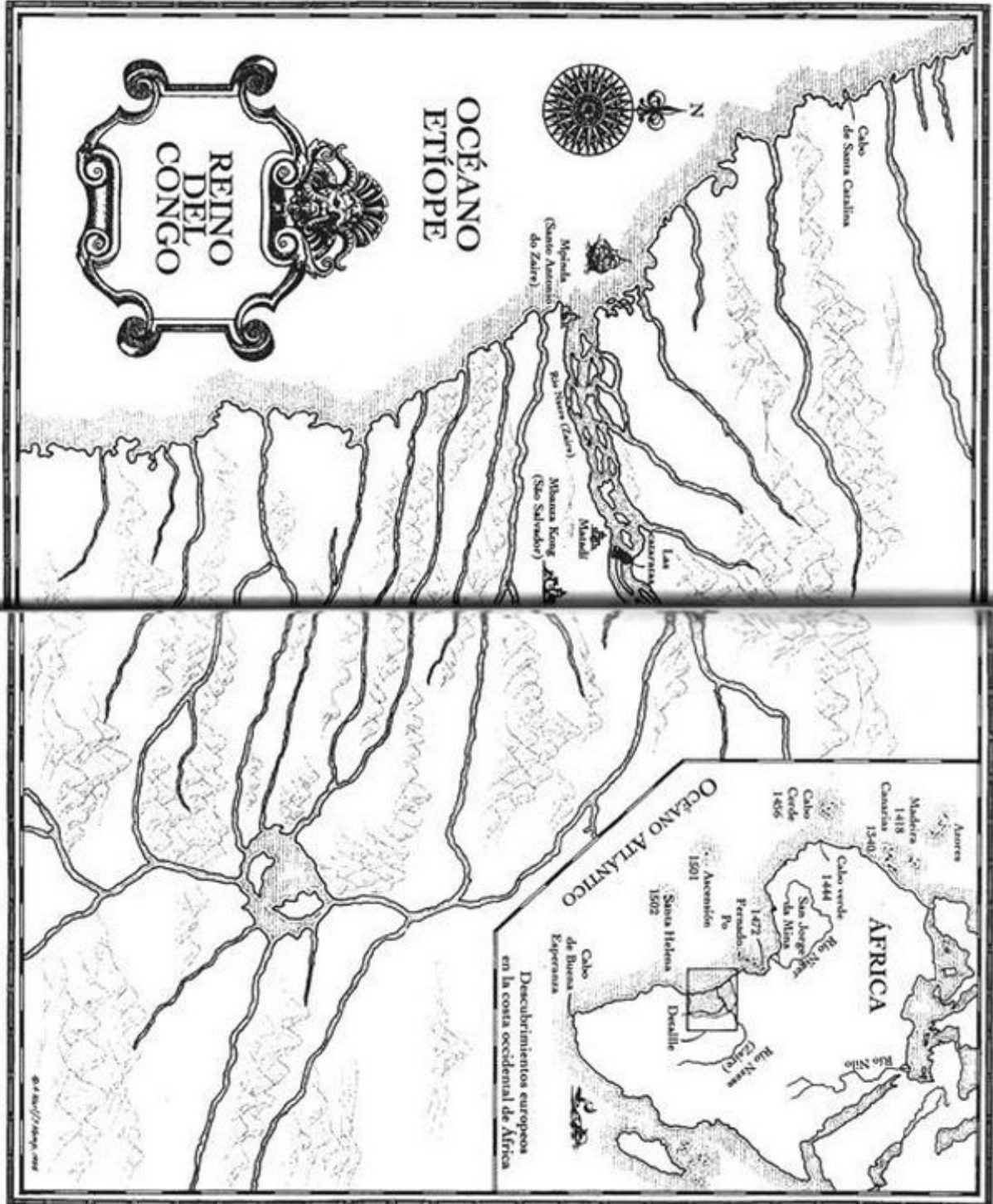
Allí está del Congo el amplio reino, por nosotros convertido a la ley de Cristo; a través del cual fluye el largo Zaire de cristalina corriente, un río que los antiguos nunca vieron.

Luis de Camões (1524? - 1580) *Os lusíadas*, C. V, est. 13

NOTA DEL AUTOR

La historia que se narra en esta novela es real. Los personajes principales y los hechos centrales están tomados de las crónicas del siglo XVI escritas por los capitanes portugueses, los escribanos reales y los misioneros.

PETER FORBATH



PRIMERA PARTE

1482

I

«¡Fondeadero seguro a babor!» El grito del vigía llegó desde la cofa del palo mayor de la *Leonor*. «Fondeadero seguro, fondeadero seguro, tres puntos a babor.»

Gil Eanes, el paje del capitán, un chiquillo de quince años, barbilampiño, de ojos de un azul claro y largo pelo rubio, que subía por la escalerilla de los camarotes del castillo de popa cargado con una bandeja de platos y jarros de peltre sucios, se detuvo a echar una mirada. No vio nada. La *Leonor*, una carabela de la armada portuguesa, de cuatro palos y 150 toneladas, navegaba a barlovento en una bordada a estribor, y se encontraba a unas dos leguas de la costa avanzando a una velocidad de más de cinco nudos a toda vela con rumbo sur. Era mediodía y una bruma pegajosa y espesa, resplandeciente bajo el implacable sol africano, empañaba la visión de la costa. Miró hacia el alcázar de la nave. El piloto, José Vizinho, un nervudo judío con la barba enmarañada por el viento, miraba hacia tierra con un largo anteojo de latón.

Llevaban transcurridos noventa y tres días desde que salieron de Faro (su puerto de origen en el Algarve portugués), veintiuno desde San Jorge da Mina (el último asentamiento europeo en la costa occidental africana en aquellos tiempos) y seis desde el cabo de Santa Catalina (hasta entonces el punto más austral alcanzado por una nave europea en la costa africana). Iban, por mandato de su rey Juan II, buscando una ruta marítima alrededor del extremo meridional de África que les abriera el paso al océano índico. Era el 12 de agosto de 1482 (según el calendario juliano), y, ciertamente, no era ésta la primera embarcación que intentaba la hazaña. Durante más de sesenta años, desde que el infante don Enrique (que pasaría a la historia con el nombre de Enrique «el Navegante») pusiera en marcha la audaz empresa, las naves portuguesas habían ido bajando milla a milla por la costa atlántica de África con la esperanza de encontrar más tarde o más temprano un camino alrededor del mítico Prassum Promontorium y romper el monopolio islámico sobre el fabuloso comercio de las especias y la seda con Calicut y el lejano Catay.

«Fondeadero seguro, fondeadero seguro, tres puntos a babor, sudsudeste. Una gran bahía.»

El piloto Vizinho hizo el avistamiento. Bajó el anteojo y ordenó un cambio de rumbo a través del escotillón que tenía a sus pies al timonel que manejaba la caña en el entrepuente debajo del alcázar. Luego se lo gritó al contramaestre, quien, con su silbato y su voz de trueno, se la trasladó en forma de orden a un grupo de marineros para que maniobraran la pesada lona de la vela latina del palo de mesana, mientras otros tripulantes subían a toda prisa por los obenques del palo mayor para arriar la mayor. Al mismo tiempo, el segundo contramaestre, Nuno Gonçalves, corrió a proa para desenrollar la cadena de la sonda. Toda esta actividad hizo que el capitán y cosmógrafo, Diego Cão^[1], saliera a cubierta.

Gil Eanes miró de nuevo a tierra y, en esta ocasión, forzando mucho la vista a través del fuerte y ondulante resplandor, también hizo el avistamiento. Durante los seis días de navegación desde el cabo de Santa Catalina, la costa se había distinguido por los acantilados de arcilla roja, y la estrecha playa de arena se adentraba tan gradualmente en el mar desde el pie de los acantilados, que, algunas veces, se encontraron con aguas muy poco profundas hasta casi cinco leguas de la costa. Sin embargo, aquí los acantilados caían a pico y, en el perfil bajo de la costa, dos puntas de tierra se adentraban en el océano como los extremos de la pinza de un gigantesco cangrejo, que encerraban lo que parecía un profundo fondeadero natural de unas seis leguas de anchura.

Gil elevó la mirada al alcázar. Diego Cão, un hombre chaparro, de hombros anchos, el pecho musculoso, el rostro moreno picado de viruelas, enormes y pobladas cejas, barba espesa y negra, había cogido el catalejo del piloto y ahora observaba la costa mientras la *Leonor* viraba tres puntos a babor, en un rumbo de 146 grados, y, muy ceñida, empujada ahora por un viento de costado, se dirigía a la rada. Convencido de que el capitán intentaba hacer una recalada, Gil corrió al castillo de proa para dejar la bandeja con los platos sucios.

El piloto Vizinho midió la altura del sol con el astrolabio, consultó la tabla de declinaciones y anotó la medición en la pizarra detrás de la bitácora. Estaban aproximadamente a seis grados de latitud sur. Gonçalves, el segundo contramaestre, en las cadenas de proa, comenzó a soltar la sonda. Pero incluso después de navegar hacia la costa durante casi una hora (el tiempo que tardó Gil en finalizar con su trabajo en el castillo de proa y volver corriendo a cubierta), todavía estaban en aguas profundas. Aparentemente, el escalón de arena que habían encontrado hasta entonces a lo largo de la costa marcada por los acantilados también acababa ahora con los farallones. No obstante, había algo que no acababa de encajar. La proa de la nave cabeceaba de una forma

extraña como si estuviera navegando contra una corriente que fuera en dirección al mar, una corriente más fuerte cuanto más se aproximaban a la bocana. Es más, a medida que se acercaban, el mar cambiaba paulatinamente de color, tomando una coloración amarronada cada vez más intensa.

Cão volvió a mirar por el catalejo, Vizinho ordenó otra corrección de rumbo al timonel, Gonçalves continuó soltando la sonda sin encontrar fondo, Gil se coló en la cubierta de proa debajo de la vela de abanico junto a Gonçalves y, desde allí, quizás él fue el primero en verlo: un terrón de tierra en el que crecían jacintos azules y hierbajos, como si fuese una isla en miniatura, sólo que esta isla flotaba hacia la nave sobre la amplia alfombra de un agua fangosa que salía de la rada. Pero antes de poder llamar la atención de Gonçalves, éste también la vio y después varias más y gritó la noticia al contramaestre, quien la transmitió a Cão, que estaba mirando el mar desde el alcázar.

—¿Qué es, don Nuno? —preguntó Gil.

—Un río.

—¿Un río?

—Sí, *rapaciño*, un río muy poderoso, mucho más poderoso que cualquier otro que yo conozca. Mira. Dame tu mano. —El maestre recogió el escandallo y dejó que el agua que goteaba del plomo formara un charquito fangoso en la palma de la mano de Gil—. Pruébala.

Gil se llevó la mano a la boca.

—¿Y bien?

—No es salada, don Nuno. Es dulce.

—Sí, es agua dulce. Agua de río. Y qué río debe ser para verter sus aguas tan lejos dentro del mar. Míralo, aquél es el río. —Gonçalves señaló la amplia franja marrón de mar que salía del fondeadero arrastrando docenas de diminutas islas flotantes—. Ése es el río que se vierte en el mar y arrastra la tierra del fondo y de las riberas entre las que corre. Mira lo poderoso que es. Mira cómo debemos luchar contra él. Mira cómo la *Leonor* cabecea contra la corriente.

—¿Y la bahía?

—No es una bahía, rapaz. Es la boca del poderoso río. —Gonçalves volvió a lanzar la sonda y a cantar las brazas. Finalmente, tocó fondo y gritó —: Noventa brazas. —Y después—: Ochenta brazas.

Acercarse a una costa desconocida, y tener que enfrentarse a un río tremendamente poderoso, exigía ser un marino de primera. ¿Quién sabía cuáles eran las corrientes o dónde estaban los bajíos y los escollos que podían

conducir a la *Leonor* al desastre? ¿Quién podía acertar a decir cuáles eran los vientos que soplando desde tierra podían confundirse con la brisa marina que ahora se abatía por la aleta? La punta de tierra que por el sur se adentraba en el océano y formaba la mitad inferior de la bocana emergió de pronto de la resplandeciente calina para mostrarse como un promontorio arbolado por encima de una playa sembrada de peñascos donde las olas rompían en cascadas de espuma teñidas de un color marrón amarillento por el agua del río. Cão ordenó rizar las velas para reducir la velocidad, pero no lo suficiente como para perder la batalla contra la corriente fluvial cada vez más poderosa. Aprovechó la brisa de tierra para navegar ceñido durante un rato y luego se apartó, siempre atento a la sonda mientras iba disminuyendo la profundidad, y de esta manera llevó a la *Leonor* alrededor del promontorio y entró en lo que parecía una gran bahía, pero que en realidad era la desembocadura de un gran río.

A sotavento del promontorio, la ribera sur de la desembocadura se elevaba desde la playa rocosa hasta un espeso bosque de palmeras, mangles y helechos gigantes. Ahora era bien avanzada la tarde, el sol estaba bajo allá por el oeste, y el promontorio proyectaba una fresca sombra azul que se extendía media legua o más sobre la superficie del agua. Cão navegó por la sombra. Todavía contaba con mucho fondo debajo de la quilla. Gonçalves cantó treinta brazas, veinticinco, veinte. Cuando cantó quince, la *Leonor* estaba a unas novecientas varas^[2] de la costa y Cão ordenó al timonel que virara al este, río arriba, de proa a la corriente.

Fue un avance lento. La *Leonor* navegaba sólo con la vela de abanico y el trinquete de aparejo latino rizado —la vela latina de mesana y la mayor cuadrangular estaban acurrulladas—, de modo que Cão se valía hábilmente de la brisa marina que menguaba deprisa y la refrescante brisa de tierra. Navegaban bastante cerca de la ribera sur por la banda de estribor y oían carretear a las cotorras, parlotear a los monos en los árboles de la selva y veían a las garzas reales, a los flamencos y a otras aves acuáticas de patas largas entre las rocas y el fango de la orilla y cómo no, de vez en cuando, a los cocodrilos sumergidos que asomaban apenas sus ojos protuberantes, mientras las gaviotas y los cormoranes sobrevolaban la embarcación, graznaban y se zambullían. Sin embargo, no había señal de vida humana.

Cão continuó acercándose al río durante dos horas y entonces, con la proximidad del ocaso y el alargamiento de las sombras, ordenó al timonel que virara hacia la costa —apenas disponía de diez brazas— y llevó a la *Leonor* a una caleta apartada. Aquí mandó arriar velas y echar el ancla. En cuanto se

apagó el chapoteo producido por el ancla, un apacible silencio se adueñó de la nave, un silencio todavía más encantador gracias a los cantos de los pájaros, al parloteo de los monos, al rumor del viento en la fronda y al chapoteo del agua contra el casco de la *Leonor*. Toda la tripulación, unos cincuenta hombres, se acomodó en la borda para contemplar el silencio, incluidos los dos africanos que llevaban a bordo. Eran achantis de la costa de Oro que hablaban portugués y que habían embarcado en San Jorge da Mina para actuar de intérpretes. Eran hombres fornidos, musculosos, de un sorprendente color negro azulado, las cabezas rapadas, las mejillas tatuadas, provistos de lanzas y escudos de cuero de búfalo. También ellos contemplaban en silencio las crecientes sombras del bosque en la ribera de este río desconocido en esta tierra nunca vista anteriormente. Ahora se estaba más fresco y había menos humedad gracias a la refrescante brisa que soplaba de tierra, y nubes grandes como galeones poblaban el cielo teñidas en tonos pastel por el sol del ocaso.

Dieron la vuelta a la ampolleta o reloj de arena de media hora junto a la bitácora del alcázar, tocaron la campana, y entró el segundo turno de la guardia vespertina. Las estimas que la guardia anterior había escrito en la pizarra se copiaron en el cuaderno de bitácora y se borraron. Nuno Gonçalves subió al alcázar para ocupar su puesto como oficial de guardia. El capellán de la nave, el padre Sebastião, un viejo franciscano de barba gris, hábito pardo y sombrero de teja o de ala ancha, y el rosario anudado a la cintura, subió con él para impartir la bendición a la tripulación. A la vista de que el capitán y el piloto permanecían en el alcázar, el otro oficial de la *Leonor*, el sargento de marina Fernão Tristão, que comandaba el contingente de alabarderos, ballesteros, artilleros y arcabuceros, subió para reunirse con ellos. Cão mandó además que subieran los dos intérpretes achantis.

Por lo general, los miembros de la tripulación que no hacían guardia se iban a buscar la cena que repartía el contramaestre en la cocina debajo de la toldilla del castillo de proa (galletas, queso, tasajo, un diente de ajo y un jarro de vino de Madeira) y se retiraban a sus rincones favoritos en la cubierta principal —sólo los oficiales tenían camarotes con literas en el castillo de popa— a comer, lavar la ropa, reparar los equipos, pulir las armaduras y aceitar las armas, tallar maderas, pescar, o sencillamente a cotillear y contar historias. Pero esta tarde, incluso estos mismos marineros se quedaron junto a la borda en la cubierta superior, agrupados en el combés, ansiosos por escuchar lo que el capitán decía a sus oficiales y a los achantis. Todos tenían muy claro que habían viajado por el Atlántico con rumbo sur mucho más lejos

que cualquier otro europeo y que habían llegado a una tierra que nadie había visto antes.

Gil estaba entre ellos, aunque le tocaba hacer la siguiente guardia, la primera de la noche, y, por lo tanto, se arriesgaba a quedarse sin cenar.

—¿Qué te parece a ti la situación, José? —le preguntó Cão al piloto—. ¿Debemos bajar a tierra y probar suerte? Nos quedan otras dos horas de luz.

Vizinho meneó la cabeza.

—Si hay negros por aquí, mi capitán, no se ven, y no se ven por la sencilla razón de que ellos no quieren que los veamos. Están escondidos, y si están escondidos, nunca los encontraremos no importa las horas de luz de que dispongamos.

—El piloto tiene razón, señor —dijo el sargento de marina—. Además, ¿quién puede decir que hay negros en esta región?

—Hay negros en esta región, Fernão, de eso puedes estar seguro. Éste es un gran río, quizás el más grande en toda la creación por lo que se ve, y la gente siempre vive en las orillas de los grandes ríos.

—Eso es verdad, mi capitán —afirmó Vizinho—. Pero sería mejor para nosotros dejar que ellos se presenten cuando lo consideren oportuno. Si permanecemos aquí tranquilamente durante algún tiempo y ellos ven que no tienen nada que temer de nosotros, les dominará la curiosidad y aparecerán por propia voluntad. Recordad que nunca han visto una embarcación como la nuestra, ni hombres con los rostros blancos.

—Muy bien, esperemos que pase la noche y ya veremos qué nos trae la mañana. ¡Paje!

—¿Capitán?

—Quiero cenar.

—Sí, señor.

El capitán comía en su gran camarote en la banda de estribor del castillo de popa, inmediatamente detrás del entrepuente y el pañol, con el mástil de mesana atravesado en el centro, con aquellos de sus oficiales que no estaban de guardia, y, excepto por algunos pequeños lujos como las pasas, higos y mermeladas, comía lo mismo que los marineros. A la hora en que Gil acabó de servir y de recoger los platos de los oficiales, tuvo que ir directamente al alcázar para presentarse al siguiente turno de guardia.

Esta guardia siempre comenzaba con la llamada a la oración de la tarde. Mientras Gil encendía el farol de bitácora, el padre Sebastião guió a la tripulación en el rezo del padrenuestro y del credo, y después entonó una sentida, aunque desafinada *Salve Regina*. Inmediatamente, los oficiales y los

marineros se dispersaron, y Gil permaneció en el alcázar con Fernão Tristão, que era el oficial de guardia.

Era ya noche cerrada. El sol se había hundido como una piedra en el océano. Gil se hallaba en el camarote del capitán y cuando salió, las últimas luces habían desaparecido de la tierra, del mar y del cielo. No había salido la luna, pero tampoco tenía importancia porque los nubarrones que habían comenzado a aparecer a lo largo de la tarde cubrían ahora completamente el cielo y las estrellas. Era noche negra como boca de lobo. Incluso resultaba difícil distinguir la silueta de los árboles de la orilla. Y era una noche de absoluto silencio, sólo roto por los graznidos y gritos de las aves y los monos en la selva; los murmullos de los marineros; el crujido de las maderas y el chapoteo del río contra el casco a medida que entraba la marea.

El chapoteo del río..., a Gil le costaba recordar que estaban anclados en la desembocadura de un río, y no en una ensenada del mar. Pero el hecho de que se tratara de un río al parecer era muy importante. Toda la conversación durante la cena en la mesa del capitán había girado sobre ese tema. Cão lo había llamado *río Poderoso*, y todos estuvieron de acuerdo en que era el río más grande de cuantos habían visto hasta la fecha.

Gil no tenía manera de juzgarlo, pero sí sabía que en los más de sesenta años que los navíos portugueses llevaban navegando por la costa occidental africana, habían descubierto muchos grandes ríos: el río de Ouro, el Senegal, el Gambia, el Volta, el Benín y los ríos que forman el delta del Níger, y sabía también que el capitán, de los demás no podía decir lo mismo, los había visto todos. No era una cosa baladí que el capitán dijera que este río, por el tamaño de la desembocadura, la fuerza de la corriente y el volumen de agua que descargaba en el océano, podía ser el más largo y poderoso del mundo. Y resultaba evidente que la idea le entusiasmaba. Porque ¿quién podía decir dónde comenzaba un río tan grande y adonde podía llevar? A lo mejor se podía navegar desde aquí, en la costa atlántica y a través de toda África, hasta la costa del océano Indico al otro lado del continente.

—Deja de soñar, muchacho —dijo Fernão Tristão—. Da la vuelta al reloj. Toca la campana.

—A la orden, mi sargento. —Gil se apresuró a dar la vuelta a la ampollita de media hora y señaló que lo había hecho tocando la campana de la nave. Todos los marineros de guardia escucharon y contaron las campanadas para saber cuánto les faltaba para ser relevados por el segundo turno, la guardia del cementerio. Las ocho campanadas señalarían el final de la guardia. Gil tocó la campana dos veces.

—¿Sargento?

—¿Sí? —Tristão era un hombre más alto que el capitán, con una barba mucho mejor recortada y, a diferencia de él, que vestía como un marinero común, usaba prendas mucho más elegantes.

—¿Cree que este río nos llevará a las Indias, sargento?

—Ya lo veremos, muchacho. Ya lo veremos.

—¿Y cómo lo veremos?

—Navegando por él, veremos dónde nos lleva. Así es como lo veremos.

A medianoche, después del relevo de la guardia, Gil fue a la cocina y cogió un puñado de galletas, queso y vino para reemplazar la cena perdida y se los llevó a su rincón en la cubierta principal. Los marineros que estaban fuera de servicio dormían envueltos en sus mantas excepto los dos achantis. Los africanos permanecían sentados con las espaldas apoyadas en el mamparo, hablando entre sí con voz queda en su propio idioma. Mientras tomaba su cena, Gil los observaba en la suave y oscilante luz de las lámparas de aceite colgadas de las vigas de la cubierta superior e intentó comprender lo que decían. Le gustaba la armonía de su idioma y tenía la idea de que podía aprenderlo sólo con escuchar atentamente y observar los diferentes gestos y expresiones faciales que hacían mientras hablaban. Después de unos minutos, los africanos se callaron para mirarle. Él les sonrió y los negros le devolvieron la sonrisa.

—¿Sabíais que hemos llegado a la desembocadura de un río y no a una bahía? —preguntó.

Ellos asintieron.

—¿Conocéis este río? —Probablemente era una pregunta estúpida. Después de todo, estos hombres estaban ahora a centenares de leguas de sus hogares en San Jorge da Mina. Pero así y todo, a la vista de que el capitán y los demás creían que podía ser el río más grande del mundo, era posible que los achantis tuvieran alguna noticia al respecto—. ¿Lo habéis oído mencionar? Sin duda, algún viajero ha tenido que hablaros de un río grande y poderoso como éste.

Segou, el mayor de los dos africanos, respondió a la pregunta.

—No, nunca he oído que ningún viajero mencionara un río grande y poderoso como éste.

—Yo tampoco —señaló Goree, el achanti más joven.

—No, no conocemos este río. Tampoco conocemos a la gente que vive en las orillas. Hoy los hemos visto vigilándonos desde la selva, y vimos que son una gente muy distinta a nosotros, el pueblo achanti.



El vigía del bauprés durante la última guardia fue el primero en verlos, aparte de los dos achantis. Dio la voz de alerta momentos antes del final de la guardia cuando todavía no había amanecido. Los marineros en masa corrieron a la borda. En el momento en que Gil subía al alcázar, José Vizinho, el oficial de guardia, había ido a la proa y el vigía gesticulaba animadamente señalando río arriba. Cão, Gonçalves y los dos achantis se encontraban en el alcázar y miraban en la misma dirección; sin pérdida de tiempo el sargento reunía a sus soldados en el combés. Tristão vestía una cota de malla debajo de la sobreveste de cuero y llevaba la cabeza cubierta por un casco de acero con el ala curva llamado *salade*. Como única arma llevaba un machete. En cambio, los soldados se protegían con corazas e iban armados de la siguiente manera: cinco con ballestas, cinco con alabardas y cinco con arcabuces. Su aspecto amenazador aumentaba la tensa excitación de los marineros, muchos de los cuales se habían provisto de cuchillos, pasadores, cabillas, palos de escoba y cualquier otra cosa que tuvieran a mano. El padre Sebastião estaba entre ellos, con los ojos cerrados y las manos unidas, elevando al cielo sus plegarias.

—Allá, mi capitán —anunció Gonçalves bruscamente, señalando río arriba—. Allá están.

Al mismo tiempo, Vizinho gritó desde la proa y señaló río arriba. Varias siluetas oscuras, que sin duda debían ser personas si no eran monos del tamaño de un hombre, estaban reunidas en la rocosa orilla del extremo oriental de la cala donde había fondeado la *Leonor*. Resultaba difícil ver qué aspecto tenían o cuántos eran en las últimas sombras de la noche. Aquellos que divisaban eran los que se habían acercado a la orilla, quizás una docena, pero bien podía haber muchos más en la oscuridad de la costa boscosa que tenían a sus espaldas.

—¡Sargento!

—¿Sí, mi capitán?

—Que ninguno de los soldados emprenda acción alguna hasta que reciba una orden directa de mis labios.

—Se hará como usted mande, mi capitán.

—Contramaestre, todos los marineros a sus puestos.

—Sí, mi capitán.

—¿Puedes verlos mejor que yo, Nuno?

—No lo creo —respondió Gonçalves.

—¿Y tú, Segou?

—Hay dieciocho canoas y...

—¿Canoas?

Cão y Gonçalves se exclamaron al mismo tiempo y forzaron la mirada. La oscuridad se disipaba por momentos, pero en realidad más que lo que se veía, era el ruido del chapoteo en el río, lo que revelaba la presencia de las canoas.

—... y otros trece en la costa —prosiguió Segou—. En los árboles hay quizás unos veinte más, pero son mujeres y niños, señor.

—Bien, Segou. Muy bien. Y los de las canoas, ¿vienen hacia nosotros?

—Todavía no, señor. No creo que nos vean mejor de lo que nosotros los vemos a ellos; esperan la luz del día.

—¿Van armados?

—Llevan arcos y aljabas a la espalda. Los llevarían preparados si tuviesen la intención de usarlos.

Cão sonrió al escuchar las palabras del achanti.

—Avísanos si lo hacen.

Segou miró a Cão y le devolvió la sonrisa.

Gil, que no había dejado de vigilar la ampollita, le dio la vuelta, pero cuando fue a tocar la campana, Cão alzó una mano para impedirlo. Evidentemente, suponía que cualquier sonido extraño procedente de la nave podría espantar a los negros o incitarlos a atacar.

La tensión a bordo era la propia de la expectativa, y no la del miedo. Hasta el momento la navegación no había sido más que una larga y tediosa travesía: cuatro meses de rutina, que justificaban que los hombres estuviesen inquietos y aburridos. Así que no les importaría en absoluto disfrutar de una buena pelea. La mayoría se consideraban veteranos de la costa occidental africana y no sentían otra cosa que desprecio por los guerreros y las armas guineanas. Para ellos, todos los africanos eran guineanos y sus arcos y flechas, sus lanzas y sus escudos no tenían nada que hacer frente a la pólvora y el acero portugués.

—Ya vienen, señor.

Segou lo dijo en el momento en que Gil daba la vuelta a la ampollita por quinta vez. Era la hora de la amanecida, el cielo azul se veía perlado por el este con los primeros rayos solares. Ahora sí era fácil ver las canoas que navegaban río abajo en dirección a la carabela.

Había seis y avanzaban desplegadas. Cada una estaba hecha de un solo tronco de tres a cinco metros de largo, e iban tripuladas por tres nativos. Remaba únicamente el hombre instalado a popa; los otros dos iban sentados uno detrás del otro con las piernas y los brazos cruzados, y los arcos y las

aljabas sujetas a la espalda. Dieciocho hombres: el recuento de Segou era correcto. Resultaba más difícil ver a los trece de la orilla en el extremo de la cala. A juzgar por las apariencias eran altos y musculosos, y vestían unas faldas largas hechas de una tela azul aterciopelada. También ellos llevaban arcos y aljabas colgadas de los hombros, salvo uno que estaba apoyado en lo que parecía una larga lanza y se cubría la cabeza con un tocado de plumas. En cuanto a las mujeres y a los niños mencionados por Segou permanecían fuera de la vista, ocultos entre los árboles.

Cão se acercó a la borda de estribor del alcázar junto con Gonçalves. Si no fuera por las dagas que llevaban sujetas al cinturón, se diría que iban desarmados. Los dos achantis, con lanzas y escudos, estaban detrás, tapando parcialmente la visión de Gil. En la cubierta superior, Tristão también se había acercado a la borda de estribor. Los soldados habían formado filas detrás del sargento, y jugaban inquietos con las armas sin quitar ojo, expectantes, al capitán de la nave.

—¿Por qué no avanzan más? —preguntó Cão.

Segou dio un paso al frente. Gil, después de echar una rápida mirada a la ampolleta para asegurarse de que no era el momento de darle la vuelta, hizo lo mismo. Las canoas se habían detenido a unas cien varas a estribor de la carabela; los hombres a popa ciaban con gracia pero con tremenda fuerza para mantener a las embarcaciones inmóviles en la corriente, que ahora se veía reforzada por el tirón de la bajamar. El resto de hombres de las canoas se habían puesto ahora de pie.

—Paje, el catalejo.

Gil corrió al armario junto a la bitácora y aprovechó la oportunidad mientras entregaba el catalejo a Cão para colocarse entre el capitán y Segou, y tener así la oportunidad de ver a los negros de las canoas. Hubiese dado cualquier cosa por ser él quien ahora estuviera mirando por el catalejo.

—¿Qué hacen ahora, capitán? —gritó Tristão desde la cubierta superior—. No alcanzo a ver lo que hacen. No avanzan ni retroceden.

—Paciencia, Fernão —replicó Cão, y se volvió hacia Segou—. ¿Cómo interpretas su comportamiento, mi buen amigo?

—Sólo puedo decir, mi señor, que han venido a mirarnos.

«Sí, eso tiene que ser», se dijo Gil en una chispa de pura intuición: habían venido a mirar el navío y a los hombres de a bordo, pero sobre todo, a mirarlos con ardiente e inimaginable curiosidad. Porque, como había dicho el piloto, aquellas gentes nunca habían visto una nave como ésta ni a hombres con los rostros blancos que la tripularan. Ahora los veían; por primera vez en

sus vidas y en las vidas de todos sus antepasados veían a un navío y a los hombres con los rostros blancos. Ésta era la razón que movía Gil a tener el catalejo pegado al ojo, para ver sus expresiones mientras miraban algo que nunca habían visto, algo que ni siquiera habían soñado que pudiera existir. Los hombres que estaban de pie en sus canoas a unas cien varas de distancia eran fuertes y jóvenes, más altos que los achantis, más esbeltos y de un color mucho más claro. Diríase que era de un color achocolatado, como el de la miel oscura, con los pómulos altos y los ojos rasgados. A diferencia de los achantis, no se afeitaban la cabeza, sino que tenían el pelo negro corto, crespo y ensortijado.

—Habla con ellos, Segou —dijo Cão—. Salúdalos en nombre de nuestro rey.

Segou dejó la lanza y el escudo. Se llevó las manos a la boca a guisa de bocina, y les gritó a los negros de las canoas. Gil creyó entender lo que gritó; al menos entendió las palabras achantis de bienvenida (Segou y Goree las habían empleado con él en multitud de ocasiones) y el nombre del rey portugués, Juan II. Los negros de las canoas se volvieron hacia Segou al escuchar su voz y comenzaron a cuchichear entre ellos. Al parecer, no habían visto a los achantis hasta ahora, un rostro negro entre los rostros blancos. Y cuando Goree se unió a Segou para gritarles algo más, aumentó su consternación. Ninguno de los negros de las canoas gritó una respuesta.

—¿Qué les has dicho, Segou? —preguntó Cão.

—Los he saludado en nombre de nuestro rey y les he preguntado el nombre del suyo.

—¿Y tú qué les has dicho, Goree?

—Les he dicho que nuestro rey es mucho más poderoso que el suyo.

El rostro de Cão mostró una expresión desafiante al escuchar estas palabras.

—Diles que venimos en son de paz, Segou. Diles que traemos regalos de nuestro rey para el suyo.

Cuando Segou comenzó a gritar este mensaje, Gonçalves descubrió de pronto que Gil estaba metido entre el capitán y Segou, por lo que lo cogió por el cuello para empujarlo a la bitácora, donde la arena del reloj acababa de agotarse en la ampolleta de media hora. Gil corrió a darle la vuelta y, debido a la mirada furiosa de Gonçalves, permaneció donde estaba, con lo cual no pudo ver gran cosa de lo que estaba ocurriendo en el agua. Pero lo oía todo, y lo que oyó durante el tiempo que tardó en bajar la arena y darle otra vez la vuelta a la ampolleta, fue que daba lo mismo lo que el capitán le dijera a

Segou que gritaba a los hombres de las canoas, porque fuesen las que fuesen las provocativas apostillas que Goree añadía de su propia cosecha para enfado del capitán, los hombres de las canoas no respondían.

Y entonces, sencillamente, viraron las canoas y remaron río arriba para reunirse con el grupo que estaba en la orilla.

—Al menos no dan la menor señal de que hayan venido a pelear — comentó Cão con un suspiro de frustración.

—Don Nuno —susurró Gil.

Gonçalves se volvió.

—¿Qué están haciendo?

Gonçalves le mostró a Gil el dorso de la mano en un gesto de fingida amenaza y no le hizo caso. Gonçalves era el amigo entrañable de Gil. Larguirucho, calvo y con la barba corta, había puesto al muchacho bajo su protección desde el inicio del viaje y le había enseñado lo que necesitaba saber de la carabela y la navegación de altura. Quizá porque recordaba su primer viaje por alta mar en una embarcación de vela latina, había mantenido un ojo en el muchacho, y había refrenado su vivo entusiasmo, aunque no lo suficiente como para estropearle la diversión.

—¿Y ahora qué diablos pasa? —preguntó Cão—. Echen una ojeada.

Gil no pudo resistir la tentación, y una vez más se apartó de la bitácora para espiar por encima de la borda entre el capitán, Gonçalves y los dos achantis.

Las canoas habían embarrancado en el extremo de la cala y, en consecuencia, los remeros permanecieron en sus puestos, pero el resto de los pasajeros desembarcaron para cederles el lugar a los que esperaban en la orilla. Únicamente el nativo con el tocado de plumas apoyado en la lanza no se embarcó; quizás era el jefe. Los remeros iniciaron su trabajo y las canoas emprendieron una nueva travesía río abajo hacia la *Leonor*. A Gil le pareció muy lógico. Todos querían ver de cerca la extraordinaria aparición de esta nave que parecía un pájaro de inmensas alas que había aparecido en la desembocadura de su río con hombres de rostros blancos a bordo.

—Una vez más, Segou, salúdales de parte de nuestro rey.

Y una vez más, los achantis gritaron los saludos del rey de Portugal. Y una vez más, los negros de las canoas comentaron sorprendidos entre sí, pero no respondieron. Y una vez más, después de permanecer inmóviles durante dos vueltas de la ampolleta, emprendieron el camino de regreso hacia la orilla.

—Se han ido, capitán —gritó Tristão desde la cubierta superior.

—Sí, Fernão, ya lo vemos —replicó Cão con un leve tono irritado.

—¿Cree que volverán? ¿O debo ordenar a los soldados que descansen?

Cão se volvió hacia Segou.

—¿Volverán?

—No lo sé, señor.

El sol estaba a la altura de las vergas y la humedad aumentaba por momentos. Gil se quitó la gorra de cuero y se enjugó la frente. Algunos de los soldados se despojaron de sus cascos y aflojaron las correas de las corazas. La mayoría de los marineros miraban a Cão en el alcázar desde sus puestos, y se preguntaban qué pasaría a continuación. El piloto, que había permanecido en la cubierta de proa con el vigía del bauprés durante toda la peculiar visita de los negros, se acercó a la popa.

—Mi capitán, ¿puedo tocar la campana? —preguntó Gil.

—Sí, paje, puedes tocar la campana.

Gil tocó la campana siete veces. Una vuelta más de la ampolleta y acabaría la primera guardia de la mañana.

—Bien, José, ¿qué te parece todo esto?

Vizinho era el hombre más instruido de a bordo, incluido el sacerdote. Excelente matemático, astrónomo y cartógrafo, además de ser el mejor piloto de la flota, era la persona a quien Cão consultaba siempre que necesitaba un consejo.

—No hay razón para que resulte difícil remontar el río, mi capitán —manifestó—. El río es ancho y profundo. Disponemos de velocidad suficiente para maniobrar la nave y podemos aprovechar las brisas de tierra a nuestro favor. Quizá, río arriba, encontremos negros mejor dispuestos.

—Pero no crees que debemos hacerlo.

—No, mi capitán. Creo que debemos esperar aquí un poco más.

—Lo mismo digo, señor —señaló Gonçalves—. Creo que los negros que hemos visto aquí volverán y traerán a otros más con ellos. Creo que ahora se han ido sólo para hablarles de nosotros al resto de su gente, seguro que regresarán con ellos.

—No tenemos tiempo que perder, Nuno. Hay muchas cosas que hacer. Debemos explorar el río para ver adonde lleva, y quién puede decir cuánto tiempo necesitaremos. Luego debemos continuar nuestro viaje al sur para encontrar un paso hacia el océano índico si resulta que este río no es el camino. ¿Y quién puede decir cuánto tiempo vamos a necesitar?

—Lo comprendo, capitán. Pero no habrá por qué lamentar la pérdida de un día. Estoy seguro de que los negros volverán hoy mismo.

II

Pero no lo hicieron. Los nativos no volvieron hasta el día siguiente. A esa hora, el comienzo de la segunda guardia de la mañana, Cão estaba preocupado y ansioso por cumplir sin demora la misión de encontrar una ruta marítima que los llevara hasta las Indias. Lo tenía todo dispuesto para continuar la navegación: las anclas recogidas, el trinquete desplegado y la verga del trinquete colocada en su sitio; su segundo, apostado en la proa, tenía preparada la sonda; el piloto aguardaba en el alcázar para guiar al timonel en el entrepuente; y la chalupa, amarrada al bauprés, tripulada por ocho marineros y el contra maestre esperaba la orden de remolcar a la *Leonor* fuera de la cala y situarla en la corriente donde podía navegar a toda vela contra la fuerza del agua y explorar este poderoso río que habían encontrado. Fue entonces cuando regresaron los negros.

Y lo hicieron en gran número, con una flotilla de al menos treinta canoas, algunas sólo con tres hombres como la mañana anterior, pero otras eran mucho más grandes e iban cargadas con ocho o diez hombres. Sólo una, la mayor de todas, de unos diez metros de eslora con la proa alta y tallada, transportaba a un único hombre, el del tocado de plumas (sin duda era el jefe) que, de pie con su larga lanza, destacaba entre los remeros y los guerreros que llenaban la nave de proa a popa. En total habría alrededor de unos doscientos.

—Maestre —gritó el contra maestre desde el castillo de proa—, el capitán quiere que desamarre la chalupa y la abarloe.

Gonçalves se dio por enterado e indicó que había recibido la orden, enrolló la cadena de la sonda y caminó descalzo por el bauprés para desatar la boza de la chalupa, que arrojó al contra maestre. Apenas había acabado de hacerlo, cuando un grupo de marineros en el castillo de proa comenzó a girar el cabrestante para bajar las anclas de leva, y los marineros en los obenques del palo del trinquete, que unos minutos antes habían cortado las cintas para desplegar el trinquete con un fuerte chasquido, volvieron a enrollarlo, mientras Tristão y los soldados corrían al combés, cargados con sus armas y poniéndose los cascos y las corazas. El padre Sebastião los bendecía a todos trazando en el aire la señal de la cruz. Toda esta actividad provocó una conmoción entre los negros de las canoas, y sus excitados comentarios

llegaron a la nave portuguesa como el zumbido de un enjambre de abejas volando sobre el agua. Pero ya fuera por esta actividad o porque pensaban hacerlo de todos modos, como lo hicieron la mañana anterior, los remeros detuvieron las embarcaciones y comenzaron a ciar para mantenerse a una distancia de cien varas de la nave.

Cão, cargado con una pequeña bolsa de lona gris, se acercó a la borda de estribor en el combés a la altura donde se encontraba la chalupa.

—Esta vez, Segou, no gritaremos como unos tontos desde la nave. Ahora vamos allí a hablar cara a cara, de hombre a hombre. Contra maestre, que echen la escala.

Dos marineros echaron la escala hasta la chalupa, y el contra maestre y un tripulante la sujetaron por el último travesaño para mantenerla tensa.

—Anímate, *marinheiro* —gritó Cão arrojando el saco a los brazos de uno de los remeros. Luego añadió—: Venga, Segou, deja la lanza y el escudo. Todavía nos haremos amigos de esos salvajes. —Se encaramó en la borda.

—Don Diego —dijo el padre Sebastião.

Cão miró hacia atrás.

—Va usted a encontrarse con los negros en nombre de nuestro rey, don Diego. Permítame que le acompañe en nombre de nuestro Señor.

El capitán consideró la petición por un momento.

—Como usted quiera, padre.

—¿Yo también puedo ir, señor? —preguntó Gil.

—¿Y en nombre de quién vas a ir tú, paje?

Gil no tenía una respuesta preparada y, por un instante, miró a su alrededor, consternado. Pero enseguida se le ocurrió algo y respondió:

—En vuestro nombre, mi capitán. Iré en vuestro nombre, como vuestro fiel paje.

—No hagas el payaso, *rapazinho* —le reprochó Gonçalves con severidad—. Vuelve a la cubierta de proa que es tu sitio.

—Un momento, Nuno. —Cão sonreía divertido—. ¿Por qué no dejarle venir? ¿Por qué no hacer que el chico pruebe por primera vez lo que es el África aquí donde hemos encontrado este gran río? ¿Es que no puede traernos suerte? Muy bien, fiel paje, vendrás en mi nombre. —Cão bajó la escala y se acomodó en la chalupa.

Unas cuantas y poderosas paladas de los ocho remeros llevaron la chalupa a unas veinte varas de la gran canoa del jefe negro, y a menos de diez varas de las canoas más pequeñas que formaban un escudo protector. Ahora Gil pudo complacer su deseo: vio con toda claridad las expresiones de los negros. Eran

tal cual las había imaginado. Estaban embelesados, como si los hombres blancos hubiesen llegado hasta ellos desde las estrellas.

Cão recogió la pequeña bolsa gris que había arrojado a la chalupa y se acercó a la proa de la embarcación. Segou le acompañó. Gil y el padre Sebastião les siguieron. El calor y la humedad de la mañana iba en aumento, el resplandor del sol casi los cegaba y las nubes de diminutos y molestos insectos que se elevaban de la brillante superficie del río atacaban todas las partes de piel no protegidas. No parecían molestar a los negros de las canoas, pero incluso Segou, de vez en cuando, tenía que espantarlos. Cão desató la cuerda que cerraba la bolsa y sacó algunos artículos de trueque: dos espejos de mano, un puñado de pulseras de latón y varios cortes de tela de algodón rojo.

—Muy bien, Segou, comencemos otra vez. Saluda al jefe de parte de nuestro rey.

Gil observaba atentamente el rostro del jefe mientras Segou hablaba. Era un rostro regordete color chocolate, bien afeitado y de expresión patriarcal — la masa de apretados rizos que se veía debajo del tocado de plumas de papagayo verdes, azules y rojas era blanca como la nieve—, un rostro bondadoso que ahora reflejaba una intensa concentración.

—Dile que venimos en son de paz y traemos regalos de nuestro rey.

Mientras Segou traducía las palabras, Cão fue levantando sucesivamente los brazaletes de latón, los cortes de tela y los espejos, que movió de un lado a otro para que reflejaran la luz del sol. El jefe y los otros negros dirigieron sus miradas a los espejos, pero sus expresiones permanecieron inmutables. No parecían sorprenderse ni impresionarse por estos artículos de fabricación europea. Continuaron observándolos en silencio y esperaron como si estuviesen hechizados, pero ¿qué observaban y qué esperaban?

—¿Don Diego?

—¿Padre?

—Permitidme que les hable. Quizá respondan a las palabras de saludo de nuestro Señor, si no responden a las de nuestro rey.

Cão exhaló un largo suspiro.

—Quizá lo hagan. Tiene que haber algo que les haga reaccionar — respondió, y se apartó para que el sacerdote ocupara su lugar en la proa junto a Segou.

El padre Sebastião permaneció unos minutos con los ojos cerrados y las manos unidas en una plegaria. Luego abrió los ojos, recogió el rosario que llevaba atado en la cintura de su áspero hábito pardo, y, con el mismo

crucifijo de ónice del rosario, trazó la señal de la cruz, muy grande, muy alta y muy ancha para abarcar a todos los negros de las canoas. Esto les interesó, les sorprendió, era algo que no habían visto jamás, y sus miradas siguieron el amplio movimiento del crucifijo en la mano del sacerdote como anticipando la magia que produciría.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...*

Gil no hablaba latín. Por supuesto, lo conocía de la iglesia y ahora le sonaba más o menos igual que cuando hablaba Segou en achanti, él recogía ahora una palabra, ahora otra o frases aprendidas en las oraciones como había aprendido palabras y frases de los achanti al interesarse por las conversaciones entre Segou y Goree. Fue entonces cuando se le ocurrió algo: sí, era así como los negros escuchaban al padre Sebastião, y era así como escuchaban a Segou. Eso era. Lo mismo que él no comprendían el latín del sacerdote, ni tampoco habían entendido el achanti de Segou. ¿Y por qué habían de entenderlo? ¿Es que por ser africanos había que suponer que hablaban la misma lengua? ¿Acaso lo hacían los europeos? Gil a duras penas entendía a un andaluz o a un catalán, y mucho menos a un genovés o a un flamenco.

—Mi capitán, no entienden nada —dijo Gil.

Sin volverse, Cão replicó con un tono de cansancio:

—No esperaba que lo entendieran.

—No, mi señor, no me refiero al padre Sebastião. No hablo del latín. Es que tampoco entienden a Segou. No entienden el achanti ni el latín. Por eso no contestan. No comprenden lo que les decimos.

—Quizás es así, señor —manifestó Segou—. Lo que dice el *rapazinho* puede ser verdad.

—La gente de Benín te entiende, Segou, y la gente de Togo te entiende, y los mandingos te entienden, e incluso los ibos de Biafra.

—Así es, señor, pero esas gentes son muy parecidas a la mía, los achantis. Esta gente no.

Cão miró a los negros de las canoas. Aún continuaba con los brazaletes, los espejos y los cortes de tela en las manos. Los dejó caer en el saco que estaba a sus pies.

—Sí —asintió pensativo—. Sí, estas gentes no son como las que hemos encontrado antes. Estas gentes no son guineanas.

* * *

Desembarcaron por la tarde, después de las oraciones del mediodía, al comienzo de la primera media guardia. Las canoas continuaban agrupadas, pero la embarcación del jefe se había marchado por donde había venido, alrededor del promontorio de la cala, río arriba.

Se había marchado mientras Cão intentaba decidir cuál era la mejor manera de comunicarse con los negros, dada la ausencia de un idioma común. El rollizo patriarca había levantado súbitamente la lanza —que en realidad no era una lanza como Gil descubrió enseguida cuando estuvieron cerca, sino un cetro de madera tallada con la figura de una serpiente cuya cabeza era una bola de marfil—; sin duda aquello fue una señal convenida porque inmediatamente los remeros viraron sobre el ancla y comenzaron a remar. No obstante, y al mismo tiempo, las otras canoas más pequeñas, que formaban una barrera de protección delante del jefe, se apartaron y, al hacerlo, dejaron un paso para que la chalupa le siguiera. No había duda de que el jefe había esperado que fuera así. En varias ocasiones miró por encima del hombro con el bastón en alto en un gesto que sólo podía interpretarse como una invitación. Cão se sintió tentado a aceptarla, pero después de sopesar los riesgos que implicaba, ordenó al contraamaestre que regresaran a la *Leonor* en busca de refuerzos.

Ahora, una vez más, la flotilla abrió un paso por donde la chalupa se alejó de la carabela, y a continuación las demás la escoltaron mientras navegaba río arriba. Gil se las arregló para conservar su puesto en la chalupa —Cão no pareció darse cuenta de su presencia y Gonçalves le animó con un guiño—, pero esta vez además de Segou y el padre Sebastião, también venían Tristão, con la cota de malla y el *salade*, y cinco arcabuceros. Esta vez también Cão llevaba una coraza, un casco con penacho y una espada de doble filo. Sólo Segou, el sacerdote y Gil iban desarmados.

Sin embargo, Cão sostenía la opinión de que el arma más efectiva era la bolsa con los objetos para el trueque a los que ahora había añadido aquellas cosas que consideraba más impresionantes para los negros: cascabeles, anzuelos, puñales alemanes, ollas y sartenes y un collar de hematita. Las dagas, los machetes, los cascos, las corazas y, sobre todo, los arcabuces, sólo eran para impresionar. No tenía la menor intención de iniciar un combate con estas gentes, y así se lo hizo saber a sus hombres. Si las cosas se ponían feas, podían luchar sólo para defenderse y regresar a la chalupa que los llevaría de vuelta a la nave.

—Alzad los remos, contraamaestre.

—Sí, mi capitán.

Las canoas que escoltaban a la chalupa habían virado hacia la orilla sur pero Cão dudó en seguirlas. Sin darse cuenta, la orilla sur se había convertido bruscamente en una amplia y profunda cala en forma de media luna, y el palmeral, los manglares y otros bosquecillos que antes llegaban hasta el agua aparecían ahora retirados de la orilla varios centenares de varas, quizá por capricho de la naturaleza o por obra de los hombres, dejando un amplio claro de tierra roja. En esa explanada se levantaba una aldea de considerable tamaño y había una multitud integrada por centenares o quizá más de un millar de personas.

La chalupa se encontraba a más de un centenar de varas de la orilla sur, pero incluso desde esta distancia Gil veía con toda claridad que el poblado no era el habitual villorrio de chozas de cañas y paja que había visto en San Jorge da Mina y el cabo de Santa Catalina. Esta aldea, muy bien edificada, seguía un trazado de planta cuadrada que encerraba por tres lados (el cuarto se abría al río) la plaza mayor o mercado, en el centro del cual se erguía una única palmera muy vieja, gruesa e inmensamente alta. Las chozas mostraban un diseño y una construcción excelente. Los empinados techos cónicos, contruidos con hojas de palma superpuestas, creaban un efecto muy parecido al de las tejas europeas, y obviamente cumplían el mismo cometido. Las paredes eran de juncos trenzados, y las puertas y las ventanas aparecían cerradas con esteras multicolores. Había un grupo de tres casas más altas que las demás rodeadas de una empalizada de troncos aguzados, provista con una recia y pesada puerta de madera. En cuanto a los individuos, se parecían mucho a los que Gil ya conocía. Los hombres eran musculosos, iban bien afeitados y su color era como de chocolate; sus vestidos eran faldas azules confeccionadas con una tela aterciopelada que se sujetaban a la cintura. Las mujeres vestían prendas de la misma tela, pero atadas a la altura de las axilas para cubrirse los pechos. Los niños iban desnudos con pulseras y brazaletes de hierbas y conchas en las muñecas y en los tobillos. El anciano jefe regordete y de aspecto patriarcal no se veía por ninguna parte.

—Bien, ya estamos aquí —comentó Cão después de observar la aldea durante unos minutos—. Por lo que intuyo, parece un lugar seguro, o por lo menos, es lo que podemos suponer.

El comentario no iba dirigido a nadie en particular, y nadie se molestó en darle una respuesta. Gil miró alternativamente a Cão, a Tristão, a Segou y al sacerdote. Los rostros bañados en sudor mostraban una expresión grave. Las nubes de insectos zumbaban a su alrededor, pero ninguno hacía el menor movimiento para espantarlos.

—Muy bien, contramaestre, llévenos a tierra.

En este momento comenzaron a sonar los tambores.

Gil no los vio al principio, pero cuando la chalupa llegó a unas diez varas de la orilla, la multitud comenzó a dispersarse, unos río arriba hacia el este, otros río abajo hacia el oeste; los más, tierra adentro hacia donde se levantaban las primeras chozas de la aldea, y, al hacerlo, dejaron a la vista un grupo con tocados de plumas al pie de la solitaria palmera que se levantaba en el centro de la plaza. Los tamborileros formaban parte del grupo; sujetaban entre los muslos los tambores de forma de tonel pintados con brillantes rayas azules y rojas, y los golpeaban con la base de las palmas de las manos. Interpretaban un ritmo complicado y rápido. También había danzarines, que seguían el ritmo golpeando con los pies la tierra roja al tiempo que movían las caderas y ondulaban los brazos extendidos con la sinuosa fluidez de las serpientes. Eran mujeres. Gil, al verlas, sintió una involuntaria excitación, porque iban vestidas como los hombres, con las faldas sujetas a la cintura, y, en consecuencia, los pechos quedaban desnudos. Asimismo, había cinco hombres en el grupo con largos instrumentos de esbeltas curvas colgados de los hombros, grandes cuernos de marfil hechos con los colmillos de animales de la selva. Ellos, lo mismo que los tamborileros y las danzarinas, llevaban tocados de plumas rojas y azules, y largos collares hechos con pulidos cantos de color blanco y conchas. Cuando la proa de la chalupa tocó la arena de la playa, los hombres se llevaron los cuernos de marfil a la boca, hincharon los carrillos, y al soplar los instrumentos emitieron unas largas y dulces notas, cada uno en tono diferente pero armonioso.

Al primer toque, cuatro hombres corrieron hasta la chalupa, la sujetaron por las regatas y la arrastraron hasta arriba con tanta fuerza que el viejo padre Sebastião perdió el equilibrio por un instante. Luego, al segundo, los aldeanos se apresuraron a formar en fila por los tres lados de la plaza, dejando abierto el cuarto que daba al río y a los hombres blancos de la chalupa. Cão fue el primero en desembarcar.

—Segou, ven conmigo. Usted también, padre. Fernão, despliegue a los soldados a lo largo de la orilla, delante de la chalupa. Cuídela con su vida. Contramaestre, permanezca a bordo con los remeros y esté atento a partir al primer aviso.

No dijo nada sobre lo que Gil debía hacer, y, por un momento, el muchacho vaciló, con el corazón en un puño, porque no quería quedarse atrás. Entonces vio que Cão se había olvidado la bolsa donde llevaba los artículos de trueque, la recogió, se la echó al hombro y siguió al capitán.

Las danzarinas interrumpieron el baile; los hombres con los cuernos de marfil bajaron los instrumentos y los tamborileros se apartaron de los tambores. Cão se detuvo a unos pasos del grupo. La mirada de Gil estaba fija en los pechos desnudos de las danzarinas. Le faltaba la respiración. Fue incapaz de desviar los ojos de las mujeres hasta que se dio cuenta de que una de ellas le miraba y experimentó una sensación de pánico, un repentino acaloramiento de las mejillas, y se apresuró a mirar en otra dirección. La forma en que ella le estaba mirando debía de ser exactamente la misma que la suya, con el más absoluto asombro y total fascinación. Ella era hermosa.

—Los artículos del trueque, mi capitán.

Cão volvió la cabeza al oír la voz de Gil.

—Ah, sí, bien hecho, paje. La había olvidado. —Cogió la bolsa de manos de Gil—. Vamos a ver, Segou, quiero que hables muy despacio, muy poco a poco. Usa todo tu ingenio y tu imaginación, amigo mío. Debemos conseguir que nos comprendan.

—Sí, mi señor, haré que nos entiendan. Hablaré con mis manos además de la voz.

—Muy bien, Segou. Habla también con tus manos.

Pero no fue necesario. En aquel momento se oyó un rumor entre la muchedumbre y, como si fueran un solo hombre, los negros miraron hacia las tres chozas más altas rodeadas por la empalizada. En la puerta abierta apareció el jefe que acababa de atravesarla.

Llevaba el cetro tallado en forma de serpiente y la cabeza de marfil, pero esta vez su tocado era blanco, y no hecho con plumas de papagayo, sino con plumas de garza, flamencos y otras aves zancudas que frecuentaban las orillas. Además, llevaba una capa confeccionada también con plumas y ribeteada en el cuello y la bastilla con plumas de papagayo verdes y rojas. Era una prenda de extraordinaria belleza. Le acompañaba un hombre tan viejo como él, pero mucho más delgado, vestido de la misma guisa salvo que no llevaba cetro, sino una calabaza, probablemente llena de chinás, a juzgar por el ruido que hacía. Cinco mujeres formaban la comitiva, recatadamente vestidas con la misma tela azul, al estilo de las demás mujeres (excepto las danzarinas) y con unas telas envueltas en la cabeza a modo de turbante. Las danzarinas, los tamborileros y los que hacían sonar los cuernos se apartaron de la palmera para dejar lugar a los recién llegados.

Una de las mujeres con turbante se adelantó con un taburete de madera con incrustaciones de marfil. Tenía la forma de reloj de arena, y lo dejó detrás del jefe. El patriarca se acomodó la capa de plumas y la falda, y se sentó con

las rodillas muy separadas, el cetro entre las rodillas, observando los rostros blancos que tenía delante antes de decidir instintiva y, por supuesto, correctamente que Cão era el jefe de estos extranjeros. Eran, sin duda, los más extraños de todos los extranjeros que había visto en su larga vida, extraños en todos los sentidos, en el color de la piel, en las increíbles y voluminosas corazas y cotas de malla, en la abundancia de pelo, en lo afilado de las facciones y en lo claro de sus ojos. Su expresión parecía preguntar qué eran y no quiénes eran. Entonces desvió la mirada y movía la cabeza de forma tal que las plumas del tocado se balanceaban. Otra de las mujeres de la comitiva se acercó presurosa con otro taburete igual al anterior: de madera, con incrustaciones de marfil, de forma de reloj de arena, y lo colocó detrás de Cão. El capitán le echó una ojeada y luego, a imitación del jefe, acomodó la espada de forma que quedara sobre las rodillas y se sentó con las rodillas muy separadas. Dejó la bolsa de lona a su lado.

Y por fin, una de estas personas comenzó a hablar.

No fue el jefe. Quizás imitando a Segou, que hablaba por el capitán, el hombre flaco de la comitiva del jefe, el que llevaba la maraca, fue quien habló. Habló con energía muy deprisa, con muchos gestos grandilocuentes y durante mucho rato. Gil comprendió en el acto lo acertado de su suposición. El idioma que hablaba el hombre no tenía nada que ver con el achanti. Era un lenguaje cortado, duro, a veces sibilante, otras bronco, en ocasiones gutural y en otras hablaba chasqueando la lengua contra los dientes, el paladar o los labios. A Gil le sonaba mucho menos agradable que el achanti, más duro, fuerte y peligroso. El rostro del interlocutor le pareció malvado, furioso y amenazador. Al final, cuando acabó el discurso, hizo sonar la maraca por encima de la cabeza del jefe, cosa que provocó un murmullo de asentimiento entre los nativos y, por su parte, el jefe mantuvo la mirada fija en Cão, que la sostuvo con idéntica firmeza.

—Éste es el hombre ju-ju, mi señor —dijo Segou en voz baja—. El hechicero.

Sin apartar la mirada del jefe, Cão preguntó:

—¿Has comprendido algo de lo que ha dicho?

—El idioma es muy diferente al mío, pero creo que nos ha presentado al jefe y nos ha contado muchas cosas maravillosas sobre él.

—¿Nos ha dicho su nombre?

—Estoy seguro de que lo hizo, pero no soy capaz de decir cuál es.

—ManiSoyo —soltó Gil.

Cão dejó de mirar al jefe y, al mismo tiempo, el negro hizo lo mismo, ambos miraron a Gil con cierta sorpresa.

—¿De dónde has sacado esa idea, muchacho?

Gil se encogió de hombros.

—No lo sé, señor, pero me pareció que cada vez que el tipo con la maraca señalaba al jefe, le llamaba ManiSoyo.

Cão volvió a mirar al jefe.

El jefe continuaba mirando a Gil. Y sonreía. También él comenzó a hablar.

—ManiSoyo —dijo apoyando la palma de la mano contra el pecho allí donde se abría la capa de plumas, y volvió a repetir con una sonrisa más ancha y cálida—: ManiSoyo. —Luego señaló a Gil con el grueso dedo índice de su mano derecha.

—Por nuestra Santísima Madre que está en el cielo, hoy acabo de ver la obra del diablo, muchacho. Sí, la he visto. —Ahora también Cão mostraba una sonrisa de oreja a oreja, y le dio a Gil una sonora palmada en la espalda—. Dile tu nombre, muchacho. Por eso te está señalando.

—Gil Eanes —repuso Gil, complacido por la gentileza del capitán. Se llevó la mano al pecho y repitió—: Gil Eanes.

—Gil Iinis —repitió el jefe, con una amplia sonrisa. Dobló el dedo varias veces.

—Quiere que te acerques. Espera un momento. —Cão se agachó para meter la mano en la bolsa que tenía a sus pies y sacó el collar de hematita—. Ten. Llévale esto, y sé cortés.

Gil no podía creer lo que estaba pasando. Era el centro de la atención de todos. Todos, el capitán, Segou, el padre Sebastião, el jefe ManiSoyo y su gente, el flaco hechicero de rostro malvado, las viejas de la comitiva, los tamborileros, los que hacían sonar los cuernos, y las danzarinas, sí, especialmente las bonitas danzarinas de pechos desnudos, le miraban sonrientes, entusiasmadas con este súbito y feliz momento de comunicación de una parte del mundo con la otra, una comunicación que nunca se había hecho antes.

Cogió el collar y, a la manera de Un paje en la corte de su señor, se quitó la gorra de cuero, se inclinó en una profunda reverencia hasta hincar la rodilla en tierra, y durante una estudiada y breve espera aguantó a que le tocaran el hombro, como hubiese hecho un caballero o un hidalgo, dándole autorización para levantarse. Sin embargo, no ocurrió así: sólo escuchó el rumor de muchas voces a su alrededor y el sonido cantarín suave y alegre de una risa.

Así que alzó la mirada. El jefe le miraba radiante. Al parecer, la reverencia había sido interpretada como un gesto de cortesía y de respeto. Miró al capitán, y éste, sin dejar de sonreír encantado, le hizo un gesto de aliento con la mano. Gil se volvió una vez más hacia el jefe y le entregó el collar de hematita. El jefe cogió la joya, la pasó por entre los dedos para sentir la suavidad de la piedra preciosa verde con vetas rojas como la sangre, y luego, abriendo el collar, lo hizo pasar por encima de la cabeza del muchacho.

—No, es para vos, señor ManiSoyo —exclamó Gil, avergonzado—. Por favor, señor jefe, es un regalo de mi capitán. —Intentó quitarse el collar.

Pero el jefe le retuvo la mano y, con la misma sonrisa cantarina de antes, entre las risitas de su gente, obligó gentilmente a Gil a conservar puesto el collar.

Gil volvió a mirar a Cão, y el capitán enarcó las pobladas cejas como queriendo decir «qué le vamos a hacer», y no pareció molesto. Gil dejó el collar donde estaba. Aparentemente, para ManiSoyo el collar no era más que una baratija, más apropiado para adornar el cuello de un muchacho que el de un anciano por muy jefe que fuera. Entonces hizo otra cosa sorprendente: cogió la mano de Gil y lo atrajo a su lado. Era como si el jefe se lo hubiera apropiado porque había tenido la fortuna de adivinar su nombre, como si creyera que la afortunada adivinanza era una muestra de que Gil conocía su idioma y le serviría de intérprete. Luego señaló a Cão de la misma manera que había señalado antes a Gil y habló deprisa en su lengua sibilante, gutural y cortada. No tenía ni la menor idea de lo que decía, pero estaba preparado para acertar la adivinanza.

—Es nuestro capitán general, se llama Diego Cão y es caballero de la corte de Juan II, rey de los portugueses.

El jefe se quedó mirando a Gil, sin entender de lo que había dicho más de lo que el muchacho le había entendido a él, pero acababa de surgir entre ellos una corriente de simpatía y la sensación de que participaban del mismo juego. El jefe parecía estar dispuesto a adivinar. No obstante, no fue una respuesta afortunada la suya:

—Rey —manifestó, señalando a Cão aunque con la mirada clavada en los labios de Gil—. Rey Porta Guiis.

Gil meneó la cabeza. Comprendió que había hablado más de la cuenta. Tenía que ser más sencillo, así que señalando al capitán general aun a riesgo de parecer irrespetuoso, manifestó:

—Diego Cão. Éste es Diego Cão.

—¿Diigo Cam?

Gil asintió. Se parecía bastante.

—Diego Cão.

El capitán también asintió y, apoyando la palma de la mano contra el pecho, repitió:

—Diego Cão.

—Diigo Cam —replicó el jefe negro, apuntando con el dedo a Cão. Luego añadió—: ManiSoyo. —Y se palmeó el pecho.

Fue un gran éxito. Todo el mundo estaba entusiasmado, el jefe el primero. Quería continuar el juego. Ahora quería saber la identidad del padre Sebastião, y con el mismo procedimiento, es decir, a base de señales y palmadas, aprendió el nombre del sacerdote, pronunciando de una manera no demasiado disparatada: Pader Sebastum. Gil cayó en la cuenta de que aquel tipo flaco, de rostro malvado, que había sacudido la maraca por encima de la cabeza del jefe, al que Segou llamaba hechicero, bien podía tener respecto del jefe la misma posición que el padre Sebastião tenía respecto al capitán, así que comenzó de nuevo con la pantomima de señalar y palmearse el pecho. El nativo resultó ser NsakuSoyo. Las cinco mujeres de la comitiva del jefe fueron motivo de cierta confusión porque hasta donde Gil creía entender, todas tenían el mismo nombre: MbunduSoyo. ¿Acaso eran una única familia? ¿Soyo? Pero incluso si lo eran, ¿por qué las mujeres no tenían nombres de pila diferentes?

Gil llegó a la conclusión de que, con toda justicia, era el turno de presentar a Segou. Pero el jefe no estaba interesado en un hombre de rostro negro. Con un ademán de su mano regordeta, descartó al achanti y señaló a Tristão y a los soldados que custodiaban la chalupa, hombres de rostro blanco. Cão, convencido de que la situación no planteaba ningún riesgo, llamó al sargento de marina y a los soldados que portaban los arcabuces. Una vez acabada la laboriosa tarea de presentarlos a todos, el jefe hizo que su guardia personal —integrada por diez guerreros— se acercara. Una vez más resultó que todos tenían el mismo nombre acabado en Soyó. Gil se preguntó si alguien más era consciente de esta peculiaridad. Luego, en una súbita inspiración, se dio cuenta de la realidad.

—Soyo —dijo, y con un gesto abarcó a todo el contorno, no sólo a los miembros de la comitiva del jefe que tan laboriosamente habían sido presentados sino al resto, a las danzarinas, a los tamborileros, a los tocadores de cuernos, y a todos los hombres, mujeres y niños que formaban la audiencia en los tres costados de la plaza—. Todos soyos. ¿No es así, ManiSoyo? Todos son soyos. Son los soyos.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —preguntó Cão—. ¿Qué quieres decir?

—Son los soyos, mi capitán. Estas gentes son soyos. No nos han estado diciendo sus nombres. Nos han dicho su jerarquía: ManiSoyo, rey de los soyos; NsakuSoyo, sacerdote de los soyos; las mujeres, MbunduSoyo, es decir, las reinas de los soyos.

El jefe escuchaba a Gil con mucha atención, aunque no entendía sus palabras, pero adivinaba por los gestos y el tono de voz que lo que él decía era correcto. Y enseguida se le iluminaron los ojos brillantes con divertida admiración por la inteligencia del muchacho.

Gil se volvió hacia él y le dijo:

—Vosotros sois los soyos, ManiSoyo, rey de los soyos. Nosotros somos los portugueses.

—¿Porta Guiis?

—Sí, portugueses. —Gil señaló a Cão y al padre Sebastião, al sargento, a los soldados y por último a sí mismo—. Nosotros somos los portugueses, ManiSoyo. Nuestro pueblo es el portugués.

—Porta Guiis —repitió el jefe con más decisión.

—Vosotros sois los soyos. Bien. Y nosotros somos los portugueses.

El jefe sonrió, satisfecho.

—Soyo. Porta Guiis.

—Sí. —Gil inspiró profundamente, satisfecho con lo conseguido, con lo que él había conseguido, y miró a su alrededor orgullosamente.

—Muy bien hecho, muchacho —exclamó Cão—. Ahora continúa a ver qué más puedes averiguar. Sobre todo, sobre el río.

Pero antes de que Gil pudiera continuar, ManiSoyo, entusiasmado por el pequeño éxito, se olvidó de que en realidad seguían sin entenderse, y pronunció una larguísima frase donde la palabra «porta guiis» apareció muchas veces; por el tono, se trataba de una pregunta a la que Gil no encontraba ni pies ni cabeza. El jefe se alarmó al ver su expresión de desconcierto. No, todavía no hablaban la lengua del otro. El jefe cerró los ojos, consciente de que él también debía hablar lentamente para que se le entendiera. Luego abrió los ojos y señaló el río. Gil dirigió la mirada hacia donde le señalaba. ¿Le señalaba la chalupa? A continuación, señaló río abajo por donde había venido la chalupa. ¿Pretendía señalar el lugar donde estaba fondeada la *Leonor*? Luego señaló el cielo.

No se oía ni un murmullo. Todos observaban aquella pantomima en silencio. El jefe la repitió, señaló primero la chalupa, después el río a todo lo largo de la ruta que había seguido la embarcación desde la *Leonor*, y, en un

gesto final, el cielo. Por último, cogió la mano de Gil y le miró a la cara, con una expresión abiertamente inquisitiva. Gil meneó la cabeza. El jefe le soltó la mano, exhaló un suspiro y miró a Cão.

—Porta Guis —le dijo.

El capitán asintió.

—Sí, portugués.

—Soyo.

Una vez más, Cão asintió.

—Sí. Soyo.

El jefe respiró hondo y levantando el brazo hizo un amplio gesto, un círculo a todo su alrededor, que comenzó en el río que tenía delante, siguió por la orilla río arriba, se volvió en el taburete para incluir las chozas de la aldea y la selva que circundaba todo, para continuar señalando la orilla de abajo del río y acabar otra vez en el mismo punto donde había comenzado.

—Soyo.

—Sí, soyo —repitió Cão asintiendo vigorosamente, al tiempo que imitaba el gesto del jefe—. Todo esto es soyo. Lo comprendo. Todo esto es la tierra de los soyo.

—*Ngete* —dijo el jefe, que también asintió enérgicamente. Y luego, una vez más, señaló la chalupa, la ruta que la embarcación había seguido desde la *Leonor* y el cielo—. ¿Porta Guis?

La palabra sonó clara como una campanada en la cabeza de Gil.

—Quiere saber de dónde venimos, mi capitán. Nos muestra que ésta es la tierra de los soyo y quiere que nosotros le mostremos dónde está la tierra de los portugueses.

—Ahora caigo —respondió Cão, pensativo—. Tienes razón, muchacho. Eso es sin duda lo que quiere saber. Pero, ¿por qué señala el cielo?

—Pienso que cree que venimos del cielo, mi capitán. Supongo que cree que hemos bajado del cielo volando en la *Leonor*, que las velas son las alas de ese enorme pájaro y que hemos venido volando montados en las gigantescas alas desde una tierra que está en el cielo.

Cão no respondió inmediatamente. Lo mismo que el jefe, él también cerró los ojos para considerar el asunto. Todos se quedaron expectantes esperando en silencio a que abriera los ojos. Cuando lo hizo, una sonrisa irónica iluminaba su expresión.

—ManiSoyo —dijo.

—Diigo Cam —replicó el jefe.

—Portugueses —manifestó Cão señalando a Gil, al padre Sebastião, a Tristão, a los soldados y por último a sí mismo.

—Porta Guis —asintió el jefe.

—Sí, somos portugueses —prosiguió Cão, y se volvió en el taburete para mirar hacia el río—. Y venimos —señaló la chalupa—. Venimos —repitió, señalando esta vez río abajo la ruta que la chalupa había seguido desde donde estaba anclada la *Leonor* con sus grandes velas blancas que parecían alas—, venimos —repitió por tercera vez y señaló el cielo—, venimos del cielo.

Una exclamación de asombro surgió de la multitud.

—Sí —añadió Cão, todavía con la mano apuntando al cielo—. Nosotros los portugueses venimos del cielo. Nuestra tierra es el cielo.

Gil se quedó estupefacto. No podía creer que Cão dijera semejante cosa. Miró al sacerdote. El padre Sebastião miraba a Cão. Tristão miraba a Cão. Todos miraban a Cão. Sólo Segou no miraba a Cão. El intérprete se miraba los pies, avergonzado.

—Mi capitán.

Pero no había nada más que decir. El ManiSoyo abandonó el taburete. Levantó el cetro tallado como una serpiente y la cabeza de marfil, y lo descargó con fuerza contra la tierra roja. Los tambores volvieron a sonar.

III

Pasaron la noche en el poblado soyo. Se llamaba Mpinda y era el más grande de cuantos había en los alrededores, con una población de más de dos mil habitantes. Había una veintena de aldeas soyo en la orilla sur del río. Fue aquélla una noche de grandes celebraciones, de espléndidos festines, de música de tambores y de cuernos, de sensuales danzas, de carreras de zancos, de acrobacias y tragafuegos; incluso, de espeluznantes prodigios de la magia ju-ju. Fue una noche de bienvenida en honor a los fabulosos hombres blancos que habían volado hasta Soyo desde su tierra en el cielo. Participaron en la fiesta todos, incluido el contraamaestre y los remeros. La única excepción fue Segou. Los soyos veían al achanti como una mascota o como un esclavo de los celestiales Porta Guis y le dejaron fuera, más o menos encargado de vigilar la chalupa.

Cão, por su parte, hizo todo lo posible por corresponder a la entusiasta hospitalidad del ManiSoyo. Después de acabar las acrobacias y antes de que un grupo de guerreros realizara una demostración de su increíble habilidad con el arco, pidió silencio y abrió la bolsa de lona gris. Comenzaba la función fiel trueque de baratijas. Pero, aunque como si fuera un mago sacaba los objetos de uno en uno para transmitir la sensación de lo inesperado, de lo excepcional, de lo insólito, para otorgar a cada artículo una magnificencia especial, el ManiSoyo se comportó con todo de la misma manera que trató al collar con hematita, con el mismo talante y el mismo buen humor de aquél a quien le regalan una baratija, y después se la da a los demás para que disfruten con ella como había hecho al darle a Gil el collar.

Gil vio que Cão estaba muy intrigado por la indiferencia, por no decir desprecio, del jefe ante los regalos. Después de todo, en el camino recorrido hasta entonces a lo largo de la costa occidental africana, todos los aborígenes, incluidos los jefes más prestigiosos, habían aceptado los objetos de fabricación europea con una avidez y una avaricia que hubiera sido patética de no haber sido tan ridícula. Entregaban pieles, aceite de palma, marfil, pepitas de oro e incluso a sus compatriotas para poseerlos. ¿Qué tenían de especial los soyos? ¿Qué les hacía sentirse superiores? ¿Es que ya poseían objetos como éstos? No había prueba que lo confirmara, pues lo único que se

veía eran las cosas africanas típicas, hechas de hojas, madera, marfil, plumas, conchas, piedras y huesos. Por exceptuar algo se podía salvar la tela de los vestidos, que se parecía mucho al terciopelo o al damasco. Pero incluso así, los espejos, los cuchillos, los anzuelos, los cazos y los cascabeles tendrían que haberlos impresionado. Sin embargo, no era así.

Como último recurso, Cão ordenó que los soldados de Tristão hicieran una demostración con los arcabuces. Era la invención de los arcabuces bastante reciente y todavía novedosa incluso para los portugueses. Efectivamente, los disparos despertaron un mayor interés, un momento de asombro, y, a continuación, las sonoras carcajadas y los aplausos de la concurrencia. Pero estaba claro que ninguno tenía idea de para qué servían estos bastones que repentinamente detonaban, escupían llamas y echaban humo. Los soldados habían disparado al aire sin cargar perdigones, balas o metralla. Por lo tanto, el ManiSoyo consideró los disparos como una novedad de los fuegos de artificio e inmediatamente replicó llamando a sus tragafuegos más osados, que actuaron encaramados en zancos de una altura de tres varas al ritmo salvaje de los tambores más grandes, haciendo una imitación de las llamas y el ruido de los arcabuces.

Cão decidió dejarlo correr. Estaba demasiado oscuro para intentar una demostración de lo que los arcabuces hacían realmente: matar. Era muy grande el riesgo de errar el disparo, pero, como también es obvio, no importaba mucho. El ManiSoyo no esperaba nada más sensacional ni más excepcional de sus extraordinarios visitantes que el hecho de ser blancos. Esto sí que era notable y excepcional, esto y el que hubieran volado hasta él desde una tierra en el cielo impulsados por las alas de aquel magnífico pájaro que ahora flotaba en el agua tranquilamente, más o menos a una legua río abajo.

—Pregúntale otra vez por el río, muchacho. Pregúntale de dónde viene.

—¿No tendríamos que dejar a Segou que se ocupara de esto, mi capitán? —A Gil le dolía comprobar que al achanti lo habían apartado como si fuera un perro—. Él puede hacerlo mucho mejor que yo.

—Me temo que debemos dejar a Segou donde está. No sé por qué razón no le quieren. Basta con verlo. Además, tú te apañas muy bien. Es obvio que tienes oído para esta jerigonza.

Estaban sentados en los taburetes con forma de reloj de arena en una amplia galería que rodeaba la más alta de las tres chozas protegidas por la empalizada. Habían acabado el tercer plato del festín hecho con un sabroso pero desconocido pez de río acompañado de un puré de una consistencia granulosa, muy sazonado. Los dos primeros platos eran de carne de caza,

quizás antílope y jabalí, acompañados del mismo puré picante. Ahora bebían vino en cuencos de calabaza, un vino que elaboraban, como Gil descubrió, fermentando el jugo extraído del tronco de la palmera, un vino muy fuerte al que llamaban *malafu*. En el patio, al pie de los tres escalones que subían a la galería, ardía una fogata que alumbraba la noche y proyectaba sombras oscilantes, y alrededor de la cual se agrupaban los tamborileros de vistosos penachos y los tocadores de cuernos, que con sus sones les ofrecían una ensordecedora serenata con una música tan desconocida y potente como la comida y el vino.

—ManiSoyo.

El anciano jefe pasó el brazo por encima de los hombros de Gil.

—*Ngete*, Gil Inis.

—El río, ManiSoyo, *Nzere*. —Gil había sumado la palabra correspondiente a río a su vocabulario, que poco a poco iba creciendo.

—*Ngete*, Gil Eenezh. *Nzere*. —El jefe hizo un vago gesto en dirección al río al otro lado de la empalizada.

—¿De dónde viene *Nzere*, ManiSoyo? ¿Hasta dónde llega? —Gil se lo preguntó en portugués, pero incorporó unas cuantas palabras acabadas de aprender y acompañó la pregunta con un amplio ademán hacia el este, en la dirección desde donde el río bajaba hacia el mar.

El jefe repitió el ademán de Gil y respondió algo que debía significar «muy lejos», porque sonrió como si la enorme longitud del río fuera algo que superaba todo lo imaginable.

—¿Hasta dónde, ManiSoyo? ¿Cuántas leguas? —preguntó Gil, y, sin insistir en ello se dio cuenta de que era un planteamiento ridículo. No había razón alguna para creer que los soyos medían las distancias en leguas o, si lo hacían, que su legua fuese igual que la portuguesa. La legua catalana no lo era, ni tampoco la genovesa. Y los ingleses empleaban una medida completamente distinta, *milhas*, que era la tercera parte de la legua portuguesa y la mitad de la catalana. Así que intentó formularla de otra manera—. ¿Cuántos días, ManiSoyo? ¿Cuántos días y cuántas noches? ¿*Lumbo*? ¿*Bwilo*? Día. Noche. También había aprendido estas palabras y tenía una somera idea de su sistema numérico: ¿*Bosa*? ¿*Kwali*? ¿Uno? ¿Dos? ¿O diez? ¿*Ikumi*?

El ManiSoyo no sentía otra cosa que admiración por el muchacho. Su rostro regordete y sonriente, y sus ojos astutos y brillantes, reflejaban el asombro producido ante el hecho de que Gil hubiera aprendido tantas palabras de su idioma y que ahora, con esas palabras y unos pocos gestos, fuera capaz

de hacerse entender. El jefe le respondió lentamente, contó los días y las noches poco a poco con los dedos y añadió otra palabra al vocabulario de Gil: *Bwato*, y representó la pantomima de estar remando en una canoa para demostrarle el significado de *bwato*.

—¿Doce días y doce noches en canoa? Creo que eso es lo que está diciendo, mi capitán.

Antes de que Cão pudiera hacer algún comentario, el ManiSoyo hizo otro gesto que resultó muy confuso. Levantó las manos y comenzó a mover los dedos como si quisiera indicar una explosión de algún tipo, sin dejar de pronunciar palabras que Gil no había oído nunca.

—Algo ocurre después de los doce días de navegación río arriba, mi capitán. Algo ocurre en el río. Algo como si fuera una explosión.

—Sí, algo como una explosión —asintió Cão—. Yo diría que son turbulencias, rápidos o cascadas. ¿Es eso lo que le pasa al *zaire*, ManiSoyo? —Cão no conseguía pronunciarlo bien; una y otra vez decía *Zaire* en lugar de *Nzere*. ¿El *Zaire* se vuelve turbulento después del viaje de doce días, se convierte en remolinos, rápidos, cataratas?

El ManiSoyo no le comprendía.

—Juraría que sí. Después de doce días y doce noches en canoa, llegas a unos rápidos o cascadas. Doce días y doce noches en canoa. ¿Qué distancia será eso? Digamos que reman la duración de una guardia cada día y otra cada noche, a una velocidad de dos nudos. Pongamos dos leguas por cada guardia, o sea cuatro leguas por día durante doce días. ¿Cuánto hacen? ¿Cuarenta y cinco leguas? ¿Cincuenta? La *Leonor* puede recorrer esa distancia en tres días, dos si el río continúa siendo navegable como hasta ahora.

Nadie hizo ningún comentario. Era obvio que Cão pensaba en voz alta.

—Dile que queremos ir a ver el lugar donde explota el *Zaire*. Dile que queremos ir mañana por la mañana y que lo llevaremos con nosotros para que nos muestre el camino.

* * *

Las montañas se alzaban hacia levante.

Llevaban tres días de viaje y se encontraban a treinta leguas de Mpinda. Sólo navegaban durante las horas de luz, y durante todo este tiempo y esta distancia, el río era el mismo *río caudaloso* que Cão intuyó al llegar a la desembocadura, quizás el río más grande de la Creación. Desde luego, se

había estrechado un poco desde la inmensa bahía donde descargaba sus aguas al mar, pero ni siquiera las numerosas y enormes grandes islas que formaban el delta, que dividían la corriente en diversos canales (cada uno tan ancho y navegable como cualquiera de los principales ríos europeos) podían disimular su extraordinaria fuerza y tamaño. La orilla norte, avistada de cuando en cuando desde el puesto de vigía, era el punto más cercano, y estaba a más de una legua de distancia. Este hecho, y lo que prometía, entusiasmaba a Cão. Quizás había descubierto un paso a través del corazón de África hasta el océano Indico, en la costa oriental del continente.

Pero entonces se divisaron las montañas por levante en el lejano horizonte.

Las habían divisado por primera vez a la luz de la alborada del día anterior, cuando, desde una distancia de diez leguas, aparecían como una neblinosa masa azul en la bruma matinal y se podían confundir fácilmente con nubes bajas. Pero, a media tarde, era imposible confundirlas con ninguna otra, y en realidad se veía que eran un macizo de unos dos mil pies de altura. No obstante, al verlo de frente no perdieron la esperanza de que aquella mole no taponara el curso del río, y muy pronto la corriente se desviara para bordear las montañas por las estribaciones del sudeste o por las verdes llanuras del nordeste. Sin embargo, durante toda la mañana se esfumó esta esperanza. Cão y Vizinho, que tomaba nota de cada una de las islas, de los ramales, de los bancos de arena, de los bajíos y de las caletas a todo lo largo de la costa, aceptaron desconsolados que estaban navegando por el estuario de un río que bajaba desbocado de aquellas montañas para extenderse y seguir su curso hacia el mar a través de una inmensa marisma boscosa en lo que debía ser la última etapa de un larguísimo viaje que comenzaba sólo Dios sabe dónde.

El ManiSoyo, con Gil haciendo de intérprete, estaba con Cão y Vizinho en el alcázar. Poco a poco se aproximaban a las montañas. El primer día a bordo se había sentido profundamente desilusionado al descubrir que la *Leonor* no volaba. Pero al final se consoló diciéndose a sí mismo, por lo que entendió de las explicaciones de Gil, que la única razón por la que la *Leonor* no se despegaba de la superficie del río era porque la escasa duración del viaje no justificaba una maniobra tan arriesgada. Además, la sensación de velocidad, tan asombrosa y jamás experimentada, de la *Leonor* navegando a toda vela con una fuerte brisa de popa, era para él algo tan emocionante que resultaba casi equivalente a lo que podía ser volar. Y a partir de ese momento, demostró ser un entusiasta y experto piloto fluvial. Señalaba los mejores

canales, si canales eran los ramales del río, los bancos a esquivar, los fondeaderos seguros donde pasar la noche, y después contemplaba con extraordinario deleite cómo los marineros trepaban por los obenques para maniobrar las vergas, sujetar las velas y conseguir que el gran pájaro de alas blancas respondiera a las indicaciones que él les daba.

Lo mismo hacían los diez guerreros que formaban su escolta. Permanecían en el combés, sin entorpecer el paso de la tripulación, y lo miraban todo con una actitud de profundo respeto y asombro, y a menudo se asomaban por la borda para dejar que el viento y la espuma les azotaran los rostros. Era una aventura que describirían a su regreso al hogar, de la misma manera que describirían una legendaria batalla o una gran cacería en la que hubieran participado, y que pasaría a formar parte de la leyenda de la tribu como un episodio incluso más importante que cualquier batalla o cacería.

Al rodear el extremo de una isla a sotavento de la cual pasaron la tercera noche desde la salida de Mpinda, la orilla sur del río, después de tantas leguas de selva y pantanos infestados de mosquitos, se tornó escabrosa y empinada, y de escasa vegetación. El propio río, que se angostaba hasta tener la anchura de un tercio de legua, corría mucho más rápido que antes, y había más escollos, bajíos y troncos flotando en medio de grandes nubes de espuma. Las montañas todavía estaban bastante lejos siempre en dirección este, pero resultaba evidente que lo que veían ahora era la primera indicación de cómo emergía el río de aquellas montañas, mucho más angosto, plagado de escollos y con una más que impetuosa corriente.

Gil miró al ManiSoyo y el indígena levantó las manos y repitió aquellos extraños movimientos con los dedos, para después señalar hacia adelante y sonreír.

—Creo que estamos muy cerca, mi capitán.

—Pregúntale cuál es el ramal más seguro —dijo Cão, que observaba el río con el catalejo.

Como si hubiera entendido la pregunta o quizá sencillamente preocupado por su propia seguridad, el ManiSoyo señaló una zona de aguas tranquilas cerca de la orilla sur cada vez más rocosa y escarpada.

Primero con las velas rizadas y luego sólo con la vela de abanico y el trinquete, continuaron río arriba durante dos horas —con todos los marineros en sus puestos— y, si todavía quedaba la más mínima duda o un resto de esperanza de que el río los sorprendiera con algún cambio en su curso, se desvaneció la duda y se perdió la esperanza. A cada nueva legua navegada, los peñascos y las rocas en las orillas eran más altas, hasta que se convirtieron

en acantilados de piedra caliza, salpicados con salientes de granito y festoneados con relucientes cristales de cuarzo y turmalina, donde sólo crecían los arbustos y los árboles más recios, y las orillas se fueron acercando paulatinamente hasta que las separaban primero unas dos mil varas y luego un millar. Y después esas mil varas se redujeron a quinientas de aguas sembradas con un creciente número de escollos y bancos de arena alrededor de los cuales pasaba el agua con grandes olas que recordaban las del mar, y el viento soplaba en fuertes rachas desde los acantilados o desde las montañas, siempre cambiante e imprevisible. La causa estaba perdida. El *Nzere* o, como insistía Cão al equivocarse en la pronunciación, el *Zaire* era innavegable a unas cuarenta leguas de la desembocadura, a unas cuarenta leguas de su estuario a través de las marismas.

—*Matadi* —anunció el ManiSoyo señalando la orilla sur.

Si esta palabra designaba un lugar o las rocas, o, si como era previsible, era ambas cosas a la vez, se podía discutir; pero lo que quedaba claro es que el indígena señalaba un saliente de piedra caliza que se proyectaba sobre el río desde lo alto de un acantilado de cien pies de altura. Debajo, la pared de piedra se curvaba en una cala en forma de media luna donde el agua aparecía casi negra. En aquel punto la orilla norte estaba a unas trescientas varas. Y por delante, más allá del saliente, el río desaparecía detrás de una curva cerrada, oculto a la vista por las paredes de piedra caliza y granito cortadas a pico que se hundían en el agua. Gil se imaginó que en aquel punto el río se convertía en una corriente subterránea que atravesaba las montañas.

—¿Y ahora qué, José? —le preguntó Cão al piloto, sin apartar el catalejo.

—Éste es el final del camino para la *Leonor*, mi señor —replicó Vizinho—. Podríamos ir a echar un vistazo con la chalupa ya que hemos llegado hasta aquí, para que pueda anotarlo en mi carta.

—Supongo que sí. ¿Contra maestre?

—Sí, mi capitán.

—Dígale al segundo que lance la sonda. Nos dirigimos hacia aquella cala debajo del saliente.

La cala era lo bastante grande y profunda para la *Leonor*, pero entrar allí, debido a la complejidad de los vientos y la presencia de escollos, requería que la nave fuese remolcada por la chalupa. El ManiSoyo protestó ante esta inesperada maniobra. Comenzó a hablarle a Gil atropelladamente, señalando repetidas veces las montañas, mientras la *Leonor* echaba el ancla. En síntesis, le estaba diciendo que éste no era el lugar donde el *Nzere* se convertía en una corriente salvaje, que eso ocurría más adelante, y, por lo tanto, ¿por qué

fondeaban aquí? Tenía mucha fe en la resistencia de la nave y nada de lo que Gil le dijo sirvió para convencerlo de que la corriente era demasiado fuerte para la *Leonor*. Al fin y al cabo, ¿es que la *Leonor* no podía volar?

Cão no les prestó atención. Había perdido el interés en el ManiSoyo. Ya no le era útil. Había explorado el río hasta donde era posible y había descubierto lo que necesitaba descubrir: que éste no era el paso hacia las Indias, que sólo era navegable a lo largo de unas cuarenta leguas desde la desembocadura.

Ahora su mente estaba en otras cosas. Incluso mientras ordenaba que acercaran la chalupa y el ManiSoyo, sin dejar de discutir el asunto con Gil, bajaba por la escala de cuerda, los pensamientos de Cão se dirigían a la continuación del viaje hacia el sur a lo largo de la costa occidental africana a la búsqueda de la ruta marítima a las Indias, y a las provisiones que podía recoger en Mpinda para la travesía: madera, agua potable, frutas, carne y otros alimentos que habían probado en el festín del ManiSoyo, vino de palma por supuesto, quizás algunas varas de la notable y aterciopelada tela azul de los soyos para incluirla entre los artículos de trueque, y tal vez a un par de guerreros soyos como intérpretes de esta nueva raza de negros que, al parecer, poblaban la costa africana al sur del ecuador. Gracias a que el paje aprendía el lenguaje rápidamente, y, por lo tanto, podía actuar de intermediario, serían intérpretes mucho más útiles que los achantis.

—José, ve a la proa con el ManiSoyo y que él te muestre el camino. Paje, ve con ellos.

—Sí, mi capitán.

Gil se sorprendió al ver que Cão, en lugar de situarse en la proa, se sentaba en uno de los bancos. Su interés por el río, como por el ManiSoyo, se había desvanecido, y por idéntica razón. Para él, esta última parte de la exploración era poco más que un paseo, en cambio Vizinho aprovechaba para añadir en su carta otros cuantos detalles del estuario antes de regresar al mar. Gil permaneció entre Vizinho y el ManiSoyo, sin fijarse en que los remeros impulsaban a la chalupa más allá de la brusca curva donde desaparecía el río.

Por supuesto, no desaparecía en el interior de un túnel en las montañas, pero el lugar por donde fluía era también asombroso: un espectacular cañón cuyas paredes de piedra de una altura de por lo menos doscientos pies, encajonaban al poderoso río en una anchura inferior a las cien varas. Y el río salía del cañón con tanta fuerza que, al primer impacto, los remeros perdieron los toletes, los remos volaron fuera del agua, la proa de la chalupa se desvió

violentamente a estribor y la embarcación quedó atravesada en mitad de la furiosa corriente. Cão se levantó de un salto.

—¿Qué pasa con vosotros, *marinheiros*? ¿Es que no sois hombres? Venga, a la faena. Remad, que en ello os va la vida. —Lo dijo a gritos, pero no había enfado en su voz, sino un repentino entusiasmo. Estaba impresionado por la furia del río. Permaneció de pie. Para Cão, el río volvía a ser algo interesante.

Sembrado de peñascos, escollos y troncos de árboles gigantes arrancados de las orillas, salía de las montañas en espumeantes tramos de rápidos y por encima de rebordes en estruendosos saltos, castigando a la chalupa, que brincaba y corcoveaba como un potro salvaje obligando a Gil a apretar las rodillas contra la borda para no acabar lanzado fuera de la embarcación. Pero también había cauces más tranquilos entre los tramos revueltos. El ManiSoyo, con una sonrisa de oreja a oreja, lo que evidentemente significaba que se lo estaba pasando en grande al mostrarle a los hombres blancos algo que nunca habían visto, escogía los ramales navegables, señalaba la ruta y los animaba a seguir adelante. Gil no entendía cómo podían hacerlo. Sin embargo, era posible; al parecer, los soyos en sus canoas de troncos habían avanzado mucho más arriba por este tremendo torrente hasta un lugar que el ManiSoyo quería enseñarles.

Hacía frío en el cañón y el estrépito era tremendo; el estruendo del agua en los rápidos y en los saltos resonaba en los acantilados como el trueno. Cão continuaba animando a los remeros, con el corazón volcado en la aventura, excitado como el ManiSoyo, con una sonrisa idéntica a la del viejo cacique, tan ansioso por ver lo que el ManiSoyo tenía tantas ansias de mostrarle, pero sus gritos de ánimo apenas si se oían por encima del retumbar del río.

Y entonces, delante mismo de ellos, la anchura del río se redujo a la mitad no sólo por los grandes trozos caídos de las rotas paredes del cañón, sino también por los inmensos peñascos negros. Ahora sólo había un paso a seguir entre aquellos trozos de paredes rotas y peñascos negros, y el agua que tronaba por aquel cauce entre trozos y peñascos era pura espuma hirviente. El ManiSoyo señaló directamente adelante a aquello que quería mostrarles a los hombres blancos.

Por un instante, Gil tuvo la visión del ManiSoyo moviendo los dedos de aquella extraña manera suya. Qué mala parodia, qué absurda broma, qué ridícula pantomima de lo que ahora veía. Una caldera hirviente, una caldera infernal, un tramo de río en un incesante estado de turbulencia, un volcán de agua en constante erupción, una corriente de tan aterradora violencia que ni

bote, ni nave ni hombre podían soñar en salir de allí con bien, que levantaba olas tan altas como un navío, de treinta y cuatro pies de altura, altas como cualquier ola provocada por la más terrible de las tormentas en el océano. Gil la contempló, con el corazón en un puño, miró con ojos desencajados la espumosa superficie, siguió con la mirada hasta el final del tramo, y, después, miró la magnífica catarata que creaba esta hirviente caldera; una cornisa en forma de herradura de unas cuarenta varas de ancho y casi cien pies de altura por la que se volcaba el tumultuoso río en una única cortina de agua plateada irisada de azul que mostraba la solidez del acero.

Y allí, en la margen izquierda de la catarata, tres hombres. Los miraban a través de la tormenta de espuma y la niebla ocasionada por la precipitación del río al final de la catarata. Gil no alcanzaba a verles claramente, pero no eran soyos. Eso sí lo veía. Porque, a diferencia de los soyos, no iban armados con arcos y flechas. Iban armados con lanzas de acero.

—Mi capitán, mire. —Su voz no se oía por encima del estrépito del río. Si quería llamar la atención de Cão, tendría que tirarle de la manga, pero dado que Cão estaba en la mitad de la chalupa, tocó el brazo del ManiSoyo—. ¡Mira, ManiSoyo! —le gritó al oído—. ¡Mira allí, ManiSoyo! —Y le señaló a los tres hombres que los vigilaban desde lo alto de la catarata.

El ManiSoyo miró.

—¿Quiénes son, ManiSoyo?

Era poco probable que el ManiSoyo oyera las palabras o que las comprendiera en caso de oírlas. De su rostro desapareció la gran sonrisa de satisfacción. Su gesto se volvió grave. Y más para sí mismo que como respuesta a la pregunta de Gil, respondió:

—Kongo. —Y agachó la cabeza.

IV

Tardaron tres días en regresar a Mpinda, con la corriente a favor. Hubiesen tardado un día menos de haber seguido en el viaje de regreso el mismo camino de la ida, pero Vizinho quería ver algo más del estuario para completar la carta —había puesto en ella el nombre de Zaire, con lo cual había bautizado el río con la pronunciación equivocada que Cão daba a *nzere*—, así que volvieron por otros tramos próximos a la costa norte. Por supuesto, era una carta muy imperfecta que a cada momento recrecía y comprendía la costa atlántica africana, pero la parte más importante sería la desembocadura del río. El piloto le había arrancado a Cão la promesa de dedicar unos cuantos días más a explorar el estuario antes de volver al Atlántico y proseguir el viaje rumbo al sur.

Gil no tenía idea de cuándo sería. Cão no lo dijo. Dado su empeño por encontrar una ruta marítima a las Indias, no tenía nada de particular que fuera ya, ahora; que sencillamente desembarcara al ManiSoyo y a la escolta en Mpinda y continuara viaje. Pero Gil era consciente de que pensaba en algo más. Del mismo modo que su interés por el río se había reavivado, aunque sólo brevemente, por la magnífica catarata de la Caldera del Diablo (así estaba señalada en la carta de Vizinho), la presencia de los tres guerreros con lanzas de acero en lo alto de la catarata había reanimado su curiosidad por la región. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué el ManiSoyo se inclinó ante ellos? La perspectiva de la existencia de un pueblo más poderoso y quizá más avanzado que los soyos, personas que conocían el arte de la herrería, en algún lugar junto a las riberas del Zaire, le dieron qué pensar. Quizá debía averiguar algo más. Tal vez no debía precipitarse en su marcha al mar. Acaso aquí había algo más por descubrir aparte de la desembocadura y el estuario de un poderoso río.

El tema quedó zanjado cuando fondearon en la amplia cala delante de Mpinda. Era el 22 de agosto, y pronto pareció que ocurría algo raro. En lugar de la multitud de aborígenes que en cada una de las ocasiones anteriores se había reunido para saludar a los hombres blancos, esta vez sólo un pequeño grupo les esperaba a la sombra de la palmera solitaria en el centro de la plaza. Y por la expresión de Cão (que les observaba a través del catalejo) y la del

ManiSoyo (que no necesitaba catalejo para saber quiénes eran) Gil comprendió que no eran soyos.

—¿Son kongos, ManiSoyo? —preguntó Gil.

El viejo jefe asintió, y después comenzó a hablar deprisa, señalando primero la chalupa amarrada a popa de la *Leonor*, y seguidamente a la plaza. El significado estaba bien claro: debían desembarcar sin demora. Su ansiedad en este punto era aparente: no debían hacer esperar a los kongos.

No obstante, hubo una demora mientras se preparaba la chalupa. El ManiSoyo insistió en que, además de Cão y Gil, le acompañaran todos sus guerreros. Pero con aquellos desconocidos y aparentemente temibles kongos esperándoles, Cão no quería ir a tierra sin Tristão y sus soldados, y esto planteaba el problema de que tantos pasajeros sumados a los remeros y el contraestre superaban en exceso la capacidad de la chalupa. A la vista de que el ManiSoyo se negaba a embarcarse sin su escolta —aparentemente se trataba de una cuestión de prestigio y de rango, y quizá también de seguridad personal— Cão decidió por fin ir a tierra sólo con cinco arcabuceros, y que la chalupa volviera inmediatamente a recoger a Tristão con el resto de alabarderos y ballesteros. Además, ordenó que los remeros y el contraestre fueran armados, y él mismo se puso el casco y una cota de malla y cogió un machete.

—Nuno, vigila con atención. Si la chalupa no regresa inmediatamente, si algo no va bien, baja los chinchorros y ven a buscarnos. Oye bien lo que te digo, Fernão.

—Sí, mi capitán.

—No tenemos la menor idea de cuántos kongos puede haber. En la plaza no parece que haya más de una veintena. Pero, ¿quién sabe cuántos más hay en la aldea? Pueden estar ocultos. —Cão se descolgó por la escala hasta la chalupa.

Fue el último en embarcar. Gil ya estaba en la chalupa, pero oyó el comentario de Cão sobre el posible número de kongos en el poblado. Miró hacia la nave mientras la chalupa se alejaba. Segou y Goree estaban en el alcázar con Gonçalves, Tristão, Vizinho y el padre Sebastião. Qué importantes les habían parecido los dos achantis cuando subieron a bordo en San Jorge da Mina y qué inútiles les resultaban ahora que habían entrado en un mundo tan extraño para ellos como para los portugueses.

En esta ocasión no redoblaron los tambores al embarrancar la chalupa en la orilla. No se oía sino los trinos de los pájaros, el zumbido de los insectos y el canto chirriante de las cigarras. El ManiSoyo desembarcó con agilidad,

sisé algo a sus guerreros que saltaron a tierra, formaron una falange y marcharon a paso ligero hacia el grupo que estaba junto a la alta y solitaria palmera. Cão permaneció en la proa de la chalupa durante unos instantes más, observando la plaza, después desembarcó aunque mantuvo una mano apoyada en la borda mientras volvía a mirar toda la zona. Luego dio una orden y los cinco soldados saltaron a la orilla. Pero Cão levantó una mano para indicarles que permanecieran donde estaban, con los pies hundidos en el barro y el agua del río lamiéndoles las botas. Gil se quedó solo en la proa; los marineros alzaron los remos y se giraron para mirar a uno y otro lado.

Antes de que el ManiSoyo y sus guardaespaldas recorrieran la mitad del camino, tres figuras se separaron del grupo que esperaba y se adelantaron deprisa. Gil los reconoció en el acto: eran el NsakuSoyo y dos de las MbunduSoyo, esposas del ManiSoyo. El NsakuSoyo vestía el tocado y la capa de plumas y no se desprendía de su maraca. Las mujeres, en cambio, envueltas en la tela aterciopelada azul con turbantes del mismo material, portaban las prendas ceremoniales del ManiSoyo; una el tocado y otra la capa. Se las colocaron con gran cuidado, y luego se situaron con la falange de la escolta. Ahora que el ManiSoyo estaba adecuadamente ataviado, con el NsakuSoyo a su lado, reanudó la marcha aunque a un paso más digno y reposado.

Los kongos eran veinte. Gil se fijó en que todos se parecían a los guerreros que habían visto en lo alto de la catarata de la Caldera del Diablo: eran jóvenes, altos, musculosos y fuertes, con la misma tez color miel oscura de los soyos, los pómulos altos y los ojos ligeramente rasgados, vestidos con el mismo tipo de falda larga de los guerreros soyos, pero de un color verde claro y un vivo color rojo. No llevaban arcos ni aljabas colgadas a la espalda. Holgazaneaban alrededor del tronco de la palmera en poses un tanto indolentes, apoyados en las lanzas de acero, de hojas metálicas largas y aguzadas sujetas a astas ahusadas de madera oscura. Rodelas con púas en el centro, como los escudos de los antiguos griegos, descansaban contra sus piernas. ¿También eran de acero o en parte de acero? El sol se reflejaba en ellas como si lo fueran.

La comitiva del ManiSoyo se detuvo cuando llegó a diez pasos del grupo. No se pronunció ni una palabra. El silencio era total. Entonces el ManiSoyo se arrodilló. Sólo él. El NsakuSoyo, los guerreros y las esposas le contemplaron sin mirar a los kongos. Permaneció de rodillas apoyado en su bastón durante un momento. Luego, con mucho cuidado, dejó el bastón a un lado y se prosternó en la tierra roja.

—Madre de Dios, es su vasallo —murmuró Cão.

El ManiSoyo permaneció prosternado unos minutos. Finalmente, los guerreros kongos recogieron las rodelas y asumieron una postura más atenta. Uno de ellos se adelantó. Era más bajo que los demás y, al menos para Gil, más joven, ancho de hombros y musculoso, pero no tanto como sus compañeros, diríase que más delgado, más esbelto y más atlético; su físico se parecía más al de un adolescente que al de un hombre hecho y derecho; físicamente se parecía a Gil. A diferencia de los demás, llevaba ajorcas de un resplandeciente metal blanco —¿sería acero pulido o plata?— en las muñecas y en los tobillos, y brazaletes en los bíceps, un collar hecho con dientes de algún animal feroz alrededor del cuello, y, rodeándole la cabeza, una ancha cinta plateada en la frente con una enorme gema verde —¿una esmeralda?—. Llevaba lanza, pero no escudo, y, por un segundo, apoyó el filo de la hoja en la desnuda nuca del ManiSoyo.

El anciano se puso de pie. El joven kongo retrocedió, volvió a apoyarse en el tronco de la palmera, con los brazos cruzados y la lanza sujeta en el pliegue del codo, y adoptó la misma pose indolente y despectiva. No hubo intercambio de saludos. Sencillamente, el ManiSoyo comenzó a hablar y, mientras lo hacía, el muchacho dirigió la mirada a la chalupa y a los hombres blancos, y luego hacia la *Leonor*, fondeada en la cala. ¿Qué vería en ella, con las velas recogidas, los mástiles desnudos, los gallardetes flameando en la suave brisa, los altos castillos a proa y popa, y el casco redondo balanceándose en la corriente del río?

—Contramaestre, vuelve a la nave y trae a los demás.

—Sí, mi capitán.

—Ven aquí, paje.

Gil saltó a tierra en el momento en que los soldados empujaban la chalupa y los remeros daban la primera palada, raspando el fondo con los remos. El ManiSoyo se volvió al oír el chapoteo.

—Vayamos a ellos antes de que al viejo le entre el pánico y crea que intentamos fugarnos.

—¿Y qué hay de los otros, mi capitán? —preguntó Gil.

—¿Qué otros?

—Los kongos que están ocultos.

—¿Los has visto?

—No, mi señor, están escondidos. Me refiero a que tampoco veo a ningún soyo.

—Veo que estás alerta, paje. Continúa así. Pero no te pases de listo. Acabarías por asustarte sin motivo. Además, tenemos nuestras armas. ¿No es así, *soldatos*?

Los soldados soltaron un gruñido. Eran un grupo de gente dura, veteranos de muchas escaramuzas con guineanos de la costa occidental africana, que con sus cascos, armaduras y enmarañadas barbas, parecían no tenerle miedo a nada. Pero sólo eran cinco.

—Venga, vamos. No es cuestión de hacer esperar a los kongos.

Gil tenía el corazón en un puño y se notaba la boca seca. No entendía sus sentimientos, esta súbita aprensión que le dominaba. No había tenido miedo de los soyos. Todo lo contrario. Había ido a su encuentro con toda confianza. Entonces, ¿por qué ahora avanzaba con tanta renuencia? ¿Qué tenían los kongos que le infundían miedo?

El joven kongo no cambió su postura indolente a medida que se acercaba el pequeño grupo de hombres blancos. Gil observó que les miraba atentamente, pero continuó apoyado en el tronco de la palmera con el mismo aire insolente, con los brazos cruzados y la respiración tranquila, en una clara demostración de que no estaba impresionado por las blancas criaturas peludas y acorazadas.

No había duda de que era mucho más joven que los otros, quizás un año o dos mayor que Gil, si lo era. Pero su porte distante, frío y desdeñoso enmascaraba su juventud. El ManiSoyo se acercó con paso rápido a los hombres blancos y se colocó entre Cão y Gil, y les metió prisa para que avanzaran. El NsakuSoyo, las dos esposas y los diez guerreros se apartaron para dejarlos pasar. Los cinco soldados portugueses siguieron con las armas en prevengan. Vistos de cerca, la veintena de guerreros kongos, con las lanzas en ristre y las rodela a la altura de la cintura, irradiaban una fiereza, una amenaza y un salvajismo que no se apreciaba en los soyos. El ManiSoyo se dirigió rápida y ansiosamente al joven kongo, y aunque sólo podía intuir lo que decía, sintió alivio al comprobar que el lenguaje que hablaba era el mismo que él le había oído hablar hasta ahora. Evidentemente, los soyos y los kongos compartían el idioma y el aspecto físico, aunque no la actitud ni el porte.

—Diigo Cam. Gil Inis —dijo el ManiSoyo, y añadió señalando al cielo—. Porta Guiis.

—Le está hablando de nosotros, mi capitán.

—Ya me doy cuenta, paje —replicó Cão, tajante.

Gil se sorprendió ante la brusquedad del tono del capitán. El rostro barbudo y picado de viruelas aparecía más torvo, y fruncía el ceño fieramente sin dejar de mirar al joven kongo, al niño guerrero, con furia a duras penas contenida. Era la pose despreocupada, despreciativa e insolente lo que le enfurecía.

—Mi capitán —comenzó Gil en voz baja.

Pero una vez más, Cão le interrumpió sin miramientos.

—Dile que se levante. Dile que está ante la presencia de un capitán de la flota del rey.

El ManiSoyo se volvió hacia Cão al oír el brusco estallido de sus palabras.

—ManiSoyo —preguntó Gil rápidamente, con la esperanza de evitar problemas—, ¿quién es este kongo *muntu*? —y señaló al joven kongo.

El ManiSoyo le hizo bajar la mano de un manotazo.

—¿Qué pasa? —Sorprendido, y con el corazón en la boca, Gil apartó la mano.

El rey soyo dirigió la mirada de nuevo a Cão. Pronunció una palabra, un vocablo de un sonido áspero: *kibiti*. Lo soltó como un escupitajo y señaló al suelo. Al ver que Cão le miraba con una mezcla de enfado e incomprensión, repitió la palabra: *kibiti, kibiti*, y una vez más señaló al suelo. Era una palabra imperiosa, un ademán de mando. Como Cão siguió sin responder, cogió el hombro del capitán e intentó empujarle hacia abajo. Cão reaccionó en el acto apartando violentamente la mano del ManiSoyo.

Esto produjo un revuelo tenso e incómodo. Los guerreros kongos se adelantaron, prestos a zanjar la cuestión, con los escudos en posición defensiva y las lanzas a la altura de las caderas. Incluso el joven, que seguía apoyado en el árbol, se irguió y echó mano a la lanza. Los soldados portugueses empuñaron los arcabuces, los amartillaron y retrocedieron unos pasos para tener despejado el campo de tiro.

—Creo que quiere que usted se arrodille, mi capitán —manifestó Gil con la boca seca por el miedo.

—Sé muy bien lo que quiere. Y ya puede irse al infierno si cree que lo voy a hacer. ¿Arrodillarme? ¿Delante de este salvaje que no sabe quitarse los mocos? Arderá en el infierno antes de que me arrodille ante él o ante cualquier otro salvaje. Maldito seas, hombre. Te lo advierto. Mantén apartadas tus sucias manazas. No te atrevas a tocarme.

Esto se lo dijo directamente al ManiSoyo, que intentó por segunda vez forzar a Cão a que se pusiera de rodillas, y el capitán volvió a apartarle la mano sin contemplaciones. Gil se puso a rezar.

Fue entonces cuando el joven kongo, con una mueca de disgusto, después de echar una rápida ojeada a sus guerreros, levantó la lanza, sujeta por su punto de equilibrio a un cuarto de la longitud por debajo de la resplandeciente hoja de metal, y la movió hacia adelante sin demasiada agresividad, desdeñosamente. La movía no hacia Cão, sino hacia el ManiSoyo; pero tan levemente, que ni siquiera raspó el pecho del viejo, suficiente para que el jefe se apartara. Luego apoyó la lanza en el suelo y una vez más se cruzó de brazos. Esta vez permaneció erguido. No se apoyó contra la palmera.

—Diigo Cam —dijo.

El rostro sombrío y furioso del capitán ocultó su sorpresa. Pasado un momento, asintió entornando los párpados.

—Sí, soy Diego Cão —replicó cauteloso.

—Mbemba a Nzinga —añadió el joven, y se tocó el pecho—. MtuKongo. —Y sonrió con la sonrisa de un niño, pícara, como si su altanero desprecio sólo hubiese sido una travesura infantil.

Los guerreros kongos se relajaron. Los soldados portugueses desamartillaron los arcabuces. Gil exhaló un suspiro de alivio.

* * *

Para cuando la chalupa regresó de la *Leonor* con el segundo grupo —el sargento con los alabarderos y los ballesteros, Nuno Gonçalves y el padre Sebastião, pero no con Segou— Cão y el joven kongo estaban sentados en los taburetes cara a cara y con Gil junto al capitán, como intérprete de lo que se había convertido en una animada conversación.

Ya habían establecido algunos detalles básicos. El joven se llamaba Mbemba, hijo de Nzinga. Era un príncipe de los kongos, MtuKongo. Su padre, Nzinga a Nkuwu (Nzinga, hijo de Nkuwu) era el ManiKongo, el rey de los kongos. Y el reino de los kongos abarcaba una extensión de muchas leguas en todas las direcciones a partir del Zaire, es decir de *Nzere*. Hacia el norte a través del río todo lo lejos que un hombre podía correr en cien días; hacia el este desde la desembocadura del río en el océano Atlántico hasta la catarata de la Caldera del Infierno y más allá de la cumbre de la cordillera donde el río comenzaba el descenso de las montañas en centenares de saltos y cataratas cada una tan terrible como la de la Caldera, y más allá de un lago llamado Mpumbu; y, finalmente, al sur y al sudeste desde el río atravesando la selva y después las montañas hasta donde un hombre corriendo tardaría mil

días en llegar. Este reino, que Cão calculó que debía de tener una superficie de unas diez mil leguas cuadradas y casi dos millones de habitantes (en ambos aspectos más grande que el propio Portugal), aparentemente estaba dividido en seis feudos o provincias principales (Nsundi, Mbata, Mpangu, Mbamba, Mpemba y Soyo) cuyos habitantes eran todos vasallos y sus jefes o señores, como el ManiSoyo, pagaban tributo y juraban fidelidad al soberano de todos ellos, el ManiKongo, quien gobernaba desde la ciudad real, Mbanza Kongo, situada en la cima de una montaña sagrada a unos veinte días de marcha por la selva hacia el sudeste.

Mientras conseguían esta información, los pobladores de Mpinda iban aparecieron poco a poco. Habían estado ocultos en sus chozas e incluso ahora se mantenían a distancia, como muestra de temor y reverencia ante el príncipe kongo. No se le escapó a Gil que no había más kongos escondidos, y fue consciente de que esto era una muestra del dominio que los kongos ejercían sobre su reino —y de su insolente certidumbre de que nada ni nadie podía desafiar su poder— y la razón por la cual este joven príncipe podía viajar casi sin armas y sólo con una escolta de veinte guerreros hasta un lugar donde se decía que habían llegado volando unas extrañas criaturas blancas procedentes de un reino en el cielo. Y era otra prueba más de la descarada omnipotencia de los Kongos que Mbemba ni una sola vez preguntara por los Porta Guiis y la extraordinaria nave-pájaro. Era como si estuviese por debajo de su posición mostrar una emoción vulgar como la curiosidad. Una y otra vez su mirada se posaba en la *Leonor*, fondeada en la cala, en las armas y en las corazas de los soldados que formaban detrás de Cão y en Gil que, de pie junto a Cão, mostraba su piel rubia, sus ojos claros y el largo y lacio pelo dorado. Se fijaba sin pestañear en el muchacho, joven como él pero también diferente en todos los sentidos; sin embargo, su atención siempre volvía a Cão para responder lo mejor que podía al incesante torrente de preguntas, sin hacer él nunca una pregunta. Y sin duda debía de tener un millar de preguntas que hacer.

La conversación se interrumpió cuando llegó la chalupa con el segundo grupo. Tristão, que no sabía en qué situación se encontraban, retuvo a los soldados, al padre Sebastião y a Gonçalves en la orilla hasta que Cão advirtió su presencia y les hizo una seña para que se acercaran. El ManiSoyo, que permanecía junto al joven príncipe, le explicó quiénes eran los que se acercaban. Sólo Gonçalves era un misterio para él, y dejó que Gil se ocupara de la tediosa tarea de hacer las presentaciones.

—Creo que hemos tropezado con algo bastante notable, Nuno —comentó Cão. Su expresión era tan alegre y vivaz como cuando habló por primera vez

del río Poderoso—. Esto es un reino.

—¿Un reino, mi capitán?

—Sí, o algo que se le parece mucho, a no ser que este joven salvaje aquí presente nos esté endilgando un cuento. Dice que toda la tierra a centenares de leguas a la redonda, a ambos lados del río incluyendo las montañas que vimos, forma parte de su territorio. El reino de Kongo, un reino con más de un millón de súbditos, por lo que he podido entender. Los soyos, sin ninguna duda, son sus vasallos. El ManiSoyo le tiene verdadero terror a este chico, y no es más que un príncipe del reino. Se prosternó ante él como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Y mira esas lanzas, Nuno. Puro acero. ¿Has visto alguna vez algo parecido en África? Y los brazaletes que lleva el muchacho. Son de plata, ¿no? ¿Y la piedra verde de la cinta? ¿Qué crees tú que es? Yo diría que es una esmeralda.

—Bien pudiera ser, mi capitán —contestó Gonçalves con voz pausada, aparentemente poco convencido pero muy consciente del entusiasmo del capitán. No le costaba nada imaginar, como le había ocurrido a Gil, lo que pensaba Cão—. ¿Y dónde está el rey de este reino, mi capitán?

—Según dice el chico, a veinte días de marcha por la selva en dirección sudeste. En la cima de una montaña. Una ciudad real llamada Mbanza Kongo. Han enviado al muchacho a buscarnos.

—¿Y usted está pensando en ir?

—No lo sé. No lo he decidido. ¿Tú qué opinas?

—Veinte días para ir y otros veinte para volver, más los días que haya que pasar allí. Unos dos meses. Es mucho tiempo.

—Sí, lo es. Pero podría ser un gran hallazgo, Nuno. Un reino africano con acero, plata y esmeraldas. Quizás incluso oro. Qué hallazgo para llevárselo a casa al rey Juan II. No sólo un poderoso río, sino un gran reino.

—Con todos mis respetos, mi capitán, debo recordarle que donjuán II no le envió a buscar un reino africano, ni siquiera plata, oro o esmeraldas. Le envió a buscar un camino hacia las Indias.

—Lo sé.

—Dos meses es mucho tiempo para perderlo, mi capitán. Sobre todo, porque no tenemos idea de cuánto más tendremos que navegar antes de llegar al océano Índico. Llevamos cuatro meses de navegación y hay que pensar en el viaje de regreso.

—Lo sé, Nuno. Te digo que lo sé.

El joven kongo observaba atentamente la conversación de los dos hombres, y cuando Cão se interrumpió para quitarse el casco y pasarse la

mano por el pelo, se volvió hacia Gil con la intención de saber qué habían dicho. Gil no sabía cómo traducirlo y decidió que como no tenía mucha importancia, más valía que hiciese como si no hubiese visto la mirada inquisitiva del joven. Enfadado porque no le hacían caso, el príncipe kongo se levantó bruscamente.

—Mbanza Kongo —dijo señalando con la lanza hacia el sudeste, en dirección a la selva, detrás de Mpinda, donde estaba la ciudad real de ManiKongo y donde, al parecer, el ManiKongo esperaba a los hombres blancos venidos del cielo.

—Mi capitán, quiere que vayamos...

—Sí, paje, lo he entendido —le interrumpió Cão, irritado—. No ha sido difícil de entender. Nuno.

—¿Sí, mi capitán?

—Es algo muy duro, Nuno, marcharse sin más y no saber nunca lo que podríamos haber encontrado.

—Sí, mi capitán.

—Un reino, Nuno. Un poderoso reino en las orillas de un poderoso río. ¿Podemos marcharnos sin conocerlo?

—Quizá podría ir uno de los nuestros.

—¿Qué?

—O algunos de los nuestros, mientras los demás navegamos hacia el océano Índico. Los recogeríamos en el viaje de regreso.

—Sí, Nuno, bien podría ser ésa la solución. Pero, ¿quién de nosotros se queda? Ninguno de nosotros dos, ni tampoco el piloto. Somos necesarios para llevar la *Leonor*.

—Dejad que sea yo, don Diego —rogó el padre Sebastião—. Permitid que sea yo quien se quede.

—¿Vos, padre?

—Me corresponde a mí, ¿no? Es mi deber llevar la palabra de nuestro Señor a un poderoso reino como éste. Por otra parte, no soy necesario para el viaje al océano Indico.

—Cuarenta días, mi capitán, y añada otros veinte de estancia —insistió Gonçalves—. Sesenta días. Dos meses completos. Sin duda en dos meses podemos navegar hasta el Prassum Promontorium y volver aquí para recoger al padre en el viaje de regreso a casa. No podemos tardar mucho más. En cualquier caso, no estamos equipados para un viaje que dure más. Incluso así, tardaremos cerca de un año antes de volver a ver los caminos del Tajo.

—Pero no puede ir solo.

—No iré solo, don Diego. Dios estará conmigo.

—Sí, buen padre, Dios estará con vos, pero así y todo necesitará acompañantes. Podemos prescindir de algunos soldados para el padre, ¿no es así, Fernão?

Tristão vaciló.

—Dos soldados por lo menos. Dos alabarderos como guardaespaldas.

—Como usted disponga, mi capitán.

—Y también el paje.

—¿Yo, mi capitán? —Gil se llevó un susto de muerte.

—Sí, tú, mi fiel paje. Te has hecho amigo de estas gentes, hablas su idioma, cosa que no hace el buen padre.

—En realidad no es exactamente así, mi capitán. A duras penas entiendo...

—Cada día lo hablas mejor. Me he dado cuenta. Cuando llegues a la ciudad real, lo hablarás lo bastante bien como para entenderte con el rey kongo.

V

—**N**o iré, don Nuno. Se lo repito, no iré. Me matarán.
—Calma, *rapazinho*. El asunto está decidido. Nadie te matará.

—Sí lo harán. Sé que lo harán. A mí no me quieren, quieren al capitán. Usted mismo vio cómo se puso el MtuKongo Mbemba cuando comprendió que no iría el capitán y que sólo iremos el padre Sebastião, yo y los dos alabarderos. No lo acepta. Dijo que su padre sólo recibirá al capitán y no a alguien de rango menor, por ejemplo, a un paje o a un sacerdote. Él es un rey y sólo recibirá a otro rey. Creen que el capitán es nuestro rey.

—Sí, todo eso es cierto, pero sólo hasta que supo que tú eres el hijo de nuestro rey, el hijo del capitán, y, por lo tanto, también un príncipe. Entonces estuvo de acuerdo, ¿no es verdad?

Gil y Gonçalves estaban en el pañol del castillo de popa, rebuscando entre los suministros las ropas, las armaduras, las armas y los adornos adecuados para ataviar al paje como un príncipe.

Su condición de paje había sido la última excusa de Gil para eludir el viaje a Mbanza Kongo; aducía que el ManiKongo no le recibiría. Pero entonces a Cão se le ocurrió la idea de hacer pasar a Gil por su hijo, y, en consecuencia, con el mismo rango que Mbemba. Adujo que si no era un insulto enviar a Mbemba, hijo de ManiKongo, a buscar al capitán, ¿cómo podía ser una falta de respeto enviar al hijo del capitán general a ver al ManiKongo? Al joven príncipe kongo Mbemba pareció gustarle la idea de que este extraño muchacho de pelo rubio y ojos claros, y casi de su misma edad, fuera un príncipe como él y un príncipe de un reino tan lejano y diferente que nadie había imaginado nunca su existencia y, como tal, un reino quizá tan poderoso como el suyo.

—¿Y por qué, en nombre de Dios, te imaginas que te matarán? —prosiguió Gonçalves, sacando de un cofre un chaleco de terciopelo negro bordado que podría irle bien al muchacho—. ¿Acaso alguna de estas personas ha levantado la mano contra nosotros? Nos respetan, *rapazinho*. Creen que somos criaturas celestiales. Claro que no te matarán.

—Pero no quiero ir, don Nuno. Está muy bien para el padre y los soldados. Sus asuntos están en la tierra, convertir a los paganos o combatirlos. Yo soy un *marinheiro*. Lo mío es el mar. Quiero navegar con usted y hacerme un nombre en este viaje de descubrimiento hacia las Indias.

—También te harás un nombre descubriendo un reino africano. ¿Crees que el rey Juan II no te recompensará por llevar a casa la noticia de este reino? ¿Crees que no se sentirá muy complacido al saber que has encontrado un reino con plata, oro y piedras preciosas?

—El padre puede hacerlo.

—El padre no habla el idioma, y la historia que traiga a casa será para el papa, no para el rey. Quédate quieto y ponte este chaleco. Es digno de un príncipe.

Subieron a cubierta. Gil vestía el chaleco bordado sobre una cota de malla con un peto donde aparecía el escudo de armas real, un *salade* que Gonçalves había pulido y adornado con una pluma de faisán, pantalón acuchillado de cuero, medias negras con hilos de plata entretejidos y una espada con la vaina adornada y colgada de un ancho cinturón con la hebilla de plata. Sólo las botas eran las suyas. Cão les esperaba en el alcázar con Vizinho.

—¿Qué le parece, mi capitán? —preguntó Gonçalves con un tono de orgullo mientras empujaba a Gil para que mostrara su atavío.

Cão enarcó las pobladas cejas en un gesto de admiración.

—Bien hecho, Nuno. Está tan guapo y elegante que podría ser mi hijo. ¿Eh, José?

—Ya no es un paje, mi capitán —replicó el piloto, sonriendo—. Sin duda se trata de un príncipe.

—Mi capitán... —comenzó Gil.

Cão levantó una mano para interrumpirle.

—No escucharé ni una palabra más de queja o de excusa, o si irás o no irás, muchacho. Te ordeno que vayas.

—No tengo ninguna queja más, mi capitán. Veo que mi destino está dispuesto. Pero tengo una petición.

—¿Cuál es?

—Quiero que Segou me acompañe.

—¿Segou?

—Con todos mis respetos, mi señor, sobreestima usted mi dominio en el lenguaje de esta gente. Segou lo habla y lo comprende mucho mejor que yo. En momentos de confusión o si surgen problemas, podré recurrir a él.

—Es posible, pero ya has visto que esta gente lo desprecia.

—Los soyos sí. Quizá no ocurra lo mismo con los kongos. En cualquier caso, no es asunto de ellos. Lo mantendré a mi lado para recurrir a él si lo necesito. Los soyos y los kongos pueden pensar lo que quieran.

Cão echó una ojeada a cubierta. El piloto estaba junto a la bitácora, el sacerdote y el sargento en el combés con los dos alabarderos escogidos para hacer el viaje a Mbanza Kongo, pero Segou y Goree no estaban a la vista. Probablemente se encontraban bajo cubierta, quejándose amargamente. Segou estaba muy ofendido por el tratamiento de los soyos, y el joven achanti se sentía a disgusto.

—También me será útil en otros aspectos —añadió Gil—. Esta tierra es como su casa. Conoce la selva. Es verdad que hasta ahora esta gente nos ha tratado bien, pero ¿quién puede decir lo que ocurrirá antes de que usted vuelva para llevarnos a casa? Dos meses es mucho tiempo, quizá tengamos que defendernos con nuestros propios medios en esta selva.

—Muy bien, paje. Lo que dices es justo. Segou te acompañará. El contramaestre lo llamará. ¿Alguna cosa más?

—No, mi capitán, nada más.

—Tu cofre está en la chalupa, *rapazinho* —dijo Gonçalves—. Vamos.

—Cuídate, Gil —gritó el piloto desde la bitácora.

—Lo haré, don José. Y piense en mí mientras cartografía la costa y póngale mi nombre a alguna cala o pequeña isla que encuentre por el camino.

Vizinho sonrió al tiempo que levantaba una mano.

—Ve con Dios —dijo mientras Gil daba media vuelta.

—¿No te despides de mí, paje?

Gil se volvió para mirar a Cão.

—Venga, muchacho, no estés tan furioso conmigo. Te envío a una gran aventura. Me lo agradecerás cuando te lleve a casa para presentarte a Juan II.

Gil se encogió de hombros y siguió a Gonçalves hasta la cubierta superior donde el padre Sebastião y los dos alabarderos esperaban para embarcarse en la chalupa. Sin mirar ni a izquierda ni a derecha, Gil caminó hacia la borda dispuesto a bajar por la escala. Pero el padre Sebastião le detuvo.

—Gil Eanes —dijo, y luego llamó a los dos alabarderos por sus nombres—: Vasco Días, Dinis Gomes, emprendemos una solemne misión en nombre de nuestro rey y de Dios nuestro Señor. Invoquemos la ayuda de la Virgen María y pidamos su bendición para nuestro viaje.

En cuanto acabaron la oración, Gil se encaramó en la borda, pero una vez más lo detuvieron. Ahora fue Gonçalves.

—No te olvides de esto, *rapazinho*. —El hombre le tendió el collar de hematitas—. Es tu amuleto de la suerte.

Gil cogió el collar y se lo puso. Después dio un fuerte abrazo a Gonçalves.

Era el 26 de agosto, una fecha que Gil grabó en su mente, porque a partir de ahora comenzaría a contar los sesenta días hasta que la *Leonor* volviera para llevarle a casa.

* * *

No comenzaron el viaje a Mbanza Kongo hasta que la *Leonor* levó anclas y reemprendió la navegación. No fue idea de Gil sino de Mbemba. Gil hubiera preferido ponerse en marcha cuanto antes, en parte porque tenía prisa —cuanto antes llegara allí, antes estaría de vuelta— y en parte porque la visión de la *Leonor* levando anclas y desplegando velas aumentaba sus sentimientos de soledad y desamparo, la soledad de verse abandonado por sus compañeros en compañía de salvajes, y el desamparo por la pérdida de la ocasión de participar en lo que podía ser el viaje oceánico más importante de la historia del mundo.

Mbemba también tenía prisa, pero por motivos muy distintos, porque quería ver a la *Leonor* levar anclas y desplegar velas. Por eso el joven príncipe kongo demoró la partida. A pesar de su aparente indiferencia, de su negativa a mostrarse impresionado por los hombres blancos y sus cosas, y a formular cualquier pregunta sobre ellos, la verdad es que ardía de curiosidad. Ver a la *Leonor* fondeada y con los mástiles desnudos era una cosa y otra muy distinta era verla desplegar las velas con un estrepitoso chasquido, ver cómo el viento hinchaba las lonas, ver cómo surcaba el río a gran velocidad, con los gallardetes al viento, y la proa levantando nubes de espuma como si de verdad fuera un gigantesco pájaro acuático corriendo sobre la resplandeciente superficie del río antes de remontar el vuelo. Gil lo vio en sus ojos. Su actitud continuaba siendo de un intencionado desinterés, pero en la incrédula mirada se leía el reconocimiento de que veía algo realmente maravilloso, algo incluso más allá del saber de su gran reino kongo.

Se había organizado ya una caravana de unas doscientas personas para efectuar el viaje a Mbanza Kongo. Se dividía en tres partes. En vanguardia cuarenta o sesenta guerreros soyos, cazadores, rastreadores, ojeadores, una banda de trompetas y tambores, y fetichistas, que hacían sonar sus maracas y entrechocaban una especie de bastones, aunque Gil no tenía claro si era para

alertar del paso de la caravana o para espantar a los espíritus malignos de la selva. En retaguardia no pasaba de un centenar de portadores y mujeres soyos, que llevaban sobre sus cabezas una monumental carga compuesta de esteras enrolladas, cestos, bultos, jarros y potes que contenían Dios sabía qué —¿provisiones para el viaje?, ¿ofrendas para el ManiKongo?—. Además de los cofres, macutos y otros equipajes de Gil, también iban el padre Sebastião, Segou y los dos alabarderos. En la sección central caminaba el principesco contingente de la escolta de Mbemba armados con sus escudos y lanzas, además de dieciséis portadores soyos encargados de las literas, cuatro hombres por litera, hechas con una piel muy suave cosida a dos largas varas de hierro. Las literas eran para Mbemba, Gil, el padre Sebastião y el NsakuSoyo.

Gil no quiso esperar la presencia del NsakuSoyo. Quizá sólo era una cortesía hacia el padre Sebastião, ante el hecho de que ambos tenían un rango equivalente, de la misma manera que se suponía una equivalencia de rango entre Gil y Mbemba. Pero también podía ser una manera de vigilar al sacerdote franciscano. Gil se había dado cuenta del disgusto del brujo ante los torpes intentos del padre Sebastião de instruir a los soyos en la fe o al menos interesarlos en las diversas cuestiones de la Iglesia. Así que quizá se había sumado a la caravana para proteger a su gente de la influencia de una religión extraña. En cualquier caso, a Gil no le hizo nada feliz verle esperando junto a una litera mientras la caravana se preparaba para iniciar la marcha. El rostro flaco y ruin del brujo le producía escalofríos.

También había otro motivo de inquietud y tenía que ver con Segou. Mbemba y los guerreros kongos no habían visto al achanti, pero resultó que le demostraron el mismo desprecio que los soyos. No lo querían en su compañía: si tenía que ir, querían verlo relegado a la retaguardia con los portadores y las mujeres. Gil se mostró firme. Segou era su amigo, y como tal, marcharía a su lado o no iría ninguno de los dos. Mbemba no se lo creía, pero finalmente aceptó que el achanti permaneciera con Gil con la condición de que entregara la lanza y el escudo. Segou protestó, consciente de que ir desarmado significaba ser visto como un esclavo, aunque acabó por aceptar a la vista de los ruegos y las promesas de Gil. En cualquier caso, no era un buen comienzo.

Todavía quedaba otro problema: ¿quién estaba al mando de este pequeño grupo de hombres blancos, emisarios del capitán al rey de los kongos? Cão no lo había dejado claro. Para Mbemba, no había duda de que era Gil, y el padre Sebastião no había puesto ninguna objeción al respecto. No creía que pudiera

plantear ningún conflicto; su misión entre los kongos era de un carácter completamente distinto a la de Gil, y asumida en nombre de una autoridad totalmente diferente. Pero los dos alabarderos —Vasco Días y Dinis Gomes— eran otra cuestión. Eran hombres de treinta y tantos años, y habían sido escogidos por el sargento sólo por ser los más viejos, curtidos y temerarios. En lo que a ellos les concernía, los salvajes podían creer lo que quisieran de Gil (que era el hijo del capitán o un príncipe), pero ellos tenían muy claro que Gil sólo era el paje del barco, y antes se dejarían matar que obedecer sus órdenes. Además, como no había diferencia de rango entre ellos, pero sí mucha diferencia de edad y de experiencia, de ningún modo estaban dispuestos a obedecer las órdenes del otro.

El primer día de marcha desde Mpinda a lo largo del río por el este, los tamborileros, los trompeteros y los fetichistas iban en cabeza armando un ruido descomunal. Mbemba, Gil, el padre Sebastião y el NsakuSoyo tenían que seguirlos en las literas, pero a Gil la idea de ser llevado le producía una gran inquietud. Nadie le había llevado a ninguna parte desde que su madre dejó de llevarle en brazos, así que cuando el padre Sebastião insistió en caminar para proseguir su evangelización entre los porteadores, las mujeres y otras gentes sencillas, Gil lo aprovechó como excusa para rechazar la litera. Entonces ocurrió que Mbemba hizo lo mismo, quizá por considerar que era impropio viajar en cabeza de la comitiva por delante del príncipe blanco. Y al bajarse de la litera, el NsakuSoyo lo imitó, al no atreverse a ir más alto y por delante del MtuKongo. Se apeó de mala gana y caminó junto al padre Sebastião.

No era una marcha difícil. Mbemba fijó un paso tranquilo; el camino era ancho, despejado y firme, con el río a la izquierda y a la derecha la sombra de las palmeras, manglares y helechos gigantes. A su paso se levantaban millares de mariposas de vivos colores; las telarañas, húmedas por el rocío, resplandecían como hilos de plata cuando las iluminaba el sol; papagayos, loros, pájaros carpinteros, cuervos, pinzones y colibríes, llamándose con trinos y gorjeos, entraban y salían incesantemente de los árboles mientras monos cobrizos, marrones, negros y con cara de perro saltaban y se descolgaban entre las ramas y lianas, chillando furiosos o atemorizados al paso de la caravana. De vez en cuando algún animalillo que Gil no alcanzaba a identificar por la velocidad de sus movimientos (¿una liebre?, ¿un jabalí?, ¿un roedor?, ¿un felino?) cruzaba el camino y de vez en cuando pasaban por una aldea cuyos habitantes se acercaban para presentar sus respetos al joven

príncipe kongo y mirar asombrados a los extraordinarios hombres blancos que le acompañaban para conocer a su rey.

Mbemba caminaba junto a Gil, que no acababa de entenderle. Quería hacerse su amigo. Cuando bajaba la guardia se comportaba como un muchacho y pretendía hacerse una persona agradable. Pero en esto era imprevisible. Sus traviesas sonrisas aparecían y desaparecían con la misma rapidez y, como si de pronto recordara su alto rango, asumía una actitud distante y altiva.

Segou les seguía unos pasos más atrás, nunca fuera del alcance de la voz, humillado por su posición, y temeroso de los guerreros kongos que le rodeaban sin ocultar su desdén por el achanti. Los dos alabarderos iban mucho más despreocupados; con su profundo desprecio por los guineanos, marchaban con las pesadas picas al hombro, charlando, discutiendo, contándose mutuamente historias increíbles. Su misión era servir de guardaespaldas al padre Sebastião pero, distraídos con la charla, muy pronto le perdieron el rastro. El cura se encontraba en la retaguardia entre los porteadores y las mujeres. A Gil le molestaba esta flagrante dejadez de sus obligaciones para con el viejo franciscano; sin embargo, la timidez le impidió reprocharles su actitud. En ocasiones, al mirar hacia la retaguardia para cerciorarse de que Sebastião seguía bien, el padre rezaba el breviario en voz alta, cantaba himnos o les mostraba el rosario y el crucifijo a los fascinados soyos. El NsakuSoyo, siempre con el gesto torvo, se mantenía cerca del franciscano del mismo modo que Segou se pegaba a Gil. Pero Sebastião no le hacía caso. Estaba feliz. Hacía el trabajo que Dios y el padre provincial le habían encomendado, y lo mejor que podía pasarle era que sufriera martirio en su nombre.

El día amaneció caluroso y húmedo como siempre, aunque ahora le resultaba el doble de incómodo a Gil por ir vestido con su disfraz de príncipe. Miró envidioso a Mbemba y a los guerreros kongos ataviados sólo con sus largas faldas. ¿Era necesario que vistiera estas prendas tan incómodas? ¿Perdería prestigio ante Mbemba y se pondría en peligro si reemplazaba el casco emplumado por su gorra de cuero y se quitaba la cota de malla? Podía tolerar los pantalones de cuero y el chaleco bordado (aunque Dios sabía muy bien lo fresco que estaría con los calzones marineros y la amplia camisa de algodón). Le gustaba llevar la espada —le daba cierta gracia al andar— pero ¿cómo aguantaría veinte días andando en este clima asfixiante cargado con tanto acero? No podía. Tendría que correr el riesgo. Permanecería vestido como un príncipe lo que quedaba del día y se volvería a vestir sólo cuando

llegaran a Mbanza Kongo, pero decidió que a partir del día siguiente se vestiría de una manera mucho más cómoda para viajar.

Pasaron la primera noche en una aldea soyo a unas cinco leguas al este de Mpinda. Después de que el cacique se postrara a los pies del príncipe kongo y Mbemba apoyara la lanza en el cuello desnudo, comenzó una gran fiesta con marchas de tambores y trompetas, bailes, carreras de zancos, trucos de magia y tragafuegos. Luego los viajeros se retiraron a las chozas que les habían preparado. Sólo Segou se vio excluido de esto como de todo lo demás. Se esperaba que durmiera a la entrada de la choza de Gil como se había esperado que comiera las sobras de la comida de Gil. El joven prefirió no quejarse del trato dispensado al achanti, aunque cuando todos dormían, llamó a Segou y le hizo entrar y que durmiera en la choza.

A la mañana siguiente, Gil rebuscó en su cofre y salió de la choza vestido de una forma mucho más cómoda; de su atavío principesco sólo conservaba la espada y el collar de hematites. Buscó con la mirada a Mbemba para ver cuál sería la reacción ante el cambio de vestuario. Todavía no había amanecido, pero al aire fresco del alba y el rocío los pájaros comenzaban a despertar, al mismo tiempo que la caravana se formaba, y Mbemba, ocupado en los preparativos, no se fijó en Gil. El padre Sebastião, con la cabeza descubierta y una estola blanca sobre el hábito, y los dos alabarderos, sin las picas ni los cascos, salieron de sus chozas. Segou continuaba en el interior de la choza de Gil, asustado de que le vieran salir.

—¿Ha comido usted, padre? —preguntó Gil. No tenía muy claro hasta qué punto el viejo franciscano, inmerso en sus preocupaciones espirituales, atendía las cuestiones prácticas—. Ya sabe que aquí no se prepara desayuno.

Ni comida. Habían aprendido que estas gentes sólo comían una vez al día, al anochecer, y comían lo suficiente para aguantar hasta el final del día siguiente, así que el capitán había ordenado que además del equipaje llevaran una provisión de galletas, tasajo, pescado en salazón y vino. Gil compartió un puñado de galletas y un poco de vino con Segou antes de vestirse.

—¿Y, vosotros, Gomes, Días, habéis desayunado?

—Han desayunado —respondió el padre Sebastião por ellos con un tono de mal reprimida rabia—. Han comido carne. Se han olvidado de que hoy es día de abstinencia. Y tú, hijo mío, ¿también lo has olvidado?

Gil lo había olvidado, pero como sólo había comido galletas, respondió a la pregunta sin faltar a la verdad.

—No, padre. Sólo he comido unas galletas y he bebido un poco de vino.

—Eso está muy bien, hijo mío. No hay que olvidar estas cosas, sobre todo entre estos pobres salvajes. Debemos darles ejemplo. Y ahora vamos a rezar maitines. No olvidemos nuestras oraciones. *Dominus vobiscum...*

Segou salió de la choza cuando el padre Sebastião comenzó a rezar el oficio divino. No era cristiano, pero se sumó al grupo de portugueses arrodillados porque se sentía más seguro en compañía de los blancos. Era la primera vez que el sacerdote dirigía la oración en presencia de los negros, y la escena de los hombres arrodillados a la primera luz del alba, el suave canto de sus voces mientras los pájaros comenzaban a trinar, los gráciles movimientos de la señal de la cruz trazados por el padre Sebastião y repetidos por los hombres, atrajo su atención. En cuanto el padre Sebastião concluyó el breve servicio religioso, cerró el breviario y recitó el trisagio, persignándose una vez más, cosa que también hicieron Gil y los alabarderos, el muchacho se volvió hacia Mbemba, seguro de que haría algún comentario sobre el nuevo atuendo.

No fue así, y, en cambio, hizo otra cosa. Se persignó. Fue algo visto y no visto, y, una vez hecho, Mbemba sonrió con expresión traviesa. Gil echó una ojeada en derredor. Aparentemente, nadie más lo había visto. El padre Sebastião se había quitado la estola, y después de besarla, la guardó cuidadosamente, vigilado por el NsakuSoyo. Los dos alabarderos partieron a buscar las picas y los cascos mientras Segou seguía oculto otra vez en la choza. Gil volvió a mirar a Mbemba. Sin abandonar la sonrisa, el kongo repitió el gesto.

—*Ngete*, Mbemba —le animó Gil persignándose—. Ésta es la cruz de Nuestro Señor que está en los cielos.

—¿*Nzambi Mpungu*?

—¿*Nzambi Mpungu*? —Gil meneó la cabeza—. No te entiendo. —Lo dijo en kongo. Eran palabras que conocía muy bien de tanto repetirlas—. ¿Qué significa *Nzambi Mpungu*?

Mbemba desvió la mirada mientras pensaba en una explicación. Luego, sin dejar de sonreír, extendió las manos con las palmas hacia arriba, y miró al cielo con una actitud reverente, o quizá de fingida reverencia. No obstante, su actitud entusiasmó a Gil.

—Sí, Mbemba. *Ngete*. Eso es —exclamó, excitado—. El Señor está en los cielos. *Nzambi Mpungu*. Padre.

El padre Sebastião se volvió.

Lo mismo hizo el NsakuSoyo.

—Mbemba...

—*Ve* —le interrumpió Mbemba bruscamente—. No.

La aviesa sonrisa desapareció reemplazada por una expresión de disgusto.

—¿Qué pasa, hijo mío? —preguntó el padre Sebastião.

Gil vaciló. No le gustaba que el NsakuSoyo, con su rostro malvado y expresión suspicaz, les vigilara, atento a cualquier palabra. Y, aparentemente, lo mismo sucedía con Mbemba. Miraba furioso a Gil. Su rostro era otra vez una máscara de principesca altivez. Gil comprendió su error. Nunca tendría que haber llamado al padre Sebastião. Mbemba lo que quería era que su muestra de interés, su curiosidad por las ceremonias religiosas de los hombres blancos, fuese algo entre ellos dos, los dos jóvenes, los dos príncipes. Con una última mirada de disgusto, volvió a donde la caravana esperaba la orden de marcha.

—¿Qué querías decirme de Mbemba, hijo mío? —preguntó el padre Sebastião.

—Nada importante, padre. Creí que había hecho algo, pero estaba equivocado.

—¿Qué es ello?

—Creí que había hecho la señal de la cruz.

—¿La señal de la cruz? ¿Quién? ¿Mbemba? Oh, Madre santa. Oh Virgen bendita. Esto es un milagro, hijo mío. El buen Dios me ha mirado con favor y ha recompensado mis humildes esfuerzos. Debo ir a él. Su alma se conmueve.

—No, padre. Por favor, no vaya. Me temo que me he equivocado. No fue así.

—Entonces, ¿qué fue?

—Sólo un gesto. Un gesto para iniciar la marcha.

Por la noche, cuando la caravana se detuvo para comer y descansar en una aldea soyo junto al río, el padre Sebastião llamó a Gil y a los alabarderos para rezar vísperas. Segou se unió a ellos por razones prácticas. El sacerdote sabía que, dadas las circunstancias de la marcha (no había paradas después de iniciada la marcha), era lícito saltarse las otras horas canónicas pero que, con independencia de las circunstancias, se respetarían las oraciones de la mañana y de la tarde.

Los soyo de la aldea y de la caravana se reunieron para presenciar lo que para ellos era un nuevo y misterioso entretenimiento. Por supuesto, el NsakuSoyo también estaba, atento y desconfiado. En cambio, a Mbemba y a sus guerreros no se les veía por ninguna parte. Gil no se sorprendió. Durante la marcha, Mbemba se había mantenido distante, sin hacer caso de los intentos de Gil de iniciar una conversación y de disculparse por el error cometido aquella mañana. El muchacho no se lo tomó a mal. Sospechaba que

Mbemba estaba enojado consigo mismo por haber mostrado su curiosidad por las acciones de los blancos, y también lo estaba con Gil por haber comunicado su curiosidad al padre Sebastião y al NsakuSoyo. Probablemente ahora estaba con sus guerreros dando rienda suelta a su malhumor.

No obstante, el padre Sebastião no quería empezar sin Mbemba. Tenía el corazón puesto en el príncipe kongo. Una y otra vez durante la marcha llamó a Gil para interrogarle sobre la posibilidad de que Mbemba hubiese hecho la señal de la cruz. Quería creer que lo había hecho, porque sentía que si podía despertar el misterio de la fe en el alma del joven, y llegar a su corazón y a su alma con el evangelio del Salvador, si podía llevar al príncipe de este pueblo al seno de la Iglesia, el pueblo le seguiría sin chistar y él habría convertido a todo un reino.

Se puso sobre el hábito y el amito de seda blanca, el alba de lino y la estola con la cruz bordada en hilo de oro. En el centro de la plaza estaba el altar que los alabarderos habían improvisado colocando dos cofres uno encima de otro. El padre Sebastião los cubrió con un mantel de seda blanca, donde colocó el cáliz, el misal y dos velas encendidas. Quería hacer de este oficio una gloria, una maravilla, una experiencia inolvidable para aquellos pobres paganos reunidos en la plaza pero, por encima de todo, para el príncipe kongo.

Se movía sin prisas, recitaba las lecturas y los himnos, haciendo las pausas mientras pasaba las hojas del misal como si se hubiera perdido, siempre con la esperanza de que si le daba tiempo, Mbemba aparecería.

Los soyos le observaban embelesados, en respetuoso silencio, y cuando por fin todo estuvo preparado, se volvió hacia ellos con el rostro inexpresivo como si no fuera consciente de su presencia, aunque estaba desilusionado por la ausencia de Mbemba. Entonces se lo reprochó a sí mismo. Después de todo, estas personas sencillas eran también las almas perdidas que había venido a salvar; ellas también, como el príncipe kongo, necesitaban la palabra y la gracia de Dios. Con una repentina y bondadosa sonrisa en su flácido rostro, las bendijo con la señal de la cruz y, sin despojarse de las sagradas vestimentas, se acercó a ellas con las manos extendidas.

El NsakuSoyo intervino en el acto, con gritos estentóreos y alejando a los soyos con furiosos ademanes. Los nativos se dispersaron; huyeron del sacerdote como presos de un súbito ataque de pánico. Se encendieron las hogueras. Se recogieron los bultos. Se prepararon las chozas para los visitantes. En un momento, el padre Sebastião se quedó solo en la plaza con el

NsakuSoyo. El brujo sonrió, victorioso, mientras el franciscano se quitaba las vestimentas. Gil se dirigió al río.

En la fangosa orilla se amontonaban las canoas. Los hombres habían estado pescando con palangres, redes y nasas desde que llegó la caravana, y unos pocos salían para la pesca nocturna provistos de teas encendidas. Un tronco de unos veinte pies de largo, arrastrado por la corriente, estaba entre las canoas. Se veían en la madera las marcas del trabajo para convertirlo en una embarcación. Gil se sentó en el tronco. Pasaría un rato largo antes de estar preparada la cena, y para ese momento, Mbemba ya habría vuelto con sus guerreros. Ésa sería la hora en que Gil también volvería a la aldea.

Se quitó la gorra y se pasó los dedos por las largas y grasientas guedejas rubias, y luego, con los codos apoyados en las rodillas, apoyó la barbilla en las manos. Las canoas navegando por el río, con los remeros de pie, se convirtieron en puntos titilantes de color naranja; gracias a las llamas de las teas; en el azul cada vez más profundo del anochecer y las nubes que llegaban por el este iban apagando las primeras estrellas. Había visto nubes todas las noches desde que llegaron al río Zaire pero cada día esperaban en vano la lluvia. Los trinos y el piar de los pájaros se iban apagando paulatinamente al tiempo que crecía el canto metálico de las cigarras en una única y prolongada nota y los mosquitos se alzaban del fango en nubes cada vez más negras.

—Gil Inis.

Gil miró en derredor.

—Mbemba. *Keba bota*.

Amagó levantarse, pero Mbemba se lo impidió, y se sentó a su lado, dejando la lanza apoyada en el tronco. Ya no llevaba los brazaletes ni las ajorcas, tampoco el collar de dientes de animal ni la cinta de plata con la esmeralda. Era la respuesta al cambio de vestuario de Gil; él también quería prescindir de su apariencia principesca, quizá por la misma razón que había preferido caminar cuando Gil rehusó montar en la litera, para no parecer que estaba por encima del príncipe blanco. Gil deseaba creer que éste era un gesto de amistad. Sin embargo, los guerreros estaban allí con lanzas y escudos, formando un círculo un tanto disperso para protegerlo.

—Los soyos pescan —comentó Gil en kongo. Señaló las titilantes luces de las canoas en el río.

—Sí, pescan.

—¿Qué pescan?

—Muchos peces. Pequeños. Grandes. Un pez muy grande. —Mbemba extendió los brazos para indicar el tamaño, dos varas largas—. Pez como

mchento —y trazó en el aire las voluptuosas curvas de una mujer.

—¿Una mujer? —Gil meneó la cabeza, sonriente—. No, Mbemba, no una mujer.

—Sí, Gil Inis, una mujer. —Mbemba sonrió—. Una mujer de aquí hasta aquí. —Pasó las manos desde la cabeza hasta la cintura—. Después pez hasta allí —y señaló las piernas y los pies.

—¿*Sereia*? —preguntó Gil en portugués—. ¿Una sirena?

—¿Sirena?

—Llamamos sirena a la que es mitad pez, mitad mujer.

—¿También vosotros conocéis las sirenas?

—Es lo que dice la gente. Diego Cão y Nuno Gonçalves lo dicen, pero yo nunca las he visto.

—¿Y también pescan sirenas?

—Sí, siempre quieren pescar sirenas —respondió Gil, con una amplia sonrisa, recordando que casi todos los marineros que conocía juraban que en algún momento de sus viajes habían visto una sirena.

—¿Desde el pájaro?

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Desde el pájaro?

—¿Pescan sirenas desde el pájaro?

Gil tardó un momento en recordar que para Mbemba, y para toda esta gente, la *Leonor*, la gran nave de blancas velas, era un pájaro.

—Sí, desde *bwato* —contestó empleando la palabra kongo que significa en lugar de pájaro—. Pescan sirenas desde el bote.

—No. Desde el bote, no. Desde el pájaro.

Gil demoró la respuesta. No tenía claro el motivo por el que Mbemba insistía en la distinción entre pájaro y bote. Pero debía responder.

—Sí, pescan sirenas desde el pájaro.

—¿En el cielo?

Ahora era Gil quien estaba con problemas.

—¿En el cielo? —repitió, no porque no entendiera la palabra cielo en kongo, sino para ganar tiempo.

—¿Pescan sirenas desde el pájaro en el cielo? —insistió Mbemba señalando hacia arriba.

Ya no había ninguna duda. Un bote estaba en el río. Un pájaro en el cielo. Mbemba estaba haciendo una clara distinción entre bote y pájaro. ¿Por qué? ¿Adónde quería ir a parar? Su sonrisa mostraba la misma burla que había mostrado cuando imitó la señal de la cruz por la mañana. ¿Pretendía disimular su curiosidad, restarle importancia a su interés en las cosas de los blancos? ¿O

se divertía a costa de Gil, se burlaba de la idea de los blancos pescando sirenas desde un pájaro en el cielo?

—¿Con *Nzambi Mpungu* en el cielo?

Ahora sí le comprendió Gil. *Nzambi Mpungu*, las palabras kongos para cielo y Dios. Lo que Mbemba pretendía saber, lo que le estaba preguntando a Gil de una manera sesgada y ladina, lo que pretendía que Gil le dijera con toda claridad, era si los hombres blancos, si los Porta Guiis, habían volado en su gran pájaro de alas blancas desde el cielo, si eran enviados celestiales.

No se lo creía. El ManiSoyo sí se lo había creído. También el NsakuSoyo. Todos se lo habían creído. Pero este joven kongo no se lo creía. Gil lo comprendió al ver la ironía en la mirada, la burla en la sonrisa. No, ni por un momento se había creído que vinieran volando desde el cielo, ni que fueran enviados de Dios. Sólo estaba probando a ver si Gil decía que lo eran, si Gil mentía. El muchacho portugués desvió la mirada.

Mbemba se puso de pie. El súbito movimiento sobresaltó a Gil.

—Tú no vienes de *Nzambi Mpungu*, Gil Inis —afirmó el príncipe kongo con expresión grave—. Tú no vienes del cielo.

Gil permaneció en silencio. No sabía qué contestar. Incluso si lo hubiese sabido, se habría quedado sin voz.

—Sé una cosa, Gil Inis. Lo sé aquí en mi cabeza. Lo sé aquí en mi corazón: Lo que no sé es de dónde has venido con tu gran bote de alas blancas.

Gil se humedeció los labios. Se había acabado el juego. Sería una estupidez mentir.

—Te lo diré, Mbemba.

—Sí, dímelo.

—Vengo de muy lejos.

—Lo sé.

—¿El océano, Mbemba? ¿El mar? ¿Dónde va el río? ¿Dónde se acaba el río? ¿El mar?

—Sí, el mar.

—Yo vengo del mar.

—Ah, el mar. No el cielo. Ahora vienes del mar.

Gil exhaló un suspiro. Se pasó una mano por la cara. Se frotó los ojos.

—Despacio, Gil Inis. Dímelo despacio.

Gil apartó la mano de los ojos.

—No del mar, Mbemba. Del otro lado del mar. Vengo de la otra orilla del mar.

Mbemba meneó la cabeza al escuchar estas palabras.

—No, Gil Inis, tú no vienes de la otra orilla del mar. El mar es para siempre. El mar no tiene otra orilla.

—La tiene, Mbemba. —Gil se levantó. ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía hacérselo entender?

—¿El río, Mbemba? ¿Nzere?

—Sí, Gil Inis. El río Nzere.

—El río tiene otra orilla, ¿verdad? —Gil señaló el curso del río. La orilla opuesta no se veía en la oscuridad, y consideró que era una ventaja—. Allí, allí, al otro lado del río, aunque no podemos verla, hay la otra orilla del río, ¿no es así?

Mbemba se volvió hacia el río y contempló las luces de las canoas de pesca en el agua oscura. Luego se volvió hacia Gil.

—Aquí está esta orilla del río, Mbemba. Y allá está la otra orilla, aunque no podamos verla.

Mbemba asintió sin apartar la mirada de Gil.

—Sí, allá está la otra orilla, aunque no podamos verla.

—Y del mismo modo el mar también tiene otra orilla, Mbemba. Aquí está esta orilla del mar. Y allá, muy lejos, al otro lado del mar, aunque no podamos verla, está la otra orilla del mar.

El joven continuó mirando atentamente a Gil. Los guerreros kongos también le miraban. Probablemente escuchaban lo que decía Gil. Desde luego, veían sus gestos. ¿Le entendían? ¿Mbemba le había entendido?

—Es de allí de donde vengo, Mbemba, de allí, desde muy lejos al otro lado del mar, de la otra orilla del mar.

—Desde la otra orilla del mar —repitió Mbemba, casi para sí mismo. Gil se dio cuenta de que para él era un concepto fantástico, un tremendo esfuerzo de fe, un sorprendente logro imaginativo—. ¿El mar tiene otra orilla como el río tiene otra orilla?

—Sí, Mbemba. Y allí está la tierra de los portugueses, allí en la otra orilla del mar, como aquí está la tierra de los kongos, en esta orilla.

—¿Y allí está de donde vienes, de la tierra de los Porta Guis en la otra orilla del mar?

—Sí, Mbemba. Ahora lo entiendes.

—No, Gil Inis, no lo entiendo. Pero tú me lo dirás. Lentamente. Poco a poco me dirás todas las cosas de los Porta Guis. Y entonces lo entenderé.

VI

A lo largo de unos cuantos días, la caravana se fue alejando paulatinamente del río en dirección al sursudeste, pero al llegar el quinto y sexto día el camino torció en una curva, y al séptimo de la salida de Mpinda el río volvía a estar a la izquierda, más o menos a la misma distancia que al principio, aunque ahora el cauce era más angosto, saltando entre piedras y cascadas con una corriente mucho más rápida, al tiempo que el camino se hacía más empinado. Al décimo día de marcha, a unas cuarenta leguas al este de Mpinda y, según el cálculo aproximado de Gil a no más de un día de marcha de Matadi —la gigantesca cornisa sobre el río donde la *Leonor* había anclado cuando la chalupa se fue a explorar la Caldera del Diablo—, la caravana llegó a un cruce. Un ramal seguía en dirección este a lo largo del barranco cada vez más alto y pedregoso, probablemente hasta Matadi. El otro ramal se desviaba hacia el sursudeste para adentrarse en la selva por la derecha. La caravana siguió por este ramal alejándose del río.

—¿Segou?

El achanti se acercó rápidamente en respuesta a la llamada de Gil, que caminaba junto a Mbemba.

—Debemos recordar este cambio en el camino, Segou. No dispongo de papel y lápiz para dibujar un mapa, así que no lo olvides.

—Lo guardaré en mi memoria, Gil. Al décimo día de marcha desde Mpinda nos alejamos del río y entramos en la selva.

—Muy bien, Segou. Recuerda todos los cambios del camino porque quién sabe si no llegará el día en que tengamos que recorrerlo por nuestra cuenta.

—Lo sé, Gil. Guardaré el mapa en mi memoria para cuando llegue ese día.

Mbemba, que caminaba un paso por delante a la derecha de Gil, inclinaba levemente la cabeza como si le interesara escuchar la conversación. Gil se preguntó si habría entendido algo, si poco a poco iba aprendiendo el portugués de la misma manera que él aprendía el kongo. Aunque las circunstancias no lo propiciaban, no lo podía descartar. Pues la verdad es que casi nunca hablaban en portugués cuando él estaba cerca y nunca pedía una traducción como hacía Gil constantemente. El príncipe era inteligente y

siempre estaba alerta y, aunque quizá creía que por mantener la dignidad convenía disimular la curiosidad con una actitud burlona y despreciativa, y sólo la manifestaba de la forma más retorcida, tenía auténticas ganas por saber cosas de los portugueses y de su tierra en la otra orilla del mar.

—Hablamos del cambio de dirección que toma aquí en el camino, Mbemba. Vemos que ahora nos alejamos del *Nzere*. ¿Volveremos al *Nzere* más tarde?

—No. Mbanza Kongo está lejos del *Nzere*. Mbanza Kongo está ahí. — Mbemba señaló con la lanza el camino que entraba en la selva.

—¿Mbanza Kongo está en la selva?

—No. Mbanza Kongo está en la montaña. Cruzaremos la selva para llegar a la montaña. La selva oculta y vigila la montaña.

Gil asintió.

—¿También hay selva en la tierra de los Porta Guis?

—Sí, también hay selva en la tierra de los portugueses. Pero no es una selva como ésta.

Entraron en la selva como si entraran en un mundo subterráneo. Ya no tenían el Zaire a la izquierda, cada vez quedaba más atrás; sin siquiera un atisbo del agua iluminada por el sol para recordarles el campo abierto, el mar y el cielo extendiéndose de un horizonte a otro; con mangles, palmeras, *irokos*, baobabs y bambúes que crecían a ambos lados del camino y sus ramas, hojas, lianas y colgantes cortinas de musgos que formaban un techo de vegetación sin solución de continuidad a cien, a doscientos pies de altura, ocultando completamente el cielo; una penumbra acuosa, caliente, infestada de insectos envolvió a la caravana como el agua del mar cerrándose alrededor de una nave que se hunde.

Entraron en un reino de perpetua oscuridad donde ni siquiera entraba un rayo de sol y donde todo era más silencioso. Gil, con la camisa empapada y el sudor corriéndole por los muslos, ya no escuchaba a los trompeteros, a los tamborileros y a los fetichistas que caminaban al frente de la expedición (quizás habían decidido no tocar en la selva), y los ruidos, los cantos y las llamadas de los pájaros, de los monos y los desconocidos animales ocultos eran esporádicos, momentáneos, de otro carácter y propósito; eran ruidos, cantos y llamadas de alarma, inquietantes en su brusquedad, imposible de localizarlos, que producían un eco siniestro en los largos silencios que guardaban. Pero el camino seguía siendo ancho, llano y bien cuidado. Era un auténtico camino real, el camino a una ciudad real. Gil estaba maravillado por el increíble trabajo que representaba su construcción y su mantenimiento.

Cuán rico y poderoso debía de ser el rey capaz de construir y mantener un camino como éste en medio de una masa de vegetación impenetrable.

A unas dos leguas del cruce llegaron a un río. Era poco más que un arroyo comparado con el poderoso Zaire, pero tenía sus buenas cien varas de ancho, y fluía de nordeste a sudoeste, sin duda se trataba de un afluente del Zaire. El puente que lo cruzaba era otro ejemplo del inmenso esfuerzo que representaba el mantenimiento de esta vía real, una sólida estructura de lianas, bambúes y troncos partidos, anclados a unos gigantescos postes a cada orilla, que cruzaba la corriente sin necesidad de soportes adicionales. Sin embargo, apenas si se balanceaba bajo el impacto de los centenares de pies que lo cruzaban. Al otro lado había una aldea oculta entre una barrera de tupidos arbustos. Gil no la hubiera visto de no haber sido porque la caravana se detuvo allí a pasar la noche. Lo cual no dejó de sorprenderle. No se daba cuenta de lo tarde que era. En la invariable y fétida penumbra de la selva donde no pasaban los rayos del sol, resultaba imposible determinar la hora del día.

La aldea era de un diseño y una construcción muy distinta a la de las aldeas soyos que habían visto a lo largo de las riberas del Zaire y que se abrían sobre el gran río. Éste era un poblado selvático, un montón de chozas bajas, pequeñas, en forma de panal, hechas con cañas y barro, dispuestas sin orden ni concierto en un terreno mal despejado debajo de los gigantescos árboles, sin vistas de ninguna clase. Los ocupantes eran tan pobres y primitivos como el poblado. Aunque muy parecidos a los kongos y a los soyos en el color, en los pómulos altos y en los ojos rasgados, y que, como Gil averiguó después, también compartían el lenguaje, eran de estatura más baja, más nervudos, tímidos y desconfiados. Iban vestidos con faldas hechas de hojas o taparrabos de piel de mono o de un material obtenido a base de machacar la corteza, sin adornos salvo alguna que otra pluma de papagayo o un collar de dientes de mono. Iban armados con cerbatanas que lanzaban dardos envenenados. Esperaban la llegada de la caravana apiñados en las entradas de las chozas con un patético servilismo, mirando a los hombres blancos con expresiones que iban del horror a la más total incredulidad.

—¿Quiénes son, Mbemba?

—Mbata. La selva es la tierra de los mbatas.

El jefe se adelantó. Era un pobre infeliz que se distinguía de los demás por un tocado de juncos con una cola de mono que le colgaba por la espalda y un collar hecho con un cráneo de mono sujeto por un cordón de cuero. Luego se prosternó delante de Mbemba. El kongo no le hizo caso. Echó una ojeada a la aldea con altivo desdén. Luego le dijo algo al NsakuSoyo, quien, a su vez, se

dirigió con un tono desabrido al jefe. Éste levantó la cabeza del suelo para contestar.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el padre Sebastião.

Gil meneó la cabeza y se volvió hacia Segou.

—Esta noche no habrá festín —le informó el achanti—. Fracasó la cacería.

Mbemba se volvió al oír los murmullos. Después, sin apoyar la lanza en el cuello del jefe, hizo un recorrido por las chozas. Miró en el interior de algunas sin disimular su disgusto, pateó las paredes de otras para comprobar su solidez, y acabó por escoger unas pocas para él y sus acompañantes. Sus guerreros le seguían hablando con dureza a los mbatas. Los apartaban con las lanzas y los expulsaban de las chozas empujándolos con los escudos. Los porteadores de la caravana se dispersaron por el poblado en busca de lugares donde descargar los bultos. A medida que se acercaban, los mbatas, que se apartaban asustados por los guerreros, abandonaron la aldea en manos de la caravana y desaparecieron en la selva. Todos menos el jefe. Como Mbemba no le había dado permiso para levantarse, permaneció prosternado en mitad del claro.

Aquella noche comieron de las provisiones de la caravana, y los portugueses completaron su cena con el tasajo, las galletas y el vino que llevaban. Tampoco hubo ninguna celebración. Incluso el padre Sebastião, afectado por el ambiente opresivo de la selva, se limitó a recitar las oraciones vespertinas y se retiró a la choza que el NsakuSoyo le había asignado. Por su parte, Gil se quedó levantado un rato más, sentado a la turca con la espalda apoyada en la pared de barro de la choza que sería suya por una noche.

Se quitó la camisa y la utilizó para enjugarse el sudor. Ni siquiera la noche era un alivio ante el tremendo calor y la sofocante humedad de la selva. No había acabado de secarse cuando el sudor volvió a correrle por todo el cuerpo. La camisa apestaba y él también. Recordó el río que habían cruzado. Podía distraerse nadando un rato y de paso lavar la ropa. Pero, aunque no estaba lejos, decidió quedarse allí. No porque creyera que no sería capaz de ir y luego volver. Después de todo, para eso estaba el camino, para ir y volver del río. Era por la oscuridad, por la extraordinaria oscuridad de la selva, una oscuridad que le era totalmente nueva, algo tan tangible que si la cortaba sangraría sudor. No le apetecía caminar en medio de tal negrura.

Volvió a ponerse la camisa —en cuanto se la quitó, un enjambre de insectos se cebó en su piel desnuda— y recogió una ramita. Luego trazó una línea en la tierra húmeda. Ésta era otra preocupación que le embargaba: la

oscuridad de la selva, la dificultad de determinar la dirección y el paso del tiempo por no ver el sol ni las estrellas a través del tupido dosel de la vegetación. La línea que trazó representaba el río Zaire y el camino que habían seguido a lo largo de la ribera, aproximadamente en una dirección de oeste a este desde Mpinda, que señaló con una cruz, la bifurcación del camino (con otra cruz) y más allá el lugar donde suponía que se encontraba Matadi. En la bifurcación trazó otra línea que correspondía al desvío del camino principal que se adentraba en la selva con un rumbo sursudeste. Pero a partir de ese punto, sin la orientación este-oeste del Zaire para orientarse, sin una manera segura de saber la hora del día al llegar a hitos como el pequeño río, el puente y el poblado, el mapa se hacía cada vez más impreciso. Ahora mismo no podía señalar la posición del río, ni el puente, ni la aldea. Incluso así, debía hacerlo. Cada noche debía dibujar, lo mejor que pudiera, un mapa del trayecto recorrido hasta el momento y grabarlo en la memoria. Cualquier mapa, por impreciso que fuese, sería mejor que nada a la hora de buscar el camino de regreso a través de la selva.

Levantó la mirada. Mbemba acababa de salir de su choza. Evidentemente, su carácter comprensivo se había apiadado del pobre jefe mbata que seguía prosternado. Se acercó al indígena y sin más ceremonia, sólo para demostrar que era un príncipe poderoso, le dio un rápido puntapié en las costillas. El pobre hombre se levantó de un salto y corrió a refugiarse en la selva. Mbemba le miró correr. Y, a continuación, fue a reunirse con Gil. No llevaba lanza y vestía un taparrabos. Sin embargo, inmediatamente hicieron su aparición los guerreros, ataviados con las largas faldas y armados con las lanzas de acero y los escudos.

—Yo duermo, Gil Inis. Tú no duermes.

—Muy pronto yo también dormiré, Mbemba.

—¿Qué haces cuando no duermes? —Mbemba se puso en cuclillas junto a Gil—. ¿Qué es esto que haces? —dijo y señaló las líneas y cruces dibujadas en la tierra.

—Un mapa. —Gil lo dijo en portugués porque no sabía la palabra en kongo, y tampoco conocía si tenían la palabra correspondiente.

—¿Un mapa?

—Sí, un mapa. Mira. Éste es el *Nzere*. —Gil cogió la ramita y volvió a recorrer la línea que representaba al gran río y escribió la palabra inventándose la grafía: Enzary—. Y ésta es Mpinda. —Señaló la cruz hecha para marcar la aldea al principio de la línea y escribió el nombre tal como le sonaba—. Y éste es el lugar donde el camino que va junto al río entra en la

selva. Aquí he dibujado el puente que cruza el pequeño río. Aquí está la aldea mbata. —Escribió Embatta junto a la cruz que marcaba la aldea—. Éste es un mapa. Muestra los caminos que recorreremos, las aldeas y otros lugares por donde pasamos. Nos muestra el camino que hay que recorrer.

Mbemba, sentado sobre los talones y con las manos entre las rodillas, observó las líneas, las cruces y las letras que Gil había trazado en la tierra húmeda. Luego preguntó señalando con el dedo:

—¿Qué es esto?

—*Nzere* —contestó Gil.

—No. Éste es el río *Nzere*. —Mbemba pasó el dedo por la línea que representaba el río—. Pregunto, ¿qué es esto? —Señaló las letras que Gil había escrito junto a la línea, la palabra decía: Enzary.

—*Nzere* —repitió Gil, sin apercebirse de la confusión que provocaban en el congo las líneas y las palabras.

—¿Dices que esto es *Nzere* y esto es Aforre? Los dos no pueden ser *Nzere*.

—Tienes razón, Mbemba. Lo he dicho mal. Lo repito otra vez. Esta larga línea recta, de aquí hasta aquí, esto es *Nzere*. Pero todas las pequeñas líneas juntas hacen la palabra *Nzere*.

Incluso mientras lo decía, Gil comprendió que estaba cometiendo un error estúpido. No era el concepto de mapa lo que confundía a Mbemba. Con un poco más de tiempo y unas cuantas repeticiones acabaría por entender lo que era un mapa. Al fin y al cabo, no era más que un dibujo, la representación de una realidad tangible, y esta gente también dibujaba, también hacía representaciones de realidades tangibles. Pero las palabras y los nombres que Gil había garrapateado en el mapa es lo que había desconcertado a Mbemba. No tendría que haberlas escrito. De todas maneras, carecían de importancia. Gil estiró una mano para borrar la palabra Enzary. Mbemba se lo impidió.

—¿Por qué quieres quitarlo? Te pregunto qué es. Dime qué es. Y también qué es esto. Y esto.

Gil exhaló un suspiro. ¿Cómo podía explicarlo? No se le ocurría ninguna otra explicación. Así que volvió a repetirlo.

—Ésta es la palabra para nombrar el *Nzere*. Y ésta es la palabra para Mpinda. Y ésta es la palabra para Mbata. Así se escriben las palabras que pronunciamos. ¿Tú no escribes las palabras que hablas?

—¿Escribir?

Por supuesto, Gil había dicho *escrever*.

—Es así como dibujamos las palabras que decimos. Las escribimos. Es *escrita*. ¿Tú no dibujas las palabras que hablas? ¿No las escribes? ¿No tenéis escritura?

Mbemba le miró con una expresión altanera de enfado que, a estas alturas, Gil sabía que sólo era una manera de ocultar la incapacidad de comprender lo que escuchaba, y el concepto mismo de escritura. Eso era lo que le resultaba completamente extraño, más allá de su propia experiencia.

Gil meneó la cabeza, apesadumbrado. No podía explicar la escritura de una manera más clara. De hecho, él tampoco la entendía mucho más. Apenas si podía decirse que había superado el analfabetismo. Había aprendido a leer y escribir por sus propios medios, y, por lo tanto, sus conocimientos eran muy rudimentarios. Sólo alguien que hubiera aprendido a escribir correctamente y escribiera con frecuencia podía darle a Mbemba una explicación mejor que la suya. Y eso no podía hacerlo un paje ni un marinero ni un vulgar soldado, sino un capitán, un piloto o un sacerdote.

—El padre Sebastião. Él te explicará lo que es la escritura.

—Vayamos a ver al Pader Sebastum.

—¿Ahora? No, Mbemba. Ahora duerme. Mañana lo veremos.

—No. Vamos a verle ahora. —Mbemba se levantó—. Pader Sebastum —llamó.

El grito de Mbemba resonó en el silencio de la noche y despertó a muchos. Segou asomó la cabeza por la abertura que hacía de entrada de la choza de Gil. Los dos alabarderos salieron de la suya. Los guerreros kongos, que no entendían por qué había gritado su príncipe, se acercaron.

—Pader Sebastum, hablaré con usted.

El franciscano asomó la cabeza, miró perplejo a Mbemba, y luego salió a gatas de la choza. Vestía un camisón de lino en lugar del hábito, en un intento por encontrar alivio al asfixiante calor.

—Pader Sebastum, dígame qué dibujó Gil Inis aquí en el suelo.

—¿Qué dice, hijo mío? ¿Ocurre algo malo?

—No, padre. Sólo intentaba explicarle qué es la escritura.

—¿La escritura?

El NsakuSoyo y la mayoría de los porteadores y las mujeres contemplaban la escena.

—Sí. Le estaba mostrando el mapa que dibujé del camino que llevamos recorrido y escribí los nombres de algunos de los lugares: Mpinda, Nzere, Mbata. Creo que ha captado muy bien la idea del mapa, pero los nombres, la

escritura, no sé cómo explicárselo. No creo que estas gentes conozcan la escritura, padre.

—¿Le pides al Pader Sebastum que me diga qué es la escritura o no, Gil Inis? —intervino Mbemba, impaciente.

—Sí, Mbemba, se lo pido. Creo, padre, que usted podrá explicárselo mucho mejor que yo.

—¿Quiere comprender la escritura?

—Sí.

—¡Oh Jesús bendito! ¡Oh santa María, y glorioso san José! Sabía que el Señor le había abierto el corazón a nuestra palabra desde el día que hizo la señal de la cruz. Ésta es una maravillosa noticia, hijo mío. Hemos tocado su alma. Hemos despertado su espíritu. Debemos enseñarle la palabra. —El padre Sebastião volvió a la choza, y, en cuestión de segundos, reapareció con el breviario. Una expresión de entusiasmo infantil iluminó su rostro enjuto—. Escritura, Mbemba. Éstas son las palabras escritas, las palabras de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. —Abrió el breviario al azar y acercó el libro al rostro de Mbemba.

Esto sorprendió al joven kongo. No era lo que esperaba.

—¿Qué hace, Gil Inis? Dijiste que me diría lo que es escritura.

—Es lo que hace, Mbemba. Mira lo que te enseña. Esto también es escritura.

El padre Sebastião, sin comprender lo que decían los dos jóvenes, escogió ese momento para comenzar a leer del breviario. «*De profundis clamavi ad te, Domine...*»

Mbemba se volvió hacia el franciscano. Gil advirtió que el NsakuSoyo se acercaba. Lo mismo hicieron los guerreros kongos. Los dos alabarderos los imitaron. Segou decidió salir de la choza. Gil tenía una vaga idea de lo que el padre leía, pero en cualquier caso, no le encontraba ningún sentido. Éste no era el momento para oraciones. Y menos todavía en latín, por amor de Dios.

—No creo que esto sea lo adecuado, padre.

—Paciencia, hijo mío. Éstas son las palabras de Dios. Su alma reclama estas palabras. Por eso quiere comprender la escritura, entender las palabras de Dios. —El padre reanudó la plegaria.

Gil miró a Mbemba. Para su sorpresa y alivio, el príncipe miraba atentamente al sacerdote, vigilaba el movimiento de los ojos de un lado a otro de la página siguiendo las líneas mientras los labios formaban las palabras de la oración.

Mbemba echó una mirada a Gil y luego volvió a mirar al franciscano. Ya le había visto leer las páginas del breviario. No era ninguna novedad. No, lo nuevo, lo nuevo de verdad, lo que ahora llamaba su atención era la idea de que existía una relación entre mirar el breviario y al mismo tiempo pronunciar las palabras, que las palabras dichas se relacionaban de alguna manera con los trazos, los puntos y otras marcas que el padre miraba en la página. Gil se preguntó si podría establecer la relación existente entre las palabras escritas y las pronunciadas. Al ver la mirada de Mbemba, el joven comprendió lo extraordinaria que le resultaba esta idea.

—¿Pader Sebastum?

El sacerdote interrumpió la lectura.

—¿Es esto escritura, Pader Sebastum?

—¿Qué dice, hijo mío?

—Pregunta si esto es escritura.

—Sí, Mbemba, esto es escritura. Éstas son las palabras de Dios. Ten, cógelo. Míralo tú mismo. —El sacerdote extendió la mano con la intención de darle el libro a Mbemba.

Su mano fue sacudida violentamente y el breviario saltó por los aires. El autor de la agresión no fue otro que el NsakuSoyo, que se interpuso entre Mbemba y el sacerdote, y comenzó a gritarle al joven kongo.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —exclamó el padre Sebastião corriendo a recoger el breviario.

Mbemba miró furioso al NsakuSoyo, pero el hechicero no se asustó. Continuó gritándole. Le puso de vuelta y media, reprendiéndole como si fuera un niño. Al parecer, como hechicero y por ser el único capaz de hacer brujería, tenía la potestad, la capacidad y el derecho excepcional de tratar sin miramientos a un príncipe.

—¿Cuál es el problema, hijo mío? —preguntó el padre Sebastião acercándose después de haber recuperado el breviario.

El NsakuSoyo se volvió hacia el franciscano, y todo el rechazo, toda la antipatía y, sí, también todo el miedo al sacerdote blanco que el brujo sentía y a duras penas había contenido desde el primer momento, acabó por reventar y se manifestó en que cruzó de un revés el rostro del padre Sebastião. No era más joven que el sacerdote pero indudablemente era mucho más fuerte. El golpe derribó al padre Sebastião.

—Maldito perro pagano. Saco de mierda —gritó Vasco Días, el más piadoso de los dos alabarderos, o quizás el más supersticioso, adelantándose de un salto.

—No, Días. Por favor, Mbemba. —Gil corrió al lado del padre, sin perder de vista a Mbemba mirándolo por encima del hombro, esperando que el joven tomara alguna acción contra el NsakuSoyo.

—Estoy bien, hijo mío, estoy bien. No es nada. —El franciscano intentó levantarse.

—Descanse un momento, padre.

—No, no, estoy bien. Sólo échame una mano. —El sacerdote se levantó con la ayuda de Gil, se llevó la mano a la boca y después la miró para ver si tenía sangre. No la había—. ¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé. —Gil miró a Mbemba.

Mbemba no había tomado ninguna medida contra el NsakuSoyo. El brujo continuaba gritándole. El kongo no le escuchaba, pero tampoco le replicaba. No hacía nada. ¿Por qué no? Era un príncipe. El padre Sebastião estaba a su cargo. ¿Por qué no castigaba al NsakuSoyo por su mal comportamiento? Al menos, podía protestar. ¿Tanto poder ostentaba el NsakuSoyo? ¿O es que Mbemba era demasiado joven e inexperto? ¿Y, por otra parte, qué había provocado el estallido de rabia del brujo después de todo este tiempo? ¿Acaso en el interés de Mbemba por escuchar la lectura del sacerdote había intuido un peligro mayor que en el interés que los portadores y las mujeres ponían en el rosario y el crucifijo? ¿O era el breviario en sí, la escritura del libro, la magia de la escritura lo que le asustaba hasta el extremo de salir violentamente en defensa de los de su propia fe?

—Hablaré con él —dijo el franciscano.

—No, padre, por favor, dejemos las cosas en paz.

—Sólo se trata de un estúpido malentendido, hijo mío. Debemos aclararlo. No podemos perder la oportunidad que nos da Dios. ¿No lo ves? Tenemos el alma de Mbemba en nuestras manos. —El sacerdote volvió a acercarse a Mbemba y al brujo.

Y una vez más el NsakuSoyo se giró furioso.

—No —gritó Gil interponiéndose entre el cura y el brujo.

Y así fue como el puño del hechicero se estrelló contra el rostro de Gil y no en el del sacerdote, y Gil salió despedido contra el franciscano y juntos cayeron de espaldas al suelo. Gil encima del padre, y la cabeza de Sebastião chocó contra el suelo con un ruido sordo.

—¡Saco de mierda!

—Cuidado, Días.

Días había vuelto a adelantarse, pero se paró al oír la advertencia de Gomes, que permanecía quieto como una estatua. Los guerreros kongos les

vigilaban con las lanzas y los escudos preparados. Los dos alabarderos no llevaban ni las alabardas ni corazas.

Fue Segou quien actuó en este momento fugaz y comprometido. Fue Segou quien se adelantó. Fue Segou, a pesar de estar desarmado y sin coraza, quien salió en ayuda de Gil y del sacerdote. ¿Qué pensó en ese instante que le hizo explotar? ¿Pensaba en proteger a Gil y del sacerdote de un nuevo ataque? ¿O era el odio hacia los kongos y los soyos por el desprecio con que lo trataban lo que desencadenó aquel impulso, insensato, aunque valerosa?

Una lanza le atravesó el vientre.

—¡Madre de Dios! —gritó Gil.

Segou se dobló en dos, aferrando el asta de la lanza. Luego se enderezó con una expresión dolorida y como en cámara lenta, cayó de espaldas. La resplandeciente hoja de acero, tinta en sangre, sobresalía por la espalda por debajo de la cintura y se clavó en la tierra impulsada por el propio peso muerto de su cuerpo al chocar contra el suelo. El guerrero que había descargado el golpe mortal soltó la lanza cuando la caída de Segou se la arrancó de las manos. Segou quedó clavado en el suelo. Estaba vivo. Una vez más sujetó la lanza que le atravesaba el vientre y comenzó a patalear. El guerrero se subió sobre su pecho y lentamente sacó la lanza y le cortó las manos al pobre Segou. La sangre brotó de las manos. La sangre brotó de su vientre. La sangre brotó de su boca.

—Santa María, madre de Dios. —Gil corrió a arrodillarse junto al achanti—. ¡Segou, oh, Dios mío! ¡Segou!

El achanti miró al muchacho.

—*Rapanzinho* —dijo. Le cerró los ojos. Las manos se apartaron del vientre y los pies dejaron de patalear.

—Segou, Segou.

El achanti no respondió.

—Está muerto —exclamó Gil con profunda incredulidad—. Lo han matado. —El muchacho miró a su alrededor—. Han matado a Segou.

—Estúpido salvaje, ¿qué creía que estaba haciendo? —replicó Dinis Gomes.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Gomes no lo repitió. Días le apartó.

—Está muerto —insistió Gil esta vez más alto, con un horror que iba en aumento—. Le han matado. Han matado a Segou.

Los guerreros kongos seguían con las lanzas y los escudos preparados. De la lanza del que había matado a Segou todavía goteaba la sangre del achanti.

Los portadores y las mujeres soyos seguían allí, y el NsakuSoyo seguía allí, y los alabarderos seguían allí y Mbemba seguía allí, mirando al achanti muerto sin mostrar un atisbo de piedad. Para todos ellos, no era más que un guineano, un esclavo, un perro.

—Padre, Segou está muerto. Han matado a Segou, padre.

Fue entonces cuando Gil advirtió que el padre Sebastião no estaba entre quienes le rodeaban. Ni siquiera estaba de pie. Seguía tendido boca arriba en el suelo, lo mismo que Segou.

—¡Padre! Oh, Dios mío, ¡padre! —Gil se incorporó de un salto y ahora corrió a arrodillarse junto al franciscano—. Padre Sebastião. Piedad, Dios mío, piedad.

El viejo sacerdote abrió los ojos.

—Mi cabeza —dijo llevándose la mano a la tonsura, y esta vez, cuando la retiró, la mano la tenía manchada de sangre—. Me he golpeado en la cabeza —comentó, asombrado—. Creo que perdí el conocimiento.

—¿Puede levantarse?

El padre Sebastião se incorporó un poco, apoyándose en los codos. La sangre de la herida le corría por la nuca.

—Espera un momento, hijo mío. Creo que me desmayé al golpearme contra el suelo.

—Segou está muerto, padre.

—¿Segou?

—Le han matado, padre.

—¿Quién le ha matado?

—Los kongos le han matado. Lo han atravesado con una lanza.

—¿Por qué?

—¿Por qué? No sé por qué. ¿Qué importa ahora? —La histeria comenzó a adueñarse de Gil. Tenía lágrimas en los ojos—. Está muerto, padre. ¿No lo comprende? Intentó acudir en nuestra ayuda y lo mataron.

—¿Dónde está ahora?

—¿Dónde está ahora? ¿Dónde va a estar? Está donde lo mataron. —Gil miró hacia donde estaba el cadáver de Segou. Las moscas le tapaban la cara; los negros y brillantes escarabajos se arrastraban por el vientre entre la sangre de la herida—. ¡Cúbralo! —le gritó a Gomes y a Días—. Busquen algo con que tapanlo.

Ninguno de los dos alabarderos le hizo caso. Vigilaban a los guerreros kongos, paralizados por la visión de las lanzas preparadas, paralizados ante el

recuerdo del rápido y letal poder de la lanza, que atravesó la carne, los músculos y los huesos del achanti como si hubiese sido mantequilla caliente.

Entonces Mbemba dijo algo y los guerreros kongos bajaron las lanzas y los escudos, para desaparecer enseguida en la oscuridad del poblado; los portadores y las mujeres se dispersaron; el NsakuSoyo, con una expresión torva volvió a su choza. Sólo Mbemba permaneció un momento más, mirando a Gil con rostro inexpresivo, luego también él volvió a su choza. Los cuatro hombres blancos se quedaron solos en el claro de la aldea con el achanti muerto.

* * *

El padre Sebastião era llevado en litera. Insistía en que sólo sería hasta que se recuperara del golpe en la cabeza. Cada noche se acostaba convencido de que al día siguiente podría volver a caminar. En su amable optimismo, intentaba calificar de desgraciado accidente sin importancia y se negaba a discutir cómo se lo había hecho (y por lo mismo no quería culpar a nadie) lo que en realidad era una herida grave. Cesó la hemorragia, disminuyó la hinchazón y la herida cicatrizó poco a poco después de unos días, ya no necesitaba vendajes. Pero algo más grave que la hemorragia, más que la hinchazón y más que el corte le había ocurrido a su cabeza. Estaba siempre mareado. Sufría terribles dolores. Veía mal. A menudo le sangraba la nariz. Tenía dificultades para dirigir las oraciones de la mañana y el rezo de vísperas.

Vasco Días le ayudaba, y eso sorprendió a Gil. Había supuesto que, debido al dolor y a la confusión del padre Sebastião, las oraciones de la mañana y de la tarde se espaciaban cada vez más y acabarían por abandonarse. Pero Días y Gomes no estaban dispuestos a permitirlo. La muerte de Segou había minado su confianza mucho más de lo que estaban dispuestos a admitir. Consideraban una tontería, en estas circunstancias repentinamente inciertas, descuidar la bendición de Dios y no suplicar su protección.

—¿Cómo se siente, padre?

—Mucho mejor, hijo mío. Sí, mucho mejor. Mañana me levantaré, ya lo verás. —El padre Sebastião lo dijo con los ojos cerrados como si apretándolos pudiera borrar el dolor en la cabeza que le provocaba el balanceo de la litera. Su sombrero de teja le cubría las manos que sujetaban el rosario sobre el

pecho. La sangre seca bordeaba los orificios de la nariz—. Sí, mañana estaré listo para iniciar la educación de Mbemba.

—¿La educación de Mbemba?

—Le enseñaré la palabra de Dios. Todavía quiere comprender la escritura, ¿no es así?

—Sí, padre —replicó Gil no muy convencido.

—¡Ah!, es un glorioso triunfo. *Deo gratias*. —El padre Sebastião abrió los ojos—. Hemos ganado su alma, hijo mío. Hemos salvado un alma de la condenación eterna. Celebraremos su bautismo con una gran ceremonia.

—Sí, padre, pero no se excite. Debe descansar.

Gomes y Días caminaban unos pasos más adelante de la litera del franciscano. Se mantenían cerca del padre, vigilando la litera durante el día, y, por la noche, se turnaban en la guardia de su choza, temerosos de verse privados de la gracia de Dios si fallecía. Ahora siempre vestían las corazas y no se separaban de las alabardas. Gil iba armado también de la cota de malla, el casco y la espada. Después de presenciar la facilidad con que la lanza de acero había atravesado a Segou, ninguno estaba muy seguro de la eficacia de la cota de malla y de las corazas para detener un golpe como aquél. Sin embargo, no estaban dispuestos a arriesgarse.

Poco a poco, la marcha se hizo más penosa. Además del enervante y bochornoso calor, y la penumbra claustrofóbica y descorazonadora de la selva, que ya eran un castigo excesivo, el camino, aunque todavía ancho y despejado, cada vez se hacía más empinado y sinuoso. Gil se dio cuenta de que el camino discurría ahora por las estribaciones orientales de la cordillera que cruzaba (y taponaba) el Zaire, y que las vueltas y revueltas eran la manera de reducir las partes más empinadas de la ascensión. Agradeció para sus adentros que al padre Sebastião lo llevaran. Incluso ileso, el viejo sacerdote lo habría pasado muy mal.

A media mañana del cuarto o quinto día de la muerte de Segou, el decimocuarto o decimoquinto desde la salida de Mpinda (Gil sabía que llevaba un error de por lo menos un día desde que entraron en la selva), vio a Mbemba que le esperaba a un lado del camino, a una distancia de unas cincuenta varas. En aquel punto el camino hacía un recodo por debajo de la cornisa de un peñasco, y Mbemba y sus guerreros se habían sentado en lo alto de la roca. En cuanto los alabarderos, la litera del padre Sebastião y Gil aparecieron, Mbemba saltó al camino. Gomes y Días empuñaron las alabardas y, con la mirada puesta en los guerreros sentados en el peñasco (todo daba la impresión de ser una emboscada), se detuvieron. Gil y los portadores de la

litera del franciscano los imitaron. El NsakuSoyo se unió a ellos al tiempo que ordenaba a los porteadores y a las mujeres que se detuvieran. Mbemba llegó a la litera del padre Sebastião y echó una ojeada. El viejo franciscano no se dio cuenta. Tenía los ojos cerrados, y, probablemente, ni siquiera se había dado cuenta de que no se movían.

—Está muy malherido —dijo Gil—. El NsakuSoyo le hizo mucho daño.

Mbemba no le prestó atención. No hacía falta que se lo dijeran. Lo sabía perfectamente. Gritó a los porteadores soyos. Inmediatamente, los porteadores de las otras tres literas, las destinadas a Gil, al NsakuSoyo y al príncipe kongo se acercaron corriendo.

—Ahora tú irás en la litera, Gil Inis —ordenó Mbemba—. Yo también iré en la litera.

Gil miró al NsakuSoyo. Mbemba no lo había incluido, pero Gil comprendió que no se trataba de un castigo por la agresión al padre Sebastião. El NsakuSoyo no necesitaba que se lo dijeran. De acuerdo con el protocolo, él viajaría en la litera si Mbemba lo hacía.

—No, Mbemba, no iré en la litera.

Gil estaba más que dispuesto a que lo llevaran, pero animado por el deseo de venganza, quería evitar que el NsakuSoyo viajara en litera, y la manera de evitarlo era siguiendo el protocolo, porque si Gil no viajaba en litera, tampoco lo haría Mbemba y por consiguiente el odioso hechicero tendría que caminar. Era la única manera, por infantil y molesta que le resultara, de castigar al NsakuSoyo por lo que le había hecho al padre Sebastião y a Segou. Al decir estas palabras obtuvo la primera satisfacción al ver la expresión de rabia del brujo.

—No, Mbemba, no iré en la litera.

—Escúchame, Gil Inis. El camino será cada vez más duro a partir de ahora. Más allá de la gran roca el camino será muy duro para ti. Irás en la litera durante los próximos días.

—No, ve tú en la litera durante los próximos días. Ve tú en la litera cuando el camino sea duro para ti. Yo soy fuerte y no me importa lo duro que sea el camino. No iré en la litera.

Mbemba meneó la cabeza ante la tozudez de Gil.

—Ya lo verás —manifestó, irritado—. El camino es duro.

El kongo caminó al costado de Gil cuando reanudaron la marcha.

Efectivamente, el camino era duro. Subía muy empinado y serpenteaba hacia el este desapareciendo en la selva para después reaparecer a mucha mayor altura y volver a esfumarse en la selva por el oeste. Entre los tramos

inferior y superior del camino había un ancho y profundo barranco, donde la vegetación no era tan abundante como en la selva, pero estaba sembrado de enormes peñascos e inmensas placas de granito. Gil sospechaba que en el fondo corría un río bastante grande aunque no podía verlo.

—Lo siento por el Pader Sebastum, Gil Inis —comentó Mbemba en un momento de la marcha.

—¿Y Segou, Mbemba? —replicó Gil sin mirarle—. ¿También lo sientes por Segou?

—¿Tu esclavo?

—No era mi esclavo. Era mi amigo.

—¿Cómo que era tu amigo? ¿También venía de tu tierra en la otra orilla del mar?

—No, pero era mi amigo.

—No lo entiendo.

Gil se detuvo un instante.

—Tú no vienes de mi tierra en la otra orilla del mar, ¿verdad?

—No.

—¿Y tú eres mi amigo?

La pregunta sorprendió a Mbemba. Miró a Gil durante unos segundos. Luego sonrió, con la sonrisa complacida de un adolescente.

—Sí, Gil Inis, soy tu amigo.

—Sí, Mbemba, tú eres mi amigo —contestó Gil, sin corresponder a la sonrisa—. Y Segou era mi amigo. —Reanudó la marcha—. Pero Segou era un buen amigo y tú eres un mal amigo.

VII

El padre Sebastião falleció al decimoséptimo día de la salida de Mpinda, si bien Gil aceptaba que podía ser el decimosexto o el decimoctavo. Llevaba un error de uno o dos días en sus cálculos, pero no era capaz de saber si eran de adelanto o de atraso; siete días (o seis u ocho) después de que hirieran y mataran a Segou. Gil y los alabarderos no se habían apercebido de la gravedad de la lesión del cura, de que tenía fracturado el cráneo.

Fue Días quien lo encontró muerto en la choza aquella mañana. Había ido a buscarle a la hora de maitines y lo que descubrió fue algo tan inesperado que volvió a salir diciendo que el padre Sebastião parecía agotado hasta el extremo de que no se despertaba. Fue Gomes quien tuvo la presencia de ánimo para apoyar la oreja sobre el pecho del viejo franciscano y declarar que había muerto.

Esto ocurrió en la que era la última aldea mbata. La caravana ya se había formado con la primera luz del alba que se filtraba entre el tupido follaje, y Mbemba y el NsakuSoyo esperaban que los hombres blancos acabaran con sus habituales oraciones antes de empezar la marcha. Gil siguió a Gomes al interior de la choza y también apoyó la oreja en el pecho del sacerdote. Después, se arrodilló a su lado y contempló el rostro del anciano. No era un rostro tranquilo; mostraba una expresión de dolor y, aunque Gil no lo dijo en voz alta, tuvo la horrible sospecha de que el anciano no había muerto como consecuencia de la herida en la cabeza, sino que le habían asesinado durante la noche por orden del NsakuSoyo. Salió temblando de la choza.

—El padre Sebastião está muerto —le dijo a Mbemba.

El joven príncipe permaneció mudo, atónito por la noticia. En cambio, el NsakuSoyo se alejó rápidamente.

—¿Has oído lo que ha dicho, Mbemba? —La voz temblorosa de Gil se elevó un poco.

—No, el Pader Sebastum no está muerto —replicó Mbemba, finalmente y se dirigió a la choza.

Días y Gomes se habían apostado en la entrada de la choza con las alabardas cruzadas para impedir el paso.

—No está muerto —repitió Mbemba, enojado, y miró furioso a los soldados portugueses.

Los alabarderos no se apartaron. La angustia provocada por la muerte del sacerdote, el terrible reconocimiento de que el bondadoso franciscano ya no estaría con ellos para dirigir las plegarias, oírlos en confesión e interceder por ellos ante Dios, parecía haberles dado un coraje que no habían mostrado antes, o los había dejado paralizados de terror.

—Dejadle pasar —dijo Gil en portugués—. Dejad que lo compruebe por sí mismo.

Días y Gomes apartaron las alabardas y Gil siguió a Mbemba al interior de la choza. Mbemba se arrodilló junto al anciano, contempló el rostro cerúleo retorcido por la agonía y pasó una mano por debajo de la nuca, le levantó la cabeza, y, con la otra mano le frotó la mejilla, le pellizcó la piel, le apretó los orificios nasales y le levantó los párpados.

—Basta. Está muerto. Déjalo en paz.

—No, no está muerto. Yo digo que no está muerto. —Mbemba se levantó. Sabía muy bien que el sacerdote estaba muerto, pero se negaba a admitirlo. Al parecer, le había producido el mismo impacto que a Gil y a los alabarderos—. Está dormido. El NsakuSoyo lo despertará con su magia. —Salió de la choza.

—No. —Gil corrió tras él.

Mbemba ya había llamado al NsakuSoyo, y el brujo, munido con la maraca, se acercaba a la choza.

—Mantenlo apartado. ¿Me oyes, Mbemba? Mantén apartado a ese demonio. Que no toque al padre Sebastião. No lo permitiré. —Dominado por un súbito arranque de histeria, Gil desenvainó la espada—. Fue él quien lo mató. Si se atreve a volver a tocarlo, lo mataré. ¿Me oyes, Mbemba? Si se atreve a ponerle las manos encima al padre Sebastião, yo lo mataré como él mató al padre Sebastião y a Segou.

Afortunadamente, en su ataque de furia, Gil dijo todo esto en portugués, así que sólo los alabarderos le comprendieron.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —siseó Gomes—. Porque si lo dices en serio, prepárate a morir.

—Preparémonos todos a morir —replicó Gil extendiendo la espada hacia el pecho de NsakuSoyo—. No des ni un paso más, maldito demonio, montón de mierda. —Amagó con la espada, y el NsakuSoyo se apartó rápidamente.

—*Kyrie, eleison. Christe, eleison.* Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Estoy dispuesto a morir —rezongó Días moviendo la alabarda, dispuesto al ataque.

Pero Mbemba se interpuso entre Gil y el NsakuSoyo, ofreciendo el pecho desnudo a la espada de Gil.

—No hagas esto, Gil Inis. El NsakuSoyo no tocará al Pader Sebastum si ése es tu deseo.

—Es mi deseo.

—Será como tú digas.

Gil bajó la espada pero no la envainó. Los latidos de su corazón eran como martillazos. El sudor le corría por el rostro. La espada temblaba contra su pierna. Días y Gomes sostenían las alabardas en posición de ataque, temblorosos, sudorosos, jadeantes.

—Estás loco, muchacho —manifestó Gomes con voz ronca pero cargada de admiración.

Gil no le hizo caso. Mantenía la mirada clavada en el NsakuSoyo. El hechicero, recuperado del susto, hablaba con furia a Mbemba. El kongo le dijo algo y le volvió la espalda, cosa que provocó un estallido de furia todavía más violento por parte del brujo. Resultaba evidente que se quejaba del gesto amenazador de Gil y de que Mbemba no hubiese hecho nada al respecto. Cuando Segou lo hizo, Mbemba ordenó a sus guerreros que mataran al achanti sin vacilación ni remordimiento alguno. ¿Por qué perdonaba a Gil? Su gesto había sido más amenazador que el de Segou. Una vez más, Mbemba replicó sin volverse. Y esto avivó la ira del brujo que sujetó a Mbemba por un brazo. Esta vez Mbemba se volvió para apartarlo de un empujón.

Los soyos gritaron horrorizados al ver maltratado a su hechicero.

—Ya has causado bastantes problemas, NsakuSoyo —gritó Mbemba—. Mi padre, el rey, me envió para llevarle los hombres blancos que vinieron volando desde su tierra en el cielo. Uno ya está muerto. No morirá ninguno más.

El NsakuSoyo no replicó. En su rostro apareció una expresión de odio. Parecía decir: Mbemba, pagarás por esto. Mbemba pagaría por haber escogido el bando de los blancos y ponerse en su contra, en contra de un hechicero del reino. Mbemba pagaría por tan tremendo pecado.

Sepultaron al padre Sebastião en la choza donde había muerto. Tuvieron una discusión sobre el lugar donde enterrarlo. Les preocupaba la posibilidad de que después de marcharse la caravana, los mbatas profanaran la tumba. Gomes estaba convencido de que los mbatas eran caníbales —creía que todos los «guineanos» eran caníbales— y que desenterrarían al pobre franciscano para comérselo. Pero esta posibilidad continuaría existiendo lo enterrasen donde lo enterrasen a menos que no marcaran la tumba. Sin embargo, Días

insistió que debían marcarla; no hacerlo sería un sacrilegio. Fue Mbemba quien solucionó el problema. Estuvo rondando alrededor de los tres blancos durante la preparación del cadáver, muy interesado en ver cómo los blancos preparaban a uno de sus sacerdotes para el viaje a *Nzambi Mpungu*, y, poco a poco, comprendió su preocupación.

—Déjale dormir en la casa, Gil Inis. Déjale dormir tal cual está.

Gil y los alabarderos habían vestido al sacerdote con sus hábitos talaes, y con el rosario y el crucifijo entre las manos entrelazadas. Arrodillados alrededor del cadáver, miraron a Mbemba en el portal.

—Tapiaremos la choza con tierra y no le molestarán. Se lo diré a los mbata. Les diré que ahora éste es un lugar sagrado y que no se le moleste.

Gil tradujo las palabras para Días y Gomes.

—Será como un mausoleo —aventuró Días.

—Eso no estaría mal, ¿verdad?

—Podríamos poner una cruz en el exterior.

—Sí, podríamos hacerlo —asintió Gomes, sin duda pensando en los esfuerzos que se ahorraría si no tenían que cavar una tumba—. Sí, eso estaría bien siempre y cuando él advierta a esos malditos paganos que se aparten del lugar.

—¿Los mbatas no le molestarán, Mbemba? —preguntó Gil—. ¿Me lo prometes?

—Sí, Gil Inis, te lo prometo. Los mbatas no le molestarán. Dormirá en paz.

—Promete que los mbata no tocarán la choza —le informó Gil a los alabarderos.

—Entonces digo que sí. ¿Eh, Días?

Días asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, pero primero debemos decir una oración.

—Dila.

—No sé leer. ¿Tú sabes, muchacho? —Días sacó el breviario del cofre del padre Sebastião y se lo alcanzó a Gil—. Lee una plegaria.

—No sé leer latín —respondió Gil, que cogió el breviario y lo abrió al azar—. Ni siquiera sé buscar la oración para los difuntos.

—Necesitamos rezar una oración. No recibió los últimos sacramentos. Como mínimo, debemos rezarle una oración.

Gil hojeó el breviario en busca de un párrafo, una frase que le resultara conocida. «*Deus, qui inter apostólicos sacerdotes famulum tuum...*» Se apagó su voz y continuó pasando páginas.

—Un momento. El Pater Noster. No estaría mal, ¿verdad? Está aquí. Creo que puedo leerlo.

—Léelo.

Se quitaron los cascos y Gil comenzó la lectura: «*Pater noster, qui es in caelis...*»

Se dio cuenta de que Mbemba le miraba. El joven príncipe kongo le miraba de la misma manera que había mirado al padre Sebastião cuando leía el breviario, seguía el movimiento de los ojos a lo largo de cada línea y el paso a la línea siguiente, intentando establecer la relación entre el movimiento y las palabras que Gil leía.

—... *sed libera nos a malo* —acabó Gil y miró entonces a los alabarderos.

—No está mal —opinó Gomes.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

—Amén. —Se persignaron al tiempo que se levantaban y se pusieron los cascos.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Gil señalando el cofre con los objetos del culto.

—Déjalos aquí —contestó Gomes—. Los enterraremos con él.

—¿No podemos darle alguna utilidad?

—¿Cuál? ¿Utilizarlos como trueque?

—No. Para las oraciones, no sé. ¿Tú qué opinas, Días?

—No creo que tengamos derecho a utilizarlos de esa manera. Eso sólo lo puede hacer un sacerdote.

—Entonces, digo que lo mejor es dejarlos aquí —señaló Gomes.

—Es lo más pertinente —asintió Días.

Salieron de la choza. Gil con el breviario en la mano. Era pura distracción. De haberlo pensado, lo hubiera dejado junto al cadáver. Pero su mente estaba ocupada en otras cosas.

—¿Cerramos la casa del Pader Sebastum, Gil Inis? —preguntó Mbemba.

—Desde luego.

Mbemba llamó a los porteadores soyos que continuaban en la caravana esperando la orden de marcha con los bultos y la impedimenta a sus pies. Algunos se acercaron en respuesta a su llamada.

—Ellos tapiarán la casa —dijo Mbemba.

Gil asintió. Había luz, toda la luz que podía haber en la penumbra verdosa de la selva: sería media mañana. El NsakuSoyo permanecía sentado delante de su choza, en actitud distante, aunque sin perder detalle. Los tamborileros, trompeteros y fetichistas que harían de guías en la marcha cuando

abandonaran el poblado, y muchas de las mujeres soyos, le hacían compañía. No se habían recuperado del disgusto de verle tratado con tanta irreverencia, y Gil se preguntó si les incitaría a vengar la humillación.

—¿Adónde vais?

Días y Gomes, sin abandonar para nada las alabardas, caminaban hacia la selva.

—A cortar unos maderos y hacer una cruz para el padre —respondió Gomes.

Gil observó a la pareja desaparecer en la espesura. Iban hablando entre sí en voz baja. Se volvió. Los porteadores soyos habían comenzado a amontonar la tierra roja en la entrada de la choza. Los guerreros kongos les contemplaban; ellos no hacían estos trabajos. El NsakuSoyo continuó en su puesto rodeado de sus partidarios.

—¿Gil Inis?

Gil miró a Mbemba.

—¿Qué palabras dijiste cuando leías la escritura del Pader Sebastum? —preguntó el kongo.

Gil tardó un momento en comprender que Mbemba se refería a la oración que había leído en el breviario del padre Sebastião. Fue entonces cuando advirtió que aún conservaba el libro en sus manos.

—Dije las palabras del *Nzambi Mpungu*.

—¿La escritura es la palabra del *Nzambi Mpungu*?

—No toda la escritura es la palabra del *Nzambi Mpungu*, pero esta escritura lo es. Esta escritura es como el *Nzambi Mpungu* nos habla a nosotros. Y como nosotros le hablamos a Él.

Mbemba frunció el entrecejo. Claramente éste era otro concepto más allá de su experiencia y, por lo tanto, casi imposible de comprender.

—Entonces esta escritura tiene que ser una magia muy poderosa.

—Es una magia muy poderosa. Es la magia más poderosa, mucho más que la magia del NsakuSoyo o de cualquier hombre ju-ju.

La expresión preocupada de Mbemba se acentuó. Al parecer, creía que Gil no debía afirmar algo así, que sólo el hecho de escucharle suponía una blasfemia, y Gil esperó una protesta. Pero el kongo no protestó. Lo que dijo lo dijo tan bajo que Gil dudó de haberle oído bien.

—¿Me dejarás tener esta escritura, Gil Inis? —fue lo que dijo, mirando hacia el NsakuSoyo, y añadió siempre con una voz casi inaudible—: ¿Me darás esta poderosa magia que es la palabra del *Nzambi Mpungu*?

Gil miró al NsakuSoyo. «Quizás el padre Sebastião todavía triunfe frente a ese hombre detestable —pensó—, y su muerte, en lugar de ser un estúpido accidente sin sentido, resulte ser un martirio.» Le entregó el breviario al joven príncipe kongo. Y esta vez nadie le apartó la mano.

* * *

Salieron de la selva al día siguiente. Fue una sorpresa brusca y totalmente imprevista. En cierto momento, bregaban para subir una tremenda cuesta en medio de la fétida penumbra y, de pronto, al llegar a la cima, salieron de la selva para encontrarse con la luz del sol y un cielo azul brillante, sin una sola nube. El aire limpio y fresco llenó sus pulmones y ante sus ojos se abrió una vasta panorámica: ondulantes colinas, verdeantes valles, ubérrimos prados, claros cubiertos con la amarilla espadaña, bosquecillos de acacias y matorrales de mimosas y tamarindos, surcados por numerosos arroyos y ríos, con grandes rebaños de bestias salvajes e inmensas bandadas de pájaros, una tierra bellísima, a mil o quizá dos mil pies por encima del nivel del mar. Era la tierra de los nsundis, la provincia más importante del reino de los kongos.

El camino, siempre ancho y despejado, continuaba ascendiendo en una dirección sursureste, pero de una forma mucho más suave y, debido a la frescura del aire y a la amplitud del paisaje, resultaba más fácil la marcha. A medida que cruzaba las ondulantes colinas y los verdes prados, valles y rápidos arroyos, la gente se agrupaba a su vera para contemplar el paso de la caravana.

Los nsundis era gente alta, fuerte, bien parecida y altiva, vestidos con faldas y túnicas de aquella extraña tela parecida al terciopelo, pero las capas y los mantos eran de hermosas pieles curtidas. Llevaban tocados de plumas, marfil y gemas, y se adornaban con pulseras, brazaletes y collares que sin duda eran de plata, oro y piedras preciosas. Las armas eran de acero. Los poblados eran más grandes y más impresionantes que las aldeas mbatas de la selva y que los de los soyos de la costa. Estaban fortificados con altas y gruesas empalizadas, con enormes puertas talladas y torres de vigía. Estaban edificadas no alrededor de una sola plaza, sino de varias, con casas rectangulares construidas con tablas y techos de juncos trenzados. Eran tejados a dos aguas con aleros que tapaban las galerías de delante y de atrás. La recepción que dispensaron a la caravana los habitantes de estos pueblos fue diferente. Sin el servilismo de los mbatas ni la algarabía de los soyos, sino

con una actitud tranquila, correcta y severamente digna. Los jefes y caciques nsundis no se prosternaban a los pies de Mbemba, simplemente se acercaban a él y le saludaban poniéndole las manos sobre los hombros. Aunque sin duda la presencia de los tres hombres blancos con cascos y corazas les llamó la atención tanto como a los soyos y a los mbatas, disimularon su curiosidad con una cortés indiferencia. No prepararon ninguna fiesta, ningún entretenimiento en su honor y les dieron a compartir una única vivienda.

—Dos o tres días más —comentó Gil.

—¿Dos o tres más para qué, muchacho? —preguntó Gomes.

—Para nuestra llegada a Mbanza Kongo.

—Así que dos o tres días, dices. No lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso de no lo sé?

Gomes se encogió de hombros.

—Sí, Gomes, respóndele al muchacho. ¿Qué quieres decir? —intervino Días.

—No sé por qué demonios tenemos que ir a Mbanza Kongo.

—Porque el capitán nos ordenó que fuéramos allí —replicó Gil—. Para conocer al rey kongo, saludarlo en nombre del rey Juan, ver qué clase de lugar es y regresar con...

—No regresaremos de allí —le interrumpió Gomes—. Nos matarán.

Gil y Días intercambiaron una mirada de connivencia.

—Claro que allí nos matarán —insistió Gomes—. ¿Por qué creéis que no lo van a hacer? Mataron al guineano, ¿no? Mataron al padre. ¿Por qué creéis que no nos van a matar a nosotros?

—¿Y qué propones? —preguntó Días—. Habla. ¿Qué propones que hagamos si no quieres que vayamos a Mbanza Kongo?

—Regresar al Zaire.

—¿Por nuestra cuenta? ¿Solos nosotros tres?

—Sí.

—¿Crees que podríamos hacerlo? ¿Cómo encontraríamos el camino? ¿Cómo cargaríamos los cofres y las provisiones? ¿Qué comeríamos?

—¿Y qué le diríamos al capitán cuando la *Leonor* vuelva a recogerlos? —preguntó Gil.

—Ya pensaremos alguna cosa. Podríamos ponernos de acuerdo en alguna historia.

—¿Quieres decir inventarnos algo? ¿Mentir?

Gomes se encogió de hombros desviando la mirada.

—Le diríamos que nos atacaron en el camino, que mataron a Segou y al padre Sebastião, que tuvimos que escapar para salvar el pellejo.

—Sí, muchacho, algo así —afirmó Gomes, entusiasmado—. No estará muy lejos de la verdad. Algo así está a punto de ocurrir, puedes estar seguro.

—Tiene razón —opinó Días—. Algo así está a punto de ocurrir. Lo noto en los huesos.

Los tres permanecieron en silencio durante unos momentos.

—¿Crees que podríamos regresar por nuestros propios medios? —quiso saber Días.

—Claro que sí. Nos vamos retrasando poco a poco y después nos largamos. Eh, muchacho, ¿tú qué dices?

—No creo que nos vayan a matar —respondió Gil—. Mataron a Segou porque atacó al brujo, y además, le tenían ojeriza. Y lo del padre fue un accidente. El brujo no pretendía matarlo. Sólo quería mantenerlo apartado de Mbemba. Y ya visteis lo que pasó cuando lo amenacé con la espada. No me mataron.

—Eso es cierto, Gomes —señaló Días.

—No le mataron porque creen que es un príncipe, idiota. Y no van a matar a un príncipe así por las buenas. Pero no te creas que a ti te toman por un príncipe, Días. Y tampoco lo creen de mí.

Días no replicó.

—Me da la impresión de que tú crees que esto no va contigo, muchacho. El príncipe, el hijo del capitán. Y quizá sea cierto. Pero quizá no. Puedes correr el riesgo si quieres. Pero Días y yo... —Gomes no acabó la frase.

Desde la muerte del padre Sebastião, Gil y los dos alabarderos se mantenían juntos durante las marchas. Pero desde el día siguiente, Gomes y Días caminaban unos cuantos pasos más atrás, para que no pudiera escucharles. Gil no dudaba del motivo. No querían que escuchara sus conversaciones. Planeaban la fuga.

Gil creía honestamente que, más allá de lo que pudiese pasar en la capital del reino, los kongos no les matarían, y que, en última instancia, Mbemba les protegería de la misma manera que le había protegido a él contra el NsakuSoyo. Pero, aparte de estar convencido de que así se irían sucediendo los acontecimientos, Gil creía que nunca serían capaces de cruzar la selva por sus propios medios y llegar al Zaire. En cualquier caso, si Gomes y Días tomaban la determinación de regresar, él tomaría la misma decisión que ellos. La perspectiva de llegar solo a Mbanza Kongo, el único hombre blanco en un reino salvaje, le asustaba mucho más que los peligros de regresar a través de

la selva con los dos alabarderos. Por lo tanto, no los perdía de vista y, cuando se retrasaban demasiado, hacía un alto para esperarlos.

A diferencia de lo que había ocurrido en la selva, en esta llanura suavemente ondulada y cubierta de espadañas, se podía ver lo que había a lo lejos: las bajadas, subidas y rodeos del camino, a los trompeteros, a los tamborileros y a los fetichistas en la vanguardia, los pueblos fortificados en las colinas y, a todo lo largo del camino, a los pobladores a ambos lados de la carretera y, más allá, en el horizonte, todavía a muchas leguas de distancia, una montaña que se elevaba por encima de la más alta de las colinas amarillas como si quisiera tocar el cielo, y sobre las cuales águilas y halcones sobrevolaban lentamente en círculos como centinelas en el firmamento.

—Allá está Mbanza Kongo —anunció Mbemba.

—¿Allá, en la montaña?

—Sí, aquélla es la montaña de Mbanza Kongo.

A medida que avanzaban, bajando la suave pendiente de un prado, Gil se dio cuenta de que en realidad no era una montaña, sino una meseta de piedra y tierra roja, por cuyo pie corría un río. Se trataba del Lelunda, y en la orilla más cercana se alzaba el pueblo más grande que habían visto hasta ahora. Se llamaba Mpangala, y el camino llegaba directamente hasta la puerta de la empalizada.

Gomes y Días se acercaron a Gil y a Mbemba tan pronto como vieron Mpangala, el Lelunda y la meseta al otro lado del río. Después se fueron retrasando cada vez más. Para ellos había llegado el momento decisivo. Si iban a desertar tendrían que hacerlo ahora, antes de cruzar el Lelunda y comenzar el ascenso a la meseta.

Cuando Gil oyó la música procedente de un punto lejano, traída por la fresca brisa que soplaba en esta hermosa tierra, una de dos: o los trompeteros, los tamborileros y los fetichistas habían vuelto a tocar después de muchos días de silencio en la selva, o no habían dejado ni un solo día de batir los tambores, soplar los cuernos, sacudir las maracas, golpear los bastones, sólo que ahora Gil estaba lo bastante cerca como para oírlos. La cabeza de la caravana ya había llegado a las puertas de Mpangala. A Gil le quedaba más o menos una hora de marcha. Volvió a mirar atrás. Esta vez no vio a los alabarderos.

—Detengámonos, Mbemba. ¡Mis soldados! —Gil señaló a retaguardia.

Mbemba miró en aquella dirección.

—No veo a mis soldados —añadió Gil, y se detuvo—. Tenemos que esperarlos.

Mbemba dio un par de pasos más y luego también se detuvo con un suspiro de enfado.

—No podemos esperarlos aquí —replicó el kongo. Se acercó a Gil para asirle del brazo—. Esperémosles en Mpangala.

Una gran multitud —centenares, posiblemente miles de aldeanos— se había congregado a ambos lados de la entrada principal de Mpangala. La puerta estaba abierta de par en par. El NsakuSoyo, los músicos y los fetichistas ya habían pasado y ahora esperaban en la primera de las plazas, tocando sus instrumentos y sacudiendo las maracas con gran fervor religioso, mientras Gil y Mbemba, escoltados por los guerreros, hacían su entrada triunfal. Un poco retirados se encontraban el NsakuSoyo, y el señor de Mpangala, con los caciques, los brujos, las esposas y los guardaespaldas a su alrededor. Estaban sentados en un taburete junto al trono de una frondosa higuera. En cuanto Mbemba y Gil llegaron donde se encontraba el NsakuSoyo, éste se levantó para unirse a ellos y, seguidos por los músicos y los fetichistas, fueron al encuentro del señor de los mpangalas.

El buen hombre se levantó, puso las manos sobre los hombros de Mbemba y le dio la bienvenida. Mbemba respondió al saludo de la misma manera, y mientras lo hacía, Gil aprovechó para mirar atrás. Si Gomes y Días estaban en Mpangala, no podía saberlo porque la multitud se apretujaba en la entrada detrás de los porteadores soyos y las mujeres de la caravana. Si estaban allí, se confundían con la muchedumbre.

—Gil Inis.

Gil se volvió. Los músicos y los fetichistas guardaban silencio. Mbemba le presentó al señor mpangala.

—Gil Inis, príncipe de los Porta Guiis, los extranjeros blancos quienes volaron hasta nosotros en las alas de un gran pájaro desde su tierra en el cielo.

¿Desde su tierra en el cielo? Gil clavó sus ojos en Mbemba, que se sorprendió. Mbemba sabía que Gil no venía de una tierra en el cielo, sino de una tierra al otro lado del mar. Gil se lo había confesado, pero mantenía el secreto. ¿Por qué? ¿Para proteger a Gil con el manto de respeto que evocaba la idea? ¿Cómo una muestra de amistad?

—Mpanzu es un Nzinga. —Ahora era la presentación del señor mpangala—. ManiNsundi. MtuKongo.

Gil conocía el significado de ManiNsundi: jefe supremo o señor de Nsundi, la provincia que atravesaban desde que salieron de la selva del país de los mbata. Pero, ¿MtuKongo? ¿Eso significaba que era príncipe de los kongos lo mismo que Mbemba? ¿Ostentaba el título como señor de la

principal provincia del reino? ¿O era un príncipe de sangre como su nombre parecía indicar?

—¿Mpanzu un Nzinga? —repitió Gil—. ¿Mpanzu, el hijo de Nzinga?

—Sí.

—¿Como tú eres un nzinga? ¿Mbemba, hijo de Nzinga?

—Nzinga es un Nkuwu, el ManiKongo es nuestro padre. Mpanzu es mi hermano.

Gil miró atentamente al señor de Mpangala. Era mucho más viejo que Mbemba, por lo menos veinte años mayor, y mucho más fuerte y más alto, aunque no tan musculoso, era más bien fofo, con una considerable barriga, facciones blandas y ojos acuosos. Si eran hermanos, pensó Gil, sólo podían ser hermanastros; otra madre había parido al esbelto y apuesto Mbemba. Mpanzu vestía una falda larga y una capa hechas con la tela aterciopelada, de un azul brillante, bordada con dibujos en zigzag; se adornaba con collares y brazaletes de plata, marfil, conchas y dientes de animales, un tocado de plumas de águila y como símbolo de su jerarquía un corto bastón de marfil con incrustaciones de plata.

—¿Por qué has venido a nosotros, Gil Inis? —preguntó Mpanzu con una voz suave y reposada—. ¿Por qué has volado hasta nosotros desde tu tierra en el cielo, príncipe de los Porta Guis?

—¿Por qué, MtuKongo?

—Sin duda, has venido a nosotros por alguna razón, Gil Inis. Sin duda hay un propósito en tu venida. Yo pregunto: ¿cuál es la razón? Yo pregunto: ¿cuál es tu propósito?

—Traigo saludos para tu rey de mi rey, MtuKongo. Traigo saludos y regalos para el ManiKongo como muestra de la estima del rey portugués.

Mpanzu ladeó la cabeza como si no quedase muy convencido con la respuesta. De todas maneras, pareció aceptarla.

—Vayamos entonces al ManiKongo, Gil Inis, para que puedas darle los saludos y los regalos de tu rey. Él nos espera.

Gil comprendió que Mpanzu estaba ahora al frente del viaje a Mbanza Kongo, y que Mbemba había traspasado el mando al hermano mayor. Pero hasta que Mpanzu no los llevó a través de las varias plazas interconectadas del gran poblado y llegaron a una puerta en la empalizada en el lado opuesto, Gil no entendió lo que Mpanzu tenía en mente. La puerta era una salida fluvial; se abría al Lelunda y una flota de canoas ligeras estaba preparada en la orilla para transportar a la caravana al otro lado. Continuaban el viaje. No

era aún mediodía, y, aparentemente, la ascensión a la meseta podía hacerse antes del anochecer.

—No, Mbemba. Espera. Dijiste que nos detendríamos en Mpangala a esperar a mis soldados.

El bullicio en la ribera era tremendo. Centenares de personas en la orilla, centenares saliendo del poblado en dirección a la costa, y centenares que entraban por la misma puerta. Los portadores y las mujeres soyos chapoteaban en el agua para cargar los bultos, los cestos y los equipajes en las canoas, pero era obvio que no les acompañarían. Para ellos el viaje había terminado aquí. Los portadores nsundi y las mujeres de Mpangala ocupaban sus puestos, abordando las canoas. Algunas de las embarcaciones ya se alejaban, mientras los guerreros del poblado, los músicos, los fetichistas, los cazadores, los ojeadores y la gente del ManiNsundi reemplazaban a los soyos, se embarcaban en las canoas y zarpaban sin darse un rato de respiro. En medio de toda esta confusión, Gil se vio llevado hacia la orilla en contra de su voluntad. Resbalaba, trastabillaba y se hundía en el barro de la ribera, había momentos en que incluso no veía a Mbemba.

—No veo a mis soldados, Mbemba. Hay que esperar hasta que lleguen. Dijiste que esperaríamos en Mpangala hasta que llegasen mis soldados.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Mpanzu, mirando a su alrededor con gesto impaciente.

—Sus soldados, Mpanzu —respondió Mbemba—. Tiene dos soldados que le acompañan.

—¿Dónde están los soldados? ¿Por qué no están con él? ¿Qué clase de soldados son que no están siempre junto a su príncipe?

—Son unos haraganes. Soldados que no valen para nada —contestó Mbemba.

—Si son haraganes e inútiles, ¿por qué no los mata?

—Es un príncipe bondadoso.

—¡Bah! —bufó Mpanzu—. Es como tú.

Mbemba aceptó la burla como correspondía a un hermano menor, aunque sonrió con ironía.

—Quiere que los esperemos aquí.

—No. Los esperará allí. —Mpanzu señaló la orilla opuesta y luego chapoteó en el agua para embarcarse en la canoa más grande.

—Vamos, Gil Inis —le animó Mbemba sujetando a Gil por un brazo y llevándole hasta la canoa—. Ya tendrán tiempo tus soldados para llegar antes de que comencemos a subir la montaña de Mbanza Kongo.

Para desconsuelo de Gil, el NsakuSoyo estaba en la canoa. De todos los soyos, el brujo era el único que continuaba el viaje. Quizá su misión era informar al ManiKongo de la llegada de la *Leonor* y de todo lo ocurrido con los hombres blancos antes de que Mbemba se presentara en Mpinda. O quizás iba para dar a conocer su opinión sobre los extranjeros.

Cruzaron el río en cuestión de minutos. Aunque tenía por lo menos mil varas de ancho, la canoa era enorme, con una eslora de unos sesenta pies, y la tripulaban diez remeros por banda que la impulsaban a gran velocidad. Las canoas que habían salido antes se cruzaban con ellos en el viaje de regreso, y cuando llegaron a la orilla opuesta, una bulliciosa multitud compuesta por guerreros, fetichistas, ojeadores, cazadores, porteadores y mujeres recogía los bultos, los cestos y los equipajes, preparando la nueva caravana que subiría a Mbanza Kongo.

Gil fue el último en desembarcar. Se demoró en la popa de la canoa, en un intento por divisar a los alabarderos en la puerta de la empalizada de Mpangala. Cuando un tanto desconcertado finalmente desembarcó, se quedó en la orilla sin prestar atención al ajeteo de los preparativos. Era consciente de que no vería más a aquellos que esperaba. Sabía que Gomes y Días habían desertado, pero se negaba a reconocerlo. Era incapaz de aceptar la idea de que estaba solo; no quería pensar en la soledad de ser el único hombre blanco en esta tierra de negros salvajes.

—Gil Inis.

Gil dejó de mirar el río. Mbemba se había vestido con los atavíos principescos, los collares, los brazaletes, las pulseras de plata, y la cinta plateada con la gema verde. Además, lo mismo que su hermanastro, llevaba una capa, una túnica de piel y un tocado de plumas y cuernos. Le acompañaban dos porteadores de Mpangala con el cofre de Gil.

—Vamos a ver al rey —dijo Mbemba, y le señaló el cofre.

Gil entendió el gesto. Se arrodilló junto al cofre y lo abrió.

—¿Te ayudo? —preguntó Mbemba.

Gil meneó la cabeza. Como príncipe tendría que haber tenido a un paje para ayudarlo, pero no lo tenía. Así que lentamente, como si estuviera en trance, se vistió con las ropas supuestamente de su rango. Mpanzu y el NsakuSoyo se acercaron.

—Vámonos ya —comunicó Mpanzu a Mbemba.

El joven interrogó a Gil con la mirada y el portugués volvió a mirar a la otra orilla.

—No vendrán —afirmó el NsakuSoyo—. Los inútiles soldados no vendrán.

Gil se giró mirando furioso al hechicero.

—¿Por qué lo dices, brujo? ¡Qué sabes tú de eso!

—Lo sé —replicó el NsakuSoyo con una sonrisa malvada—. Lo vi todo con mis propios ojos.

—¿Qué viste con tus propios ojos?

—Los vi regresar a la selva.

—Dios, oh, Dios mío. —Gil comprendió que el hombre ju-ju no mentía.

—¿Nos vamos ya, Gil Inis? —preguntó Mbemba.

Gil asintió. Mpanzu y el NsakuSoyo se volvieron. Los porteadores con las literas se acercaron, y Gil contempló cómo Mpanzu y el brujo subían a las literas. Los porteadores de las otras dos literas esperaban.

—Ahora vamos a visitar al rey —dijo Mbemba.

Gil asintió una vez más y echó una última mirada a través del río. Se subió en la litera, los porteadores llevaron las varas a los hombros e iniciaron la marcha.

VIII

Mbanza Kongo era una ciudad populosa de treinta mil habitantes y cinco mil casas. Ocupaba una extensión de unas mil leguas cuadradas en la inmensa llanura amarilla. Una tremenda mezcla de calles estrechas, de anchas avenidas, de bulliciosos mercados, de florecientes jardines y parques arbolados, hacían de Mbanza Kongo una ciudad regia incluso a ojos de los europeos de la época, y, desde luego, una ciudad regia pareció a Gil. No estaba amurallada porque, al parecer, consideraban suficiente defensa la posición dominante en el terreno más alto de todo el contorno, los abruptos acantilados que se hundían centenares de pies hasta el valle del Lelunda por el norte, el oeste y el sur, y la llanura con miles de campos de cultivo y prados que bajaba suavemente hacia la selva por el este.

La caravana de Mpangala se acercó a la ciudad por el este, más allá de la selva, atravesando los campos de cultivo, el mismo día que inició la ascensión a la montaña (el decimosexto según el poco fiable cálculo de Gil). Por lo visto, todos los habitantes habían salido a su encuentro. Llenaban las calles, abarrotaban las plazas, ocupaban los tejados y las ramas de los árboles de los parques, compitiendo por ver al príncipe blanco, de quien se decía que había volado hasta ellos desde una tierra en el cielo.

Gil, consciente de las miradas y los dedos que le señalaban, iba sentado muy erguido en la litera. Cruzaba y descruzaba las piernas en un intento por asumir una postura digna, y se aferraba a las varas de la litera para evitar los vaivenes producidos por los porteadores. Por si fuera poco, debía preocuparse también de que el casco emplumado no se le resbalara de la cabeza. Mbemba, en cambio, no parecía tener problemas para mantener la compostura digna de un príncipe. Viajaba con las piernas cruzadas a la turca, el torso erguido, los brazos cruzados sobre el pecho y la lanza en el pliegue del codo. Las plumas de su penacho se ondulaban con la suave brisa que acariciaba la hermosa llanura. Mpanzu iba delante, detrás ellos y en último lugar el NsakuSoyo, rodeados por un centenar de guerreros, todos acompañados por los tamborileros, los trompeteros y los fetichistas, que interpretaban una música apasionante para celebrar la llegada a la ciudad del rey kongo.

Gil se desorientó en cuanto dejaron atrás los campos vecinos y entraron en los barrios de la ciudad. La mezcolanza de edificios de todos los tamaños, formas y usos, los laberintos de calles que entraban y salían de innumerables plazas y parques, podían desorientar a cualquiera, pero, en esta ocasión, se complicaba todavía más porque la caravana estaba recorriendo un circuito que la llevaba a los cuatro puntos cardinales, quizá con el propósito de exhibir a Gil en todos los barrios como un extraordinario botín de guerra o una ofrenda de paz.

Se detuvieron al llegar a un río. Se trataba del Luezi, un afluente del Lelunda. Corría en un sinuoso arco de norte a sudoeste y se despeñaba en los acantilados sudoccidentales formando una resplandeciente catarata. El río cortaba un tercio de la ciudad para crear una zona muy diferente. Gil la reconoció enseguida. Los edificios ubicados casi al borde del acantilado gozaban de una vista espectacular. Eran más grandes e imponentes y presentaban un diseño más complejo. Estaban contruidos con tablones y troncos, empinados tejados de juncos tejidos en intrincados dibujos, pórticos, pasajes techados, glorietas, todos rodeados por una empalizada que los aislaba todavía más de los barrios pobres. Tres anchas avenidas, flanqueadas de higueras y palmas, salían de las tres puertas de la empalizada, cada una protegida por torres de vigías, y acababan en los tres puentes que cruzaban el Luezi.

Los porteadores se detuvieron al llegar al puente central. Gil se apeó, y sin más se puso a masajearse uno de los muslos para aliviar un calambre y miró a su alrededor con una entusiasta curiosidad infantil. Anochecía deprisa. Una pequeña porción de la luna se elevaba sobre el horizonte y las primeras estrellas aparecieron en un cielo sin nubes. Aquí la noche era fresca. Estaban muy lejos de sentir el sofocante calor, la humedad de la selva y de las marismas infestadas de mosquitos en las riberas del Zaire. No tenía nada de particular que los reyes kongos hubieran elegido este lugar para levantar la capital de su reino. Era un sitio hermoso y saludable.

Un nutrido grupo de hombres esperaba en la cabecera del puente. En su mayoría eran guerreros, pero había un puñado que sin duda eran cortesanos del rey. Mbemba y Mpanzu se acercaron a ellos. Gil se dispuso a seguirles y el NsakuSoyo intentó impedirselo con una aguda llamada. El muchacho miró al brujo sin disimular su enojo, le hizo una mueca y continuó caminando. Pero enseguida Mbemba le hizo una señal para que esperara. Gil miró atrás. Los miembros de la caravana de Mpangala, los porteadores, las mujeres y los servidores de las literas estaban recogiendo los bártulos y se dispersaban por

las abarrotadas calles que les habían traído hasta la ribera del Luezi. ¿Adónde iban? Entre las cosas que se llevaban estaban su cofre y la bolsa con los artículos de trueque.

—Mbemba. —Gil volvió a caminar hacia el puente.

Una vez más, el NsakuSoyo repitió la llamada que no era más que un ruido sibilante de los labios. Mbemba volvió la cabeza y levantó la lanza para indicarle a Gil que no se moviera. El portugués no le hizo caso.

—¿Adónde van, Mbemba? —preguntó, señalando a los porteadores—. Se llevan mis cosas.

Mbemba miró a Mpanzu y salió apresuradamente al encuentro de Gil.

—Espérate aquí, Gil Inis —dijo con un tono imperioso, al tiempo que le cogía del brazo y le apartaba del puente.

—Se llevan mi cofre.

—No temas por tus cosas. Las llevan a tu casa.

—¿Mi casa?

—Aquélla es tu casa. Tus cosas estarán seguras en tu casa.

Gil miró la choza. Era una vivienda pequeña que daba al muelle, junto a lo que parecía ser una herrería. En la galería de la casa había unas cuantas mujeres y unos niños.

—Te quedarás en tu casa con tus cosas hasta que mi padre esté preparado para recibirte.

—¿Y tú, Mbemba? ¿Te quedarás conmigo?

—No, yo debo ir con mi padre. Me espera. Volveré cuando él esté preparado para recibirte.

Mbemba echó a andar para reunirse con Mpanzu, los dos príncipes cruzaron el puente escoltados por el grupo de cortesanos y guerreros. El NsakuSoyo corrió a unirse a ellos y Gil comprendió lo que estaba pasando. Iban a ver al ManiKongo para hablarle de Gil. El rey querría estar preparado para recibir al forastero blanco.

Era ya noche cerrada cuando llegaron al otro lado del Luezi y cruzaron la empalizada por la puerta central. Las estrellas brillaban con todo su esplendor y la luna estaba en su cenit sobre sus cabezas. Por toda la ciudad se encendían hogueras y Gil decidió ir a echar un vistazo a su casa.

Dos mujeres mayores, cuatro jóvenes, una niña, dos niños abrazados a las piernas de una de las mujeres mayores y un bebé que la otra mujer mayor llevaba colgado a la espalda, formaban el personal de su servicio. Los pequeños iban desnudos. En cambio, las mujeres vestían recatadamente,

envueltas en una sencilla tela marrón sujeta debajo de las axilas y protegían su cabeza con turbantes del mismo color.

Por su parte, la niña llevaba un vestido o *kanga* hecho con una tela aterciopelada de color verde claro con ribetes rojos, el pelo atado en pequeñísimos tirabuzones formando hileras y varios collares de piedras pulidas y conchas. Se detuvo detrás de la mujer que llevaba el bebé, y mientras los demás miraban a Gil sin disimular el asombro, ella fingía no prestarle atención, limitándose a hacer arrumacos al infante. Era muy bonita: tenía la piel color miel oscura, la frente despejada, los pómulos altos, los ojos castaños ligeramente rasgados y las pestañas largas como las de un cervatillo, los labios gruesos, las orejas pequeñas, la barbilla pronunciada y una figura en la que comenzaban a destacar los atributos femeninos. Probablemente no tendría más de trece o catorce años.

Gil se ajustó el cinturón de hebilla de plata, apoyó una mano en el pomo de la espada —no porque tuviera miedo de las mujeres y los niños, sino para darse importancia— y subió los peldaños hasta la galería.

—*Keba bota* —saludó.

—*Keba bota* —replicaron—. *Keba bota. Keba bota* —repitieron uno tras otro, incluidos los niños, pero no la niña, y se hicieron a un lado para dejarle entrar. Uno de los niños apartó la estera que hacía de puerta.

La habitación con techo de vigas y juncos trenzados se abría por el otro extremo a otra galería que daba a un patio vallado donde ardía una lumbre de altas llamaradas. Las cuatro jóvenes se acercaron al fuego. Dos de ellas volvieron con un perol de estofado, un plato de frutas y legumbres y una calabaza con vino de palma. Las otras dos se limitaron a traer astillas encendidas que utilizaron para encender las lámparas de aceite de palma colgadas de las vigas. Gil echó un vistazo al aposento. No sabía si era la única habitación, pero deseaba fervientemente que no fuera así porque no veía sus cosas por ninguna parte.

El mobiliario era muy simple. Algunas vasijas de arcilla decorada y calabazas pintadas junto a las paredes, esteras con dibujos de rayas y rombos tapando las ventanas y cubriendo el suelo de tablas. Por asiento un solitario taburete. La mujer del bebé se lo señaló. Durante todo el viaje desde Mpinda, Gil había comido con personas conocidas: Mbemba, el padre Sebastião, Segou, Gomes y Días; los últimos días, sólo con los alabarderos, pero al menos eran... Ahora tenía que comer solo. ¿Sería así en el futuro? Se quitó el casco, el cinturón, la espada, el chaleco y la coraza, y lo apiló todo

ordenadamente junto al taburete. Luego se sentó luciendo como único vestido la cota de malla.

Las mujeres y los niños no se perdían detalle. Tampoco la niña del kanga verde y rojo que permanecía en la galería, parcialmente oculta detrás de la estera. Gil la miró de reojo, pero ella fue más rápida y desvió la mirada. El muchacho volvió su atención a la olla. Contenía un estofado de pollo con guisantes, nueces y setas. Era un plato apetitoso que ya había comido días atrás. Se persignó, tocando sin darse cuenta el collar de hematites y musitó el avemaría. A continuación cogió una tajada de pollo, lo sostuvo en la palma de la mano durante unos segundos para que se enfriara y se lo metió en la boca. Estaba muy picante (al parecer, los kongos no eran aficionados al dulce) pero ya estaba acostumbrado e incluso le gustaba. Levantó la calabaza y bebió un buen trago de vino, pensando que no estaría mal emborracharse un poco, y a continuación volvió a mirar a la muchacha. Esta vez la pilló por sorpresa, y al cruzar su mirada, le sonrió.

La respuesta de la niña fue soltar la estera que la ocultaba y echar a correr.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —Gil se levantó—. ¿Por qué corre? ¿Adónde va?

—La necesitan en su casa —respondió la mujer del bebé.

—¿Dónde está su casa? —Gil no esperó la respuesta, sino que se acercó a la puerta, apartó la estera y salió a la galería.

Tardó un instante en verla. La muchacha cruzaba el puente, corriendo hacia la puerta de la empalizada que era la misma por donde Mbemba, Mpanzu y el NsakuSoyo habían entrado para ir a ver al rey. Dedujo que su casa estaba en la zona real y recordó que el color y el diseño del vestido eran los mismos que el de Mbemba y el de los guerreros de su escolta. ¿Es que era un miembro de la familia de Mbemba o de su comitiva? ¿Era su sierva, su concubina o su esposa? La puerta de la empalizada se abrió y la muchacha entró corriendo. En cuanto la puerta se cerró, Gil volvió a entrar.

—¿Quién es, *mchento*? —preguntó a la mujer del bebé.

—Nimi a Nzinga.

Gil enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Nimi a Nzinga? ¿Cómo Mbemba es Mbemba a Nzinga?

—Sí —respondió la mujer, sonriendo ante la rapidez con que Gil había sacado sus conclusiones.

—¿Es una princesa? —Gil lo dijo en portugués porque no sabía cómo decirlo en kongo. Lo cierto es que no le habían presentado ninguna princesa kongo. Por supuesto, la mujer no entendió nada. Volvió a intentarlo—: ¿Es hija de Nzinga a Nkuwu? —preguntó entre curioso y titubeante.

—Sí. Es una hija de ManiKongo. Es NtinuKongo.

—Ntinukongo —repitió Gil. Princesa de los kongos. Se sentó en el taburete y bebió otro buen trago de vino. Nimi a Nzinga, Ntinukongo. Podía ser hermana o hermanastra de Mbemba, según quien fuera la madre. Una muchacha muy bonita.

* * *

Mbemba no volvió aquella noche. Aunque su ausencia aumentó la inquietud de Gil, no había motivos para tener miedo. Todo lo contrario. Le trataban con respeto y franca amistad, y atendían a todas sus necesidades. Las dos mujeres mayores con sus hijos (el bebé y los dos niños) y las cuatro jóvenes (pero no la bonita princesa kongo) permanecieron en la casa como sus sirvientes. Había otra habitación, y el cofre y la bolsa estaban allí, y como Gomes y Días no se habían llevado sus pertenencias en la huida, también estaban junto a las cajas con las provisiones de la nave.

Esta habitación hacía de dormitorio. Las mujeres y los niños vivían en unas pequeñas chozas levantadas en el patio trasero. Además de las vasijas, las calabazas, los cofres y las cajas, había un taburete, un lecho de esteras apiladas, sábanas confeccionadas con la tela aterciopelada y un reposacabezas de madera, junto a la ventana que se abría a la galería de delante, con vistas al Luezi y a las edificaciones reales. La primera noche, al entrar en esta habitación, las dos mujeres mayores le siguieron con peroles de agua caliente y fría, trozos de tela, esponja y piedra pómez. Se quitó las botas y la cota de malla, y esperó a que ellas se marcharan antes de desnudarse para disfrutar de un baño reparador.

Pero no se marcharon ni ellas, ni las cuatro jóvenes, ni los niños. Al parecer, lo que querían era verlo desnudo, curiosos por saber cómo era debajo de las prendas, por averiguar si el príncipe blanco venido del cielo tenía una forma física diferente a la de los hombres y niños del pueblo, y si la blancura de la piel desaparecía con el agua para mostrar una piel negra como la suya. Nervioso, aunque le hacía gracia la situación, les ordenó que se marcharan. Pero no bien se hubo desnudado y se quitaba con la esponja la mugre de los muchos días pasados en el camino, descubrió que una de las jóvenes había vuelto y le observaba desde la puerta. Él se volvió bruscamente para exhibirse en toda su desnudez, convencido de que la muchacha huiría asustada. Pues, nada de eso, la joven permaneció tan tranquila e incluso avanzó un poco.

Ahora le tocó a él volverse avergonzado. Se puso la camisa, pero no le ordenó que se marchara.

Fue hacia la ventana para mirar el sector real, convencido de que aún le quedaba la esperanza de que Mbemba viniera a verle, y se preguntó si tendría que volver a vestirse como un príncipe. Sin embargo, las puertas de la empalizada continuaron cerradas y lo único que pudo ver fue los centenares de puntos de luz correspondientes a las fogatas encendidas en el recinto del rey. Se volvió. La joven se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el marco de la puerta. Tenía el kanga recogido por encima de las rodillas, flojos los pliegues de debajo de las axilas, y le miraba impasible con los labios apenas entreabiertos. Gil no era tan joven ni tan tonto como para no saber por qué estaba allí, pero siguió sin decirle nada. Se acostó en el lecho, de espaldas a la muchacha. No cerró los ojos. Estaba bien despierto. Notaba su presencia y el suave jadeo de la respiración de la muchacha con la misma claridad y la misma intensidad que notaba el fresco en el aire y oía el canto de las cigarras y el ulular del búho en el exterior. ¿Le correspondía a él decir, algo? No se atrevía. Así que esperó, con el corazón en un puño, conteniendo la respiración. Por supuesto, al cabo de un rato, la joven se acostó a su lado, después de quitarse el kanga y quedar completamente desnuda.

Gil le preguntó su nombre.

Ella no respondió. De pronto, sin mediar palabra, pero con cierta ferocidad, lo obligó a ponerse encima de ella, sujetándolo con las piernas alrededor de la cintura, y con los fuertes brazos alrededor del cuello. Con los suaves y pequeños senos aplastados contra su pecho, sin darle tiempo a que repitiera la pregunta, le introdujo la lengua en la boca.

Gil apartó el rostro, pero notó los lentos y deliberados movimientos de sus caderas que le atraían hacia ella, y lo probó de nuevo.

—Dime tu nombre —reclamó con cierto apremio—. Quiero saber tu nombre.

La muchacha en vez de contestar, le sujetó por el pelo y le tiró hacia abajo para morderle el labio inferior con sus pequeños y afilados dientes hasta hacerle daño, al tiempo que los movimientos de las caderas se aceleraban y le sujetaba con más fuerza. Con una risita tonta, Gil tuvo que luchar para desprenderse de la muchacha. Saboreó el gusto de la sangre que manaba del labio y olió el perfume a almizcle del cuerpo de su compañera.

—¿Por qué no me quieres decir tu nombre?

Gil se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo. Le daba prisa. La habían enviado a hacer este trabajo y quería acabarlo cuanto antes. Sabía cómo acabar pronto. Se valía de los movimientos de sus caderas, de los enviones de su vientre, de los apretujones de sus muslos, de los tirones de pelo, de los mordiscos en la garganta. Él apretó los puños para contenerse.

—Dime tu nombre. Por amor de Dios, dímelo.

—Nimi.

—¿Cómo?

—Nimi. Nimi a Nzinga. —En esta ocasión se levantó un poco para meterle un pezón en la boca y hacerle callar, al tiempo que le arañaba la espalda con las afiladas uñas.

Gil, que era joven, fuerte y lleno de vida, no pudo contenerse más.

Ella le apartó.

Gil rodó de costado y cerró los ojos, conteniendo el aliento. Luego soltó el aire, volvió a respirar el aire frío de la noche, abrió los ojos y la miró a la fría luz de la luna, a la fría luz de las estrellas. Ella seguía tendida de espaldas, los pechos moviéndose al compás de su respiración, con una mano entre los muslos, acariciando distraída el semen derramado sobre su piel.

—¿Por qué has dicho que tu nombre es Nimi a Nzinga?

Ella volvió la cabeza para mirarle.

—Nimi a Nzinga es NtinuKongo.

La muchacha se sentó en el lecho.

—Tú tienes que dormir con Ntinu. Tú eres Mtu —comentó la muchacha con un tono indiferente—. Tú tienes que dormir con una princesa. Tú eres un príncipe.

—¿Ése es tu verdadero nombre?

—No tiene importancia.

—La tiene para mí.

La muchacha se encogió de hombros y buscó por el lecho hasta que encontró el kanga. Luego se levantó para envolverse con la tela sujetándola debajo de las axilas.

—¿Dónde vas? No te vayas. Quédate. Quiero que te quedes. Te ordeno que te quedes.

Esto no lo dijo en serio. No le estaba dando una orden. Sólo bromeaba. Quería hacerla sonreír, pero ella no sonrió. Se tomó la orden en serio. Se quitó otra vez el vestido y se acostó en el mismo lecho junto a Gil. Había una triste calma en sus movimientos, la obligada resignación de una sierva a la que le han ordenado realizar un servicio para un príncipe.

—No tienes que quedarte si no quieres.

—Me quedo.

—¿Quieres quedarte?

—Sí, Gil Inis, quiero quedarme. —Se acercó a él, enganchó sus piernas a las de él, le rodeó la cintura con un brazo y descansó la cabeza en su pecho. Pero no sonrió.

Gil con un brazo alrededor de los hombros de la muchacha, le miró la cabeza. Llevaba el pelo muy corto (supuso que todas las mujeres, debajo de los turbantes, lo llevaban así), pero no se lo peinaba como la princesa Nimi. Era extraño que, en la excitación del momento, ella le dijera que se llamaba Nimi. ¿Era porque creía que la idea de estar haciéndole el amor a una princesa le excitaría más, le daría más prisa y así conseguir que acabara antes? ¿O era porque, en aquel momento, deseaba ser una princesa?

—No se lo diré a nadie.

—¿Eh?

Se dio cuenta de que ella se había dormido y de que él acababa de despertarla.

—Mantendré el secreto si me dices tu nombre.

Ella volvió la cara contra su pecho.

—Duerme, Gil Inis —murmuró—. Ahora a dormir los dos.

Gil no podía dormir. Oía la respiración de la muchacha, sentía el calor de su aliento en el pecho. A ella no le agradaba estar allí. No quería ser su amiga. Manoseó el collar de hematites y pensó en don Nuno, en don José y en el capitán. Él tampoco era feliz en este lugar. Quería tener un amigo. ¿Dónde estaba Mbemba?

La muchacha se sentó bruscamente.

—¿Qué pasa?

—Calla. Escucha.

Gil no oía nada aparte de los habituales sonidos de la noche, el ulular de los búhos, el canto de los grillos.

—¿Qué?

Estaba bien despierta, con la cabeza ladeada, las manos apoyadas en el lecho, lista para saltar. Y finalmente saltó para asomarse a la ventana. Gil la imitó.

—Es Mbemba —dijo Gil, profundamente aliviado—. Por fin viene a buscarme.

—No —replicó la muchacha, apartándose de la ventana.

Se había abierto la puerta central de la empalizada y una procesión de antorchas salía de la zona real para ir hacia el puente. En el centro de la procesión, cargaban a un hombre en una litera. Otro caminaba a su lado. Gil no alcanzaba a ver quiénes eran, pero sin duda uno de ellos debía de ser Mbemba que venía en su busca para llevarlo ante la presencia del rey.

—Entonces, ¿quién es, si no es Mbemba? —preguntó—. ¿Mpanzu?

—No. —La muchacha se vistió.

—¿Quién es?

—Lukeni a Wene.

—¿Quién?

—El NgangaKongo.

—No sé quién es..., ¿dónde vas?

La muchacha había salido corriendo del cuarto. Él la siguió.

—Espera. Te lo ordeno. —Esta vez iba en serio. Casi le gritó la orden.

La muchacha se detuvo en la galería posterior. Le dominaba el pánico, y le contagió el miedo. La muchacha se sujetaba el kanga —no había tenido tiempo para sujetarlo debidamente y ahora amenazaba con caérsele— y miraba hacia la puerta principal con una expresión de terror ante lo que podía aparecer en la galería. La procesión no había llegado al puente, pero ahora Gil sí oyó los tambores. Había tamborileros en la columna. El ritmo era lento, muy lento y amenazador. ¿Qué hora era? La luna se había ocultado en el horizonte. Debía ser la medianoche pasada.

—¿Quién es Lukeni a Wene? ¿Quién es el NgangaKongo?

—El que hace brillar las estrellas, el que hace que salga el sol y que caminen los muertos.

¿Un brujo? ¿Un sacerdote? ¿El hombre ju-ju de los kongos? ¿Aquí el título era Nganga y no Nsaku?

—¿Nsaku? —preguntó—. ¿NsakuKongo?

—Más grande que Nsaku. Más fuerte, más peligroso, más maravilloso.

NgangaKongo, el sumo sacerdote de los kongos.

—¿Viene aquí?

—Viene a por ti.

La procesión cruzaba el puente. El retumbar de los tambores era cada vez más fuerte. El aire frío de la noche le hizo estremecerse. Entonces, Gil se dio cuenta de que estaba desnudo.

—Tú quédate aquí. Te ordeno que te quedes aquí —dijo y corrió a vestirse.

No sabía por qué deseaba que la muchacha se quedara. Sólo sabía que no quería estar solo. Necesitaba tener a alguien con él, aunque sólo fuera esta joven aterrorizada. Sin embargo, no abrigaba demasiadas esperanzas de que ella se quedara, a la vista del terror que le infundía el NgangaKongo, y, efectivamente, cuando acabó de vestirse —la camisa y los pantalones: no disponía de tiempo para ponerse la armadura— y regresó a la habitación principal, apretándose el cinturón de la espada, la muchacha había desaparecido. Gil salió a la galería posterior. El patio estaba desierto, las chozas de las mujeres a oscuras, las esteras bajadas en las puertas y en las ventanas. Cruzó las habitaciones a paso rápido para ir a la galería de delante. A pesar del ruido de los tambores y la luz de las antorchas, la ribera estaba tan desierta como las casas del patio trasero. Todo el mundo se ocultaba del NgangaKongo. Sujetó el pomo de la espada y adoptó una actitud orgullosa y desafiante, temblando de frío y con los cabellos desordenados por el viento, mientras contemplaba la procesión que cruzaba el puente.

Los porteadores de antorchas eran guerreros con arcos y aljabas colgadas a la espalda, y cuchillos a la cintura. Vestían kangas rojos bordados con soles amarillos, y las llamas de las antorchas, agitadas violentamente por el viento, emanaban un olor dulzón muy parecido al del incienso. Los tamborileros llevaban calzones de cuero, tocados de plumas amarillas y rojas, con el rostro y el pecho pintados de blanco. Los tambores golpeaban contra sus caderas al ritmo de sus pasos. Había fetichistas entre ellos, también pintados de blanco, que agitaban las calabazas rellenas con piedras, entrechocaban palillos y golpeaban con unos pequeños martillos unos batintines de hierro con forma de herradura siguiendo el compás marcado por el adormecedor ritmo de los tambores. Se acercaban con un lento, majestuoso y oscilante paso, los porteadores de la litera balanceando intencionadamente la carga como un péndulo, y el hombre que caminaba junto a la litera imitaba el bamboleo como si estuviera en trance. A medida que se acercaban a la casa, comenzaron a entonar un cántico profundo, sombrío y quejumbroso que bien podía pasar por uno de los cánticos latinos de la misa, porque no era menos reverente, ni menos sagrado.

Los guerreros, con las antorchas en ambas manos a la altura del pecho como si fueran lámparas votivas, se alinearon en la orilla delante de la casa. Los tamborileros y los fetichistas cantaban sus misteriosas plegarias, interpretaban su música sacra y formaban un semicírculo frente a la galería como si construyeran el presbiterio de una iglesia. Los porteadores de la litera y el hombre que caminaba a su lado entraron en el supuesto presbiterio. Gil

reconoció inmediatamente a la luz de las antorchas sacudidas por el viento al hombre de pie junto a la litera, y sintió una opresión en la garganta. Era el NsakuSoyo, ataviado con la toca de ceremonias, la capa de plumas, con una maraca pintada en una mano y un puñal en la otra. El malvado brujo se arrodilló en cuanto los portadores dejaron la litera en tierra. Callaron los tambores, se interrumpió el cántico. Se hizo el silencio, roto sólo por el chisporroteo de las antorchas. Luego volvió a sonar un batintín y el pasajero se apeó de la litera.

Lukeni a Wene, el NgangaKongo, el sumo sacerdote de los kongos, el papa de esta gente. Gil dio un paso atrás. Era horrible. Gil comprendió por qué la joven había huido. Era un enano jorobado, muy viejo y sin un pelo en la cabeza. Para resaltar la grotesca falta de pelo, todo su cuerpo estaba pintado de color blanco, y, aunque vestía un taparrabos, como también era blanco, parecía desnudo. Aparte de unos saquitos de cuero negro colgados alrededor del cuello, no llevaba ningún adorno y sus manos estaban vacías. Miró a Gil a través de los agujeros negros en la pintura blanca del rostro como si fueran las aberturas de una máscara. Los labios eran negros.

—Gil Inis.

La voz era estridente, muy aguda y dotada de un extraño poder. La mirada a través de los agujeros negros de la máscara blanca era firme y penetrante. «Ten cuidado. Conserva la calma. Puede echarte un maleficio», se dijo a sí mismo.

—Sí, yo soy Gil Inis, Lukeni a Wene.

—¿Sabes quién soy?

—Me han dicho quién eres.

—¿Quién soy?

—El NgangaKongo.

—Sí, soy el NgangaKongo, el gran hechicero del reino, el primero en la nariz del universo, el que hace que brillen las estrellas, que salga el sol, que caiga la lluvia y que los muertos vuelvan a caminar en esta tierra. Soy el sacerdote del rey de este reino, que me consulta todas las cosas. ¿Me temes?

—Te honro, Lukeni a Wene. Te honro y te estimo como honro y estimo al sacerdote de mi rey.

—Respondes bien, Gil Inis —y volviéndose al NsakuSoyo, añadió—: Responde bien, NsakuSoyo. Quizá no es como tú dices.

El hombre ju-ju de Mpinda, que seguía de rodillas, se levantó.

—Es como yo digo, NgangaKongo. Ya lo verás.

—Sí, lo veré. Acércate, Gil Inis.

Gil miró a su alrededor. Después, vacilante, bajó de la galería.

—Acércate más.

Gil no quería mirar los ojos negros del grotesco enano jorobado. Ignoraba la brujería que podía esconderse detrás de aquella mirada penetrante. Se acercó al hechicero con la mirada baja. El semicírculo de tamborileros y fetichistas se cerró un poco. El NsakuSoyo se colocó al costado del hechicero.

—Más cerca, Gil Inis, más cerca.

Aún le separaban unos cuantos pasos, pero Gil ya olió el aliento del brujo, el aroma de un perfume parecido al olor del incienso que le llegaba de las antorchas, el olor tan conocido de las iglesias.

—Espero a Mbemba a Nzinga, el MtuKongo, Lukeni a Wene. ¿Has venido en su lugar para llevarme ante el rey?

—No, Gil Inis, el rey todavía no está preparado para recibirte.

—¿No está todavía preparado para recibirme? ¿Cuándo estará preparado para recibirme?

—Cuando yo le lleve un mechón de tu cabello.

—¿Qué dices ahora?

—Córtale un mechón de pelo, NsakuSoyo.

—¿Qué? No, no. Apártate de mí, NsakuSoyo. —Gil acercó la mano a la espada—. Te lo advierto, NsakuSoyo, no te acerques a mí.

El odioso hombre ju-ju había dado un paso hacia Gil, levantando el puñal que sostenía en una mano, pero, al recordar el incidente que habían tenido en el camino, el peligroso ataque de Gil con la espada, se detuvo en el acto y retrocedió.

—¿Qué temes, Gil Inis? —preguntó el NgangaKongo—. Creía que no me temías. Creía que sólo me honrabas y me estimabas como sacerdote de mi rey.

—Te honro y te estimo, Lukeni a Wene, pero no siento ninguna estima por él. Mató al padre Sebastião, que era mi sacerdote. Mató a Segou, que era mi amigo.

—Un sacerdote malvado. Un esclavo, no un amigo.

—Calla, NsakuSoyo. Dame el puñal.

El hombre ju-ju calló. Sin rechistar, depositó el puñal en la palma de la mano del NgangaKongo.

—Dices que me honras y me estimas, Gil Inis, como sacerdote de mi rey.

—Sí, Lukeni a Wene.

—Entonces, ¿me dejarás que te corte un mechón para llevárselo a mi rey?

—Sí, Lukeni a Wene, te dejaré.

—Acércate.

Sonó un batintín, una solitaria y sombría nota que resonó en el silencio. Una vez más comenzó el cántico para celebrar el ritual que estaba a punto de comenzar. Como el hechicero era enano —apenas si llegaba al pecho de Gil — el muchacho tuvo que agachar la cabeza como si fuese a recibir la bendición de un sacerdote. El brujo sujetó un mechón de pelo rubio, y sorprendido al descubrir que era tan sedoso, lo acarició durante unos segundos. Luego cortó un pequeño mechón y lo apretó en el puño mientras subía el volumen del cántico como una muestra de regocijo por lo que se había hecho. ¿Qué se había hecho? Gil no lo sabía. Pero tenía muy claro que este rito de brujería tenía para esta gente el mismo valor que para él tenían el ritual y la fe de la iglesia.

—Ahora veremos, Gil Inis.

—¿Qué vas a ver, Lukeni a Wene?

—Quién eres y lo que pretendes. Ahora veremos por qué has venido a nuestra tierra desde tu tierra en el cielo.

—¿Cómo se ve eso, Lukeni a Wene?

—Se ve en este mechón de tu cabello. —El hechicero abrió la mano—. Porque éste es un fragmento de tu cuerpo, Gil Inis. Porque éste es un fragmento de tu ser.

IX

Cayó enfermo. Gil sabía la razón: la brujería del NgangaKongo. Lo soñó aquella misma noche, un sueño sencillo pero aterrador; luego lo volvió a soñar, noche tras noche.

Una fogata ardía en la oscuridad de la noche. Era una fogata pequeña, hecha con satinadas hojas que producían un humo verde y un olor dulzón. El enano jorobado y calvo, el sumo sacerdote de los kongos, desnudo y pintado de blanco, con una monstruosa máscara de madera blanca, se había sentado a la turca delante de la fogata, con las manos extendidas sobre las llamas. Sostenía en las palmas los pelos rubios que le había cortado a Gil, aquellos fragmentos de su ser. Los fetichistas, también desnudos y pintados de blanco, estaban detrás del enano, contemplando sus manos sobre el fuego. Había otros más, detrás de los fetichistas, pero Gil no los veía con claridad; la extraña luz verdosa de la fogata no alcanzaba a disipar la oscuridad a esa distancia.

—*Nzambi Mpungu* —chilló el gran hechicero, elevando las manos—. *Nzambi Mpungu*, te envió esto.

Comenzó a sonar la música sagrada de los fetichistas, el rumoroso eco de las maracas, el golpeteo de los palillos, el tamtan de los tambores, el resonar de los batintines, y el piadoso y lúgubre cántico. El NgangaKongo volvió las manos y los cabellos cayeron en las llamas, se prendieron y volaron en el aire en una lluvia de pavesas. Gil comenzó a quemarse por dentro. El hechicero le había prendido fuego.

Intentó despertarse, pero no pudo. Quiso gritar pidiendo ayuda, pero las palabras murieron en su garganta. Entonces disminuyó el chisporroteo de las pavesas, se apaciguó la fiebre abrasadora y tembló al notar en la piel el roce del viento frío de la noche.

Tenía los ojos abiertos. Todavía estaba oscuro. ¿Era la noche de hoy, la de mañana o la de pasado mañana? Alguien le refrescaba el rostro con un paño fresco y húmedo que olía a vinagre. Era la joven, la mujer sin nombre quien le refrescaba el rostro, así que no podía ser la misma noche. En aquella ocasión la muchacha había huido. Volvió el rostro para eludir el trapo húmedo porque se estaba helando otra vez, levantó las rodillas, metió las manos entre los muslos y se acurrucó para protegerse del viento helado.

—Nimi, la noche es fría.

La muchacha se acostó a su lado. Desde luego, no era Nimi. No era la princesa kongo. Sólo le había dicho que se llamaba Nimi para excitarlo. Le sujetó por los hombros, le entrelazó sus piernas en las de él y lo atrajo hacia su pecho para darle calor.

Pero el NgangaKongo no tenía piedad; el terrible hechicero le hizo arder una vez más. La fiebre volvió a consumirle. Ella debía notar cómo se quemaba. Debía de estar quemándose. Su pelo también se quemaba en el fuego.

—*Nzambi Mpungu*, te envió esto.

—¿Por qué lo hace?

—¡Chist!

—*Nzambi Mpungu*, te envió este fragmento del extranjero blanco. Te envió este trozo de su ser. De esto, *Nzambi Mpungu*, dime quién es y por qué ha venido. De esto, dime si traerá el bien o el mal a nuestro reino. De esto, Oh *Nzambi Mpungu*, dime si debemos darle la bienvenida o expulsarlo de nuestro lado.

—¿Qué? —Gil intentó sentarse.

—Calla, Gil Inis. Calla, calla. —Lo apretó con más fuerza contra su pecho.

¿Ella estaba en el sueño? ¿Oía lo mismo que él? ¿Veía lo que él veía? El NgangaKongo arrojó el último de los cabellos al fuego y, en el resplandor de las últimas pavesas, Gil vio a los demás detrás de los fetichistas. Mbemba estaba entre ellos, y Mpanzu, y el NsakuSoyo. Se adelantaron para sentarse a la turca alrededor del fuego y, cada uno por turnos, habló largo y tendido con el NgangaKongo. Gil no oyó lo que dijeron, pero comprendió por las expresiones y los gestos que habían hablado con fervor defendiendo opiniones opuestas. ¿Habían hablado de él? ¿Discutieron si darle la bienvenida o expulsarlo?

—¿Qué dicen? No oigo lo que dicen.

—Calla, Gil Inis, calla. —La muchacha le acunó contra sus senos—. Duerme, Gil Inis, duerme.

No, ella no estaba en el sueño. Ella no vio la nube de pavesas elevándose hacia el negro terciopelo del cielo y morir entre las estrellas. No vio al NgangaKongo levantarse y caminar sobre la fogata. No le vio apagar las llamas con los pies desnudos, y mientras lo hacía, apagar también el sueño.

Se despertó. Era de día. Nimi a Nzinga estaba de pie junto a la puerta de la habitación. No tenía ninguna duda de que era la verdadera Nimi, la princesa

kongo —el kanga verde claro con los ribetes rojos, el mismo peinado, los brillantes ojos rasgados—, pero el cuerpo de la joven sin nombre le tapó la visión cuando le acercó una calabaza a la boca al tiempo que, con la otra mano, le levantaba la cabeza para ayudarle a beber. Gil creyó que sería *malafu*, el vino de palma, pero era algo cremoso y amargo, probablemente leche de cabra. Cogió la calabaza y se bebió todo el contenido. En cuanto acabó, la joven le quitó la calabaza apartándose de su lado, con lo cual Gil volvió a ver a la princesa Nimi.

—*Keba bota*, NtinuKongo.

La niña permaneció en silencio, pero al menos esta vez no huyó. La otra muchacha apareció una vez más, esta vez con un cuenco de estofado, y luego se sentó en cuclillas junto al lecho, mirando alternativamente a Gil y a la princesa como si sintiera una gran curiosidad por descubrir lo que había entre ellos. Gil se llevó el cuenco a la boca con la mirada puesta en la adolescente, y se comió el estofado con un apetito voraz. La sed y el hambre eran una buena señal, una muestra de la salud recobrada. Dejó el cuenco a un lado y echó una ojeada a la habitación. Por la intensidad de la luz, calculó que debían ser las primeras horas de la mañana. Hizo el amago de levantarse, pero recordó que estaba desnudo.

—Quiero vestirme, *mchento*. —Lo dijo para que se enterara la niña; dudaba que ella, siendo una princesa, tuviera el mismo descaro a este respecto que la sierva—. ¿Me alcanzarás mis ropas?

—¿También quieres bañarte?

—Sí, también quiero bañarme.

—Iré a buscar el agua.

—*Ntondesi*. Gracias.

La niña se apartó para dejar paso a la joven y, por un momento, ambas quedaron fuera de la vista. Gil las oyó hablar en voz baja, reírse suavemente como dos conspiradoras. Luego, la niña apareció otra vez en la entrada. El portugués permaneció sentado en el lecho, con las mantas alrededor de la cintura, atrapado por la presencia de la niña y su propia timidez.

—¿Tú eres Nimi a Nzinga?

Ella asintió.

—¿Tú eres la hermana de Mbemba a Nzinga, la hija del rey?

La niña asintió otra vez.

—Yo soy Gil Eanes.

—Lo sé —respondió ella. Su voz era dulce y, mientras hablaba, fruncía el entrecejo y hacía gestos como si quisiera evitar una sonrisa—. Todo el mundo

lo sabe.

—Espero a Mbemba para que me lleve ante tu padre. ¿Eso también lo sabe todo el mundo?

—*Ngete*. Eso también lo sabe todo el mundo.

—¿Y también todo el mundo sabe por qué no ha venido a buscarme en todo este tiempo?

—Ha venido a buscarte, Gil Inis. Ha venido a buscarte muchas veces. Pero cada vez que ha venido, tú dormías tan profundamente que nadie pudo despertarte.

Así que había sido eso. Gil suspiró, aliviado. No tenía nada que ver con el sueño; la causa de la demora era su enfermedad, y no una discusión sobre si debían recibirle o no.

—Estaba enfermo —comentó, mucho más tranquilo.

—¿Y ahora ya no lo estás?

—No. Ahora estoy bien. Muy bien.

—Eso es bueno porque hoy Mbemba vendrá a buscarte otra vez.

—¿Hoy? Entonces debo darme prisa. Debo estar listo cuando él llegue. ¿Dónde está la mujer con el agua? ¿Cómo se llama? ¿Dónde está mi ropa?

—Se llama Nimi.

—¿Qué?

—¿No querías saber su nombre?

—¿Se llama Nimi como tú?

—Sí, y tu ropa está allí. —Señaló el cofre—. ¿Te la alcanzo?

Qué extraño que, después de todo, el nombre de la sierva fuera Nimi.

—Sí, tráemela.

—No puedo traértela. Soy NtinuKongo y no le llevo nada a nadie. — Sonrió con picardía, encantada de haberle gastado una jugarreta.

Gil se echó a reír ante esta súbita muestra de insolencia y decidió devolverle la broma.

—Entonces, la buscaré yo —dijo, y simuló el gesto de apartar las mantas de los muslos desnudos y levantarse.

—Sí, hazlo tú —replicó ella sin desviar la mirada.

Gil vaciló. La princesa le observaba con una expresión tan inocente, esperaba verle desnudo con un entusiasmo tan puro, que él se ruborizó. Al parecer, ella compartía la curiosidad sobre su aspecto físico que había mostrado la sierva, y lo hacía con el mismo descaro.

—Vete, Nimi —manifestó, sonriente—. No eres más que una niña.

—No soy tan niña.

—Lo suficiente. Vete y déjame que me vista.

Nimi se marchó y Gil se acercó a la ventana. Se había equivocado en el cálculo de la hora; era mucho más tarde. La debilidad de la luz era el resultado de los espesos nubarrones que tapaban el cielo. Nunca había visto nubes como éstas. También en la costa se nublaban pero a últimas horas de la tarde, y las nubes llegaban por el este. En cambio, en la meseta el cielo había estado limpio día y noche. Quizá durante el tiempo de su enfermedad había cambiado la estación. Estaban a finales de septiembre o principios de octubre: quizás había llegado la estación de las lluvias.

Mientras miraba por la ventana, esperando que la joven, la otra Nimi, le trajera el agua para el baño, la puerta central de la empalizada en la otra orilla del Luezi se abrió de par en par. No esperó a ver quién salía. Estaba seguro de que era Mbemba. Renunció al baño, se vistió con los atavíos principescos, y luego comenzó a rebuscar en el interior de los cofres y las cajas con las provisiones.

El capitán les había dejado un baúl con artículos de trueque que Gil ofrecería como regalos al rey kongo. Pero Gil, dado que se dio cuenta de los objetos que fabricaban los kongos, comprendió que los suyos serían considerados vulgares baratijas. Buscó alguna otra cosa, algo especial, un poco raro, que se apartara de lo común. De nada le servían las piezas de tela, los cascabeles, los anzuelos, los espejos, los cuchillos y los peroles. Los kongos los tenían en abundancia. Los apartó. Buscó algo que fuera mejor. Necesitaba un regalo especial. Los kongos recelaban. Quería eliminar sus sospechas. Recordó el breviario del padre Sebastião, la fascinación de Mbemba y el miedo del NsakuSoyo. Sí, ése era el regalo, la única cosa que los kongos no tenían: la escritura.

—Viene el MtuKongo, Gil Inis. —Una vez más, Nimi a Nzinga, la NtinuKongo, apareció en la puerta.

Gil asintió y siguió a la niña a la habitación principal. Allí estaban las mujeres y los dos niños formados en fila. Sus expresiones eran graves; él cruzaría el río para encontrarse con el rey. Miró a la joven, a la otra Nimi, la que había dormido con él todas estas noches, y le sonrió. Para asombro y deleite de Gil, ella le devolvió la sonrisa. ¿Era su modo de decirle adiós o, sencillamente, agradecía verse libre de él de una vez por todas?

Salió a la galería. La princesa Nimi le acompañó, pero sólo hasta la entrada. Mbemba y su escolta llegaron a la casa.

—Me alegra verte de pie, Gil Inis.

—Me alegra que me veas de pie, Mbemba. Lamento no haber estado de pie las muchas veces que has venido a verme.

—Estabas enfermo.

—Sí, estaba enfermo. Me quemaba. Soñé que me arrojaban a una hoguera.

—Es un sueño extraño.

—Sí, es un sueño extraño. ¿Crees que también es un sueño real?

—Todos los sueños lo son.

—Pero no sé el final de este sueño, Mbemba. No lo soñé hasta el final.

—Éste es el final, Gil Inis. Te has despertado y yo he venido para llevarte ante mi padre. He venido para llevarte ante el rey.

Mbemba subió a la galería y sujetó a Gil por los hombros, siguiendo la costumbre que tenían los kongos de saludar. Era la primera vez que saludaba así, y Gil se estremeció de placer, invadido por una sensación de confianza y alivio.

—¿Quién es ésa?

—¿Quién?

—Se parece a Nimi. ¿Eres tú, Nimi? Ven aquí.

Gil se volvió. Mbemba había descubierto a su hermana espiando desde la puerta.

—Ven aquí, niña —ordenó Mbemba, tajante—. Ven aquí inmediatamente.

Nimi salió a la galería adoptando una pose infantil, con un pie descalzo sobre el otro y las manos cruzadas a la espalda. Pero sus ojos castaños brillaban con picardía. Era obvio que no tenía miedo de su hermano.

—¿Qué haces aquí? ¿Eres la sirvienta de esta casa?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Visito a mi amigo.

—¿Qué amigo tienes en esta casa?

—Gil Inis.

Gil mostró la misma sorpresa que Mbemba ante la insolente afirmación de la muchacha. Miró a Nimi y después a su hermano. Ambos le miraban a él. La muchacha con una sonrisa provocativa, y Mbemba con profundo recelo.

—¿Cómo que es tu amigo? Nunca le habías visto antes.

—Sí que le he visto.

—¿Cuándo?

—Cuando le trajiste por primera vez a esta casa. Y a partir de entonces, todos los días.

—Yo no lo sabía, Mbemba —se apresuró a decir Gil—. Ignoraba su presencia. Estaba enfermo. —Mbemba no hizo nada por disimular su enfado, dominado por la terrible sospecha de que algo clandestino o ilícito pudiera haber ocurrido entre Gil y su hermana—. ¿Lo sabía, Nimi? Dile a Mbemba que yo no sabía que estabas aquí.

—Él no sabía que estaba aquí. Estaba enfermo. Dormía.

—Entonces, ¿por qué venías aquí?

—Para verle.

—¿Verle dormir?

—Sí, para verle dormir —replicó Nimi, con desfachatez.

Mbemba meneó la cabeza. No quedaba muy convencido; sus sospechas no se aplacaron.

—No tenías nada que hacer aquí —manifestó, irritado—. Tampoco ahora tienes nada que hacer aquí. Me ocuparé de que te castiguen. Ahora, vete. Vuelve a tu casa.

—Volveré contigo y Gil Inis.

—¿Quieres que te castiguen ahora mismo?

—No puedes hacer que me castiguen. Soy NtinuKongo. —Lo dijo con igual desparpajo como antes se lo había dicho a Gil, que parecía que acabara de descubrir los privilegios de su rango. Quizás era una de las hijas preferidas del ManiKongo y de ahí aquel poner los brazos en jarras y adoptar una expresión desafiante.

Mbemba volvió a mover la cabeza como muestra de su exasperación, pero ya no parecía tan enfadado. Aunque se negaba a demostrarlo, le divertía la insolencia de la niña. Tal vez era su hermana favorita.

—Eres una niña terrible, Nimi —manifestó, resignado—. Me haces quedar como un tonto ante Gil Inis. Sabes que por nada del mundo te castigaría en su presencia.

—No me hubieras castigado en ningún caso, Mbemba —afirmó Nimi, acercándose para cogerle de la mano—. Eres un príncipe amable.

—No estés tan segura, niña —replicó él, y al mismo tiempo la apartaba de sí.

Nimi bajó los escalones alegremente y se unió a los guardaespaldas de Mbemba. Los guerreros la saludaron con una reverencia y se apartaron respetuosamente, pero ella comenzó a hablarles muy desenvuelta y animada, con lo que algunos se rieron al escucharla.

—¿Estás preparado para conocer a mi padre, Gil Inis?

—Le traigo regalos de parte de Diego Cão.

—Es muy amable y correcto de Diigo Cam.

—No tienen nada de maravilloso en sí mismos, pero se los envía a tu padre como muestra de su estima.

—Como tales, mi padre los considerará maravillosos. —Mbemba llamó a los guerreros. Dos de ellos entraron en la casa para recoger el cofre con los artículos de trueque.

—¿Recuerdas el breviario del padre Sebastião, Mbemba?

Mbemba ladeó la cabeza, intrigado.

—¿Pader Sebastum?

—Sí, su breviario...

—No entiendo lo que preguntas, Gil Inis.

—El breviario. El libro de la escritura. La *escrita*.

—¿La *escrita*? Ah, sí, la escritura, la palabra de *Nzambi Mpungu*.

—¿Todavía la tienes contigo?

—Sí.

—Es muy precioso, Mbemba. Es una magia muy poderosa. Es la poderosa magia de los portugueses.

—Lo sé.

—Es una magia más poderosa que la magia del NsakuSoyo, incluso, diría yo, más fuerte que la magia del NgangaKongo.

Mbemba no respondió a este comentario. Entornó los párpados, poco dispuesto a aceptar la blasfemia.

—¿Se lo mostrarás a tu padre, Mbemba? ¿Se lo darás como un regalo de los portugueses?

* * *

Guerreros armados con arcos y flechas, y trompeteros con los largos cuernos de marfil al hombro, ocupaban las torres de vigía a ambos lados de la puerta central de la empalizada del recinto real. En el momento en que los centinelas con escudos y lanzas de acero abrieron la puerta, los trompeteros de las torres hicieron sonar un acorde de aviso.

Treinta pasos más allá de la puerta se levantaba otra empalizada con una puerta también con torres de vigía a cada lado. Nimi corrió por el camino hacia la puerta, pero luego se desvió a la izquierda y desapareció de la vista.

Gil y Mbemba, escoltados por los guardaespaldas, avanzaron a un paso más mesurado y digno. Cuando llegaron a la segunda puerta, se detuvieron. Gil miró a la izquierda, sin llegar a descubrir qué había sido de Nimi. El camino en aquella dirección parecía acabar en la empalizada exterior. Miró al cielo. Las nubes eran cada vez más oscuras. Sin duda no tardaría en llover. A lo lejos se veían algunos relámpagos y se oía el retumbar de los truenos.

—Espera aquí, Gil Inis, a que esta puerta se abra para ti —dijo Mbemba.

—¿Adónde vas?

—Debo prepararme para ver al rey.

—¿Volverás antes de que esta puerta se abra para mí?

—No, estaré con el rey cuando esta puerta se abra para ti.

Mbemba se alejó por el sendero de la izquierda, como había hecho Nimi, y, para su sorpresa y confusión, desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El muchacho echó un vistazo en derredor. Los guerreros de Mbemba estaban formados en fila a cada lado, excepto los dos cargados con el cofre que se habían acercado para situarse detrás de él. Gil se puso el casco, se arregló el chaleco, apoyó la mano en el pomo de la espada y miró a la puerta. El cielo se iluminó con el destello de un relámpago, seguido en el acto por un terrible estampido seco. Pasados unos cuantos minutos, los trompeteros en las torres de esta empalizada tocaron un acorde estridente. La puerta se abrió y Gil se encontró ante el recinto real.

Era más pequeño de lo que había imaginado, pero así y todo bastante grande. La segunda empalizada no cerraba todo el espacio; estaba abierta por el oeste de forma que se disfrutaba de una hermosa panorámica de los campos de cultivo y de la ondulante llanura. Y allí, en el borde mismo de la meseta, se levantaba el más grande y hermoso de los muchos grandes y hermosos edificios del recinto; sin duda, era el palacio del rey.

Tenía tres techos cónicos, cada uno con el dibujo de un enorme sol trenzado en los juncos y en las espaciosas galerías de gruesos pilares hechos con troncos tallados. Al palacio lo rodeaba un bosquecillo y desde la empalizada hasta la casa iba un camino formado por millares de piedras de colores. Centenares de guerreros, con lanzas y escudos, tocados de plumas rojas y amarillas, y kangas de un rojo vivo bordadas con soles amarillos (era obvio que correspondían a los colores y a la insignia reales) bordeaban el camino. Detrás de las tropas había otros muchos centenares de personas apiñadas en las galerías de las casas, que miraban expectantes hacia la puerta.

Gil no tenía muy claro si debía esperar alguna señal antes de entrar, pero en vista de que transcurrían los minutos sin que nadie saliera a su encuentro,

cruzó la entrada. Los trompeteros iniciaron otro toque de vibrantes sonos, y esta vez, desde algún lugar, les respondieron otros trompeteros. Desde no sabía dónde, unos tambores invisibles comenzaron a marcar un ritmo excitante. El viento del oeste arrastraba una lluvia muy fina desde los amarillos alcores más abajo de la meseta, a medida que aumentaba la frecuencia de los relámpagos y los truenos.

Un grupo de hombres ocupaba la galería del palacio. Vestían de gala con tocados de plumas y cuernos de antílope, capas de plumas y kangas de tela aterciopelada. Saltaba a la vista que eran miembros de la corte, príncipes por derecho propio, señores de provincias, capitanes de los ejércitos del rey y ministros del consejo real. Gil los consideró como los equivalentes a los príncipes, condes, duques, capitanes y *fidalgos* de la corte del rey donjuán II. En el momento que Gil llegó al pie de la escalinata que conducía a la galería, se apartaron para dejar al descubierto una entrada que cubría una cortina roja con dibujos de soles amarillos.

Cesó la música. Gil miró hacia atrás. Habían cerrado la puerta de la empalizada y los guerreros formaban ahora un semicírculo delante del palacio para contener a la muchedumbre ansiosa por ver al joven príncipe blanco que había volado hasta ellos desde el cielo.

—*Keba bota* —saludó Gil a los cortesanos—. Soy Gil Eanes y traigo saludos para el rey de los kongos de parte del rey de los portugueses.

Nadie respondió, pero apartaron la cortina. Fue entonces cuando vieron el fucilazo de un rayo y el ensordecedor tronido de la tormenta. Enseguida se desató un fuerte aguacero. Gil dio un salto para buscar refugio bajo el alero de la galería.

Entró en una sala alargada, angosta y oscura. Sólo al fondo, a unos cincuenta o sesenta pasos de la entrada, ardían sobre una tarima dos fogatas en sendos braseros de cerámica. En medio de los braseros se levantaba el trono, que lo ocupaba Nzinga a Nkuwu, el ManiKongo. El asiento real estaba hecho de un solo tronco de ébano con un respaldo alto, con incrustaciones de marfil y una cabeza de león. Los brazos del trono acababan imitando las zarpas del rey de la selva. Todo el trono estaba revestido con aire informal con pieles curtidas, la piel manchada de un leopardo y varios largos de tela roja bordada con soles amarillos. Era un trono de grandes proporciones, pero el ManiKongo apenas si cabía.

Era enorme. Gil no pudo evitar una exclamación al ver su descomunal tamaño. Era todo grasa, la carne fofa colgaba en gruesos pliegues de la barbilla, de los brazos, de los muslos y del pecho (las tetillas eran tan grandes

que parecían los pechos de una mujer); la barriga era igualmente descomunal. La visión de este ser mastodóntico resultaba repugnante porque estaba medio desnudo. El sombrero que llevaba era de rafia y más parecía una caja redonda con un sol bordado, el torso lo cubría con la dorada piel de un león y con la cola de la bestia sobre el hombro; se cubría los muslos con una falda corta roja también adornada con soles y aunque el tamaño de la cabeza era normal, parecía insignificante encima de aquella monumental mole de carne. De veras que había algo extraño en el aspecto de ese rostro, con la barbilla alzada y los ojos apenas visibles entre los gruesos párpados, mirando por encima de una nariz bulbosa. Los enormes brazos se apoyaban en los del trono, sobre los muslos como toneles aguantaba un bastón de marfil con espirales de plata y gemas verdes, y los hinchados pies varicosos descansaban en un pequeño taburete tapizado con una piel de leopardo.

A sus pies estaba sentado Lukeni a Wene, el NgangaKongo, el sacerdote del rey, el gran hechicero del reino.

Los dos MtuKongo ocupaban sus puestos, uno a cada lado del rey. El joven Mbemba a Nzinga a la izquierda del padre, el alto y obeso Mpanzu a Nzinga, señor de Nsundi, a la derecha, como correspondía a su condición de primogénito y heredero. Ambos llevaban hermosas capas y faldas de terciopelo, tocados de plumas blancas y azules y cuernos de kudú, brazaletes y collares de plata y marfil con gemas verdes y amarillas. Un paso por detrás de Mpanzu, en la penumbra, se encontraba el NsakuSoyo, que observaba la entrada de Gil sin disimular su odio hacia el blanco. Detrás del trono, una fila de sirvientes, ataviados con los kangas rojos y los soles amarillos de la casa del ManiKongo, sostenían hojas de palma tejidas para formar un parasol sobre la cabeza del ManiKongo.

Gil avanzó con paso vacilante. A medida que se acercaba al trono, intentaba captar la mirada de Mbemba. No sabía qué esperaban de él, y confiaba en que Mbemba le daría alguna pista, pero la expresión de su amigo era grave, distante. No le ayudó en nada. En cualquier caso, no estaba dispuesto a humillarse. Recordó con cuánta furia se resistió el capitán cuando el ManiSoyo intentó que se arrojara ante Mbemba. Tampoco él se comportaría con menos dignidad que el capitán. Sin embargo, era consciente de que se encontraba ante el monarca de un gran reino y se merecía el respeto y la deferencia que Gil hubiera mostrado ante cualquier monarca de un reino extranjero. En consecuencia, al llegar a unos pasos de la tarima, Gil empuñó la espada con una mano mientras con la otra se quitaba el casco. Luego hincó

una rodilla en tierra y movió el casco en un amplio semicírculo rozando el suelo con las plumas.

—*Meu senhor* —saludó en portugués.

Mantuvo la postura, con la mirada baja, escuchando el retumbar del aguacero contra el techo de juncos. El interior de la sala se iluminó con el fucilazo de un relámpago seguido del ruido del trueno. Alzó la vista y se encontró cara a cara con los negros agujeros de los hipnóticos ojos de la terrible máscara blanca que era el rostro del NgangaKongo, sentado a los pies del rey.

Asustado, miró al monarca. El ManiKongo, con la barbilla levantada de aquel modo tan peculiar, miraba entre los gruesos párpados entornados, pero no miraba a Gil. Miraba un punto a la izquierda del muchacho. Detrás de Gil, los dos guerreros con el cofre permanecían prosternados. Pero el ManiKongo tampoco los miraba. ¿Qué miraba? Mpanzu, con un brazo apoyado en el respaldo del trono, se inclinó para decir algo al oído de su padre. El ManiKongo movió la cabeza para mirar hacia donde estaba Gil. En aquel momento el portugués comprendió cuál era la razón: los ojos del ManiKongo mostraban un velo blanco lechoso. El ManiKongo era ciego.

—Éste es Gil Inis, padre, el príncipe blanco que ha venido a nosotros desde una tierra en el cielo —manifestó Mpanzu—. Éste es Nzinga a Nkuwu, Gil Inis, el ManiKongo, *ntotila nekongo, ngangula a kongo*.

—*Keba bota, meu senhor* —respondió Gil, levantándose. Había ensayado un pequeño discurso y lo lanzó sin más—: Muchas gracias por recibirme hoy en tu casa, ManiKongo. Esperaba ansioso este día para ofrecerte los saludos de mi rey, Juan Segundo de los portugueses, y darte sus regalos como muestra de su amistad. Me dijo...

—Pero si es un muchacho —le interrumpió el ManiKongo, adelantando su inmensa mole al tiempo que alzaba la barbilla todavía más para mirar a Gil con sus ojos ciegos—. Una voz joven, muy dulce. ¿Cuántos años tienes, príncipe blanco del cielo?

Gil no esperaba nada parecido. El discurso ensayado desapareció de su mente.

—Tengo casi dieciséis años, mi señor.

—Dieciséis años. Lo mismo que mi hijo. —El ManiKongo buscó a Mbemba con la mano izquierda—. Tú también tienes dieciséis años, ¿no es así, hijo mío?

Mbemba cogió la mano del rey.

—Sí, padre.

—Dieciséis años. Un joven príncipe. Acércate, joven príncipe del cielo.

Gil pasó cautelosamente junto al NgangaKongo, quien se volvió para mirarlo, y subió a la tarima.

—Dame tu mano, Gil Inis. —El ManiKongo unió las manos de Mbemba y Gil por unos instantes—. Sí, las manos fuertes de los jóvenes. Pero me dicen que las tuyas son blancas.

—Sí, ManiKongo.

—Me dicen que todo tu cuerpo es blanco.

—Sí, ManiKongo.

El ManiKongo soltó las manos de los jóvenes y se reclinó en el trono.

—¿Blancas como las del NgangaKongo?

Gil, sorprendido, echó una mirada de reojo al enano jorobado y calvo, pintado de pies a cabeza con limo blanco. ¿Se había blanqueado en un burdo remedo de Gil? ¿Era éste el aspecto que adoptaba ante los kongos? ¿La horrible máscara blanca pretendía representar el rostro de un hombre blanco, o era blanco de verdad?

—Me dicen que tu blancura no se va con el agua.

—No, ManiKongo. Mi piel es blanca. La blancura no desaparece nunca.

—Eso me dicen. —El ManiKongo exhaló un suspiro y se relajó, como si el esfuerzo de sentarse erguido, mantener la cabeza echada hacia atrás e interesarse por Gil hubiera supuesto un tremendo esfuerzo para un hombre tan gordo.

Todos esperaron a que recuperara las fuerzas. La lluvia batía con fuerza el tejado del edificio y los truenos bramaban en el exterior. Después de unos momentos de descanso, el ManiKongo alzó la cabeza.

—Padre —dijo Mpanzu, colocando su brazo una vez más en el respaldo del trono e inclinándose para susurrar algo al oído del ManiKongo—. Gil Inis quiere ofrecerte los regalos que trae de su rey. ¿Prefieres que te los ofrezca ahora?

—Sí, que los presente ahora.

Pero no fue el ManiKongo quien respondió, sino el NsakuSoyo quien, oculto en las sombras detrás de Mpanzu, se adelantó hacia los braseros; Gil se puso tenso al ver su expresión malévol, consciente de que intentaría causar problemas.

—Sí, que los presente ahora, ManiKongo. Que te muestre lo maravillosos que son.

—¿Quién habla?

—Hablo yo, ManiKongo, el NsakuSoyo.

—Habla, NsakuSoyo.

—He visto los regalos del rey blanco en el cielo, ManiKongo. Los he visto cuando se los ofrecieron al ManiSoyo en Mpinda. He visto los maravillosos que son. —La voz del brujo era un puro sarcasmo—. Haz que te los presente y que tú mismo veas con tus propios ojos lo maravillosos que son estos despreciables regalos traídos de una tierra en el cielo.

—Sólo son una muestra, ManiKongo —protestó Gil con energía.

—De veras que sólo son una muestra, padre —intervino Mbemba—. Yo los he visto, padre, y son maravillosos. Aquí está el primero y el más maravilloso de todos, —dijo, y abrió la capa.

Gil dio un respingo. Bajo de la capa, metido en la cintura del kanga de Mbemba, apareció el breviario del padre Sebastião, el pequeño libro encuadernado en cuero con una cruz dorada en la tapa.

—No —gritó el NsakuSoyo al ver el libro—, NgangaKongo —añadió furioso—. Lo ha traído aquí, ya me lo temía yo.

El enano se levantó lentamente y dirigió una mirada penetrante al libro que Mbemba sostenía en una mano.

—¿Qué es? —preguntó el ManiKongo, alzando la barbilla todavía más.

—La maldad —replicó el NsakuSoyo—. No lo toques, ManiKongo. Es magia malvada. —El brujo intentó arrebatarse el libro a Mbemba.

—Sí, es magia, padre —afirmó Mbemba, apartando la mano—, pero no es magia malvada. Es magia buena. Es la magia de los Porta Guis, la maravillosa magia de su rey en el cielo. Es *escrita*, padre —dijo, usando la palabra portuguesa. No existía una palabra equivalente en kongo.

—¿Qué es *escrita*, hijo mío? —preguntó el monarca—. Ten, ponlo en mi mano y sabré qué es.

Mbemba puso el breviario en la enorme y regordeta palma de la mano del rey.

—Te lo advierto, ManiKongo —dijo el NsakuSoyo—. No aceptes esa cosa. Es terriblemente maligna. Te lo advierto, Nzinga a Nkuwu. Ordena que lo arrojen al fuego antes de que su maldad envenene nuestro reino.

—¿Contra qué maldad me adviertes, NsakuSoyo? ¿Qué maldad ves en esto para envenenar nuestro reino? —El ManiKongo acercó el libro a sus ojos ciegos—. No puedo decir qué es. Nunca he tenido en mis manos nada parecido. —Sus dedos exploraron el pequeño libro, y descubrieron cómo abrirlo y cómo cerrarlo, incluso pasaron unas páginas—. ¿Es una caja? ¿Qué clase de caja que se abre de esta manera? ¿Qué hojas son éstas que no se caen?

—Es escritura, padre.

—De nuevo me dices lo mismo, hijo mío. Pero, ¿qué es escritura?

—Es algo que nunca hemos conocido, padre. Es el dibujo de las palabras que se hablan. Es el dibujo del habla. Esto es escritura, padre, esta escritura que tienes en tus manos es el dibujo que los hombres blancos han hecho de las palabras que dijo *Nzambi Mpungu*. Es el dibujo del habla de *Nzambi Mpungu*.

—No es cierto, MtuKongo —señaló el NsakuSoyo, hecho una furia.

—Es cierto —replicó Mbemba, con idéntica muestra de enfado—. Lo he visto con mis propios ojos, padre. Vi a *Nzambi Mpungu* hablarle a los hombres blancos con esta escritura.

—No, MtuKongo, no, de ninguna manera —protestó NsakuSoyo, casi histérico ante la blasfema insistencia de Mbemba por desafiar su autoridad religiosa en un tema relativo a *Nzambi Mpungu*, en un tema que tanto afectaba a Dios—. Los hombres blancos te engañaron, Mbemba a Nzinga. Eres demasiado joven y te dejas engañar con excesiva facilidad por la astucia de estos extranjeros. Lo que viste con tus propios ojos no es a *Nzambi Mpungu* hablando en esta escritura, sino a la maldad.

El ManiKongo, que no dejaba de manosear el breviario en un intento por descifrar a través del tacto qué podía ser aquel extrañísimo objeto, se volvió hacia el lado derecho.

—Y tú, Mpanzu, que eres el mayor de mis hijos y el más cercano a mi trono, ¿qué has visto con tus propios ojos?

Gil, que no había dejado de mirar a Mbemba, al NsakuSoyo y al ManiKongo durante toda la discusión, miró a Mpanzu. Éste era sin ninguna duda el sueño que había soñado. Mbemba creía que él traía el bien. El odioso hombre ju-ju de Mpinda creía que traía el mal. ¿Qué creía Mpanzu? Luego le tocaría a NgangaKongo dar su opinión. Y, finalmente, el ManiKongo decidiría.

Sin embargo, Mpanzu mostró una neutralidad rayana en la indiferencia.

—No he visto nada con mis propios ojos, padre —contestó lacónicamente—. No he visto nada de esta *escrita*.

—Mírala ahora, hijo mío. —El ManiKongo le entregó el breviario—. Mírala con tus propios ojos y dime lo que ves.

Mpanzu cogió el libro, le dio varias vueltas con una leve curiosidad y pasó los dedos por la cruz repujada, se interesó por cómo estaban cosidas las páginas en el lomo; lo abrió al azar y observó curioso y asustado una de las páginas.

—¿Estas rayas y estos símbolos negros es escritura, Gil Inis? —preguntó con un tono de escéptico desprecio.

—Sí.

Mpanzu volvió a mirar la página. Permaneció en silencio pensando y luego formuló otra pregunta:

—¿Esta escritura es *Nzambi Mpungu* hablando?

—Es como dice Mbemba. La escritura es el dibujo de las palabras que se dicen. Esta escritura es el dibujo de las palabras dichas por *Nzambi Mpungu*.

Mpanzu pasó varias páginas del breviario.

—Escuchemos las palabras que habló *Nzambi Mpungu*, Gil Inis. —Le devolvió el libro—. Escuchemos hablar a *Nzambi Mpungu*.

«El padre Sebastião tendría que estar aquí», pensó Gil. El pobre franciscano había rezado mucho para tener una oportunidad como ésta, y había sufrido el martirio para que llegara a este pueblo una ocasión así. Hubiese sido su gloria poder leer las palabras de Dios a un rey y a sus príncipes paganos. Era la mayor ilusión para un sacerdote, pero poco o nada significaba para un paje semianalfabeto. Había sido un trabajo superior a sus fuerzas pretender explicar la escritura. Miró a Mbemba, desconsolado. Mbemba le respondió con un gesto con el que trataba de infundirle ánimo. Gil se puso el casco y abrió el libro. Por casualidad, era la página del Sanctus. La miró por unos instantes y comprendió que al saber de memoria gran parte del rezo, podría leerlo si lo hacía con calma. Recuperó la confianza.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —leyó, y con igual parsimonia se persignó.

—No —gritó el NsakuSoyo—. No se lo permitas, ManiKongo. Ésa es la maldad. Ésa es la maldad que embrujó a tu hijo.

Gil no le hizo caso y continuó con la lectura de la oración.

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt caeli et terra gloria tua...*

Estaba leyendo, y oyó que Mbemba le comentaba a su hermanastro en voz baja:

—Mira sus ojos, Mpanzu. Mira cómo se mueven de un lado a otro de la línea de escritura y luego bajan a la siguiente línea y se mueven de un lado a otro. Está hablando la escritura, Mpanzu. Ve la escritura y habla lo que ve.

—*Hosanna in excelsis* —concluyó Gil, y alzó la mirada.

Mpanzu le observaba con el entrecejo fruncido.

—¿Lo has visto, Mpanzu? —preguntó Mbemba.

—Sí, lo he visto —asintió el obeso príncipe.

—¿Qué has visto, hijo mío? —preguntó el ManiKongo, moviéndose con esfuerzo en el trono.

—Él habla la escritura, padre. Es como dice Mbemba. La escritura es el dibujo de las palabras que dice.

—¿Y hay maldad en esto, hijo mío?

—No lo sé, padre. ¿Cómo puedo saberlo? No puedo saber lo que nadie ha sabido hasta ahora. Debemos preguntarle al NgangaKongo.

—Eres sabio, hijo mío. Sí, el NgangaKongo decidirá si hay maldad en este regalo. Entrégale la escritura al NgangaKongo, Gil Inis. Toma la escritura en tus manos, Lukeni a Wene, y dime si hay maldad en este regalo que el joven príncipe blanco nos trae de su tierra en el cielo.

—Te lo diré, Nzinga a Nkuwu. —El enano se acercó—. Te diré si hay maldad en este regalo de la escritura.

El sumo sacerdote del rey, el gran hechicero de los kongos, el que se consideraba el primero en las narices del universo, el que hacía brillar a las estrellas, salir al sol y hundirlo en el mar y que los muertos caminaran, permaneció distante durante la discusión, esperando pacientemente el momento en que se reconociera su autoridad final y le pidieran su decisión. Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro mientras cogía el breviario. Era una criatura grotesca, una figura repugnante, con tal poder y tal influencia sobre el rey, que era digno de destacar. ¿Gil tenía razones para temerle? ¿Sabía algo más? ¿Qué había descubierto del mechón de pelo? ¿Había descubierto que Gil no venía del cielo? Sostuvo el breviario formando un cuenco con las manos, de la misma manera como había sostenido el mechón en el sueño de Gil, y cerró los ojos.

Inmediatamente comenzó el cántico, la reverente música de los fetichistas. Gil miró a su alrededor, sorprendido. Todos cantaban: los presentes en la sala del trono, los cortesanos y los guerreros; Mbemba, Mpanzu, el NsakuSoyo e incluso el ManiKongo cantaban con los ojos cerrados. Gil se estremeció. Parecían haber entrado en trance. Volvió a retumbar el tronido y las ráfagas de lluvia golpeaban el tejado como una granizada. Gil retrocedió. El brujo abrió los ojos.

—¿Dime, Lukeni a Wene, debemos aceptar el regalo de la escritura que el joven príncipe blanco nos trae de su tierra en el cielo? ¿O hay maldad en la escritura? —preguntó el rey.

—Hay maldad en la escritura, ManiKongo. No debemos aceptarla. La arrojaremos al fuego antes de que envenene nuestro reino.

—No —gritó Mbemba—. No, padre, no es cierto. No hay maldad en la escritura.

—Silencio, hijo mío. Habla el ManiKongo. Habla, Lukeni a Wene. ¿Cuál es la maldad en la escritura que envenenará nuestro reino?

—La maldad, Nzinga a Nkuwu, es como la escritura en sí misma. La maldad es tal como nunca antes de ahora hemos conocido.

—Habla claramente, NgangaKongo. Dime cuál es esta maldad que nunca antes hemos conocido.

—Primero nos robará nuestras almas, ManiKongo. Y luego nos robará nuestros cuerpos.

X

—¿**P**or qué estás aquí? No deberías estar aquí.
—Yo puedo estar donde me plazca. Puedo estar en cualquier parte. Soy NtinuKongo.

A Gil no le quedó otra opción que menear la cabeza, indignado. No pudo evitar la sonrisa ante su descaro, pero su presencia le ponía nervioso.

—Mbemba se pondrá furioso —dijo—. Se pondrá furioso conmigo y también se pondrá furioso contigo.

—No, no se pondrá furioso. ¿Cómo va a ponerse furioso cuando él me envió a ti?

Esto ocurría al día siguiente, al final de la audiencia con el ManiKongo. Continuaba lloviendo. Se encontraban en una pequeña casa en el recinto real, a la que habían conducido a Gil y en la que permanecía confinado por el incesante aguacero.

La entrevista acabó de una forma extraña y poco clara respecto a la situación de Gil. Después de hacer su catastrófico pronunciamiento sobre la naturaleza de la maldad del breviarío, el NgangaKongo, que con la mirada se puso en connivencia con el ManiKongo para recibir su aprobación, insistió en el propósito de echar al fuego el peligroso regalo. Pero el ManiKongo no dio su consentimiento. Como si la discusión y su resultado le hubieran dejado exhausto y entristecido, el gordo rey ciego volvió a derrumbarse en el trono sin pronunciar palabra. Pero antes de que Mpanzu pudiera responder por su padre, las esposas del rey, seguidas por una comitiva de princesas y damas de compañía, entraron súbitamente en la sala del trono y, en la lógica confusión —un reordenamiento de los cortesanos ubicados junto a las paredes, los saludos y los comentarios—, Gil perdió de vista el libro. Al principio pensó que el NgangaKongo lo había arrojado a uno de los braseros, sin haber recibido autorización para hacerlo del ManiKongo o de Mpanzu, porque lo cierto era que el libro había desaparecido bruscamente de las manos del hechicero. Por la expresión consternada del brujo mientras miraba a un lado y a otro, dedujo que alguien se lo había arrebatado.

De las varias esposas del ManiKongo que habían entrado, dos se dirigieron directamente a su lado, y Gil reconoció quiénes eran. Una, por lo

menos diez años más joven que la otra, menuda y delicada, sólo podía ser la madre de Mbemba. La mayor, de unos cincuenta y tantos años, de huesos grandes, más recia y de abultadas nalgas, era la madre de Mpanzu. Ambas vestían los kangas rojos con los soles amarillos de la casa del ManiKongo y, además de los turbantes del mismo color y diseño, iban más que enjoyadas, cargadas con una asombrosa cantidad de alhajas de plata, latón, marfil y piedras preciosas. La más joven, la que él creyó que era la madre de Mbemba, se arrodilló junto al trono del rey, en una muestra de preocupación por su evidente fatiga, y en respuesta a algo que ella le había murmurado el rey sujetó su pequeño rostro con sus grandes manos y le sonrió. La reina mayor, con los ojos oscuros iluminados por el resplandor del fuego, miró a Gil de pies a cabeza antes de inclinarse sobre su marido. Sin duda era la primera esposa y la reina, la MbandaKongo, madre del primogénito y heredero, y regenta de la casa real. Pero por la manera cariñosa con que el viejo había cogido su rostro y le había sonreído, quedaba claro que la más joven, la de cuerpo esbelto, la más bonita, la esposa de sus últimos años, era su favorita.

La audiencia se podía dar por concluida sin más. El ManiKongo estaba demasiado cansado para continuarla. Era una decisión que había tomado la MbandaKongo. A una palabra suya, Mpanzu levantó un brazo y al punto se produjo un gran revuelo a medida que los señores y las damas de la corte se acercaban corriendo. Gil se echó a un lado y lo que ocurrió a continuación resultó extraordinario y grotesco a la vez.

Mujeres, hombres, reinas, princesas, capitanes y nobles, competían para levantar al colosal ManiKongo de su trono. Forcejearon para hacerse con una parte de su cuerpo, por conseguir sujetarlo de los brazos y las piernas, de las axilas o los muslos, por levantar la inmensa barriga o las flácidas tetillas, y aquellos que no pudieron sujetar su carne, se prosternaron a sus pies. Ocho gigantescos guerreros aparecieron con una litera, y con no pocos gemidos y jadeos, levantaron aquella mole humana y se lo llevaron fuera del salón por una salida que había detrás del trono. La corte en pleno le siguió en su camino hacia otra habitación del palacio.

Por un momento, Gil creyó que Mbemba se quedaría allí con él. Fue el último en llegar a la salida, pero sin vacilar un momento, y tras mirar a Gil, cruzó la puerta y dejó que la cortina roja con los soles amarillos tapara la abertura. Gil se quedó solo con los guerreros de la guardia real. Éstos le escoltaron en medio del aguacero hasta su nueva casa en el mismo recinto.

Nimi le esperaba en la nueva casa, no la princesa Nimi, sino la otra Nimi de su otra casa al otro lado del Luezi, pero al principio no se dio cuenta.

Había varias mujeres más en la nueva casa para servirlo, y él estaba calado hasta los huesos y con prisa por quitarse la ropa; además de estar apenas sin luz, se sucedían los rayos y los truenos y la cabeza le daba vueltas. ¿Qué había pasado en la audiencia? ¿Qué se había decidido? No sabía qué le diría al capitán sobre lo ocurrido cuando la *Leonor* volviera para llevarlo a casa. Le había recibido el ManiKongo, eso sí se lo diría. Pero el capitán querría saber cómo fue el recibimiento. ¿Le habían acogido favorablemente? ¿Habían sido correspondidos los saludos del rey Juan? ¿Los portugueses serían bienvenidos en el reino? No lo sabía; a fuer de sincero, no lo sabía.

Hasta que no se fue a dormir a su nueva casa no se dio cuenta de que la otra Nimi estaba con él. La joven se le acercó en la oscuridad de la tormentosa noche y, sin mediar palabra, con la obligada resignación, se deslizó bajo las mantas de su cama. Él se sintió asombrado y complacido. No obstante, de sobras sabía que ella no había venido por propia voluntad, que no podía haber cruzado el puente ni pasado las empalizadas para entrar en el recinto real por su cuenta y riesgo. Alguien la había traído, de la misma manera que habían traído sus cofres y su bolsa, los cofres y las bolsas de los alabarderos, las cajas con las provisiones de la nave y cualquier otra cosa que hubiera en la otra casa al otro lado del río. Todo lo encontró en la nueva casa, y también ahora la encontraba a ella. ¿Quién la había enviado? ¿Quién consideraba que era suya de la misma manera que eran suyos los cofres, las bolsas y las cajas? No se lo preguntó; sencillamente la aceptó como aceptaba los demás servicios que le daban. Así que le hizo el amor y luego la dejó marchar cuando ella quiso irse y permaneció despierto escuchando el chapaleteo de la lluvia contra el tejado.

La lluvia no cesaba. Daba la impresión de que no iba a dejar de llover. Durante todo el día siguiente, Gil se entretuvo viendo caer el agua como una cortina gris que se transformaba en ríos, lagos y pantanos, inundando la tierra.

La casa estaba situada en el lado sur del recinto, cerca de la empalizada interior, entre otras muchas casas parecidas, y, desde allí no se veía el palacio del ManiKongo, que se encontraba situado al oeste. Quería ir a echar una ojeada, pero la implacable lluvia, los relámpagos, los truenos, la oscuridad, las espesas nubes flotando sobre la tierra inundada y el viento se lo impedían cada vez que lo intentaba. Así que prefirió permanecer en la galería, viendo caer la lluvia. Entonces vio a Nimi, Nimi a Nzinga, la princesa kongo, que corría hacia la casa en medio del aguacero.

—¿Por qué vienes con este diluvio? No deberías estar aquí.

—Yo puedo estar aquí. Puedo estar en cualquier parte. Soy NtinuKongo —replicó, subiendo de un salto a la galería donde protegerse del aguacero.

—Mbemba se pondrá furioso. Se pondrá furioso conmigo y también se pondrá furioso contigo.

—No, no se pondrá furioso. ¿Cómo va a ponerse furioso cuando es él quien me envía a ti?

—¿Mbemba te envía aquí? No, Nimi, no te creo.

—Lo hizo —replicó ella vivamente—. No puedes decir que no me crees. Soy NtinuKongo.

Gil meneó la cabeza. No pudo evitar la sonrisa ante su descaro, pero su presencia le ponía nervioso.

—¿Para qué te envía?

—Para llevarte a la Mbanda Lwa.

—¿La Mbanda Lwa?

—Es nuestra madre, la segunda reina. Ven, acompáñame. Te llevaré a ella.

La casa de la Mbanda Lwa no estaba lejos pero, a pesar de ir corriendo entre la cortina de agua, de ir dando saltos para evitar los charcos y de buscar el refugio de los aleros a lo largo del camino, Gil y Nimi acabaron empapados. Edificada en los jardines del palacio del ManiKongo, entre árboles y floridos arbustos, muy cerca del final de la meseta, era una construcción desordenada, mucho más pequeña que el palacio, con un único techo en punta, pero con varias alas como si la hubieran edificado por etapas a lo largo de los años. Guerreros armados con lanzas y escudos y vestidos con los colores del rey, montaban guardia en la galería que rodeaba el ala principal. Mbemba estaba en la puerta, ataviado sólo con el kanga.

—Pasa. Rápido, Gil Inis, entra.

Gil se inquietó ante el nerviosismo de Mbemba, que parecía muy preocupado de que le vieran entrando en la casa. ¿Que le viera quién? ¿Quién podía estar vigilando la casa con el turbión que caía? Miró por encima del hombro y comprendió que los centinelas que vigilaban la galería del palacio podían verle. ¿Le llevaban a una reunión con la Mbanda Lwa a espaldas del ManiKongo?

—Por aquí —dijo Mbemba, impaciente—. Por aquí.

Cruzaron toda la casa para llegar a la habitación donde les esperaba la Mbanda Lwa. Estaba sentada a la turca sobre una pila de esteras y mantas y, como Mbemba, vestía sencillamente con un kanga a rayas negras y blancas, y también eran blancas y negras las conchas y piedras del collar con que se

adornaba. Llevaba el mismo peinado que Nimi. En las manos cruzadas sobre el regazo sujetaba un trozo de tela roja, el único detalle de su realeza. El mobiliario era escaso. Las esteras de las ventanas que daban al oeste estaban recogidas y, a estas horas en un día despejado, la luz del sol hubiera entrado a raudales. En cambio, la luz era pobre, aunque suficiente para que Gil viera que Nimi había heredado de su madre los ojos de cervatillo y la complexión casi dorada. La Mbanda Lwa era una hermosa mujer poseedora de una madura elegancia que resaltaba su belleza.

—Gil Inis, madre —le presentó Mbemba.

—*Minha senhora*.

Gil inició una reverencia, pero antes de que pudiera completarla, Mbemba se sentó a la derecha de su madre y lo mismo hizo Nimi por la izquierda. Aparentemente, no era necesario respetar las formalidades con esta reina, o por lo menos en estas circunstancias. Pero, ¿cuáles eran estas circunstancias?

—Siéntate, Gil Inis —dijo la Mbanda Lwa—. Apártate, Nimi. ¿No ves que molestas? Siéntate aquí a mi lado, príncipe blanco, que has venido a nosotros desde una tierra en la otra orilla del mar.

Gil se sobresaltó al escuchar estas palabras y miró a Mbemba.

—Le confié a mi madre tu secreto, Gil Inis. Es un secreto que sabrá guardar. Haz lo que te dice y siéntate a su lado.

Gil se sentó en el escaso hueco que dejaba Nimi al apartarse un poco. No sabía qué pensar. ¿Por qué Mbemba le había contado a su madre que él no venía del cielo, sino de la otra orilla del mar? ¿Por qué había confiado en ella y en nadie más? ¿Por qué lo consideraba un secreto que valía la pena guardar a los demás? Inquieto, echó una ojeada a la habitación, consciente de que no había sirvientas ni guardaespaldas. También le preocupaba la manera de traerle, por qué había sido Nimi quien fue a buscarlo en lugar de Mbemba, aunque el príncipe se había enfadado cuando los encontró juntos en la otra casa; las prisas de Mbemba para hacerle entrar antes de que alguien le viera aunque ya todos le habían visto, la informalidad de la entrevista, la sencillez de la habitación, que sin duda era una poco usada, todo ello ¿no era para sospechar que se urdía una conspiración en la que le habían incluido sin su consentimiento?

—No te preocupes, Gil Inis —dijo la Mbanda Lwa, apoyando una de sus manos sobre la rodilla del portugués—. Es como dice mi hijo. Guardaré tu secreto con idéntica discreción.

—*Ntondesi, minha senhora* —respondió Gil, y al separar las manos la bella señora, dejó visible un pequeño objeto negro que parecía una caja,

tapado en parte por la tela roja.

—Nos parece maravilloso que hayas venido desde una tierra en la otra orilla del mar, y como no sabíamos que el mar tuviera otra orilla, es como si en realidad hubieses venido de una tierra en el cielo.

—Eso me complace, mi señora.

—Pero para otros en este reino no es tan maravilloso.

—¿Quiénes son, mi señora?

—Mpanzu. Lukeni a Wene. La Mbanda Vunda.

—¿La Mbanda Vunda?

—La madre de Mpanzu. La primera reina.

—¿Y también el ManiKongo, mi señora, el rey de este reino?

—Sí, quizá también Nzinga a Nkuwu, nuestro rey. Conocen el cielo porque lo ven, y, por lo tanto, que tú vengas del cielo les parece maravilloso. Pero no saben que el mar tiene otra orilla porque no la han visto; por lo tanto, no saben que la magia que traes de la tierra en la otra orilla del mar es tan maravillosa como la que hubieras podido traer de la tierra en el cielo. En cambio, mi hijo Mbemba y yo sabemos que es maravillosa. —La joven reina apartó la tela que cubría en parte el objeto negro.

Era el breviario. Así que Mbemba había sido quien se lo arrebató al ManiKongo antes de que el hechicero pudiera echarlo al fuego y se lo dio a su madre.

—Enséñame cómo utilizar esta magia que has traído de tu tierra en la otra orilla del mar, Gil Inis.

—No te comprendo, mi señora.

—Esta magia que has puesto en nuestras manos, Gil Inis —le aclaró la reina abriendo el breviario. Apoyó la mano sobre las páginas como si fueran un talismán—. Le has dicho a mi hijo que esta magia es más poderosa que la magia del NsakuSoyo.

—Sí.

—Y también más fuerte que la magia del NgangaKongo.

—Sí.

—Quiero usar esta magia.

—Es eso lo que no comprendo, mi señora. ¿De qué manera quieres utilizarla?

—Quiero utilizarla contra la magia del NsakuSoyo. Quiero utilizarla contra la magia del NgangaKongo. Quiero utilizarla en beneficio de mi hijo.

Gil miró a Mbemba. El príncipe le observaba atentamente. Gil comenzó a entender la conspiración para la que querían ganarle.

—Enséñame cómo utilizar esta magia —insistió la reina.

Gil volvió a mirar a la segunda pero más amada de las reinas, la reina cuyo hijo no era el heredero del trono.

—No sé cómo enseñártelo, mi señora. No sé cómo utilizarla de esa manera.

—¿No lo sabes, Gil Inis, o no lo quieres decir?

—No, mi señora, lo diría si lo supiera. Pero no lo sé. Sólo un sacerdote de mi gente sabría cómo utilizar la escritura de esa manera.

Mbemba se inclinó hacia adelante. El inesperado movimiento sorprendió a Gil. Comprendía muy bien lo que se traían entre manos y no le gustaba un pelo. Pero Mbemba sólo quería el breviario. Lo cogió de la mano de su madre.

—Entonces, enséñanos a hablar la escritura, Gil Inis. Enséñanos a hablarla como tú la hablas. Enséñanos aunque sólo sea eso y será magia suficiente.

* * *

Se perdió en el camino de regreso a la casa. Esta vez Nimi no le acompañaba —hacía horas que dormía— y Mbemba le había hecho salir de la casa de Mbanda Lwa pasando por una serie de habitaciones distintas a aquéllas por donde había entrado, lo que le desorientó desde el primer momento, y para complicarlo más, estaban la lluvia, la oscuridad y la confusión de siluetas y sombras provocadas por los relámpagos y la similitud de las casas, y, por consiguiente, tampoco prestaba mucha atención al camino. Su mente seguía ocupada por el esfuerzo hecho para enseñar a leer a Mbemba y a su madre, a leer un lenguaje que él tampoco comprendía. Además de imposible, resultaba ridículo. Sin embargo, Mbemba y su madre se negaron a aceptarlo. Le retuvieron hasta bien entrada la madrugada. Estaban dispuestos a aprender a leer las palabras del breviario.

Gil se había dado cuenta de que para la Mbanda Lwa, hablar la escritura significaba poseer una magia más poderosa que la del NsakuSoyo y la del NgangaKongo, tanto que fuera capaz de subvertir el orden establecido y, llegado el momento, cuando el rey muriera, hacer que su hijo y no Mpanzu ocupara el trono. Para Mbemba, en cambio, el asunto resultaba más complicado. Tenía grandes ambiciones y creía que saber leer y escribir le daría un poder especial para llevarlas a cabo. Pero, de alguna manera, el joven y brillante príncipe africano había descubierto que había otros usos de la

escritura mucho mejores, aparte de la egoísta aplicación práctica que le daba su madre. Para él, la escritura era un talismán tangible del misterioso mundo existente más allá de los confines del reino kongo, de aquel mundo al otro lado del mar cuya orilla nadie conocía, del ancho y desconocido mundo que ahora quería conocer, aunque aún no supiera decir para qué. En cualquier caso, se trataba de un juego peligroso y Gil no quería entrar en ese juego. No le entusiasmaba la idea de verse metido en una lucha entre la vieja reina y la joven esposa del rey, entre el heredero y el pretendiente, entre el mundo conocido y el desconocido. No era más que un paje con sus propias ambiciones y sus muchas limitaciones. Había llegado el momento de irse.

¿Cuáles eran sus aposentos? Guarecido bajo el alero de una casa, se enjugó el agua de lluvia que le caía sobre el rostro desde el morrión, y se fijó en una vivienda que estaba al otro lado de lo que era un auténtico torrente. No había nadie. Ni fuegos ni lámparas encendidas. No se oían los tronidos de la tormenta y el chapaleteo de la lluvia. ¿Era aquélla su casa? Las esteras de las ventanas no estaban bajadas. ¿Nimi y las otras criadas habían olvidado bajarlas? Pero si aquélla no era su casa, si otros vivían allí, sin duda no habrían olvidado bajarlas para protegerse de la lluvia. Aquélla debía de ser su casa. Se sujetó el morrión con las dos manos y corrió atravesando el torrente hasta alcanzar la galería.

Se detuvo en el acto. Algo iba mal. Prestó atención y empuñó la espada. Sólo se oía el ruido de la tormenta. Bajó los escalones sin preocuparse ya de la lluvia, desenvainó la espada y echó un vistazo a su alrededor. Ni vio ni oyó nada anormal. Una vez más subió a la galería, avanzó lentamente con la espada por delante y con la punta apartó la estera que cerraba la puerta. La oscuridad era total. Esperó unos momentos para que sus ojos se habituaran a las tinieblas y entró.

Habían saqueado la casa. La visión del desorden que reinaba fue como si le hubieran dado un puñetazo. Retrocedió de un salto, con el corazón en la garganta, y se volvió dando mandobles con la espada a diestro y siniestro, lanzando estocadas al aire. Al darse cuenta de lo que hacía, se contuvo y echó una ojeada. La cama estaba destrozada, el contenido de los cofres y las bolsas desparramado por el suelo, las cajas con las provisiones, rotas y vacías.

¿Quién había cometido semejante tropelía? ¿Qué buscaban? Quienes lo hubieran hecho, fuera lo que fuese lo que buscaban, parecían haberlo hecho a la desesperada, como si no supieran cuándo podría volver. Quizá su regreso les pilló por sorpresa. Tal vez continuaban allí. Recorrió la casa, buscando

con la espada en los rincones. No parecía que faltara nada. Se arrodilló junto a su cofre, se quitó el morrión sin soltar la espada y entonces le atacaron.

—Nimi. Mbemba.

Se ahogaba. No podía ver. Le taparon la cabeza con un saco. Lo tumbaron de espaldas y lo ataron con una cuerda alrededor del cuello para asegurar la bolsa, pero al mismo tiempo lo ataban de pies y manos para evitar los puntapiés y los puñetazos. Después pasaron un palo entre las cuerdas de las manos y los pies y lo levantaron. En su imaginación vio claramente el aspecto que ofrecía: colgado de pies y manos cómo un cerdo, como un animal camino del matadero. Intentó levantar la cabeza pero no pudo sostenerla y notó como se le agolpaba la sangre. La cabeza chocó contra el suelo. Los captores levantaron el palo un poco más y se lo llevaron. El morrión y la espada desaparecieron.

Lo sacaron de la casa. Notó las dolorosas sacudidas cuando bajaban los dos escalones de la galería y luego el azote de la lluvia. Necesitaba dominar el pánico, pero era imposible. Su corazón parecía estar próximo a estallar. No podía respirar. La lluvia le ahogaba. ¿Sabría Mbemba que lo estaban secuestrando? ¿Haría algo en su favor si lo sabía? Gil comenzó a rezar con auténtica desesperación. Las plegarias que le había leído a Mbemba y a la Mbanda Lwa un rato antes acudieron a su memoria.

¿Adónde lo llevaban? Debía prestar atención. Después de bajar los dos escalones, le pareció por el movimiento del cuerpo que habían doblado a la izquierda, hacia el sur. Eso significaba que se alejaban del palacio del ManiKongo y de la casa de la Mbanda Lwa, y se dirigían hacia la empalizada. Intentó imaginar el recorrido; hacía esfuerzos por recordar la dirección que seguían.

Quizá se desmayó. La lluvia aplastaba la tela contra su rostro, taponándole la nariz, la boca, los ojos. Los brazos estaban a punto de descoyuntársele. La cuerda que le sujetaba las manos le desollaba las muñecas y le mordía la carne a cada paso que daban. Los pies se retorcían en las botas. Los bordes de la coraza le cortaban el vientre y el cuello. La vaina vacía rozaba contra el suelo. Quizá se desmayó otra vez. No tenía idea de adonde lo llevaban. No tenía idea del tiempo transcurrido. Entonces, sin más, lo dejaron caer.

Cayó en un charco y el agua fría le devolvió el conocimiento. Retiraron el palo. Le desataron los tobillos. Lo sujetaron por las axilas, lo pusieron de pie y le desataron las manos. Inmediatamente comenzó a tirar de la bolsa para quitarse la tela de la boca, la nariz y los ojos. Luego intentó librarse de la cuerda que le rodeaba el cuello. Volvieron a cogerlo de las manos y se las

mantuvieron sujetas a la espalda mientras le destrozaban el chaleco para arrancárselo. Poco después, alguien intentó desabrocharle las hebillas que sujetaban la coraza. La tarea resultó demasiado complicada y para evitar complicaciones le cortaron las correas. Para ello emplearon un cuchillo, arrojaron la coraza al suelo y pasaron a ocuparse de la cota de malla.

Por fin, se dio cuenta de lo que hacían: le estaban quitando la ropa. Y es que después de despojarle de la cota de malla, le arrancaron la camisa y, si se demoraban un poco, era porque la cortaban sin más y lo mismo hicieron con las calzas. Luego le llegó el turno al pantalón. Usaron el cuchillo de cortar los cordones de cuero de la cintura, pero no les pareció bastante y también le cortaron los cordones de la portañuela. Hecho esto se apartaron.

Lo habían dejado en cueros, sólo le cubría la cabeza la bolsa y el collar de hematites seguía adornándole el cuello. Instintivamente se tapó la entrepierna con las manos, y notó cómo se le encogían el pene y el escroto. Seguía lloviendo, pero no tan fuerte como antes, sólo de cuando en cuando se oía algún trueno en la lejanía. Permaneció con los pies hundidos hasta los tobillos en el charco. Tenía frío y miedo, y se sentía humillado. Se creyó un imbécil, cubriéndose las intimidades como una niña. Era un muchacho fuerte, musculoso, curtido por los años pasados en el mar. Si éste era el final —y qué final más inútil y más estúpido; tendría qué haber sido en el mar y no consecuencia de entregar un vulgar regalo a un rey salvaje—, si éste era el final que Dios había dispuesto para él, lo arrostraría como un hombre. *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Apartó las manos de la entrepierna y se santiguó.

—Primero nos robarás las almas, Gil Inis, y después nos robarás los cuerpos.

Gil volvió la cabeza en la dirección desde donde provenían las palabras dichas con la voz chillona del NgangaKongo. Vio en su imaginación la figura del calvo enano jorobado y se estremeció.

—Primero nos robarás las almas, Gil Inis, y después nos robarás los cuerpos.

—¿Por qué dices esto, Lukeni a Wene? Vine en son de paz y amistad, trayendo saludos y regalos de mi rey.

—Regalos malvados, Gil Inis. El regalo de la malvada *escrita*.

—La escritura no es malvada. ¿Por qué dices que la escritura es malvada?

—*Nzambi Mpungu* me dice que la escritura es malvada.

Un murmullo de asentimiento sonó a su alrededor. Le creían. ¿Por qué no iban a creerle? Creían a su brujo y sacerdote de la misma manera que Gil

había creído en el padre Sebastião y en todos los demás sacerdotes. No tenían ningún motivo para desconfiar de la brujería y los ritos del NgangaKongo, de la misma manera que Gil no los tenía para desconfiar de la fe y los ritos de la Iglesia. Lo realmente notable era que Mbemba aceptara considerar la posibilidad de cambiar una fe por otra.

—Sí, la escritura es malvada, la maldad que robará nuestras almas y nuestros cuerpos.

—¿Dónde está esa maldad, Gil Inis? —Ésta era otra voz, muy áspera.

—¿Mpanzu? —preguntó Gil, volviéndose hacia donde había oído la voz.

—Lo busqué entre tus posesiones pero no lo encontré.

Así que ésta era la razón por la que saquearon la casa; buscaban el breviario.

—No lo tengo, Mpanzu. Lo tiene el NgangaKongo. Yo se lo di a petición del ManiKongo.

Nadie replicó. Incapaz de ver, Gil no comprendía el silencio. ¿Qué estaba sucediendo?

—El NgangaKongo tiene la escritura —repitió, angustiado por el silencio—. ¿Dice que no lo tiene? Se lo entregué en mano. Tú lo viste con tus propios ojos, Mpanzu.

Volvieron a sujetarlo por los brazos. Alguien se le puso delante, y Gil sintió la punta de un cuchillo que le pinchaba en la base de la garganta, allí donde latía su corazón.

—No tengo la escritura —chilló.

—¿Quién tiene la escritura si no la tienes tú? —preguntó Mpanzu. Era él quien sostenía el cuchillo contra la garganta de Gil.

—No lo sé. La traje como regalo de mi rey para tu padre, y él me dijo que se la diera al NgangaKongo. No sé qué se hizo de ella después de dársela.

—Mbemba tiene la escritura.

Ésta era otra voz, y pertenecía a una mujer. ¿Era la voz de Mbanda Vunda, la madre de Mpanzu?

—Mbemba y la Mbanda Lwa —añadió la mujer, acercándose—. Ellos tienen la escritura. ¿No es verdad, Gil Inis? Tienen la escritura para utilizar su magia contra nosotros.

La voz era firme, calmada, segura. Ella lo sabía. ¿Debía confirmarlo? ¿No se estaría implicando si reconocía que el breviario estaba en manos de Mbemba y Mbanda Lwa? ¿No le considerarían como uno de los conspiradores?

—¡No lo sé, señora! —gritó con desesperación—. ¡No sé quién tiene la escritura!

La punta del cuchillo se hundió un poco más en la carne.

—No, Mpanzu, por favor.

—Mbemba tiene la escritura, ¿no es así, Gil Inis?

—Sí.

Mpanzu movió el cuchillo hacia arriba.

Padre nuestro que estás...

El corazón de Gil se paró. Se le soltaron los intestinos. Lo vio todo negro.

Pero no cayó. No cayó porque aquellos que le sujetaban no le dejaron caer. Sin embargo, ¿por qué no sentía dolor? ¿Por qué no sentía la sangre escapando a borbotones de la garganta degollada? ¿Ya estaba muerto?

No, no estaba muerto. Mpanzu no le había degollado. Sencillamente había cortado la cuerda que aseguraba la bolsa a la cabeza de Gil. Le soltaron los brazos. «Gracias, Dios mío». No se movió. No se atrevió a moverse. Esperó. «Gracias, Virgen Santa». Esperó a saber qué ocurriría a continuación. No ocurrió nada. Sintió sus excrementos escurrírsele por muslos y pantorrillas. Ellos también lo veían; el vergonzoso testimonio de su cobardía y de su miedo. Pero nadie hizo ningún comentario. Nadie comentó nada. Siguió esperando, sin moverse.

—¿Mpanzu? —llamó con voz débil al cabo de un rato—. ¿Mpanzu?

¿No estaba allí? ¿No había nadie allí? Lentamente, convencido de que en cualquier momento alguien se lo impediría, se quitó la bolsa de la cabeza.

No había nadie. No sabía dónde estaba. Era la selva. Continuaba lloviendo y en el cielo no brillaba la luna, no brillaban las estrellas.

XI

Permaneció paralizado de terror durante muchas horas, amedrentado por la humillante desnudez, mortificado por la cobardía de su comportamiento. Y durante esas muchas horas, nunca creyó que estuviera solo; dio por hecho que seguían en la selva, ocultos entre los árboles. Al alba, fría y húmeda, aunque ya sin lluvia, al no ver ninguna señal de ser viviente en la niebla, se convenció de que no corría ningún riesgo y se sentó. Lo hizo con la espalda apoyada en el tronco de una palmera, con el mentón en las rodillas apretadas contra el pecho, acunándose como un niño perdido, y observó el terreno: un claro con unas pocas piedras cubiertas de musgo y el tronco de un árbol hendido por el rayo donde crecían las setas, la tierra encharcada después de tantos días de lluvia torrencial, pero seguía sin tener la más mínima idea de dónde estaba este claro. A medida que avanzaba la mañana, se fue recuperando del aturdimiento hasta poder seguir la trayectoria del opaco disco de peltre del sol en un cielo encapotado; de este modo consiguió establecer la rosa de los vientos. Estaba sentado de cara al norte, tenía el oeste a la izquierda, el este a la derecha y detrás el sur.

La bolsa que le había cubierto la cabeza estaba medio hundida en el fango, no muy lejos de sus pies, junto al trozo de cuerda que se la había sujetado alrededor del cuello. En un charco cercano flotaban las cuerdas con las que lo ataron de pies y manos. Pero no había ni muestra de sus prendas: de la cota de malla, de la coraza, de la sobreveste rota, de la camisa, de las calzas, de las botas, de los pantalones o de la portañuela. Se lo habían llevado todo. Quizá las habían considerado cosas del demonio que debían arder en el fuego purificador.

Miró la bolsa durante un buen rato, y, al final, cayó en la cuenta de que podía servirle para cubrir su vergonzosa desnudez. Después de asegurarse una vez más de que estaba solo, la rescató del barro, la lavó en un charco, y cortó las costuras con una laja de piedra. Podía sujetársela alrededor de la cintura como una falda o metérsela por la entrepierna como un taparrabos. Lo intentó de las dos maneras. Ninguna de las dos le pareció satisfactoria, pero al menos como taparrabos sentía protegidas sus intimidades. Con los varios trozos de cuerda se hizo un cinturón.

Ahora lo que debía hacer era emprender el camino de regreso al Zaire y llegar a tiempo para encontrarse con la *Leonor* en el viaje de vuelta a su patria. Habían acordado que la nave regresaría al cabo de dos meses. Si contaba los días perdidos en la cuenta mientras atravesaban la selva, probablemente habían empleado veinte días para llegar a Mbanza Kongo. Y suponiendo que hubiera perdido la cuenta de otros cinco o seis días mientras estaba enfermo, era lógico calcular que llevaba aquí otros diez días. Por lo tanto, si no estaba muy errado en los cálculos, no disponía de más de un mes para encontrar el camino de regreso a la costa. Si tenía que viajar solo con este mal tiempo, sin conocer el terreno, teniendo que buscar comida, y careciendo de herramientas y armas, sin poder contar con la ayuda de nadie —al contrario, tendría que apartarse de todos después de haber sido considerado portador de la maldad y expulsado del reino—, necesitaría hasta el último segundo de aquellos treinta días. Por lo tanto, debía ponerse en marcha. Pero, ¿en qué dirección?

Hasta donde había podido calcular, le habían sacado del recinto real para llevarlo hacia el sur. Por consiguiente, aceptaría como punto de partida que ahora se encontraba en algún lugar al sur de Mbanza Kongo. En consecuencia, viajaría hacia el norte hasta llegar a los alrededores de la ciudad, y luego, tomando la ciudad como punto de referencia, desviarse hacia el este con la esperanza de encontrar el camino que bajaba de la meseta hasta el río Lelunda. Después de bajar de la meseta, ya se preocuparía en descubrir cómo cruzar el Lelunda y las llanuras de Nsundi y sobrevivir en la selva de los mbatas (¿lo habrían conseguido los alabarderos?). Por el momento, ya tenía bastantes problemas.

Entonces no había más que pensar: al norte. Pero al norte, ¿cómo? Por el norte se enfrentaba a la selva, a un laberinto de matorrales, a una barrera de lianas y ramas entrecruzadas envueltas por la niebla. No había sendero que saliera del claro hacia el norte ni tenía medio alguno —su espada había desaparecido— de abrirse camino cortando la vegetación. Recorrió el claro, chapoteando en el fango y en los charcos, y encontró una senda que iba hacia el oeste. Ésta debía de ser la senda por la que le habían traído. Quizá viraba hacia el norte en algún punto más adelante. Tendría que intentarlo. No había otra manera.

Entonces comenzó a llover otra vez. La lluvia, la olió, la oyó, la vio venir con una hora de anticipación —el rápido oscurecimiento del cielo, los relámpagos, los truenos, el viento frío que soplaba del oeste— y le detuvo. Llevaba caminando varias horas sin llegar a ningún sitio en particular, ni

siquiera a otro claro. La senda no se había curvado hacia el norte, y los recodos que encontraba siempre le devolvían al punto de partida, o sea, que continuaba avanzando hacia el oeste. No había señal alguna del borde de la meseta o de los acantilados; ninguna señal de que fuera a acabarse la selva. Se acurrucó en el esponjoso musgo entre las sobresalientes raíces de un gigantesco mangle, dispuesto a capear el temporal, y se cubrió lo mejor que pudo con hojas y trozos de musgo en un pobre intento de guarecerse del frío y de la lluvia.

Se despertó, tumbado de costado. Se sentó apresuradamente. Ya no llovía y comenzaba a clarear por el este. ¿Qué le había despertado? Miró las ramas por encima de su cabeza; el agua que goteaba de las hojas le empapó el rostro. Echó un vistazo a la senda que se dirigía de este a oeste; la tormenta la había convertido en un arroyuelo. Miró atrás, hacia el norte. Oyó un ruido en aquella dirección, primero un rumor, luego voces, voces humanas. O sea que la senda se curvaba hacia el norte, y había gente que transitaba por allí. No los veía a causa de la espesura del follaje, pero en cuanto avanzaran por el recodo le verían. ¿Quiénes eran? ¿Cazadores que por casualidad pasaban por esta parte de la selva? ¿O eran guerreros enviados a buscarle? No debían verle.

Se escabulló al otro lado del mangle y se puso en cuclillas entre los matorrales. Entonces advirtió que el destrozo que había hecho al pie del árbol, al arrancar el musgo para taparse, le delataría. Volvió a escurrirse con la intención de repararlo en lo posible, pero comprendió que era inútil y decidió alejarse a toda prisa. Las ramas y las lianas le fustigaron el rostro, le arañaron las piernas y el torso desnudos, y en más de una ocasión estuvo a punto de caer de bruces. Se detuvo a unos veinte pasos más adelante, para agacharse en un charco detrás de una roca y contuvo la respiración.

Un hombre apareció en aquel recodo. Llevaba un taparrabos de piel de leopardo y un sencillo blusón de cuero manchado por la lluvia. Iba armado con una lanza de acero y, a la espalda, un arco y la aljaba. Se detuvo un instante, y luego caminó directamente hacia el mangle. Se arrodilló para examinar el musgo arrancado; a continuación, miró hacia el norte, precisamente al sitio donde estaba Gil.

Era Mbemba.

Otros dos hombres aparecieron por el mismo recodo del camino. Los reconoció como miembros de la escolta de Mbemba, por el color y los dibujos de los kangas. Luego vio a Nimi y a la otra mujer de Nimi cargada con un cesto. Gil se levantó.

—Mbemba.

—Allí está —gritó la princesa Nimi, dando saltos de alegría—. Lo hemos encontrado, Mbemba. Te dije que lo encontraríamos.

Una sonrisa infantil apareció en el rostro de Mbemba.

—Te estaba buscando, Gil Inis.

—Y me has encontrado —respondió Gil con una amplia sonrisa.

—Doy gracias a *Nzambi Mpungu* por haberte encontrado vivo.

—Yo también doy gracias a *Nzambi Mpungu*. Pero también te doy las gracias a ti. Sé el riesgo que corres ayudándome, Mbemba, y te doy las gracias por tu amistad y tu coraje. —Gil sujetó los hombros de Mbemba, emocionado.

—Sabía que te encontraríamos —dijo Nimi, que continuaba saltando—. Le dije a Mbemba que te encontraríamos. ¿Estás bien, Gil Inis?

—Ahora estoy bien. —Gil soltó la risa—. Ahora que te veo, NtinuKongo, estoy bien. *Keba bota*, Nimi.

—*Keba bota* —contestó la otra Nimi, sin sonreír ni mirarlo. Dejó el cesto en un lugar alto para que no se mojara, y comenzó a sacar cosas.

Gil torció el gesto ante su indiferencia y se volvió hacia Mbemba.

—No comprendo por qué me hicieron esto, Mbemba. ¿Tu padre lo sabe? ¿Está de acuerdo?

Mbemba asintió con la mirada puesta en la joven Nimi, que sacó del cesto un taparrabos y un blusón muy parecido a los suyos.

—Así que él también cree que la escritura es malvada.

—Sí. *Mchento*, dame esas prendas. —Mbemba cogió el taparrabos y el blusón de manos de la mujer—. Quítate esa ridícula bolsa que llevas, Gil Inis, y ponte estas ropas.

—¿Por qué lo cree? —Gil aceptó las prendas.

—¿Por qué no iba a creerlo? Es lo que dice el NgangaKongo. ¿Por qué no iba a creer lo que dice el NgangaKongo? Es el gran hechicero del reino, el sumo sacerdote del rey. ¿Tu rey no cree lo que le dice su sumo sacerdote?

—Sí, pero ¿qué haces cuando no crees lo que dice?

Mbemba no contestó a la pregunta. Su descarada hermana se encargó de responder por el joven.

—Es porque él sabe lo que el NgangaKongo ignora. Es porque él sabe que tú no vienes del cielo.

—¿Es por eso, Mbemba?

—Debemos irnos, Gil Inis. No podemos quedarnos aquí. Te mostraré el camino de regreso al mar.

No volvieron por donde habían venido. Bajaron de la meseta por el sur, no por el este, por los despeñaderos a través de una mina abandonada de mineral de hierro. Después cruzaron el río Lelunda por el oeste, no por el norte, y continuaron la marcha hacia el oeste, por las sendas y angostos senderos, en vez de utilizar el ancho camino real. Atravesaron las ondulantes colinas y la llanura de Nsundi, evitando los poblados, antes de dirigirse al norte y entrar en la oscura selva de los mbatas.

La princesa Nimi los acompañó hasta la selva. Quería seguir... Para ella todo esto sólo era un juego; y les montó un escándalo cuando Mbemba le dijo que debía regresar. Anocheció cuando llegaron a la selva en medio de una lluvia débil pero pertinaz. Los dos guerreros salieron a cazar algo para la cena. La otra Nimi encendió una pequeña fogata —a pesar de que todo estaba mojado, siempre se las apañaba para conseguirlo cada vez que montaban el campamento— y ahora se dedicaba a construir refugios de ramas y hojas para la noche. Gil se sentó en una piedra junto al fuego para examinar sus pies. Los tenía en un estado lamentable, llenos de cortes y ampollas. No estaba acostumbrado a caminar descalzo durante tanto tiempo por terrenos accidentados. Se los lavó en los charcos. La joven Nimi, al ver lo que estaba haciendo, y sin mirarle a la cara, se arrodilló ante él y le cogió los pies. Primero le frotó los cortes más profundos con una hierba amarilla, cosa que le produjo un picor tremendo, y luego con barro le cubrió por completo las plantas.

—Pero no le veré nunca más.

Gil alzó la mirada.

—¿Volveré a verle? —Era la princesa discutiendo con su hermano.

Mbemba se encogió de hombros. También él estaba ocupado en la construcción de un refugio.

—Nunca volverá de su tierra en el cielo, ¿verdad? —insistió la muchacha. No tenía muy claro de dónde había venido Gil, del cielo o de la otra orilla del mar. A ambos se los imaginaba tan lejos que le parecían lo mismo—. ¿Volverás, Gil Inis?

Mbemba interrumpió el trabajo para mirar a Gil, aparentemente interesado como su hermana en saber qué contestaría el portugués.

—No, Nimi, no creo que vuelva —respondió suavemente después de vacilar un instante.

—Lo ves, Mbemba, es como te digo. Nunca lo volveré a ver. Deja que me quede, al menos por esta noche. Mañana me vuelvo para casa.

—No, vete a casa en cuanto los guerreros regresen de la cacería.

—No, me quedo. No puedes obligarme a regresar. Soy NtinuKongo.

—¿Quieres ver cómo te hago regresar, NtinuKongo? —replicó Mbemba, levantándose bruscamente.

Con la misma rapidez, Nimi corrió hacia Gil y le rodeó el cuello con un brazo.

—Es mi amigo y no le volveré a ver nunca más —gritó—. Deja que me quede con él esta noche.

—Deja que se quede, Mbemba —intervino Gil—. Es tarde. No podrá ir muy lejos antes de que se haga de noche.

—Esto no es asunto tuyo, Gil Inis —afirmó Mbemba, hecho una furia—. Tú regresas a tu tierra en la otra orilla del mar, y nunca más volverás a nuestra tierra. Así que no hables de un asunto que sólo nos concierne a los de esta tierra.

—Lo siento, Mbemba —se disculpó Gil, sorprendido por el súbito enfado del joven kongo. Añadió—: He hablado cuando no me correspondía.

—Sí, has hablado cuando no te correspondía. Lo que ocurra en esta tierra ya no te concierne, ahora regresa a la tuya.

—Siempre recordaré esta tierra, Mbemba.

—Sí, siempre recordarás esta tierra —dijo Mbemba, todavía enojado—. Prepárate, Nimi. Ya vuelven los guerreros. Uno de ellos te acompañará de vuelta a casa.

La princesa, al ver que los guerreros salían de la selva cargados con un gamezno, gritó:

—¡No, no me iré! ¡No y no! —Rodeó el cuello de Gil con el otro brazo, y casi le hizo caer de la piedra en que estaba.

Inmediatamente, la otra Nimi soltó los pies de Gil y se apartó, como si intuyera que se avecinaba algún problema.

—Nimi, por favor —le rogó Gil al tiempo que intentaba librarse de los brazos de la muchacha sin dejar de mirar a Mbemba, con aprensión—. Tienes que obedecer a tu hermano.

—No. Me quedaré contigo. Eres mi amigo. ¿No eres mi amigo?

—Sí, Nimi, soy tu amigo. Pero...

—Entonces, me quedo contigo —le interrumpió Nimi, sujetándole el cuello todavía con más fuerza, y, al hacerlo, le hizo caer de la piedra, y acabaron los dos en el suelo.

—Basta de tonterías —gritó Mbemba, acercándose con un gesto amenazador, aunque hacía lo posible por contener la risa ante lo ridículo del

accidente—. Basta de tonterías, niña tonta. —Sujetó a Nimi por las axilas, la levantó como si fuera un saco de harina y la puso de pie.

Nimi echó a correr. Mbemba corrió tras ella, le dio alcance en tres zancadas, se cayó al suelo, y ambos se revolcaron por la empapada hierba amarilla. Gil se levantó de un salto, pero comprendió en el acto que lo que estaban haciendo lo habían hecho mil veces antes porque una vez que comenzaron a rodar por la hierba, los hermanos continuaron rodando, aferrados el uno al otro, y cuando por fin se levantaron embarrados de pies a cabeza, se tronchaban de risa.

—Eres una niña terrible, Nimi, una niña terrible.

—¿Puedo quedarme, Mbemba? ¿Puedo quedarme?

Mbemba se acercó a la fogata, quitándose el barro de los brazos y del blusón.

—Sólo por esta noche. Mañana volverás a casa.

—Sí, mañana volveré a casa. Pero esta noche me quedo.

Mbemba preparó el gamo y se lo comieron medio crudo, la carne apenas caliente, porque la fogata era muy pequeña, acompañado con unas raíces recogidas por la otra Nimi. La princesa comió con mucho apetito, charlando alegremente. Se burló de su hermano por haberse salido con la suya, y después tuvo otra rabieta cuando Mbemba le dijo que se fuera a dormir.

Gil los dejó discutir. Se metió en el refugio que la otra Nimi había construido para él y se miró los pies. Al cabo de un rato, Mbemba y su hermana acabaron la discusión, y también se fueron a dormir, cada uno a su refugio. Los únicos ruidos eran el chapaleteo de la lluvia, el lejano retumbar de los truenos y el croar de las ranas peludas. Gil se quitó el taparrabos y el blusón (estaban empapados), se acostó en la cama de hojas y se cubrió con un kanga seco que la otra Nimi había sacado de la cesta. Deseaba que viniera a compartir su lecho, y creía que lo haría. No lo había hecho ninguna de las noches de la marcha. Al parecer, esta vez no era uno de los servicios que Mbemba le tenía encomendados.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Gil, alarmado.

—¡Chist!

Se incorporó a medias, apoyado en un codo.

—¿Nimi?

—Sí.

Pero no era la otra Nimi, sino la princesa Nimi.

—Ay, Dios mío, ¿qué haces aquí? No, no, no entres. No puedes entrar. Vete.

—Calla. Despertarás a Mbemba.

—Dios mío, Nimi, nos matará. Nos matará a los dos.

La muchacha entró a gatas en el refugio, y le tapó la boca con una mano.

—No lo sabrá si te quedas quieto. Nimi vigila por nosotros.

—¿Estás loca? —replicó, apartando la mano de la muchacha—. Le llamaré si no te vas. Lo digo muy en serio, Nimi. Lo llamaré ahora mismo.

—Nos matará si lo haces. Nos matará a los dos.

—Eso es lo que digo.

—Entonces no lo llares. —Nimi soltó una risita mientras se acomodaba contra su cuerpo desnudo debajo del kanga.

—Nimi, basta. No hagas eso. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

—Quiero que me hagas un bebé.

—¿Qué?

—Calla, calla. Despertarás a Mbemba.

—Nimi, no. —Le sujetó las muñecas en un intento por apartarla, pero era escurridiza como una anguila. Se le había desatado el kanga y sus manos rozaron los pequeños pechos, hasta quedar atrapadas entre sus muslos—. No podemos hacerlo, Nimi. No debemos hacerlo. Es una locura. Me marchó. No volveré nunca más.

—Lo sé, y por eso mismo tenemos que hacerlo ahora. Mi madre me ha ordenado que lo hagamos antes de que te vayas.

—¿Tu madre? ¿La Mbanda Lwa?

—Me dijo que debía conseguir que me hicieras un niño para tener en nuestra tierra una vida de tu tierra en el cielo incluso después de tu marcha.

—¿Ella te lo ha dicho?

—Sí, ella me lo ha dicho, y que debías dejar una vida en mi cuerpo para tener la magia de tu tierra en el cielo.

—¿Todo esto lo sabe Mbemba?

—No. Se lo dirá después de que tú te vayas y la vida que dejes en mi cuerpo esté creciendo.

—Entonces te matará a ti, Nimi. Te matará a ti y al bebé.

—No, él no nos matará porque él también querrá al bebé que dejarás en mi cuerpo. El también querrá la magia del bebé de tu tierra en el cielo.

—No, es una locura. La Mbanda Lwa está loca. Eres una niña.

—Sé cómo hacerlo. La Mbanda Lwa me enseñó lo que debo hacer y lo que tú debes hacer. No despertemos a Mbemba. —Se quitó el kanga y le abrazó—. Ven encima de mí, Gil Inis. No tengo miedo. Quiero que me hagas el bebé mágico. ¿También será blanco?



Gil, Mbemba, la otra Nimi y un guerrero siguieron por la selva de los mbatas en dirección al oeste. Avanzaron tanto hacia el oeste que, cuando por fin salieron de la selva, estaban al oeste de Mpinda, en lo alto de la cabecera rocosa del extremo sur de la cala que se abría a la inmensa desembocadura del Zaire con una amplia vista del mar. Lo primero que vio Gil en las aguas barridas por la tormenta, navegando entre las olas encrespadas, fue las hinchadas velas blancas de la *Leonor*. Lanzó un grito de alivio y esperanza. No había llegado tarde a la cita. Había llegado a tiempo para que le recogieran.

—¿Qué feliz estás de dejarnos, Gil Inis! —manifestó Mbemba.

—Me hace feliz regresar con mi familia y mis amigos, Mbemba.

—Sí, lo comprendo. Mi familia y mis amigos te han tratado mal. Lo lamento. Quizá si te hubiéramos tratado bien te quedarías con nosotros por más tiempo, y otros hombres blancos hubiesen venido para quedarse con nosotros.

—¿Lo deseas, Mbemba? ¿Debo decirle a mi rey que eso es lo que deseas?

—Sí, Gil Inis, dile a tu rey que mi deseo es que los hombres blancos vengan a nuestra tierra desde su tierra en la otra orilla del mar para quedarse con nosotros; queremos aprender la escritura y la maravillosa magia de su tierra.

—Pero eso no es lo que desean Mpanzu, Mbanda Vunda, el NgangaKongo, ni siquiera el ManiKongo.

—No, eso no es lo que ellos desean.

—Y eso también debo decírselo a mi rey.

—Sí, eso también debes decírselo a tu rey. —El joven príncipe kongo miró a lo lejos—. *Mchento*, dame la cesta.

La mujer se la llevó, y Mbemba se sentó sobre los talones junto a la cesta. Mientras él rebuscaba en el interior, Gil volvió a mirar hacia el mar. Debido a la distancia y a la lluvia, no alcanzó a ver el rumbo de la *Leonor*. Cabeceaba con las velas rizadas, balanceándose como un corcho, soportando bravamente los embates del viento y de las olas. Quizá no conseguiría entrar en la desembocadura hasta que se levantara la tormenta.

—Ten, Gil Inis.

Gil miró a Mbemba.

—La escritura. —Mbemba había sacado de la cesta el breviario del padre Sebastião.

—¿Lo tienes tú? —preguntó, sorprendido—. ¿No te lo quitaron para echarlo al fuego?

—No, lo guardé para devolvértelo.

—Pero si es tuyo, Mbemba. El padre Sebastião quería que tú lo tuvieras.

—¿Me lo puedo quedar?

—Sí, desde luego.

—*Ntondesi*. Entonces me lo quedaré, y, como sea, aprenderé a hablarlo como tú me enseñaste.

Descendieron de la rocosa punta entre palmeras, mangles y helechos gigantes que cubrían la ribera del Zaire, manteniéndose apartados de los caminos que llevaban a Mpinda y los otros poblados soyos a lo largo del río, de la misma manera como se habían mantenido apartados de los caminos y senderos que llevaban a los poblados de los nsundis y los mbatas. Era una bajada difícil. Mbemba y el guerrero emplearon las lanzas para abrir una senda en los matorrales, y tardaron casi una hora en llegar a la angosta playa sembrada de piedras en la margen sur del río donde las aguas del océano se mezclaban con las aguas del río, y las olas se teñían de un color amarillo marrón con el fango fluvial.

Llovía con más fuerza. Los relámpagos marcaban brillantes surcos en el cielo color peltre. Los truenos sonaban como cañonazos. La mar arbolada arrojaba nubes de espuma. Gil abandonó el refugio de los árboles para meterse en el río hasta las rodillas, aguantando lo mejor que pudo los golpes de las olas, todo por ver a la *Leonor*. Había girado. Deseó tener un catalejo. Le pareció que la nave iniciaba una bordada a estribor con rumbo norte, alejándose de la cala. Con el catalejo, hubiera podido ver la disposición del aparejo y juzgar si volvería a virar. Regresó a la playa.

—¿Debo esperarlos aquí, Mbemba?

—Sí. No sería prudente que volvieras a Mpinda.

—Pero es allí donde esperan encontrarme.

—Iré a Mpinda y arreglaré con el ManiSoyo para que ellos les indiquen dónde encontrarte.

—¿No correrás peligro si lo haces?

—No, mi madre es de la casa del ManiSoyo. Es una princesa soyo además de una reina kongo. El ManiSoyo hará lo que le diga, y nadie se enterará hasta que te hayas ido.

—Y después de que me vaya, ¿tendrás problemas?

Mbemba sujetó a Gil por los hombros.

—Te preocupas por mí, Gil Inis, y te lo agradezco. No te preocupes. Soy el preferido de mi padre y estaré a salvo de cualquier peligro mientras mi padre viva.

—Entonces, deseemos que tu padre viva mucho tiempo.

Gil miró a Mbemba, que se adentró en la selva junto a la orilla del Zaire, río arriba, en dirección este. El guerrero le seguía un paso más atrás. Hubiera sido impropio de un príncipe kongo aparecer en una aldea sin al menos un guardaespaldas.

La mujer comenzó inmediatamente a construir un refugio. Era muy rápida y hábil aunque trabajaba sin herramientas. Arrancó raíces, cortó lianas y ramas, y las trenzó con hojas de palma. También sabía encender una fogata a pesar de la lluvia, preparar y cocinar una variedad de comidas incluso en plena selva, curar heridas y hacer el amor. ¿Había aprendido estas artes para ser una sirvienta en la corte del rey, o para ser esposa de un campesino, un ganadero, un herrero o un guerrero de los muchos que vivían en la ciudad real? Sabía muy poco de ella. Ni siquiera sabía su verdadero nombre. En cambio, estaba seguro de una cosa: la muchacha nunca había esperado servirle a él, a un príncipe blanco del cielo. ¿Qué extraña jugarreta del destino la hacía desempeñar este papel? ¿Cómo la eligieron a ella para enviársela aquella primera noche en Mbanza Kongo? En cualquier caso, a ella no le había gustado, eso estaba bien claro. Hacía lo que la mandaban, cumplía bien sus tareas, pero sólo esperaba el día en que se marchara y ella pudiera volver a su vida anterior, antes de que él apareciera súbitamente, como llovido del cielo.

El viento había amainado, apenas llovía, entraba la pleamar, pero la *Leonor* no viraba. Continuaba navegando al norte. Si mantenía el mismo rumbo, en una hora o menos, la perdería de vista detrás de los rojos acantilados que marcaban la cabecera norte de la cala.

Volvió a meterse en el agua y caminó río abajo. Fue una imprudencia. Los continuos rompientes, las nubes de espuma impulsadas por el viento eran demasiado fuertes. Si por cualquier descuido resbalaba sería arrastrado mar adentro. Regresó a la orilla para encaramarse a los peñascos en la punta más extrema del promontorio sur, allí estaba expuesto a la furia de los elementos, y a sus pies los azotaban brutalmente las aguas del océano, pero al menos mantenía la *Leonor* a la vista. Parecía navegar sólo con la vela de abanico y llevar recogida la mesana. No tenía sentido. Sin la vela de mesana no podría hacer la virada. Tenía que virar. No podía continuar navegando hacia el norte.

—Gil Inis. Gil Inis.

Miró por encima del hombro. La mujer trepaba por los resbaladizos peñascos. No sabía cuántas veces lo había llamado. Incluso ahora su voz se la llevaba el viento. Nimi le señalaba río arriba. Miró en aquella dirección. Una canoa bajaba por el río. Gil descendió en el acto. Mbemba estaba de pie en la proa acompañado por el guerrero. Un soyo de Mpinda remaba sentado en la popa. Gil miró a la *Leonor*. Estaba llegando a los acantilados de la costa norte.

—Tus soldados, Gil Inis —gritó Mbemba, desembarcando de un salto—. Los dos soldados que te acompañaban, pero que huyeron antes de llegar a Mbanza Kongo.

—Sí, los alabarderos, Gomes y Días.

—Han dicho que habías muerto.

—¿Qué?

—Les han contado que el Pader Sebastum y tu esclavo, Segou, habían muerto. Y también que tú habías muerto.

—¿A quién se lo dijeron? ¿Te lo dijeron a ti? ¿Están en Mpinda? Nunca creí que fueran capaces de cruzar la selva.

—Cruzaron la selva pero no están en Mpinda.

—¿Dónde están?

—Se fueron, Gil Inis. Se fueron a su tierra en la otra orilla del mar.

—No te entiendo, Mbemba. ¿Cómo se fueron a su tierra en la otra orilla del mar?

—En el gran pájaro de alas blancas. Ya ha venido. Y ahora ya se ha marchado.

Gil se volvió para mirar hacia el mar. La *Leonor* desaparecía detrás de los acantilados.

—No, Mbemba. Tiene que haber un error. Aseguras que te dijeron que me habían matado, y que al padre Sebastião y a Segou los mataron también. ¿Cómo te lo pudieron decir si se han marchado?

—No, Gil Inis, no me he explicado con claridad. No me lo dijeron a mí.

—¿A quién se lo han dicho?

—A Diigo Cam.

—¿A Diego Cão?

—Diigo Cam ya estuvo aquí. El gran pájaro de alas blancas ya estuvo aquí. Diigo Cam vino en el gran pájaro de alas blancas a Mpinda, y tus soldados le dijeron que a ti, al Pader Sebastum y a tu esclavo Segou los habían matado. Así que él se los llevó al barco y se marcharon de regreso a su tierra en la otra orilla del mar.

—No, Mbemba, no.

—Lo siento, Gil Inis.

Una vez más, Gil miró hacia el mar. La *Leonor* había desaparecido detrás de los acantilados, navegando rumbo al norte, camino de Portugal. Le habían dejado atrás, abandonado en este reino salvaje de África. Mbemba le rodeó los hombros con un brazo. Gil le apartó. Ni siquiera tenía los dieciséis años. Se echó a llorar.

SEGUNDA PARTE

1492

I

Aquí el río desemboca en el mar. ¡Qué calmo era el mar!, como una plancha de vidrio moteado con los más diversos tonos de azul. El río pintaba una ancha franja marrón muy adentro de la ondulante superficie bajo el cielo teñido de rojo y azul perla a la hora del alba. Gaviotas de largas colas blancas y alas de puntas negras, revoloteaban por parejas sobre el mar; las cacatúas de pico amarillo y plumaje multicolor parloteaban en el verde esmeralda de las palmeras y de los mangles junto a la orilla del río. Las oía sentado en la canoa aparejada, sin preocuparse de la caña del timón, la cabeza gacha por la fatiga, mientras la proa de la embarcación, mecida por la marea, chocaba suavemente contra los negros peñascos de la orilla. Un momento después, el sol aparecería por encima de la punta rocosa, donde el río entraba en el mar.

Había estado de nuevo en el cabo Santa Catalina, un viaje de más de trescientas millas marinas. Más de cien veces había llegado al cabo Santa Catalina, y tampoco ahora había conseguido ir más al norte. El truco consistía en ir mar adentro, dejando atrás toda vista de tierra, para evitar las corrientes y los vientos que le empujaban hacia la costa, para allí buscar los vientos de poniente que lo llevarían a los poblados de San Jorge da Mina donde encontraría a los colonos portugueses y una nave para regresar a casa. Pero no tenía nave, ni tripulación, ni instrumentos, ni cartas para intentar tan peligrosa empresa, y quizá ni el coraje necesario. Y así en una y otra ocasión y quizá por centésima vez a lo largo de estos años, los vientos y las corrientes le habían obligado a retroceder. Quizá la próxima vez tendría ese coraje. Sabía que era una locura —bien podía estar loco después de haber desperdiciado tantos años de su vida—, pero era una locura necesaria. La obsesión de que alguna vez conseguiría marcharse, las incontables horas de trabajo y planificación, de diseño y construcción de naves cada vez más marineras, el cartografiar las estrellas en cada estación, el llevar registro de las mareas y los vientos, le estimulaban en su desesperada existencia y le mantenía vivo.

Alzó la mirada. Había salido el sol. Mirando hacia tierra con los párpados entornados para protegerse del resplandor naranja, vio a unos niños encaramados en la punta rocosa, que le observaban curiosos. Eran niños

soyos, probablemente de Mpinda, casi todos varones. Se puso de pie y los niños echaron a correr. Le tenían miedo, pero se sentían fascinados por su pavorosa rareza. Se había convertido en un gigantón dotado de una fuerza extraordinaria. La larga melena leonada salpicada de mechones blanqueados por el sol, la poblada barba un tanto más oscura, los ojos color azul mar, el pecho desnudo marcado con las cicatrices del ataque de una civeta, los descomunales hombros descoyuntados dos veces durante las cacerías, los brazos con las gruesas venas a flor de piel, el collar de hematites ajustado alrededor del cuello, los calzones de cuero hasta las rodillas, sujetos con tiras de las que colgaba un puñal con mango de marfil metido en su vaina, le daban el aspecto de una criatura sacada de los cuentos del hechicero, una figura mítica, el malvado príncipe blanco caído del cielo, que intentaba volar de regreso a su casa. Uno de los niños soyos, más atrevido que los demás, volvió a encaramarse en la punta y le tiró una piedra. El proyectil se quedó corto, rebotó en los peñascos y acabó en el agua. Gil le volvió la espalda y miró hacia la lejana línea del horizonte entre el azul claro del cielo y el azul oscuro del mar.

Durante años había vigilado el horizonte, convencido de que en algún momento avistaría las hinchadas velas de una carabela navegando hacia la desembocadura del Zaire, no para llevarle a casa, desde luego —le creían muerto y, en cualquier caso, no era imprescindible—, sino como el paso siguiente al descubrimiento de este gran río por la *Leonor*, y establecer relaciones comerciales con el reino a sus orillas. Pero nunca apareció ninguna. Quizá la *Leonor*, víctima de un naufragio, no regresó a Lisboa para hablar del Zaire y del reino kongo. También podía ser que la *Leonor* hubiera descubierto el paso por la punta de África, y las naves portuguesas navegaran directamente rumbo a las Indias. En cualquier caso, ya no tenía importancia. Hacía muchísimo tiempo que se había resignado a la idea de que para volver, la única manera era salir a alta mar, más allá de la línea del horizonte, fuera de la vista de tierra, hasta encontrar el céfiro.

Recogió la vela, enrolló los aparejos y sacó el mástil del soporte, y lo dejó todo en el fondo de la canoa. Luego quitó la caña y el timón de las muñoneras de popa, y los dejó con todo lo demás. A continuación, empuñó el remo, apartó la canoa de los peñascos y navegó por la desembocadura.

Vivía en una de las islas del delta. Era una isla grande, cubierta de vegetación y habitada únicamente por animales pequeños, gatos monteses, pájaros y murciélagos grises, serpientes, cocodrilos y nubes de mosquitos. Desde el extremo oriental, río arriba, se alcanzaba a ver el poblado soyo de

Mpinda en la orilla sur del Zaire; en el extremo oeste aparecía toda la extensión del mar. Ahora navegaba hacia la punta oeste donde tenía su hogar, con el océano de frente.

Su casa, situada en un claro que él mismo había abierto cerca de un manantial de agua dulce, consistía en un edificio principal construido al estilo europeo pero con techo de hojas de palma y paredes de adobe. A su alrededor se levantaban cuatro pequeñas estructuras anexas: un depósito, una cocina, un granero y un taller. Detrás de la casa estaba el corral para las cabras, las zahúrdas, el gallinero y un huerto de ñames, plátanos, cebollas, malangas y verduras. Delante de la casa, en la orilla del río, tenía un embarcadero donde amarraba la canoa y otra embarcación de doble casco con una vela cuadra y otra latina, que rebasaba sus más ambiciosos proyectos, aunque resultaba imposible de navegar con mal tiempo y mar encrespada. Dejó la canoa entre las otras dos, guardó el remo y desembarcó. Llevaba ausente casi un mes y no sabía con qué se encontraría. Nunca lo sabía al regreso de sus viajes.

—*Mchento*. —Subió a la galería y miró en el interior de la casa—. *Mchento*. —Volvió a bajar para dirigirse a la parte trasera.

Tenía un cerdo y dos marranas preñadas en el corral, un macho cabrío y una cabra con su cabritillo. Parecían bien cuidados y tenían comida en el comedero. El huerto se veía limpio de malas hierbas. Las gallinas y sus pollitos picoteaban entre los surcos. La mujer no podía estar muy lejos. Cansado, se apoyó en la cerca del corral, y dejó colgar las manos para que los cerdos y las cabras le lamieran la sal seca de los dedos.

Había desembarcado en el cabo Santa Catalina, donde pasó tres días dedicados a reparar aparejos y velas, cazar, recolectar comida y cargar agua fresca. Pero a poco de emprender la travesía de regreso, le sorprendió un chubasco que le hizo zozobrar. Había estado a punto de perder la vida, la embarcación, la comida y el equipo. Como siempre, el problema era el casco. A lo largo de los años, había probado todo tipo de velas, mástiles y aparejos, y todos habían servido a sus propósitos, pero el casco redondo de la canoa, e incluso dos unidos, tendían a volcar en mar abierto. Pese a los múltiples intentos nunca había conseguido construir un casco más ancho y más plano que no fuera una criba, así que tuvo que conformarse con el diseño de la canoa. Sabía que para tener éxito con este tipo de casco necesitaba por lo menos llevar otro tripulante que hiciera de lastre móvil para evitar la tendencia a escorar. Sólo uno. Podría marcharse, estaba seguro, si conseguía encontrar a uno que estuviera dispuesto a acompañarle. Pero no lo encontraba en esta tierra salvaje.

—Has vuelto otra vez.

Gil se volvió.

Era una mujer vieja. Cada vez que la veía después de un tiempo de ausencia, volvía a sorprenderle lo rápido que envejecía, cómo se consumía en el exilio. Llevaba el kanga sujeto a la cintura como los hombres, haciendo ostentación de sus pechos, otrora tan hermosos, ahora convertidos en feas vejigas secas. Le sonreía en una mueca horrible poniendo al descubierto cuántos dientes le faltaban. Era por culpa de él —la habían separado de los suyos en Mbanza Kongo y la habían desterrado a esta isla por su causa—, pero Gil no sentía ni la más mínima piedad; ya ni se acostaba con ella. Se odiaban mutuamente. Ella era estéril. Precisamente porque no podía tener hijos se la habían dado la primera vez. Sin embargo, él la había hecho culpable de su esterilidad. Si le hubiese dado un hijo, ahora tendría diez años y habría sido el tripulante que necesitaba para su viaje a San Jorge da Mina. Claro que quizá tenía un hijo; tal vez la otra Nimi, la princesa Nimi, había tenido un hijo suyo. No lo sabía ni esperaba saberlo.

—Sí, he vuelto otra vez, *mchento*, y tengo hambre.

—¿Este nuevo pequeño pájaro tampoco te llevará volando a casa?

Se refería a la canoa aparejada. Insistía en llamar pequeños pájaros a las embarcaciones que él construía llevado por su obsesión, como si fuesen crías de la gran carabela *Leonor* con sus enormes alas blancas, que le llevarían volando a su tierra en el cielo. Sabía perfectamente bien que él no había venido del cielo, y su insistencia en el engaño no era más que otra burla.

—Tengo hambre. Llevo muchos días sin comer. ¿Me traerás algo o tendré que pegarte?

Ella se encogió de hombros y entró en la casa.

Después de comer, Gil se echó a dormir y durmió el resto del día, exhausto de tanto navegar. Se levantó al anochecer, fue a lavarse al manantial detrás de la casa, se vistió con un kanga —sólo en los viajes, cuando intentaba llegar a los poblados portugueses de San Jorge da Mina vestía pantalones y otras prendas de tipo europeo, porque no quería presentarse ante los hombres blancos con la apariencia de un salvaje— y salió en la canoa sin aparejos.

Iba a pescar. No tenían pescado fresco ni carne. La mujer no había pescado ni cazado durante su ausencia. Remó siguiendo la costa norte de la isla hasta el extremo oriental, desde donde se veía Mpinda en la orilla sur. Las canoas de los pescadores soyos también salían del poblado, munidos de antorchas para alumbrar su camino. Se mantuvo a distancia. Tendría problemas si no lo hacía. Le habían prohibido acercarse. Siguió remando río

arriba y lanzó la red en un amplio y gracioso arco. Después dejó que la corriente se llevara la canoa, aprovechando la fuerza del agua para arrastrar la red. Repitió la maniobra varias veces sin resultado. Así que, al cabo de un rato, regresó al extremo oriental, echó un sedal por la borda al estilo europeo y se tendió en el fondo de la canoa con la mirada puesta en Mpinda. Contempló las fogatas, a la gente que se movía apresurada entre las altas chozas de techo cónico, y escuchó el sordo retumbar de los tambores en el recinto del ManiSoyo. Quizá celebraban una fiesta o algún ritual desconocido. Era como mirar a un mundo muy lejano. No había vuelto a pisar Mpinda en todos estos años, no sabía si el anciano ManiSoyo seguía vivo, o si el odiado NsakuSoyo estaba muerto. Tampoco le importaba.

Oyó un chasquido seco, algo que se movía en la maleza. Se puso boca abajo en la canoa y se apartó el pelo de los ojos para espiar por encima de la borda. Un gamo había salido del bosque para beber en el río, un animal joven con las astas de un color verde musgo. Tenía un arco de caña tensado con un fino cordón de cuero y una aljaba de flechas con punta de hierro y plumas de gaviota, en el fondo de la canoa, además del puñal con mango de marfil. Agachado, colocó una flecha en el arco, se tocó el collar para darse suerte, y luego se puso de rodillas. Tenía el viento de cara. El gamo levantó la cabeza, miró a su alrededor, pero al no verlo, volvió a beber, meneando la cola blanca. Gil tensó el arco. Era un blanco fácil; dispararía la flecha entre las patas delanteras, directo al corazón. No podía demorarse, porque en cualquier momento aparecerían más gamos y olerían su presencia. Era demasiado fácil.

Destensó el arco y volvió a acostarse en el fondo de la canoa. Se quitó el kanga, desenvainó el puñal, lo sujetó con los dientes, y, después de comprobar que no había cocodrilos a la vista, se metió en el agua, desnudo y sigiloso como una serpiente.

El agua sólo le llegaba a la cintura, el fondo era fangoso y los mosquitos y gusarapos de agua se movían en todas las direcciones a través de la oscura superficie. Se puso de rodillas para que el agua le cubriera hasta el cuello, sujetó la borda y, oculto detrás de la canoa, avanzó hacia el gamo, siempre de cara al viento. Cuando llegó a unas diez varas del animal, se irguió un poco para espiar por encima de la borda. El gamo había vuelto a levantar la cabeza y miraba directamente a la embarcación, sin apercibirse del peligro. Gil se soltó de la borda, aspiró con fuerza y se sumergió en el agua. Con dos poderosas brazadas, el pelo flotando sobre los hombros, el cuchillo entre los dientes, nadó por debajo de la canoa y emergió de pronto emitiendo un agudo grito asesino.

Los pájaros remontaron el vuelo, aterrados; los monos se dispersaron entre las ramas, dominados por la histeria. El gamo, presa de una súbita desesperación, amagó la huida, pero resbaló en el fango de la orilla. Gil saltó como un león sobre los lomos. Era más grande y más pesado que la cría, y las delgadas patas cedieron bajo el terrible impacto de su peso. En una de las angustiosas sacudidas de la cabeza, la punta de uno de los cuernos le cortó la mejilla. Gil no soltó la presa, sino que mantuvo la presión del brazo alrededor del largo y grácil pescuezo, hasta conseguir tumbarlo. Cayeron juntos y en la caída, una de las piernas de Gil quedó atrapada debajo del animal. Agarró el puñal que llevaba entre los dientes y lo clavó en el pescuezo del gamo. El chorro de sangre le roció el rostro. Hundió el puñal todavía más, removiéndolo en la herida, y luego acabó de degollarlo. La agonía se reflejó en los grandes ojos castaños del gamo, que murió a los pocos minutos.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué no le había matado de un flechazo? ¿A qué venía esta furia de matar con las manos? Que el Señor se apiadara de su alma. Era en ocasiones como ésta cuando realmente creía que estaba loco.

* * *

—Viene el MtuKongo. Despierta. ¿No me oyes? Digo que viene el MtuKongo. —La mujer le sacudía el hombro.

Gil le apartó la mano de un bofetón.

—Déjame, mujer. Te escucho. —Se sentó en el borde del camastro, frotándose los ojos.

Era el dormitorio de la casa. El camastro, como el camastro del capitán en el castillo de popa de una carabela, estaba en el lado norte con una ventana, una lumbrera, al pie de la pared oeste para ver el mar mientras estaba acostado. Tenía un jergón de paja, dos almohadas de plumas de gaviota y una pieza de tela y pieles para abrigarse. Había una mesa junto a la lumbrera y una silla con el asiento y el respaldo de cuero, donde a menudo se sentaba a comer (mientras contemplaba el mar) y escribía en vitelas con plumas de ave y una tinta roja hecha con el zumo de unas bayas (que, invariablemente, se borraba con el paso del tiempo) los inútiles cálculos de los vientos y las mareas, y dibujaba cartas marítimas y celestes que no servían para nada. El suelo de tierra apisonada estaba cubierto con pieles —no tenía sentido usar madera; la lluvia y la humedad la pudrían, las hormigas gigantes y las termitas se la devoraban, y, en el espacio que quedaba debajo, las ratas

anidaban cómodamente—, y de las vigas cubiertas con limo blanco colgaban las lámparas de aceite de palma. El arco y la aljaba los tenía en un perchero clavado en la pared sur junto a la puerta, y debajo, apoyados contra la pared, estaban la lanza y el escudo. Sobre la cabecera del camastro colgaba un crucifijo que había tallado con la figura de un Cristo tosco, y, debajo del lecho, guardaba el cofre con sus ropas.

—Viene de Mpinda. Muy pronto estará aquí.

—*Ngete, mchento. Keba* —contestó, irritado—. Te oigo. Ahora, vete.

Sin embargo, la mujer se demoró en el umbral para asegurarse de que no volvería a dormirse. Esta mañana iba vestida correctamente, con el kanga cubriéndole los pechos y un collar de conchas alrededor del cuello. La visita del MtuKongo la entusiasmaba; aprovecharía la ocasión para rogar que la liberaran de este exilio. Sería inútil, pero la patética esperanza de que algún día la dejarían marchar era tan obsesiva como la patética esperanza de Gil de que algún día regresaría a su casa.

—¿Has preparado comida?

—El MtuKongo no come a estas horas.

—No, pero yo sí. Prepárame la comida.

La mujer se marchó a la cocina. Él se arrodilló junto al camastro, unió las manos debajo de la barbilla y cerró los ojos. En realidad, no rezaba. Conservaba el hábito de todos aquellos años cuando, al despertarse, rezaba para que viniera un barco y le rescatara de esta vida desperdiciada. Luego se puso el kanga, sujetó el puñal al cinturón, y salió de la casa, descalzo. Antaño se había confeccionado un calzado, pero ahora se había acostumbrado a ir descalzo. La mujer le trajo un bol de ñame hervido y un vaso de leche de cabra; después de desayunar, caminó por la playa sur de la isla, hacia el este, río arriba hacia Mpinda, sumido en sus pensamientos.

Había canoas de guerra en la cala de Mpinda, una flota de unas cincuenta embarcaciones con las altas proas decoradas con ojos negros, rayos blancos y cabezas de serpientes o de otros animales. Cada una llevaba una tripulación de diez remeros por banda, y transportaban unos cuarenta guerreros, un formidable ejército de más de dos mil soldados que marchaban vete a saber a qué guerra.

Había visto antes pasar otros ejércitos como éste, y aunque nunca había descubierto cuáles eran los motivos de las continuas guerras —en su exilio había aprendido muy poco de la vida en el Kongo— sí sabía que la guerra era algo habitual en esta tierra. Lo mismo que los reinos europeos de la época, el reino kongo era un producto de la guerra. Las provincias, los feudos, las

tribus, los clanes y los estados vasallos que lo formaban habían sido naciones independientes por derecho propio. Aunque las guerras de conquista que los habían reunido en un único reino y forzado la sumisión de sus jefes y señores al trono del soberano supremo en Mbanza Kongo se habían librado en una época remota, en la época del primer ManiKongo, el mítico rey herrero que trajo la civilización del hierro, estos pueblos, lo mismo que los señores feudales de los reinos europeos, conservaban celosamente una gran autonomía y un orgullo sectario. Su fidelidad al ManiKongo nunca se podía dar por descontada, y eran propensos a la rebelión. La última vez que vio una flota de guerra como ésta en el Zaire, los rebeldes eran los batekes, un pueblo vasallo en la ribera norte del alto Zaire, por encima de Matadi, más allá de las cataratas de la Caldera del Diablo. Quizá volvían a ser ellos los rebeldes.

Acabó de comer el ñame hervido y la leche, le devolvió el bol y el vaso a la mujer, y luego se agachó en la orilla para lavarse las manos, con la mirada puesta en Mpinda, iluminada por el sol naciente. La mayor de las canoas, con leones rampantes pintados a ambos lados de la proa, se separó del resto de la flota, navegando río abajo hacia la isla. Sólo transportaba a un guerrero, de pie entre los remeros, vestido con un kanga verde claro y ribetes rojos, un tocado de plumas y cuernos, y un collar de dientes de león. Sin esperar a que embarrancara, saltó al agua y vadeó hasta la orilla.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, Gil —gritó, persignándose mientras sonreía.

—Mbemba —respondió Gil.

El príncipe kongo sujetó a Gil por los hombros y lo sacudió vigorosamente. No era tan alto como Gil, pero también se había hecho grande, fuerte e imponente y, excepto por una fea cicatriz en la mejilla izquierda —la marca de una herida de lanza sufrida en alguna batalla—, era muy apuesto.

—*Deo gratias* —añadió el príncipe, con la misma sonrisa—. Me alegra ver que aún sigues con nosotros.

Gil meneó la cabeza. Estaba enfadado con Mbemba —siempre lo estaba—, pero no podía evitar la sonrisa cada vez que veía la expresión amable de su rostro y le escuchaba repetir orgulloso las palabras latinas del breviario—. Por mi parte, Mbemba, no me alegra estar aquí.

Mbemba decidió no hacer caso del tono amargo de su amigo, y se volvió hacia la mujer.

—Y tú, *mchento*, ¿has cuidado de mi amigo desde la última vez que estuve aquí?

—No es necesario, MtuKongo. Él cuida de sí mismo. No me necesita para nada. Pregúntaselo. Yo podría regresar con mi gente en Mbanza Kongo y...

—¿Qué? —la interrumpió el príncipe—. ¿Otra vez con las lamentaciones? Calla. No estoy dispuesto a escuchar más tonterías.

—MtuKongo, por favor. —Cogió la mano de Mbemba y se la besó—. Por favor, han pasado muchos años. ¡Si pudiera volver a casa aunque sólo fuera una vez para estar con los míos! No puedes dejarme morir aquí sin que vea a mi familia.

—¿Es que no piensas callar? —Apartó la mano de los labios de la mujer con un movimiento brusco, y, al hacerlo, la golpeó en la barbilla sin querer. La mujer, pillada por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Mbemba la miró, furioso—. Tu lugar es éste, *mchento*, y aquí te quedarás.

—Vamos, deja que se marche —intervino Gil—. Déjala que regrese a Mbanza Kongo. A mí no me importa.

—¿Lo oyes, MtuKongo? —La mujer se levantó de un salto—. Él mismo lo dice. No le importa.

—Pero a mí sí. Debe tener una mujer. No puede estar aquí sin una mujer. No sería natural.

—Entonces, envíale otra mujer. Una mujer más joven, una muchacha hermosa.

—Ninguna otra mujer, ni nadie más, puede venir aquí. Tú lo sabes. Ahora, vete y déjanos.

La mujer emprendió el camino de vuelta a la casa, con lágrimas en los ojos. Ninguno de los dos hombres le prestó la menor atención.

—¿Por qué has traído a tantos guerreros, Mbemba? ¿Cuál es el problema? ¿Otra vez los batekes?

—Sí.

—Creía que la última vez habías matado al jefe y capturado a centenares de guerreros como esclavos.

—Así es. Pero ahora tienen un nuevo jefe.

—¿Y él tampoco está dispuesto a pagar el tributo a tu padre?

—No lo quiere pagar. Tendré que matarlo y convertir en esclavos a sus guerreros.

—Llévame contigo. Te ayudaré en la lucha.

En el rostro de Mbemba apareció una expresión torva.

—¡Bah, no importa!

—Gil, tú sabes...

—Sí, lo sé.

—Tienes prohibido abandonar esta isla.

—Lo sé.

—Lo siento.

—Sí, lo sientes.

—No estés tan enojado, Gil. Te he traído muchas cosas buenas.

—*Ntondesi* —replicó Gil, y le volvió la espalda.

Mbemba hizo una seña a los remeros que esperaban en la canoa embarrancada, y comenzaron a descargar cestos, bultos, tinajas y peroles. Gil no se molestó en mirar. Sabía de sobras cuál era el valioso cargamento: herramientas, armas, cuerdas, cacharrería, telas, cueros, aceite de palma y vino. Mbemba siempre traía estas cosas en las periódicas visitas a la isla, y Gil se lo agradecía. Le facilitaban la vida, le permitían concentrar las fuerzas en los obsesivos e inútiles intentos por escapar. Incluso así, se alejó malhumorado, caminando por la playa hacia el océano. Mbemba le acompañó.

Las visitas de Mbemba eran un secreto a voces desde hacía años. Todos lo sabían y ya nadie protestaba. Porque, con el paso del tiempo y el hecho de que no aparecieran más hombres blancos, Gil fue dejando de ser una amenaza para convertirse en un triste engendro de la naturaleza, un asombroso capricho de los dioses. Desterrado a este mundo formado por la isla, el río y la mar abierta, sin aliados de su propia especie, le consideraban incapaz de hacer daño. La continuada amistad de Mbemba era vista como otra muestra del buen corazón del príncipe.

—¿Esta embarcación es nueva? No recuerdo haberla visto.

Había rodeado el extremo occidental de la isla donde la canoa aparejada estaba sobre el embarcadero entre la embarcación de doble casco y la canoa común.

—¿La has probado en el mar?

Gil asintió.

—¿Qué tal navega?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿No estoy aquí? ¿Crees que estaría aquí si hubiera navegado mejor que las demás?

Mbemba suspiró —ya había escuchado la misma queja muchas veces— y se volvió para mirar el trabajo de los remeros. La mujer había salido de la casa para vigilar la descarga.

—Ninguna de estas embarcaciones cumplirá su cometido mientras tenga que navegar solo. ¡Si tuviese a alguien, sólo uno, incluso a una mujer! Podría enseñarla a navegar. Podría enseñarla para que fuera mi tripulante. Pero ésta

no quiere ni oír hablar del tema. No. Estaría contentísima de que algún día saliera y no volviera nunca más, pero no me ayudaría. Todos estarían contentísimos de que no volviera nunca más, pero no me ayudarían. Ni siquiera tú, Mbemba.

Mbemba desvió la mirada, rascándose la cicatriz. Se le ponía amoratada cuando se sentía inquieto.

—Tú podrías ordenarle que navegara conmigo. Podrías ordenarle a cualquiera que me acompañe. Tú eres MtuKongo. Tú mismo podrías navegar conmigo.

—¡Gil!

—Podría enseñarte, Mbemba. No es difícil. Déjame que te lo muestre. Ven aquí. Levantaré el mástil. Podríamos zarpar ahora mismo. Ya verás lo fácil que es. En muy poco tiempo sabrías todo lo necesario para ser mi tripulante. Juntos navegaríamos a la tierra en la otra orilla del mar.

—Basta, Gil. No digas más tonterías.

—¿Por qué? ¿No quieres navegar conmigo a la tierra en la otra orilla del mar? Creía que deseabas aprender la magia de los hombres blancos.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Sí, fue hace mucho tiempo —replicó Gil, más tranquilo—. Eso fue hace mucho tiempo. Demasiado. Ya no necesitas aprender la magia de los hombres blancos. —Subió a la embarcación y se sentó en la parte de popa, mirando el mar con una expresión lúgubre.

Mbemba le observó por un momento, y luego miró otra vez a los remeros. Habían acabado de descargar las provisiones.

—Debo irme, Gil.

—No. —Gil se volvió en el acto—. No te vayas. Acabas de llegar. Quédate un poco más conmigo. El jefe bateke puede esperar.

—Debo marcharme antes de que el sol esté alto.

—Sí, de acuerdo, pero tienes tiempo. Siéntate aquí conmigo y hablemos un rato.

—¿No intentarás engañarme y llevar esta canoa al mar mientras hablo contigo?

—No, no. —Gil sonrió—. Perdona mis tonterías. Algunas veces no sé lo que digo. Paso demasiado tiempo solo. Tengo un gusano en la cabeza.

—Te comprendo. —Mbemba se quitó el tocado, subió a la canoa y se sentó junto a Gil, dejando el tocado a sus pies.

—Háblame un poco del mundo, Mbemba. Sé muy poco de lo que pasa en cualquier parte, incluso a una legua de esta maldita isla. Dime, ¿cómo está tu

padre?

—Está bien.

—¿En serio?

—Bastante bien. Por lo menos, está vivo.

—Me alegro. La única vez que me recibió, lo recuerdo a menudo, me trató con bondad. ¿Alguna vez pregunta por mí?

—No, no creo que te recuerde. Ahora recuerda muy pocas cosas. Mpanzu gobierna en su nombre cada vez más.

—Pero tu madre, la Mbanda Lwa, todavía me recuerda.

—Sí, todavía te recuerda.

—Pero no con bondad.

—Esperaba demasiado de ti, Gil.

—Sí, esperaba demasiado de mí y de la magia de la escritura. ¿Todavía te pide que la enseñes a hablar la escritura del breviario?

—Hace mucho tiempo que no me lo pide.

—No, ha pasado mucho tiempo desde que creía que la escritura era una magia poderosa. No la culpo.

—Piensa en otras cosas.

—¿Cuáles?

Mbemba se encogió de hombros.

—Es una mujer ambiciosa, y un día de éstos se encontrará metida en problemas.

—¿Todavía espera ponerte por delante de Mpanzu cuando llegue el momento?

—Nunca le digas eso a nadie, Gil.

—¿A quién se lo voy a decir? ¿A los pájaros de los árboles? ¿A los peces del mar?

—Ella es soyo —replicó Mbemba, con una sonrisa—, de la casa del ManiSoyo. Tiene la ambición y el orgullo que sólo tienen los soyos. Cree que le corresponde a un hijo de sangre soyo, a su hijo, ocupar el trono del Congo cuando muera el ManiKongo, en lugar de Mpanzu, el legítimo heredero, que es de sangre nsundi.

—¿Tú no lo crees?

—No, no tengo esa ambición. Estoy contento con mi posición.

—¿Mpanzu lo sabe?

—¿Me permitiría mandar las huestes del reino si no lo supiera? ¿Me confiaría el mando de estos guerreros en la guerra contra los batekes si no lo supiera?

—¿Y su madre, la Mbanda Vunda? ¿Y el NgangaKongo?

—Confían en mí. Todos confían en mí. ¿Por qué no iban a hacerlo? Nunca he hecho nada para traicionar su confianza. Es en Mbanda Lwa, en la única en quien no confían. Sólo el amor especial que le profesa el ManiKongo la protege. Cuando él muera, se encontrará en graves problemas si persiste en sus ambiciones.

—¿Así que nunca serás rey?

—No.

—El gentil príncipe nunca será rey en y, por lo tanto, nunca nadie me ayudará a navegar en mi canoa.

Mbemba no respondió al comentario. Gil miró al mar.

—Tengo que irme, Gil.

—Sí.

Mbemba recogió el tocado y se levantó. Gil hizo lo mismo.

—Sin duda, ahora debe de ser muy hermosa —dijo.

—¿Quién?

—Nimi.

—¿Nimi?

—No esta Nimi. Tu hermana Nimi, la NtinuKongo.

La cicatriz de Mbemba volvió a encenderse. Miró severamente a Gil mientras se ponía el tocado y bajaba de la embarcación.

—¿Es muy hermosa, Mbemba? Era muy bonita de niña, y ahora debe de ser una mujer muy hermosa. ¿Se ha casado? ¿Tiene muchos hijos?

Gil formuló las preguntas mientras caminaban por la playa hacia la canoa de guerra. No esperaba que Mbemba las contestara. Nunca respondía a las preguntas sobre Nimi. Era un tema tabú, y él se lo preguntaba en parte para mortificar a Mbemba, como una manera de expresar el disgusto con su amigo por no ayudarlo a marcharse, pero también deseaba una respuesta. En sus horas de soledad pensaba mucho en la princesa, en aquella jovencita que una noche se atrevió a dormir con él para que pusiera un bebé mágico en su cuerpo. Se había imaginado largas historias románticas a partir de aquel encuentro a lo largo de los años. ¿Qué habría sido de ella? ¿Le había dejado un niño en su seno? Y si lo había hecho, ¿qué se habría hecho del niño medio blanco en este reino negro?

—¿Alguna vez habla de mí?

Mbemba subió a la canoa y dijo algo a los remeros antes de volverse para mirar a Gil en la playa.

—*Dominus vobiscum*, Gil Inis.

—No me respondes.

—No.

—¿Quizá la próxima vez?

Mbemba se encogió de hombros.

—¿Cuándo será la próxima vez?

—Cuando pase por aquí de regreso de la guerra con los batekes si no me matan.

—Y si yo todavía estoy aquí.

—Sí, y si todavía estás aquí. Te deseo suerte, Gil. Que el Señor sea contigo.

—Y también contigo.

Mbemba gritó una orden y los remeros empujaron la canoa al agua, y comenzaron a remar rítmicamente de vuelta a Mpinda. Unos minutos más tarde, la flotilla formó diez filas de cinco canoas y, con la embarcación de Mbemba al frente, se dirigieron río arriba. Una fuerza formidable dispuesta a destrozarse al enemigo, matar al jefe y hacer muchos esclavos.

Gil esperó hasta que la última hilera desapareció en un recodo, y luego volvió a mirar el océano. Una vez más estaba solo. La mujer, de pie en la galería, le miraba con aire sombrío, pero él no le dirigió la palabra, como si no existiera. Caminó hasta el embarcadero y se subió a la más nueva de las embarcaciones.

Quizá lo mejor era construir un flotador lateral. Una canoa mucho más pequeña a modo de flotador, sujeta a un casco mucho más grande podría contrarrestar la tendencia a volcarse del casco principal en mar gruesa. No sería muy difícil de construir. Se apartó el pelo de la cara para contemplar la lejana línea del horizonte, la línea que debía atravesar si quería volver alguna vez a su casa de Portugal.

II

El cielo estaba encapotado. Las últimas semanas no había habido ni un solo día claro. El viento del sudeste traía los nubarrones, convirtiendo el disco solar en uno de peltre, velando la luna y las estrellas con un sudario fantasmal, empapando la selva de rocío, coloreando de gris el río y el océano. Según los cálculos de Gil, era el 12 de octubre de 1492. Se acercaba la estación de las lluvias.

Había acabado de construir la nueva embarcación con la batanga, que iba sujeta al casco principal por barlovento con largas cañas de bambú. El mástil inclinado llevaba una gran vela latina sujeta a una botavara oblicua. Había aparejado la driza y el trapo de forma tal que pudiera manejarlos desde la batanga cuando tuviera que ir hasta allí para hacer de contrapeso. También la vara del timón era muy larga, cosa que le permitiría mantener el rumbo desde la batanga. No tenía mal aspecto, semisumergida en el agua delante de su casa. Se sentía tan orgulloso de su trabajo que incluso estaba dispuesto a bautizarla. Quizá la llamaría *Princesa Nimi*. Se sentó sobre los talones con la mirada puesta en los negros nubarrones.

Aquél era el otro problema: el tiempo. ¿Debía utilizar las restantes semanas hasta la llegada de las lluvias para probar la embarcación y hacer las modificaciones que aconsejaran las pruebas, y luego esperar a que acabara la estación lluviosa y zarpar hacia San Jorge da Mina en febrero? Pero si zarpaba en esa fecha, se encontraría navegando directamente hacia la estación lluviosa, al norte del ecuador. Por otro lado, si zarpaba ahora mismo, quizá con un poco de suerte podría llegar al ecuador antes de que las lluvias cruzaran al sur de la línea, y después de que se acabaran en el norte. De las dos, la última era probablemente la mejor elección. Más importante era tener buen tiempo al norte del ecuador, donde navegaría en alta mar en busca del céfiro, fuera de la vista de tierra, que navegando hacia el ecuador, a lo largo de la costa donde, si el tiempo se le ponía de cara, siempre podía ir a tierra. Además, ¿qué sentido tenía esperar? Ninguna razón había para esperar. Mbemba se había marchado y probablemente no volvería hasta que los batekes volvieran a rebelarse. Y aunque volviese, no haría nada por

solucionarle el problema. Pero sí debía hacer por lo menos una travesía de prueba con la embarcación.

La empujó al agua, se sentó en la popa y comenzó a remar hacia la desembocadura. Un viento recio y húmedo soplaba del sudeste al noroeste, y cuando llegó a la punta rocosa del extremo sur de la cala, embarcó el remo y levantó la vela. El trapo se sacudió y luego se hinchó con el viento. Aguantó la vela con una mano, y con la otra movió la caña del timón a estribor, y mientras la embarcación navegaba con viento en popa hacia el norte, miró la vela y pensó que, antes de iniciar la travesía definitiva, tendría que pintarle alguna insignia, quizás una cruz, para que si le avistaban le reconocieran como cristiano.

Recorrió las cuatro o cinco leguas que tenía de ancho la desembocadura, rumbo a la punta norte de la bahía, soltando toda la vela, con la mirada puesta en la batanga que rozaba la encrespada superficie gris del mar, atento a la velocidad y al equilibrio de la embarcación. En la punta norte adrizó la vela, cambió de amura por el través y navegó mar adentro. A lo largo de la costa estaban los acantilados de arcilla roja detrás de los cuales había visto desaparecer a la *Leonor* tantos años atrás. Se mantuvo apartado y continuó hacia el norte. La embarcación navegaba bien, pero éste no era un testimonio definitivo de su valor. Todas sus embarcaciones navegaban bien cuando lo hacían hacia el norte en busca del ecuador con el viento en popa o por la aleta. La verdadera prueba comenzaría cuando, al norte del ecuador, tuviera que navegar contra el viento en busca del céfiro. En realidad, aquí podía simular esas condiciones si se alejaba mucho de la costa y después viraba para navegar contra el viento bien ceñido.

Miró al cielo. El sol, blanco como un disco de plata entre el continuo desfile de nubes, estaba casi sobre su cabeza. Tenía toda la tarde por delante para probar, sin preocuparse de perder nada de valor (excepto su vida) si zozobraba, porque sólo llevaba el cuchillo, el arco y las flechas. Así que se adentró en el mar, con rumbo norte cuarta al noroeste, con el pelo ondeando al viento, las gaviotas volando en círculos sobre la embarcación, y los acantilados cada vez más lejanos por el este.

Ahora debía ir con cuidado: no podía perder las marcaciones, al navegar a la estima. ¡Qué no daría por tener una brújula! Fijó la posición del sol, midiendo por palmos la altura sobre el brumoso horizonte. Se mojó la cara para notar mejor la dirección del viento que soplaba contra la mejilla. Siguió con un ojo atento el cambiante tamaño de las olas, cortas y seguidas. Incluso

así, perdió el valor al cabo de unos minutos y viró otra vez hacia el norte, atento a la costa.

La conocía como la palma de su mano, después de haberla recorrido tantas veces a lo largo de los años. Estaba el gran peñón que había bautizado con el nombre de peñón de las Focas porque una vez encontró allí a las focas tomando el sol; la cueva del León, donde alcanzó a divisar a un hermoso león bañándose en la orilla; la playa del Naufragio, donde fue arrastrado por una terrible tormenta y se encontró varado en tierra durante cuatro días, y la bahía de la Catarata, donde el agua caía desde lo más alto de los acantilados para formar una enorme balsa muy profunda. Muy bien, ya tenía las marcaciones claras, y sabía dónde estaba. Movi6 la caña a babor y soltó un poco la vela. La proa viró del norte al oeste y volvió a enfilar el mar abierto.

Fue entonces cuando las divisó. Las vio en el acto, pero se negó a creerlo debido a las nubes bajas del horizonte. No podían ser sino nubes, pero el corazón le latía más deprisa. Calzó la vela y se puso de pie. ¡Qué no daría ahora por tener un catalejo! Se agachó para pasar por debajo de la botavara y fue a proa, con la cabeza echada hacia atrás para que el viento le apartara el pelo de la cara. ¿Eran nubes? No, Dios mío, no eran nubes. Eran velas. Aquéllas eran velas. No podían ser otra cosa más que velas que asomaban por encima del horizonte. ¿Qué podían ser, las alas de un enorme pájaro? Se le hizo un nudo en la garganta. Sí, un pájaro de enormes alas que bajaba del cielo. Se echó a reír. Su pequeña nave, sin nadie al timón, comenzó a guiñar. Corrió a popa, amarró la caña, y volvió a proa. Eran velas. No cabía la menor duda. No veía qué clase de velas eran, ni cuántas, ni la nave que las llevaba, pero eran velas. ¡Por todos los santos, eran velas!

—¡Eh, amigos, eh! ¡Eh, hombres de Dios!

Era ridículo, por supuesto. ¿A qué distancia estaba la nave? A una legua, por lo menos. No podían oírle; probablemente, tampoco podían verle, pero no le importaba. Continuó desgañitándose, echando el corazón por la boca, agitando los brazos.

Finalmente, se dio cuenta de la realidad. No sabía el rumbo de la nave ni la velocidad. Sin embargo, no era tan optimista como para creer que navegaba hacia el Zaire. Lo más probable era que navegara en dirección hacia las Indias o que viniera de regreso. Sospechaba hacía mucho que hubieran descubierto el paso alrededor de África —seguramente el propio Diego Cão— y que durante este tiempo, las naves pasaran por estas costas pero mar adentro. No las había visto nunca, porque nunca había tenido el coraje de adentrarse tanto en el mar, ni la fortuna de salir en el momento apropiado, cuando pasaba una.

Ahora, en cambio, se daban las dos circunstancias: tenía coraje y no le faltaba suerte. No podía dejarla escapar. Quizá nunca más volvería a tener esta oportunidad. Corrió al timón. Navegaría al noroeste con el viento en la aleta para avanzar lo más rápidamente posible y ver, después de recorrer una legua, si podía descubrir el rumbo.

Lo descubrió, recorrida la legua. Navegaba hacia el sur, con destino a las Indias. Él iba en la dirección equivocada. Viró a toda prisa torpemente, embarcando agua, y navegó ceñido al sudoeste. Se encontraba a dos leguas de la costa. La nave, otra legua más allá. Él estaba a una legua de la nave, contra el viento. Con este rumbo, y si llevaba la misma velocidad, la cruzaría por delante. Sujetó la caña con tanta fuerza que se le entumeció el brazo. El puño de la vela le cortaba la palma de la mano. Se tendió en el fondo para disminuir la resistencia al viento, y empujó a la embarcación con todas las fibras y los músculos de su cuerpo.

La nave era una carabela de tres palos y unas cien toneladas. Llevaba los colores portugueses. Pero lo más alentador era que parecía navegar, no al sur, sino al sur cuarta al sudeste. Si ésta no era una ilusión creada por el viento, las nubes y el mar, sería la nave la que le cruzaría por delante y no al revés. Ajustó el rumbo al sur cuarta al suroeste, ató la caña, soltó más trapo, calzó la vela, y se quitó el kanga, se puso delante del mástil y comenzó a ondear la prenda como un enloquecido.

La nave llevaba artillería: cuatro lombardas, tres falconetes giratorios montados a babor en la borda de la cubierta superior, con la misma configuración a estribor. Vio a varios marineros en cubierta, al vigía en lo alto del palo mayor, un oficial de guardia en la bitácora del alcázar, y a un maestro apoyado en el bauprés de la cubierta del castillo de proa, que miraba adelante con un catalejo. Concentró toda su atención en el maestro, dirigió todos sus esfuerzos, todos sus deseos en que girara el catalejo en su dirección y viera el kanga ondeando al viento.

La nave se llamaba *Beatriz*. Acababa de leer las letras doradas en la amura de babor cuando el maestro volvió el catalejo en su dirección. Se encontraba a sólo unos cientos de varas, pero el maestro lo pasó por alto y miró a popa.

—Eh, *marinheiro*. *Companheiro* de *Beatriz*, *acqui*.

—*Acola*, *Olhar acola*.

Gil alzó la mirada, sorprendido.

Era el vigía en la cofa, y no el maestro en la cubierta de proa, quien le había visto.

—Allí, mirad allí, dos puntos a babor. ¿Quién es?

Los gritos del vigía alertaron al maestre, que enfocó a Gil con el catalejo. Los marineros en la cubierta superior corrieron a la borda de babor, con expresiones de asombro y grandes ademanes, y el oficial de guardia bajó presuroso del alcázar para dirigirse al combés. Seguro que le habían visto, Gil se puso el kanga, regresó a la caña y navegó al sur cuarta al sudeste, paralelo a la nave. Seguía a unas cien varas de la banda de babor, pero no se atrevía a acercarse por miedo a la turbulencia de la estela.

El maestre bajó corriendo del castillo de proa. Ordenó a los marineros que volvieran a la faena. Luego, le pasó el catalejo al oficial de guardia, probablemente el piloto o el sargento de marina. Otro oficial —¿el capitán?— apareció en la borda, cogió el catalejo y, a su vez, miró un buen rato al hombre alto, musculoso, medio desnudo, de pelo y barba rubios, que navegaba en aquella extraña embarcación paralela a la suya. Después le gritó al maestre, quien a su vez envió a los marineros subir por los obenques del palo mayor y del trinquete. Estaban recogiendo velas. Gil se apresuró a recoger la suya. Soldados con arcabuces y ballestas se apostaron en la borda, pero no le preocupaban. Nadie iba a dispararle; no iba a morir, y menos ahora, después de tantos años. Le habían rescatado. Estaba a salvo. Recogió el remo y, a medida que la nave aminoraba la velocidad, remó hacia ella con el entusiasmo de un loco y la habilidad de un salvaje.

—¿Quién eres?

El capitán, el piloto, el maestre, y hasta un sacerdote, le miraban desde la borda. El maestre, alto y delgaducho, con la barba gris muy recortada y casi calvo, era uno de los que le gritaban.

—Quédate donde estás y dinos quién eres.

—Tírame una escalerilla para que pueda subir a bordo.

—Pregúntale si habla portugués.

—¿Qué?

—¿Hablas portugués?

Gil comprendió súbitamente que no estaba hablando en portugués, sino en kongo.

—Sí, hablo portugués. Claro que hablo portugués. Soy portugués. De Villa Real en Tras-os-Montes.

—¿Qué dice? —le preguntó el capitán al maestre—. ¿Comprendes lo que dice?

—Dice que es portugués, de Tras-os-Montes.

—¿Le crees?

—Por amor de Dios, mírame. ¿No ves que soy portugués? Pertenece a la *Leonor*, una nave real.

—¿Qué dices? ¿De la *Leonor*? No puede ser. Conozco a todos los que navegaron en la *Leonor*, porque yo también navegué en ella. ¿Cómo te llamas?

—Gil Eanes.

—¿Gil Eanes?

En el momento que el maestre repitió su nombre, Gil reconoció quién era.

—¿Nuno Gonçalves? ¿Es usted, don Nuno? Claro que es usted. ¿No me reconoce? Soy yo, Gil Eanes.

—¿Gil Eanes? ¿Cómo puedes ser tú si estás muerto?

—No, no estoy muerto. Míreme. Mire lo que llevo. ¿No recuerda este collar?

—Gil, ¿eres tú, Gil? Virgen santa, no puedo creerlo.

—¿Quién es?

—Gil Eanes. Era paje de Diego Cão, capitán de la *Leonor*, cuando navegamos por estas aguas. Lo creíamos muerto a manos de los negros de este reino en el río *Poderoso* que descubrimos aquí. Tiradle la escalera.

Tiraron una escalera por encima de la borda. Gil la sujetó y comenzó a subir. Pero entonces se detuvo bruscamente para echar una minuciosa mirada a los rostros que le contemplaban, los primeros rostros blancos que veía en diez años. Le sorprendieron. Parecían muy feos, sucios y extraños, con la piel salpicada de rosa, gris y amarillo, cubierta de pelo grasiento y enmarañado, las facciones demasiado grandes y marcadas, los dientes mellados y negros, los ojos inyectados en sangre y legañosos, algunos saltones, las cuencas vacías o tapadas con parches. ¿Era éste el aspecto de los hombres blancos? ¿Era éste su aspecto? No lo recordaba así. Se dejó caer en su embarcación, recogió el cuchillo, el arco y las flechas, y ató la canoa al último peldaño de la escala para que no se la llevara el mar. ¿Por qué lo hacía? Nunca más volvería a necesitar el cuchillo, el arco, las flechas ni la embarcación. Volvía a Portugal, quizá por el camino más largo de las Indias, pero volvía a su hogar.

Nuno Gonçalves lo apretó contra su pecho en un abrazo de oso en cuanto pisó la cubierta, y luego lo apartó para mirarle de pies a cabeza con una sonrisa de felicidad.

—Don Nuno.

—No me lo puedo creer, Gil. ¿Cómo puedo creerlo? Es un milagro. ¡Santa Madre de Dios! ¿Eres de verdad tú, *rapazinho*, que vuelves de entre los muertos? Míralo, un hombre feroz de la selva. ¿Dónde está el chico que

conocí? Este hombre que tengo delante me asusta. —Pero lejos de asustarse, Gonçalves volvió a abrazarlo—. ¡Cuántas historias debes tener por contar, *rapazinho*! ¡A cuántas aventuras habrás tenido que sobrevivir para estar ahora aquí para contarlo!

—Gonçalves.

—Perdón, mi capitán, ya sabe, la emoción. Gil, permíteme que te presente a nuestro capitán, el descubridor del cabo de Buena Esperanza, Bartolomé Días de Nováis.

Era un hombre bajo con una gran barriga y piernas flacas, ojos llorosos y expresión melancólica. El pelo y la barba eran totalmente blancos, pero en realidad, no era muy viejo. Seguramente, el pelo y la barba se le habían vuelto blancos a consecuencia de algún tremendo susto. Iba elegantemente vestido, con un chaleco de terciopelo bordado, encaje blanco en las muñecas y las rodillas, gola blanca almidonada, un lustroso casco de acero y espada al cinto. El descubridor del cabo de Buena Esperanza, el promontorio al final de África donde se encontraban el océano Atlántico y el de las Indias. Gil, medio desnudo, con el kanga por único ropaje y el aspecto de un salvaje rubio salido de la selva africana, no sabía cómo saludarlo. ¿Debía hincar la rodilla? ¿Besarle el anillo? No consiguió recordar la forma correcta y se limitó a asentir. Días le respondió de la misma manera, al parecer perplejo más que disgustado. Los soldados y los marineros miraban a Gil, boquiabiertos.

Para Gil, todavía poco habituado al aspecto de estos hombres blancos, el sargento de marina, Tomé Rodrigues, que Gonçalves le presentó a continuación, era quien tenía peor aspecto, vestido con cota de malla, hombreras de acero, un pañuelo rojo atado a la cabeza, un aro de latón en una oreja, un parche de cuero en un ojo, la barba negra grasienta y descuidada, el pelo recogido en una coleta grasienta y un machete en la mano. Y el piloto, Antao Paiva, parecía otro bergante de cuidado, con los pantalones y la camisa mugrientos y el puñal en la cintura. Por la coloración verdosa de la piel y el hedor del aliento resultaba obvio que sufría de disentería.

En cambio, el capellán de la nave pertenecía a una clase diferente. Alto como Gil, pero de constitución mucho más delicada y los labios muy rojos, sólo era algo mayor que él. Se llamaba Rui de Sousa, y era cura del colegio de Santo Eloi. Llevaba una sotana negra de buen corte, con botones, sombrero de teja de terciopelo negro y un rosario de ónice con un crucifijo de plata que le colgaba sobre el pecho enjuto. El bigotito negro y la perilla enmarcaban la parte inferior de su rostro blanco y sus facciones zorrunas.

—¿Eres cristiano, hijo mío? —preguntó después de que Gonçalves les presentara, cogiendo las manos de Gil mientras miraba con expresión de disgusto el torso desnudo del joven.

—Desde luego que soy cristiano, padre.

—¿Y has mantenido tu fe?

Gil apartó las manos, un tanto molesto por la pregunta.

—Lo mejor que he podido.

—Cuando estés preparado, te escucharé en confesión.

Gil no le replicó, aunque se le ocurrieron unas cuantas réplicas a cuál más grosera.

—Ahora cuéntenos tu historia, Gil, y no te olvides ni un solo detalle. — Gonçalves volvió a poner un brazo sobre los hombros de Gil—. Sin duda será una historia increíble, la más fantástica de las aventuras. Aunque yo diría que no te ha sentado nada mal. Te has convertido en un hombre fuerte y feroz. No era más que un mocoso cuando le vi por última vez, mi capitán. No acabo de creérmelo. Volver de entre los muertos. Es un milagro, ¿no es verdad, padre?

—No lo sabremos hasta que nos cuente su historia —respondió el sacerdote.

Gil relató su historia sentado a la mesa del capitán, servida en la gran cámara del castillo de popa, con Gonçalves sentado a su lado en el banco. El capitán ocupaba la cabecera, en su poltrona, y el sacerdote, en el banco al otro lado de la mesa. El piloto y el sargento continuaban en cubierta, gobernando la nave que había reanudado el viaje.

—¿Y qué se hizo del tal Bemba? —preguntó el cura.

—Mbemba.

—Mbemba. ¿Qué fue de él? ¿Lo mataron?

Gil meneó la cabeza.

Al principio del relato, Gonçalves le había interrumpido con frecuencia para intercalar aquellas partes de la historia que Gil no sabía, el regreso de la *Leonor* al Zaire y el encuentro con los dos alabarderos que esperaban en Mpinda, la noticia de la muerte del padre Sebastião y de Gil, y otros detalles, pero en cuanto Gil se metió de lleno en la narración, Gonçalves permaneció en silencio y escuchó arrobado. El capitán Bartolomé Días también escuchaba en silencio, pero no con la misma atención. Había algo curiosamente apático en su rostro, en los ojos tristes, en la expresión distraída, como si el miedo que le había vuelto el pelo blanco no le hubiera abandonado. Dejó que el cura de rostro pálido y facciones afiladas dirigiera la entrevista como si fuese el sacerdote y no él quien estuviera al mando de la expedición.

—Cualquiera hubiese creído que le matarían por ayudarle. ¿Sabe por qué no le mataron?

—Es el amado hijo de su padre, el rey.

—¿Tienen esos sentimientos?

—¿*Perdão*?

—Esos negros, ¿tienen sentimientos como el amor filial?

—Tienen los mismos sentimientos que nosotros, padre.

—¿Los tienen? Qué interesante. —Una débil sonrisa curvó los labios rojos del cura. Miró a Gonçalves—. Don Nuno, creo que es como usted dice.

—¿Qué, padre?

—Que la salvación de su amigo es un milagro. ¡Cuán inescrutables son los caminos del Señor! Ha protegido a su amigo durante todos estos años. Le ha salvado, señor Eanes, no sólo por su propio bien, sino para que nos ayude en la obra que Él nos ha enviado a hacer.

—¿Qué obra es ésa?

—La evangelización del reino de los kongos.

—¿El reino de los kongos? ¿Qué tienen que ver ustedes con el reino de los kongos? Ustedes van a las Indias, ¿no es así, Nuno? Mi capitán, ¿no van ustedes a las Indias?

—¿A las Indias? —Días se movió en la poltrona, sobresaltado y con una súbita expresión de alerta—. ¿Cómo vamos a ir a las Indias? Todavía no se ha descubierto el camino a las Indias. Dicen que yo tendría que haberlo encontrado ya. Dicen que Cão tendría que haberlo encontrado ya. ¡Pobre Cão! Al menos, me han evitado su destino. Pero lo habría encontrado si el rey donjuán me hubiese dado otra oportunidad. En cambio, esa oportunidad se la ha dado a Vasco de Gama.

—Don Bartolomé, critica usted a Su Majestad.

—Sí, padre De Sousa. Sí, supongo que lo hago. Pero discutí con él. Tendría que haberme dado una segunda oportunidad.

—Le ha dado una segunda oportunidad. Ésta es su segunda oportunidad.

—¿Lo es? Sí, supongo que sí. Y si también esta vez fracaso, entonces sin duda seguiré el mismo camino del pobre Cão.

—No fracasaré. Ninguno de nosotros fracasará, pues ésa es la voluntad de Dios. ¿No nos ha dado el milagro de la salvación del señor Eanes como una muestra de que no fracasaremos?

—Quizá, padre De Sousa, quizá. —Días volvió a reclinarsse en la poltrona.

¿Qué le pasaba? ¿Qué había querido decir con seguir el mismo camino de Cão? ¿Qué le había pasado a Diego Cão?

—No, no vamos a las Indias, señor Eanes. Vamos al Congo para salvar las almas de los negros y negociar con las riquezas de su reino.

* * *

—Es una locura, Nuno. Le digo que no nos dejarán desembarcar. Nos matarán a todos si lo intentamos.

—Puede ser, Gil, pero ¿qué podemos hacer? Navegamos a las órdenes del rey Juan II de Portugal.

Estaban solos en el pañol del castillo de proa de la *Beatriz*, y como tantos años atrás a bordo de la *Leonor*, Gonçalves buscaba en los cofres y en los armarios unas prendas adecuadas para Gil. No podía seguir medio desnudo como un salvaje.

—El rey Juan no sabe lo que yo sé, Nuno. Días puede presentarme en la corte cuando regresemos a casa, y yo se lo explicaré. El rey lo entenderá. Además, le preocupa mucho más el éxito del viaje de Vasco de Gama. Usted mismo lo dice.

—Incluso así, Días no dará la vuelta. Teme por su vida. Se considera muy afortunado por no sufrir el destino de Cão al negársele emprender un nuevo viaje a las Indias después de rodear el cabo de Buena Esperanza. Pero incluso si le convenciéramos para que regresara, el padre De Sousa no se lo permitiría. Ve la ocasión de hacerse un nombre en Roma. Ten, pruébate esto.

Gil cogió la camisa de algodón azul que le ofrecía Gonçalves, pero no se la puso. Miró la lámpara de aceite colgada de una traviesa que se balanceaba suavemente. La nave avanzaba a unos cuatro o cinco nudos por hora, con rumbo sur cuarta al este. Dentro de unas horas, antes del anochecer, llegaría a la desembocadura del Zaire. Tenía que detenerla. No podía regresar al Congo. No con una nave de hombres blancos. Le echarían todas las culpas. Dirían que todos sus intentos de volar en sus pequeños pájaros habían sido para volver con otra nave de hombres blancos. Lo matarían. Los matarían a todos. ¿Cómo podía convencer a Días de todo esto?

Gonçalves le había explicado el miedo de Días. Cuando la *Leonor* regresó a Lisboa en 1484 sin encontrar la ruta marítima a las Indias —había navegado otras trescientas leguas por la costa africana desde la desembocadura del Zaire antes de dar la vuelta—, la ira del rey fue tan tremenda que mandó encarcelar a Cão. Si, como se rumoreaba, también lo había hecho matar, era algo que nadie sabía. Gonçalves lo dudaba. Creía que Cão continuaba pudriéndose en

las mazmorras del palacio de Sintra. Sin embargo, una cosa era cierta: nadie había sabido nada más de Cão.

Debido a las dificultades que había encontrado Cão —los terribles vientos adversos y el problema de las corrientes marinas más al sur—, el rey don Juan II había considerado la posibilidad, propuesta por un tal Cristóbal Colón, un capitán genovés que por aquel entonces vivía en Lisboa, de llegar a las Indias navegando no hacia el sur siguiendo la costa occidental africana, sino hacia el oeste a través del Atlántico. Al final, don Juan rechazó la propuesta como una fantasía —Colón entonces se marchó para proponer su *Empresa de las Indias* a los monarcas de España— y escogió a Días para hacer aquello que Cão no había conseguido. En 1488, Días estuvo a punto de lograrlo. Rodeó el Prassum Promontorium al final de África —que bautizó con el nombre de Cabo de las Tormentas, pero que donjuán rebautizó con el nombre de Cabo de Buena Esperanza— y navegó otras cincuenta leguas por el otro lado. Sin embargo, cuando llegó el momento de atravesar el océano índico, la tripulación amenazó con amotinarse. La nave hacía agua, los aparejos y el velamen estaban hechos trizas, escaseaban las provisiones, y el trayecto de regreso a casa era larguísimo. Así que Días cambió el rumbo y dio media vuelta.

La recepción que tuvo a su regreso fue apenas un poco más cálida que la dispensada a Cão. En reconocimiento a la hazaña de rodear África y llegar al océano índico —el primer europeo que lo conseguía desde la antigüedad, si es que había habido otro—, se salvó de la prisión pero perdió el favor real. Vasco de Gama fue el designado para completar el viaje a las Indias. Con la intención de redimirse, Días solicitó el mando de la *Beatriz* para explorar el río *Poderoso* descubierto por Cão y establecer un acuerdo comercial con el reino existente en sus orillas. Gonçalves no sabía si Vasco de Gama había tenido éxito —la *Beatriz* había zarpado antes de que estuviera preparada la flota de Vasco de Gama—, pero Días estaba convencido de que su vida dependía de sus propios esfuerzos y de sus éxitos.

—Prefiere morir gloriosamente en las riberas del Zaire, Gil, a vivir en la ignominia, encerrado en las mazmorras de Sintra.

—Y se saldrá con la suya. También usted morirá, Nuno, y todos nosotros. La campana de la nave sonó ocho veces.

—Es mi turno de guardia, Gil. Hazla conmigo. Tú conoces esta costa. Si la memoria no me falla, creo que llegaremos durante esta guardia.

—¿No ha escuchado ni una palabra de lo que he dicho, Nuno? No podemos navegar hasta el Zaire. Nos matarán si lo hacemos. Es precio que

regresemos. Tiene que ayudarme a convencer a Días.

—No se le puede convencer. Al menos, tiene que intentar el desembarco. Se lo exige el honor. Luego, si la situación es peligrosa como tú dices, ya se verá.

—¿Qué quiere decir con «si la situación es peligrosa» como yo digo? ¿Es que no me cree?

—Claro que te creo, pero...

—¿Pero qué?

—Admite que la última vez los negros nos trataron bastante bien.

—Le digo que ahora es diferente. Creen que traemos el mal. Creen que venimos a robarles los cuerpos y las almas. Esta vez no nos tratarán amablemente. Esta vez nos matarán.

—Días tendrá que verlo por sí mismo y el padre De Sousa también. Vamos a cubierta y haz la guardia conmigo.

—No me cree. Piensa que lo digo para no volver allí y que lo que quiero es volver a casa.

Y quizás era cierto. Quizás exageraba el peligro porque no quería volver nunca más al Congo; al fin y al cabo, después de todos estos años, ansiaba volver a su casa. Vestido con la camisa azul y los pantalones de lona que le había procurado Gonçalves, pero descalzo, con el puñal a la cintura, el arco y la aljaba a la espalda, siguió al maestro al alcázar. Marineros y soldados se apartaban a su paso, susurrando mil comentarios divertidos. ¡Qué aspecto debía de tener para ellos, mitad marinero portugués, mitad salvaje kongo! El pálido disco solar estaba a menos de dos palmos por encima del nuboso horizonte.

Días, el padre De Sousa y Paiva, el piloto, estaban en el alcázar. El cura acababa de bendecir la guardia. Días y Paiva volvían a estudiar la carta desplegada sobre la mesa del piloto junto a la bitácora. Gil reconoció el documento. Era la carta de la desembocadura y el estuario del Zaire que José Vizinho, piloto de la *Leonor*, había dibujado hacía diez años.

—Señor Eanes, conocerá muy bien las mareas, las corrientes del río Zaire, los bajíos y los vientos —comentó Días, alzando los ojos de la carta.

—Sí, mi capitán.

—Entonces, lo consideraría como un gran favor si aceptara llevar el timón cuando comiencen los sondajes.

—No, mi capitán, no lo haré.

—¡Gil!

—No, Nuno, no guiaré la nave a un desastre seguro.

—¿Por qué un desastre seguro, señor? —preguntó Días—. ¿Por qué insiste en que será un desastre? Estoy bien armado. Tengo a bordo lombardas y falconetes. Tengo una compañía de soldados que son veteranos de las guerras contra los negros de Guinea. Me temo que lleva demasiado tiempo apartado del mundo, y ha olvidado los buenos servicios del acero y la pólvora y el valor de los portugueses.

—No, mi capitán, no lo he olvidado. Pero sé que servirán de muy poco contra los kongos.

—¿Por qué? Mire aquí. Mire la carta de Cão. Muestra que el estuario del río es navegable hasta unas cuarenta leguas del mar. ¿No es correcto?

—Lo es.

—En consecuencia, ¿puedo navegar río arriba hasta este pueblo o ciudad marcada aquí? ¿Cómo se llama? Mpinda.

—Puede.

—Muy bien. Si los negros son hostiles como dice y se oponen a nuestro desembarco, fondearé delante de Mpinda y utilizaré mis lombardas y falconetes para acabar con la resistencia o ponerles en fuga.

—¿Y qué supone usted que conseguirá?

—¿Eh?

—Le diré lo que conseguirá. Matará a mucha gente, pero también levantará a decenas de miles de hombres contra usted. ¿Qué hará entonces? ¿Cree de veras que podrá cumplir las órdenes del rey y establecer un acuerdo comercial con los negros? ¿Cree que el padre podrá hacer el trabajo de Dios e inculcarles la fe?

—Tiene razón, don Bartolomé —intervino el padre De Sousa—. Creo que tiene razón. No conseguiremos hacer por la fuerza aquello que hemos venido a hacer.

—¿Cuál es su propuesta?

—Creo que eso debemos preguntárselo al señor Eanes. ¿Qué propone que hagamos, hijo mío?

—Lo que propongo desde el principio, padre. Dar media vuelta y regresar a Portugal. Yo le explicaré al rey los motivos.

—No, no regresaremos. No regresaremos a Portugal. No nos derrotarán tan fácilmente. Ni por pienso. Piense alguna otra cosa.

—¿Qué?

—Sin duda, después de vivir tanto tiempo entre esos negros, puede pensar en alguna otra cosa.

—No puedo.

—¿Qué hay de Mbemba, el príncipe kongo, el amado hijo de su padre, el rey kongo, ese amigo al que una vez enseñó a leer? ¿Qué me dice de él, hijo mío?

III

La *Beatriz*, con todas las velas arriadas, se mecía suavemente, anclada en la pequeña cala que Gil llamaba bahía de la Catarata, porque había una oculta a sotavento de los acantilados, a dos leguas al norte de la entrada a la desembocadura del Zaire. Gil la había pilotado personalmente hasta allí. Se había despojado del atuendo marinero, y, una vez más, vestía el kanga, con su cuchillo en la cintura, el arco y la aljaba a la espalda. Su embarcación flotaba al costado de la nave y habían tirado la escala por encima de la borda. Era de noche. Acababa de asomar una media luna oculta en parte por los nubarrones arrastrados por el viento. No aparecía estrella alguna en el vasto firmamento.

—¿Tengo su palabra, mi capitán? ¿No se moverá de aquí hasta mi regreso?

—Tiene mi palabra, *senhor*.

—Éste es un puerto seguro, mi capitán. La catarata le proporcionará toda el agua dulce que necesite. Hay abundancia de leña en la playa y de peces en el mar y, si necesita carne fresca, verá que al atardecer los animales se acercan a beber en el lago que forma la catarata. Por lo tanto, no hay motivos para moverse de aquí hasta mi regreso.

—¿Y cuándo calcula que será?

—No lo sé. Si consideramos que el padre De Sousa me ha convencido de que intente esta locura, pero no de que no es una locura, es más que probable que no regrese. Le aconsejo que espere hasta la luna nueva, y si para entonces no he regresado, ponga rumbo a Portugal. No entre en el Zaire. Si en esas fechas no he regresado, puede estar seguro de que me han capturado y, si me capturan, puede estar seguro de que los kongos saben que está aquí y que le estarán esperando en las riberas del Zaire con decenas de miles de guerreros.

—¿Quién se lo dirá?

—Se lo habré dicho yo —replicó Gil, con un tono desabrido—. No soy ningún héroe cuando me ponen un cuchillo en la garganta.

Días miró al padre De Sousa.

—¿Quieres que te confiese antes de partir, hijo mío? —preguntó el sacerdote.

—No tengo nada que confesar, padre.

El padre De Sousa sonrió con sus labios sorprendentemente rojos.

—Deja que vaya contigo, Gil.

—No, Nuno. El mejor servicio que me puedes prestar es asegurarte de que la *Beatriz* permanezca aquí. Porque si la ven los kongos antes de mi regreso, sin duda me matarán.

—¿Por qué me insulta diciendo eso, señor? —protestó Días, ofendido—. ¿No le he dado mi palabra?

—Usted sí, mi capitán, pero he visto que el padre De Sousa se callaba. —Dicho esto, Gil saltó por la borda de babor con la agilidad de un felino y se descolgó por la escala hasta su canoa.

Salió a remo de la pequeña cala, alzó la vela y, con el viento cambiante del sudeste, puso rumbo al suroeste cuarta al sur. La luz de la luna velada por los nubarrones era escasa, pero suficiente para navegar. Su visión era aguda, todos sus sentidos eran agudos, afinados por los años en un entorno peligroso. Veía las rocas a lo largo de la costa que representaban un riesgo, el rompiente en la playa limitada por los acantilados, los bajíos arenosos. Notaba la sal en la bruma y olía la miel de las buganvillas que crecían en los alrededores de las lagunas formadas por la marea. Notaba la marea muerta debajo de la quilla y el tirón de la corriente del norte. A lo lejos se oía el rugido del león y la risa del chacal; sentía la interminable soledad del mar. Se sentía tranquilo en este mar a lo largo de la costa y le daba tiempo para pensar.

El plan del padre De Sousa era llevarle un mensaje a Mbemba. La reacción inicial de Gil había sido tomar al cura por un loco. Pensó: regresaré al Zaire, dejaré pasar unos días, y luego regresaré a la *Beatriz* para decirles que Mbemba ha rechazado la propuesta, e insistiré en que pongan rumbo a Portugal y me devuelvan a casa de una vez por todas. Sin embargo, era consciente de que una estratagema tan infantil no daría resultado. Gonçalves tenía razón. Ni el cura ni el capitán, uno por ambición y el otro por miedo, se marcharían sin haber intentado el desembarco, incluso por la fuerza si era necesario, para plantar el estandarte del rey y levantar la cruz en aquellas tierras. Habría una guerra, la *Beatriz* sería destruida y él no regresaría a Portugal. Por lo tanto, tomaría en serio la idea del sacerdote: llevarle a Mbemba el mensaje de que los hombres blancos habían vuelto.

La luna se había hundido en el mar; y el cielo, el agua y la tierra tenían el mismo color negro cuando rodeó la punta norte de la desembocadura del Zaire. Recogió la vela y los aparejos, quitó el mástil y remó hacia la isla guiándose por el oído, el olor y el instinto. Le resultaba sorprendente lo bien

que se manejaba en la oscuridad, el conocimiento que tenía de estas aguas, de la tierra y del cielo. Era su hogar, mucho más que su otro hogar en Portugal. Aquí se había hecho hombre. Aquí, en la tierra de los kongos, se había convertido en el hombre que era. ¿Qué clase de hombre hubiese sido en Portugal?

En la isla reinaba el silencio. Incluso las ranas, las cigarras y los búhos se callaron cuando chapoteó hasta la orilla. Esperó a que reanudaran su suave canto nocturno y permaneció con el oído atento a cualquier ruido que no fuera habitual. Era una precaución rutinaria. No se oía nada y avanzó hacia la casa.

¿Por qué no había querido confesarse con el cura? Según los preceptos de la Iglesia, había cometido un montón de pecados. Tendría que haber aprovechado la oportunidad de confesarse y escuchar una vez más las palabras que, en la infancia, le habían dado tanto consuelo: *Ego te absolvo*. Pero había algo en aquel sacerdote que no le gustaba: era un cura ambicioso. Y había algo más. Los pecados en sí mismos a él no le parecían tan terribles. Quizás el cura había hecho bien al preguntarle si era cristiano. Tal vez ya no lo fuera. Quizá se había convertido en un pagano de este río y de este mar, de este cielo y de esta selva: del Congo.

Entró en la casa y atisbo en el cuarto de la mujer. Dormía, acurrucada en el camastro. Antes de dejar el umbral, la mujer se despertó; él se dio cuenta por el cambio de la respiración, pero no se movió. Simuló continuar durmiendo.

—Nimi.

Si él, como siempre, la hubiera llamado *mchento*, probablemente hubiese continuado fingiendo. Pero escuchar su nombre la sobresaltó. Inmediatamente se sentó en el camastro.

—¿Qué?

Gil permaneció en silencio un rato largo.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer, cada vez más enfadada. Al ver que él seguía mirándola sin responderle, desapareció el enfado y abrió los ojos. Comprendió que había ocurrido algo extraordinario—. ¿Qué ha pasado?

El hombre entró en el cuarto y fue a sentarse sobre los talones junto al camastro. En un inesperado gesto de ternura, la sujetó por los hombros. Ella se estremeció al sentir el contacto.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quieres?

—Quiero tu ayuda.

—¿Para hacer qué?

—Si me ayudas, Nimi, te prometo una cosa. Volverás a ser libre, libre de mí y de esta maldita isla, libre para regresar con tu gente. Pero si no me ayudas, si me traicionas, te prometo esto. —Deslizó sus grandes manazas por la curva de los hombros y, con la ternura del amante que había sido, le rodeó el cuello con los dedos—. Te mataré.

La mujer no se movió. Jadeaba, pero no tenía miedo. Le miró con osadía y atrevimiento. No, no le tenía miedo ni tampoco tenía miedo a morir, resignada como estaba a su destino.

—¿Qué quieres que haga para ayudarte?

Gil apartó las manos del cuello de la mujer y volvió a sentarse sobre sus talones.

—Que vayas a Mbanza Kongo, busques a Mbemba y le des un mensaje.

—¿Por qué?

—Para recuperar la libertad. Para que ambos seamos libres, el uno del otro y de este maldito lugar.

—¿Tú crees que nos dejará libres? Se lo has pedido muchas veces y nunca ha querido.

—Esta vez será diferente.

—¿Por qué va a ser diferente?

¿Cuánto podía decirle a esta mujer que le culpaba por arruinarle la vida? ¿Hasta dónde podía confiar en la mujer a la que había tratado con desprecio durante tanto tiempo?

—¿Qué ha ocurrido para que vaya a ser diferente?

—Es un secreto. Es un secreto que nadie excepto Mbemba debe conocer.

La mujer esperó a que añadiera algo más, los labios apretados, y una expresión dura en el rostro correoso.

—¿Sabes que una canoa de grandes alas me trajo aquí?

Ella asintió.

—Ha vuelto otra vez. Ha vuelto para llevarme a mi casa en la tierra en la otra orilla del mar. Y cuando me vaya, tú también estarás libre para volver a tu hogar.

La mujer no hizo ningún comentario.

—Pero sabes lo que hará Mpanzu si se entera. Sabes lo que hará su madre, la Mbanda Vunda, y lo que hará el NgangaKongo si se enteran.

Ella volvió a asentir.

—Entonces sabes por qué es un secreto.

—Naturalmente.

—¿Me ayudarás a ir a Mbanza Kongo para hablar con Mbemba?

—¿Cuándo quieres ir?

—Ahora. Esta misma noche.

La mujer no le preguntó nada más. Abandonó el camastro, se arregló el kanga, metió en un cesto lo imprescindible para el viaje y dijo:

—Vamos.

Cruzaron el río para ir a tierra firme en la canoa de pesca. Al llegar al otro extremo hundió la embarcación en un lugar pantanoso de la ribera sur para que los niños soyos de Mpinda no la encontrasen, y en cambio él cuando regresara la tuviera a su disposición. Comenzaron la marcha no por el camino real al este de Mpinda —hacerlo sería una locura—, sino atravesando la selva de los mbatas por el oeste.

Gil vigilaba de cerca a la mujer, que le seguía de buen grado, pero Gil no acababa de confiar en ella. Conocía muy bien sus sentimientos. Sin embargo, no era en el viaje a Mbanza Kongo cuando debía preocuparle la posibilidad de una traición. Durante el viaje ella corría los mismos riesgos. No gozaba de más derechos que Gil para abandonar la isla, en la que estaban desterrados y, si los atrapaban, sufriría las mismas consecuencias. Pero una vez en Mbanza Kongo, estaría entre los suyos y no tendría tanto miedo. Aquí residía su dilema. Era precisamente porque la mujer estaría entre los suyos en Mbanza Kongo por lo que la necesitaba —la única posibilidad de enviar un mensaje a Mbemba dependía de la ayuda de su gente— y, sin embargo, aquél sería el momento ideal para traicionarlo.

* * *

—¡Calla!

—¿Qué pasa?

—Cazadores.

Gil se acurrucó en la choza. Nimi permaneció en el exterior con un cesto de setas a la cadera. Oculto detrás de la mujer, observó el paso de la columna de cazadores por una senda a menos de cien pies de distancia. Regresaban victoriosos de una trampa de elefantes montada en algún lugar cercano. Dos de ellos cargaban con los grandes colmillos amarillentos de un macho adulto, los demás llevaban grandes trozos de carne sanguinolenta, cubiertos de moscas. No les preocupó en absoluto la presencia de una mujer que recogía setas en estos parajes, a unas pocas leguas al sudoeste de Mbanza Kongo, y pasaron de largo.

—¿Vendrá? —preguntó Gil en cuanto se marcharon.

—No. Él enviará a gente para buscarte.

—¿Enviará a gente para buscarme? ¿Iré al recinto real?

—Sí.

—No, es demasiado peligroso. ¿Por qué no viene él aquí? Sería mucho más seguro.

—No lo sé. No me lo han dicho.

—¿Qué te han dicho? Deja la cesta y cuéntame todo lo que te han dicho.

Habían llegado a Mbanza Kongo por el oeste. Subieron a la meseta de la montaña real a través de las abandonadas minas de hierro, y acamparon en el mismo bosque donde lo dejaron abandonado tantos años atrás. La casa del muelle en río Luezi donde, diez años antes, se había alojado mientras esperaba que Mbemba lo llevara ante la presencia del ManiKongo, donde Nimi había venido por primera vez a él, la casa de sus hermanas, de su madre, de su tía, del bebé y de los dos niños (aunque ya no serían bebés y niños pequeños, y probablemente la madre y la tía estuvieran muertas), estaba a unas cuatro leguas al nordeste de este campamento. Recordaba que cuando acabaron de montar el campamento y de construir la pequeña choza, ella se había ido a su casa. Pasó allí cinco días entonces, y esperó su regreso con mucha aprensión.

Ahora confiaba en ella mucho más que al principio. Durante el viaje por la selva de los mbatas y cuando atravesaron las abiertas y ondulantes llanuras de los nsundis, Nimi había demostrado ser una compañera llena de recursos. Ella preparaba la caza, recogía frutos de la selva, encontraba los lugares más aptos donde ocultarse, hasta robó la canoa utilizada en el cruce del Lelunda, y después tuvo el valor de llevarla río abajo para que resultara más difícil seguirlos cuando descubrieran el robo. Ella recordaba el camino a través de las minas abandonadas hasta los bosques de la meseta, comprendía el peligro y la promesa de lo que estaba haciendo; en fin, parecía dispuesta a arriesgar el peligro por hacer realidad la promesa. Incluso así, esperó a que volviera de la casa de su familia, cinco días dominado por la ansiedad y el miedo.

Cualquier cosa podía salir mal. Incluso aunque no le traicionara, ella a él, alguien podía traicionarla a ella. Como ella no podía cruzar los puentes sobre el Luezi para ir al recinto real ni pasar por las puertas de las empalizadas para llevarle el mensaje a Mbemba, tendría que buscar a alguien que lo hiciera, y eso bastaría para despertar sospechas. Su plan era conseguir la ayuda de su hermana mayor. La última vez que se vio con ella, hacía ahora diez años, la hermana era la esposa de un guerrero de la guardia de Mbemba. Pero quizá la

hermana ya no era la esposa del guerrero, o el guerrero ya no era miembro de la escolta del príncipe o, incluso en el caso de que no se hubiesen producido cambios al respecto, ninguno de los dos querría verse involucrado en una empresa muy cercana a la traición. La otra posibilidad era la tía. En realidad, la casa pertenecía a la tía, y la razón para que la hubieran escogido como el alojamiento de Gil cuando Mbemba lo llevó por vez primera a Mbanza Kongo, era que la tía formaba parte de la servidumbre en la casa de Mbanda Lwa, la madre de Mbemba. Pero si la tía continuaba viva, si seguía al servicio de la segunda reina y si estaba dispuesta a jugarse el cuello en beneficio de la sobrina resultaba imposible de saber al cabo de diez años.

—Me dijeron que él enviaría a buscarte.

—¿Quién te lo dijo, tu hermana?

—No, mi tía.

—¿Habló ella con Mbemba?

—No, habló con la Mbanda Lwa.

—No.

—¿Qué?

—No estoy muy seguro de que hiciera bien. ¿Qué le dijo a la Mbanda Lwa?

—Que tú querías hablar con Mbemba.

—¿Nada más? ¿No le dijo nada acerca de la canoa con grandes alas?

—No sabe nada de la canoa con grandes alas. No le dije nada. No se lo dije a nadie. Dijiste que era un secreto que sólo Mbemba debe saber.

—Eso. Bien hecho. ¿Qué más? Continúa. ¿Qué respondió la Mbanda Lwa cuando tu tía le dijo que yo quería hablar con Mbemba?

—Que Mbemba enviaría a buscarte.

—¿Lo dijo la Mbanda Lwa? ¿No lo dijo Mbemba?

—Mi tía no habló con Mbemba. Sólo habló con la Mbanda Lwa.

Gil miró al exterior por la pequeña entrada de la choza. La luna llena, velada en parte por las nubes, nimbaba de resplandores plateados. La *Beatriz* esperaba hasta la próxima luna nueva.

—¿Cuándo hablaron?

—Hace tres días.

—Pues han pasado tres días y Mbemba todavía no me ha llamado.

—No te mandará a buscar aquí.

—¿No?

—No sabe que estás aquí. No sabe dónde estás. Nadie lo sabe. También esto lo mantuve en secreto.

—Me cuidas muy bien, Nimi.

—Enviaré a buscarte a la casa de mi familia. Mi tía le dijo a la Mbanda Lwa que te enviara a buscar allí. Yo estaré en la casa. Si los que vengan a buscarte son de verdad gente de Mbemba, lo traeré aquí. Si no... —Su voz se apagó.

—¿Tú también dudas de la Mbanda Lwa?

La mujer se encogió de hombros.

—Ahora debo regresar a la casa de mi familia.

—Iré contigo.

—No, allí no estarás seguro. En este asunto también dudo de mi familia. —Se agachó para salir de la choza y se encaminó hacia la selva iluminada por la luz opaca de la luna.

Gil la vio alejarse. Sí, confiaba en ella, pero sabía que si la Mbanda Lwa los traicionaba, la mujer no podría protegerlo porque tampoco ella estaría a salvo. Por mucho que lo jurase, o por grande que fuese su valor, la obligarían a descubrir su escondite. Tenía que estar preparado. Le dio unos minutos de ventaja y luego la siguió.

La luna se había ocultado. Llegaron a las afueras de la ciudad, donde se acababa la selva y comenzaban los campos de cultivo y aparecían las primeras casas. Apuró el paso para disminuir la distancia que les separaba, mientras cruzaban unos cultivos de cereales, preocupado ante la posibilidad de perderla de vista en la oscuridad. Sin embargo, en el momento en que Nimi se dirigió en línea recta hacia el río Luezi, tuvo que desistir de la persecución. Rondaban guerreros por el muelle vigilando los puentes que cruzaban el río y comunicaban con el recinto real. La dejó ir y regresó a la selva para considerar la situación.

La razón de seguirla hasta la casa era ver a quién enviaban a buscarle y hacerlo antes de que ella lo guiara, voluntariamente u obligada, hasta el campamento de la selva. De esa manera, dispondría de tiempo para escapar si descubría que el emisario no pertenecía a la gente de Mbemba. Bien, quizá no fuera necesario estar en la casa para saberlo. Lo más probable es que la mujer regresara por el mismo camino, así que tendría tiempo de sobra si la esperaba allí.

Lo hizo. Pocas horas después los vio aparecer. Nimi delante, escoltada por dos hombres. Quizás eran guerreros, altos, delgados y jóvenes, pero no parecían ir armados. Uno llevaba una larga pértiga como las que se usan para empujar las canoas de pesca en aguas poco profundas; el otro cargaba sobre

los hombros una tela de corteza machacada que bien podía ser una red. ¿Serían pescadores? Nimi llevaba el cesto sobre la cabeza como siempre.

La mujer caminaba a buen paso, y los dos jóvenes se esforzaban para mantener el ritmo. Gil lo interpretó como una buena señal. Nimi parecía ansiosa por llegar al campamento y no daba muestra de que la estuvieran obligando. El hecho de que hubiera regresado tan pronto, también era una buena señal. Si a estos hombres no los enviaba Mbemba, sin duda hubieran tardado mucho más en forzarla a guiarlos hasta el escondite.

Avanzó dando un rodeo sin perderlos de vista ni un segundo. Los hombres vestían kangas verdes con ribetes rojos. Tenían que ser guerreros de Mbemba, aunque parecían muy jóvenes. Desaparecieron de la vista mientras cruzaban los campos de mijo y de sorgo. Cuando los volvió a ver estaban a punto de entrar en la selva.

Nimi se detuvo y miró atrás, sin duda para comprobar que nadie los seguía. Los dos jóvenes la imitaron. Nimi les dijo alguna cosa. Ellos le escucharon con atención, como si ella fuese su madre. Señaló en una dirección, y después en otra. Ellos miraron en las direcciones señaladas. A continuación, el joven de la pértiga entró en la selva sin compañía. Nimi esperó un par de minutos antes de indicarle al otro que la siguiera. Otra buena señal. Ellos nunca la hubiesen dejado sola si la traían por la fuerza.

—Nimi.

La mujer se sobresaltó.

—Aquí.

—¿Gil Inis?

—Sí.

—Me has asustado —dijo la mujer mientras él la sujetaba por un brazo y la llevaba a la protección de los árboles.

—¿Está todo en orden?

—Eso creo.

—¿Vienen en nombre de Mbemba?

—Eso dijeron. Llevan los colores de su casa.

—¿No estás segura? ¿No los has reconocido?

—¿Cómo podría reconocerlos? Son muchachos. Sólo eran unos niños cuando me enviaron contigo. Dicen que son mis primos.

—¿Tus primos?

—¿Recuerdas a los dos niños pequeños que estaban en la casa de mi tía cuando te llevaron allí? Dicen que son ellos. Dicen que Mbemba los envió porque creía que tú los recordarías, y, por lo tanto, confiarías en ellos.

—¿No estaba tu tía en la casa cuando dijeron que eran sus hijos?

—No.

—¿Dónde estaba?

—Con la Mbanda Lwa.

Gil miró en dirección a los jóvenes. El primero, el de la pértiga, ya había desaparecido en la espesura. El otro, con la tela sobre los hombros, miraba atrás.

—¿Dónde los has enviado?

—Al claro, al final del sendero. Les dije que fueran allí y me esperaran. Quería saber si me obedecerían.

—Pues parece que sí te han obedecido.

—Sí, creo que son quienes dicen ser. No los hubiese traído de no ser así.

—Lo sé, Nimi. —Gil desenvainó el cuchillo y abandonó la protección de los árboles.

—*Mbakala* —llamó suavemente—. Muchacho.

El joven de la tela, que no dejaba de mirar para atrás, lo vio inmediatamente y se detuvo. Gil se acercó presto con el cuchillo en ristre y, cuando lo alcanzó, le golpeó en el pecho con la palma de la mano. Le golpeó con fuerza, pero sin hacerle daño. Sin embargo, lo inesperado del ataque hizo que el muchacho cayera de espaldas. Gil se le echó encima de un salto.

—Gil Inis —gritó Nimi—. ¿Qué haces?

—Busca a su hermano, Nimi. Tráelo aquí —respondió Gil, hincando una rodilla en el pecho del joven mientras le acercaba el cuchillo a la garganta—. Di la verdad, *mbakala*. Di sólo la verdad si estimas en algo tu vida.

—Lo haré, Gil Inis.

—¿Eres de la casa del MtuKongo Mbemba a Nzinga?

—Lo soy, Gil Inis.

Estaba aterrorizado, los ojos brillantes por el miedo, y el rostro bañado en sudor. Gil sabía muy bien lo que estaba pensando el pobre diablo. El malvado príncipe blanco que había caído del cielo, la terrible criatura de los cuentos del hechicero, le tenía prisionero y ahora le robaría el alma. Gil levantó la mirada y vio a Nimi que regresaba con el otro joven. El muchacho le miró boquiabierto como si se hubiese encontrado con el demonio de sus peores pesadillas.

—¿Alguna vez me has visto antes, muchacho?

—Sí, Gil Inis.

—¿Cómo iba vestido cuando me viste?

—Hierro y acero —respondió el joven sin vacilar—. Un tocado de hierro, una túnica de acero.

Gil apartó la rodilla del pecho del muchacho caído y se puso en cuclillas. Era posible que dijeran la verdad. Incluso tenía sentido que les hubieran enviado. Ni Mpanzu, ni la Mbanda Lwa, ni el NgangaKongo los hubiesen enviado porque no tenían noticia de aquel lejano encuentro.

—¿Habéis venido para llevarme al recinto real?

—Así es, Gil Inis.

—¿Cómo lo haréis?

—Te llevarán como si fueses un cadáver —dijo Nimi.

Cogió la pértiga y la tela de corteza machacada que habían traído los jóvenes. La tela sería la mortaja. Envolverían a Gil en la tela y la coserían. Nimi tenía hilo y aguja en el cesto, luego le colgarían de la pértiga, por la cabeza y los pies, y, a continuación, los jóvenes le transportarían a través del Luezi.

—Nadie se interpondrá —afirmó Nimi—. Nadie se interpone en el camino de los muertos de la casa de un príncipe.

—¿Y tú?

—Yo te esperaré en nuestro campamento.

—¿Cuánto tiempo esperarás?

—Hasta que vengas y me devuelvas mi libertad.

IV

—¡**M**i señora!
—El niño que una vez conocí se ha convertido en un hombre fuerte, Gil Inis. Acércate. Deja que te mire.

—Señora, con todos mis respetos, me dijeron que me llevarían ante la presencia del MtuKongo, su hijo, Mbemba a Nzinga, y no ante la Mbanda Lwa.

—Te llevarán, Gil Inis, te llevarán.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como él regrese.

—¿No está aquí? ¿No sabe que he venido a Mbanza Kongo para hablar con él?

—No, pero pronto regresará y se lo dirán tan pronto como regrese.

—Entonces, ¿fue usted quien envió a los muchachos, y los envió con engaño, vistiéndolos con los colores de Mbemba?

—Perdona, fue un pequeño engaño nada más; pero cuando mi sirvienta me dijo que estabas en Mbanza Kongo pensé que lo mejor sería que esperases el regreso de Mbemba aquí conmigo, donde no corres tanto peligro como en la selva, donde podrías ser descubierto en cualquier momento.

Gil no le creyó ni una sola palabra —que lo hubiera engañado para traerle aquí sólo para protegerlo, o que Mbemba no estuviera en Mbanza Kongo—, pero prefirió no manifestarlo.

—Es muy amable de su parte y le agradezco la preocupación por mi seguridad, señora.

—Sí, es muy amable de mi parte, así que deja de preocuparte. Aquí no sufrirás ningún daño. Tú y yo tenemos los mismos enemigos, Gil Inis. Siéntate.

Gil se sentó con las piernas cruzadas, en el montón de esteras que la segunda reina le señaló, delante de donde se sentaba ella a la turca, con la espalda apoyada en los almohadones. Habían pasado diez años desde su último encuentro, tenía la cintura más gruesa, los pechos más flojos y un poco más de papada, pero seguía siendo una mujer hermosa con su rostro de delicadas facciones, la tez color miel, las largas pestañas y los grandes ojos de

mirada inteligente. Llevaba tres faldas: la primera hasta los tobillos, la segunda hasta las rodillas y la tercera parecía más un delantal, cada una en un tono diferente de marrón. El turbante era del mismo color pero más claro, y la holgada blusa con el tono más oscuro de todos. Aunque sin duda no se trataba de su atuendo regio, iba mucho mejor vestida que en aquella ocasión anterior.

La habitación era la misma de antaño, oculta entre las dependencias del palacio, y seguía siendo el escenario de sus planes y conspiraciones. Por consiguiente, continuaba tan vacía como en aquella ocasión. Los dos jóvenes que le habían traído con los falsos colores se marcharon corriendo nada más acabar de cortar la costura del sudario. Otra persona allí presente era una vieja sirvienta que, de pie entre las sombras y más allá del haz de luz proyectado por una solitaria lámpara de aceite, observaba curiosa y atenta. ¿Era la tía de Nimi, la madre de los jóvenes porteadores? Sí, era ella; de donde colegía que era posible que su presencia en Mbanza Kongo continuara siendo un secreto.

—Me alegra que hayas venido, Gil Inis. Has cometido una gran estupidez al venir pero, incluso así, me alegra.

—¿Por qué, mi señora?

—Porque a menudo me he preguntado qué aspecto tendrían los hombres de tu gente. No los vi cuando estuvieron aquí. Sólo te vi a ti, pero entonces sólo eras un niño. Ahora te veo convertido en un hombre. Me hablaron del pelo que les crece en el rostro a los tuyos y pensé: oh, qué feos deben ser. Pero ahora lo veo en tu cara y no me parece muy feo. —Se inclinó un poco hacia adelante y le rozó suavemente la barba con el dorso de la mano—. No es muy feo. Es suave y amarillo como la melena del león. —Se rió con mucha gracia reclinándose en los almohadones—. Sí, me alegra que hayas venido, Gil Inis, para poder ver el aspecto de un hombre con pelo en la cara. Pero tú no has venido aquí para enseñármelo.

—No, mi señora.

—No, has venido a hablar con mi hijo, pero ¿de qué quieres hablar con él? Tiene que ser un asunto muy importante para arriesgar así tu vida.

—Lo es.

—Me pregunto qué puede ser.

Él se encogió de hombros en, un gesto evasivo.

—¿No lo quieres decir? No, claro que no. Tampoco esperaba que lo hicieras cuando envié a buscarte. Sabía que me tocaría adivinar.

Todo en ella emanaba seducción, la forma de inclinarse para tocarle, la manera de reclinarse lánguidamente en los almohadones, con los pies metidos bajo los muslos como una niña, la risa provocadora en la mirada. Pero había

astucia en su seducción. Sólo deseaba averiguar por qué había venido a Mbanza Kongo, ver si podía servirle en los planes y conspiraciones que urdía constantemente en su mente inquieta.

—Sí, tendré que adivinarlo, ¿verdad?

—Haga lo que quiera.

—Los hombres blancos han vuelto de su tierra en la otra orilla del mar.

Gil intentó enmascarar el asombro que le producían estas palabras dichas con tanta convicción, pero notó una súbita opresión en el pecho. ¿Cómo podía saberlo? Nimi había jurado que nadie lo sabía. Sólo intentaba adivinar. Pero había acertado a la primera.

—¿Lo he adivinado? ¿Por eso has venido a Mbanza Kongo arriesgando la vida? ¿Para decirle a Mbemba que los hombres blancos han vuelto? Esto también me complacería, si es verdad.

—¿Para ver el pelo que le ha crecido en sus rostros?

—Eso —replicó ella riéndose—, y también para aprender cómo utilizar su magia.

—¿Para aprender a utilizar su magia? ¿Todavía piensa en eso después de tanto tiempo?

—¿Por qué no? Es una magia poderosa. ¿No dijiste una vez que es una magia más poderosa que la magia del NsakuSoyo, incluso más que la del NgangaKongo?

—Lo dije, mi señora, pero no pensé que lo creería cuando fui incapaz de enseñarle cómo sacarle provecho.

—¿Cómo podías enseñarme? ¿No dijiste también que sólo un sacerdote de tu gente podía hacerlo? Tú no eres un sacerdote de tu gente, Gil Inis.

—No, no soy un sacerdote de mi gente, mi señora.

—Por lo tanto, a menudo he pensado que si los hombres blancos volvían alguna vez, un sacerdote vendría con ellos y me enseñaría a utilizar esta poderosa magia.

—¿Por el bien de Mbemba? ¿Utilizarla para ponerle por delante de Mpanzu?

Una vez más la mujer se rió con aquella risa profunda suya.

—Sí, por el bien de Mbemba. Utilizarla para ponerle por delante de Mpanzu.

—¿Y eso también complacería a Mbemba?

—Mbemba nunca habla de los hombres blancos, y me tiene prohibido que hable de ellos. Tiene miedo de los problemas que podrían producirse después de la muerte de su padre, el ManiKongo.

—Pero no tiene miedo.

—No, no tengo miedo.

—Veo que no. Veo que es una mujer que no se asusta fácilmente; pero, incluso así, me sorprende que todavía piense en la magia de los hombres blancos después de tantos años. Me sorprende que no lo haya olvidado.

—¿Cómo podía olvidarme cuando tengo conmigo un recuerdo, el regalo que me dejaste antes de marcharte?

—¿De qué regalo habla, mi señora? ¿El breviario?

—¿El breviario?

—La escritura.

—No, no hablo de la escritura. El regalo que me dejaste con Mbemba.

—¿Cuál es ese regalo?

—¿No lo sabes?

—No.

—No, claro que no lo sabes. ¿Cómo podrías saberlo? ¿Quién te lo podía haber dicho? Sólo Mbemba. Pero él nunca te lo diría.

—¿Decirme qué?

—*Mchento*. —Llamó a la mujer que estaba de pie en las sombras—. Hazle entrar, *mchento*. Están esperando fuera.

—¿Quiénes esperan fuera? —Gil se levantó de un salto—. ¿A quién va a buscar?

—¿Por qué te preocupas tanto? ¿No te he dicho que tú y yo tenemos los mismos enemigos? No temas nada de mí, Gil Inis. Siéntate.

Gil no le hizo caso. Al cabo de unos momentos, la sirvienta regresó acompañada por dos personas.

—Nimi —dijo la Mbanda Lwa.

¿Nimi? ¿También había conseguido engañar a Nimi para que abandonara el campamento y viniera aquí?

Pero no era Nimi quien surgió de las sombras para acercarse a la luz de la lámpara. No era una mujer vieja, arrugada, una mujer convertida en anciana antes de su hora. Era una mujer joven, hermosa, capaz de cortarle la respiración a un hombre como él que durante tantos años no había tenido a una mujer: las piernas largas, la cintura fina, las caderas y los pechos rotundos, los hombros anchos, vestida con un kanga verde claro con ribetes rojos muy ceñido, y un collar de perlas de río de una sola vuelta alrededor del cuello. Dios, era la otra Nimi, la NtinuKongo, la princesa que él había convertido en el personaje de un cuento de hadas a lo largo de los muchos años de naufrago. ¿Cuántos años tendría ahora? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro?

Una mujer en toda su plenitud, en el momento más deseable de su esplendor. Tenía la piel suave y clara como el ámbar, el pelo cortado muy corto pero no trenzado como el de las niñas, los labios muy gruesos, los pómulos altos, los brillantes ojos castaños rasgados, la mandíbula firme como tallada en ébano, la nariz chata con las aletas bien abiertas. Miró a Gil con una expresión calma y grave, sin mostrar ningún rastro de la vivaz y descarada niña que había sido una vez. Pero Gil vio la rapidez del pulso en el hoyuelo de la garganta debajo de las perlas. Su corazón también había comenzado a latir más deprisa.

—¡Gil Inis!

—¡Nimi a Nzinga!

—¿Me reconoces, Gil Inis?

—¿Cómo podría? No eras sino una niña la última vez que te vi.

—Pero me recuerdas.

—Claro que te recuerdo. Te has convertido en una mujer muy bella.

Ella sonrió, pero era una sonrisa triste.

—¿Y tú me reconoces?

—No. No tenías pelo en el rostro la última vez que te vi.

—Pero me recuerdas.

—¿Cómo no podría recordarte? ¿No eres el padre de mi hijo?

Tal fue el arrobamiento ante la visión de la hermosa princesa que no se había dado cuenta de que con la sirvienta había entrado también otra persona: un niño que permanecía en la sombra, asido de la mano de la vieja criada. Nimi se volvió hacia el niño, lo cogió de la mano y lo acercó a la luz, para después arrodillarse rodeándole los hombros con el brazo.

Diez años, diez años menos los nueve meses que lo llevó en su vientre después de una noche en el claro de la selva azotada por la lluvia. «¿Será blanco?» le había preguntado ella. No lo era. La piel era tan negra como la piel del brazo alrededor de sus hombros. Pero el pelo era largo, suave y dorado y los ojos azules.

—El regalo que mi madre dispuso que me dejaras cuando te ordenaron marchar. —Nimi abrazó al niño—. La vida mágica que ella dispuso que dejaras dentro de mí como recuerdo de la magia de tu gente en la otra orilla del mar. Tu hijo, Gil Inis.

Gil se arrodilló para mirar los ojos azul claro del niño, sus mismos ojos. Por lo poco que sabía de niños, éste, vestido sólo con un taparrabos, parecía fuerte, sano y bien formado pero, como su madre, demasiado serio.

—¿Cuál es tu nombre, *mbakala*?

El niño se acurrucó un poco más en los brazos de la madre, apartándose un poco de aquel grande y peludo hombre blanco arrodillado ante él, y frunció el entrecejo.

—Kimpasi —respondió la madre.

—¿Sabe quién soy?

—Lo sabe.

—Ven, Kimpasi.

—Ve con tu padre, *mbakala*.

Apartó el brazo de los hombros del niño y él se adelantó sin necesitar más acicates, siempre con el entrecejo fruncido. Gil le sujetó de los hombros como hacían los hombres del Congo cuando se saludaban y lo mantuvo un poco apartado, para observar la maravillosa mezcla de la coloración clara y oscura de este pequeño mulato, las suaves facciones, la expresión inocente, y se sintió deliciosamente confuso. Un hijo, un hijo de esta hermosa princesa negra, un hijo del Congo y Portugal, su hijo. ¿Cuál era el significado? Súbitamente, todo le pareció trastocado. De pronto, la larga soledad del exilio ya no le pareció tan vacía ni los años perdidos de su vida le parecieron tan desperdiciados. Tenía un hijo. Cogió al niño entre sus brazos, con los ojos anegados en lágrimas, y se dio cuenta de que el pequeño también lloraba.

—No tendría que haber nacido.

—No, Nimi, no lo digas. ¿Cómo puedes decir eso?

—Porque sufre mucho. Sufre por los pecados de su padre.

—¿A qué te refieres?

—Lo mismo que tú, Gil Inis, le tienen por un demonio en esta tierra y debe vivir su vida en el exilio, odiado y temido por todos los que le rodean.

—Oh, *mbakala*, pobre *mbakala*.

El niño se escabulló del abrazo de Gil y volvió junto a su madre, frotándose los ojos con los puños.

—Pero ¿y tú, Nimi? ¿A ti, que eres su madre, te ocurre lo mismo?

—Yo también estoy escondida en esta casa, Gil Inis, privada de mis derechos de nacimiento, y vivo sumida en la vergüenza por haberme acostado con el malvado príncipe blanco que bajó del cielo, y haber dado a luz a su malvado hijo.

—Lo siento, Nimi. Lo siento mucho. ¿Me culpas de lo ocurrido?

—No, culpo a mi madre, que me envió a ti cuando era una niña estúpida, y no sabía cuál sería mi destino.

Gil miró a la Mbanda Lwa. La mujer permanecía imperturbable. Sin duda había oído esta acusación miles de veces.

—¿Has venido para librarnos de nuestras desgracias y sufrimientos, Gil Inis? A menudo sueño que vienes a llevarnos contigo.

—¿Dónde te llevaría, niña tonta? —intervino la Mbanda Lwa—. ¿A su isla en *nzere*? ¿Crees que tu vida hubiese sido mejor allí? ¿Crees que no hubieses tenido sufrimientos?

Nimi no respondió. Apretó al niño entre sus brazos, con la mejilla apoyada en su larga y suave cabellera, y se echó a llorar. Qué difícil debía haber sido para ella —que siendo niña había proclamado orgullosamente su título de NtinuKongo y disfrutado alegremente de sus privilegios— llegar a la edad adulta convertida en una paria en el reino donde una vez había reinado.

—No, tú y Kimpasi os quedaréis conmigo hasta que Gil Inis tenga un lugar mejor donde llevaros.

—¿Llegará ese día?

—¿Llegará cuando regresen los hombres blancos?

—¿Regresarán algún día?

—Vinieron una vez. Vendrán de nuevo. —La Mbanda Lwa miró a Gil—. Quizá ya lo han hecho.

Gil desvió la mirada.

—¿Lo han hecho, Gil Inis? ¿Han vuelto de nuevo?

—¿Dónde está Mbemba, mi señora? —replicó Gil sin hacerle ningún caso—. Estoy aquí para hablar con él.

—Sí, estás aquí para hablar con él. *Mchento*, envía a buscar al MtuKongo. Dile que Gil Inis está aquí para hablar con él. Dile que Gil Inis le trae grandes noticias.

* * *

—No.

—Ve con ellos, Mbemba. Yo iré contigo. No cometamos dos veces el mismo error. No habrá una tercera.

—Ni una palabra más, madre. No escucharé ni una sola palabra más de tus labios sobre este asunto. Te mantendrás apartada completamente. Sólo hablaré de este asunto con Gil Inis.

—Su magia es poderosa, hijo mío. Su magia es maravillosa. Lo sabes desde que eras un niño. Tú fuiste el primero en saberlo. No dejes que la ocasión se nos escape de las manos por segunda vez.

—¿No me has oído? No tienes nada que decir en este asunto. Nada. Te conozco. Lo único que deseas es convertirlo en otra de tus intrigas.

Gil nunca había visto a Mbemba excitado hasta tal extremo. Su ira era colosal, e iban dirigidos sus reproches tanto contra su madre por entrometerse como contra Gil por haber violado el exilio y presentarse en Mbanza Kongo. La cicatriz de la mejilla se le encendía con su cólera. Pero había algo más, aparte de la ira. Las noticias traídas por Gil le desconcertaron completamente. La fascinación por los hombres blancos, la curiosidad por su mundo más allá del horizonte más lejano, el deseo de conocerlo como tal y también por la magia, aspectos que se habían apaciguado y muerto en el curso de estos años, acababan de recobrar nuevos ímpetus con las noticias de Gil. No quería que fuese así. Le destrozaban. Descompaginaban su vida. Trastocaban su sentido del deber. Confundían sus lealtades.

—¿Quién está enterado? —preguntó Mbemba.

—Sólo los que estamos en este cuarto —respondió la Mbanda Lwa, poco dispuesta a permanecer con la boca cerrada.

—Y mi sirvienta —añadió Gil.

—¿Dónde está?

—En un campamento en la selva al sur de la ciudad.

—Se lo pregunto a Gil Inis, madre. ¿Quieres dejar que por una vez sea él quien conteste?

—Muy bien, pero desperdicias un tiempo precioso haciendo estas preguntas inútiles.

—Soy yo quien tiene que decirlo. Yo seré quien diga todo lo que se deba hacer en este asunto.

—No es necesario que te preocupes por la mujer, Mbemba. No se lo dirá a nadie. Sabe que es un secreto.

—¿Así que nadie más lo sabe? ¿Sólo nosotros?

—Sí.

—*Keba*. Ahora, dime, ¿cuántos han venido esta vez?

—Como antes. Una sola nave, el capitán y su tripulación.

—¿Diigo Cam?

—No, esta vez es otro capitán.

—Y también un sacerdote —intercaló la Mbanda Lwa.

—Sí, y también un sacerdote.

—¿Cuántos, en total?

—Cuarenta marineros, veinte soldados, el sacerdote y los oficiales de la nave. Setenta hombres, no más.

Mbemba echó una ojeada al cuarto. Resultaba doloroso ver la confusión y la duda reflejadas en su rostro. Todos estaban de pie en posturas de extrema agitación, proyectando sombras que bailaban al ritmo de las oscilaciones de la llama de la lámpara, excepto Kimpasi. Dormía sobre los almohadones de la Mbanda Lwa, con el largo pelo rubio tapándole la cara.

—¿Qué está haciendo aquí? —le gritó Mbemba a Nimi—. Llévatelo a su habitación. —Su cólera incluía a Nimi y al niño, quizá sobre todo a Nimi y al niño. El hecho de que Gil supiera ahora lo que le había ocultado durante tanto tiempo trastornaba el ordenado y establecido curso que su vida había seguido en los años posteriores a la marcha de los hombres blancos tanto como lo habían hecho las noticias de su regreso—. No tendría que estar aquí. Es tarde. En cualquier caso, ¿por qué está aquí?

—¿Dónde podría estar para conocer a su padre? —replicó Nimi.

—¿De quién fue la idea?

—Mía —respondió la Mbanda Lwa.

—No, fue mía —afirmó Nimi con voz desabrida—. Cuando supe que Gil Inis estaba en Mbanza Kongo, decidí que era hora de presentarle al hijo que había engendrado y de ver al padre de mi hijo. Han pasado diez años, Mbemba. ¿No crees que es suficiente?

—*Keba*. Le has visto y él ha visto al niño. Ahora llévatelo. Esto no te concierne.

—¿Cómo que no me concierne? ¿Qué otra cosa puede concernirme más que esto? He vivido como una mujer despreciada precisamente por esto. No tengo más vida que ser la madre del hijo del hombre blanco que bajó del cielo, y ahora los hombres blancos han vuelto a bajar del cielo, y tú dices que no me concierne. Claro que me concierne. Y también le concierne al niño.

La vivaz insolencia que había tenido de niña se había transformado con los años de aislamiento y desgracia en un valor sombrío y acerado, y seguía sin tener miedo de su hermano. Mbemba, quizás afectado por sus muchos años de sufrimientos, no podía resistirla ahora más que antes. Movié la cabeza de un lado a otro, exasperado, y miró a Gil.

—¿Dónde están ahora?

—A bordo de la nave, la *Beatriz*, en una cala bien resguardada al norte de *nzere*. Les dije que permanecieran allí mientras yo venía a preguntarte si se les concedería permiso para entrar en el reino.

—Regresa y diles que se les concederá el permiso —intervino Mbanda Lwa, sin poder contenerse.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te metas en esto? El permiso será denegado. ¿Quién se lo va a conceder?

—Tu padre, Nzinga a Nkuwu, el ManiKongo. Él se lo concederá.

—Lo ves, es como te digo. No te metas en esto. Hablas tonterías cuando deberías callarte. Mi padre no les concederá el permiso. Está viejo y ciego, y no manda ya en estos asuntos. Dejará que decida Mpanzu, la Mbanda Vunda y el NgangaKongo, como hizo en otra ocasión, y ellos decidirán en contra de los hombres blancos, como hicieron antes.

—No lo permitiré. Vayamos a él y convenzámosle de que dé la bienvenida a los hombres blancos. Tendríamos que haberlo hecho cuando los hombres blancos vinieron la primera vez. Tú todavía eras un niño, pero tendría que haberlo hecho yo. Ahora lo haré, aunque tú no quieras. No esperaré otros diez años a que los hombres blancos vuelvan de nuevo, aunque tú prefieras esperar.

—No harás nada de eso. Te prohíbo que hagas nada en absoluto. —Mbemba se rascó la cicatriz inflamada, y luego añadió en un tono más reflexivo—: Además, nunca le convenceríamos de que desautorice a Mpanzu, su heredero, a Mbanda Vunda, la primera reina, o a Lukeni a Wene, el sumo sacerdote de su reino. Sólo unos locos de atar creerían posible convencerlo para decidir en contra del orden natural de su reino.

—Podríamos, Mbemba. Sé que podríamos.

—No, madre, no podemos. Pero aunque pudiéramos, no deseo hacerlo.

—¿Por qué?

—Él es mi padre. Él es mi rey. Sí, la magia de los hombres blancos es maravillosa, pero mi lealtad es para mi padre, para mi rey, para el orden natural de su reino. No haré nada en contra. —Mbemba a pesar de estar convencido lo dijo con cierto pesar. Estaba claro que el atractivo de un mundo más grande simbolizado en los portugueses seguía vivo en su corazón, pero era un hijo fiel, un príncipe leal, y sabía cuál era su obligación—. Díselo, Gil. Regresa con los hombres blancos y diles que tampoco ahora son bienvenidos.

—Ya se lo he dicho.

—¿Y qué?

—No quisieron escucharme, Mbemba. Esta vez han venido para quedarse, y no se irán sólo porque les diga que no son bienvenidos. Hay que demostrarles que no lo son.

—¿Cómo?

—Les advertí que, si navegaban por *nzere*, se enfrentarían a un ejército de diez mil hombres.

—¿Quieres ir a la guerra contra ellos, Gil? No puedes querer una guerra contra ellos. Son tu gente.

—No, no quiero una guerra contra ellos.

—Morirían todos en una guerra.

—Lo sé. Pero no creo que sea necesario llegar a una guerra. No están locos, Mbemba. Si, cuando entren en *nzere*, encuentran que les espera un ejército de diez mil guerreros dispuestos a luchar, verán que es como yo digo y se marcharán sin hacer la guerra.

—¿Y tú te marcharás con ellos?

—Eso creo. Es mi plan.

—Sí, al menos podrás volar de regreso a casa tal como siempre has soñado.

—Llévanos contigo —dijo Nimi.

Gil la miró. Se había sentado junto a Kimpasi y tenía la cabeza del niño apoyada en su regazo. Se sorprendió una vez más al comprobar cómo la madre y su hijo le compensaban por todos los años desperdiciados, cómo llenaban el vacío de todos los años perdidos de su vida. Eran su familia. No tenía otra. Nadie esperaba su regreso en Portugal. Allí ni siquiera sabían que estuviera vivo.

—No debes dejarnos atrás ahora que tienes un lugar mejor donde llevarnos, Gil Inis. Tienes que ayudarnos a escapar de nuestro exilio como tú escapaste del tuyo.

—¿Tu hermano y tu madre te lo permitirían?

—No les corresponde a ellos permitirnoslo. Nos iremos contigo, lo permitan ellos o no.

—Yo te lo permito, niña —dijo la Mbanda Lwa—. Ve con él. Que al menos uno de nuestra casa aprenda la magia de los hombres blancos.

Gil miró a Mbemba.

—Ha sufrido mucho —afirmó Mbemba—. Ambos han sufrido. Llévalos contigo si crees que puedes darles una vida mejor que ésta.

—Cualquier vida será mejor que ésta —replicó Nimi—. Kimpasi, despierta. Nos vamos de viaje, *mbakala*, en un viaje maravilloso a la tierra en la otra orilla del mar. —Levantó al niño y salieron apresuradamente.

—Vamos, Gil —ordenó Mbemba en cuanto Nimi y Kimpasi salieron.

—¿Dónde vas? —preguntó la Mbanda Lwa.

—A demostrarles a los hombres blancos que aquí no son bienvenidos.

—No lo hagas. Por favor, hijo mío. Primero ve a ellos antes de decidir lo que debes hacer.

—No iré a ellos primero para decidir lo que deba hacer. Mi lealtad no es con ellos.

—Entonces iré yo.

—Te lo advierto, madre, te lo advierto por última vez. No vayas a ellos. No vayas a ninguna parte. Quédate aquí y olvídate de tus estúpidas intrigas de una vez por todas.

Era media mañana cuando Gil y Mbemba salieron a la galería principal del palacio de Mbanda Lwa, una mañana lúgubre y gris con una niebla húmeda que arrastraba el viento. Una guardia de los guerreros de Mbemba vestidos con los kangas de color verde claro con ribetes rojos esperaban en la galería. Miraron a Gil sorprendidos pero no comentaron nada. Los guerreros de la Mbanda Lwa también estaban en la galería, y más allá, bajo las acacias y las higueras que bordeaban las calles empedradas de la plaza que era el corazón del recinto real, estaban los guerreros del ManiKongo con los kangas rojos bordados con soles amarillos, y los de Mpanzu con los kangas de color azul cielo bordados con rayos blancos. Ellos también se mostraron asombrados al ver al hombre blanco en el mismísimo corazón del reino del que había sido expulsado, pero no hicieron ningún movimiento en su contra. Estaba seguro con el príncipe.

—Ve con los hombres blancos —dijo Mbemba—, y diles una vez más que aquí no son bienvenidos. Después iré yo con un ejército de diez mil guerreros para demostrarles que lo que dices es cierto.

—*Keba*.

—Nadie lo sabrá. Ni mi padre. Ni mi hermano. Ni su madre. Ni el NgangaKongo. Porque si lo supieran, el ejército que ellos enviarían contra los hombres blancos no sería para hacer una demostración. Matarían a los hombres blancos, destrozaban su nave y tú no podrías marcharte volando con mi hermana y tu hijo.

—Te doy las gracias por esto, Mbemba.

—Sabes lo que pienso de tu gente, Gil. Sabes que no creo que traigan la maldad. Sabes que creo que traigan el bien. Sabes que les daría la bienvenida si fuera rey.

—Sí, lo sé.

—Así que no quiero verlos muertos, no sólo por tu bien, por el de Nimi y el de Kimpasi, sino también porque no quiero verles convertidos en enemigos. Porque quién sabe si no volverán en otro tiempo, en un tiempo en que sí sean bienvenidos.

—Pero no en nuestro tiempo, Mbemba, no en el tuyo ni en el mío. Porque tú nunca serás rey.

—Ciertamente, no en nuestro tiempo, Gil, porque yo nunca seré rey.

V

Los truenos retumbaban a lo lejos; sobre el horizonte los fucilazos de los relámpagos formaban una cortina cegadora, un viento frescachón traía la bruma del mar, y, entre las nubes rasgadas del firmamento, la luna en cuarto creciente se enseñoreaba de la noche. Faltaba menos de una semana para la luna nueva y si para entonces Gil no había regresado, la *Beatriz* levaría anclas para navegar hacia el Zaire. Tenía que darse prisa; necesitaba demorar la partida de la nave para permitir que Mbemba se presentara en la desembocadura con un ejército de diez mil hombres.

La canoa estaba donde la había dejado hacía seis semanas. Nadie la había encontrado hundida en el rincón pantanoso de la orilla sur del Zaire, río abajo de Mpinda. Veía el contorno oscuro de la embarcación por debajo de la superficie cenagosa del río. Ahora el problema consistía en que un cocodrilo había escogido la canoa como lugar adecuado para esperar a sus presas. Gil le tiró una piedra, pero sin esperar a ver el resultado, porque lo hizo sólo para desahogar el enojo. Buscó entre los matorrales donde había dejado los remos. Llevaba el cuchillo, pero no quería perder el tiempo luchando con el cocodrilo. Así que, provisto de uno de los remos, se metió en el agua hasta las rodillas y avanzó directamente de cara al cocodrilo. En cuanto lo tuvo a tiro le descargó un golpe tremendo en el hocico con el remo.

Con la velocidad del rayo, el saurio soltó un trallazo con su tremenda cola. Gil estaba preparado para esta respuesta. Se apartó de un salto, descargando otro golpe esta vez entre los dos ojos. Una vez más, la furiosa criatura repitió el latigazo de la cola al tiempo que abría las descomunales fauces. Esto era lo que esperaba Gil. Le metió el remo en la boca y se lo clavó entre las hileras de dientes sin darle tiempo a reaccionar. Él salió corriendo del agua. Así acabó el combate. Más tarde, el cocodrilo conseguiría librarse del remo, pero ahora que se encontraba herido, no lo intentaría aquí donde Gil continuaría atormentándolo. Abandonó la canoa y se sumergió para nadar río abajo. En cuanto Gil lo vio salir a la orilla unos centenares de varas más abajo y empezar a golpear el remo contra el tronco de un mangle, se acercó a la canoa y se puso a quitar las piedras del lastre. Luego, sin hacer caso de que la

princesa Nimi, Kimpasi y la otra Nimi le miraban, arrastró la canoa hasta la orilla y se dedicó a achicar el agua.

—¿Dónde está, Gil Inis? —preguntó la princesa.

—¿Quién?

—La *Beatriz*. No la veo.

—Nos espera en un lugar de la costa donde ni Mpanzu ni los otros pueden encontrarla —respondió Gil sin dejar de achicar.

—¿Quién es la *Beatriz*? —preguntó Kimpasi.

—Es la gran nave con alas de pájaro, *mbakala* —respondió Nimi—. Ahora iremos donde está y volaremos con ella: será como volar en las alas de un gran pájaro. Ya lo verás.

—¿Volaremos con ella a la tierra en la otra orilla del mar?

—¿Ya te han hablado de la tierra a la otra orilla del mar, Kimpasi? —exclamó Gil—. Tu madre te lo ha contado todo, ¿verdad?

—No, mi abuela, la Mbanda Lwa. Ella me lo ha contado muchas veces.

Por supuesto, la Mbanda Lwa. No podía ser otra quien se lo repitiera una y otra vez. Sin duda había llenado la cabeza del chico con increíbles historias de la mágica tierra en la otra orilla del mar, con la intención de hacerle saber quién era, dispuesta a hacerle creer que él era excepcional.

—¿Por qué volaremos allí?

—Porque es mejor lugar que éste para nosotros, *mbakala* —dijo Nimi, arrodillándose junto al niño—. No seremos unos parias como aquí. No nos tratarán como a indeseables.

El niño frunció el entrecejo con aquella precoz expresión grave que le caracterizaba.

—Allí serás feliz, Kimpasi, te lo prometo —añadió Nimi, rodeándole la cintura con el brazo—. Allí nunca estarás solo como aquí. Tendrás amigos con quienes jugar. Nadie se burlará de ti, ni te perseguirá ni huirá de ti; allí todos los niños tienen los ojos azules y el pelo amarillo como tú. Mira a tu padre. Mira sus ojos y su pelo. En su tierra en la otra orilla del mar todos tienen los ojos y el pelo así. ¿No es verdad, Gil Inis?

Gil vaciló. ¿Tenía algún sentido complicar las cosas tratando de explicar las muchas razas de Portugal o la recepción que podía esperar de los portugueses un pequeño mulato? No, no lo tenía, al menos por ahora. Así que asintió.

—Ya lo verás, *mbakala*.

El niño continuó con el entrecejo fruncido como muestra de su inquietud. A diferencia de su madre, no parecía dispuesto a abandonar a la ligera el

único hogar que conocía por muchos sufrimientos que hubiera pasado.

—No tienes que decidirlo ahora, Kimpasi —terció Gil—. Podrás decidirlo más tarde. Hay tiempo.

—¿Por qué hay tiempo? —intervino Nimi.

—Porque no podemos ir a la *Beatriz* en esta pequeña canoa. Primero hemos de ir a mi isla para buscar otra canoa que nos lleve por el mar. Esperaremos que sea de día.

—Ya está arreglado, *mbakala*. Primero vamos a la isla de Gil Inis a recoger su otra canoa. Después, a esperar que se haga de día. Y por último tú decides si quieres volar en las alas de la *Beatriz* a una tierra donde seas feliz, donde por fin ambos seamos felices.

Gil sujetó la canoa mientras Nimi embarcaba al niño. A continuación tendió la mano a la otra Nimi, su sirvienta. Ella le cogió la mano pero no subió a la canoa.

—Ha llegado el momento de despedirnos, Gil Inis. Regresa a tu casa en la otra orilla del mar, que yo regresaré a la mía en Mbanza Kongo. Después de tantos años, finalmente estamos libres el uno del otro, como me prometiste.

—Sí, eso es lo que te prometí. —Sin embargo, Gil no le soltó la mano, renuente a dejarla ir—. Has sido muy buena conmigo durante todos estos años, *mchento* —dijo después de una larga pausa—, y quiero darte las gracias.

La mujer sonrió con su boca desdentada, la piel correosa surcada por miles de arrugas.

—Lamento la vida desgraciada que te he hecho pasar y te pido que me perdones.

—Te perdono.

Gil le soltó la mano y apartó a la mujer suavemente.

—Ve, *mchento*. Vuelve a tu hogar. Ve con Dios.

—Y tú también, Gil Inis. *Dominus vobiscum*.

Lo dijo con una voz tan suave que, cuando se dio cuenta de lo que ella había dicho, antes de poder manifestar su sorpresa al oírle hablar el latín — durante estos años la mujer había prestado más atención de lo que él creía—, se había esfumado entre los mangles y las palmeras que poblaban la orilla. Unos momentos nada más y echó un vistazo a los árboles, empujó la canoa al agua y embarcó, arrodillándose en la popa.

—¿Lamentas que se haya ido? —preguntó la princesa Nimi, de pie en la proa con Kimpasi—. ¿Lamentarás estar solo conmigo?

Gil le sonrió a la hermosa joven.

—No, Nimi, no lo lamentaré. —Empuñó el remo y lo hundió en el agua—. Ven aquí y siéntate conmigo. Tú también, Kimpasi. Ven y siéntate con tu padre.

Nimi se sentó delante de él, con las piernas cruzadas, mirando a proa, pero el niño meneó la cabeza y permaneció de pie con la mirada fija en otro lado del río que nunca había visto, mirando a un futuro que ninguno de ellos podía imaginar. Ahora era más frecuente el retumbar del trueno y el destello de los relámpagos en la oscuridad de la noche, el viento húmedo y salado proveniente del mar ondulaba la oscura superficie del río.

—¿Y tú, Nimi? —preguntó Gil sin dejar de remar con brío y alejándose de la orilla—. ¿Lamentarás venir conmigo?

—No, no lo lamentaré. —Le miró por encima del hombro—. He esperado este día durante mucho tiempo, Gil Inis. He esperado mucho tiempo que vinieras a buscarme y me llevarás muy lejos de Mbanza Kongo. He esperado mucho a que vinieras para llevarme a una tierra donde será nuevamente una princesa.

La manera de decirlo, el entusiasmo en la voz, el brillo en los ojos le recordó a Gil la manera insolente e infantil con que solía proclamarse NtinuKongo. ¡Cuánto significaba este título para ella! ¡Cuánto lamentaba haberlo perdido! ¡Cuánto desearía recuperarlo!

—Seré una princesa en tu tierra en la otra orilla del mar, ¿verdad? Tú eres un príncipe en esa tierra y yo soy la madre de tu hijo, así que también me corresponde ser princesa allí, ¿no es así?

Gil vaciló al escucharla lo mismo que había vacilado al escuchar su anhelo de que Kimpasi sería recibido por los portugueses como uno de los suyos.

—Mi madre dice que sí.

Una vez más su madre, otra vez la Mbanda Lwa. Todos los errores de aquella mujer había que corregírselos, todas las falsedades y fantasías tendrían que ser aclaradas, no sólo respecto a Kimpasi, sino también y muy especialmente sobre él, de quién era en realidad, un vulgar marinero y no un príncipe, y la vida que les esperaba en Portugal. Todas estas circunstancias tendrían que comentarlas y aclararlas antes de subir a bordo de la *Beatriz*. Pensó en los oficiales, en el sacerdote, en la tosca tripulación. Pensó en su reacción cuando vieran que no regresaba solo, sino con una mujer africana y su hijo mulato. Pensó que debía preparar a Nimi y al niño, pero no se veía con ánimos para hacerlo, al menos por ahora. Así que, como antes, no le respondió y se limitó a asentir.

Y, como antes, el gesto pareció satisfacerla y, mirando a proa para ver dónde iba, se corrió un poco hacia atrás para que sus nalgas tocaran sus rodillas. ¿Se daba cuenta de que este leve contacto con su joven y deseable cuerpo le resultaba maravilloso, que le excitaría después de tantos años sin una mujer joven y apetecible? Por supuesto que sí. Pero Gil no lo confundió con una expresión de deseo por parte de ella, que no podía tener todavía esos sentimientos. Apenas si le conocía. No, Nimi era una mujer que huía de un espantoso pasado hacia un futuro prometedor, y ahora mismo él no era más que el instrumento de su fuga. Esta tímida muestra de su sensualidad sólo era un estímulo para animarlo en ese papel, su salvador, su príncipe blanco.

—Nimi, escúchame.

—Te escucho, Gil Inis.

—No me llames Gil Inis. Dime sólo Gil, como yo te digo Nimi, y no Nimi a Nzinga.

—Así es como te llama Mbemba, sólo Gil.

—Porque él es mi amigo, como tú ahora eres mi amiga. —Dejó de remar, y le rodeó el talle con un brazo, acercándola para sentir su hermoso cuerpo contra el suyo—. ¿Serás mi amiga?

—Seré tu amiga, Gil. También seré tu esposa y tu princesa.

Kimpassi, desde la proa, se volvió hacia ellos con el entrecejo fruncido. Luego señaló más allá del río.

—¿Es aquella tu isla, Gil Inis?

Gil miró por encima de la cabeza de Nimi. Habían rebasado el centro del lecho del río y se acercaban a la isla por el extremo occidental.

—Sí, y allí, fíjate bien, está mi casa.

El anuncio interesó también a Nimi, que se separó de Gil para ir a ubicarse en la proa junto al niño.

—¿Dónde está tu casa?

—Allí, en el extremo de la isla, de cara al mar —respondió él, remando de nuevo.

—Ya la veo. ¿La ves, *mbakala*? Allí, donde comienzan los árboles. Es una casa muy bonita, ¿verdad?

El niño no contestó. Probablemente no creía que fuese una casa bonita comparada con las casas del recinto real de Mbanza Kongo, y probablemente Nimi tampoco lo creía aunque hiciera ver que sí.

Gil hizo virar la canoa hacia el oeste, hacia el mar, y después volvió a virar para encarar el desembarcadero de delante de la casa.

Mientras Gil hacía la maniobra, Kimpasi señaló la embarcación con batanga allí varada.

—¿Es ésa la canoa que nos llevará al mar, Gil Inis? ¿La que tiene un mástil en el centro y una canoa pequeñita sujeta al costado?

—Muy bien, Kimpasi —exclamó Gil, colocando la canoa junto a la otra—. Te has dado cuenta enseñuida. Eres un niño muy listo.

—¿Por qué podemos salir al mar en ésa y no en esta canoa?

—En ésa no tienes que remar. —Gil embarcó el remo y saltó a tierra—. Es una embarcación a vela. ¿Quieres que te enseñe cómo funciona?

—Sí.

Gil comenzó a subir la canoa al desembarcadero. Nimi, que también había desembarcado no pensó ayudarle, como hubiera hecho la otra Nimi — probablemente no había hecho ningún trabajo pesado en toda su vida— y corrió hacia la casa.

—Enséñame —dijo Kimpasi subiéndose a la embarcación con la batanga. No hizo más que subir y ya estaba toqueteándolo todo—. ¿Qué es esto? ¿Y esto? —Tiró de los aparejos, desenvolvió la vela, movió el timón de un lado a otro.

—Ten cuidado, Kimpasi. No rompas nada. Yo te enseñaré.

Pero Gil no se subió inmediatamente a la embarcación con el niño. En cuanto sacó la canoa del agua, dirigió la mirada hacia la casa, preguntándose qué estaría haciendo Nimi en el interior.

—Aquí hay un remo. Mira, he encontrado un remo. Eso quiere decir que también tienes que usarlo con esta canoa.

—Sólo se usa cuando no está izada la vela. —Gil subió a la embarcación—. Ésta es la vela. Cuando está izada, no se rema porque el viento hincha la vela y mueve la embarcación. Icemos la vela, pero antes pongamos este palo en su agujero. Venga, hazlo.

Gil ya había aparejado la vela latina, y la tela chasqueaba al viento, con gran deleite de Kimpasi, y le estaba enseñando al niño los primeros rudimentos cuando Nimi salió de la casa.

—Escucha el ruido que hace —gritó el niño, entusiasmado—. Bate, bate, bate, como las alas de un pájaro bate las alas en el viento.

—Así es, Kimpasi. Y así es como funciona. Lo verás cuando salgamos al mar. Ahora, ¿quieres ver mi casa?

—De acuerdo.

Nimi bajó de la galería al verles acercarse.

—Es hora de ir a dormir. Estoy muy cansada. Es tan tarde que no falta nada para que amanezca. ¿Estás cansado, *mbakala*?

—No, tengo hambre.

—Sí, todos tenemos hambre —comentó Gil—. Prepara algo de comer.

—La comida ya está preparada —dijo Nimi.

—¿Has estado en la cocina?

—Y en el corral, en el taller, en el granero y en el huerto. Lo he mirado todo de arriba abajo.

—¿Y?

—Es muy bonito, Gil, todo es muy bonito. De todas maneras, no estaremos aquí mucho tiempo. Cuando sea de día, navegaremos hacia la tierra en la otra orilla del mar donde volveré a ser *ntinu*.

Cogió a Kimpasi de la mano y comenzó a subir los escalones de la galería. Entonces miró atrás, le tendió la otra mano a Gil, y esta extraña y pequeña familia entre dos mundos entró en la casa.

* * *

Comenzó a llover una hora antes del alba. El retumbar de los truenos y el súbito chapaleteo de la lluvia en el tejado les despertó: Tampoco dormía profundamente. En realidad, la excitación le había impedido conciliar el sueño. Se sentó en el camastro y miró a Nimi, que dormía sin problemas. A diferencia de Gil, el rápido cambio de las circunstancias y las emociones vividas la habían agotado.

Estaban en el cuarto de la otra Nimi. Kimpasi dormía en el de Gil. El niño se había entusiasmado tanto con el camastro y las pertenencias de Gil —el cofre, el escritorio, el crucifijo en la pared— que se había negado a dormir en cualquier otra parte. Gil aceptó encantado. Le acercaba un poquito más al mundo de Gil, aquel extraño mundo que debía empezar a conocer a marchas forzadas. Nimi se había acostado en el que había sido el camastro de la otra Nimi y Gil había improvisado otro lecho a su lado, y se habían acostado juntos sin reparos ni vergüenzas inmediatamente después de comer.

Se había equivocado con ella. Nimi no era la niña mimada que había supuesto, ni una princesa que hubiera vivido rodeada de sirvientes. Al parecer, cuando perdió el favor del rey, tuvo que aprender a valerse por sí misma. Con los víveres de la despensa y del granero, y las verduras que había cogido en el huerto había preparado una magnífica cena en la hoguera que

había encendido en el patio de atrás. Incluso había ordeñado a la cabra para que Kimpasi bebiera leche en lugar de *malafu*. Luego calentó agua para que el niño se bañara antes de meterlo en la cama, y calentó más agua para ella y para Gil, pues tenían que lavarse antes de acostarse.

Su cuerpo era tan bello como se lo había imaginado, y Nimi dejaba que la mirara a la suave luz de la lámpara sin timidez ni falsa modestia mientras se lavaba con el agua del perol. Gil, que se había bañado primero, yacía desnudo en la cama y la contemplaba, apoyado en el codo. No quería vender la piel del oso antes de cazarlo, así que se esmeró por controlar la erección al verla desnuda, pero le resultó imposible.

Nimi había simulado no darse cuenta, como si bañarse desnuda delante de Gil fuera lo más natural del mundo, pero cada uno de sus movimientos llevaba una carga de seducción que la delataban: el movimiento de los rotundos pechos mientras pasaba una mano por encima de los anchos hombros para frotarse la espalda, la tensión y relajación de los músculos a cada nalgada mientras se pasaba la esponja por las largas piernas, la curva del cuello de cisne cuando echaba la cabeza hacia atrás y apretaba la esponja para que el agua chorreara sobre los pezones y el vientre para formar un pequeño charco en el triángulo negro junto a los muslos, el brillo de la piel sedosa al secar el agua con la esponja, tocándose como él quería tocarla, acariciándose como él deseaba acariciarla, el rostro entrando y saliendo de la luz, mientras se mordía el labio inferior con una expresión indiferente que resultaba insoportablemente atractiva.

Cuando acabó de lavarse, Nimi se cubrió con un kanga limpio, cosa que a él le desilusionó, y apagó la lámpara de un soplido. Con la luna muy baja y el cielo encapotado, fue como si la oscuridad se la hubiera engullido. Pero, a la luz de un relámpago, la vio otra vez, tendida a su lado, el kanga abierto en los muslos. Se volvió hacia ella, medio incorporado, apoyado en un codo, y esperó unos segundos a que sus ojos se habituaran a la oscuridad. Nimi le miraba sin perder detalle del cuerpo varonil y el deseo se manifestaba en los gruesos labios húmedos y entreabiertos. Gil no se movió, quería estar seguro. Nimi se desató el kanga y dejó que se abriera del todo antes de volverle la espalda con un gesto de abandono. Pero él siguió inmóvil, soportando la creciente presión del deseo, disfrutando con la deliciosa tensión que muy pronto aliviaría. Intrigada y también un poco molesta por esta demora, Nimi se volvió de nuevo, le agarró la barba y acercó a Gil a su cuerpo. Ya no podía resistirse más. Pasó un brazo por debajo de los hombros y el otro entre las

piernas y, de esta manera, la levantó de la cama para tomarla en su boca, como si quisiera devorarla.

—También he esperado esto mucho tiempo, Gil —le dijo después.

Todavía encima de ella, la abrazó con fuerza, enlazando sus piernas con las suyas, y sintió el líquido pegajoso entre sus vientres.

—En estos años no he estado con ningún otro hombre.

—Me alegro.

Nimi esperó un momento antes de apartarlo suavemente y frotarse los ojos.

—No es natural —afirmó con voz ronca, volviéndole la espalda—. Pero ningún otro hombre quería tenerme. El NgangaKongo dijo que era una bruja.

Gil volvió a levantarse apoyado en el codo y le miró la nuca, la tersura del cuello, la sinuosa curva de la espalda, las nalgas como manzanas, las largas y fuertes piernas, y sintió renacer el deseo. Pero ella se estaba quedando plácidamente dormida, la respiración lenta y profunda. Así que la dejó estar y pensó una vez más en lo que les esperaba, en todo lo desagradable que encontrarían a bordo de la *Beatriz*, en las dificultades para tener un hogar en Portugal. No le importaban. Ella era hermosa. Una princesa. La madre de su hijo. Y él era un hombre de su reino como lo eran en el suyo. ¿Qué había mejor que tener como esposa a una hermosa princesa de un reino en el que se había convertido en hombre y engendrado un hijo?

—¿Algún día regresaremos, Gil?

Le sorprendió descubrir que aún estaba despierta.

—¿Regresar aquí, Nimi, al Congo?

—Sí.

—¿Para qué vamos a regresar aquí? ¿Qué razones tenemos para regresar aquí? ¿Acaso no hemos sufrido ya bastante aquí?

—Me refiero a cuando vuelva a ser una princesa. Cuando tú hayas conseguido que vuelva a ser una princesa. —Pronunció las palabras con voz somnolienta—. Preferiría ser una princesa aquí entre mi gente que en tu tierra en la otra orilla del mar.

—Nimi. —Apoyó una mano en el hombro de la mujer—. Escúchame, Nimi. Hay muchas cosas que debo decirte sobre mi tierra en la otra orilla del mar.

Ella ya no le escuchaba. Le había cogido la mano, y, sujetándola confiadamente, se había quedado plácidamente dormida.

Y seguía durmiendo profundamente, a pesar del retumbo de los truenos, el resplandor de los relámpagos y el batir de la lluvia en el tejado de hojas de

palma. Dormida parecía muy joven, no aparentaba los veintitrés años que tenía, joven e ingenua, soñando sin duda en los estúpidos sueños que su madre le había metido en la cabeza. Tendría que devolverla a la realidad. Tendría que decirle claramente lo que le reservaba el futuro. Tendría que apartarla de las maquinaciones e intrigas de su madre.

Abandonó el camastro, se vistió con un kanga y salió del cuarto para ir a mirar en la habitación de Kimpasi. El niño dormía —¿cuáles serían sus sueños?—, pero no estaba acostado en el camastro de Gil. Por lo visto, pasado el entusiasmo de la novedad, el jergón de paja y las almohadas de plumas le resultaban incómodos, y ahora dormía en el suelo, con el entrecejo fruncido, el largo pelo rubio tapándole la cara y los puños apretados. Era guapo y tenía la constitución del padre, aunque para apreciarlo primero había que acostumbrarse a la curiosa mezcla de colores y facciones. Sería un hombre fuerte, quizá despierto e inteligente, y, también a su manera, muy apuesto. Tal vez decidiera abrazar la vida del mar. Dentro de pocos años tendría la edad para embarcarse como grumete. ¿Por qué no? Era una buena vida para alguien con la sangre mezclada; en los barcos que hacían la ruta del África Occidental había hombres de todas las razas y colores, Pero tendría que hacerse cristiano.

Gil no lo había pensado antes, y el pensarlo le sorprendió. Virgen santa, había que bautizarlo. Durante casi diez años había corrido el peligro de la condenación eterna. ¿De verdad lo creía así? Quizá no con la misma seguridad de antaño, pero desde luego no estaba dispuesto a arriesgar el alma de su hijo. En cuanto estuvieran a bordo de la *Beatriz*, le pediría al padre De Sousa que bautizara al niño y le diera un nombre cristiano. ¿Y Nimi? Sí, también a Nimi. Debía bautizarse, y luego se casaría con ella como mandan los cánones.

El niño se movió en sueños y luego abrió los ojos. Evidentemente, no recordaba qué lugar era aquél. Miró a Gil con los ojos en blanco, y entonces sonrió con toda inocencia.

—Gil Inis, estaba soñando contigo.

—¿De veras, *mbakala*? —Gil entró en el cuarto y se puso en cuclillas junto al niño—. ¿Qué soñabas?

El niño frunció el entrecejo.

—No lo recuerdo. —Se sentó—. ¿Ya es de día? ¿Ya podemos salir al mar en la canoa de la vela?

—Muy pronto. Vamos a prepararla.

—Yo lo haré. Sé hacerlo. Tú me enseñaste.

El niño se levantó de un salto. Iba desnudo y no parecía preocuparle; probablemente estaba acostumbrado. Pero, para las costumbres portuguesas, ya era demasiado mayor. No estaría bien.

—¿Dónde tienes el kanga, Kimpasi? ¿O prefieres uno de los míos?

—Uno de los tuyos.

Gil sacó el cofre de debajo del camastro, y rebuscó en el interior hasta dar con uno de sus mejores kangas. Lo dobló por la mitad para que no le resultara demasiado largo, se acercó al niño y lo vistió con el kanga. Lo retuvo por un momento mirándole los claros ojos azules. Unos ojos muy brillantes. Sí, sería fuerte, avisado e inteligente. ¿Qué nombre cristiano podía darle?

—¿Y esto? ¿Puedo ponerme esto?

—¿Qué?

El niño señaló el collar de hematites que llevaba Gil.

—Sí, Kimpasi —asintió Gil, complacido—. También puedes llevarlo. — Se quitó el collar y lo puso alrededor del cuello del niño. Le llegaba hasta la barriga. Gil palmeó la suave y redonda barriga de su hijo—. Ya está. Te queda muy bonito.

—*Ntondesi*, Gil Inis.

—Escucha, Kimpasi. ¿Harás algo por mí?

—¿Qué?

—Llámame *pai*.

—¿Qué significa *pai*?

—Significa «padre» en la lengua de mi tierra, la tierra en la otra orilla del mar. En Portugal.

—¿Portugal?

—Sí, es el nombre de la tierra de donde vengo y *pai* es la manera como decimos «padre» en aquella tierra. ¿Me llamarás así?

El niño frunció el entrecejo.

—Soy tu padre. Lo sabes, ¿verdad?

Kimpasi asintió, desviando la mirada.

—Piénsalo. Me gustaría mucho que me llamas padre. ¿Lo pensarás?

—Sí.

—Bien. Ahora vamos a preparar la embarcación.

Salieron juntos a la galería. Kimpasi, sin poder contenerse, corrió hasta el embarcadero y se subió a la canoa con la batanga. La lluvia amainaba. En esta estación llovía varias veces tanto de día como de noche y, a menudo, con mucha fuerza, pero nunca por mucho tiempo. Al amanecer cesaba del todo, y volvía a llover pasado el mediodía. Ya no había relámpagos ni truenos. Gil

llegó al embarcadero en el momento en que Kimpasi se bajaba de la embarcación.

—¡Madre! —gritó.

Gil se volvió. Nimi había salido de la casa.

—¿Adónde vas, madre?

Nimi no oyó la pregunta. Bajó los escalones de la galería, le volvió la espalda al mar y caminó a paso rápido río arriba, a lo largo de la costa sur de la isla, en dirección al extremo oriental. Algo la había arrancado de su sueño.

—¿Adónde va?

—No lo sé. —Gil cogió la mano de Kimpasi.

Al parecer, había una fiesta en Mpinda. Una inmensa fogata ardía en el centro de la plaza del poblado soyo, y los nativos provistos con zancos y ataviados con prendas de rafia tejida y máscaras de madera que representaban a diversas bestias fabulosas, bailaban alrededor del fuego al son de los cuernos y los tambores. Una flota de canoas estaba en la orilla y los guerreros soyo, con los tocados de plumas y fuertemente armados, esperaban el momento de embarcarse. Nimi contemplaba el espectáculo con las manos apretadas contra los muslos.

—¿Qué pasa? —preguntó Gil, acercándose a todo correr.

—Los soyo celebran la visita de una reina kongo.

—¿Una reina kongo? ¿Qué reina kongo?

—Mi madre, la Mbanda Lwa.

—¿La Mbanda Lwa está en Mpinda? —Gil miró a la lejanía, más allá del río.

—Nos ha estado siguiendo, Gil. No le importan las órdenes de Mbemba. Nos sigue para que la llevemos hasta los hombres blancos. No quiere verles partir. Tiene miedo de que, si se marchan, no vuelvan nunca más y por lo tanto ella perdería su magia.

—¿Cómo puede impedirlo cuando todos en este reino e incluso el propio Mbemba desean que se vayan?

—Es una soyo, Gil. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Es hija de la casa del ManiSoyo. Es NtinuSoyo además de MbandaKongo. Así que puede pedir la ayuda de los soyo para evitar que los hombres blancos se marchen.

VI

—¿**S**u madre?

—Sí, su madre. La Mbanda Lwa.

—¿Y qué pasa con él? ¿Dónde está? ¿No vendrá?

—Sí, sí que vendrá, mi capitán —replicó Gil—. Vendrá con un ejército de diez mil guerreros, como le advertí.

—¿Diez mil? —exclamó el sargento de marina, el tuerto Tomé Rodrigues—. Sin duda exagera usted, señor.

—No exagero, sargento. Está reuniendo a diez mil guerreros en la desembocadura del Zaire, dispuesto a matarnos a todos nosotros si somos tan locos como para atrevernos a entrar en su reino.

—Esta Mbanda Lwa que ha mencionado, señor Eanes —intervino el padre De Sousa—, si es su madre, eso quiere decir que es la reina kongo.

—Es una reina kongo, padre. Su padre, el rey, tiene otras esposas.

Estaban reunidos alrededor de Gil en el alcázar de la *Beatriz*. No sólo Días, Rodrigues y el padre De Sousa, sino también Nuno Gonçalves y el enfermo y hediondo piloto, Antao Paiva, todos ansiosos por escuchar las noticias que traía de Mbanza Kongo. Atardecía y había dejado de llover, pero los negros nubarrones que ensombrecían el cielo anunciaban que volvería a llover antes de la noche.

—Siga mi consejo, mi capitán —añadió Gil—. Ponga rumbo de regreso a Portugal. Es la decisión más sabia, la única decisión. Porque si sigue adelante, nos aguarda una muerte segura. Los muertos no pueden hacer el trabajo de Dios ni el trabajo del rey.

—¿Usted qué dice, don Tomé?

Rodrigues meneó la cabeza.

—Me resulta difícil creer que Mbemba pueda reunir un ejército de diez mil guerreros, mi capitán. En mis muchos años en la ruta africana, nunca vi un ejército de guineanos tan numeroso. Pero incluso si el señor Eanes no exagera, yo diría: adelante. No tenemos nada que temer, no importa cuántos guineanos se enfrenten a nosotros. No son rivales para nuestras armas.

—¿Cuántos podrá matar con la primera andanada, sargento?

—¿Eh?

—¿Cien? ¿Unos centenares? ¿Mil, quizá? Pero luego tendrá que cargar las armas y los miles restantes habrán invadido la nave. Y ése será nuestro fin y el de la nave.

—¿Tiene razón? —preguntó Días, muy preocupado.

El padre De Sousa, a quien la mente le llevaba por otros derroteros, volvió a intervenir antes de que Rodrigues pudiera contestar.

—Esta reina kongo, señor Eanes, la Mbanda Lwa, ¿por qué ha venido?

Gil esperaba con miedo que le hicieran esta pregunta. En cuanto descubrió que la Mbanda Lwa le había seguido, tuvo miedo de que el padre De Sousa, si no los demás, lo viera como una oportunidad que no había que desperdiciar, una razón que había que alentar, un acontecimiento que minaba la amenaza planteada por los diez mil guerreros de Mbemba.

—¿Qué quiere?

—Ver nuestras barbas.

El sacerdote enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Sólo que es una mujer curiosa, padre. Aparte de mí, nunca ha visto a los hombres blancos. No vio a los de la *Leonor* porque ellos nunca fueron a Mbanza Kongo. Al enterarse de que otra nave de hombres blancos había llegado, decidió verlos por sí misma antes de que los mataran o los echaran. Los hombres del Congo no tienen barba.

—Ya comprendo. —Una sonrisa desabrida apareció en la roja boca del sacerdote—. Bien, mostrémosle nuestras barbas.

—¿Qué tontería es ésta, padre De Sousa? —protestó Bartolomé Días—. Tenemos cosas más importantes, que satisfacer la curiosidad de una mujer por nuestras barbas. Tenemos que pensar en un ejército de diez mil guerreros guineanos.

—Esta mujer es una reina, don Bartolomé. Primero pensad en ella, luego en los diez mil guerreros. ¿Quién sabe lo que podría pasar? Siendo una reina, quizá tenga influencia sobre esos diez mil, ¿eh, señor Eanes? —Una vez más, el sacerdote sonrió antes de acercarse a la borda de babor.

La *Beatriz* continuaba fondeada a sotavento de los acantilados de la cala donde Gil la había llevado seis semanas antes. Pero ahora en la playa, entre los árboles que crecían en la orilla del estanque formado por el agua de la catarata, se levantaba una gran cabaña con paredes de bambú entretejido y el techo de hojas de palma, rodeada por una empalizada. La Mbanda Lwa la había mandado construir antes de autorizar a Gil que anunciara su presencia a los hombres blancos, para tener un lugar donde recibirlos con el ceremonial

adecuado. Algunos miembros de la comitiva que la acompañaban desde Mpinda, estaban a la entrada de la empalizada.

—¿Quién es ella? —preguntó el padre De Sousa, esforzando la vista para ver entre la llovizna.

—La reina no se muestra. Está dentro de la casa.

—¿Y quiénes son éstos?

—Son guerreros de su escolta y las mujeres, sus servidoras.

—¿Y la mujer joven que está en la orilla también es una servidora?

—No, es su hija.

—¿La hermana de Mbemba? —El interés del cura creció por momentos.

—Sí, es su hermana. Nimi a Nzinga, NtinuKongo.

—¿NtinuKongo?

—Princesa de los kongos.

—Así que una princesa kongo y una reina kongo han venido a ver nuestras barbas. ¿Y el niño que sujeta la mano de la princesa?

Días, Gonçalves, Rodrigues y Paiva se habían acercado a la borda. Gil se preguntó si alguno de ellos alcanzaba a ver el rostro de Kimpasi. Era difícil a esa distancia y con tan poca luz. Él tampoco lo veía bien.

—Es su hijo.

—¿Y quién es el padre?

—Yo soy el padre.

Una risotada llena de desprecio sonó inmediatamente después de la respuesta. Gil se volvió sin disimular su ira.

—Por todos los santos, señor, le felicito —dijo Rodrigues con la voz ahogada por la risa—. Veo que no se ha privado de nada. Se ha convertido en un salvaje de cabo a rabo. —El tuerto bergante le dio un codazo a Paiva, que se unió a sus risotadas—. Sí, hasta la mismísima verga.

Gonçalves, al ver la expresión de Gil, se apresuró a intervenir.

—No empieces nada que no puedas acabar, Rodrigues.

—¿Qué estoy empezando? No estoy empezando nada. Es el señor Eanes quien al parecer ha empezado algo. Una familia de monos mestizos. — Rodrigues rió su gracia—. ¿Cuántos bastardos mulatos más ha engendrado en las bellas salvajes de este reino, señor?

—Te lo advierto, Rodrigues —repitió Gonçalves.

Rodrigues se encogió de hombros y le dirigió una mirada burlona con su único ojo. Paiva continuaba riendo.

—No le hagas caso, Gil.

Sin embargo, ésta era una de las cosas que Gil se esperaba, y decidió que lo mejor era cortar por lo sano, mientras Nimi y Kimpasi se hallaban ausentes y por tonto no podían ser humillados. Así que se dominó para preguntarle a Días:

—Mi capitán, ¿este hombre es importante para usted?

—¿Qué hombre, señor? —La pregunta sorprendió a Días, que no había seguido el intercambio de dimes y diretes, preocupado como estaba por el ejército de Mbemba—. ¿El sargento de armas? Claro que es importante para mí. Manda la compañía de soldados y a los artilleros de mi nave.

—Entonces, ¿le molestaría verlo degollado?

—¿Qué dice? —La sonrisa burlona de Rodrigues se volvió agria, y su feo rostro se ensombreció—. ¿Me amenaza, señor? —y acercó la mano a la empuñadura del machete.

Pero Gil se le echó encima como un gato, desenvainando el cuchillo con mango de marfil en una fracción de segundo. Antes de que Rodrigues acabara de desenvainar el machete, Gil ya estaba a su espalda, sujetándolo de la coleta para tirarle la cabeza hacia atrás, y entre tanto le clavaba una rodilla por debajo de los riñones y le apoyaba el filo del cuchillo en la garganta. Paiva, al ver lo que ocurría, soltó un chillido y se apartó de un salto.

—¿Qué está haciendo? —gritó Días—. Dios, el hombre se ha vuelto loco. Gonçalves, haga algo.

Gonçalves no podía hacer nada. Gil tenía sujeto a Rodrigues en una posición mortal; la cabeza echada hacia atrás, el cuerpo doblado sobre su rodilla, la garganta desprotegida. Gil movió el cuchillo. Fue un movimiento rápido y muy suave pero el roce de la afiladísima hoja fue suficiente para que un cordón de gotas de sangre aparecieran en la tensa piel de la garganta del sargento. Al sentirse herido, Rodrigues soltó el machete y sujetó la muñeca de Gil con las dos manos. Fue inútil porque Gil tenía muchísima más fuerza. Apartó el machete de un puntapié y movió el cuchillo de forma tal que la punta se hundió en la base de la garganta. Volvió a manar la sangre.

—Gil, no.

—No se meta, don Nuno.

Rodrigues, sometido a la presión del cuchillo en la garganta y a la presión de la rodilla en la espalda, no pudo aguantar más y le resbalaron las piernas. Cayó sentado de culo con gran estrépito. Gil se arrodilló sin soltarle la coleta ni apartar el cuchillo.

—No lo consiento —vociferó Días—. No consiento este tipo de cosas en mi barco.

—Más le vale que ordene a este hombre que mantenga cerrada su sucia boca.

—Cálmese, señor —intervino el padre De Sousa—. Se exalta usted con demasiada facilidad.

—No quiero escuchar nunca más ningún comentario ofensivo sobre mi hijo y su madre, padre. No quiero escuchar nunca más ni una sola risa de desprecio a sus espaldas.

—Ha malinterpretado a don Tomé. No pretendía faltarle al respeto.

—¿No? —Gil miró a Rodrigues, sentado e indefenso—. ¿Es verdad, sargento?

Rodrigues mantenía cerrado el ojo bueno. Lo abrió y su mirada reflejaba odio y miedo a la vez.

—Suélteme, hombre, suélteme —gruñó—. Por Dios, suélteme. Me está matando. —El sudor que le chorreaba por la cara se mezclaba con la sangre de la garganta.

—No me ha contestado, señor sargento. Pretendía faltarme al respeto, ¿sí o no? —Gil apartó el cuchillo de la garganta para acercarlo con brusquedad a la boca—. Quiero que me responda, —dijo y metió la punta del cuchillo entre los labios del hombre.

—Por el amor de Dios, don Tomé, respóndale —gritó el padre De Sousa—. Pídale perdón.

—Le pido perdón —susurró Rodrigues, haciendo lo indecible para no cortarse los labios con el cuchillo.

En un gesto de absoluto desdén, valiéndose de su tremenda fuerza, Gil lanzó a Rodrigues a un lado como si fuera una muñeca de trapo, y miró a Paiva. El piloto temblaba como un azogado.

—Esto es un auténtico escándalo, algo verdaderamente intolerable.

—Ya está arreglado, don Bartolomé —dijo el sacerdote—. El señor Eanes ha sufrido una ofuscación momentánea al creerse insultado. Pero ha recobrado la calma.

—No importa si ahora está calmado. Rodrigues es un oficial de mi barco. Si alguna vez intenta repetir algo así, señor, mandaré que le pongan grilletes.

—No soy un miembro de la tripulación de su barco. No estoy a sus órdenes.

—Todos en este barco están a mis órdenes, señor.

Gil se puso de pie para acercarse otra vez a la borda y mirar hacia tierra donde Nimi y Kimpasi seguían entreteniéndose en la playa. Pensó en el asombro que sentían contemplando la nave de grandes alas anclada en la cala,

la nave que los llevaría a la tierra mágica en la otra orilla del mar. Probablemente su estallido no les ayudaría en nada. Seguirían sufriendo indignidades cuando los trajera a bordo. Y para colmo había convertido a Rodrigues en su mortal enemigo.

Gonçalves se acercó a la borda, y apoyó una mano en su hombro.

—No sufras, *rapazinho* —dijo en voz baja—. Nadie volverá a molestar a tu hijo y a la mujer. Yo me ocuparé de que así sea.

—*Ntondesi*.

—¿*Ntondesi*?

—Gracias.

—¿Ése es el idioma kongo?

—Sí.

—¿Tu hijo y la mujer hablan portugués?

—No.

—Se lo enseñaremos. Los haremos cristianos rápidamente.

—Sí, Nuno, eso es lo que quiero. Quiero que se hagan cristianos. ¿Me oye, padre? Quiero que usted los bautice.

—¿Por eso los has traído aquí, no para que vean nuestras barbas?

—Sí, por eso los he traído aquí. ¿Los bautizará?

—Por supuesto. Será una gran alegría y un privilegio. Para eso me ha enviado el Señor: para salvar las almas de todos los pobres paganos de esta tierra sumida en la ignorancia y mostrarles el camino a la vida eterna. Tu hijo y su madre serán el primero de mis muchos triunfos para Jesús en el Congo. ¿Y la Mbanda Lwa? ¿Ella será el segundo?

—No ha venido aquí a que la bauticen.

—No, ha venido aquí para ver nuestras barbas.

—Así es.

—Bien, entonces, vamos a mostrarle nuestras barbas.

* * *

Gil había ido a tierra en su embarcación. A la mañana siguiente, esperaba en la playa con Nimi y Kimpasi bajo una lluvia pertinaz mientras la chalupa se separaba de la *Beatriz*. Días, el padre De Sousa y Rodrigues iban en la chalupa junto con los ocho remeros y diez soldados equipados con ballestas y arcabuces, cascos y cotas de malla.

Le hubiera hecho más feliz ver a Gonçalves y no a Rodrigues pero, como maestre, lo habían dejado al mando de la carabela. Rodrigues, con peto, rodillera y cota de malla, se sentaba erguido en la proa con un casco abollado sobre el pañuelo rojo y el machete desenvainado, mirando hacia la orilla con una expresión torva como si buscara problemas. Días iba sentado en el centro, acurrucado debajo de una lona para proteger de la lluvia sus finas prendas. El padre De Sousa permanecía de pie en la popa junto al timonel, con el crucifijo de plata del rosario sujeto entre sus delicadas manos. Miraba al frente con una sonrisa expectante sin hacer caso del agua que chorreaba de su sombrero de teja.

—No me gustan —comentó Nimi cuando vio con claridad a los tripulantes de la chalupa—. Son feos y me dan miedo.

—No les tengas miedo, Nimi. No son más feos que yo. —Le rodeó los hombros con un brazo—. Tú no les tienes miedo, ¿no es así, Kimpasi?

El niño meneó la cabeza valientemente, pero frunció el entrecejo. Si no tenía miedo, por lo menos estaba desconcertado por su primera visión de un grupo de blancos peludos y acorazados.

—Ven, *mbakala*, les ayudaremos a traer su canoa a tierra.

Gil sujetó la mano de Kimpasi y se metió en el agua con la intención de sujetar la proa de la chalupa y arrastrarla hasta la playa. Sin embargo, en cuanto el casco de la embarcación rozó el fondo, Rodrigues desembarcó de un salto, gritó una orden, y, al instante, los soldados le imitaron corriendo hacia la playa. El inesperado comportamiento que parecía un ataque fue suficiente para acabar con la decisión de Kimpasi, que soltó la mano de Gil para salir corriendo en busca de la madre.

—¿Qué está haciendo, Rodrigues? —gritó Gil—. No hace ninguna falta.

Rodrigues no le hizo caso y en un par de minutos tenía a los hombres formados en la playa, con los arcabuceros con una rodilla en tierra apuntando sus armas hacia la casa de la Mbanda Lwa. Detrás los ballesteros colocaban las saetas y tensaban los arcos. Al ver la actitud de los hombres blancos, los guerreros de Mbanda Lwa apostados en la puerta de la empalizada levantaron los escudos y las lanzas. Las mujeres buscaron la protección de los troncos. Nimi se alejó con Kimpasi.

—Le digo que no hay necesidad de todo esto, Rodrigues.

—No soy tan estúpido como para meterme en una trampa, señor.

—¿Trampa? ¿Qué trampa? No hay ninguna trampa.

—¿Cómo sé que no hay más salvajes de éstos fuera de la vista, ocultos entre aquellos árboles?

—¡Por Dios! Mi capitán, llame a su perro de presa.

Días se había puesto de pie en la chalupa, sin soltar la lona que le resguardaba de la lluvia. Miró a Gil sin saber qué hacer.

—Padre, este loco causará problemas con esta demostración hostil.

—Sólo es una precaución, señor Eanes. —El cura se recogió los faldones de la sotana, aunque no por eso dejó de chapotear remilgadamente hacia la playa.

—No necesitamos estas precauciones, padre. La Mbanda Lwa sólo dispone de un puñado de guerreros.

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro.

—Bien, si está seguro... Don Tomé, ordene a sus hombres que descansen.

—Se quedarán tal como están, padre. Quizás usted confíe en este hombre, pero yo no. No confío en él más de lo que confío en estos salvajes.

—Al menos, haga que bajen las armas —protestó Gil, furioso—. Si alguno de ellos pierde la cabeza y dispara, no respondo de las consecuencias.

—Haga lo que dice, don Tomé.

—Está cometiendo un error, padre.

Gil miró a los guerreros que vigilaban la puerta de la Mbanda Lwa. Era obvio que no les agradaba ver la formación de los soldados blancos en la playa. Pero era consciente de que no conseguiría que los soldados se marcharan. No sólo Rodrigues, sino también el padre De Sousa y Días estaban muy nerviosos, en su primer contacto con un territorio africano desconocido. Gil pensó que quizá sus advertencias habían afectado a los portugueses más de lo que había creído.

—Preséntenos a la princesa Nimi a Nzinga, señor —dijo el padre De Sousa—. Y también al niño. ¿Cómo se llama?

—Kimpasi.

—Me gustaría conocer a mis primeros conversos.

Gil dirigió a Rodrigues una feroz mirada de advertencia, y luego llamó a Nimi. La joven simuló no haberle oído y se alejó todavía más, llevándose a Kimpasi. Cuando Gil fue tras ella, con el cura pegado a sus talones, dio media vuelta y corrió a buscar la protección de la empalizada con su servidumbre.

—Rodrigues la ha asustado con su estúpida exhibición de fuerza —rezongó, y se encaminó hacia la casa.

Aumentó la tensión entre los guerreros cuando le vieron acercarse. Si Rodrigues lo consideraba uno de ellos, un salvaje, era obvio que los guerreros lo veían como un hombre blanco, un demonio caído del cielo, condenado al

exilio por su sumo sacerdote, y le vigilaron atentamente mientras cruzaba la puerta, confiando tan poco en él como había confiado Rodrigues, y lo dejaron pasar sólo porque era el capricho de la reina a quien servían.

—¿Se han marchado? —preguntó Nimi en cuanto vio aparecer a Gil por la puerta de la empalizada.

—Sabes muy bien que no se marcharán —respondió Gil, molesto—. Sabes por qué están aquí. Tu madre quiere conocerlos.

—Incluso así, desearía que se marcharan. Son muy feos. ¿Por qué corrieron hacia nosotros desde la canoa? Creí que querían matarnos.

—Fue un error.

—Asustaron a Kimpasi.

—Lo sé. —Gil se puso en cuclillas delante del niño—. Fue un error, *mbakala*. No querían hacer daño. No debes tenerles miedo. No son tan malos.

—No les tengo miedo —afirmó Kimpasi.

—Bien dicho. Con el tiempo te acostumbrarás. —Gil se irguió—. Todos tendremos que acostumbrarnos, Nimi —manifestó, con un tono muy severo—. Porque dentro de poco, viviremos entre ellos. Serán nuestra gente.

—¿Les has dicho que soy NtinuKongo?

—Claro que se lo he dicho. —Gil le agarró la barbilla con su manaza—. Te tratarán con honor y respeto, no te preocupes, y no sólo porque eres NtinuKongo, sino también porque pronto serás bautizada.

—¿Qué es eso?

—Un rito que te convertirá en uno de su fe. Ahora ve con tu madre y dile que he traído a los hombres blancos —respondió Gil, dirigiéndose nuevamente hacia la salida.

Los soldados portugueses, aunque habían bajado las armas, se mantenían alerta, jugueteando con los arcabuces y las ballestas, sin quitarle ojo a los guerreros de la entrada. Rodrigues se paseaba impaciente delante de ellos, golpeando el machete contra una pierna. Días ya no llevaba la lona sobre la cabeza, sino que se la había colocado sobre los hombros como una capa, y ofrecía un aspecto lamentable. El padre De Sousa había ido hasta el estanque al pie de la catarata para arrodillarse en la orilla debajo de los árboles floridos y rezar un rosario, con la mirada puesta en lo alto del acantilado de piedra caliza donde el agua comenzaba su estruendoso descenso.

—Qué lugar tan hermoso, señor Eanes —comentó cuando Gil llegó a su lado—. Es un paraíso donde sólo falta la presencia de Dios. Nosotros nos ocuparemos de reparar esa falta. Traeremos a Dios a este paraíso y Él le dará su bendición para hacer todavía mayor su belleza.

Gil miró hacia donde miraba el padre De Sousa, y, por un momento, lo vio todo con los ojos del cura. Se quedó pasmado por la increíble belleza de la blanca y espumeante cascada, que se precipitaba por la pared del acantilado en medio de la trémula cortina gris de la lluvia, para ir a caer en el cristalino estanque, engarzado como una gema entre el verde esmeralda y el rojo de los árboles floridos. Pero el sacerdote se equivocaba en una cosa: Dios estaba aquí, el dios kongo, *Nzambi Mpungu*. El Dios de los cristianos no podía hacer este lugar más hermoso de lo que ya lo había hecho *Nzambi Mpungu*.

—Vamos, padre, no hagamos esperar a la Mbanda Lwa.

La casa de la Mbanda Lwa, de planta circular, con las paredes curvadas hacia dentro para formar un techo con forma de cúpula, iluminada con la suave luz mortecina de las lámparas de aceite, apenas tenía la altura suficiente para estar de pie. La servidumbre permanecía en segunda fila, con los platos de comida y las bebidas. Nimi estaba entre ellas, cogida de la mano de Kimpasi. La Mbanda Lwa estaba de pie en primera fila rodeada de almohadones, esteras y mantas dobladas.

Vestía el atuendo real. Además de las varias faldas rojas y doradas y la blusa roja bordada con soles amarillos de la casa del ManiKongo, llevaba una capa de plumas de cacatúa rojas y amarillas, y un tocado de marfil con plumas. Pulseras de marfil con filigranas de plata le cubrían los antebrazos, los collares de latón con perlas le tapaban el pecho desde los senos a la barbilla, y pendientes de bronce trabajados con formas de pájaros con rubíes imitando ojos, le colgaban de los lóbulos. Lo que de inmediato captó la atención de Gil cuando entró con Días y el padre De Sousa (Rodríguez permaneció en el exterior con sus soldados para vigilar a los guerreros soyos) fue el pequeño libro encuadernado en cuero negro y la cruz de oro en la tapa que la mujer tenía entre sus manos.

El breviario del padre Sebastião. Al verlo, Gil comprendió que no podría seguir mintiendo sobre sus razones para conocer a los hombres blancos.

—Invítalos a sentarse, Gil Inis —dijo la reina, que se sentó con las piernas cruzadas, entre los almohadones y las esteras, y dejó caer el breviario sobre la falda.

Nimi se sentó a su lado, arrimando a Kimpasi, que continuó de pie, mientras le rodeaba la cintura con un brazo, en una clara actitud protectora. Y después, cuando Gil, Días y el padre De Sousa se acomodaron en los almohadones y las esteras, la Mbanda Lwa llamó a una de las sirvientas, quien se acercó trayendo una bandeja cargada con vasos de madera pintada. La Mbanda Lwa cogió la primera y luego se sirvieron los demás.

—Es *malafu* —explicó Gil—. Vino de palma.

—¿Debemos ofrecer un brindis? —preguntó el padre De Sousa—. ¿O lo hará ella?

—No lo sé.

La Mbanda Lwa sostuvo el vaso con las dos manos casi tocándole la barbilla y, con la cabeza levemente ladeada, observó a los hombres blancos con un interés tan profundo que, efectivamente, parecía cierto que había venido hasta allí sólo para verles las barbas. La mirada de sus grandes ojos castaños se paseó alternativamente entre el sacerdote y el capitán, tomando buena nota de las grandes diferencias: el pelo y la barba cana de Días, los ojos llorosos, la complexión recia, el chaleco bordado y la finura de las otras prendas; y la piel blanca como el mármol del cura, el bigote y la perilla negra, la negra y ajustada sotana, y el crucifijo de plata sobre el pecho.

—¿Es el sacerdote de tu gente, Gil Inis? —preguntó, tras varios minutos de atenta observación, indicando al padre De Sousa con un leve mohín de la barbilla.

—Lo es, mi señora —replicó Gil, sorprendido por la rapidez con que lo había adivinado. Al fin y al cabo, ¿por qué no se había fijado en el hombre de pelo blanco vestido de terciopelo rojo y encajes, en lugar de hacerlo en el más joven y de apariencia humilde?

—¿Cómo se llama?

—Rui De Sousa. Para mostrarle nuestro respeto, nos dirigimos a él llamándole padre. Padre De Sousa.

—Pader De Soosa.

—¿Qué dice de mí, señor?

—No dice nada de usted, padre. Sólo pregunta por su nombre.

—Mbanda Lwa —dijo el padre De Sousa y, levantando el vaso, inclinó la cabeza respetuosamente.

La reina le devolvió el saludo, con los ojos brillantes a la luz de las lámparas y una leve sonrisa en sus labios abultados.

—¿Y el otro, Gil Inis, quién es?

—El capitán de la *Beatriz*, mi señora. Bartolomé Días de Nováis.

Un nombre demasiado largo para la reina kongo.

—Nos dirigimos a él llamándole capitán, mi señora. *Senhor Capitao*.

—Señor Capitán.

Días, al oír pronunciar su nombre, también levantó el vaso para luego llevárselo a los labios.

—Admito que es un vino más que aceptable —opinó con un sonoro chasquido—. Lo más indicado para calentarse los huesos en un día de perros.

La Mbanda Lwa también bebió, aunque evidentemente no pensaba hacerlo, sin duda para no resaltar la descortesía de Días. Y al beber ella, también lo hicieron Nimi, Gil y el padre De Sousa. Una vez que hubo bebido, la mirada de Gil se posó en el breviario, y se preguntó si el padre De Sousa lo habría visto. Probablemente no. Pero había muchísimas más cosas que ver. En el fondo de la casa había bultos y canastos, sin duda regalos que la Mbanda Lwa había traído de Mbanza Kongo para los hombres blancos. Aún no los habían abierto, pero Gil suponía el contenido: piezas de la hermosa tela aterciopelada que fabricaban los kongos, teñidas en una multitud de colores y tejidas con los más variados diseños; armas de hierro y herramientas de los hábiles herreros; joyas de plata y marfil, engastadas con piedras preciosas; objetos, fetiches y estatuillas de bronce o talladas en madera y piedra; cántaros de aceite de palma, tinajas de vino, pieles curtidas de leopardo y de león. Todo ello causaría una profunda impresión en Días y en el sacerdote, como sin duda pretendía; estos regalos estimularían el interés de los hombres blancos por conseguir un acuerdo comercial con un reino capaz de producir tales productos.

—Es una mujer muy apuesta —comentó el padre De Sousa—. Un rostro realmente refinado e inteligente. No tiene nada de salvaje.

—¿Le sorprende?

El padre De Sousa se encogió de hombros.

—Todos son muy apuestas, sobre todo la muchacha. Es francamente muy hermosa, señor Eanes. Comprendo que lo tentara en su soledad. Y su hijo es encantador, con sus ojos azules y el pelo rubio. ¿No cree que son una raza muy gallarda, don Bartolomé?

—Lo que creo es que debemos acabar cuanto antes, padre De Sousa —respondió Días, irritado—. Le hemos mostrado nuestras barbas. Y ahora, ¿qué?

—Han preparado una comida —le informó Gil—. Supongo que nos invitará a comer. También ha traído regalos, así que probablemente nos los querrá dar antes de hacer cualquier otra cosa.

Días hizo un movimiento de cabeza con el que mostraba su enfado yapuró el resto del vino. La Mbanda Lwa llamó a su sirvienta para que le llenara el vaso, y la mujer, mientras lo hacía, se interpuso por un momento entre la reina y Gil. Fue entonces cuando él oyó estas palabras de labios de la Mbanda Lwa:

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.*

No podía creerlo. No era el padre De Sousa. Era la mujer la que acababa de pronunciar las palabras latinas. Y cuando la sirvienta se apartó después de llenar el vaso de Días, Gil observó que la Mbanda Lwa sostenía en sus manos el breviario abierto. Sin embargo, era al padre De Sousa a quien miraba con ojos chispeantes. El cura la miraba atónito. Era obvio que a él, lo mismo que a Gil, le resultaba imposible dar crédito a lo que había oído. La mujer miró la página abierta y volvió a hablar:

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.* —Leía la página del libro. No era un truco memorístico. Había aprendido a leer en latín, aunque no sabía el significado—. *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.*

—Señora. Oh, señora —gritó el padre De Sousa, poniéndose de rodillas—. ¡Qué maravilloso es esto, señora! ¡Qué glorioso! Dios os ha llegado al corazón. Nuestro Señor, Cordero de Dios, os ha hablado conquistando vuestra alma. Gloria a Dios en las alturas. *Te Deum laudamus* —y se persignó.

La Mbanda Lwa, que no entendía ni una sola de sus palabras, y no había visto nunca a nadie persignarse, se apartó un tanto asustada.

—Padre...

—Esto es mucho más de lo que yo podía esperar. Aquí, en esta hermosa selva, en este paraíso salvaje, he oído a una reina pagana rezar el *Agnus Dei*.

—Ella no comprende vuestras palabras, padre. Sin duda ya lo ha visto. Ha aprendido a leer, pero sin comprender lo que significa.

—Quizá sea así, pero ha aprendido a leerlas y eso significa que quería comprender su significado. Éste es el primer paso, un grande y milagroso primer paso en su deseo por conocer al Señor. —El padre De Sousa volvió a tender su mano a la Mbanda Lwa, y ella volvió a apartarse—. Recemos juntos, mi señora.

—La asusta, padre.

—No quiero asustarla. No, claro que no. *Desculpe me, minha* señora.

—¿Qué dice, Gil Inis?

—Le pide perdón, mi señora. Se excitó mucho cuando la oyó hablar la escritura. Reconozco que yo también me excité mucho. No sabía que había aprendido a hablar la escritura.

—Sí, he aprendido a hablar la escritura, Gil Inis. Y ahora aprenderé a utilizar su magia.

—¡Mi señora!

—Siempre me has dicho que sólo un sacerdote de tu gente podría enseñarme a utilizar la poderosa magia de la escritura de los hombres blancos. Y ahora, por fin, está aquí un sacerdote de tu gente. Dile que quiero aprender a usar esta fuerte y maravillosa magia que nos has traído de tu tierra en la otra orilla del mar.

Gil no replicó. ¿Qué podía decir? Tenía muy claro lo que ocurriría si se lo traducía al padre De Sousa. El cura no dejaría escapar la ocasión, vería aquello que Gil no quería que viera: la oportunidad de conseguir, a través de la Mbanda Lwa, meter un pie en el reino kongo.

—¿Por qué no hablas, Gil Inis? ¿Por qué no le dices al Pader de Soozza lo que deseo?

—¿Qué dice, hijo mío?

—¿Le ha comido la lengua el gato, señor? —intervino Días, impaciente ante el largo silencio de Gil—. ¿Qué ha dicho la reina?

—Es una tonta, mi capitán.

—Creía que todos estábamos de acuerdo en que era una mujer inteligente y refinada.

—Cree que el breviario es mágico.

—¿Qué?

—Los kongos desconocen la escritura, y, por lo tanto, creen que la escritura en el breviario, las únicas palabras escritas que han visto, es magia. Creen que lo escrito en el breviario es como Dios nos habla a nosotros y como nosotros hablamos con Dios.

—¿Cómo es que creen eso? —preguntó el padre De Sousa.

—Yo se lo conté así.

—Y así es, hijo mío. No los has engañado. Los himnos, los salmos y las lecciones del Oficio Divino son como le hablamos a Dios. Y las lecturas de las Sagradas Escrituras y los Evangelios son las palabras de Dios cuando nos habla.

—Sí, pero ella ha interpretado algo más que eso, padre.

La Mbanda Lwa miraba a Gil fijamente.

—Cree que en esto, en nuestra conversación con Dios mediante la escritura del breviario y en la conversación de Dios con nosotros, poseemos una fuerte y maravillosa magia que supera la magia de todos los sacerdotes y hechiceros de su reino.

—¿Y lo cree porque le enseñó usted que era así?

Gil asintió.

—Y es así. Claro que lo es. La magia de nuestras oraciones, la magia de la palabra de nuestro Señor, es una magia más fuerte y maravillosa que cualquier otra magia.

—Sí, pero ahora ella quiere aprender a servirse de esa magia.

—¿Servirse de ella?

—Quiere que usted le enseñe a usarla, padre. Le dije que sólo un sacerdote de mi gente podía enseñarle a hacerlo.

—¿Usarla en qué sentido? ¿Usarla con qué propósito?

—A su manera. Para sus propios fines.

—Comprendo. —El padre De Sousa se sentó sobre los talones, acercando el crucifijo a los labios para besarlos—. *Gloria in excelsis Deo* —murmuró—. Gracias, mi Señor Jesús, por darme esta sagrada oportunidad. No te fallaré.

La Mbanda Lwa miraba ahora al sacerdote. Sabía que Gil había transmitido su petición.

—Dígale, hijo mío, que sólo hay una manera de aprender a usar la magia del breviario.

—¿Cuál es esa manera?

—Convirtiéndose al cristianismo. Debe recibir el sacramento del bautismo.

Eso ya se lo esperaba Gil. El padre De Sousa creía que con la conversión de una reina kongo estaría dando el primer paso hacia la conversión del reino. Y la Mbanda Lwa aceptaría la conversión, convencida de que así conseguiría la magia para convertir a Mbemba en el rey de los kongos.

VII

— **A**ntes de cualquier otra cosa, está lo de los nombres cristianos. Es lo primero que hay que resolver.

Gil estaba sentado junto a Nimi y tenía a Kimpasi sentado en las rodillas.

—Para la Mbanda Lwa —añadió el padre De Sousa—, sugiero el nombre de Leonor.

—¿Cómo la reina portuguesa?

—¿No lo considera apropiado?

—La Mbanda Lwa, padre, no es la primera reina de los kongos como lo es la reina Leonor en Portugal.

—No, pero será la primera reina cristiana de los kongos.

Gil no respondió al comentario.

—Y por el mismo criterio, sugiero el nombre de Beatriz para su hija.

—¿Quién es Beatriz?

—La hija del rey Juan y de Leonor, la duquesa de Viseu. Nuestra nave lleva su nombre.

—Comprendo.

—Y en cuanto a su hijo, bueno, eso se lo dejo a usted.

—Bautícelo con el nombre del hijo de nuestros soberanos; Alfonso.

—Oh, no, señor, reservamos ese nombre para Mbemba.

—¿Para Mbemba?

—Es el hijo del rey kongo, y, por consiguiente, que él lleve el nombre del hijo del rey de Portugal.

—¿Qué tontería es ésa, padre? Mbemba no necesita un nombre cristiano. Él no se bautizará. No hay nada que esté más lejos de su intención. Se dispone a venir con un ejército de miles de soldados contra nosotros, ¿cómo puede creer que desee convertirse?

—No estoy dispuesto a renunciar tan rápidamente a esas esperanzas, señor Eanes. Tengo una fe que mueve montañas. El Señor ya nos ha sorprendido con Sus bendiciones. Primero le ha mantenido a usted vivo. Luego ha enviado aquí a su mujer y a su hijo para ser convertidos. Y ahora también la Mbanda

Lwa espera recibir el sacramento del bautismo. Los designios del Señor son inescrutables. Todavía puede mandarnos a Mbemba.

—Ni en mil años.

—Dios dispone de mil años, señor Eanes. Dejemos el asunto en sus manos. Dígame, ¿cuál es el nombre que quiere para su hijo?

Gil pensó en un nombre apropiado para Kimpasi.

—Yo espero —respondió— que se convierta en marinero. Le daremos el nombre del Navegante, el más grande de nuestros marineros, el infante don Enrique.

—Muy bien. Le llamaremos Enrique.

La chalupa había ido hasta la *Beatriz* para buscar el cofre del padre De Sousa donde guardaba las vestiduras y los objetos de culto. El cura levantó la pesada tapa con flejes de hierro y comenzó a rebuscar en el interior. La Mbanda Lwa, Nimi y Kimpasi le observaron con mucho interés cuando se puso el roquete de lino blanco sobre la sotana negra, se colocó la estola bordada de oro alrededor del cuello, y luego improvisó un altar con el cofre: el mantel, el misal, los candelabros de plata y la jarra para el agua bendita. Rodrigues era uno de los presentes. El sargento había entrado en la casa para participar de la comida de la Mbanda Lwa y compartir los obsequios. Él y Días cabeceaban en el soporífero resplandor de las velas y las lámparas, como consecuencia de haber bebido demasiado vino de palma.

—Don Bartolomé, don Tomé. Vamos a empezar.

—Ya era hora —exclamó Días, abriendo los ojos, sobresaltado—. ¿Queda un poco más de *malafu*?

—Estoy seguro de que sí. Pero esperemos a beber en honor de las almas que serán nuestra cosecha para Cristo. —El padre De Sousa abrió el misal—. Señor Eanes, ¿será usted el padrino de estas criaturas?

—Desde luego.

—¿Qué nombres les dará para que les conozca nuestro Señor?

—Leonor, Beatriz, Enrique.

—¿Qué pides a la Iglesia de Dios?

Gil no sabía la respuesta, así que el padre De Sousa se la apuntó en voz baja.

—La fe.

—¿Qué te da la fe?

—La vida eterna.

La ceremonia duró una media hora. El padre De Sousa leyó el Evangelio según san Mateo. Luego siguió la oración de los fieles: «Por el misterio de tu

muerte y resurrección, baña a estas criaturas en la luz, dales la nueva vida del bautismo y acógelos en tu santa Iglesia».

Días y Rodrigues se unieron en la respuesta y exclamaron:

—Amén.

Después rezaron las letanías de los santos: «Santa María, Madre de Dios, san Juan Bautista, san José, san Pedro y san Pablo, rogad por nosotros...». Luego la oración del exorcismo: «Todopoderoso y eterno Dios, que enviaste a Tu único Hijo al mundo para expulsar el poder de Satanás, para rescatar al hombre del reino de las tinieblas y llevarlo al esplendor de Tu reino de la luz. Rezamos por estas criaturas: líbralas del pecado, conviértelas en templos de Tu gloria, y envía al Espíritu Santo a que viva en ellas. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor».

La voz del padre De Sousa era suave, pero cargada de vibrante emoción. No reflejaba un ápice de cinismo. Creía sinceramente en las palabras del ritual del sacramento, en la misión de salvar a estas almas ignorantes. Y el efecto de su creencia era poderoso, porque recordaba a Gil los misterios olvidados de su infancia. Y pensó que el efecto sería más poderoso en la Mbanda Lwa, Nimi y Kimpasi. Miró sus rostros, iluminados por el resplandor de las lámparas de aceite y las oscilantes llamas de las velas en los candelabros de plata, con los ojos iluminados por el propio asombro y aquella luz mortecina, escuchando sin comprender las extrañas y sonoras palabras del sacerdote, e incluso el bergante de Rodrigues y el achispado Días, llevados por la cadenciosa salmodia y el sentimiento místico que evocaba, entonaron la respuesta con reverencia.

—Alabado sea el Señor.

El padre De Sousa pasó las páginas del misal y contempló en silencio la nueva página, cerró los ojos como si estuviera reuniendo fuerzas. Cuando los volvió a abrir, Gil vio brillar unas lágrimas en sus ojos. Con una mano apoyada en la página del misal, cogió con la otra el jarro de agua bendita y miró a Gil.

—¿Crees en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

Una vez más, Gil no supo qué contestar, pero el padre De Sousa asintió, y él respondió:

—Creo.

—¿Crees en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de la Virgen María, que fue crucificado, muerto y sepultado, y que resucitó de entre los muertos y ahora está sentado a la diestra del Padre?

—Creo.

—¿Crees también en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna?

—Creo.

—Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia. Estamos orgullosos de profesarla, en Jesucristo, nuestro Señor.

—Amén —dijo Gil.

—Amén —corearon Días y Rodrigues.

—Haz que se arrodillen, hijo mío.

Gil se puso de rodillas, levantando a Kimpasi de la falda y colocándolo de rodillas. La Mbanda Lwa y Nimi siguieron el ejemplo.

—Leonor.

—¿Me habla a mí, Gil Inis? —preguntó la Mbanda Lwa.

—Sí.

El padre De Sousa dejó el misal y sostuvo la jarra de agua bendita por encima de la cabeza de la mujer.

—Leonor, yo te bautizo en el nombre del Padre...

El inesperado chorro de agua la sobresaltó. Sin embargo, no hizo ningún movimiento para enjugarse el agua; dejó que le goteara por la frente y las mejillas. Y al instante, la expresión de sorpresa dio paso a una sonrisa de entusiasmo. Esto era brujería. La reconoció como tal, y no se sintió desilusionada.

—... y del Hijo...

Recibió la siguiente rociada con algo parecido al deleite, con una sonrisa beatífica, los ojos brillantes, viendo en su mente cómo funcionaba la magia del agua derramada.

—... y del Espíritu Santo.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza como si supiera cuál era el segundo paso —quizás había un rito similar en la religión de los kongos— y el padre De Sousa apoyó una mano sobre su cabeza.

—Ésta es la fuente de la vida, agua que quedó bendita por el sufrimiento de Cristo, para lavar al mundo del pecado. Leonor, tú que has sido lavada con esta agua ahora tienes la esperanza del reino del Cielo.

En cuanto el padre De Sousa apartó la mano, la Mbanda Lwa abrió los ojos para mirar a Gil.

—¿Ya está, Gil Inis? ¿Ya soy cristiana?

—No lo sé, señora.

—Beatriz.

—Es tu turno, Nimi.

Nimi torció el gesto cada una de las tres veces que el padre De Sousa la roció con el agua bendita. Kimpasi comenzó a reír al llegar su turno y continuaba riendo cuando el sacerdote acabó el rito y dejó la jarra junto al misal sobre el cofre como altar improvisado; luego se sentó sobre los talones con los ojos entornados. Al cabo de un momento, Kimpasi dejó de reír para mirar al padre De Sousa frunciendo el entrecejo. De pronto apareció el cura como exhausto, se había acentuado la palidez de sus facciones, y la respiración era lenta y fatigada.

—¿Está usted bien, padre? —preguntó Gil.

El padre De Sousa abrió los ojos.

—Sí, estoy muy bien. Ésta ha sido una experiencia maravillosa, señor Eanes, esto es ganar almas para Cristo.

—¿Tenía alguna duda?

—¿Por qué lo pregunta? Claro que no tenía ninguna duda.

—Entonces, ¿están bautizados?

—Está el ritual de las vestiduras blancas y ungirlos con el crisma, pero no es estrictamente necesario. Sí, están bautizados. Oremos. —El padre De Sousa cogió el misal—. Padre nuestro, que estás en los Cielos...

La Mbanda Lwa al escuchar las palabras y reconocerlas, recogió el breviario y lo abrió en la página correcta.

—*Paternóster, qui es in caelis: sanctificetur nomen tuum...*

El sacerdote interrumpió su recitado para dejar que ella continuara sola.

—... *adveniat regnum tuum: fiat voluntas tua, sicut in coelo, et in terra.*

—Por un momento apartó la mirada de la página, sorprendida por el silencio que reinaba a su alrededor, vio que todos la miraban. Reanudó la lectura hasta el final, sonriendo orgullosa—. *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie; et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a malo.*

—Oh Señor, Oh Virgen bendita, te doy gracias por este momento. —El padre De Sousa se persignó—. Me pregunta si tengo alguna duda, señor Eanes. ¿Cómo puedo tener dudas cuando he presenciado esto?

Gil no tenía muy claro cómo interpretarlo. La Mbanda Lwa, con el glorioso tocado de marfil y plumas, y las hermosas joyas que reflejaban la luz de las velas y de las lámparas de aceite, se veía radiante. Quizás había ocurrido algo maravilloso.

—Ya están bautizados —dijo en portugués, y después añadió en kongo—: Ya está, mi señora.

—¿Soy cristiana?

—Sí, mi señora, es cristiana.

—¿Y ahora poseo la magia de la escritura?

—Tanto como cualquier otro cristiano, mi señora —respondió Gil, con un tono de resignación—. Sí, ahora posee la magia de la escritura.

—Entonces, vayamos a Mpinda.

—¿A Mpinda?

—El ManiSoyo nos espera. Le dije que volvería con los hombres blancos.

—¿Le habló de los hombres blancos? ¿Sabe que han vuelto?

—Sí.

—¿Quién más lo sabe? ¿Lo sabe el NsakuSoyo?

—Sí, lo sabe. Todos los soyos lo saben.

—Ay, madre —gimió Gil. Tendría que haberlo esperado. Tendría que haber sabido que esta mujer intrigante no guardaría el secreto. Ahora la noticia correría de aldea en aldea y, muy pronto, todo el reino sabría que los hombres blancos habían vuelto otra vez.

—Le dije al ManiSoyo que te seguiría hasta los hombres blancos y conocería a su sacerdote. Le dije que aprendería de su sacerdote a utilizar su magia y que volvería con ellos a Mpinda para mostrarle a él y a todos los soyos las maravillas de su magia.

—¿Qué dice esta mujer? —preguntó el padre De Sousa.

Gil no tuvo ocasión de responderle porque en ese momento intervino Nimi:

—No iré a Mpinda —afirmó con coraje—. Tú puedes ir, madre. Puedes ir y enseñarle al ManiSoyo lo que quieras. Pero Kimpasi y yo no iremos contigo. Nunca volveremos a la tierra donde hemos sido odiados y temidos. Hemos escapado de esa tierra con Gil Inis para ir a una tierra donde se nos tratará con honor y respeto y donde volveré a ser una princesa.

—Puedes volver a ser una princesa en tu tierra ahora mismo, muchacha —replicó la Mbanda Lwa—. ¿No lo prefieres? ¿No prefieres ser una princesa entre tu propia gente que entre estos hombres blancos?

—¿Por qué le dice eso? —protestó Gil, furioso—. ¿Cómo puede volver a ser una princesa entre su propia gente?

—Está muy claro. Sin duda te darás cuenta de que en cuanto le enseñe al ManiSoyo lo maravillosa que es la magia que he adquirido de los hombres blancos, él también querrá tenerla.

—¿Él te ha dicho eso?

—Sí. Él ha dicho que si yo le demuestro que la magia de los hombres blancos es realmente maravillosa, les dará la bienvenida a Mpinda. Y añadió que les daría un lugar allí y se uniría a ellos contra aquellos que quisieran expulsarlos.

—Eso sería una rebelión, mi señora.

—Sí, sería una rebelión. —La Mbanda Lwa sonrió—. Con los hombres blancos y su maravillosa magia de su parte, será una rebelión en la que saldrá triunfante.

—¿Y yo volveré a ser una princesa entre mi gente?

—Desde luego, tú eres una hija de la casa del ManiSoyo. Tú eres la madre de un hijo de los hombres blancos por mediación de Gil Inis. Con el ManiSoyo y los hombres blancos unidos y victoriosos sobre aquellos que te convirtieron en una mujer cualquiera, ¿qué crees que va a pasar, muchacha? Claro que volverás a ser una princesa en tu propio reino.

—¿Es así, Gil? —preguntó Nimi. Era obvio que la idea la entusiasmaba.

—Para que sea así, el ManiSoyo tendría que unir sus fuerzas con los hombres blancos en una guerra contra su propio reino. ¿Crees que lo hará?

—Si la magia de los hombres blancos es suficientemente poderosa, y tú mismo has dicho que lo es, tú mismo has dicho que es más fuerte que la magia del NsakuSoyo, incluso más que la del NgangaKongo.

—¿De qué hablan, señor? —volvió a preguntar el sacerdote—. ¿Tendría la bondad de decirnos de qué hablan?

—Me temo que ha conseguido más de lo que se proponía, padre.

—¿Qué he conseguido, señor?

—La Mbanda Lwa quiere ir ahora a Mpinda. Cree que, después del bautismo, puede hacer sorprendentes actos de magia. Se lo advertí, padre. Ésa era la única razón de acceder a recibir el sacramento del bautismo. Cree que ahora puede llamar a Dios para que realice un milagro y convenza a la gente de Mpinda a que le dé la bienvenida.

El padre De Sousa miró a Días y luego a Rodrigues, y, por un momento, los tres hombres se miraron entre sí sin decir palabra.

—No estoy muy seguro de por qué cree usted que es más de lo que pretendíamos, señor Eanes. Al contrario, me parece que es exactamente lo que esperábamos conseguir.

—Padre, no ha entendido lo que he dicho. Cree que con el bautismo usted le ha dado el poder de realizar milagros.

—Quizá sea la pura verdad.

—Padre, por favor. Estoy dispuesto a respetar su fe, pero incluso su fe no puede llegar tan lejos. Hemos dejado que esta mujer se engañe a sí misma. No posee magia alguna. No puede hacer milagros. Nosotros lo sabemos, aunque ella lo ignore. Acompañarla a Mpinda sería una calamidad. No podrá convencer a la gente de que nos dé la bienvenida. Porque no tiene ninguna magia que mostrarles.

—Creo que eso podríamos dejarlo en las manos de Dios, señor Eanes.

—O en las manos de nuestros artilleros —manifestó Rodrigues.

—¿Qué?

—Si necesitamos un milagro, señor Eanes, si lo que queremos es un hecho mágico que convenza a estos salvajes de que nos den la bienvenida, no se me ocurre nada más efectivo que una demostración de la capacidad de fuego de nuestros cañones y falconetes.

—Está en un error —replicó Gil airadamente—. Esta gente no se dejará impresionar. Lo intentamos. Pregúnteselo a Nuno Gonçalves. Él estaba allí. Diego Cão ordenó a los soldados que dispararan los arcabuces cuando llegamos a Mpinda, pero a la gente le pareció que eran vulgares petardos.

—Me cuesta trabajo creerlo. Según mi experiencia, a todo lo largo de la costa africana, los salvajes huían aterrorizados cuando veían explotar en el campo las bombas y las balas, la munición y la metralla, y destrozarse la carne y los huesos. ¿Por qué van a ser diferentes estos salvajes?

Gil no respondió. Diego Cão no había permitido que sus soldados cargaran perdigones. El ManiSoyo y su gente no había visto para qué servían las armas de fuego. De haber visto el poder destructor de las armas, quizás ellos también se hubieran mostrado impresionados —y aterrorizados— como los negros en cualquier otra parte de la costa. Les hubiera parecido un increíble acto de magia, un milagro impresionante e incomprensible, un regalo por el que quizá bien valía la pena rebelarse contra su rey.

—Quizá don Diego fue demasiado amable en la demostración del poder de sus armas —añadió Rodrigues—. ¿Mató a alguien?

—Claro que no mató a nadie. Don Diego no vino aquí con la intención de matar a nadie.

—Ya está. Eso lo explica todo. Le aseguro que si hubieran matado a unos cuantos salvajes, el resto se habría impresionado.

—Padre, ¿va usted a escuchar estas cosas? No puede aceptar que la demostración del poder de la magia adquirida por la Mbanda Lwa sea matarlos.

—No, por supuesto que no. Sin embargo, quizá no sea necesario matar a nadie. Quizá sea suficiente ver el efecto de los disparos de los cañones y falconetes. Si nunca han visto nada parecido, eso les parecerá un milagro. Les parecerá que encarnan el trueno y los rayos de Dios.

—No me lo puedo creer, padre. ¿Está dispuesto a utilizar el sacramento del bautismo de esta manera? ¿Está dispuesto a dejar que el bautismo de la Mbanda Lwa se convierta en un truco barato como es éste?

—Si se trata de un truco, señor Eanes, no es un truco barato. Ningún truco es barato cuando se realiza al servicio de Dios y de su Iglesia.

VIII

Centenares de canoas impedían el paso al estuario del Zaire.

Al principio no era fácil verlas. La lluvia caía formando una espesa cortina a través de la cuál apenas se podía ver nada, el retumbar de los truenos era constante y los fucilazos cruzaban sin descanso el cielo plomizo, dificultando más todavía la visión, y por más que la *Beatriz* buscaba abandonar el océano barrido por la tempestad y encontrar refugio en la inmensa extensión de la desembocadura, navegando empopada sólo con la mesana y el trinquete, no lo conseguía. Gil, en el alcázar, se esforzaba por ver a duras penas las marcas entre la lluvia y la luz cegadora de los relámpagos, al tiempo que gritaba los cambios de rumbo al piloto entre trueno y trueno. Nimi, Kimpasi y la Mbanda Lwa (Días no había permitido que embarcaran la servidumbre y los guerreros), acostumbrados a la violencia de las tormentas de la estación lluviosa y entusiasmados con la extraña sensación que les producía el movimiento de la nave, también estaban en el alcázar junto con Gonçalves, que era el oficial de guardia. En cambio, Días y el padre De Sousa se habían retirado al entrepuente junto con el timonel cuando comenzó a llover.

—Nos acercamos a la zona de sondaje, piloto.

Paiva transmitió la información al timonel a través de la escotilla que tenía a sus pies.

—Voy a proa. Yo lanzaré la sonda —dijo Gonçalves, y se dispuso a abandonar el alcázar.

—No, Nuno, espere. ¿Qué es aquello?

—¿Qué?

Gil se apartó el pelo de la cara, enjugó la lluvia que se le metía en los ojos y forzó la mirada. Había rebasado los acantilados de la costa al norte del río y acababan de rodear la punta norte de la desembocadura. Su casa en la isla de su exilio estaba a unas mil varas a babor, y la nave se dirigía hacia la orilla sur del Zaire aguantando como podía los embates de las olas y la fuerza de la bajamar.

—Esta maldita tormenta no me deja ver nada —protestó Gonçalves, regresando a la bitácora.

—Mire allí.

Gonçalves meneó la cabeza después de dirigir la mirada en la dirección que le señalaba Gil. Hacia el este por el lecho que se abría entre la isla y la playa cubierta de rocas que tenían delante, se divisaba un verdadero espectáculo.

—¿Las ves, Nimi?

—*Bwato* —respondió la muchacha, protegiéndose los ojos con la mano—. Muchas *bwato*, Gil. Nunca he visto tantas.

—Mi capitán —llamó Gil por la escotilla—, será mejor que suba a cubierta.

—¿Qué *bwato*, muchacha? —preguntó la Mbanda Lwa.

—Allí —respondió Nimi, señalando—. Mira cuántas hay.

—Las veo —gritó Kimpasi—. Están por todas partes.

—¿Qué dicen, Gil? ¿Qué ven?

—Canoas, Nuno. Centenares de canoas.

Días y el padre De Sousa subieron al alcázar, encorvados para protegerse del viento y de la lluvia.

—Déjeme su catalejo, mi capitán.

—¿Algo va mal, señor?

Gil no replicó. Cogió el catalejo de Días y se lo llevó al ojo. Gonçalves contestó por el joven.

—Hay canoas en el río, mi capitán. Centenares.

—Son las *bwato* del ManiSoyo, Gil Inis —le informó la Mbanda Lwa, que acababa de ver las embarcaciones.

Gil la miró con una expresión de desconfianza, y luego continuó mirando por el catalejo. Las canoas eran de diversos tamaños, pero todas eran de guerra. Las había visto un millar de veces y resultaban inconfundibles por las altas y curvadas proas decoradas con pinturas de serpientes y bestias feroces. Las canoas más grandes transportaban hasta cuarenta guerreros además de los remeros armados; las pequeñas no menos de diez. Estaban a media legua de distancia y ofrecían un aspecto impresionante. Dispuestas en hileras de varias docenas, y otras varias docenas de fondo, se extendían río arriba centenares de varas, y otro tanto desde la isla hasta la orilla, formando una barrera que cerraba totalmente el canal por donde Gil quería llevar a la *Beatriz* hasta Mpinda.

Una de las canoas más grandes, con otras cuatro más pequeñas como escolta, se destacaba en la vanguardia de la flotilla. A ambos lados de la proa tenía pintados unos agresivos leones rampantes. Gil ajustó el enfoque del

catalejo. Diez remeros por banda la impulsaban con sus largos remos rematados con bolas de marfil; treinta guerreros con tocados de plumas, armados con lanzas y escudos, formaban seis hileras de cinco en fondo. De pie en la proa, con lanza y cubierto con un tocado de plumas y cuernos, estaba Mbemba, mirando con atención a la nave con semblante severo; en la mejilla destacaba la lívida cicatriz como un ramalazo de furia y excitación.

—El ManiSoyo las envía para darnos la bienvenida a Mpinda, Gil Inis — afirmó la Mbanda Lwa—. Nos espera, ansioso por ser testigo de la magia que le prometí realizar.

—No, mi señora, no son las canoas del ManiSoyo. No las envía para darnos la bienvenida. Son las canoas de su hijo Mbemba. Las trae para echarnos de aquí.

Rodrigues, que se encontraba en la cubierta con los soldados y los artilleros, al ver que Días y el padre De Sousa se habían reunido con Gil y Gonçalves en la bitácora, se apresuró a subir al alcázar.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—El señor Eanes dice que hay centenares de canoas en el río —contestó Días—. Deme mi catalejo, señor.

Rodrigues miró a un lado y a otro, intentando ver las canoas a través de una espesa cortina de agua, pero lo mismo que los demás, no distinguió nada.

—Santa Madre de Dios —exclamó Días después de mirar por el catalejo—, eche una mirada, don Tomé. —Le pasó el catalejo a Rodrigues.

Los centenares de canoas de guerra, los millares de guerreros a bordo, los tocados de plumas, los rostros pintados en son de guerra, las lanzas, escudos, arcos, flechas, hachas y garrotes, apelotonados todos en lo que parecía una infranqueable barrera en la desembocadura, azotados por la lluvia, en medio de los tronidos de la tormenta y la luz de los relámpagos, en un vasto escenario de oscuras y profundas, y la costa marcada por un negro muro de árboles, que fortificaba un reino salvaje, era un formidable espectáculo, sobre todo para aquellos que nunca habían visto nada parecido. Sí, era un formidable espectáculo, tan impresionante como para frenar a cualquier hombre sensato y capaz de asustar incluso a Días, Rodrigues y al padre De Sousa, como había prometido Mbemba que sucedería.

—¿Quiénes son? —preguntó Rodrigues, bajando el catalejo.

—El ejército de diez mil guerreros del que le hablé. Usted dudaba de que Mbemba pudiera reunirlos. ¿Todavía lo duda?

Rodrigues no respondió y volvió a mirar el río con el catalejo, sin disimular su asombro.

—No podemos seguir, mi capitán —afirmó Gil—. Lo está viendo con sus propios ojos. Es tal cual le advertí. Debemos dar media vuelta antes de que nos maten a todos.

—No. —Rodrigues plegó el catalejo con un movimiento brusco—. No vamos a dar la vuelta. Por los clavos de Cristo, no lo haremos mientras tengamos a la reina Leonor a bordo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Días, mirando a la Mbanda Lwa.

—Me refiero a que éste es el momento perfecto para que la reina demuestre la magia adquirida con el bautismo, mi capitán —replicó Rodrigues con voz sarcástica—. La magia de nuestras armas. Dé la orden de disparar.

—Se equivoca, don Tomé —dijo el padre De Sousa—. Éste no es el mejor momento para hacerlo.

—¿Por qué no? Le aseguro, padre, que una salva de nuestros cañones de babor será suficiente para que esos salvajes se dispersen como conejos.

—Es posible, pero ¿cómo sabrán que la salva es el trueno y el rayo de Dios?

—¿Eh?

—No queremos que se dispersen como conejos, don Tomé. Queremos ganarlos para nuestra causa. Ése es el fin del truco. No queremos hacer la guerra, sino hacer amigos. Así que arregladlo de forma que vean la descarga como el trueno y el rayo de Dios; que sea para ellos el trueno y el rayo de una magia que ellos también, como su reina cristiana, pueden conseguir del cielo por medio del sacramento.

—¿Y cómo hacerlo?

—Consiguiendo que Mbemba suba a bordo, que sea testigo de cómo la reina Leonor realiza esta magia. —El padre De Sousa se dirigió a Gil—. Consiga que Mbemba suba a bordo, señor.

Gil volvió a mirar la canoa de Mbemba. Se encontraba ahora a sólo unos centenares de varas río arriba, acercándose lenta pero inexorablemente, impulsada por las poderosas paletadas de los veinte remeros, con las cuatro canoas de escolta pegadas a su estela. También los centenares de canoas se habían puesto en movimiento, avanzando por el estuario en dirección a la desembocadura.

—Consiga que suba a bordo, señor. Dígale que su madre está aquí.

—Ya lo sabe. Ha estado en Mpinda. Sin duda, el ManiSoyo le ha dicho que su madre me siguió hasta la nave.

—Dígale que ella desea mostrarle la magia adquirida por mor del bautismo.

—Eso también lo sabe. El ManiSoyo se lo ha contado.

—No puede estar seguro. Asegúrese. Llámelo. Vaya a buscarlo.

—No puede dejarle ir, padre —intervino Rodrigues—. No puede confiar en este hombre. Descubrirá el truco si lo deja ir.

—No se preocupe por eso, Rodrigues. No soy yo el que va a ir a él. Es él el que viene a nosotros.

La canoa de Mbemba se encontraba ahora a unas cien varas de distancia, pero no había ninguna duda, a juzgar por su lento e implacable avance, de que se dirigía a la nave. Y la enorme flotilla, que también avanzaba entre el tremendo aguacero, continuaba desplegándose por el estuario del Zaire para cerrar la amplia extensión de la desembocadura del río.

—Viene hacia nosotros —exclamó el padre De Sousa—, *Deo gratias*. Es precisamente lo que queremos. Don Tomé, prepare los cañones.

—¿Mi capitán? —Rodrigues no estaba dispuesto a recibir órdenes del sacerdote.

—Sí, don Tomé, prepare los cañones para disparar —asintió Días.

—Nadie tiene que resultar herido, mi capitán —dijo Gil, súbitamente preocupado, mientras Rodrigues se dirigía a las cañoneras en la cubierta principal—. ¿Me ha oído, Rodrigues? No debe disparar contra las canoas ni contra nadie.

Rodrigues abandonó el alcázar sin prestarle atención.

—¿Dónde está el breviario de la reina Leonor? —preguntó el padre De Sousa, cada vez más entusiasmado—. Mbemba tiene que verla rezando cuando disparen los cañones.

—¿El pader de Sooza me habla a mí, Gil Inis?

—Explíquesele, señor Eanes. Puede leer el *Pater Noster* o el *Agnus Dei*. No importa cuál. Dios escuchará cualquier plegaria y le responderá con sus rayos y sus truenos.

Gil miró al sacerdote, después a la Mbanda Lwa, y, finalmente, otra vez al río. La canoa de Mbemba estaba a punto de abordar la nave.

—Arrójele una escala, Nuno.

Gonçalves bajó a la cubierta principal sin perder un segundo.

—Señor Eanes, por favor, explíquesele. Explíqueme que ésa es la magia que ha adquirido.

—Explíquesele usted, padre. Es su truco, y bastante sucio, por cierto. No quiero tener ninguna participación en el engaño.

El rostro del padre De Sousa adquirió un color grisáceo, miró al río donde la canoa de Mbemba y las de la escolta acababan de amurarse contra la banda de babor un poco más allá de donde colgaba la escala lanzada por Gonçalves.

—Paiva, vaya a mi camarote y tráigame el breviario —le gritó al piloto, para luego volverse hacia Gil—. Yo se lo explicaré, señor, no será tan difícil. Deprisa, Paiva.

En tanto el piloto corría al camarote del cura en el castillo de popa, Rodrigues reaparecía súbitamente en la cubierta superior.

—Mi capitán, los salvajes están rodeando la nave.

Era cierto. Las canoas de la flotilla, desplegadas por la desembocadura, rodeaban a la *Beatriz* para cerrarle la salida al mar; pero al mismo tiempo la obligaban a seguir hacia la orilla sur del río.

—Se están metiendo debajo de los cañones. La artillería no nos servirá de nada si se lo permitimos. Dirijámonos hacia aguas abiertas, mi capitán, antes de que sea demasiado tarde.

Ya era demasiado tarde. Los guerreros de la canoa de Mbemba trepaban por la escala de cuerdas. Con los escudos colgados en el hombro izquierdo y las lanzas en la mano izquierda, subían rápidos, sin el menor esfuerzo, de dos en dos, codo con codo.

—No puede ser —protestó Rodrigues—. No podemos tolerarlo. ¡Que no osen esos salvajes subir a bordo, mi capitán!

—Sólo se trata de su escolta, mi capitán —replicó Gil—. Es un príncipe y la escolta tiene que acompañarlo.

—Al diablo con la escolta. —Rodrigues comenzó a dar órdenes a grito pelado a soldados y artilleros.

La tropa adoptó sus posiciones en la cubierta superior. Vestían casco, coraza y cota de malla, e iban armados con ballestas, arcabuces y alabardas. Los artilleros giraron los falconetes y los marineros se proveyeron de machetes, cuchillos o pasadores. Debajo de la cubierta principal, los servidores de los cañones cargaban las armas.

—Díales que no es necesario, mi capitán. No habrá ningún problema.

Antes de que Días pudiera intervenir, los dos primeros escoltas de Mbemba aparecieron por la borda, y el capitán retrocedió involuntariamente. Eran hombres de complexión fuerte y musculosa, con los rostros y los torsos pintados de rojo y verde, y las lanzas a la altura de los hombros. En cuestión de segundos, el resto de guerreros fue subiendo de dos en dos, hasta un total de diez, que formaron una falange a lo largo de los barraganetes en el combés.

Entonces Mbemba apareció en la borda.

Lo primero que vieron de él fueron los cuernos y las plumas del tocado, después su apuesto rostro, todavía más impresionante por la terrible cicatriz que iba desde el ojo izquierdo hasta la comisura izquierda de la boca, los párpados entornados para proteger los ojos rasgados de la lluvia, los pómulos altos, la boca seria, el collar de dientes de león alrededor del cuello. Cuando el torso apareció por encima de la borda, brillante como el ámbar pulido en medio de la lluvia, su inmensa fuerza se hizo patente en los abultados músculos del tórax y los hombros. Saltó a cubierta con la agilidad de un gato y, apoyado en la lanza, echó una ojeada con expresión de serena autoridad.

—Dios mío —exclamó el padre De Sousa en voz baja—, ¡qué magnífica criatura!

Mbemba echó un vistazo al sacerdote y luego a Días en el momento en que ambos bajaban del alcázar. Luego a Gonçalves, a Rodrigues y así, uno a uno a los soldados, a los artilleros formados detrás del sargento y a los marineros diseminados por los obenques y aparejos de la nave, observándolo todo con un aire de tranquila amenaza y una peligrosa calma. En verdad que era una magnífica criatura, sin revelar emoción alguna ante lo que veía. Después su mirada contempló toda la nave, de proa a popa. Gil recordó entonces que nunca había estado a bordo de una carabela. Sí había visto a la *Leonor* fondeada ante la ciudad de Mpinda hacía ya muchos años, pero llevado por un orgullo infantil no aceptó la invitación de Diego Cão de subir a bordo. ¿Qué pensaba de cuanto estaba viendo? ¿Se sentía impresionado, asombrado, intrigado, como esperaba estar? En esto también ocultó sus emociones. Se volvió hacia la Mbanda Lwa.

La reina seguía en el alcázar con Nimi y Kimpasi. Parecía un poco inquieta, pero puso buena cara y sonrió a su hijo.

—¿Por qué me has desobedecido, madre? —le preguntó Mbemba sin alzar la voz, como si quisiera que los demás no le oyeran, como si hablara con ella en privado—. ¿Por qué has venido a ver a los hombres blancos cuando te dije que estaba prohibido?

—Hay una buena razón y cuando la sepas te alegrarás de que haya venido —respondió, desafiante. Pero no acabó la frase. De repente, desapareció la sonrisa de sus labios reemplazada primero por una expresión de sorpresa y luego de miedo.

Nimi, sin comprender el repentino silencio de su madre, acabó la frase.

—Ha aprendido a usar la magia de la escritura, Mbemba. Se ha convertido al cristianismo y ahora sabe usar la magia de la escritura.

—¡Cállate!

—No me callaré. Deja que te muestre la magia. Te convertirá en rey.

—Es tu mujer, Gil. Hazla callar.

—Nimi —dijo Gil, acercándose a la princesa.

—Echadla al río.

Gil se giró en redondo. Dos de los guerreros de Mbemba estaban subiendo al alcázar. Por un instante, Gil creyó que venían a por Nimi y se colocó delante de ella y echó mano al puñal. Pero no venían a por Nimi. Venían a por la Mbanda Lwa. La reina intentó huir.

Los dos guerreros la sujetaron.

—Echadla al río —repitió Mbemba.

Era una mujer menuda y con un guerrero había más que suficiente. La cogió por la cintura, la levantó por encima de la borda y la dejó caer. La Mbanda Lwa dio una voltereta en el aire, chocó sonoramente de espaldas contra el agua y se hundió como una piedra.

* * *

—¡Bestia! —chilló Nimi, sin advertir que su madre reaparecía en la superficie boqueando para llevar aire a los pulmones, y comenzaba a agitar las piernas y los brazos para mantenerse a flote en el agua azotada por la lluvia—. ¡Eres una bestia! ¡Un estúpido!

Los guerreros de una de las canoas de escolta izaron a la mujer a bordo y, sin perder ni un segundo, la embarcación se alejó río arriba en dirección a Mpinda. La Mbanda Lwa iba acurrucada en el fondo de la embarcación, con las manos en la cabeza; aunque la humillación debió de ser enorme, no parecía haber sufrido daño alguno en la caída. Kimpasi, asustado por la violencia del trato dispensado a su abuela y los gritos de su madre, comenzó a llorar.

—Eres un bruto, Mbemba, y además un estúpido.

—No te metas en esto, Nimi. —Gil la sujetó para impedir que se echara encima de su hermano.

Nimi forcejeó por librarse de la mano de Gil.

—Podrías ser rey —gimió, con lágrimas de rabia y frustración en los ojos—. La magia de los hombres blancos podría convertirte en rey, y yo sería la hermana del rey y otra vez una princesa en mi tierra.

—Te digo que no te metas en esto. —Gil la sacudió violentamente. Mantenían posiciones antagónicas. Las mantenían desde que la Mbanda Lwa

había revelado su plan para forjar una alianza entre los soyos y los portugueses—. Tu hijo está llorando. Ocúpate del niño.

Sorprendida por su tono —Gil nunca le había hablado de esta manera—, Nimi se acercó a Kimpasi y lo abrazó, susurrándole palabras de consuelo. Pero así y todo, no dejó de mirar con furia a su hermano.

Mbemba no le hizo caso. Miraba la orilla sur del río. Reunidos entre los árboles y los peñascos de la playa castigados por las olas, había un centenar de guerreros soyos, con los kangas azul oscuro, armados con arcos y con flechas. Gil acababa de verlos. ¿Eran parte del plan de Mbemba para atemorizar a la *Beatriz*? Interrogó a Mbemba con la mirada. El príncipe tenía puesta su atención en otra cosa.

—Nuño Gonzálvez.

Gonçalves se sobresaltó al escuchar su nombre.

—¿Le recuerdas, Mbemba?

—¿No estaba con Diigo Cam cuando los Porta Guis vinieron por primera vez?

—Así es.

—Le recuerdo de pie a la derecha de Diigo Cam.

—Te recuerda, Nuno.

—Mbemba a Nzinga. —Gonçalves inclinó la cabeza en un respetuoso saludo.

—Vuelva a casa, Nuño Gonzálvez —dijo con voz calma y poderosa—. Vuelva a su tierra en la otra orilla del mar. Aquí no es bienvenido.

¿Había tomado a Gonçalves por el capitán, pensando que, como maestro, había sucedido en el mando al ausente Diego Cão? ¿O sencillamente se había dirigido a él porque era un rostro conocido entre todos estos hombres extraños?

—Si necesita comida para el viaje de regreso a casa, se la daremos. Si necesita ropas, herramientas, vino o agua para el viaje a la tierra en la otra orilla del mar, también se las daremos. Pero váyase, Nuño Gonzálvez. Reanude su viaje. Regrese al mundo desconocido del que viene o le mataremos para salvarnos de la maldad que trae desde allí.

Gonçalves no respondió cuando Gil acabó de traducir. No le correspondía a él responder. Miró al capitán y al sacerdote. De Sousa se embarcó inmediatamente en un discurso:

—¿Qué maldad, Mbemba a Nzinga? No traemos la maldad. Dígaselo, señor Eanes. Dígale que no hemos venido aquí con la maldad en nuestros corazones, sino en son de paz y amistad, para enseñarles las cosas de nuestro

mundo, aprender las cosas del suyo, para comerciar y para propagar la palabra del único Dios.

—Eso ya se lo dije, padre —replicó Gil, furioso—. ¿Cree que no se lo dije cuando estaba en Mbanza Kongo? ¿Cuántas veces quiere que se lo repita para que a usted le entre en la mollera que ya ha tomado su decisión? Quiere que nos vayamos.

—Pues, dígale que nos vamos.

—¿Qué?

—Es la única manera de salir de la trampa en que nos ha metido —respondió Rodrigues—. Sus canoas nos impiden el paso del océano. Se han metido debajo de nuestros cañones. Pero si le decimos que nos vamos, mandará retirarlas. Nos dará paso libre y saldremos a aguas abiertas. Y luego, por Cristo, volveremos sin más disparando los cañones.

—No.

—¿Es que no lo ve, padre? No podemos intentar su truco. Ya no tenemos a la reina Leonor a bordo. Ese taimado salvaje se ha librado de ella. No tenemos otra opción.

—Pues la necesitamos. Nunca conseguiremos lo que pretendemos conseguir por la fuerza. —El padre De Sousa cruzó las manos—. ¡Oh, Padre celestial!, ayúdame a hacerle comprender que no deseamos hacerles ningún mal, que dándonos la bienvenida a su tierra, al unir su mundo al nuestro, realizaría un acto que sería heroico a tus ojos y civilizaría su reino. Salvaría las almas de su pueblo de la condenación eterna, como hicimos con el pueblo achanti en San Jorge da Mina, sí, en San Jorge da Mina. Eso es, señor Eanes; dígaselo. Ése es el ejemplo que debemos citarle. Háblele del pueblo achanti en San Jorge da Mina, señor.

—¿Qué debo decirle?

—Dígale que nuestra llegada allí les reportó un gran bien. Dígale cómo se enriquecieron con el comercio, cómo nuestra Iglesia los ha elevado, cómo nuestras armas les han permitido vencer a sus enemigos, cómo nuestras naves les abrieron el mundo.

Mbemba no sabía quiénes eran los achantis (Gil le recordó que Segou había sido un achanti), ni dónde estaba San Jorge da Mina (Gil se lo describió como un lugar más allá del extremo norte del reino kongo), pero saber que los portugueses habían visitado otras tierras africanas y habían sido bienvenidos era algo nuevo para él; le picó la curiosidad y, como siempre había deseado lo mismo para su tierra y su gente, le despertó la envidia. Su expresión se suavizó, y todavía apoyado en la lanza, volvió a contemplar la *Beatriz* de proa

a popa, viendo en ella precisamente aquellas maravillas desconocidas para los kongos —la nave en sí, las velas como alas de pájaro, los complicados aparejos y las máquinas, la brújula, las armas y las corazas de los soldados, los marineros, los cañones—, y que ahora Gil le decía que los hombres blancos habían llevado a esas otras tierras africanas, a esos otros pueblos africanos.

—¿Y también la escritura?

—¿La escritura?

—¿Los Porta Guis también dieron la escritura a esa gente achanti?

—Lo mismo que a tu madre, Mbemba, muchos de los achantis se han hecho cristianos.

—¿Y las palabras que habla esa gente achanti, también las tienen ahora convertidas en la escritura?

Gil ladeó la cabeza. No entendía muy bien la pregunta de Mbemba.

—¿Hay escritura de las palabras que habla esa gente achanti, Gil? ¿Se puede hacer escritura de las palabras que habla cualquier pueblo? ¿Los Porta Guis pueden hacer escritura de las palabras que habla mi gente?

—No lo sé.

—Ésa sería la magia más maravillosa de todas.

Claro que sí. De todas las cosas que los hombres blancos querían ofrecerles, de todas las artes y oficios de Europa, y de todas las glorias espirituales de la cristiandad, la escritura era el único conocimiento, el único concepto que los kongos no tenían a su alcance. Tenían su propio dios, tenían sacerdotes y rituales: en conclusión, no necesitaban de la Iglesia. Tampoco los portugueses podían proveerles de nada manifiestamente útil para la vida doméstica que sus propios tejedores, herreros, agricultores, ganaderos, cazadores, pescadores, constructores y escultores no pudieran proveerles. Pero la escritura, el lenguaje escrito, sin duda revolucionaría su cultura de una manera que no conseguiría ninguna invención de la tecnología europea o noción de la teología cristiana, y era una medida de la singularidad de Mbemba que lo hubiera reconocido.

—Pregúntale a tu sacerdote si se puede hacer escritura de las palabras que habla la gente kongo.

—Quiere saber si se puede hacer un lenguaje escrito del idioma kongo, padre.

En el rostro pálido y zorruno del padre De Sousa apareció una expresión de asombro.

—Dios mío, qué criatura más extraordinaria. No se le puede engañar con trucos de magia. No se le puede impresionar con el tronar de nuestros cañones, pero sí con la escritura, con el lenguaje escrito. Qué cosa más extraordinaria que lo que excite la imaginación a un negro pagano de la selva sea precisamente la escritura.

—¿Se puede hacer o no, padre?

—Se puede. Estoy seguro. No será fácil. Representará un enorme esfuerzo, pero se puede hacer si se cuenta con el tiempo necesario.

Mbemba quiso saber cuánto tiempo.

—¿Cómo puedo responder a esa pregunta? No creo que se haya intentado antes hacer un lenguaje escrito de un idioma salvaje. Dios mío, piense en lo que significa. Hay que recopilar un vocabulario, construir una gramática. Hay que inventar un alfabeto que represente la pronunciación de las palabras. Se tardarían meses, años, para establecer los primeros rudimentos. Pero valdría la pena. ¡Oh Señor, qué magnífico logro! Podríamos enseñárselo a todos. Podríamos traducir la palabra de Dios. Dígaselo, señor Eanes. Dígales que, si nos da la bienvenida a su tierra, si nos permite construir aquí una iglesia y un asentamiento comercial, traeremos la magia del lenguaje escrito a su reino.

—Pregúntale a qué clase de asentamiento se refiere —contestó Mbemba.

—¿Por qué tengo que preguntárselo? ¿Qué más da?

—Pregúntale si el asentamiento se puede construir en tu isla.

—¿En qué estás pensando, Mbemba? No creas que podrás mantener en secreto un asentamiento.

—Te digo que se lo preguntes, Gil.

Gil no tuvo oportunidad porque Rodrigues intervino una vez más.

—¿Qué pasa ahora? Allí. Miren allí. —El sargento de marina señaló la orilla sur donde se habían reunido los guerreros soyos—. ¿Qué están haciendo esos salvajes?

Los soyos estaban echando las canoas al agua. Mbemba se acercó a la borda y, para asombro de Gil, parecía tan intrigado por el acontecimiento como todos los demás.

—El ManiSoyo —dijo Mbemba.

—¿A qué viene ahora? —preguntó Gil, acercándose a la borda.

Mbemba meneó la cabeza.

—¿No le pediste que viniera?

—No.

—MtuKongo —llamó el ManiSoyo desde la canoa—. ¿Me escuchas, MtuKongo?

—Te escucho, ManiSoyo.

—Te han traicionado, MtuKongo. El NsakuSoyo te ha traicionado. Ha enviado un mensaje a Mbanza Kongo para avisar que los hombres blancos han vuelto.

Mbemba arrugó el gesto como si le hubiesen dado un puntapié.

—Lo siento, MtuKongo. Los mensajeros del NsakuSoyo son muy rápidos. Tu hermano, Mpanzu a Nzinga, ya lo sabe.

Mbemba cerró los ojos.

—Ahora que está enterado, imagínate lo que pensará. Creerá que te has rebelado contra el rey. Creerá que al haber mantenido en secreto el regreso de los hombres blancos, y el que hayas venido a verlos en secreto con este gran ejército, pretendes aliarte con ellos contra el reino. Así que cuídate porque vendrá con un ejército todavía más grande que el tuyo para aplastar tu rebelión y expulsar a los hombres blancos.

—¿Estás seguro, ManiSoyo? ¿Lo sabes con certeza que viene hacia aquí con un ejército más grande que el mío?

—Lo sé, MtuKongo.

Mbemba volvió a entornar los ojos. Su plan se había desmoronado. Su estrategia para echar a los portugueses sin una guerra se había ido al cuerno.

—¿Debemos tener miedo, MtuKongo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque la Mbanda Lwa nos pide que no tengamos miedo. Nos asegura que ha adquirido la poderosa magia de los hombres blancos. Dice que ahora tiene el poder de hablar con el Dios de los hombres blancos y pedirle sus truenos y sus rayos así, que no hay razón para tener miedo por muy grande que sea el ejército de Mpanzu.

—La Mbanda Lwa. —Mbemba pronunció el nombre de su madre con un tono amargo—. Todo habría ido bien, nadie habría sabido que los hombres blancos habían regresado si ella se hubiera mantenido apartada de todo esto, tal como le ordené.

—Pero, ¿es así, MtuKongo? ¿La Mbanda Lwa ha adquirido una magia tan poderosa? Porque si la tiene, yo tampoco tendré miedo del ejército de Mpanzu.

—¿De qué están hablando?

Gil se apartó de la borda.

—Mpanzu viene hacia aquí, mi capitán, con un ejército todavía más grande que éste.

—¿Mpanzu? ¿El hermano de Mbemba?

—Sí. Ha descubierto que estamos aquí, y ahora viene con un ejército mucho más poderoso que el ejército de Mbemba para echarnos. Y no se mostrará razonable como Mbemba. Eso se lo aseguro. No se molestará en venir a hablar con nosotros. No nos ofrecerá provisiones para regresar a casa. Nos atacará inmediatamente con todas sus fuerzas si no nos marchamos antes de que él llegue.

—¿Cuándo llegará? —preguntó Rodrigues.

—Un momento, don Tomé —interrumpió el padre De Sousa—. Un momento, nada más. Aquí hay algo que no entiendo. ¿Qué ha querido decir con eso de que Mpanzu ha descubierto que estamos aquí, señor Eanes? ¿No sabía que estábamos aquí? ¿Mbemba no se lo dijo?

Gil quería morderse la lengua. Comprendió que había hablado demasiado.

Los delgados y rojos labios del padre De Sousa esbozaron una sonrisa astuta.

—Así que no se lo dijo. Mantuvo en secreto nuestra presencia. Evidentemente, eso quiere decir que no comparte la opinión que Mpanzu tiene de nosotros.

—Él está dispuesto a darnos la oportunidad que Mpanzu siempre nos negará —replicó Gil—. La oportunidad de salir de aquí sanos y salvos. Pero nos echará lo mismo que Mpanzu si no aceptamos la oportunidad que nos ha brindado.

—Dudo que Mpanzu esté tan seguro como usted, señor. De lo contrario, ¿por qué iba a venir aquí con otro ejército?

Gil no respondió a la pregunta del sacerdote.

—¿Quién más, aparte de Mbemba, no comparte la opinión de Mpanzu sobre nosotros? —añadió De Sousa—. La reina Leonor. Sabemos que ella está de nuestra parte. Quizá el ManiSoyo, o en todo caso no la compartiría si la reina Leonor le demostrase el poder de su magia. Si pudiésemos conseguir tenerla otra vez a bordo.

Gil le volvió la espalda, disgustado con las especulaciones del sacerdote.

—¿Qué piensas hacer cuando llegue Mpanzu, MtuKongo? —preguntaba el ManiSoyo cada vez más preocupado—. ¿Te enfrentarás a su ejército? La Mbanda Lwa dice que, ahora que posee la poderosa magia de los hombres blancos, tendrías que luchar contra él y que los soyos combatamos a tu lado para ayudarte a ti a conseguir el trono kongo para ti, un príncipe por cuyas venas corre sangre soyo.

—No repitas las tonterías de la Mbanda Lwa, ManiSoyo —replicó Mbemba, hecho una furia—. Claro que no lucharé contra Mpanzu. Ni tú tampoco. No nos hemos rebelado contra nuestro rey. No pretendemos conseguir el trono kongo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Mbemba miró por encima del hombro, y una vez más dejó vagar la mirada por la nave. Todas las dudas, toda la indecisión que trastornó su expresión cuando oyó por primera vez que los portugueses habían vuelto, volvieron a reflejarse en su rostro. Todas esas emociones encontradas sobre los hombres blancos aparecieron en su cara. Su proximidad, éste casi poder tocar las maravillas de los hombres blancos, volvió a trastornar sus lealtades.

—¿Echarás a los hombres blancos antes de que llegue Mpanzu? ¿Es eso lo que vas a hacer, MtuKongo?

El príncipe se volvió para contemplar el río.

—No, ManiSoyo, no tengo intención de echar a los hombres blancos antes de que llegue Mpanzu. Pienso ir a su encuentro. Cuando le encuentre en el camino hacia aquí, le pediré que vea a los hombres blancos con sus propios ojos. Nunca los ha visto. Así que iré a él y le pediré que venga en son de paz a conocer a los hombres blancos y los vea con sus propios ojos.

—No, Mbemba —intervino Gil, pues claramente no quería que Mbemba flaqueara en su decisión de expulsar a la *Beatriz*. No quería que hiciera nada para evitar que la nave regresara a Portugal—. No lo hagas.

—Debo hacerlo.

—¿Por qué? ¿Para tener la escritura?

—Puedes decirlo así.

—¿Tanto valor tiene para ti?

—Es una cosa que nunca nos la hemos imaginado, Gil. Es algo en lo que ni siquiera hemos soñado. Es una cosa de un mundo desconocido para nosotros. Sí, para mí tiene un inmenso valor. Porque con la escritura aprenderemos cosas que nunca hemos sabido, imaginar lo que nunca hemos imaginado, soñar aquello que ni siquiera nuestros más sabios hechiceros han soñado, un mundo más grande que nuestro propio mundo, el mundo en la otra orilla del mar. Debemos conocer ese mundo, Gil. Debemos convertirnos en parte de ese mundo. La tarea de hacerlo ha caído sobre mí.

—¿Eso le vas a decir a Mpanzu cuando le encuentres en el camino hacia aquí?

—No es mala persona, Gil. Sólo está equivocado. Muy pronto morirá nuestro padre y él será nuestro rey. Será un rey más grande si consigo

convencerlo de que conozca el mundo más grande y se convierta en una parte de ese mundo.

IX

— **G**il, despierta, *rapazinho*.
Gil se dio media vuelta en la litera, abrió los ojos y se encontró mirando a Gonçalves.

Estaban en el pequeño camarote del castillo de popa, al otro lado del camarote del capitán, que el padre De Sousa había preparado para la Mbanda Lwa, Nimi y Kimpasi cuando subieron a bordo de la *Beatriz* en la bahía de la Cascada, y que contenía sus pertenencias. Nimi, con el niño en brazos, dormía en el suelo. Madre e hijo se habían acostado juntos en la otra litera, pero la falta de costumbre a las extrañas comodidades, les obligó a abandonarla en el transcurso de la noche. Una lámpara de aceite colgada de una viga que se movía al compás de los vaivenes de la nave, alumbraba el camarote con una tenue luz.

—¿Qué pasa, Nuno?

—La reina está aquí.

—¿Qué? —Gil se sentó en la litera, completamente despierto.

—La reina Leonor ha venido a la nave. Pregunta por ti.

—¿La ha dejado subir a bordo?

—No.

—No permita que suba. Ya sabe lo que pasaría si sube a bordo.

—Sí, lo sé.

—¿Dónde está?

—En una canoa amurada en la banda de estribor.

Gil miró a Nimi. Gracias a Dios, continuaba durmiendo. No quería que se despertara. No quería que supiera que la Mbanda Lwa se encontraba allí. Estaba seguro de que intervendría en favor de su madre si se enteraba.

—Está bien, Nuno, ahora voy, pero no despierte a nadie más. Nadie debe saberlo.

Apartó la burda manta de lana, se puso el kanga, sujetó el puñal en el cinturón y siguió a Gonçalves. Faltaba poco para el amanecer. La tormenta había amainado durante la noche. Los nubarrones se habían alejado mar adentro y en el cielo gris que anticipaba la aurora las estrellas comenzaban a esfumarse.

—¿Es su turno de guardia, Nuno?

—No.

—¿Quién está al mando?

—Paiva.

Gil miró al piloto que dormitaba apoyado en la bitácora en el alcázar.

—¿Por qué está levantado?

—No podía dormir.

Gil Observó a Gonçalves. A la leve claridad del alba, vio la preocupación reflejada en las profundas arrugas del amable rostro del maestre.

—Habrá problemas, *rapazinho*. Lo noto en los huesos.

—Yo también, Nuno. No tendría que haber dormido.

—A partir de ahora nos turnaremos para no dormir.

—Sí, eso es lo que vamos a hacer —dijo Gil con una sonrisa, feliz de tener cerca a alguien a quien considerar como un amigo, y le acompañó a la banda de estribor en la manga de la nave.

La *Beatriz*, con las velas recogidas, permanecía fondeada en la cala delante de Mpinda. Había navegado hasta allí el día anterior, con Mbemba a bordo, y Gil dirigiendo la maniobra en medio del aguacero. Luego, Mbemba desembarcó acompañado de su escolta para dirigirse inmediatamente al encuentro de Mpanzu. La flotilla de canoas de guerra, después de acompañar a la *Beatriz* río arriba hasta Mpinda, había formado un cordón en la bocana de la cala, encerrándola allí de la misma manera como la había encerrado en la desembocadura del río. Pero había ocurrido algo más durante la noche mientras Gil dormía. Había canoas alineadas delante de Mpinda, y éstas no pertenecían a Mbemba, sino al ManiSoyo. Una de las embarcaciones se había acercado hasta la nave. Sólo porque sabía por Gonçalves que ella estaba allí, Gil vio en la pobre luz de la falsa aurora a la Mbanda Lwa de pie entre una escolta de guerreros soyos.

—Mi señora —llamó Gil.

—¿Eres tú, Gil Inis?

—Sí, mi señora. ¿Cuál es su deseo?

—Lanza los escalones de cuerda, Gil Inis, quiero subir a la nave.

—No puedo hacerlo, mi señora. Está prohibido.

—¿Quién lo ha prohibido?

—Sabe muy bien quién lo ha prohibido. Su hijo, el MtuKongo, lo ha prohibido.

Hubo un momento de silencio en tanto ella consideraba la situación. Luego exclamó con un tono más fuerte e imperioso:

—Échame los escalones, Gil Inis. Soy cristiana y quiero hablar con mi sacerdote.

Esto no era prudente. En el silencio de la noche, sus voces se podían oír con claridad. Paiva, en el alcázar, podía oír las y preguntarse qué estaba pasando y acercarse. Daría la voz de alarma. Y nada podría ser mejor para los demás que tener a la Mbanda Lwa otra vez a bordo.

—Ayúdeme a bajar la escala, Nuno.

—¿La dejarás subir a bordo?

—No, yo bajaré hasta ella.

El ManiSoyo estaba en la canoa con la Mbanda Lwa. Gil se sorprendió, pero después se dio cuenta de que no tenía motivos de preocupación. Explicaba por qué la Mbanda Lwa había vuelto a la *Beatriz* en cuanto tuvo la seguridad de que Mbemba se había marchado. Saltó del último escalón a la canoa.

—ManiSoyo.

El viejo cacique se limitó a responder con un gesto. Había envejecido. Robusto, el pelo blanco, vestido con una hermosa capa de plumas de garza, la figura de un bondadoso abuelo, muy parecido a como le recordaba Gil después de tantos años. Si el NsakuSoyo había sido el primer enemigo de Gil en esta tierra, el ManiSoyo había sido su primer amigo. Incluso ahora no se mostraba hostil, sino solamente reservado, como si todavía no tuviese claro qué partido tomaría en esta competición de esperanzas y ambiciones. Arrodillados en las canoas alineadas a lo largo de la playa de su aldea, había millares de guerreros enfrentados a los millares de guerreros de Mbemba embarcados en las canoas en mitad del río. Estaban preparados para la lucha en bandos rivales, pero también se les podía convencer para que hicieran causa común.

—Dile al pader de Soozza que estoy aquí, Gil Inis. Dile que la reina Leonor, a quien él mismo convirtió en la primera reina cristiana de los kongos, quiere hablar con él.

—¿De qué quiere hablar con el cura?

—Le he pedido a la Mbanda Lwa que cumpla lo que me prometió, Gil Inis —respondió el ManiSoyo—. Le he pedido que me muestre la magia que dice poseer.

—¿Por qué precisa hablar con el padre De Sousa para mostrarle la magia al ManiSoyo, mi señora? Como usted dice, el padre De Sousa la ha hecho cristiana y, por lo tanto, ha puesto la magia en sus manos.

—Yo le pregunté lo mismo, Gil Inis —afirmó el ManiSoyo—, pero la Mbanda Lwa asegura que no puede realizar la magia sin el fetiche adecuado.

—¿Qué fetiche?

—La escritura, Gil Inis —terció la Mbanda Lwa.

—¿El breviario?

—Debo recitar el conjuro de la escritura para pedirle a Dios que nos dé sus truenos y rayos. Pero no tengo la escritura conmigo.

Tenía sentido. Desde luego que al ManiSoyo debía parecerle una explicación muy lógica. No se podía hacer ninguna magia sin el fetiche correcto y, debido a su poco ceremonioso abandono de la nave el día anterior, el fetiche, el breviario, todavía andaba con sus otras cosas en el pequeño camarote del castillo de popa.

—Quiero que el pader de Soozza me dé la escritura para mostrarle su magia al ManiSoyo.

—Él no le dará la escritura, mi señora. No la recibirá a usted. Ha aceptado esperar aquí hasta que Mbemba regrese de su encuentro con Mpanzu. Ha aceptado que es un asunto que conviene que resuelvan los hermanos.

—Quizá Mbemba no regrese en muchos días.

—El padre De Sousa está dispuesto a esperar esos muchos días. Y usted debería hacer lo mismo. Usted también, ManiSoyo.

El viejo cacique se encogió de hombros, como si le hubieran librado de la carga de tener que elegir un bando, al menos de momento, y se retiró a la popa.

—¿Quién puede predecir lo que ocurrirá en esos muchos días, Gil Inis? —insistió la Mbanda Lwa.

—Nadie lo puede predecir, mi señora.

—Quizá Mbemba nunca regrese. Mpanzu podría no dejarle volver.

—O Mpanzu regrese con él, como es lo que quiere conseguir.

—Vamos, hija.

La Mbanda Lwa cruzó la mirada con el viejo, que se sentó en el banco de popa, y dio una orden a los remeros. Al punto éstos hundieron los remos en el agua para apartar la canoa del casco de la nave. La Mbanda Lwa, contrariada, fue a sentarse junto a su padre, en tanto Gil se sujetaba a la escala para después empujar la canoa con un pie para acelerar su marcha.

Permaneció colgado de la escala durante unos minutos, vigilando la marcha de la canoa hacia la playa, pero de sobras sabía que esto no era el final. La Mbanda Lwa no renunciaría fácilmente a la intención de alistar al ManiSoyo en su causa. Volvería a la nave todas las veces que hiciera falta, y,

tarde o temprano, el padre De Sousa y los demás la verían, y, por mucho que Gil pudiera decir o hacer, ellos la invitarían a subir a bordo y dispararían los cañones, con unas consecuencias que no se atrevía ni a imaginar. Miró al cielo. Las primeras luces del alba pintaban de rosa el horizonte, pero los negros nubarrones ya venían desde el mar. Las lluvias no se habían acabado; volvería a llover dentro de unas horas. Trepó por la escala hasta la mitad.

—Nuno.

Gonçalves asomó la cabeza por la borda.

—Nuno, escuche, tenía usted razón. Habrá problemas.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere hacerse con el breviario. Cree que lo necesita para mostrar su magia al ManiSoyo. He conseguido darle largas, pero lo volverá a intentar, y la próxima vez no tendremos tanta suerte. El padre, el capitán o Rodrigues estarán levantados, la harán subir a bordo, y no podré hacer nada para detenerlos.

—Podrías negarte a traducir sus palabras.

—No serviría de nada. El padre no tardaría en averiguar qué es lo que pretende la reina.

—¿Qué podemos hacer?

—Avisar a Mbemba. Porque resulta que es fácil que una vez que ella esté a bordo y disparen los cañones, el ManiSoyo se ponga de su parte. Y Mbemba tiene que saberlo. No podemos permitir que regrese sin tener conocimiento de este hecho.

—¿Cómo podemos avisarle?

—Sólo lleva unas horas de camino y tengo una idea bastante clara de adonde se dirige. Mpanzu viene con su ejército por el camino real desde Mbanza Kongo, así que Mbemba irá por ese mismo camino a su encuentro. Yo seguiré la misma ruta. Podré alcanzarlo antes de que se encuentre con Mpanzu. Al menos, tengo que intentarlo.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Lo que sea, con tal de impedir que la Mbanda Lwa suba a bordo. Le pido además que cuide de Nimi y Kimpasi.

—No te preocupes por ellos. Los cuidaré por ti, vete tranquilo.

—*Ntondesi.*

Gonçalves sonrió al oír esta palabra. Gil miró el horizonte por el este. Faltaba poco para que el sol hiciera su aparición. Tenía que marcharse ahora mismo si quería aprovechar ese poco de oscuridad que quedaba.

—No le diga a nadie que me he marchado, Nuno.

—Ni siquiera sé que te has marchado, *rapazinho*.

Gil volvió a bajar por la escala —no quería zambullirse y correr el riesgo de alertar a Paiva con el chapoteo— y se metió en el río con el mayor sigilo posible. Se sostuvo del último peldaño mientras miraba las canoas de Mbemba que cerraban la cala, y las de los soyos alineadas a lo largo de la costa. Lo más probable era que no le vieran, pues no era más que una mancha en el agua a la luz confusa del amanecer. Pero tampoco quería correr ese riesgo, tenía que dejarlas atrás. Se mantuvo pegado al casco de la nave y avanzó poco a poco por la banda de estribor hasta rodear la popa, se sumergió y se dio impulso apoyando los pies en el casco. Nadó bajo el agua hasta donde le aguantó la respiración, en dirección oeste, río abajo hacia el océano, en la dirección opuesta a la que tenía que seguir para alcanzar a Mbemba. Hubiese sido una estupidez nadar hacia el este, río arriba. Eso suponía desperdiciar sus fuerzas nadando contra corriente. No, estratégicamente debía dejar atrás las canoas río abajo, subir a tierra por el oeste de Mpinda y luego cortar en dirección sur por la selva, siguiendo el mismo camino que había seguido ya con la otra Nimi cuando fue a buscar a Mbanza Kongo. Por supuesto que esta vez no lo recorrería en su totalidad. En cuanto estuviera lejos de Mpinda, torcería hacia el este para dirigirse al camino real.

La primera vez que asomó la cabeza para tomar aire, sacó el cuchillo de la vaina y lo sujetó entre los dientes, pensando en los cocodrilos que podía encontrar en su camino hacia la playa.

* * *

Después de casi veinticuatro horas de caminar a marchas forzadas, Gil alcanzó a Mbemba en una pequeña aldea soyo en la ribera del Zaire, a unas quince leguas de Mpinda. Lo alcanzó demasiado tarde. Mpanzu y sus huestes ya estaban esperándole.

Volvía a amanecer. Ahora caía una ligera lluvia pertinaz después de las tormentas del día y de la noche anterior. En medio de ese calabobos, entre el sordo retumbar de los truenos en la lejanía y algún que otro relámpago, los guerreros del ejército de Mpanzu formaban en la aldea y en la ribera, y cientos de canoas se agrupaban en el río, dispuestas a reanudar el viaje hacia Mpinda con las primeras luces del día. Mbemba se encontraba con su hermano en la orilla. Alrededor de los dos príncipes, los tamborileros tocaban los tambores, los trompeteros hacían sonar los cuernos y los fetichistas

sacudían las maracas, golpeaban los batintines de hierro y bailaban y brincaban animados por el frenesí bélico.

Gil, que venía por el sur, se acurrucó entre los espesos matorrales empapados por la lluvia a unas cien varas al oeste de la aldea y contempló esta especie de parada militar. ¿Cuánto tiempo llevarían reunidos los dos hermanos?, se preguntó. ¿Mbemba había tenido ocasión de defender su caso en favor de los portugueses? ¿Cuál había sido la respuesta de Mpanzu si es que había dado alguna? A esa distancia, Gil no alcanzaba a ver las expresiones de ninguno de los dos, ni siquiera si hablaban en términos amistosos. Pero por los preparativos de la marcha se podía interpretar que no había una hostilidad abierta entre ellos, y que Mpanzu no trataba a Mbemba como un traidor al trono por haber mantenido en secreto el regreso de los portugueses. Sus tropas parecían mezclarse pacíficamente con la escolta de Mbemba.

Cesó el batir de los tambores. Uno a uno, los cuernos fueron enmudeciendo. Los fetichistas, presintiendo algo inusual, dejaron de bailar y se volvieron para apartarse cuando Gil salió de la selva. Entonces advirtió repentinamente que estaba el NsakuSoyo entre los fetichistas agitando una maraca. La inesperada visión del esquelético y malvado hombre ju-ju le hizo estremecer. El NsakuSoyo siempre estaba allí donde había problemas. Gil se dirigió hacia la orilla del río donde se encontraban Mpanzu y Mbemba, evitando mirar al hechicero.

En sus diez años de exilio no había visto a Mpanzu para nada. Lo recordaba como alguien peligroso, como un implacable enemigo. Era grande y musculoso, más alto y fornido que Mbemba, con los ojos saltones y biliosos. Con el paso de los años se había vuelto más fornido y más peligroso. Lo mismo que Mbemba, iba vestido para el combate. Llevaba un kanga con los colores de su casa, un collar de dientes de león y un tocado de plumas de águila y cuernos de búfalo de agua. Apoyado en la alta lanza, observó el avance de Gil con una expresión pétrea. En sus ojos saltones y amarillentos no se reflejaba sorpresa ni furia ni ninguna otra emoción, más allá de una calma indiferente y letal. En cambio, el rostro de Mbemba expresaba sorpresa y furia, algo que se notaba todavía más en la cicatriz.

—¡Gil Inis! —exclamó Mpanzu cuando Gil llegó a la orilla. Hablaba con un tono grave, la voz profunda y ronca, pero tan carente de expresión como sus ojos—. Príncipe blanco del cielo.

—Mpanzu a Nzinga —respondió Gil, intentando imitar la calma de Mpanzu aunque el corazón le latía furiosamente—, príncipe heredero de los

kongos.

—Cuidado, MtuKongo —intervino el NsakuSoyo—. Sin duda no ha venido aquí solo.

—¿Has venido aquí solo, Gil Inis?

—He venido aquí solo y bajo la protección de tu hermano, MtuKongo.

Mpanzu se volvió hacia Mbemba.

—Sí, Mpanzu, ha venido aquí solo bajo mi protección —contestó Mbemba aunque era evidente su enfado.

—Claro que está bajo la protección de Mbemba —protestó el NsakuSoyo cada vez más agitado—. Están juntos en esto. Están en esto con la Mbanda Lwa. Cuidado, MtuKongo, porque quieren robarte el trono.

—¿Y por qué has venido aquí solo bajo la protección de mi hermano? —preguntó Mpanzu sin hacer caso del hechicero.

—Te traigo un mensaje de mi gente, los portugueses.

—¿Y cuál es el mensaje? ¿Están de acuerdo en volar de regreso a su tierra en el cielo, tal como dice mi hermano que les ordenó hacer?

—No te dije que hubieran accedido, Mpanzu —le interrumpió Mbemba—. Te dije que todavía no les había pedido que accedieran hasta que tuvieras la oportunidad de verlos con tus propios ojos.

—Sí, me lo dijiste, pero creí que podrían haber entrado en razón desde que tú los dejaste y hubieran accedido a volar de regreso a su tierra con el fin de salvarse de la destrucción si no lo hacen, y que ése es el mensaje que me trae Gil Inis de su parte. ¿Es ése el mensaje que te han enviado que traigas, Gil Inis?

—No, MtuKongo.

—Entonces, ¿cuál es?

—Me han pedido que te diga que desean hablar contigo y explicarte por qué han venido...

Mpanzu le interrumpió tranquilamente, sin gritos ni amenazas, pero con una indiscutible autoridad. Quizá no era tan listo ni perspicaz como Mbemba, pero era un hombre sensato, prudente, completamente seguro de sí mismo y de sus creencias.

—Ya sé por qué han venido, Gil Inis. El NgangaKongo me lo dijo cuando vinieron la primera vez.

—El NgangaKongo nunca los vio —manifestó Mbemba—. Nunca los vio con sus propios ojos. Tampoco tú. Ni nuestro padre. Ahora tienes la ocasión de verlos con tus propios ojos y decidir por ti mismo si traen la maldad, como dice el NgangaKongo, o si traen el bien como digo yo.

—¿Y si decido después de verlos que traen el mal, aceptarán volar de regreso a su tierra en el cielo?

—No importa si aceptan o no —replicó Mbemba, muy seguro de sí mismo—. Si es eso lo que decides después de verlos, después de hablar con ellos, después de presenciar la magia que realizan, yo los echaré acepten o no, cumpliendo mi juramento.

Mpanzu observó a su hermano durante un buen rato, antes de volver su atención al NsakuSoyo.

—No le creas, Mpanzu —le rogó Mbemba apresuradamente antes de que el hechicero pudiera decir una palabra, sabiendo lo que iba a decir—. No creas las mentiras que dice. Te soy leal a ti y a nuestro padre. No comparto las ambiciones de mi madre. La condeno. Haz con ella lo que quieras. Haz conmigo lo que quieras: estoy en tus manos. También la dejaré a ella en tus manos, pero primero aprovecha esta oportunidad. Ve con los portugueses y míralos por lo menos una vez con tus propios ojos.

Mpanzu asintió con un lento y pensativo gesto. Era muy diferente a como Gil había imaginado que sería. No era un alocado salvaje, sino un hombre calmado y reflexivo, leal a su sacerdote, a su rey y a su reino, como correspondía al heredero del trono, preocupado sólo por el mundo que siempre había conocido, deseoso por impedir la entrada de la maldad procedente de un mundo desconocido.

—Ven conmigo, Gil Inis —repuso después de pensarlo mucho. Se metió en el río y chapoteó hasta una de las canoas.

—¿Dónde vamos, MtuKongo? —preguntó Gil.

—A ver a tu gente, los Porta Guis.

—¿Para hacer la guerra contra ellos? ¿Para echarlos?

—No, para verlos con mis propios ojos, como quiere mi hermano.

Mpanzu se embarcó en la más grande de las canoas, adornada con pinturas de cocodrilos en la proa. La tripulaban diez remeros por banda, y llevaba a treinta guerreros, arrodillados en filas de a cinco, además de un tamborilero y un trompetero que estaban sentados a popa. El NsakuSoyo subió después del príncipe, y lo mismo hizo Gil a una señal de Mpanzu. En cambio, para desconsuelo de Gil, que se preguntaba si tendría la ocasión de contarle los planes de su madre, Mbemba se embarcó en otra canoa.

Gil nunca había estado en una partida de guerra como ésta. Al principio le pareció un verdadero caos. Los miles de guerreros reunidos a lo largo de la fangosa orilla, los centenares de canoas agrupadas en el río castigado por la lluvia, el terrible estrépito a medida que los tambores y los cuernos

reanudaban la frenética música, y los fetichistas comenzaban a golpear los batintines y a sacudir las maracas, le impresionaron por su grandiosidad. El Kongo era un reino forjado en la guerra contra las tribus rivales, los clanes y los señores feudales, un reino con mucha experiencia y disciplina para la guerra, y muy pronto, incluso para los ojos de Gil, apareció como un ejército disciplinado y en orden, y no como una caótica agrupación de hombres. Los guerreros en tierra y las canoas en el río formaban distintas unidades muy parecidas a las compañías y escuadrones, cada agrupación con sus propios capitanes, cada una con su banda de fetichistas, cada una respondiendo a las órdenes transmitidas por los tambores, los cuerpos y los batintines de hierro.

La infantería inició la marcha, con los fetichistas en vanguardia, en dirección al oeste por el camino real que los llevaría hasta Mpinda. Los guerreros avanzaban a paso ligero, y a ese paso llegarían a Mpinda mucho antes del anochecer. Sin embargo, las canoas serían las primeras en llegar. En cuanto los pelotones se alejaron, los tambores y las trompetas dieron la señal, y el resto de la tropa partió en sus canoas impulsadas por los remeros y ayudadas por la corriente.

La canoa de Mbemba, con una escolta de cuatro embarcaciones donde iban sus guardaespaldas, se situó en cabeza. Los centenares de canoas que les seguían formaron escuadrillas de quince en fondo, ocupando todo lo ancho del río desde la orilla sur hasta las orillas de las islas en el centro del lecho. La canoa de Mpanzu ocupó su posición en el centro de la décima escuadrilla, desde donde veía toda la flota, y detrás venían por lo menos otras diez escuadrillas. Formaban una fuerza impresionante que, sumada a la infantería, daba la apariencia de ser invencible. Parecía lógico que Mpanzu accediera a la petición de Mbemba de ir a conocer a los portugueses. Debía parecerle que complacer a Mbemba no entrañaba ningún riesgo —y sin duda también satisfacer la propia curiosidad de ver por lo menos una vez a los hombres blancos por sí mismo— porque, después de hacerlo, no representaría ningún problema echarlos disponiendo de una fuerza como la que él tenía, si es que finalmente decidía hacerlo. Pero no contaba con las armas. ¿Cómo podía? Al no haberlas visto nunca disparar, sin tener idea de lo que eran, no podía imaginar la terrible destrucción que provocarían incluso en una fuerza tan formidable como la suya.

X

La *Beatriz*, meciéndose suavemente a merced de la corriente y de la marea, con los gallardetes agitados por el viento tormentoso, apuntaba casi directamente a la orilla sur del río, con el lado de estribor de cara al este, cuando sobre el mediodía la flota de Mpanzu llegó a la cala de Mpinda. La nave continuaba atrapada en el fondeadero por el cordón formado por las canoas de Mbemba y las de los soyos en la ribera frente por frente de la aldea. No llovía, pero el cielo seguía encapotado. La humedad era tremenda, las nubes de mosquitos se elevaban de la superficie gris del río aumentando la incomodidad de Gil.

Viajaba en la proa de la canoa de Mpanzu. El NsakuSoyo estaba sentado entre los treinta guerreros en medio de la embarcación, y Mpanzu ocupaba un puesto a popa con el tamborilero y el trompetero para vigilar la canoa de Mbemba y las de su escolta, muy por delante de las restantes escuadrillas. Gil esperaba ansioso ver qué haría Mbemba ahora que tenían delante a la *Beatriz*. ¿Iría directamente a la nave para avisar al padre De Sousa y a los demás que Mpanzu venía en son de paz? ¿Esperaría a la canoa de Mpanzu para que Gil hiciera de traductor?

En ese momento los vio: cuatro destellos de luz blanquísima a lo largo de la banda de estribor.

No se oyó el estampido durante unos segundos, pero incluso antes de oír el tronar lejano de las explosiones y ver la nube de humo negro extenderse sobre el agua, comprendió qué eran. Los cuatro cañones de estribor de la *Beatriz* acababan de disparar por las troneras de la cubierta principal, y después de varios segundos de silencio irreal, cuatro gigantescas columnas de agua se elevaron de la superficie del río en una hilera irregular.

Gil se encogió, instintivamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Mpanzu.

La visión era tan extraña, tan extraordinaria, tan completamente inimaginable, que Mpanzu ni se asustó siquiera. Su voz ronca formuló la pregunta con calma, expresando sólo una gran curiosidad. Gil lo miró durante un instante antes de mirar otra vez hacia la nave. ¿Era ésta la demostración que la Mbanda Lwa ofrecía al ManiSoyo de los poderes mágicos adquiridos

mediante el bautismo? ¿O ya se los había demostrado y esto era algo peor? La primera andanada le pareció muy bien dirigida. Había caído detrás de Mbemba y su escolta, y delante de la primera escuadrilla de la flota de Mpanzu. Gil consideró que era un motivo para albergar grandes esperanzas.

Pero entonces los cañones volvieron a disparar, y las esperanzas de Gil saltaron por los aires hechas trizas. Rodrigues lo único que buscaba era la distancia de tiro. Los proyectiles de dos de los cañones volaron por encima de las canoas de Mbemba, y cayeron en el río tan cerca de la siguiente escuadrilla que las olas provocadas por las balas hicieron zozobrar unas cuantas. El tercer disparo acertó de lleno en tres canoas que navegaban muy juntas en el flanco norte de la escuadrilla, y el cuarto hizo blanco directo en dos de las canoas de la siguiente escuadrilla.

Rodrigues disparaba a matar, y lo conseguía. Veinte, treinta, quizá cincuenta guerreros de Mpanzu acababan de morir en la segunda andanada, destrozados por la metralla, los proyectiles, las cadenas, las piedras y las rocas, lanzados al río y ahogados en sus aguas. Y si había alguna duda sobre las intenciones de Rodrigues, mientras volvían a cargar los cañones, los tres falconetes montados en la borda de estribor de la cubierta superior abrieron fuego.

Gil se lanzó boca abajo en el fondo de la canoa. Sonaron los cuernos. Los tambores marcaron un ritmo frenético. A su alrededor sonó un coro de aullidos. El NsakuSoyo no dejaba de chillar. Mpanzu gritaba como un energúmeno y Gil no sabía si le gritaban a él o es que habían sido heridos. Pero entonces notó que la canoa viraba bruscamente a babor, hacia la orilla sur del río, interrumpiendo su avance hacia la *Beatriz*.

Asomó la cabeza por encima de la borda en el momento en que disparaban la tercera andanada y vio cómo los proyectiles y la metralla hacían diana en la cuarta y quinta escuadrilla de la flota de Mpanzu. Ahora los falconetes, ajustado el alcance de tiro, se sumaban al terrible caos y destrucción. Incluso así, a pesar de esta inimaginable matanza, de esta incomprensible barrera de truenos y rayos ultraterrenos y de aquel infernal humo negro, los guerreros kongos no se dispersaron como conejos según la expresión de Rodrigues. No dieron media vuelta y huyeron, no sucumbieron al pánico. En una muestra de sorprendente disciplina, los cientos de canoas, en respuesta a las órdenes de los tambores y los cuernos, mantuvieron la formación y viraron hacia el sur, alejándose de la *Beatriz* en dirección a Mpinda.

Salvo las de Mbemba y las de su escolta, muy adelantadas, que se aproximaron a la *Beatriz* lo suficiente para estar debajo de la línea de tiro de los cañones, pero lo bastante cerca como para ser alcanzadas por los disparos de los falconetes y los arcabuces de los soldados que les apuntaban desde la banda de estribor. Gil, con rostro demudado, el corazón en un puño y protegido detrás de la alta proa rematada con una cabeza de cocodrilo, esperaba ver cómo acababan con Mbemba, cómo le abatían.

Pero no le alcanzaron. No abatieron a Mbemba. Los artilleros de los falconetes y los arcabuceros no dispararon contra ellos. Entonces se dio cuenta de que tampoco habían disparado contra las canoas de Mbemba que cerraban la cala de Mpinda. Los cuatro cañones de babor y los tres falconetes que apuntaban a las canoas y que podían haberlas hecho añicos, no habían entrado en acción. Sólo disparaban contra Mpanzu y sus guerreros.

Esto era obra de la Mbanda Lwa. Ella era, sin duda, la que dirigía las descargas. No sólo pretendía impresionar al ManiSoyo y lograr su apoyo, sino incluso matar a Mpanzu, despejando para su hijo el camino al trono. Dominado por el pánico, Gil miró a popa.

El NsakuSoyo permanecía acurrucado en el fondo de la canoa, cubriéndose la cabeza con los brazos. En cambio, Mpanzu continuaba de pie, imperturbable a pesar de la violencia que estallaba a su alrededor. Consciente de la mirada de Gil, se volvió para decir algo. Gil no prestó atención a sus palabras. Habló con su tono bajo y pensativo, sin mostrar miedo, con sus maneras y su porte tranquilos y dignos. Quizá no se daba cuenta de lo que las armas eran capaces de hacer; quizá no estaba dispuesto a aceptar la evidencia. En aquel momento los cañones volvieron a disparar, la andanada cayó muy cerca de la canoa y las olas levantadas por los proyectiles sacudieron la embarcación con tanta fuerza que Mpanzu perdió el equilibrio y cayó. Inmediatamente se puso de rodillas y esta vez sí que habló alto, con terrible furia en sus palabras. Gil le oyó con toda claridad.

—¿Es ésta la magia que Mbemba quiere mostrarme, Gil Inis? ¿Es éste el bien que cree que los Porta Guis traerán a nuestro reino?

—No, MtuKongo. Esto es obra de su madre. Esto es obra de la Mbanda Lwa. Mbemba no lo sabía.

—¿Que no lo sabía? ¿Cómo podía no saberlo? —vociferó el NsakuSoyo—. ¿No es hijo de su madre? Te lo advertí, MtuKongo. Mbemba está metido en esto con la Mbanda Lwa. Claro que lo sabía. Mira, mira cómo está apartado de cualquier peligro.

La cuarta descarga había conseguido dar en el blanco directamente y el río aparecía cubierto con los restos de las canoas rotas y los cuerpos destrozados de los guerreros muertos. Pero más allá de esta carnicería, la canoa de Mbemba aparecía amurada contra la *Beatriz*, fuera de cualquier peligro. Mbemba estaba en la proa, agitando los brazos frenéticamente al tiempo que gritaba a los hombres apostados en cubierta.

—Intenta detenerlos. Puedes verlo, MtuKongo. Esto no es obra suya. Esto es obra de su madre y él intenta detenerlos.

Sin embargo, continuaron las salvas y más canoas zozobraron o se hundieron. Más guerreros resultaron muertos, heridos o ahogados, y en el rostro digno y pensativo de Mpanzu apareció una expresión de ira e impotencia. El odio encendió sus ojos saltones. Era evidente que creía en la traición de Mbemba. ¿Cómo podía creer otra cosa? Claramente creía que Mbemba le había conducido a esta emboscada mortal. Y esto también era lo que la Mbanda Lwa pretendía.

Y fatalmente ocurrió algo todavía más terrible: las canoas de los soyo, embarrancadas delante de Mpinda, fueron empujadas al agua y los guerreros que iban a bordo lanzaron una lluvia de flechas contra las canoas de Mpanzu que se dirigían rápidamente hacia la orilla.

—Dios bendito —exclamó Gil. El ManiSoyo, el bondadoso y anciano jefe soyo, se había dejado conquistar por los truenos y los rayos de las armas. Había comenzado la guerra. La Mbanda Lwa había conseguido iniciar la guerra. Gil vaciló sólo un instante. No debían pillarlo en el bando equivocado. Tenía que regresar a la *Beatriz*. Tenía que volver junto a Nimi y a Kimpasi. Se zambulló de cabeza en el río.

Dos de los guerreros de Mpanzu se zambulleron en su persecución.

* * *

No había manera de escapar de la artillería, por mucho que intentaran alcanzar la costa. Los cañones tenían alcance para bombardear la playa. El bombardeo era prácticamente constante. En la plateada media luz del cielo encapotado, la rápida sucesión de cegadores destellos, las ensordecedoras detonaciones y las impresionantes nubes de humo negro que se extendían sobre el agua, tenían que parecerles a los guerreros de Mpanzu la encarnación de los truenos y los relámpagos divinos. Unas veinte o quizá treinta canoas fueron alcanzadas y hundidas, y otras tantas zozobraron.

¿Qué creería el ManiSoyo que estaba sucediendo al ordenar que las canoas zarparan en medio del infernal bombardeo? ¿No se daba cuenta de que los proyectiles y la metralla no harían distinciones entre sus canoas y la de Mpanzu cuando se trabaran en combate? Gil decidió que el ManiSoyo no había pensado en esa posibilidad. Arrastrado a bordo de la canoa de Mpanzu por los dos guerreros, y con una lanza en la garganta para impedirle cualquier nuevo intento de fuga, contempló indefenso cómo las canoas abandonaban la costa.

De pronto, cesó el bombardeo. ¿Se habían encasquillado las armas? No era probable que los cuatro cañones se encasquillaran al mismo tiempo. Gil volvió la cabeza con mucha precaución y miró hacia la nave. Vio que Mbemba subía a bordo. ¿Era él el responsable del cese del bombardeo o Rodrigues lo había ordenado para no herir a los soyo? Porque ya se había iniciado la batalla con los soyo. Era un combate cuerpo a cuerpo. Sin la intervención de las armas de los hombres blancos, volvía a ser el tipo de batalla que se libraba tradicionalmente en el Congo, con arcos y flechas, garrotes, mazas, hachas, lanzas y escudos, en medio del terrorífico estrépito de los cuernos, los tambores, los batintines y los aullidos de los hombres.

Chocaban las canoas unas con otras, los guerreros se lanzaban al abordaje, blandiendo, enardecidos, sus armas. Las flechas cruzaban el aire que olía a tormenta como enloquecidas avispas, con un silbido maligno, para ir a clavarse en la carne del enemigo. Antes de la batalla, las fuerzas de Mpanzu prácticamente doblaban en número a los soyo y no hubieran tenido problemas para vencerlos. Pero las filas del príncipe habían sido disminuidas drásticamente y dispersadas por el bombardeo, y los soyo demostraron ser dignos rivales.

Una flecha atravesó al guerrero que mantenía la lanza sobre la garganta de Gil, atravesándolo limpiamente desde la espalda al vientre. El cuerpo sin vida cayó sobre Gil, que, sin perder ni un segundo, se hizo con la lanza, al tiempo que se apartaba caminando sobre las nalgas. El NsakuSoyo, al ver que Gil intentaba huir, se levantó de un salto para abalanzarse sobre el portugués, chillando como un demonio. Gil, que tenía la mitad de su edad y le doblaba en fuerza, lo tumbó de un puñetazo, pero no tenía ninguna posibilidad de abandonar la embarcación. Las canoas se agrupaban alrededor de la de Mpanzu para formar un escudo protector. Por todas partes los soyo conseguían penetrarlo, y resultaba espantoso ver la furia asesina de los defensores. Las hachas amputaban los miembros, las lanzas atravesaban las gargantas, las mazas hundían los pechos, los garrotes destrozaban los rostros.

Decapitaron a un soyo en el momento que tensaba el arco y la cabeza cayó al río como una bala de cañón. Sin embargo, durante unos segundos de horror continuó de pie, sin soltar el arco, con la sangre manándole entre los hombros vacíos, antes de comenzar una enloquecida danza que acabó al soltar el arco y caer en el río como zambulléndose en busca de la cabeza perdida.

Gil no tenía ni idea de la duración del combate. Probablemente no duraría más de media hora, una vuelta del reloj de arena, pero le pareció eterna en su terrible violencia, en el implacable derramamiento de sangre. De pronto, se interrumpió sin más.

Las canoas de los soyos se apartaron, lo mismo hicieron las de Mpanzu. Habían luchado hasta llegar a un punto muerto, algo que, en la práctica, equivalía a una victoria de los soyos porque habían evitado que Mpanzu llegara a la costa. Los tambores marcaron un ritmo lento, los cuernos y los batintines callaron. Una brecha de unas cien varas de ancho, roja con la sangre de los cadáveres, separaba a las fuerzas rivales. ¿Reanudaría Rodrigues el bombardeo?, se preguntó Gil. Con las dos flotas separadas, podía disparar contra las canoas de Mpanzu sin la preocupación de matar a los soyos. No tuvo ocasión de saberlo porque en menos que canta un gallo, Mpanzu enarboló la lanza, el corneta sopló un toque estridente replicado por todos los demás cuernos, los tambores volvieron a marcar un ritmo frenético, los batintines les siguieron, los fetichistas aullaron como posesos, los remeros hundieron las palas en el agua, y, una vez más, las canoas de Mpanzu avanzaron velozmente hacia la orilla. Gil se arrodilló en el fondo de la canoa, sujetó la lanza del guerrero muerto y se preparó para la embestida contra los soyos.

En el primer combate para alcanzar la orilla, la canoa de Mpanzu permaneció en el centro de la flota, bien protegida por las demás embarcaciones, así que Gil se libró de lo peor de la lucha. Pero en este ataque, Mpanzu, llevado por la rabia y la frustración producidas por el fracaso de sus guerreros de abrirse paso entre los soyos, ordenó que su canoa ocupara la vanguardia, y Gil se encontró metido de lleno en el fragor de la batalla.

Dos canoas de los soyos embistieron la de Mpanzu y los guerreros se lanzaron al abordaje. Uno se lanzó sobre Gil enarbolando un hacha. El portugués replicó con una lanzada que le alcanzó a la altura de las ingles atravesando la carne con toda facilidad hasta chocar con el hueso. Gil se levantó de un salto e intentó sacar la lanza, pero la hoja se atascó en los intestinos. La hizo girar en la herida, y al hacerlo, castró al hombre, que soltaba unos terribles alaridos.

Se oían gritos de los heridos por todas partes. Entonces los cuernos volvieron a sonar, pero esta vez no tocaron una sola nota sino dos, una más aguda que la otra, que se repetían rápidamente. Era una orden especial. En aquel momento, Gil advirtió que los primeros pelotones de la infantería de Mpanzu acababan de entrar en Mpinda.

Aquello supuso asestar un golpe mortal a la resistencia de los soyos. No podían luchar contra el enorme número de guerreros que llegaban por el camino real y atacaban Mpinda por el flanco este. Los pobladores corrían en todas las direcciones, sin olvidar la selva y el río. Después los guerreros soyos también echaron a correr, primero los de tierra, en busca de un terreno más adecuado para el combate, y luego los que estaban en las canoas.

Una de las casas de Mpinda comenzó a arder. Le siguió otra. Las huestes de Mpanzu incendiaban cuanto encontraban a su paso. Los soyos en tierra escapaban hacia la selva por el oeste; los soyos de las canoas escaparon río abajo hacia el océano. Los guerreros de Mpanzu iniciaron la persecución, pero el príncipe los detuvo. Al cabo de pocos minutos de la aparición de la infantería, la canoa real llegó a la playa. Mpanzu saltó a tierra gritando órdenes a diestro y siniestro que el corneta transmitía sin descanso. Las canoas que perseguían a los soyos río abajo y los guerreros que los perseguían en la selva regresaron a Mpinda inmediatamente.

Giraron la canoa de Mpanzu para que quedara de proa al río, y Gil aprovechó la ocasión para desembarcar de un salto, sin preocuparse de recuperar la lanza todavía clavada en el cadáver. A medida que las canoas llegaban a la orilla, las iban poniendo de proa al agua, y los guerreros se alineaban detrás de las embarcaciones para formar una barrera humana delante de Mpinda. Mpanzu, con el agua hasta los tobillos, gritaba sus órdenes a los capitanes de las compañías y pelotones. Ya no consideraba a los soyos como el principal enemigo. El mayor peligro lo encarnaban la *Beatriz* con sus cañones, Mbemba y la flotilla que cerraba la cala de Mpinda. Convencido de que Mbemba le había traído aquí engañado para matarlo, Mpanzu esperaba ahora un ataque respaldado por las armas portuguesas y acabar el trabajo inconcluso de los soyos.

Mpinda ardía por los cuatro costados. Incluso se quemaban las casas del recinto del ManiSoyo. La plaza aparecía sembrada de cadáveres en las posturas más grotescas, cortados a machetazos, aporreados, asaeteados, todos cubiertos de moscas. El hedor de los cuerpos sin vida se mezclaba con el olor acre de los edificios incendiados. No todos los vivos habían escapado. Centenares de aldeanos y decenas de guerreros soyos habían sido capturados

y ahora los trasladaban al recinto en llamas del cacique. Gil creyó horrorizado que los arrojarían a las llamas como castigo por la rebelión. Pero no tuvo tiempo para confirmar si era así porque, en aquel momento, un numeroso grupo de guerreros apareció con el ManiSoyo.

Gil se quedó atónito. En ningún momento creyó que el viejo cacique estuviera en Mpinda; lo hacía a bordo de la *Beatriz* con la Mbanda Lwa. Tenía un aspecto terrible. La cara y el tronco cubiertos de barro seco; el largo pelo blanco apelmazado por la sangre seca. Uno de los guerreros que lo habían capturado lo pinchó con la punta de la lanza. El ManiSoyo avanzó unos pasos y se prosternó. Mpanzu le miró un instante para después mirar de nuevo al río, molesto por la interrupción en su trabajo de desplegar su ejército y su flota para resistir el esperado ataque de su hermanastro.

—Dile que no tengo nada que ver en todo esto, ManiSoyo —gritó el NsakuSoyo. Había sobrevivido a la batalla escondido en el fondo de la canoa de Mpanzu, y ahora apelaba al viejo cacique derrotado para que le salvara el pellejo—. Dile al MtuKongo cómo siempre avisé a todos de esta traición. Dile cómo siempre permanecí leal al rey. —Al ver que el ManiSoyo no respondía, el hechicero se acercó a Mpanzu—. Siempre estuve en contra de los hombres blancos, MtuKongo. ¿No fui yo quien te avisó de su regreso? ¿No fui yo quien te recomendó que no confiaras en Mbemba? —Suplicaba por su vida. Era un soyo y temía que le castigaran con los demás soyos por la rebelión—. ¿No fui yo...?

Mpanzu se volvió para enfrentarse al brujo.

—Apártate de mí, NsakuSoyo.

En el acto, dos guerreros sujetaron al hombre ju-ju y le apartaron, y entonces el hechicero se dejó caer de rodillas y se prosternó.

—Por favor, MtuKongo —gimió con el rostro casi sumergido en el fango.

Gil comprendió que iba a morir; el hechicero y el ManiSoyo iban a morir. Él también iba a morir. Sin duda, Mpanzu le consideraba tan traidor como cualquiera de los dos, como Mbemba y la Mbanda Lwa.

—¿Por qué se demora? —preguntó Mpanzu, mirando otra vez al río—. ¿Por qué vacila? ¿Tiene miedo? —Esto último lo susurró, casi para sí mismo, sin esperar una respuesta.

Pero Gil, preocupado por su destino, le respondió.

—No te atacaré, MtuKongo. No quiere pelear contra ti. Si quisiera luchar contra ti, te habría atacado mucho antes. Te hubiera atacado cuando tú le dabas la espalda y combatías contra los soyos.

Mpanzu no aceptó la lógica respuesta. No quería aceptarla. Desde hacía diez años vivía receloso de las fantasías de Mbemba sobre los hombres blancos, de los planes de la Mbanda Lwa para su hijo, y lo ocurrido hoy confirmaba sus recelos. Sus grandes ojos saltones, inflamados con la furia de la sospecha, no cesaban de mirar al río.

Pero ahora mismo no había en el río ninguna actividad sospechosa. Las armas de la *Beatriz* permanecían mudas; las canoas de la flotilla de Mbemba continuaban en sus posiciones. Los cuerpos deshechos y las canoas rotas en la batalla se los llevaba la rápida corriente del río, se avecinaba la lluvia. Los nubarrones se cernían sobre el agua y mostraban un siniestro resplandor amarillento.

—Te equivocas con él, MtuKongo —prosiguió Gil—. Sé que esto te parece terrible, pero él no te ha traicionado, sino que a él también lo ha traicionado. Su madre lo ha traicionado lo mismo que a ti. Él no luchará contra ti si le das una oportunidad. ¿No es así?

—Lo es —contestó Mpanzu sin mirar a Gil—. Pero también es cierto que no luchó conmigo cuando tuvo la oportunidad.

Gil suspiró. Sí, eso también era cierto. Era lo que más le dolía. La indecisión de Mbemba entre los portugueses y su propia gente, su esperanza de mediar entre dos mundos, de unirlos, de conseguir lo mejor de ambos. Y así había acabado, en ninguna parte, con lo peor de cada uno.

—Si no estaba en esta traición con su madre, como tú dices, si no quería meterme en esta trampa que ella me ha tendido, ¿por qué no luchó conmigo cuando vio que ella me había traicionado? ¿Por qué no ordenó a sus guerreros que atacaran a los Porta Guis cuando vio que los Porta Guis me atacaban? Si es tan inocente como dices, ¿por qué no lo hizo?

—Porque espera que hagas la paz con los portugueses.

—¿Paz? ¿Es así como se hace la paz en tu tierra en el cielo, Gil Inis?

Gil hizo una mueca al atisbar un deje de furia sarcástica en la voz del príncipe.

Mpanzu se volvió hacia el cacique soyo.

—¿Es ésa también tu explicación por lo que has hecho, ManiSoyo? ¿Por eso tú, la escoria de la casa de la Mbanda Lwa, te has rebelado contra tu reino? ¿Para hacer la paz con los hombres blancos?

—Debemos hacer la paz con ellos, MtuKongo —replicó el viejo con voz ahogada—. Su magia es poderosa. No podemos enfrentarnos a ella. Tú mismo has visto lo poderosa que es.

—No lo suficiente para salvarte, ManiSoyo —replicó Mpanzu, con desprecio.

—No, no lo bastante poderosa para eso, MtuKongo —admitió el ManiSoyo tristemente—. Pero eso se debe a que no soy cristiano. El poder sólo se les concede a aquéllos a los que el sacerdote da su magia, a aquellos que el pader De Soozza convierte en cristianos. Aquéllos a quienes él convierte en cristianos consiguen el poder de la magia de su Dios. La magia salva a aquellos que se convierten al cristianismo.

—Allá viene —gritó el NsakuSoyo—. Mira, MtuKongo. Ahora Mbemba viene contra ti.

Mpanzu y Gil se giraron como movidos por un resorte. Mbemba bajaba por la escala de la nave para abordar su canoa. Las cuatro embarcaciones de la escolta formaban una pantalla protectora con las proas apuntadas a la orilla. A continuación, diez, quince, veinte canoas de su flota abandonaron el cordón que cerraba la bahía para formar dos escuadrillas. No, no podía ser lo que parecía. Mbemba no podía lanzar su flota contra Mpanzu. No podía estar tan equivocado. En ese momento vio que alguien más bajaba por la escala. Una mujer. La reconoció en el instante en que saltaba del último peldaño a la canoa de Mbemba.

—La Mbanda Lwa —volvió a gritar el NsakuSoyo— viene con él. Cuidado, MtuKongo. Posee la magia de los hombres blancos y es seguro que quiere apoderarse de tu trono.

Mpanzu dio una orden. Sonaron los cuernos, los tambores marcaron un ritmo rápido, los remeros empujaron las canoas al agua y los guerreros avanzaron rápidamente.

—No, MtuKongo —gritó Gil por encima del estrépito—. Te la trae para hacer la paz. Quiere que tú sepas que esto no es obra suya, sino de su madre.

Mpanzu miró a Gil antes de caminar hacia el río. La canoa le esperaba, pero no subió. Permaneció junto a la embarcación, con el agua hasta las rodillas y una mano apoyada en la cabeza de cocodrilo de la proa, desde donde contempló el avance de las canoas de Mbemba. Se acercaban lenta y cautelosamente, las cuatro muy juntas para escudar a la de Mbemba, mientras las veinte restantes cuidaban la retaguardia.

Mbemba comenzó a gritar. Las palabras no se oían porque estaba demasiado lejos. Gil miró a su alrededor. Nadie le hacía caso, y, por un momento, pensó que era la oportunidad para escapar. Pero, ¿escapar hacia dónde? ¿Hacia el oeste, río abajo? El grueso del ejército soyo se encontraba en la selva, y el grueso de sus canoas río abajo, y no podía estar seguro de si

lo tratarían como amigo o como enemigo. Entonces, ¿río arriba, hacia el este? Pero allí estaba el grueso de las huestes de Mpanzu, que bajaba por el camino real hacia Mpinda, y sabía cómo le tratarían. Estaba atrapado lo mismo que Mbemba.

La Mbanda Lwa se acercó a la proa de la embarcación de Mbemba, para situarse detrás de su hijo, sonriendo segura, complacida con su traición. Sostenía un libro. El breviario. Sin duda lo había recuperado del camarote del castillo de popa para realizar su magia ante el ManiSoyo de una manera convincente, para que la vieran como el instrumento del bombardeo de la flota de Mpanzu.

La mente de Gil comenzó a funcionar a toda prisa. Aquí había algo extraño.

—Mpanzu, hablaré contigo —gritó Mbemba—. Te explicaré la traición y te pediré perdón por lo ocurrido.

—Acércate más, Mbemba —respondió Mpanzu, subiendo a la canoa—. No oigo lo que dices.

No era verdad. Mpanzu quería que se acercara para ponerle las manos encima. Pero Mbemba no era estúpido. Tenía muy claro lo que su hermano creía, lo que su madre había conseguido con tanta astucia que Mpanzu creyera de él, y cuando faltaban unas doscientas varas para llegar a la costa, ordenó a las canoas que se detuvieran. Las canoas de Mpanzu avanzaron un poco más, y sus guerreros se metieron en el agua. Las fuerzas de los dos príncipes kongos se situaron frente a frente con las armas prestas, los nervios tensos. Detrás de Mbemba, la *Beatriz* se balanceaba suavemente con los cañones a punto. Detrás de Mpanzu, Mpinda continuaba ardiendo, envuelta en el hedor del humo y de la muerte. En esta situación, el más mínimo error de cálculo podía desencadenar otra batalla. La lluvia traída desde el mar estaba cada vez más cerca.

—Te pido clemencia por esta traición, Mpanzu. Quiero explicarte que no ha sido obra mía.

—¿De quién fue obra?

Mbemba se volvió hacia su madre y la obligó a ponerse a su lado.

—Ha sido obra suya, Mpanzu. Ha sido obra de la Mbanda Lwa. — Después le dijo algo a la mujer en voz baja.

La Mbanda Lwa se colocó delante de su hijo, con una sonrisa de satisfacción y el breviario bien sujeto entre las manos. Evidentemente, se sentía respaldada por el poder del libro sagrado y no tenía miedo.

—¿Es como dice Mbemba? —le gritó Mpanzu—. ¿Esta traición es obra tuya, Mbanda Lwa?

—Lláname reina Leonor, Mpanzu a Nzinga.

—¿Qué? —Por supuesto, Mpanzu desconocía tanto el nombre como el título de la Mbanda Lwa.

—Soy Leonor, la primera reina cristiana de los kongos. Soy la reina cristiana por obra del sacerdote de los hombres blancos, el pader De Soosa.

Mbemba la cogió de un brazo, furioso, pero su madre lo apartó.

—Sí, es como dice Mbemba, Mpanzu. Esto es obra mía. Yo llamé al trueno y al rayo del Dios de los hombres blancos contra ti. Soy cristiana, poseo esta poderosa magia y puedo emplearla contra ti a mi voluntad. — Levantó el breviario para que lo viera Mpanzu.

—Es la escritura, MtuKongo —gritó NsakuSoyo, corriendo hacia el río—. Cuidado. Es el fetiche que usan para invocar su terrible magia.

—¿Por qué siempre me dices lo que ya sé, NsakuSoyo? —le increpó Mpanzu, y luego agregó—: Matadlo.

Dos guerreros sujetaron al hombre ju-ju. Sólo tuvo un segundo para gritar antes de que lo atravesaran con una lanza. Los gritos se ahogaron en su garganta para transformarse en un espantoso jadeo. Murió de la misma manera que había muerto Segou, clavado en el suelo, agitando las piernas y los brazos, para después quedarse rígido y exhalar el último suspiro. Mpanzu se volvió para escuchar a la Mbanda Lwa, que continuaba hablando.

—Estás acabado, Mpanzu. Ríndete a la poderosa magia que poseo y cede tu puesto a mi hijo.

Mbemba, enfurecido por las palabras de su madre, volvió a cogerla por el brazo y la arrojó de bruces contra el fondo de la canoa. La mujer se sentó sonriente, con el breviario contra el pecho.

—¿Es así como pides que perdone tu traición, Mbemba? —gritó Mpanzu —, ¿reclamando mi rendición?

—No, Mpanzu.

—Porque no me rendiré. No me rendiré a la magia de los Porta Guis. No me rendiré a la maldad que traen a nuestra tierra.

—No te pido que lo hagas, Mpanzu.

—¿Qué me pides?

—Sólo lo que te pedí antes de que mi madre nos traicionara. Que veas a los portugueses con tus propios ojos. Júzgalos por ti mismo. Sólo quieren hacer la paz contigo. Utilizaron la magia contra ti sólo por las mentiras de la Mbanda Lwa. Ahora lo lamentan y quieren que te lo diga.

Mpanzu miró a su alrededor como si estuviera pensando la propuesta de Mbemba. Pero Gil vio que no era así. Sólo miraba a su alrededor para apreciar el despliegue del ejército y la flota, para valorar sus posibilidades contra las fuerzas de Mbemba y las armas de los portugueses. Su bravura era impresionante y trágica. Aunque comprendía claramente el tremendo poder destructivo de las armas, estaba dispuesto a luchar contra ellas para evitar que los portugueses entraran en su reino. Miró a Mbemba.

—La Mbanda Lwa debe ser castigada, Mbemba.

Mbemba no respondió.

—Si esta traición sólo es obra suya, si tú y los Porta Guis no tenéis nada que ver, si esto es obra de sus mentiras, entrégamela para que pueda castigarla.

Mbemba miró a su madre. La mujer se puso de pie.

—Entrégamela para que yo la castigue como prueba de que tú no tienes nada que ver con su traición.

Mbemba consideró la propuesta durante unos segundos.

—Envía una de tus canoas, Mpanzu.

Mpanzu hizo un gesto con la lanza y una de sus canoas avanzó rápidamente.

—No —chilló la Mbanda Lwa—. Si me entregas a él, me matará.

En ese preciso momento se vio el fucilazo de un relámpago seguido por el tronido de un trueno. Mpanzu alzó la mirada. Mbemba alzó la mirada. Incluso Gil alzó la mirada al cielo encapotado. Sólo era la tormenta pero, con el recuerdo del bombardeo fresco en la memoria de todos, incapaces de distinguir entre los relámpagos y los truenos de las armas y los relámpagos y los truenos naturales, todos esperaron lo peor.

Y entonces Gil gritó con todas sus fuerzas, con el corazón en un puño:

—¡Mbemba! ¡No dejes que lo haga!

Mbemba se giró rápidamente. Su madre estaba en la popa de la canoa y, de cara a la *Beatriz*, había abierto el breviario. Gil comprendió en el acto que era una señal. El padre De Sousa, Días o Rodrigues estarían mirándola con el catalejo. Esto lo habían arreglado de antemano. Si las cosas no funcionaban según sus deseos, debía abrir el breviario y rezar para que Dios le respondiera con su terrible magia.

Los cañones dispararon.

La primera andanada pasó por encima del objetivo. Los proyectiles y la metralla cayeron en la selva detrás de Mpinda, cortando ramas, hendiendo troncos, provocando una lluvia de hojas y la huida de los monos y los pájaros.

Gil se arrodilló detrás de la canoa de Mpanzu, bien arrimado contra el casco. Pero, para su sorpresa, la embarcación comenzó a moverse. Los remeros la empujaban al agua. Mpanzu, de pie en la proa, apuntaba a Mbemba con la lanza al tiempo que daba sus órdenes. Sonaban los cuernos, retumbaban los tambores y los fetichistas golpeaban los batintines.

Iban a atacar. Era una locura. Tenían que huir y no atacar estando como estaban delante mismo de las bocas de los cañones. Era una heroica locura. Habían visto lo que los cañones hacían, creían que eran el relámpago y el trueno del Dios de los hombres blancos, pero así y todo estaban dispuestos a atacar, dispuestos a ofrecer sus vidas luchando contra los hombres blancos que habían traído esta maldad a su reino desde aquel desconocido reino en el cielo.

Mbemba se abalanzó sobre la Mbanda Lwa para arrebatarse el breviario y arrojarlo al río. Era demasiado tarde, y él lo sabía. Se volvió para ver el avance de la flota de Mpanzu. Apartó a su madre, y comenzó a gesticular, en un último y desesperado ruego, todavía con la esperanza de conseguir la paz entre él y los portugueses. ¡Oh, qué locura, qué trágica locura!

Los arqueros de Mpanzu apostados en la orilla lanzaron una andanada de flechas, y Mbemba resultó herido. Cayó de espaldas, y su cabeza fue a caer en la falda de su madre.

Gil echó a correr, pero los cañones volvieron a disparar, y uno de los proyectiles le alcanzó en las costillas.

XI

La pequeña choza de barro y paja no tenía ventanas, el agujero que hacía las veces de puerta estaba tapiado con tierra y oía el corretear de las ratas en los húmedos y oscuros rincones.

Se encontraba dentro del recinto real de Mbanza Kongo pero, sin poder ver el exterior, era imposible saber dónde estaba, pero tenía tanto dolor que tampoco le importaba. Tenía rotas dos o tres costillas, quizás una le había perforado un pulmón. Le habían atado las manos a la espalda, y una soga, que a modo de dogal le rodeaba el cuello, le mantenía sujeto a un poste clavado en el suelo en una posición tan incómoda que poco podía hacer para aliviar el dolor. Estaba famélico. No recordaba la última comida que había hecho. Llevaba varios días encerrado en la choza —contaba más o menos los días por los cambios de la luz que se filtraba por las juntas del techo— y no le habían dado nada de comer. Tampoco recordaba haber comido durante el viaje hasta allí desde Mpinda.

El primer día de marcha fue un auténtico suplicio. Los cuatro guerreros encargados de llevarlo a Mbanza Kongo marchaban a paso rápido y él no podía seguirlos. Cada paso repercutía en el costado herido, y él tropezaba, caía y gritaba de dolor, escupiendo sangre con cada ataque de tos. Los guerreros le odiaban y le temían; le habrían dejado morir, pero no se atrevieron. Lo necesitaban vivo. Mpanzu les ordenó mantenerlo vivo, convencido de que siendo cristiano, podría, con el fetiche adecuado, no sólo utilizar el rayo y el trueno del Dios de los hombres blancos, sino también detenerlo. Así que hicieron una litera y lo llevaron a hombros.

Aquello fue una mejora, hasta cierto punto. Al menos no tenía que gastar las pocas energías, pero el dolor provocado por el bamboleo no era menor que si hubiera ido caminando. Tenía fiebre. Quizá los guerreros le ofrecieron comida, pero la fiebre le provocaba náuseas y no podía comer. Se acomodó boca abajo en la litera, intentando protegerse de la incesante lluvia, y perdió el conocimiento ininidad de veces durante las semanas de viaje a través de la selva de los mbatas, las ondulantes llanuras de los nsundis y la ascensión a la montaña real de Mbanza Kongo. Estaba inconsciente cuando lo encerraron en la choza.

Las ratas lo despertaron. ¿Había una que intentaba salir escarbando en la tierra amontonada en la entrada? Intentó ver en la penumbra. Oyó algo que escarbaba la tierra pero no vio ninguna rata. Estaban quitando la tierra con una pala. Alguien abría la puerta tapiada. En cuanto retiraron la última palada, una ráfaga de aire fresco entró en la choza y vio que fuera era de noche y que ya no llovía.

—¿Gil Inis?

—¿Quién eres?

—Nimi.

—¿Nimi? —Repitió el nombre con un tono incrédulo, y luego comprendió quién era—. ¡Oh, Nimi! *Mchento*.

Era la otra Nimi, su vieja sirvienta. ¿También era una prisionera? La mujer empujó un cesto a través de la abertura, y después entró a gatas. Los que habían quitado la tierra permanecieron fuera.

—Desátame, *mchento*.

La mujer meneó la cabeza y se puso a faenar con la cesta.

—Por favor, Nimi. Estoy malherido y me duele mucho.

—Perdóname, Gil Inis, está prohibido. Pero me han dado agua y comida para ti. No quieren que te mueras.

Nimi sacó una calabaza y un vaso de la cesta. Llenó el vaso con el líquido de la calabaza, le levantó la cabeza con una mano, y con la otra le acercó el vaso a la boca. Era *malafu*. Él lo bebió con tal fruición que gran parte del líquido se derramó por la enredada y sucia barba. Luego sacó de la cesta un bol de *posho* frío y le fue metiendo bocados con los dedos.

—Muéstrame dónde te han herido.

—En el costado. Creo que tengo algún hueso roto y escupo sangre.

—Túmbate.

Gil se tumbó lo mejor que pudo, pero sin apoyar la cabeza en el suelo porque el nudo le estrangulaba si bajaba demasiado la cabeza. Nimi le pasó una mano por las costillas, comprobando las heridas por el tacto más que por la vista.

—Ten cuidado —le rogó Gil, que estuvo a punto de gritar de dolor al sentir el contacto de los dedos.

La mujer buscó en la cesta. Sacó una pomada de olor dulzón, y comenzó a aplicársela en el costado con un trapo limpio. Mientras ella se ocupaba de sus heridas, Gil intentó recordar lo ocurrido después de ser alcanzado por el proyectil en la playa de Mpinda.

Los guerreros de Mpanzu habían continuado luchando durante las primeras cinco o seis andanadas de los cañones de la *Beatriz*, hasta que Rodrigues acabó por encontrar la distancia de tiro. La extraordinaria precisión de las descargas provocó una tremenda carnicería. Mientras tanto, las canoas de Mbemba al ver a su príncipe herido acudieron a rescatarlo, y se inició un combate cuerpo a cuerpo con los guerreros de las canoas de Mpanzu, lanzadas al ataque. La batalla se hizo tan confusa que Rodrigues cesó el bombardeo para no matar a las tropas de Mbemba, pero los guerreros de Mpanzu, superiores en número, tuvieron que huir. Habían capturado a Gil en la playa. No recordaba el momento de la captura. Lo único que recordaba era que, en medio del caos y el tumulto, el fuego y el estrépito de la desbandada, alguien le había atado las muñecas para arrastrarlo de una sogá atada a su cuello hacia la selva detrás de Mpinda.

Los soyos los atacaron mientras se retiraban a la selva. Más que nada era un hostigamiento con la intención de mantenerlos en fuga. Entonces comenzó a llover otra vez, y los soyos interrumpieron el ataque, pero estaba claro que proseguirían con la rebelión; estaban convencidos de que lo mejor era sumarse al bando de los hombres blancos y su terrible magia. ¿Los otros pueblos del Congo seguirían su ejemplo en cuanto vieran la terrible magia de los hombres blancos? No había ninguna duda de que la verían. Rodrigues se encargaría de desembarcar la artillería de la *Beatriz*.

—¿Sabes lo que está pasando, Nimi? ¿Tienes alguna noticia de los combates?

—Muy poco —respondió ella, atenta a la limpieza de las heridas.

—¿Sabes algo de la NtinuKongo o de mi hijo?

Nimi meneó la cabeza.

—¿Sabes si los han herido?

—Lo siento, Gil Inis, no lo sé.

—Mbemba resultó herido. Le vi caer bajo una lluvia de flechas. ¿Ha muerto?

—No lo sé.

—¿Qué sabes?

—Sólo que los hombres blancos vienen a Mbanza Kongo y, a medida que vienen, traen el relámpago y el trueno, para destruirlo todo a su paso.

—¿Dónde están ahora?

—En el camino real, a medio camino de la selva de los mbatas.

—¿Los mbatas luchan contra ellos?

—¿Cómo pueden los mbatas luchar contra ellos? El relámpago y el trueno incendian sus casas y destrozan sus aldeas. No, los mbatas no luchan contra ellos. La mayoría huye, pero muchos se rinden a la terrible magia, se hacen cristianos y luchan con ellos. Como hizo la Mbanda Lwa. Como hizo el ManiSoyo. Como hizo Mbemba.

—¿Mbemba? ¿Lo has oído? ¿Dicen que Mbemba se ha hecho cristiano?

—Es lo que dicen.

—Es lo que la Mbanda Lwa quiere que digan, pero estoy seguro de que no es verdad.

Nimi se encogió de hombros y metió la mano en la cesta. Había acabado de limpiar las heridas y ahora sacaba un trozo de tela de kanga que utilizó para envolverlo bien prieto alrededor de las costillas.

—Come un poco más. —Le levantó la cabeza y acercó el bol de *posho* a la boca de Gil.

—Ya está bien, mujer —gritó una voz aguda desde el exterior—. Sal fuera.

Gil reconoció la voz.

—¿Lukeni a Wene? —preguntó—. NgangaKongo, ¿eres tú quien habla?

Nimi se apresuró a salir de la choza, obedeciendo a la llamada.

—Dale esto a Gil Inis, mujer.

Nimi volvió junto a Gil con lo que parecía una pequeña caja.

—¿Qué es esto, NgangaKongo?

—El fetiche, Gil Inis. El fetiche con el cual detendrás el relámpago y el trueno del Dios de los cristianos.

Gil miró la caja en las manos de Nimi. Tenía el tamaño y la forma de un pequeño libro.

—¿Es la escritura, NgangaKongo? —preguntó, incrédulo.

—Sí, es la escritura, Gil Inis.

—Dámela, Nimi. —El asombro que sentía ante el hecho de que el NgangaKongo poseyera un libro, ¿qué libro podía ser?; le hizo olvidarse de que tenía atadas las muñecas e intentó cogerlo. El súbito movimiento fallido le produjo un terrible dolor en las costillas y un ataque de tos que le llenó la boca de sangre. Esperó a que desapareciera el dolor y a recuperar el aliento, para preguntar con voz ahogada—: ¿Qué esperas que haga con esta escritura, NgangaKongo, si estoy atado como un cerdo? Manda que me desaten.

—Desátalo, mujer.

Nimi sacó un cuchillo de la cesta —Gil observó el detalle, algún día podía serle muy útil saber que ella llevaba un cuchillo en la cesta— y cortó las

ligaduras que le sujetaban las muñecas. Con las manos libres, se quitó el lazo del cuello y cogió el libro.

No era un libro. Sólo era una notable imitación de un libro, una muy exacta copia del único libro que el NgangaKongo conocía. Lo mismo que el breviario del padre Sebastião, tenía las tapas de cuero negro, con una cruz de oro grabada en la tapa, y las páginas, alrededor de un centenar, perfectamente cosidas, estaban hechas de una tela muy fina. Lo abrió al azar, casi esperando ver himnos y oraciones escritas en latín, dada la perfección de la copia.

—Habla la escritura, Gil Inis, y dile a tu Dios que detenga el relámpago y el trueno que mata a nuestra gente.

—No puede hablar la escritura en la oscuridad, NgangaKongo.

—Ten, mujer.

Nimi cogió la lámpara encendida que le pasaron a través de la abertura. Gil, deslumbrado por la luz, cerró los ojos unos momentos. Luego miró las páginas abiertas y comenzó a menear la cabeza al ver lo escrito. Dios santo, resultaba ridículo y se hubiera echado a reír de no haber sido porque había algo conmovedoramente patético en aquella desesperada y errónea aspiración. Esto no era escritura latina. No era escritura en absoluto. Era una fantasía de la escritura, los garabatos de un niño inocente. El NgangaKongo, en su deseo de reproducir las palabras y las frases vistas en el breviario, había llenado estas páginas con frases y párrafos hechos de estrellas, cruces, puntos, rayas, círculos, flechas y cuadrados. Una mezcla de símbolos sin sentido que revelaban lo incomprensible que resultaba la idea de la escritura para esta gente que carecía de ella y no tenía ningún uso que darle. Para ellos sólo era un fetiche, algo perteneciente a una hechicería extranjera.

—Ahora habla la escritura, Gil Inis —insistió el NgangaKongo con su siniestra voz atiplada desde la oscuridad exterior—. Habla la escritura y detén la maldad de la magia de tu Dios.

—No puedo hablar esta escritura, NgangaKongo. No sé hablar esta escritura. No conozco esta escritura.

El NgangaKongo no replicó a esta negativa.

—¿Oyes lo que digo, NgangaKongo? No puedo hablar a mi Dios con esta escritura.

—Se ha ido —dijo Nimi.

—¿Ido? ¿Dónde ha ido?

—A ver si has detenido al relámpago y al trueno que mata a nuestra gente.

—No, NgangaKongo, espera. —Gil intentó salir por la abertura.

Le dieron un puntapié en la cara.

No vio quién lo hizo. El golpe fue tan rápido y repentino que ni siquiera tuvo ocasión de ver el exterior. Retrocedió, sujetándose el costado, y la combinación del golpe con el terrible dolor en las costillas le hizo perder el conocimiento. No estuvo inconsciente mucho rato, pero cuando abrió los ojos se encontró otra vez solo en la oscuridad. Nimi se había ido, no estaba la lámpara y la abertura aparecía otra vez tapiada con barro. Por un momento creyó que había imaginado todo el episodio, pero el «libro» del NgangaKongo estaba a su lado y tenía las manos libres. Recogió el libro, consciente de que era el instrumento para su supervivencia, la oportunidad de salir de allí con vida.

A la mañana siguiente volvieron a abrir la entrada, dejando entrar el aire fresco y la luz del sol. ¿La luz del sol? Gil se llevó una sorpresa. ¿Se había acabado la estación de las lluvias? ¿Podía ser el principio de la primera época seca del año? ¿Habían pasado tantos meses desde la segunda llegada de los portugueses? Diez guerreros, vestidos con los kangas con los colores y el diseño de la casa real, estaban delante de la choza. El NgangaKongo no había venido con ellos.

—El ManiKongo te llama, Gil Inis —dijo uno de los guerreros.

Gil salió a gatas de la choza y miró a su alrededor. El aire era translúcido, el cielo de un azul brillante y salpicado con resplandecientes nubes blancas. Una veintena de pequeñas chozas de barro y paja sin ventanas aparecían agrupadas en un claro todavía cubierto con charcos que reflejaban la luz del sol. Todas tenían las entradas selladas con tierra apisonada, y todo el recinto aparecía cerrado con una empalizada de bambú. ¿Había gente encerrada en las chozas? Aunque no había ninguna señal ni se oía ningún ruido, estaba seguro de que había gente encerrada. Se dio cuenta de que era una prisión. Se preguntó quiénes serían los otros prisioneros. ¿Estaría Nimi entre ellos?

Los guerreros le escoltaron a través del claro hasta la puerta de la empalizada. En cuanto se abrió la puerta y salió, Gil comprendió dónde estaba. Directamente delante se encontraba el palacio del ManiKongo con los tres techos en punta, las galerías con columnas, rodeado de un hermoso jardín de buganvillas, poincianas regias y diversos árboles ornamentales en flor. Mientras le conducían hacia la galería principal, recordó la primera vez que le habían traído aquí, tantos años atrás: el emisario del rey de Portugal al rey de los kongos, vestido con terciopelo, cota de malla, un casco emplumado, armado con una espada y cargado de regalos. Un grupo de nobles kongos le habían dado la bienvenida. Ahora era un prisionero, medio desnudo, famélico, sin duda condenado a muerte. Esta vez nadie le esperaba en la galería. Uno de

los guerreros le empujó con la lanza para que subiera los escalones y alguien apartó la tela roja que tapaba la entrada principal.

Nzinga a Nkuwu, el ManiKongo, ocupaba su trono en el estrado levantado al final de la larga y angosta sala de audiencias, lo mismo que la primera vez, obeso hasta lo grotesco, ciego, con un sombrero que parecía una caja de mimbre trenzada sobre una cabeza muy pequeña, la piel dorada de un león y una piel de leopardo cubriéndole los enormes hombros. El sumo sacerdote, el enano jorobado, también estaba sentado a sus pies como la primera vez. La primera reina, la Mbanda Vunda, la madre de Mpanzu, más corpulenta y más negra de lo que Gil la recordaba, envejecida y llena de arrugas, se encontraba a su diestra, con un brazo apoyado en la cabeza de león tallada en el respaldo del trono. Los sirvientes sostenían hojas de palma formando un palio por encima de la cabeza del rey. Había guerreros en formación a lo largo de las paredes. Pero no había ni uno solo de los nobles de la corte del ManiKongo. Gil caminó hacia el trono, preguntándose si los cortesanos habían abandonado a su rey o habían ido a luchar contra los portugueses.

—¿Es Gil Inis? —preguntó el ManiKongo cuando Gil llegaba a la mitad de la sala.

Gil se detuvo, sorprendido por la suavidad de la profunda voz del gigante, aunque luego recordó que también la primera vez le había parecido suave y bondadosa. ¿Tendría que prosternarse ante el monarca como implorando piedad? No lo había hecho la primera vez, pero ahora las circunstancias eran diferentes y mucho más peligrosas.

—¿Es Gil Inis, el príncipe blanco que vino a nosotros desde una tierra en el cielo? —insistió el ManiKongo, echando la cabeza hacia atrás para mirar a Gil con sus velados ojos ciegos.

—Lo soy, señor.

—Acércate un poco más.

Gil caminó hacia el trono, la Mbanda Vunda se inclinó sobre su esposo y le susurró algo al oído. El NgangaKongo se volvió para oír mejor lo que le decía. Luego la reina y el sacerdote miraron a Gil con una expresión grave. Gil volvió a detenerse y decidió no postrarse. Ningún gesto de sumisión le iba a ayudar.

—Me comunican que el rayo y el trueno de tu Dios no han cesado, Gil Inis. Aunque las lluvias han desaparecido y los cielos están despejados, me dicen que tu Dios sigue enviando el rayo y el trueno para matar a mi gente.

¿Era esto lo que la Mbanda Vunda había susurrado a su oído? ¿Él sólo repetía lo que ella le mandaba que dijera? Era probable, porque la ceguera y la

inmovilidad seguramente le impedían gobernar su reino. Había oído decir a Mbemba que Mpanzu era quien llevaba cada vez más las riendas del poder. Quizás en ausencia de Mpanzu, la Mbanda Vunda y el NgangaKongo eran los verdaderos gobernantes.

—¿Por qué, Gil Inis? —añadió el ManiKongo—. ¿Dime por qué, después de tantos años de vivir felices sin ellos, sin siquiera saber que existían, los hombres blancos han venido a nosotros desde su tierra en el cielo y llaman a su Dios para que nos mate con sus rayos y sus truenos? ¿En qué los hemos ofendido? ¿De qué manera hemos ofendido a tu Dios?

—No has ofendido a los blancos de ninguna manera, mi señor. Tampoco has ofendido a su Dios. Nunca tendría que haber ocurrido esto. Lo ocurrido ha sido un error. Mbemba...

—No menciones a Mbemba al ManiKongo, Gil Inis —le interrumpió la Mbanda Vunda, tajante—. No menciones su nombre ni el de su madre, la Mbanda Lwa. Se rebelaron contra el ManiKongo, son sus enemigos y no debemos mencionarlos en su presencia.

—No, Gil Inis, no se debe mencionar en mi presencia sus nombres —manifestó el ManiKongo con su voz suave y profunda—. Se han rebelado contra mí y ahora son mis enemigos. Esa maldad también debo agradecerse a los hombres blancos. Han robado las almas de mi hijo más joven y de mi reina más joven, y los han convertido en mis enemigos.

—Tal como hace mucho tiempo te advertí que harían —señaló el NgangaKongo.

—Sí, Lukeni a Wene, como hace mucho tiempo me advertiste que harían —dijo el ManiKongo, extendiendo una mano.

—Pero recuperaremos sus almas, Nzinga a Nkuwu —afirmó el NgangaKongo cogiendo la mano del rey—. Recuperaremos todas las almas que nos han robado los hombres blancos. Eso también lo he dicho antes.

—Sí, eso también lo has dicho antes, Lukeni a Wene. —El ManiKongo soltó la mano del sacerdote y apoyó la barbilla sobre el pecho, en ese leve movimiento reflejó un profundo dolor.

—¿Dónde está el fetiche? Traedme el fetiche.

El fetiche, el libro de la escritura que había fabricado el NgangaKongo. Gil se lo había olvidado en la choza, pero uno de los guerreros que habían ido a buscarlo lo recogió y ahora se adelantó rápidamente con el libro. El NgangaKongo cogió el volumen y bajó del estrado.

—Ten, Gil Inis.

Gil cogió el libro con la mirada puesta en el ManiKongo. Estaba echado hacia atrás en el trono y se sostenía la cabeza con una mano en una postura de desesperada resignación, casi como si estuviera llorando. Quizá fuera así, y lloraba por las almas robadas de su amado hijo menor y de su amada joven reina.

—Ahora hablarás la escritura del fetiche, Gil Inis —dijo el NgangaKongo—. No la hablaste cuando te lo dieron antes. Esperamos con paciencia a que hablaras para detener al rayo y al trueno, pero el rayo y el trueno continúan. Aunque ya no llueve y el cielo está despejado, el rayo y el trueno continúan matando a nuestra gente. No esperaremos más. Habla la escritura de tu Dios y detén su matanza ahora mismo.

La amenaza aparecía como esculpida en cada una de sus palabras, dichas con voz aguda y con el ritmo de una letanía. ¿Cuál era su amenaza? Sin duda, seguía creyendo que Gil tenía el poder de acallar las armas. Por lo tanto, la amenaza no podía ser la muerte de Gil. Matar a Gil no acallaría las armas.

En aquel momento se produjo una conmoción en la sala. Se abrió la cortina colgada detrás del trono, que, según recordaba Gil de la estancia anterior, comunicaba con otra habitación del palacio. Apareció en el umbral una sirvienta, la otra Nimi. Un guerrero la empujó con tanta violencia que la mujer cayó de rodillas y luego se prosternó delante del trono. Ella era también una prisionera. Claro que lo era. Había dejado el exilio con Gil para comunicar en secreto a Mbemba el regreso de los hombres blancos, y, por lo tanto, estaba implicada en la traición contra el rey, como lo estaban él, la Mbanda Lwa y Mbemba.

—¿Qué quieres de ella? ¿Por qué la traes aquí?

—Díselo, mujer.

Nimi levantó la cabeza y miró a su alrededor con ojos asustados. El guerrero que la había llevado permanecía junto a ella con la lanza preparada.

—Habla la escritura, Gil Inis, y detén el rayo y el trueno que mata a nuestra gente.

Resultaba terrible escuchar el tono lastimero de su súplica. Temía por su vida. Tenía claro que iba a morir. Y la matarían. Ésta era la amenaza, y era real. Gil conocía muy bien lo rápido que mataba esta gente sin sentir el menor escrúpulo. Quería gritar que la imitación de la escritura que tenía en sus manos no tenía sentido, que no se podía leer en sus símbolos ninguna plegaria a su Dios ni a ningún otro. Pero no le creerían y ellos la matarían. La matarían ante sus ojos. Y también lo matarían a él porque ya no habría ningún motivo

para mantenerlo vivo. Abrió el libro y miró los garabatos que llenaban las páginas.

—Por favor, Gil Inis, no lo demores.

El guerrero había apoyado la hoja de la lanza contra su nuca.

—No la toques. Apártate. Hablaré la escritura a mi Dios, pero apártate de ella. Ella no tiene nada que ver con esto.

El NgangaKongo hizo un gesto y el guerrero apartó la lanza. Sin embargo, Nimi continuó prosternada, temblando, sin siquiera atreverse a moverse. Resultaba repugnante. La pobre mujer que le había cuidado fielmente durante diez años, y a la que él había destrozado la vida. ¿Dios le perdonaría? ¿Perdonaría Dios a los portugueses que, al venir a este reino, habían acabado con las vidas de tanta gente?

—Habla la escritura, Gil Inis.

—La hablaré, pero no la hablaré aquí. No serviría de nada hablarla aquí.

—¿Dónde serviría?

—Allí donde mi Dios pueda escucharla. Donde Él está.

Con los portugueses. Llévame con ellos.

* * *

Los portugueses salieron de la selva de los mbatas para entrar en las llanuras de los nsundis y marchaban por el camino real en dirección a Mpangala. Desde donde él estaba, en los riscos, a centenares de pies de altura, tenía una vista espectacular: la línea negra de la selva en el horizonte muy al norte; las amarillas colinas de la llanura que se perdían por el norte, el este y el oeste; la ancha faja de un castaño rojizo del camino que serpenteaba por la llanura hacia la ciudad fortificada de Mpangala en las riberas del río Lelunda, y de los meandros del río al pie de las estribaciones. El NgangaKongo y la Mbanda Vunda estaban con él, contemplando el panorama, protegidos por una escolta de guerreros del ManiKongo.

A los portugueses les quedaban unas cuantas horas de marcha para llegar a Mpangala. Al parecer, nadie oponía resistencia a su avance. Sin duda, Mpanzu se había retirado con el resto de sus tropas a Mpangala. Lo único que dificultaba la marcha de los portugueses era el transporte de la artillería. Cinco lombardas (al parecer, las otras las habían dejado con los falconetes a bordo de la *Beatriz*), montadas en cureñas y seguidas por los carromatos con la pólvora y las provisiones, eran arrastradas lentamente por las bajadas y

subidas de las empinadas colinas por grupos de artilleros y marineros. En vanguardia marchaban los soldados con los arcabuces. Sus armaduras y cascos relucían a la luz del sol, los estandartes de la Iglesia y las banderas del rey portugués ondeaban en la fresca brisa de las tierras altas por encima de sus cabezas. Detrás venían los alabarderos y los ballesteros con sus banderas y un contingente de marinos, veteranos de las guerras de Guinea, armados con machetes y cuchillos. Uno de ellos portaba una gran cruz de madera, seguido por una desordenada columna integrada por millares de guerreros con lanzas, escudos, hachas, garrotes, arcos y flechas, que cerraban el desfile. Desde aquella distancia, Gil no distinguía a quién pertenecían aquellos guerreros. Sin duda, eran tropas de Mbemba. Pero muchos serían soyos, dado que el ManiSoyo se había sumado a la rebelión, y, si eran correctas las informaciones de Nimi, los mbatas también formaban parte de una columna de casi una legua de larga.

En la columna pudo divisar varias literas. Probablemente, el capitán y el padre De Sousa serían sus ocupantes. En cambio, Rodrigues sería una de las figuras acorazadas que marchaban con los cañones y los soldados. ¿Y Gonçalves? ¿Le habrían dejado al mando de la *Beatriz* o estaría allí? A Gil le hubiera gustado esto último. La que seguramente ocupaba una de las literas sería la Mbanda Lwa —no se iba a perder el triunfo de sus ambiciones—, y Mbemba, si continuaba con vida. ¿Y Nimi y Kimpasi? La Mbanda Lwa los habría traído como su vínculo de sangre con los portugueses, y, seguramente, el niño caminaría junto a la litera de su madre, fascinado por las armas.

—¿Ya estás lo bastante cerca de los Porta Guis como para que te escuche su Dios, Gil Inis? —preguntó el NgangaKongo.

—No.

—Entonces, acerquémonos más.

Reanudaron el descenso. La ruta que seguían se desviaba por las laderas, de modo que, durante un tiempo, perdieron de vista la llanura. La volvieron a ver al cabo de unas dos horas, cuando sólo estaban a un centenar de pies de altura, con lo cual veían perfectamente la ciudad de Mpangala. Aunque era más pequeña que Mbanza Kongo, no dejaba de ser una ciudad populosa, con centenares de construcciones de madera y paja, erigidas alrededor de plazas comunicadas entre sí, que albergaba una población de varios miles de habitantes. El camino real pasaba directamente por la entrada principal de la empalizada en el norte para salir por la puerta sur que se abría sobre la ribera del Lelunda.

La ciudad parecía vivir un ambiente de tensa calma. No se veía ninguna señal de la actividad normal a esta hora del día. Todas las mujeres y los niños habían desaparecido de las calles. Los guerreros ocupaban sus posiciones en la empalizada y en las torres de vigía. Gil había visto a estos soldados luchar en el río, pero aún no los había visto combatir en tierra. Gil no entendía cómo, desplegados como estaban dentro de las fortificaciones de la ciudad, esperaban vencer a un ejército con cañones.

Las fuerzas formadas por los portugueses y sus amigos se encontraban a media legua de Mpangala. Al paso que llevaban, los cañones tendrían la ciudad a tiro en menos de una hora. Gilapuró el paso, y, una vez más perdió de vista la ciudad, a medida que el camino se desviaba.

Los árboles de las laderas se proyectaban sobre el camino. Los monos brincaban de rama en rama, las cacatúas chillaban entre el ramaje, las nubes de mariposas revoloteaban en los rayos de sol que se filtraban por el follaje. Pasaron una nueva curva, cuando Gil vio que la columna se detenía. La actividad se centraba ahora en emplazar los cinco cañones a lo largo del camino mientras descargaban los barriles de pólvora. Ahora divisaba con claridad al jefe que mandaba las operaciones. Era Rodrigues, vestido con la cota de malla y hombreras metálicas, con un pañuelo rojo debajo del casco. El sargento de marina esgrimía el machete mientras daba órdenes. Los arcabuceros, los alabarderos y los ballesteros se mantenían apartados —estaban demasiado lejos para emplear sus armas— y los guerreros de Mbemba, los soyos y los mbatas se desplegaban por la llanura a ambos lados del camino. Gil comprendió, al ver la disciplina con que ejecutaban la maniobra, que la habían hecho otras veces. Probablemente se habían enfrentado de la misma manera a cualquier resistencia en su avance desde el Zaire. La brisa les traía el retumbar de los tambores, el sonar de las trompetas y el repiqueteo de los batintines.

—Debo acercarme más, NgangaKongo.

—No, Gil Inis, aquí ya está bien. Tu Dios te puede escuchar desde aquí. No es sordo.

Los cañones dispararon en el preciso momento en que el NgangaKongo le daba a Gil el «libro».

Todos volvieron la cabeza. Ninguno de los allí presentes, ni el NgangaKongo ni la Mbanda Vunda ni los guerreros del ManiKongo habían visto antes una descarga de artillería. Aunque lejanas, las detonaciones retumbaron con toda claridad en el aire cristalino, como el distante retumbar de los truenos y los brillantes fogonazos blancos que salieron de las bocas de

los cañones, en medio de nubes de humo negro, podían ser confundidos con rayos por todos aquellos que nunca habían presenciado una andanada. Las explosiones de tierra, piedras y vegetación que les siguieron después sin duda les habrían parecido un testimonio de la ira divina. Porque, ¿cómo podía haber rayos y truenos cuando no había ni una sola nube en el cielo azul?

Las cinco explosiones se quedaron muy cortas de la empalizada norte de Mpangala. Rodrigues aún no tenía la distancia de tiro. Incluso así, el fenómeno provocó una tremenda consternación en la ciudad, porque había muchísimos hombres y mujeres que, a pesar de haber oído las espantosas historias sobre las armas, todavía no habían visto en persona la terrible magia. Y echaron a correr.

—Habla la escritura —le ordenó el NgangaKongo con su voz atiplada—. Habla ahora la escritura, y detén los rayos y los truenos.

Los guerreros de Mpanzu mantenían sus posiciones en la empalizada norte, con las lanzas y los arcos preparados. Pero alguien había abierto la puerta sur, y la gente escapaba en masa hacia el Lelunda. Los pobladores luchaban entre sí para hacerse con las canoas. Una de ellas, cargada hasta los topes con ancianos, mujeres y niños, zozobró en el acto. Otra se les escapó de las manos a los que pretendían abordarla y se alejó río abajo, sin nadie a bordo. Dos canoas alcanzaron la orilla opuesta. Otras dos navegaron río arriba y desaparecieron por un recodo. Hubo varios que se lanzaron al río sin preocuparse de las canoas y comenzaron a nadar en un intento desesperado por salvar la vida. Los cañones volvieron a disparar.

Uno falló, otro disparo se quedó corto, pero los tres restantes ya tenían la distancia. El proyectil y la metralla de uno dio de lleno en la empalizada norte y arrancó un gran trozo. Los disparos de los otros dos pasaron por encima de la empalizada, y consiguieron un impacto directo en los guerreros.

Se oyó un tremendo griterío. Gil creyó que era el griterío de los pobladores ante el bombardeo, y quizá lo era en parte. Pero también eran los gritos del NgangaKongo, que le cogía por un brazo al tiempo que le gritaba al oído. Y también los gritos de los guerreros de la columna encabezada por los portugueses, los guerreros de Mbemba, los soyos y los mbatas.

Con un aullido feroz, enarbolando las lanzas, los escudos, los arcos y las flechas, las hachas y los garrotes, avanzaron hacia Mpangala. Una enorme marea humana se extendió por la llanura. Al pasar junto a los cañones, los soldados portugueses se unieron a los nativos, con sus armas y banderas, más aullando que vociferando, mientras se lanzaban al asalto de la ciudad.

Rodrigues soltó una tercera andanada, y un trozo enorme de la empalizada norte voló por los aires.

—¡Mátalo! —chilló la Mbanda Vunda, furiosa—. ¡Mátalo ahora mismo! —Corrió hacia el NgangaKongo que continuaba tirando del brazo de Gil—. ¿No lo ves, Lukeni a Wene? Él llama al rayo y al trueno.

Gil al ver a un guerrero que se acercaba con la lanza en ristre, la terrible hoja resplandeciente al sol, dispuesto a cumplir la orden de su reina, exclamó:

—Mantenlo apartado de mí. —Gil tiró para librarse de la mano del NgangaKongo, y las afiladas uñas del hechicero le cortaron la carne como las garras de una bestia feroz—. No soy yo quien llama al rayo y al trueno, Mbanda Vunda, pero soy yo quien puede detenerlos.

—Pues, hazlo.

Gil se dejó caer de rodillas. «*Pater noster, qui es in caelis...*».

No era más que un farol, pero no cesaba de rezar para que los cañones dejaran de disparar ahora que los soldados portugueses y sus aliados cargaban contra la ciudad. En el tiempo que necesitaban los artilleros para cargar los cañones, las tropas avanzaron hasta el pie de la empalizada, así que Rodrigues no podía correr el riesgo de herir a los suyos. Por lo tanto, se vería obligado a suspender el bombardeo, como lo hizo cuando los soyos se enfrentaron a la flota de Mpanzu en el Zaire, como lo detuvo cuando los guerreros de Mbemba desembarcaron en Mpinda.

«... *santificetur nomen tuum...*»

Gil apartó la mirada del «libro». El ejército atacante se encontraba a pocos centenares de pies de Mpangala y los cañones seguían allí. Ahora ya no volverían a disparar con los soldados y los guerreros tan cerca.

—Ya lo ves, Mbanda Vunda. Ya lo ves, NgangaKongo. Acabó de detener al rayo y al trueno. Mi Dios me oyó y ya no envía al rayo y al trueno.

La Mbanda Vunda y el NgangaKongo miraban Mpangala, boquiabiertos. Gil no sabía si se habían creído su afirmación o si les importaba. Porque ahora era una cuestión secundaria a la vista de lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Los guerreros de Mpanzu escapaban de la carnicería que dejaba a su paso la columna mandada por los portugueses y de la posibilidad de nuevos bombardeos. Huían de la rota empalizada norte para retirarse por las calles y las plazas de la ciudad en dirección a la puerta sur, con la intención de cruzar el Lelunda.

El ejército atacante compuesto de guerreros, soldados y marineros entró en Mpangala y se lanzó por las brechas abiertas de la empalizada norte, aullando y esgrimiendo sus armas pero sin encontrar resistencia. Los cañones

y los carros de abastecimiento dirigidos por Rodrigues, que corría al costado de las piezas de artillería, los siguieron. Después apareció Días vestido con una armadura completa, y detrás el padre De Sousa, junto a los marineros que cargaban la gran cruz de madera.

Los habitantes que no habían conseguido huir se apartaban de la horda conquistadora. Cuando el padre De Sousa apareció entre ellos vestido con la sotana negra y el sombrero de teja, se adelantaron con una mórbida curiosidad, intuyendo que éste era el sacerdote de la terrible magia que los había derrotado. De Sousa hizo la señal de la cruz con una sonrisa triunfal, y para asombro y asco de Gil, se prosternaron a su paso.

XII

Se reunieron con el ManiKongo. Día tras día, a su regreso a Mbanza Kongo, el NgangaKongo, la Mbanda Vunda y varios nobles de la corte se reunieron con el rey ciego, debatiendo planes de acción y estrategias que se debían seguir, ofreciendo invocaciones a los dioses, lamentándose de su suerte y preparándose para el enfrentamiento final con los hombres blancos.

No incluyeron a Gil en las reuniones, pero tampoco lo volvieron a encerrar en la choza. Creían que había acallado las armas en Mpangala y le trataban con cierto respeto. Le dieron habitaciones decentes en palacio y tenía otra vez a Nimi a su servicio; aunque siempre vigilado por los guardias — después de todo, en cualquier momento podían necesitarle para obrar de nuevo su magia y no era cuestión de darle la oportunidad de escapar—, disponía de una considerable libertad de movimientos dentro del recinto real, algo que aprovechó para enterarse de las noticias y escuchar los rumores de la guerra.

Ocho días después de la conquista de Mpangala, los portugueses cruzaron el Lelunda y comenzaron el ascenso a las montañas en dirección a Mbanza Kongo. Se trataba de una empresa ardua y peligrosa. Tuvieron que construir canoas y balsas para transportar a los hombres y a los cañones por el Lelunda, diseñar arneses y poleas para arrastrar las cureñas y las carretas por la empinada y sinuosa carretera, siempre sometidos a los constantes ataques de los restos del ejército de Mpanzu que merodeaban por los alrededores. Los ataques nunca llegaron a amenazar con una detención efectiva del implacable avance de la columna, pero de todos modos representaron un coste en vidas humanas y pérdida de tiempo. En Mbanza Kongo calculaban que debido a esas dificultades los portugueses tardarían en llegar a la meseta la próxima luna llena.

Y ahora la luna volvía a estar llena.

Gil oyó el bombardeo como el trueno lejano en un sueño. Pero sabía que, en esta estación, no podía haber truenos, y que no estaba soñando. Yacía despierto en el camastro de su cuarto en el palacio del ManiKongo. Abandonó

el lecho y corrió a la galería principal. Despuntaba el alba, y el aire conservaba el frío de la noche:

Los jardines del palacio estaban ocupados por guerreros que se movían de acá para allá bajo las poincianas regias y las buganvillas, entre el estrépito de los tambores, las trompetas y los batintines de los fetichistas. Mpanzu, con un tocado de guerra con plumas y cuernos, y armado con un escudo oval decorado con el sol amarillo que era la insignia de la casa real, y una lanza tan alta como él, se encontraba en el centro del tumulto, gritando órdenes a los capitanes de sus guerreros.

Gil no le veía desde el día que se libró la batalla de Mpinda, y se llevó una sorpresa. Había sufrido una grotesca herida quizás en la batalla de las riberas del Zaire, o en algún combate posterior durante la retirada desde la costa atravesando la selva y las llanuras. Le faltaba la oreja derecha, y ese lado de la cara lo tenía convertido en una masa de carne rojiza debido a una horrible quemadura. Quizá se la había producido en los incendios ocasionados por los bombardeos, o se la habían quemado para cauterizar la herida que se había llevado la oreja pero, en cualquier caso, la mutilación le deformaba el rostro y le tiraba de un costado de la boca dejando al descubierto las encías desdentadas. Parecía completamente agotado, a duras penas conseguía mantener abiertos los gruesos párpados. Vio aparecer a Gil en la galería del palacio y fue a su encuentro. Un guerrero le acompañó.

—Me dicen que detuviste al rayo y al trueno en Mpangala, Gil Inis — comentó con su voz suave y menos ronca, que sonó todavía más suave y ronca a causa de la fatiga. Llamó al guerrero con un gesto—. Me dicen que detuviste la magia de los hombres blancos con esto.

Gil no contestó. El guerrero le había entregado a Mpanzu el «libro» del NgangaKongo.

—Es el momento de que los detengas otra vez.

Gil siguió a Mpanzu hasta la puerta de la empalizada interior que cerraba el distrito real y luego hasta lo alto de la torre del vigía en la puerta de la empalizada exterior.

Los barrios extremos de Mbanza Kongo ardían por los cuatro costados. El bombardeo de los cañones portugueses había incendiado viviendas, corrales, tiendas, depósitos y tenderetes. Pero ahora ya no se oía el lejano tronar. Aquella parte de la ciudad había caído y mientras Gil y Mpanzu, enmudecidos por el asombro, miraban desde lo alto de la torre de guardia, las huestes conquistadoras aparecieron por las calles, las callejuelas, los parques y las plazas de los barrios bajos dirigiéndose hacia la orilla opuesta del río Luezi.

Era una fuerza formidable, integrada por decenas de miles, como si todos los guerreros del reino se hubieran sumado a la rebelión contra su rey. Gil no podía creerlo, le resultaba inconcebible. Por supuesto, sabía que el ejército de Mbemba se había unido a los portugueses, y que los miles de soyos y mbatas también habían hecho causa común con ellos. Pero ahora estaba claro que, a lo largo de la marcha por la llanura, los portugueses también habían conseguido el apoyo de millares de nsundis gracias a la terrible magia de sus armas.

Emplazaron los cañones en el muelle, en la margen opuesta del río, y detrás los carromatos con la pólvora y las provisiones. Los arcabuceros, los alabarderos y los ballesteros, los marineros armados con cuchillos y machetes, rodeaban los carromatos, con las banderas desplegadas al viento, y la cruz de madera plantada en el centro. Por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, había miles y miles de guerreros rebeldes, edificios ardiendo y gente que huía. Gil miró a Mpanzu. La fea mueca de su rostro mutilado se había convertido en un rictus amargo y desesperanzado.

A medida que aumentaba la luz, Gil pudo distinguir a Rodrigues, que iba recorriendo la línea de la artillería, machete en mano, para comprobar las cargas y las mechas. Le seguía Días, vestido con la coraza. En cambio, el padre De Sousa permanecía quieto junto a la cruz con la Mbanda Lwa. Parecían conversar animadamente, o eso al menos era lo que daban a entender los numerosos gestos. ¿Qué otras desastrosas desinformaciones estarían compartiendo, al carecer de un idioma común? Prestó más atención a una litera que traían y dejaban junto a la Mbanda Lwa. El hombre tendido se levantó sobre los codos y miró hacia las empalizadas del distrito real más allá del río Luezi, sin que el sacerdote ni la reina se dieran cuenta. Gil lo reconoció en el acto. Era Mbemba, herido pero vivo.

La mirada de Gil buscó a Nimi y a Kimpasi entre cuantos pululaban alrededor de los cañones. Vio a Gonçalves. Así que no le habían dejado al mando de la *Beatriz* (probablemente Paiva se ocupaba de la nave). Se acababa de apearse de uno de los carromatos de provisiones. Quizás estaba a cargo del avituallamiento. Y vio que tenía bajo su responsabilidad algo muy importante. Gonçalves se volvió hacia el carromato, tendió los brazos y cogió a Kimpasi. Después ayudó a bajar a Nimi. Su leal y buen amigo había mantenido la promesa. Había cuidado de Nimi y de Kimpasi a lo largo de toda la campaña. Gil quería llamarlos, pero Mpanzu le sujetó por un hombro.

—Toma, Gil Inis —gruñó—. Toma el fetiche y detén el rayo y el trueno de Dios.

Gil cogió el «libro» del NgangaKongo y lo abrió pausadamente; necesitaba ganar tiempo. Aquí no podía repetir la misma jugada de Mpangala. Rodrigues no tenía necesidad de enviar a los soldados y guerreros a un combate cuerpo a cuerpo con las tropas de Mpanzu. Podía mantenerlos apartados de la línea de fuego en la orilla opuesta del Luezi, y bombardear el recinto real hasta reducirlo a escombros.

—¿Puedes o no detener el rayo y el trueno, Gil Inis? —protestó Mpanzu al ver la renuencia de Gil.

—¿Qué más da, MtuKongo? —respondió Gil—. Incluso si pudiera detener el rayo y el trueno, no podrías derrotar a un ejército tan poderoso como el que ahora tenemos ante nosotros.

—Podría si el rayo y el trueno cayeran sobre ellos.

La afirmación sorprendió a Gil. No se le había ocurrido.

—Llama a tu Dios para que lance el rayo y el trueno contra ellos, y no me podrán derrotar.

—Pero eso no se puede hacer, MtuKongo. No puedes esperar que el Dios de los hombres blancos lance su rayo y el trueno contra su propia gente.

Mpanzu observó a Gil durante un buen rato, con su mueca bestial.

—Así que este fetiche no tiene ningún valor —declaró finalmente—. Es un fetiche inútil.

—Es un falso fetiche, MtuKongo. Sin duda lo sabes desde siempre. Sin duda sabías que el NgangaKongo no podía hacer un verdadero fetiche de un dios al que no adora.

Mpanzu asintió lentamente.

—Sí, lo sabía desde el primer momento. Dámelo. Dame ese falso fetiche.

Gil se lo entregó y Mpanzu lo arrojó con desprecio desde lo alto de la torre a las aguas del Luezi. Flotó durante unos segundos para después hundirse. Ambos miraron cómo se hundía. Luego, Mpanzu echó una ojeada a sus tropas situadas a este lado del río, y a continuación miró a las huestes reunidas por los portugueses al otro lado del río, superiores en una proporción de cien a uno.

—La guerra se acaba, MtuKongo —dijo Gil en voz baja—. Es hora de hacer la paz con los hombres blancos.

—¿Cuáles son los términos de la paz que ofrecen?

Gil no respondió a la pregunta porque desconocía la respuesta.

—Ve con ellos, Gil Inis. Ve con los hombres blancos llegados del cielo, ve con los Porta Guis y pregúntales cuáles son los términos de su paz.

—¿Solo, MtuKongo? ¿Dejarás que vaya solo a reunirme con ellos? ¿No tienes miedo de que me escape?

—No, Gil Inis, no tengo miedo de que te escapes. Creo que tú quieres la paz. ¿Me equivoco?

—No, MtuKongo, no te equivocas. Quiero la paz y no me escaparé.

—Esperaré en el palacio de mi padre. Ven a verme mañana a esta hora para decirme los términos de la paz de los hombres blancos.

La aparición de Gil en el puente causó sensación en el otro lado. Los soldados, los artilleros y los marineros comenzaron a señalarlo al mismo tiempo que anunciaban su presencia con gran algarabía. Días y el padre De Sousa se adelantaron presurosos. Pero Kimpasi echó a correr hacia el puente e incluso antes de que Gil acabara de cruzarlo, se lanzó sobre su padre, que lo cogió en brazos.

—¿Estás muerto, *pai*? Todos dicen que estás muerto.

—Claro que no estoy muerto, Kimpasi. ¿Tengo aspecto de estar muerto?

—Gil se dirigió hacia Nimi con el niño en brazos.

Ella no se movió de donde estaba. Le observó con una expresión de asombro mientras él se acercaba.

—¿Tú también crees que estoy muerto, Nimi?

—Veo que no lo estás, Gil, y me alegro. —Lo abrazó—. Estás vivo, hemos ganado la guerra y yo vuelvo a ser una princesa en mi tierra.

Gonçalves le palmeó en la espalda, efusivamente.

—Es la segunda vez que regresas de entre los muertos, *rapazinho*.

—Gracias, Nuno. Gracias por todo.

Gonçalves se encogió de hombros, apartándose para dejar paso a Días y al padre De Sousa, que querían darle la bienvenida. Pero Gil tenía puesta la mirada en Mbemba, incorporado sobre los codos en la litera junto a la Mbanda Lwa. Dejó a Kimpasi en el suelo y fue a arrodillarse junto a la litera.

—Mbemba.

—Alfonso.

Gil volvió la cabeza. El padre De Sousa le había seguido.

—Ahora se llama Alfonso, señor Eanes —dijo el sacerdote, con una sonrisa relamida—. Alfonso, príncipe de los kongos. Ha aceptado el sacramento del bautismo.

—¿Es verdad, Mbemba?

Mbemba miró a Gil con los ojos desorbitados. Era evidente que tenía dificultades para aguantarse sobre los codos. Gil le pasó un brazo por los hombros. Era liviano como una pluma. Tenía el rostro macilento, las mejillas

hundidas, los ojos metidos en el fondo de las órbitas, y el torso desnudo presentaba por lo menos media docena de heridas. Casi cerradas, eran las heridas de las flechas que le habían alcanzado en el Zaire. Era un milagro que siguiera vivo.

—Soy Gil, Mbemba. ¿No me reconoces?

—Te reconozco, Gil —susurró Mbemba e intentó sonreír—. Ambos hemos sobrevivido a esta guerra innecesaria.

—Sí, ambos hemos sobrevivido a esta guerra innecesaria.

—Tenemos que agradeceréselo a nuestro Dios.

Gil miró al padre De Sousa y a la Mbanda Lwa. El sacerdote sonreía satisfecho, aunque no comprendía ni una palabra.

—Murió, Gil Inis —señaló la Mbanda Lwa—. Lo mataron las flechas de Mpanzu, pero entonces el Dios de los cristianos lo devolvió a la vida.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Me lo dijo el pader De Sooza.

—Sí, me lo suponía. —Miró otra vez a Mbemba—. Así que es verdad, Mbemba. Te has hecho cristiano.

—Sí, es verdad, Gil. Me he hecho cristiano.

Gil vaciló por un momento, ahogado por una tremenda furia.

—¿Por qué, Mbemba? ¿Por qué te has hecho cristiano?

Mbemba pareció intrigado por la pregunta. Su mirada volvió a extraviarse.

—Para traer la escritura a mi pueblo, Gil. Para traer a mi gente esa magia y toda la magia del mundo desconocido en la otra orilla del mar.

Gil, impulsado por la rabia, quería discutir el tema. Pero comprendió que Mbemba no había contestado a la pregunta. Sencillamente era una respuesta automática al recordar algo encerrado en su memoria. No estaba en sus cabales; probablemente nunca lo había estado desde que fue herido por las flechas. Debilitado y apenas consciente, había sido un monigote en manos del padre De Sousa y la Mbanda Lwa.

—Recuéstate, Mbemba. Descansa. —Gil ayudó a Mbemba a tenderse en la litera—. Esta guerra innecesaria está acabada. Muy pronto iremos a ver a tu padre para hacer la paz.

—¿Qué pasa, mi capitán? —preguntó Rodrigues, abandonando su puesto junto a los cañones—. ¿Comienzo el bombardeo o estos salvajes han decidido rendirse?

—¿Señor Eanes? —preguntó Días con su habitual tono indeciso.

—No hacen falta más bombardeos, mi capitán. Esta gente está dispuesta a hacer la paz. Me enviaron para saber cuáles son las condiciones que les ofrecen.

—¿Condiciones, señor? ¿Qué quiere decir con la palabra condiciones? —protestó Rodrigues—. No hay condiciones, señor. Se rinden o los matamos a todos.

—Controle la lengua, Rodrigues —intervino Gonçalves, quien se apresuró a interponerse entre Gil y el sargento de marina—. Éste no es asunto suyo. Le corresponde decidir al capitán.

—Don Nuno tiene razón, don Tomé —manifestó el padre De Sousa—. Bartolomé Días decidirá en este asunto. Vuelva con sus cañones. Está preparado para disparar, pero roguemos todos a nuestro Señor que no necesitemos hacerlo, que por fin se haya acabado esta matanza.

—No es necesario que rece al Señor para conseguirlo, padre —replicó Gil, con tono desabrido—. Ya se lo dije, esta gente está dispuesta a hacer la paz. Ofrézcales unas condiciones razonables y no habrá necesidad de continuar con la matanza.

La oronda sonrisa del padre De Sousa se heló en sus labios.

—¿A qué llama usted condiciones razonables, señor Eanes?

Gil miró a Días.

—Mi capitán, el rey Juan le envió aquí para establecer una factoría comercial.

—Sí.

—Y a usted, padre, le enviaron aquí para predicar la palabra de Dios y ganar almas para la Iglesia.

El padre De Sousa asintió con una sonrisa.

—Ofrezca estas condiciones, mi capitán. Estoy seguro de que aceptarán la paz en estas condiciones. Estoy seguro de que el ManiKongo, para acabar con la matanza de su pueblo, estará dispuesto a dar su permiso a una factoría comercial y también otra en la costa, en Mpinda. Y también para edificar una iglesia y una misión.

—A mí me parece justo. ¿Usted qué dice, padre De Sousa?

—No, don Bartolomé, a mí no me lo parece. Hay que tener en cuenta una cosa más.

—¿Cuál es, padre? —preguntó Gil.

—A la vista del bautismo de la reina Leonor, a la vista del bautismo del príncipe Alfonso, a la vista de los miles de kongos que han acudido a la llamada de la cruz para pedir ser bautizados en el curso de esta terrible guerra,

creo que debemos incluir como una de nuestras condiciones para la paz el bautismo del ManiKongo. Ahora un rey cristiano debe ocupar el trono del Congo.

Gil comenzó a menear la cabeza, preso de una ira incontrolable.

—No puedo creer que un sacerdote pueda hablar con tanta hipocresía.

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Eanes.

—Sabe perfectamente bien por qué la Mbanda Lwa aceptó el sacramento del bautismo. Sabe perfectamente bien por qué lo aceptó Mbemba. Sabe perfectamente bien por qué toda esa gente, aterrorizada por nuestros cañones, lo ha pedido. No tiene nada que ver con nuestra fe, padre. No saben nada de nuestra fe. Decir lo contrario es una hipocresía.

—Eso es algo que no le corresponde a usted juzgar, señor Eanes. Yo soy el sacerdote. Soy el oído de Dios. Y yo le digo que el bautismo del ManiKongo es una parte irrenunciable de las condiciones que le ofrecemos para hacer la paz.

—Nunca lo aceptará.

—Que él nos lo diga, señor Eanes. Vaya y presénteles nuestras condiciones y que él nos diga que está dispuesto a ver morir a su gente antes de aceptarlas.

* * *

El ManiKongo estaba muerto.

La Mbanda Vunda lo había matado, y su cuerpo, cubierto con una tela roja bordada con un único sol amarillo, yacía en un túmulo al pie del trono. Mpanzu, su hijo mayor y heredero, estaba sentado en el trono debajo de un soleo de hojas de palma. La Mbanda Vunda, al asesinar al monarca, había convertido a su hijo en el rey de los kongos, asumiendo la terrible responsabilidad de considerarlo más capacitado para gobernar al reino en estos tiempos de calamidades que su anciano marido. Con un magnífico tocado de plumas de garza, envuelta en el kanga rojo y amarillo de la casa real, resplandeciente con las joyas de plata y marfil, perlas y piedras preciosas, permanecía erguida a la derecha de Mpanzu, con una mano sujetándole firmemente por el hombro. Lukeni a Wene, el enano jorobado, sumo sacerdote del reino, estaba a su izquierda, con el cuerpo cubierto de ceniza. Los nobles que continuaban leales a la corona, aparecían formados a lo largo de las paredes de la larga y angosta sala de audiencias, adornados con cuernos, plumas y vestidos de túnicas de terciopelo.

Gil se encontraba entre ellos. Las sombras proyectadas por los fuegos que ardían en las grandes tinajas de barro a cada lado del trono, le ocultaban casi completamente, y, por el momento, nadie se acordaba de su presencia. Todas las miradas estaban puestas en la entrada de la sala, esperando la aparición de los portugueses que venían para hacer la paz. Los toques de las trompetas desde cada torre de guardia a medida que pasaban las diferentes puertas anunciaban su marcha a través de las empalizadas.

Una vez más, Gil contempló el cadáver. Aunque el asesinato se había cometido hacía varios días, ni una sola marca de putrefacción mancillaba el rostro. El viejo, gordo, feo y ciego rostro parecía sumido en un profundo y preocupado sueño. Gil se alegró de que estuviera muerto. Se alegró de que el ManiKongo hubiera escapado de la cruel elección presentada por los portugueses. Pero no estaba tan seguro como la Mbanda Vunda parecía aparentar de que Mpanzu, como rey, fuera más capaz que su padre de salvar al Congo de los portugueses. Mpanzu permanecía sentado muy tieso, con la cuadrada corona de rafia en la cabeza, una corta falda roja bordada con los soles amarillos, y el cetro real hecho de marfil con incrustaciones de plata y esmeraldas sobre los muslos. A la media luz de los fuegos, la ferocidad de la mueca producida por las mutilaciones aumentaba la impresión de que era más joven y fuerte, más dueño de la situación, un enemigo peligroso. Pero, ¿cómo podía esperar decidir algo diferente a lo que hubiera decidido su padre cuando los cañones de los portugueses estaban emplazados y listos para convertir en una ruina este último reducto de su reino?

Se oyó el tremendo estrépito de las trompas en las torres de guardia de la última empalizada, y los tambores comenzaron a tocar con un ritmo lento, monótono y fúnebre. Gil miró hacia la entrada. Los guerreros de la galería habían apartado la cortina. Por un momento, nadie apareció por la puerta. Luego, dos soldados portugueses hicieron su entrada, con un aspecto sobrecogedor vestidos con la armadura: cascos con visera, cotas de malla, hombreras acorazadas, con la barba hirsuta y los arcabuces. Los siguieron otros dos y, a continuación, el capitán, con un aspecto para aquella gente todavía más extraño, vestía la armadura completa, adornada en el cuello y los puños con cintas y encajes, el yelmo en una mano como una segunda cabeza, y con la otra apoyada en el pomo enjovado de una espada de ceremonias.

Otros dos soldados armados con arcabuces escoltaban a Días, y luego el padre De Sousa, vestido de negro de pies a cabeza. Lucía un resplandeciente crucifijo al pecho, y el breviario en las manos. Detrás venían dos marineros cargados con el cofre donde el sacerdote guardaba los objetos de culto. Por

último, entraron cuatro guerreros kongos, vestidos con kangas color verde claro y ribetes rojos que transportaban a Mbemba en su litera. La Mbanda Lwa caminaba a su lado, vestida de gala con las mismas plumas y joyas que la Mbanda Vunda.

Entraron en la sala de audiencias lentamente, siguiendo sin darse cuenta el ritmo mesurado de los tambores. Cuando llegaron a la mitad del pasillo, Gil se apartó de la pared para salirles al paso. La comitiva se detuvo.

—Señor Eanes —dijo el padre De Sousa, acercándose a Días.

La Mbanda Lwa también se acercó, y a una señal suya, los cuatro guerreros se adelantaron para dejar la litera de Mbemba a su lado. Los ocho soldados rodearon al grupo, con los pulgares puestos en los martillos de los arcabuces, mientras vigilaban a los nobles kongos.

—Tendrá la bondad de actuar como nuestro intermediario, señor Eanes, y hacer las presentaciones de acuerdo con el protocolo de esta corte.

Gil se volvió hacia el trono, pero antes de que pudiera decir nada, se produjo una súbita conmoción. Se volvió una vez más.

Se trataba de Mbemba. Luchaba por salir de la litera. Sufría de una debilidad extrema y su madre intentaba detenerlo, pero él la apartó impaciente, y con la ayuda de dos de los portadores, con los brazos sobre sus hombros, avanzó tambaleándose hacia el cadáver del padre. Sabía que estaba muerto. Todos lo sabían. Gil se lo había comunicado, explicándoles que la Mbanda Vunda lo había asesinado y la razón del regicidio. Sin embargo, era obvio que Mbemba no había acabado de creérselo hasta que no vio el cadáver.

Subió al estrado del trono, apartando a sus ayudantes, y se desplomó de rodillas ante el cadáver. Contempló el viejo rostro, preocupado en la muerte, y después agachó lentamente la cabeza hasta apoyar su rostro contra el del padre, mejilla contra mejilla. Luego extendió los brazos y se quedó tendido sobre el cadáver. Todas las miradas estaban fijas en el joven. Nadie se movió, y en aquel sofocante silencio, Gil oyó sus sollozos. Entonces, la Mbanda Lwa se adelantó para sujetarlo por los hombros y apartarlo del difunto. Mbemba se sentó sobre los talones y miró al trono, miró la mueca feroz de su hermanastro sentado allí.

—Lo siento, Mpanzu —dijo con un susurro ahogado—. Siento que haya ocurrido esto.

—¿Sientes la muerte de nuestro padre?

—Sí, siento la muerte de nuestro padre.

—Creo que lo sientes, Mbemba. Tú eras su hijo bienamado. —La voz de Mpanzu se convirtió en un gruñido—. Y le partiste el corazón. Te marchaste con los hombres blancos contra sus deseos y les entregaste tu alma.

La expresión de Mbemba, con los ojos empañados en lágrimas, no permitía adivinar si en el estado en que se encontraba había comprendido la condena de Mpanzu. En cualquier caso, no la discutió. Una vez más el silencio reinó en la sala hasta que habló el padre De Sousa.

—¿Podemos continuar, señor Eanes? ¿Nos presentará al rey kongo en nombre del rey de Portugal?

—No son necesarias las presentaciones, padre. El rey kongo sabe quiénes son ustedes. Sabe muy bien quiénes son ustedes.

El padre De Sousa sonrió al escuchar la respuesta.

—Y supongo que también sabe por qué estamos aquí.

—Lo sabe.

—Entonces, ¿podemos prescindir del protocolo utilizado en una corte real en estas circunstancias? Muy bien. Pregúntele sin rodeos cuál es su respuesta a las condiciones de paz que le hemos ofrecido.

—Los portugueses esperan tu respuesta a las condiciones ofrecidas para hacer la paz, ManiKongo. ¿Les darás tu respuesta ahora?

En el rostro mutilado de Mpanzu apareció lo que podía interpretarse como una sonrisa al escuchar a Gil darle su nuevo título real.

—Sí, les daré mi respuesta ahora.

—Acepta las condiciones, Mpanzu —le dijo Mbemba en voz baja mirando con ojos extraviados a su hermanastro, y sin apartarse del cadáver.

Lo mismo que la Mbanda Vunda, que tenía una mano puesta sobre el hombro de su hijo, la Mbanda Lwa, de pie detrás de Mbemba, apoyó una mano sobre el hombro del suyo.

—Acepta las condiciones, Mpanzu —suplicó Mbemba—, y acaba con esta guerra innecesaria.

—Pondré fin a esta guerra innecesaria, Mbemba —replicó Mpanzu—, pero no aceptaré sus condiciones. —Se volvió hacia Gil—. Díselo, Gil Inis. Diles que no me haré cristiano. Diles que el ManiKongo no les entregará su alma.

—Pero, Mpanzu, si piensas así continuará la guerra —afirmó Mbemba.

—No, Mbemba, la guerra no continuará. Acabaré la guerra, pero conservaré mi alma.

—No te entiendo.

—¿No? Tu madre sí que me entiende. Lo entiendes, ¿no es así, Mbanda Lwa?

—Te entiendo.

—Tú serás el ManiKongo, Mbemba —manifestó Mpanzu, su voz convertida otra vez en un áspero gruñido—. Tú has dado tu alma a los hombres blancos, así que puedes ser su rey. Puedes ser su rey cristiano.

—Señor Eanes, ¿tendría la bondad de comunicarnos lo que dicen? —intervino el padre De Sousa, quejicoso.

Gil no le hizo caso, completamente atónito por lo que estaba sucediendo.

Mpanzu se puso de pie y su madre apartó la mano de su hombro para alejarse del trono. Resultaba obvio que esto había sido convenido de antemano. Nadie se sorprendió. No hubo ninguna reacción entre los nobles. Observaban lo que ocurría con un silencio sumiso. Incluso el NgangaKongo evitó cualquier protesta. Quizás había alguna trampa en todo esto que Gil no conseguía adivinar.

—Ven, Mbemba —dijo Mpanzu, y, con el cetro en una mano, tendió la otra a su hermano arrodillado—. Ven, siéntate en el trono de nuestro padre y conviértete en rey para los portugueses.

Mbemba meneó la cabeza, confuso.

—Vamos, Mbemba. Siéntate en el trono, hijo mío —le rogó la Mbanda Lwa, exultante, al tiempo que le cogía por las axilas e intentaba levantarlo—. Ayúdenle a levantarse. Ayúdenle a ocupar el trono.

Los dos guerreros que habían ayudado a Mbemba a llegar hasta el cadáver de su padre, le ayudaron ahora a ponerse de pie. Mpanzu le cogió de la mano y lo guió hasta el trono. Gil miró a su alrededor, dominado por una repentina inquietud. ¿Iban a matar a Mbemba? ¿Ésta era la trampa? ¿Lo matarían en cuanto se convirtiera en ManiKongo?

—Siéntate, Mbemba. Siéntate en el lugar de nuestro padre.

Mbemba, incapaz de mantenerse en pie, se dejó caer en el trono. Su confusión era patética. Miró a su alrededor con los ojos velados.

—Ten, ManiKongo. —Mpanzu le entregó el cetro real—. Ten, mi señor. —Se quitó la corona de rafia de la cabeza y la puso en la de Mbemba.

El padre De Sousa no abrió la boca. No preguntó qué estaba pasando. Él, Días y los soldados portugueses podían ver con sus propios ojos lo que estaba sucediendo, y les dominaba el mismo asombro que a Gil. Después de darle el cetro, después de colocarle la corona en la cabeza, Mpanzu se quitó la piel de león y la piel de leopardo de los hombros y envolvió con ellas los hombros de Mbemba. El joven se echó hacia atrás, con los ojos inquisitivos clavados en

Mpanzu. Sus ojos parecieron aclararse. Quizás en este instante acababa de comprender lo que ocurría. La Mbanda Lwa se acercó a él por el lado derecho, donde había estado antes la Mbanda Vunda, y apoyó la mano sobre el hombro de Mbemba, como la Mbanda Vunda había apoyado la suya en el hombro de Mpanzu.

—Ahora tú eres el ManiKongo, Mbemba a Nzinga —proclamó Mpanzu—. Ahora tú eres el rey de los kongos, el rey cristiano de los Porta Guis, y esta guerra innecesaria se ha acabado.

—No quería esto, Mpanzu —replicó Mbemba—. Nunca lo quise.

—Quizá no sea esto lo que tú quieres, Mbemba, pero es lo que quieren los Porta Guis.

—Y es lo que tu madre quiere —señaló la Mbanda Vunda—. Es lo que ha planeado durante toda su vida. Por eso empezó esta guerra inútil e innecesaria. Es el triunfo de sus ambiciones.

—Vete, señora —dijo la Mbanda Lwa—. Nada tienes que hacer aquí.

—No —contestó la Mbanda Vunda—. Mi lugar ya no está junto al trono de este reino. —Bajó del estrado y fue a mezclarse con los nobles de la corte.

Mpanzu hizo lo mismo. El NgangaKongo se demoró un rato más.

—¿Lukeni a Wene? —Mbemba miró al hechicero.

—Escúchame, Mbemba a Nzinga —manifestó el enano jorobado con su voz aguda y penetrante—, escucha lo que te anuncio. Tú serás el último rey de los kongos. Durante tu reinado tu reino será destruido. Los hombres blancos que te han hecho rey con la magia del rayo y el trueno de su Dios, destruirán el reino primero robándole el alma y después robándole el cuerpo.

Dicho esto, también él bajó del estrado, pero no fue a reunirse con los demás junto a las paredes de la sala. Caminó por la larga y angosta sala hacia la puerta. Se detuvo al llegar donde estaban Días y el padre De Sousa para dirigirles una mirada de odio, pero sin decir palabra, y luego continuó su camino hasta salir a la galería y desaparecer de la vista de todos los allí presentes.

—*Alleluia, alleluia. Te Deum laudamus* —exclamó el padre De Sousa—. Te alabamos, Oh Dios, por responder a nuestras plegarias. Un rey cristiano se sienta en el trono de los kongos. La matanza ha acabado y nuestro Señor Jesucristo reina en esta tierra hasta ahora pagana.

Se apresuró a ir hacia el estrado para detenerse ante Mbemba.

—Rey Alfonso —gritó con acento triunfal—, primer rey cristiano de los kongos. *Dei gratia. Deo gratias.*

Se quitó el crucifijo del cuello y se lo colocó en el de Mbemba, para después volverse y mirar a los nobles.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —entonó haciendo la señal de la cruz a izquierda y derecha, impartiendo la bendición a todos los presentes.

Y mientras lo hacía se produjo una alteración. Gil miró rápidamente a su alrededor, convencido de que si había una trampa, éste era el momento de llevarla a la práctica. Pero no la descubrió por ninguna parte. Todo lo que vio fue a los nobles de la corte del ManiKongo abandonar la sala uno a uno detrás de Mpanzu y la Mbanda Vunda. Miró a Mbemba.

Mbemba hacía lo imposible por levantarse del trono. El padre De Sousa y la Mbanda Lwa, seguros de que se disponía a dar un pronunciamiento como nuevo rey, le ayudaron. Pero, para consternación de todos, Mbemba los apartó para dejarse caer de rodillas una vez más junto al cadáver de su padre, y abrazarlo, sollozando.

TERCERA PARTE

1502

I

Te rogamos, oh Dios, que te dignes en un todo bendecir esta ofrenda, admitirla, ratificarla y aceptarla, a fin de que se convierta para nosotros en el Cuerpo y en la Sangre de tu amadísimo Hijo, Jesucristo, Señor Nuestro.

Rui De Sousa, consagrado obispo de los kongos ocho años atrás por el papa Alejandro VI en reconocimiento de la notable evangelización del reino africano, había escogido celebrar personalmente la Santa Misa en este primer domingo después de la Epifanía de 1502. Revestido con los ornamentos pontificales y la casulla de color verde, con el diácono a su lado, y dos sacerdotes asistentes que sostenían la mitra y el báculo, envuelto en el humo dulzón del incensario de plata, se arrodilló delante del altar de piedra cubierto con telas de lino, cogió la hostia de la patena de plata y, ofreciéndola con las dos manos a la imagen de tamaño real del Cristo crucificado colgada en el retablo del altar mayor, pronunció las palabras de la consagración.

«El cual, la víspera de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos y elevando sus ojos al cielo, a Ti, Dios, Padre suyo Todopoderoso, dio gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: tomad y comed todos de él.»

La catedral guardaba un reverente silencio, los fieles se esforzaban para ver el misterio que tenía lugar en el altar. El rey Alfonso y la reina Inés permanecían arrodillados en sus reclinatorios en el presbiterio. Gil permanecía de rodillas en la primera hilera de bancos en el lado del evangelio con la princesa Beatriz, la reina madre Leonor y varios miembros de la corte real. En los bancos del lado de la epístola estaban los miembros de la colonia portuguesa: tenderos, artesanos, comerciantes, soldados y el sargento de marina Tomé Rodrigues. En la nave, los bancos estaban a rebosar, casi doscientos negros presenciaban la misa, absolutamente fascinados.

«Tomando asimismo el precioso cáliz, se lo entregó, y en sus santas y venerables manos, te dio igualmente gracias, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y bebed todos de él porque éste es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno testamento —misterio de fe, que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados”.»

El obispo De Sousa levantó el cáliz de oro y plata, con una mano puesta en el pie y la otra en la copa y lo sostuvo por encima de la cabeza durante un instante que pareció una eternidad, temblando ligeramente en el silencio absoluto de la impresionada reunión de fieles. Luego, habló otra vez.

—Proclamemos el misterio de la fe.

Se rompió el silencio cuando en la catedral resonaron con los cánticos: «Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado, Cristo volverá de nuevo».

La catedral estaba dedicada al Salvador y la capital del reino llevaba ahora su nombre, São Salvador. Era un edificio imponente, para lo que había sido la vieja Mbanza Kongo, construido con bloques de granito, y campanarios a ambos lados del decorado pórtico. Un techo de tejas cubría la nave con columnas, las ventanas con vitrales iluminaban el crucero, y pinturas con las catorce estaciones del viacrucis hechas con pan de oro. Había sido edificada en el tercer año del reinado de Alfonso —como la sede adecuada para el vicario apostólico de lo que era entonces y, por los trescientos años siguientes, la única sede africana— por constructores enviados desde Lisboa por Juan II.

El monarca portugués había recibido las sorprendentes noticias de la conversión y coronación de Mbemba, transmitidas por un triunfante Bartolomé Días en el invierno europeo de 1493, con inmenso entusiasmo y, rápidamente, envió numerosas expediciones para desarrollar el comercio y propagar la fe en el primer reino negro de la cristiandad. Durante los años siguientes, pasada la estación de las lluvias, sus carabelas y sus galeones navegaban río arriba por el estuario del Zaire, cargados con los productos de manufactura europea para intercambiarlos por marfil, maderas, cueros y pieles, pimientos y aceite de palma de las selvas del Congo, y con hombres destinados a reforzar la pequeña colonia portuguesa que Días había dejado a cargo de Rodrigues y el padre De Sousa.

Construyeron la catedral de São Salvador, y a su alrededor se levantó el barrio portugués de tiendas, tabernas, cuarteles y conventos. Tiraron abajo las empalizadas que rodeaban el recinto real y construyeron en su lugar un parapeto de piedra, con cañones y morteros. En los cada vez más numerosos conventos de franciscanos se impartía el bautismo en masa, y los frailes comenzaron sus trabajos en la creación de un idioma kongo escrito. Se abrieron escuelas para los hijos de los nobles de la corte del ManiKongo, algunos de los cuales, incluido el hijo de Gil, fueron enviados a Lisboa para continuar su educación en el colegio de Santo Eloi. Se dobló la población de São Salvador a medida que la gente de todo el reino acudía a este próspero

centro de comercio y de saber. También Mpinda se transformó durante estos años de entusiasmo del rey Juan en un floreciente puerto de mar —la puerta de salida a Europa y a un mundo más grande— con la construcción de muelles para las naves de ultramar, tinglados para las cargas transportadas y una fortaleza en la ribera para proteger el tráfico marítimo de los ataques de piratas y corsarios. Ahora se llamaba Santo Antonio do Zaire, lo mismo que la iglesia levantada para honrar al santo portugués.

Pero poco a poco se fue apagando el entusiasmo de don Juan y se estancó el desarrollo de esta relación sin precedentes entre un reino africano y otro europeo. El motivo: el descubrimiento de la anhelada ruta a las Indias. Después del fracaso de Días, que dobló el cabo de Buena Esperanza en 1487, Vasco de Gama completó la proeza en 1497, y el comercio de sedas y especias, que floreció acto seguido, resultó mucho más rentable para el rey portugués que el comercio con el Congo. En consecuencia, fueron cada vez menos las naves que atracaban en los muelles de Santo Antonio y la actividad comercial decayó rápidamente. La decadencia del comercio significó, evidentemente, la reducción de la colonia portuguesa. Al haber menos soldados, menos artesanos y sacerdotes, se construían menos iglesias, languidecieron los bautizos, las escuelas se descuidaron, la palabra de Dios no se extendía mucho más allá de São Salvador (e incluso allí los convertidos perdían la fe) y el trabajo de crear un lenguaje escrito se dejó inconcluso.

Para Alfonso, esto fue un amargo desengaño. Después de cometer la atrocidad de rebelarse contra su padre y de usurpar el trono a su hermano, esperaba considerables beneficios y milagros que le permitieran expiar su culpa, y no lo que tenía ahora. Incluso así, no tenía ningún motivo de queja, porque si no se habían producido milagros, también es cierto que el destino anunciado por el NgangaKongo si daba la bienvenida a los hombres blancos, no se había concretado. El viejo hechicero había muerto en circunstancias un tanto sospechosas y la terrible profecía quedó sumida en el olvido. A Mpanzu y a la Mbanda Vunda los enviaron al exilio más allá de las fronteras del reino y sólo de cuando en cuando llegaba algún rumor sobre sus actividades. Todas las gentes de los dos reinos, el negro y el blanco, vivían juntas en una tranquila armonía de respeto y mutuo beneficio.

—Éste es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Dichosos los llamados a su cena.

La princesa Beatriz le dio un codazo a Gil.

Gil, arrancado bruscamente de su ensimismamiento, se unió a la respuesta.

—Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, mas di una sola palabra y mi alma quedará sana.

El obispo De Sousa partió la hostia, empapó un trozo en el cáliz, puso el resto en la lengua y bebió el vino. Luego se adelantó hasta el comulgatorio con el diácono y los sacerdotes auxiliares. Alfonso e Inés se pusieron de pie y fueron hacia él para recibir la sagrada Eucaristía. Ambos vestían al estilo de la realeza portuguesa. Alfonso llevaba una corona de oro de cinco puntas (un regalo de Juan), un tabardo rojo con el sol amarillo de la casa del ManiKongo y una espada de ceremonias del mejor acero toledano (otro regalo de su hermano el rey). Inés llevaba una diadema de plata, un vestido de seda rosa claro cuyas amplias faldas arrastraba por el suelo, y velos de encaje. Después de recibir la hostia, volvieron a arrodillarse en sus reclinatorios delante del trono. Los sacerdotes auxiliares se acercaron a la nave y la reina Leonor se levantó. Beatriz volvió a darle un codazo a Gil.

—Ve tú, Nimi —dijo Gil, meneando la cabeza—. No me he confesado.

La muchacha hizo una mueca y siguió a su madre hasta el obispo De Sousa. Ambas vestían vestidos de seda y velos de encaje. Los demás miembros de la corte de Alfonso, también vestidos a la europea y ahora poseedores de títulos como duques y condes, las escoltaron. Después, Tomé Rodrigues, con cota de malla y hombreras metálicas, un parche negro en un ojo y la barba canosa, encabezó la marcha de los miembros de la colonia portuguesa. La mayoría de las personas que esperaban en la nave para recibir la comunión llevaba la vestimenta habitual de los kongos, pero algunos habían añadido alguna prenda del vestuario portugués, un chaleco de cuero, un par de pantalones de sarga, camisas de lino, capas con capucha, e incluso botas. Éstos eran en su mayoría comerciantes que habían prosperado comerciando con los portugueses, sirvientes que trabajaban en el barrio portugués, o leales súbditos de Alfonso que demostraban su lealtad imitando su apego europeo.

—El cuerpo de nuestro señor Jesucristo...

—Amén.

—El cuerpo de Cristo.

—Amén.

Gil continuó arrodillado con la frente apoyada en las manos entrelazadas. No rezaba. Casi nunca rezaba, casi nunca iba a confesarse, casi nunca iba a comulgar. No se debía tanto a que hubiera perdido la fe, sino a que despreciaba a Rui de Sousa, y por haber tenido que quedarse en el Congo con él y Rodrigues después de que Bartolomé Días se marchara contra su

voluntad. Disgustado con la hipocresía y la fuerza de las armas con que el sacerdote y el sargento de marina habían conseguido la victoria de la cristiandad en el reino, Gil quiso regresar a Portugal a bordo de la *Beatriz*. Gracias a los buenos oficios de Nuno Gonçalves consiguió convencer a Días de que lo aceptara como tripulante de la nave con la condición de que su salario sería el pago de los pasajes de Nimi y Kimpasi. El sacerdote y el sargento no pusieron ningún reparo porque le consideraban una persona problemática.

Fue Alfonso quien puso ciertos reparos. Todavía muy debilitado por las heridas recibidas en la guerra contra Mpanzu, todavía patéticamente confuso por el inesperado y no pretendido resultado, rogó a Gil que se quedara, le prohibió que se marchara, y discutió con él hasta el agotamiento durante las turbulentas semanas posteriores a su coronación, antes de que zarpara la *Beatriz*, porque decía que necesitaba a su lado a su amigo portugués como consejero y confidente en el extraño e incierto futuro que se abría ante él. Pero a pesar de sentirse conmovido, a pesar de sentir piedad y compasión por el rey renuente —por supuesto que el futuro de Alfonso era extraño e incierto— Gil hubiera resistido las súplicas, las amenazas y las razones, y se hubiera marchado a Lisboa de no haber sido por Nimi. Ella, la princesa Beatriz, también le estuvo rogando que se quedara.

Lo había visto venir, desde luego. Lo había visto venir desde el día del bautizo. Su madre le había hecho una promesa y la había cumplido. Aquellos que la habían expulsado del reino eran ahora los expulsados, y como hermana del nuevo rey e hija de la reina madre, era una vez más una princesa del más alto rango entre su gente. ¿Qué razones podía tener para huir a Portugal? ¿Qué más podía esperar en la tierra en la otra orilla del mar? Gil no tenía la respuesta correcta. No la había —¿qué podía esperar en Portugal una mujer negra con un niño mestizo, hijo de un vulgar marinero?—, así que no le respondió y siguió adelante con los preparativos para la marcha. Entonces, en el último minuto, la misma mañana en que iban a comenzar el viaje hacia la costa —la caravana ya estaba formada en los jardines delante del palacio del ManiKongo— Nimi le anunció que ni ella ni su hijo le acompañarían.

Esta reacción no le sorprendió. También lo había visto venir. Había confiado en que no sería así, pero sabía muy bien que los sentimientos de la joven hacia él habían nacido de la necesidad —la necesidad de que él la ayudara a escapar— y que no eran profundos. Habían estado muy poco tiempo juntos, apenas si habían llegado a conocerse un poco mejor durante los meses de guerra y separación, y ella no había tenido ocasión de desarrollar

unos sentimientos más profundos, que estuvieran más allá de la simple necesidad. Y ahora que no le necesitaba, podía dejarle marchar sin pena ni gloria.

Pero él la necesitaba. A ella y al niño. Se había hecho adulto en su tierra y ellos eran su única familia.

Gil miraba y miraba a los hombres encargados de formar la caravana en los jardines del ManiKongo. Llegarían a Mpinda en menos de un mes, y se embarcarían en la *Beatriz*. Y al cabo de cuatro meses, la *Beatriz* cruzaría la ensenada del Tajo y fondearía en Lisboa. ¿Y después qué? ¿Qué sería de él después, de él, un pobre marinero en tierra dado por muerto y olvidado, que volvía al hogar después de tantos años? Quizás al principio sería una novedad. Quizá le presentaran en la corte de Juan II y le agasajaran por su papel en la evangelización del reino pagano. Pero, ¿y después? Lo máximo que podía esperar era volver al barco, a ser un marino más. Dada su experiencia en el Congo quizá tuviera la suerte de que algún armador decidiera darle la plaza de piloto en uno de los navíos mercantes en la ruta africana. Y entonces, ¿quién sería su familia?

—No serás príncipe en la tierra de la otra orilla del mar —le aseguró Nimi aquella mañana—. En cambio, aquí sí. Aquí serás el hombre blanco más próximo al trono.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa porque seré tu esposa. El pader De Souza quiere que sea tu esposa. Y entonces seré la esposa del hombre blanco más próximo al trono.

Nimi volvió al banco del coro y se arrodilló junto a Gil, con los ojos cerrados, ensalivando delicadamente la hostia. Aunque había aumentado de cintura y los pechos eran más voluminosos, continuaba siendo una mujer muy hermosa, con los altos pómulos bien modelados, los ojos rasgados y la tez color miel oscura. El nuevo orden en el reino le sentaba bien. Después de tantos años de vivir aislada y despreciada por haber dado a luz al niño medio blanco del malvado príncipe blanco venido del cielo, se sentía agradecida con su posición de privilegio en la corte de su hermano, disfrutando descarada y ostentadamente de su situación. Había adoptado con fervor las modas europeas, practicaba su cristianismo con ardiente aparatosidad, e insistía en que la llamaran por su nombre cristiano. Se había vuelto más «portuguesa» que los portugueses. Era como si hubiese tenido que recuperar todos aquellos años de vergüenzas y humillaciones. Si era así, lo había conseguido, y Gil se alegraba por ella y, tenía que reconocerlo, también se alegraba por él mismo. Porque vivía una vida mucho más cómoda y privilegiada como cortesano del

rey kongo que cualquiera que hubiese podido soñar como marinero en Portugal. En cualquier caso, notaba un descontento en su interior, una inquietud, desconfiaba del futuro.

—Bendígaos Dios todopoderoso *Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus*.

—Amén.

—Idos, la misa ha terminado. Gracias a Dios.

Monseñor De Sousa hizo la señal de la cruz, para después volverse y acercarse a Alfonso. El rey se levantó, y el prelado inició una agitada conversación en voz baja. Gil los observaba desde detrás de la reja del coro.

De Sousa había envejecido ostensiblemente en el clima africano; casi calvo, con el bigote y la perilla blancos, su complexión mostraba un color enfermizo que se extendía sobre las afiladas facciones zorrunas como una sucia mancha amarilla, y su siempre delicado físico parecía reducido a piel y huesos como consecuencia de las fiebres intermitentes que padecía. Alfonso le doblaba en altura. Ancho de hombros y musculoso, conservaba la figura del guerrero incluso vestido con prendas europeas. Pero él también mostraba los efectos del paso de los años; tenía demasiadas canas, y su expresión era tensa y sombría, como un reflejo de las responsabilidades del soberano y de las muchas desilusiones. La vieja cicatriz en la mejilla aparecía un poco lívida. De Sousa le hablaba en portugués o en latín —nunca se había dignado aprender el idioma kongo, y Alfonso, en cambio, hablaba tanto una como otra lengua perfectamente— y resultaba evidente, por el aspecto de la cicatriz, que sus palabras irritaban al rey. La reina Inés, que no entendía ni el portugués ni el latín, esperaba pacientemente a que acabaran de hablar. Pero el obispo cogió por el brazo al rey, y los dos hombres echaron a andar y cruzaron el ábside hacia la puerta que comunicaba el templo con la sacristía. Inés se recogió las faldas y cruzó la cancela para reunirse con Beatriz en los bancos del coro.

Beatriz e Inés eran grandes amigas. Parte de la importancia de Beatriz en el reino se debía a su condición de amiga íntima de la reina, aunque Inés era mucho más joven, pues aún no había cumplido los veinte años. Era, lo mismo que Beatriz, una princesa soyo, NtinuSoyo, sobrina nieta del viejo ManiSoyo. Alfonso se había casado con ella, siendo una niña, seis años atrás a instancias de su madre, la viuda reina Leonor, que buscaba en el matrimonio la manera de consolidar el control de los soyo en el trono kongo. Feúcha, de piernas cortas y regordeta, pero de buen carácter y muy inocente.

—*Keba bota*, Gil Inis.

—Doña Inés.

—¿Qué hacemos hoy, Beatriz? Es un día precioso.

—Es el día de nuestro Señor. Debemos hacer algo en su gloria. ¿Vienes, Gil?

—Ahora mismo.

Gil miraba hacia un lado de la nave. Lo mismo hacía Leonor con el entrecejo fruncido. El diácono había acudido presuroso a reunirse con Alfonso y el obispo, y ahora los tres permanecían ante la puerta de la sacristía, hablando animadamente. Después, con un gesto de irritación, Alfonso cruzó la puerta y los otros dos le siguieron. ¿Qué estaba pasando?, se preguntó Gil. Miró a Leonor y sus miradas se cruzaron.

Era una mujer vieja para las normas de la época, pero conservaba todavía un innegable atractivo, una sombra de la belleza de su hija, y se movía con gracia y autoridad. No era amiga de Gil; conocía muy bien su opinión sobre sus despiadadas ambiciones y que no le perdonaba la traición cometida para satisfacerlas. Pero también era muy consciente de la posición de Gil como el más leal consejero de su hijo y, por lo tanto, lo trataba con un cauteloso respeto. Enarcó las cejas como invitándole a que le diera una explicación sobre lo que el obispo De Sousa y el diácono querían de Alfonso. Como Gil no lo sabía e incluso sabiéndolo, tampoco le habría pasado la información, se limitó a hacer una reverencia y, con un amable gesto, indicarle que le correspondía a ella precederlo en la salida. Inés y Beatriz caminaban por la nave hacia el pórtico de entrada. Leonor sonreía con expresión de malhumor, y siguió a las jóvenes, escoltada por Gil. Luego los cortesanos y los colonos, que esperaban pacientemente en los bancos del coro, formaron de a dos para salir en procesión del fresco interior de la catedral a la calurosa mañana del día festivo.

La catedral se encontraba fuera del parapeto de piedra defendido por piezas de artillería en torno al recinto real de São Salvador. Una amplia plaza pavimentada con cantos rodados se extendía desde el atrio hasta la ribera del Luezi. La colonia portuguesa no llegaba ahora al centenar de personas, incluidos soldados y sacerdotes. La mayoría de los comerciantes, artesanos y soldados —y no pocos de los sacerdotes— se habían buscado esposas y concubinas entre las mujeres kongos, con las que habían tenido hijos así que, entre los muchos niños y niñas que corrían por la plaza, docenas de pequeños eran mestizos. Una de las niñas era hija de Gil y Beatriz, una niña de siete años llamada Teresa, con el pelo castaño muy corto, las encantadoras facciones de la madre y los ojos azules del padre. La pequeña corrió al encuentro de su padre en cuanto le vio salir de la catedral detrás de Leonor, se

abrazó a sus piernas, dio un beso a su abuela, y luego echó a correr detrás de dos niños gemelos, Diogo y João, los hijos de Alfonso e Inés.

Inés y Beatriz cotilleaban con Tomé Rodrigues, pero el sargento de marina, al ver que llegaba Gil, se despidió secamente y se marchó. Sus relaciones no habían mejorado a lo largo de los últimos diez años, y la culpa era de Gil. Desde la partida de Nuno Gonçalves se mantenía apartado de los portugueses, no hacía ningún esfuerzo por buscar un amigo entre los de su raza, y prefería identificarse (ante sí mismo y ante los portugueses) exclusivamente como un señor vasallo del ManiKongo, y ellos a su vez le trataban con la deferencia que les merecía el cargo, mientras que le criticaban y se burlaban a sus espaldas.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Beatriz.

—Acabo de verlos. —Gil se volvió para mirar dónde estaban su hija y los mellizos, y vio al sacerdote que había oficiado de diácono que cruzaba presuroso la concurrida plaza.

Era un hombre mayor, más que su obispo, casi sesentón, pero aun así un recién llegado a São Salvador. Su predecesor había muerto a consecuencia de una picadura de serpiente hacía más de seis años. Sin embargo, debido a la disminución de los viajes desde Portugal, llevaba sólo tres años en la misión. A pesar de su edad, mantenía vivo el celo apostólico, y consideraba este destino como una gran oportunidad para realizar la obra de Dios. Perteneecía a la orden de los franciscanos y había formado parte de los tribunales de la Inquisición, que estaba en pleno apogeo en Portugal —habían expulsado a los judíos del reino durante el viaje de Vasco de Gama, tres años después de su expulsión de España—, y soñaba con aplicar sus métodos a los kongos. Se quejaba continuamente de la falta de rigor que demostraban los cristianos kongos en la observancia de la fe, y de su disposición a recurrir a los fetiches y a los brujos en cuanto sufrían cualquier crisis personal. Llevaba una barba muy larga, vestía una sotana blanca y calzaba unas simples sandalias. Descubrió que Gil le miraba y se apresuró a hacerle una señal, mientras apartaba a la gente de su camino.

—Padre Duarte.

—Su Majestad le llama, señor. Quiere que se reúna con él en el palacio del obispo ahora mismo.

—Nimi —gritaba Beatriz—. ¿Dónde está esa mujer? ¡Ah, aquí estás! Busca a los niños, *mchento*. Los llevaremos al río.

—Están jugando allá, señora. —Se trataba de la otra Nimi, la vieja compañera de Gil en el exilio. Todavía era Nimi, porque no se había

bautizado, y como miembro de la casa de Gil, quizá la de mayor confianza entre el numeroso séquito de criados y guerreros que se habían reunido a su alrededor durante estos años—. Teresa, ven aquí, y trae a los niños.

—Señor Eanes, por favor. Su Majestad está esperando.

—Ya voy, padre. Nimi, Mbemba me llama. Ve tú. Yo me reuniré contigo en cuanto acabe.

—¿Y a mí no me llama, padre Duarte? —preguntó Leonor.

—No, doña Leonor.

—¿Está seguro?

—Sólo me pidió que buscara al señor Eanes.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

El sacerdote miró a Gil en busca de ayuda. Era obvio que no debía decirle a ella ni a nadie lo que había pasado. Pero la mujer le intimidaba, lo mismo que a cualquier otro.

—Estoy seguro de que Mbemba se lo dirá más tarde, señora —dijo Gil.

—Estoy segura de que así lo hará.

* * *

La sala del palacio estaba muy bien arreglada con muebles y objetos importados de Europa, decorada con pinturas y tapices de artistas europeos, no había ningún trabajo kongo en la habitación; el obispo De Sousa no los apreciaba. Cuando Gil y el sacerdote entraron en la sala, De Sousa estaba sentado en una silla de respaldo alto detrás de la gran mesa de roble que le servía de escritorio, con los codos apoyados en la mesa, y con la barbilla apoyada en las manos cruzadas. Se había quitado los ornamentos de la misa y vestía simplemente la sotana negra, sobre ella el crucifijo de plata y el solideo; parecía preocupado. Alfonso ocupaba una silla idéntica a la suya, y también mostraba una expresión de desencanto. Un joven sacerdote, bajo y gordo, permanecía de pie detrás de la silla del obispo. Gil no le reconoció y sólo después de que sus ojos se habituaron a la penumbra, advirtió que el hábito del joven estaba roto y sucio de fango, y que su rostro estaba cubierto de cardenales con restos de sangre seca.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué le ha pasado?

—Es el padre José —contestó el obispo De Sousa, levantándose de la silla—. Es nuestro misionero en Mpangala.

—Parece como si hubiera estado metido en una pelea.

—Ha estado metido en una pelea —señaló el padre Duarte— con los paganos nsundis en Mpangala, al intentar evitar que participaran en un acto diabólico.

—Por favor, padre Duarte, déjeme a mí explicar los hechos.

—Perdone.

Pero el obispo De Sousa volvió a sentarse, apoyó la barbilla en las manos con una expresión de profundo cansancio, y permaneció en silencio durante unos minutos.

—Hay que matarlo, su majestad —dijo con voz muy delicada—. ¿Cuántas veces debo repetirlo? Es una amenaza contra su trono y hay que matarlo.

Gil interrogó a Alfonso con la mirada.

—Habla de Mpanzu —repuso Alfonso.

—¿Mpanzu? —exclamó Gil, sorprendido—. ¿Quién sabe dónde está?

—Lo sabemos, señor Eanes —intervino el fraile—. Ha regresado del exilio para promover una rebelión contra el trono.

—¡Padre Duarte!

—Lo siento, excelencia.

—Padre José, dígame al señor Eanes lo que ha ocurrido.

El joven sacerdote se apartó de la silla del obispo, con paso vacilante.

—Verá, señor Eanes, los hechos ocurrieron como ya he relatado. Yo sabía que él estaba allí. Tuvo que venir a Mpangala de noche mientras yo dormía.

—¿Mpanzu?

—Sí. Como digo, tuvo que venir al amparo de la oscuridad, mientras yo dormía. Con su madre. Bueno, no exactamente con ella. Verá, ella estaba muerta. Lo que quiero decir es que llegó con el cadáver.

—¿La Mbanda Vunda ha muerto? ¿Lo sabías, Mbemba?

—Claro que lo sabía —replicó Alfonso, irritado—. No necesito que un sacerdote venga a decirme lo que pasa en mi reino. Murió hace unas semanas y Mpanzu la llevó a Mpangala para enterrarla. Así hace un hijo, llevó los huesos de su madre para que descansen junto a sus antepasados nsundis.

Gil miró a De Sousa. Ahora se había reclinado contra el respaldo, con un codo apoyado en el brazo de la silla, y la cabeza apoyada en la mano.

—Continúe, padre José.

—Tampoco sabía que ella estuviera allí, quiero decir que no sabía que estaba su cadáver. Él tuvo que llevarlo a Mpangala durante la noche mientras yo dormía.

—Sí, padre, ya lo sé. Está muy claro. No podía saber que Mpanzu o el cadáver de su madre estaban allí porque dormía. Pero después se despertó. Y

entonces, ¿qué?

—Había una tremenda conmoción. En realidad, fue ese estrépito lo que me despertó. El sonar de las trompetas, el batir de los tambores. No había amanecido. Estaba bastante oscuro. Salí y me encontré con que toda la gente de Mpangala estaba despierta. Todos los nsundis se habían reunido en la plaza del mercado para una especie de ceremonia.

—El funeral —afirmó Alfonso, exasperado—. El funeral de la Mbanda Vunda. El funeral de una reina nsundi. Y este sacerdote consideró que debía intervenir.

—Era mi obligación, majestad. Era una ceremonia pagana, una ofensa a nuestro Señor, y yo soy un sacerdote de Dios. Tendría que haberlo visto, señor Eanes. Era repugnante, una obra de Satanás. Las mujeres tapadas únicamente con un taparrabos, bailando obscenamente al ritmo de los tambores. Y los hechiceros, señor Eanes, los hechiceros pintados y adornados con plumas, pero desnudos, sacudiendo las maracas, chillando asquerosas letanías mientras danzaban como demonios. Era repugnante, por el amor de Dios. Tenía que detener aquello.

—E hizo usted muy bien —afirmó el padre Duarte—. ¿Cómo podía permanecer indiferente ante tanta indecencia? Yo hubiese hecho lo mismo, se lo aseguro.

Gil no hizo caso de la interrupción del fraile.

—¿Y entonces lo golpearon?

—No podía creerlo, señor Eanes. Todos se volvieron contra mí. Me acerqué a ellos pacíficamente, quería hablarles y razonar con ellos. Sólo quería mostrarles el error que estaban cometiendo. Pero se volvieron contra mí. Todos, absolutamente todos, señor Eanes. Incluso los hombres y las mujeres que acuden a mis misas. Incluso los hombres y las mujeres que he bautizado yo mismo, a los que he confesado y que han recibido la comunión de mi mano. Sí, incluso los hombres y mujeres cristianos, señor Eanes. Todos se volvieron contra mí con palos y garrotes.

—Podrían haberlo martirizado.

—Estaba dispuesto a sufrir el martirio, padre Duarte. Me hubiera dejado matar por defender la fe. Pero me tiraron al Lelunda como si fuera basura y continuaron con la ceremonia pagana, que duró todo el día. La contemplé desde el otro lado del río. Satanás gobernaba aquel lugar y no podía hacer otra cosa. Así que vine aquí. No creo que pueda volver allí nunca más, señor. —El joven sacerdote se volvió hacia su obispo—. No creo que los nsundis... —Se interrumpió, incapaz de dominar los sentimientos, y se echó a llorar.

—No se preocupe, hijo mío. —El obispo De Sousa se levantó para acercarse al padre José y palmearle los hombros encorvados—. Volverá a Mpangala. Nosotros nos ocuparemos de que así sea. ¿No es verdad, majestad?

—El padre José cometió un error muy estúpido, obispo —respondió Alfonso lacónicamente, sin moverse de la silla—. Nunca tendría que haberse interferido en el entierro de una reina nsundi. No pertenecen a su grey. No son cristianos. Nunca han aceptado el bautismo. Mpanzu tiene todo el derecho a enterrar a su madre de acuerdo con las viejas tradiciones y creencias de su pueblo. No, creo que debe enviar otro sacerdote a Mpangala.

—Ésa no es la cuestión, majestad. No es lo que estamos discutiendo aquí. No importa qué sacerdote envíe a Mpangala. Lo que importa es que un sacerdote, no importa quién, fue atacado allí. ¿Por qué no quiere reconocer la gravedad del hecho? ¿Por qué no acepta que el ataque al padre José no es sólo un ataque a la autoridad de la Iglesia, sino también un ataque a su autoridad como soberano de la Iglesia en el reino?

—Está haciendo una montaña de esta cuestión, obispo.

—No. Por favor, escuche lo que digo.

—No necesito escuchar lo que dice. Ya sé lo que me va a decir.

—¿Qué voy a decirle?

—Lo de siempre. Que Mpanzu es mi enemigo.

—No se lo tome tan a la ligera. Él es su enemigo. Siempre ha sido su enemigo, el más peligroso de todos. Usted ocupa el trono que él considera legítimamente suyo. Usted ha aceptado la fe de unas personas que según él han traído la maldad a esta tierra. Y usted es soyo; él, en cambio, es nsundi.

—Y por lo tanto debo temer que al regresar del exilio —después de tantos años— pretenda recuperar el trono para expulsar a los hombres blancos del reino y los nsundis vuelvan a gobernar.

—Así es, majestad. El ataque al padre José es una prueba más que suficiente. Se valió del pretexto del funeral de su madre para incitar a los nsundis contra su sacerdote. ¿Qué le impedirá encontrar la próxima vez un pretexto para incitarlos contra su rey?

—Así que debo matarlo.

—Sí, majestad. Debe matarlo.

Alfonso meneó la cabeza lentamente.

—No, obispo, no mataré a mi hermano. ¿Cómo puede siquiera llegar a sugerírmelo? ¿No soy yo el guardián de mi hermano?

El obispo De Sousa enrojeció ante el discreto reproche.

—¿No se nos enseña que fue precisamente por idéntico crimen por lo que Dios maldijo a Caín, le marcó la frente y lo expulsó de su reino?

El obispo De Sousa tampoco respondió al segundo comentario. Fue a sentarse y, una vez más, apoyó la barbilla en la mano.

La facilidad de Alfonso para citar las Escrituras no sorprendió al prelado ni a Gil. Su habilidad para citar el Viejo y el Nuevo Testamento, su gran conocimiento de la palabra de Dios, su comprensión de los preceptos de la fe, eran bien conocidos y admirados. En los años transcurridos desde el bautizo y la coronación, se había dedicado a la tarea de aprender todo lo posible sobre el cristianismo, no sólo en los aspectos del ritual y de la fe, sino también en los más sutiles detalles metafísicos. Gil nunca había tenido muy claro, e incluso tenía razones para dudarlo, si esto significaba que era un cristiano convencido, que creía que la Iglesia era la depositaria de la verdad eterna. Pero sí tenía muy claro que Alfonso sabía, casi desde el primer momento, que para conseguir todo lo que deseaba para su reino de la tierra en la otra orilla del mar, todas las invenciones y atributos de la civilización europea que tanto admiraba y deseaba, como eran las armas, las naves de vela y, por encima de todo, la escritura, por la que había desafiado a su padre y había usurpado el trono a su hermano, estaban vinculados indisolublemente a la cristiandad y si quería obtenerlos para su gente, si quería convertir al Congo en una parte de un mundo más grande, él debía ser cristiano.

—Sin embargo, acierta al desconfiar de los nsundis, señor obispo — manifestó.

El obispo De Sousa se irguió en la silla.

—Me doy perfecta cuenta de que su lealtad al trono no es tan incondicional como querría. Pero eso es algo que sólo debemos agradecerse al rey Juan II.

—¿Al rey Juan? ¿Por qué al rey Juan?

—Porque nos ha abandonado, obispo. ¿Cuánto tiempo hace que una de sus naves no atraca en Santo Antonio? Más de dos años, casi tres.

—Eso es algo que ya le he explicado, Majestad.

—Sí, obispo, me lo ha explicado. El comercio con la India. Nos ha abandonado por el comercio con la India, por lo cual no podemos esperar que sus naves lleguen a Santo Antonio con los productos que necesitamos y los hombres que necesitamos para construir las iglesias y las escuelas que necesitamos para propagar la fe y fortalecer el trono.

—Siempre he compartido esta queja, Majestad. —El obispo exhaló un suspiro—. Usted sabe muy bien cuántas veces he escrito a Lisboa solicitando

el envío de más sacerdotes, de más maestros, de más comerciantes y soldados. Usted sabe que he advertido al rey Juan en repetidas ocasiones que todo el progreso hecho en el Congo por el bien de la Iglesia y Portugal acabará en fracaso si no contamos con su ayuda.

—Y no contamos con su ayuda.

—Lo admito, Majestad. Nos ha dejado a merced de la desventura. Por lo tanto, estamos obligados a resolver nuestros asuntos a nuestra manera.

—Y es así como me propongo resolver este asunto con los nsundis, obispo. A nuestra manera. A la manera como los kongos siempre han resuelto estos asuntos.

—¿Cuál es?

—No se trata de matar a Mpanzu. —Alfonso se levantó—. No, no se trata de matarlo, después de tantos años. —Se acercó a una pequeña ventana con forma de rosetón que daba a la plaza de la catedral y contempló a los hombres, mujeres y niños, negros, blancos y mestizos, que se mezclaban alegremente a la brillante luz del sol.

Nadie dijo nada. De Sousa permaneció sentado, esperando a que Alfonso continuara, sin saber muy bien lo que diría. En cambio, Gil tenía una idea bastante clara. Sabía que Alfonso llevaba tiempo preocupado por la dudosa lealtad de los nsundi, que Leonor había ofrecido numerosos consejos y advertencias al respecto.

—No, matar a Mpanzu no mejoraría la situación en lo más mínimo, obispo. —Se apartó de la ventana—. Sólo la empeoraría. Mpanzu continúa siendo un gran hombre para los nsundi. Todavía es el ManiNsundi, su príncipe y señor. Matarlo sólo serviría para incrementar su enemistad, debilitar todavía más su lealtad. Incluso podría incitar a la rebelión que a usted tanto le preocupa. Debemos hacer precisamente lo contrario. Debemos acercarlos al trono, no alejarlos todavía más. Debemos darles más participación en los asuntos del reino, en lugar de excluirlos.

—¿Y cómo se propone conseguirlo?

—Tomaré a una princesa nsundi como esposa.

—¿Perdão?

—A la hija menor de Mpanzu. Vive discretamente en Mpangala y goza de un gran respeto entre los nsundis. Me casaré con ella, y como reina de los kongos me ganará el respeto de su gente. Es lo que mi padre hubiese hecho. Es lo que todos los ManiKongos han hecho a lo largo de los siglos para asegurarse la lealtad de sus súbditos.

—Pero no puede casarse con ella. Ya está casado. Ya tiene una esposa y una reina.

—Tendré dos.

—Eso está fuera de la cuestión.

—Y tres o cuatro si es necesario para asegurar mi trono y la paz del reino, como hizo mi padre antes que yo, y como hicieron todos los ManiKongos antes que él.

—Pero no es un ManiKongo como lo fue su padre antes que usted o como lo fueron todos los ManiKongos antes que él. Usted es cristiano. Es el primer ManiKongo cristiano, y como tal le está prohibido tener más de una esposa.

—Sería una herejía.

—Por favor, padre Duarte.

—Hay que decirlo bien claro. Lo que su majestad propone es una herejía, evidentemente es una blasfemia, un pecado por el cual sería condenado a arder en el infierno por toda la eternidad. Además, ¿qué ejemplo sería para la gente del reino? ¿Su rey cometiendo semejante iniquidad? ¿No tenemos ya bastantes problemas para conseguir que sean fieles a sus deberes y obligaciones? ¿No tenemos que luchar constantemente contra su falta de observancia, su inclinación a adorar a los ídolos y a la brujería? Si su rey...

—Sí, padre Duarte, todo eso es cierto —le interrumpió el obispo—. Todo eso es cierto, Majestad. Sería una burla a la fe, destruiría a la Iglesia. No se lo permitiré. Nunca le casaré con otra mujer.

—Entonces buscaré a un sacerdote que lo haga.

—Ningún sacerdote cometería semejante iniquidad.

—No me refiero a un sacerdote de la Iglesia, obispo —replicó Alfonso, volviendo junto a su silla—. Estaba pensando en un sacerdote de los nsundi.

—¿Un hombre ju-ju?

—Dadas las circunstancias, eso sería lo mejor. Si me caso con una de sus princesas al viejo estilo, eso podría darles a los nsundis una razón muy poderosa para jurarme fidelidad.

—Si se atreve a hacer semejante cosa, le expulsarán de la Iglesia. Yo mismo lo excomulgaré.

Alfonso se sentó.

—¿Comprende lo que significa, Majestad? Sería condenado a las tinieblas. Nunca vería la luz del Cielo. Ya no sería hijo de Dios.

—Y usted, obispo, ya no tendría a un rey cristiano en el trono de los kongos.

II

—**S**upongo que eso es una idea suya, señora.
—Quizá fui la primera en sugerirla, señor Inis, pero ahora es una idea del rey. ¿Por qué? ¿No está de acuerdo?

—No soy tan buen cristiano como usted, señora. Si no ve en ello ninguna ofensa a la fe, ¿por qué iba a verla yo?

—Pero yo sí veo una ofensa a la fe —señaló Beatriz—. Es un pecado mortal. Ningún hombre puede tener más de una esposa. El matrimonio es uno de los siete sacramentos. El obispo De Sousa dice...

—El obispo De Sousa ya no se opone al matrimonio, Beatriz —le interrumpió la reina Leonor, con voz firme.

—¿No? —Gil enarcó las cejas—. Me cuesta creerlo.

—Te cueste creerlo o no, ésa es la verdad. Él y yo hemos mantenido una larga conversación. En realidad, hemos mantenido varias conversaciones en los últimos días, y él ha acabado por comprender lo importante que es este matrimonio para la paz del reino y la seguridad del trono, y que sería mucho más conveniente que tuviera lugar en la Iglesia que fuera, porque se realizará de todas maneras.

—El obispo es un hombre muy práctico.

—Y también reconoció, después de algunas discusiones, que hay en la doctrina de la Iglesia algunas disposiciones que se acomodan a una circunstancia especial como es ésta.

Se encontraban en la sala de la casa de Gil en el recinto real de São Salvador, una amplia construcción antigua de diseño kongo. Los nativos copiaban muchas cosas del estilo europeo, pero no de la arquitectura. Las casas de piedra del barrio portugués, arracimadas en estrechos callejones, les parecían a los kongos faltas de espacio, oscuras y mal ventiladas. Alfonso se había instalado en el viejo palacio del ManiKongo sin hacer cambio alguno, y la gran casa de Gil, delante mismo del palacio, al otro lado de los jardines reales, la habían edificado siguiendo las mismas líneas, con los techos de paja en punta, una multitud de habitaciones conectadas y galerías en los cuatro costados. El único toque europeo era la capilla que Beatriz había hecho añadir en la parte de atrás.

—Señora, ¿por casualidad mencionó en qué disposición de la doctrina de la Iglesia estaba pensando?

—Habló de una anulación.

—Ah, sí, desde luego, la anulación.

—¿Qué es la anulación? —preguntó Beatriz.

—Es un complicado y misterioso proceso, Nimi, por el cual la Iglesia descubre que dos personas casadas no están casadas y que nunca lo estuvieron.

—¿Qué dos personas?

—En este caso, imagino que el obispo De Sousa está pensando en Alfonso e Inés.

—¿Cómo puede ser eso? Llevan varios años casados. El obispo De Sousa en persona los casó. Tienen hijos e hijas.

—Te lo acabo de decir. Es un proceso misterioso, uno más de los grandes misterios de la fe.

—¿Y qué hay de Inés? ¿Qué le pasará?

—No le pasará nada —respondió Leonor—. Continuará siendo la esposa y reina de Alfonso, como lo hubiese sido en los viejos tiempos cuando los ManiKongos tomaban cuantas esposas y reinas consideraban necesarias para mantener la unidad del reino. La anulación sólo será un gesto destinado al obispo De Sousa para casar a Alfonso con la NtinuNsundi por la Iglesia, con la conciencia tranquila.

—¿Es eso lo que le ha dicho el obispo De Sousa, señora?

—No, señor, es lo que yo le dije a él. Lo mismo que mi marido nos tomó a la Mbanda Vunda y a mí como esposas, que Alfonso tenga una reina soy y otra nsundi para asegurar la paz del reino.

—¿Está de acuerdo?

—Como acabo de decirle, señor, hemos tenido muchas y muy largas conversaciones; él ha comprendido que si no acepta se verá obligado a excomulgar al primer rey cristiano del Kongo.

—Y él es un hombre práctico.

Leonor sonrió, complacida de poder demostrar su último ejemplo de habilidad política.

—¿Quién es esta NtinuNsundi, madre?

—Una tal Mfidi. Mfidi a Mpanzu.

—¿Mfidi a Mpanzu? ¡Ah!, ¿no tiene un nombre cristiano? ¿No está bautizada?

—¿Cómo va a estar bautizada? Sé sensata, muchacha. Es la hija de Mpanzu.

—No se puede casar por la Iglesia si no está bautizada.

—No, pero el obispo De Sousa se ocupará de arreglarlo. Ha enviado al padre Duarte y al padre José a Mpangala a ocuparse de su educación. Y también ha comenzado sus propias investigaciones para determinar las bases de la anulación del matrimonio de Alfonso con Inés.

—Entonces, el matrimonio de Mfidi no es inminente —declaró Gil. Vestía un kanga e iba descalzo, como tenía por costumbre cuando estaba en la casa. Tampoco llevaba barba. Se la afeitaba desde hacía años para distinguirse de los otros hombres blancos, y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta —. Estoy seguro de que el obispo De Sousa le explicó que una anulación lleva mucho tiempo, a veces años.

—En este caso no tardará años. El obispo De Sousa me aseguró que habrá acabado de prepararla más o menos para cuando Mfidi esté lista para el bautismo.

—¿Meses?

—Sí quizá dos o tres meses. Alfonso se casará sin duda con Mfidi antes de que lleguen las lluvias.

—¿Cómo es ella? ¿Es alta, baja, gorda, delgada?

Gil sintió un aleteo de compasión por Beatriz, al escuchar el temblor ansioso en su voz. Ni que decir tiene que ella se oponía a la poligamia de su hermano por razones estrictamente religiosas. De todos los kongos cristianos, ella era una de las más devotas, y consideraba la fe como el instrumento de su restauración y de su poder. Pero también tenía que considerar los aspectos prácticos. Su importancia y su posición en la corte de su hermano se verían disminuidas con la llegada de una segunda reina.

—¿Es bonita, fea, joven, vieja? ¿Quién es su madre?

—Es joven, la hija más joven de la esposa más joven de Mpanzu —respondió Leonor—. Es casi tan joven como lo era Inés cuando Alfonso se casó con ella...

La reina madre se interrumpió al ver que entraba la otra Nimi.

—¿Qué pasa, *mchento*?

—Los dos muchachos de tu guardia que esperabas, Gil Inis —dijo la mujer—. Han vuelto. Están en el jardín.

—Con su permiso, mi señora.

Leonor asintió distraídamente y continuó hablándole a su hija de Mfidi mientras Gil salía a la galería.

Era otro día de sol radiante. Estaban en plena estación seca, cuando ni una sola nube empaña el azul del cielo, las brisas son suaves, el aire cristalino, los días cálidos y las noches frescas en esta meseta elevada sobre las llanuras nsundis. Las acacias, las poincianas regias y las jacarandás aparecían floridas y los pájaros cantaban alegremente posados en las ramas. Dos hombres altos y fornidos (no eran unos adolescentes) estaban en cuclillas a la sombra de una jacarandá.

Se levantaron al ver que Gil y Nimi bajaban los escalones de la galería. Lo mismo que Gil, iban descalzos y vestían kangas. Además, llevaban plumas de cacatúas en el pelo como los antiguos guerreros kongos (no vestían ni una sola prenda europea), pero iban armados con arcabuces y no con lanzas, y los manejaban con ese aire de quien sabe muy bien cómo usarlos. Eran los primos de Nimi, los hijos de la hermana de su madre, aquellos que Gil conoció de niños (y todavía pensaba en ellos como críos) veinte años atrás cuando Mbemba lo llevó por primera vez a casa de la madre de los muchachos, en el muelle del Luezi en Mbanza Kongo. Debido a esta historia, los consideraba, lo mismo que Nimi, como sus sirvientes más leales, los jefes de sus guardaespaldas. Era su padrino de bautismo, y les había dado los nombres de pila de otro buen amigo: el mayor era Nuno, el menor Gonçalo.

—¿Lo has visto, *mbakala*? —preguntó Gil.

—Lo hemos visto, señor —respondió Nuno.

—¿Qué aspecto tenía?

Los hermanos intercambiaron una mirada como de quien no sabe cómo empezar. Gil se puso en cuclillas a la sombra de un arbusto y les invitó a que hicieran otro tanto. Nimi permaneció de pie y un tanto apartada, para vigilar que nadie los molestara.

—¿Parecía estar bien?

—Está gordo y viejo, mi señor —contestó Gonçalo. Él era el más avisado de los dos y, aunque siempre daba la preferencia al hermano mayor, tomaba la iniciativa cada vez que Nuno no sabía qué responder—. Su rostro es incluso más feo de lo que recordaba. Pero, por lo demás, parecía estar bien.

Gil asintió, intentando imaginar el aspecto que Mpanzu tendría ahora, con el rostro mutilado y sin una oreja. Sin duda estaría tan gordo como su padre, y muy envejecido. No guardaba ningún resentimiento al viejo príncipe, señor de los nsundis. Al contrario, recordaba con cierta nostalgia al hombre ponderado, pensativo y franco considerado como enemigo sólo porque había buscado defender su reino contra la maldad que, según él, traían los hombres blancos del cielo y que se había mostrado tan digno en la derrota.

—¿Lo visteis en Mpangala?

—No, señor, ya no está en Mpangala —respondió Nuno, mucho más seguro de sí mismo cuando se hablaba de hechos y no de opiniones y juicios—. Se marchó cuando llegaron los soldados del capitán Rodrigues.

—¿Hay soldados portugueses en Mpangala?

—Tres alabarderos y otros tantos arcabuceros. El capitán Rodrigues los llevó como escolta del fraile y del joven sacerdote José.

—Se dice que el padre José tenía miedo de regresar a Mpangala sin ellos —señaló Gonçalo—. También corrían rumores de que tenía miedo de que los nsundis le volvieran a atacar cuando comenzara la instrucción de la NtinuNsundi.

—Comprendo. —Gil ahuyentó de un manotazo a una abeja. Había abejas por todas partes—. Así que Mpanzu se marchó cuando llegaron los soldados.

—No lo hicieron enseguida, señor —añadió Gonçalo—. Se comentaba que quería quedarse en Mpangala y muchos nsundis estaban dispuestos a esconderlo en sus casas. Se marchó cuando el capitán Rodrigues y los soldados blancos comenzaron a revisar y a incendiar las casas donde creían que estaba escondido.

—¿Revisaron e incendiaron las casas? ¡Ese cabrón de Rodrigues! ¿Quién le dio permiso para hacerlo?

Ninguno de los dos hermanos hizo comentario alguno. Conocían muy bien los sentimientos de su señor hacia el sargento de marina.

—Y supongo que Rodrigues y los soldados intentaron perseguirlo después de marcharse Mpanzu —apostilló Gil, compadeciéndose del gordo, viejo y exiliado ManiNsundi, solo y fugitivo en su propia tierra.

—Lo hicieron, señor.

—Pero no lo encontraron.

Nuno se rió con sorna.

—¿Cómo podían encontrarlo? Son muy torpes con los cascos y las armaduras. Y no saben nada de cómo moverse por la selva y por nuestras llanuras. No, señor, no lo encontraron.

—Pero vosotros sí lo encontrasteis.

Nuno se encogió de hombros modestamente y sonrió a su hermano.

—¿Dónde lo encontrasteis? ¿Está muy lejos de Mpangala? ¿Ha regresado del exilio cerca de las fronteras del reino?

—No, señor. Sólo viajó siete días desde Mpangala, en dirección al este, a lo largo del río Lelunda. Lo recibieron en una pequeña aldea de pescadores nsundi en la orilla del río, y le dieron cobijo.

—Se dice que piensa regresar a Mpangala en cuanto se marchen los soldados del capitán Rodrigues.

—Comprendo —sentenció Gil, espantando a otra abeja. Luego dejó colgando las manos, que había apoyado entre las rodillas y rascó con ellas la tierra roja entre los pies descalzos, con expresión ausente—. O sea, que ya sabe lo que le espera a su hija Mfidi. Ya sabe que el ManiKongo quiere tomarla por esposa.

—Sí, mi señor, ya lo sabe —asintió Nuno—. Todos en Mpangala lo saben. Las noticias viajan muy deprisa desde São Salvador. Pero si tenían alguna duda, la llegada del padre Duarte y de José para instruir a Mfidi en la fe se la disipó enseguida.

—Y por eso Mpanzu quiere regresar a Mpangala después de la salida de los soldados —manifestó Gonçalo—. Quiere impedir a toda costa el casamiento de Mfidi con el ManiKongo.

Gil asintió, recogió un puñado de tierra y lo dejó escurrir lentamente entre los dedos. Ya se lo esperaba. Había comprendido, en el mismo momento en que conoció las intenciones de Alfonso (sin duda metidas en su cabeza por la madre), que Mpanzu no permitiría que utilizaran a una de sus hijas para consolidar a su cristiano hermanastro en el trono kongo.

—¿Y cómo piensa impedir el casamiento de Mfidi con el ManiKongo, *mbakala*? ¿También lo habéis averiguado?

Los hermanos intercambiaron una mirada. Esta vez le correspondió a Nuno dar la respuesta.

—Piensa llevársela o matarla antes que permitir que la bauticen o se case.

—Se dice que no la bautizarán ni la casarán hasta que lleguen las lluvias, señor, si es que lo hacen —explicó Gonçalo—. Se dice que el fraile y el obispo están de acuerdo en que enseñarle la fe no durará menos. Así que Mpanzu tiene tiempo para realizar sus planes.

—Sí, hay tiempo de sobra —murmuró Gil—. El obispo no tiene ninguna prisa en casarla con el ManiKongo. Quizá no se atreva a rehusar personalmente a casarla, pero, desde luego, hará todo lo posible por demorar esa celebración. Pero, ¿qué hay de los nsundis? ¿No se opondrán a los planes de Mpanzu? ¿No impedirán que se lleve o que mate a su hija? Sin duda, estarán contentos de que una princesa de su casa se convierta en reina de los kongos. Después de todo, es para complacerlos a ellos por lo que el ManiKongo decidió casarse con ella.

—Lo que dice es muy cierto para muchos nsundis, señor —opinó Gonçalo—. Muchos nsundis creen que es un honor que el ManiKongo escoja a una de

los suyos para ser su reina. Muchos nsundis, señor, pero no todos. Hay nsundis que creen que no sólo la reina sino también el rey tendría que ser de su tribu. Y los que lo creen tienen armas.

—¿Qué?

—Mpanzu ha reunido un ejército, señor —dijo Nuno—. Un ejército con armas.

—¿Cómo las han conseguido?

—¿Cómo, señor? Las han fabricado.

Claro que las habían fabricado. ¿Por qué no iban a fabricarlas? Eran excelentes herreros y hábiles ebanistas. Trabajaban el mineral de hierro y el cobre que abundaban en su reino y tallaban la madera de los bosques desde los comienzos de su civilización. Desde la llegada de los portugueses conocían las armas tan bien como para descubrir los mecanismos y reproducirlos. Claro que podían fabricar armas. Pero por muy hábiles e ingeniosos que fuesen, había una cosa que no podían fabricar.

—¿Y la pólvora, Nuno? ¿Cómo han conseguido la pólvora para las armas? No pueden fabricar la pólvora.

—No, señor, no pueden fabricar pólvora, pero pueden comprarla, y si no pueden comprarla, pueden robarla.

Gil consideró la respuesta mientras jugueteaba con la tierra.

—¿Qué clase de ejército armado ha reunido Mpanzu?

—No lo sabemos, señor. En la aldea de pescadores que hay en la ribera del Lelunda donde se esconde Mpanzu, vimos doscientos guerreros. Pero se habla que hay centenares, quizá miles, en las montañas, en las llanuras y en los bosques de Nsundi, que consideran a Mpanzu el legítimo ManiKongo.

Gil contempló el brillante cielo azul sin una nube. Su imagen de Mpanzu había cambiado. El viejo ManiSundi no era la patética criatura que había imaginado. Desde hacía diez años venía reclutando un ejército de hombres con armas de fuego. Probablemente no era un ejército capaz de poner en peligro el reinado de Alfonso, pero sí capaz de llevarse a Mfidi antes de que Alfonso pudiera casarse con ella. Confiaba en que el obispo De Sousa tuviera razón en un punto; que Mpanzu era una amenaza mucho mayor de lo que Alfonso e incluso el propio Gil habían supuesto. Sin duda, durante estos diez años Mpanzu había estado esperando su oportunidad.

—Muy bien hecho, *mbakala*. Habéis servido bien a vuestro rey.

Los hermanos sonrieron, complacidos.

—No debéis hablar de esto con nadie.

—No es necesario mencionarlo siquiera, señor.

—No debéis hablar de esto ni siquiera con el confesor.

—Los sacerdotes no se enterarán por nosotros, señor. Ni siquiera se lo diremos al obispo De Sousa.

—Bien. —Gil palmeó los hombros de los hermanos—. No os alejéis. Tenemos más trabajo que hacer al servicio de nuestro rey.

—No nos alejaremos, señor.

Los cañones montados en cureñas que había a cada lado de los escalones que conducían a la galería principal del palacio del ManiKongo, estaban atendidos por una dotación de tres soldados portugueses cada uno. Eran más que nada puro protocolo con muy poco o nada que hacer. Hacía rato que se habían quitado los cascos y, sentados o de rodillas en la tierra roja, jugaban una partida de dados. Interrumpieron el juego cuando le vieron acercarse. Él ni se molestó en saludarlos, sino que se dirigió directamente a uno de los barriles de pólvora situado junto a las pirámides hechas con los negros proyectiles, detrás de los cañones. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie se preocupaba de verificar su contenido? La paz en el reino era total y absoluta desde hacía años, así que no había motivos para disparar los cañones, y probablemente nadie se había molestado en mirar el contenido de los barriles. Si también en São Salvador había hombres que consideraban a Mpanzu el legítimo rey del Congo, era lógico suponer que hubieran robado o adquirido con malas artes la pólvora de este barril, sin que nadie se hubiera enterado.

—*Faça favor, cabo. Ábralo.*

El cabo de guardia se acercó, intentó levantar la tapa del barril con los dedos, pero los años y el clima la habían sellado, tuvo que sacar el machete y pasarlo por la ranura hasta conseguir levantar la tapa. Enseguida se apartó, interrogando a Gil con la mirada.

Gil metió la mano en el barril. Estaba lleno hasta arriba. Respiró aliviado al comprobarlo. Sin embargo, para asegurarse sacó un puñado de lo que a todas luces parecía pólvora, pero su alegría se convirtió instantáneamente en preocupación al comprobar que lo que había sacado no era más que un puñado de arena.

Miró a su alrededor. Los guerreros de la galería principal del palacio — uno de cada cinco iba armado con un arcabuz, y, por lo tanto, con derecho a raciones de pólvora— eran miembros escogidos de la guardia personal del rey y, sin ningún género de duda, dignos de la máxima confianza. Pero por el recinto real pasaba toda clase de personas. Cualquiera podía ser desleal. Los mismos soldados portugueses, que mataban las aburridas horas de guardia jugando a los dados, no estaban lo suficientemente atentos como para evitar

que la pólvora fuera a parar a manos que no debían. Incluso era probable que, por el precio adecuado, ellos mismos la hubiesen vendido.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó el cabo.

Gil meneó la cabeza y se dirigió a la parte de atrás del palacio.

El patio trasero, otro magnífico jardín lleno de flores, se extendía hasta el borde de la gran explanada y ofrecía una impresionante vista panorámica por encima de las cumbres de la cordillera de las ondulantes llanuras de los nsundis. Alfonso e Inés estaban sentados a la turca sobre esteras colocadas junto al borde mientras sus hijos —los mellizos (herederos del trono), dos niñas mayores y un bebé— corrían alrededor de los padres. Discretamente apartados se veían guerreros de guardia, sirvientes y un puñado de cortesanos, hombres y mujeres vestidos a la europea, esperando la menor ocasión para hablar con los monarcas. En cambio, el rey y la reina iban descalzos y vestían kangas. Un libro abierto descansaba sobre los muslos del soberano.

Gil lo reconoció. Se trataba del valiosísimo libro en el que Alfonso escribía laboriosamente las palabras kongo. Ésta era su gran pasión, el sueño al que dedicaba casi todo su tiempo libre: la creación de un lenguaje escrito para los kongos. Después de que los sacerdotes, ahora demasiado pocos como para poder distraer tiempo de sus constantes batallas contra la influencia de los hombres ju-ju, abandonaran esta tarea, Alfonso se hizo cargo de ella, y, hasta el momento, había conseguido reunir un extenso vocabulario y escribirlo gracias al alfabeto que él mismo inventó para reproducir la pronunciación del lenguaje kongo. Aunque no sabía cómo idear una gramática, utilizaba el vocabulario para enseñar a leer y escribir a su esposa y a sus hijos. Esto era lo que estaba haciendo con Inés, y ella le prestaba atención a regañadientes.

—Mi señora —saludó Gil—, Majestad.

Inés se levantó con presteza, obviamente complacida ante cualquier interrupción que pusiera fin a los estudios.

—Oh, Gil Inis, ¿sabes ya la noticia? Habrá una nueva reina.

—Sí, mi señora, eso he oído.

—El padre Duarte está en Mpangala instruyéndola en la fe. Estará preparada para recibir el sacramento del bautismo antes de la estación de las lluvias y después Alfonso se casará con ella.

Gil miró a Alfonso. El rey se levantó, sonriente. Estaba claro que Inés no representaba un obstáculo a su segundo matrimonio. Tampoco lo esperaba. Ella era una auténtica mujer kongo. Para ella, como para muchos de los conversos del reino, el cristianismo era poco más que un novedoso

entretenimiento, una maravillosa magia, una ceremonia de asombrosos rituales y estremecedores misterios. Para ella, como para muchos de los nuevos cristianos, era la vieja religión, la de *Nzambi Mpungu* con sus fantasmas y fetiches, espíritus y adivinos, la única religión verdadera, y *Nzambi Mpungu* todavía era su verdadero dios, una creencia tan profundamente inculcada en la mente, que la llevaban en la sangre y en los huesos desde el nacimiento, y que no se borraba fácilmente con una década de cristianismo. El hecho de que su marido quisiera tomar una segunda esposa no violaba absolutamente en nada esta creencia heredada. Al contrario, estaba en perfecta consonancia con sus creencias. Siempre había esperado ser una entre muchas esposas como lo había sido su madre y la madre de ésta antes que ella. Era la primera esposa y la reina, y la coronación de una segunda reina era motivo de entusiasmo. Significaba que ahora tendría una compañera con quien compartir las obligaciones reales y las intimidades femeninas. Estaba claro que el tema de la anulación no significaba nada para ella, como tampoco significaba nada para los demás, salvo para los curas.

—Por supuesto, tendrá un palacio para ella sola —añadió la reina alegremente—, pero creo que tendría que estar aquí mismo, entre éste y el tuyo, al otro lado del jardín. De este modo, las tres podríamos estar siempre juntas como hermanas: Inés, Beatriz y Mfidi. No, Mfidi no. Ella también adoptará un nombre cristiano. ¿Cuál será su nombre cristiano, Alfonso?

—Eso es algo que decidirá el obispo De Sousa —replicó Alfonso—. ¿Querías hablar conmigo, Gil?

—Sí.

Gil se acercó al borde de la explanada y contempló el Lelunda que serpenteaba al pie de las abruptas laderas. Diez leguas río arriba hacia el nordeste estaba Mpangala. Veinte leguas hacia el este sobre la orilla del río se encontraba la aldea de pescadores nsundis donde se escondía Mpanzu.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —preguntó Alfonso, siguiendo a Gil hasta el borde de la explanada.

—Mpanzu quiere impedir tu casamiento con Mfidi.

—Eso suena muy parecido a las cosas que dice el obispo De Sousa sobre mí.

Gil echó una ojeada a su alrededor.

—No me confundas con el obispo De Sousa porque mi piel sea también blanca. Lo han averiguado dos de mis mejores hombres.

—¿Nuno y Gonçalo?

—Sí.

—Gil, tú sabes que en mi corazón no anida el odio contra Mpanzu. Sabes que no lo veo como mi enemigo. Siento pena por él. Siento pena por lo que le he hecho. Siento pena cada día de mi vida. A menudo creo que me equivoqué al hacer lo que hice, que no sirvió de nada, y pido perdón a Dios por haberlo hecho.

—Lo sé.

—Todo el poder del reino era legítimamente suyo. Yo se lo arrebaté y lo convertí en un exiliado en su propia tierra. Por mi culpa, está solo y desvalido. Y si está solo y desvalido, ¿cómo puedo verle como mi enemigo? No puede hacerme ningún daño.

—Yo también lo creía, Mbemba. Pero ambos estamos equivocados. Ya no está solo ni desvalido. Ha reunido a un ejército de nsundis, y se han armado a sí mismos con arcabuces.

—¿Es eso lo que Nuno y Gonçalo te han dicho?

—Sí. Los envié a Mpangala y rastrearon a Mpanzu hasta una aldea de pescadores a siete días de marcha de aquí. Lo espieron todo.

—Continúa.

—No es un gran ejército. No creo que sumen más de unos centenares, mil como máximo. Pero es lo bastante grande para provocar dificultades.

—¿Cómo evitar mi casamiento con Mfidi?

—Desde luego.

—¿Y qué más?

—No sé. Quizá Mpanzu cree que, con tiempo, aumentará su ejército hasta poder atacarte. Quizá crea que, si evita tu matrimonio con Mfidi, demostrará una fuerza que anime a otros nsundis a unirse a sus filas. Pero, sea lo que fuere lo que está planeando, sabemos por Nuno y Gonçalo que, como mínimo, pretende raptar a Mfidi y llevársela, e incluso matarla, para impedir que te cases con ella.

—¿Y tú qué me aconsejas que haga?

—¿Confías en mí?

—¿Lo dudas?

—No.

—Confío en ti.

—Entonces deja que yo sea el único en saber lo que se hace.

—*Keba*. Pero hay una cosa más.

—¿Cuál?

—Suceda lo que suceda, Mpanzu no debe sufrir ningún daño. Lo prohíbo. Ya le he causado demasiadas dificultades.



Mpangala dormía en la oscuridad de la noche, sólo rota por los reflejos de las fogatas de los centinelas de la puerta que daba al río. Las llamas se reflejaban como pequeños puntos luminosos en la rápida y oscura corriente del Lelunda. La luna se había ocultado y en la cúpula de negro azabache del cielo brillaban las estrellas. Los habitantes de Mpangala dormían las últimas horas de la noche, menos los centinelas de la puerta que daba al río. Gil se sentó sobre los talones en la ribera opuesta, y observó la ciudad nsundi desde la otra orilla del Lelunda, arrullada por el suave croar de las ranas y el canto adormecedor de los grillos. Cien varas más arriba, hacia el este, un rebaño de gacelas bajaba a beber al río. Cien varas detrás de él, hacia el sur, se elevaban las abruptas laderas de arcilla roja. A su izquierda, hacia el oeste, el Lelunda hacía una pronunciada curva y desaparecía de la vista alrededor de las laderas.

Mpangala no había cambiado con la llegada de los hombres blancos ni en sus hábitos ni en su nombre. En el primer estallido de entusiasmo, los portugueses concentraron todos los esfuerzos civilizadores, por razones obvias, en el puerto de Mpinda y en Mbanza Kongo, la capital. Mpangala y las otras importantes ciudades del reino recibirían los beneficios de la cristiandad europea en una segunda etapa. Pero desde que se abrió la ruta marítima a las Indias, la segunda etapa nunca se inició. De vez en cuando, los misioneros se instalaban en Mpangala en un intento por convertir a los habitantes (el joven padre José sólo era el último de ellos), pero la ciudad seguía sin tener una iglesia que le diera nombre, ninguna muralla de piedra que reemplazara la empalizada de madera que la rodeaba, ningún cañón ni mortero que protegiera las puertas, ningún artesano ni comerciante portugués que se instalara en su recinto, de modo que el cacique que la gobernaba sólo era cristiano de nombre.

—Mi señor.

Gil se volvió para mirar río arriba. Las gacelas acababan de salir de estampida. Una canoa navegaba río abajo, y el suave rumor de los remos la había espantado.

—¿Nuno?

—Sí, señor.

Gil se levantó, se metió en el agua hasta los tobillos, sujetó la canoa y la arrastró hasta la orilla. Nuno estaba de pie en la proa, apoyado en su arcabuz. Gonçalo, sentado a popa, sostenía el remo, con el arcabuz sobre las rodillas. Gil iba armado sólo con su puñal con mango de marfil.

—¿Mpanzu sigue en la aldea de pescadores?

—Sí, señor.

—¿Ahora le acompañan más guerreros?

—No, señor. El número es el mismo de antes. Unos doscientos. Veinte con armas, pero ahora hay un grande e importante fetiche en la aldea. Tienen que haberlo llevado después de que nos fuimos la última vez.

—¿Qué clase de fetiche?

—Lo ignoramos, mi señor. Sólo sabemos que es tan grande e importante que tiene una casa propia.

—¿Es un fetiche de guerra?

—Creemos que no, señor. Mpanzu no se prepara para la guerra. Permanece tranquilamente en la aldea, esperando a que el capitán Rodrigues y los soldados blancos se marchen de Mpangala.

Tardaron unos minutos en cruzar el Lelunda. Los centinelas de la puerta que daba al río, sentados alrededor de las fogatas, se pusieron de pie y se acercaron a la orilla. Eran jóvenes nsundis armados con lanzas y escudos. Quizá se sorprendieron al ver a Gil —él casi nunca venía a Mpangala—, pero lo reconocieron en el acto y le ayudaron a sacar la canoa del agua.

—Vengo a ver al capitán Rodrigues —dijo Gil, desembarcando de un salto—. ¿Dónde está?

—En la casa del sacerdote blanco —respondió uno de los centinelas—, en la plaza principal.

No había más que dos alabarderos en la plaza principal. Evidentemente, les habían destinado a vigilar la casa del padre José en el lado este de la plaza pero, en el transcurso de la larga y tranquila noche, se habían acercado al pozo situado en el centro de la plaza. Se habían quitado los cascos y abandonado las alabardas, y dormían al pie del viejo y enorme baobab que daba sombra al pozo. No se movieron cuando Gil y los hermanos llegaron a su lado. Gil dejó dormir a sus dos acompañantes mientras se orientaba en la oscuridad.

Desde allí veía la puerta norte vigilada por los guerreros apostados en el exterior. También se distinguía a algunos guerreros en las galerías de los edificios del lado oeste de la plaza porque aquellos edificios, rodeados por una empalizada, formaban el recinto del cacique de Mpangala. Una de las casas era la residencia de Mfidi a Mpanzu y de su madre, la esposa más joven de Mpanzu. El fraile, el padre Duarte, probablemente estaría allí y no en la casa del padre José, al otro lado de la plaza, para supervisar más de cerca la educación religiosa de la muchacha. Gil desconocía quién era. No se había

preocupado en seguir las intrincadas luchas por el poder entre los restos de la jerarquía nsundi después de la derrota y el exilio de Mpanzu. En cambio, sabía que el nuevo cacique de Mpangala era el hermano mayor de la esposa más joven de Mpanzu —en consecuencia, tío materno de Mfidi—, que se había convertido al cristianismo con el nombre de Bernardo y que había jurado fidelidad a Alfonso.

—¡Soldatos!

Los soldados se despertaron y se levantaron de un salto, y recogieron los cascos y las alabardas. A la débil luz de las estrellas no reconocieron a Gil, que iba vestido con el kanga y descalzo, lo tomaron por un salvaje kongo, y le apuntaron con las armas, en actitud amenazante.

—¿El sargento de marina ya no está en Mpangala? —tronó Gil, apartando una de las alabardas de un manotazo—. ¿Por eso no estáis montando guardia en su casa?

Los soldados se dieron cuenta de quién era, y uno de ellos tartamudeó:

—Santa Madre de Dios, no nos hemos dado cuenta que era usted, señor.

—¿Cómo podíais daros cuenta de nada, hatajo de gandules? Teníais los ojos cerrados.

—No, señor, sólo...

—Volved a vuestros puestos antes de que el sargento de marina se despierte y os mande azotar.

—A la orden, señor.

Cruzaron la plaza a todo correr para tomar sus puestos en la galería de la casa del padre José.

—¿Cuál es la casa de la NtinuSundi, Nuno?

—La que está allá, señor.

Nuno señaló la casa de Mfidi adelantando la barbilla, consciente de que no debía llamar la atención de los soldados portugueses que le observaban. Era una casa pequeña con un único tejado en punta detrás de la casa de tres techos del cacique. Los tres centinelas en la galería miraban a Gil y a los hermanos.

—Esperad aquí a que os haga la señal como acordamos.

Nuno y Gonçalo asintieron, y se dirigieron al lado norte del baobab. Gonçalo subió el cubo de cuero. Se sentaron junto al pozo, y bebieron un trago. Gil leyó la hora en las estrellas. Faltaban dos horas largas para el amanecer. Caminó hasta la casa del padre José. Al subir a la galería, los alabarderos se pusieron en posición de firmes. Gil no les hizo el menor caso y continuó caminando hasta la cocina, situada en la parte de atrás. No había

nadie en la cocina, las cenizas del hogar estaban frías. Las pequeñas chozas de los sirvientes del sacerdote estaban cerradas y a oscuras. Los únicos ruidos que se oían eran los de los animales encerrados en el corral.

De pronto se dejó oír un grito, un súbito grito a pleno pulmón.

A Gil lo pilló totalmente por sorpresa. Se volvió con la mano en la empuñadura del cuchillo. Se oyó un segundo grito. Provenía de la puerta norte. Gil rodeó la casa del cura a la carrera. Nuno y Gonçalo miraban desde el pozo. Los dos alabarderos bajaron de la galería. Se escuchó un tercer grito en el mismo momento en que los guerreros abrían la puerta norte. Los alabarderos corrieron en esa dirección, dando la voz de alarma que hizo salir de sus habitaciones a los otros cuatro soldados portugueses del contingente de Rodrigues que estaban en la casa del cura. Después, el propio Rodrigues apareció en la galería, sin terminar de vestirse, con calcetines, abrochándose el cinturón y mirando a su alrededor con ojos somnolientos. No vio a Gil, pero al darse cuenta que estaba abierta la puerta norte corrió hacia allá detrás de los soldados. Como un minuto después, más o menos, asomó el padre José, que acababa de ponerse la sotana siguiendo a los soldados y a Rodrigues.

Gil echó un vistazo al recinto del cacique que se levantaba al otro lado de la plaza. Entre la multitud que se había despertado al oír los gritos, se encontraba el padre Duarte. Sin duda Mfidi era una de las muchachas que se agrupaban alrededor del fraile. Nuno y Gonçalo, en una admirable muestra de disciplina, permanecían junto al pozo bajo el baobab, a la espera de la señal convenida. Gil se la dio y, mientras ellos se abrían paso entre la multitud congregada en el recinto del cacique, él se dirigió a la puerta norte para ver qué estaba pasando.

—¿Qué hace aquí, señor? —preguntó Rodrigues, sorprendido ante su aparición.

Gil no le respondió, atento a lo que ocurría en el exterior. Un solitario corredor se acercaba por el camino real, con el arco levantado por encima de la cabeza y gritando. Era un guerrero soyo. La longitud del arco, la aljaba a la espalda y el kanga azul oscuro lo identificaban.

—Canoas —gritaba—. Grandes canoas con alas de pájaro vienen por *nzere*.

—¿Alcanza a entender lo que grita, señor Eanes?

Gil volvió la cabeza para ver quién preguntaba. Era el padre Duarte. Después miró más allá del fraile en dirección al recinto del cacique en un intento de ver si Nuno y Gonçalo se habían hecho con Mfidi. No pudo porque la excitada muchedumbre agrupada en la puerta le tapaba la vista.

—Grita que vienen naves —exclamó el padre José—. Dice que vienen naves, naves de vela navegando por el Zaire.

—No me lo creo —replicó Rodrigues.

Gil cruzó la puerta para ir al encuentro del mensajero. Rodrigues y los dos sacerdotes se apresuraron a seguirle. El corredor acortó el paso, con la respiración agitada.

—Canoas —repitió en voz baja—. Muchas y grandes canoas con alas de pájaro de los Porta Guis vienen por *nzere*, señor.

—¿Cuántas? —preguntó Gil, que puso una mano sobre el hombro del mensajero para detenerlo.

—Cinco, señor —contestó el soyo, contento de poder detenerse y recuperar el aliento—. Las grandes alas blancas las vimos hace seis días en la costa del océano. Se dice que llegarán a Santo Antonio dentro de cuatro o cinco días si el tiempo se mantiene. Son las primeras canoas que llegan al puerto desde hace más de dos años.

III

Una nave de cuatro palos y doscientas toneladas de desplazamiento, con más de ochenta pies de eslora y veinte cañones en la cubierta principal; era *a caravela de armada*. Sin duda se trataba de la nave capitana de esta inesperada flota. La acompañaban otras tres *carabelas* de tres palos y unas cien toneladas de desplazamiento, dotadas con lombardas y culebrinas. La quinta era una pinaza desarmada, una nave de dos palos de vela latina, que servía de barco de abastecimiento de la expedición. Ofrecían una visión impresionante, ocupando toda la cala frente a Santo Antonio do Zaire. Nunca hasta ese momento habían recalado allí tantas naves al mismo tiempo. Cuando Gil las divisó al primer vistazo, desde la vanguardia de la caravana real que llegaba por el camino del río desde São Salvador, las naves se encontraban fondeadas a unas diez brazas de la costa, con las velas recogidas, y las banderas y los gallardetes ondeando en la fuerte brisa marina de la madrugada. Era obvio que llevaban días en el puerto, pero a Gil le resultó extraño que, hasta donde podía imaginar, nadie de la oficialidad ni de la tripulación había desembarcado ni había iniciado los trabajos de descarga.

Gil caminaba deprisa. Había viajado en litera la mayor parte del viaje desde São Salvador, pero se había apeado al llegar a Santo Antonio para adelantarse, ansioso por averiguar los motivos por los cuales, después de tantos años de abandono, el rey portugués había despachado al Congo precisamente ahora una flota tan grande y de aparente riqueza. Alfonso, como exigía el protocolo, continuaba el viaje en la litera lo mismo que el obispo De Sousa. En cambio, Rodrigues también se había apeado, mientras el resto de la caravana hacía su entrada en la plaza mayor de la ciudad ribereña, para seguir a Gil hasta la orilla y contemplar más de cerca a las naves curiosamente silenciosas que tiraban de las anclas en la rápida corriente del Zaire. Un soldado del fuerte de Santo Antonio, con cota de malla y casco, el machete al cinto y un catalejo en la mano, se acercó corriendo y saludó al sargento de marina.

—¿Qué problema hay, cabo? —preguntó Rodrigues—. ¿Por qué no ha desembarcado nadie?

—No lo sé, señor. En cuanto echaron el ancla, fuimos a su encuentro como hacemos siempre, pero nos advirtieron que permaneciéramos alejados. Dispararon un cañonazo de aviso.

—¿Dispararon un cañonazo? Deme el catalejo.

Rodrigues cogió el catalejo, se lo llevó al ojo bueno y comenzó a observar.

Gil miró a su alrededor. Los nobles de la corte del ManiKongo, vestidos con sus mejores prendas portuguesas, se reunieron a la sombra de la enorme y solitaria palmera en el centro de la plaza mayor, esperando a que llegara la caravana real. En el momento en que bajaron las literas y Alfonso y el obispo De Sousa se apearon, vestidos con sus ornamentos sagrados, sonaron los cuernos con una estridente nota de bienvenida, los bailarines comenzaron a danzar al ritmo frenético de los tambores. El ManiSoyo se adelantó y, de acuerdo con el nuevo orden del reino, ya no estaba obligado a prosternarse a los pies del ManiKongo y ofrecer el cuello a la lanza real. En cambio, a la moda europea, hincó una rodilla en tierra y besó la mano del rey. Luego repitió el gesto de respeto y fidelidad al obispo.

Ya no era el mismo ManiSoyo. El viejo ManiSoyo de pelo blanco y expresión paternalista había muerto pacíficamente mientras dormía hacía muchos años, satisfecho con su participación en los hechos que habían traído la magia de los hombres blancos al reino. Este ManiSoyo era un sobrino nieto (primo de Inés), un hombre pequeño de aspecto cansado, unos años más joven que Alfonso (y que Gil). Quizá no llegaba a los treinta años, pero era poseedor de una gran inteligencia, a la par con la de su parienta, la reina viuda Leonor. Debido a la temprana alianza de su tío abuelo con los portugueses y también por su importancia como señor de Santo Antonio, el paso obligado de todo el comercio europeo había prosperado con el nuevo régimen. Aunque sólo fuera por esto, era un cristiano devoto, bautizado con el nombre de Jorge, enemigo declarado de todos los enemigos de los portugueses.

—Santa Madre de Dios.

Gil se volvió para mirar a Rodrigues.

—¿Qué pasa?

Rodrigues bajó el catalejo.

—La peste —respondió.

—¿Qué?

—Hay peste a bordo de las naves, señor. Por eso no ha desembarcado nadie. Véalo usted mismo. —Rodrigues le pasó el catalejo—. Tienen que esperar a que se consuma por sí misma antes de desembarcar.

Gil observó la nave capitana con ayuda del catalejo. En lo más alto del palo mayor, por encima de la enseña real, ondeaba la bandera negra que indicaba la presencia de la peste. Nunca habían visto a ningún apestado, pero conocían las historias sobre la temida muerte negra que periódicamente asolaba Europa en aquellos años, de cómo podía ser traída a bordo de una nave por un marinero que no sabía que estaba infectado (o lo sabía pero lo guardaba en secreto), para revelarse súbitamente cuando la nave se encontraba en alta mar, propagándose entre la tripulación, para matar a unos y perdonar a otros, pero siempre para acabar diezmando a la tripulación de la nave. Esto era lo que seguramente había pasado aquí, pensó Gil. La peste se había mostrado después de navegar muy lejos de Lisboa antes de emprender el regreso, incluso después de dejar muy atrás San Jorge da Mina. Quizá se tratara de una flota con destino a las islas de las Especias y el lejano Catay. Descubrieron la presencia de la peste a bordo sólo después de dejar muy atrás San Jorge da Mina y decidieron cambiar el rumbo y navegar hacia el Congo sólo porque Santo Antonio era el puerto más cercano. Eso explicaría por qué esta expedición había venido aquí ahora cuando ninguna otra carabela de semejante tamaño y riqueza había venido antes.

—¿Cuánto tiempo tarda en consumirse a sí misma? —preguntó Gil, apartando el catalejo.

—Siempre es diferente. Algunas veces mueren todos antes de que se consuma. Otras sólo mueren unos cuantos.

El redoble de los tambores y el toque de las trompetas cesaron en la playa. Se habían cumplido las formalidades de la ceremonia de bienvenida, y Alfonso, el obispo De Sousa y el ManiSoyo se acercaron a la orilla.

—Don Jorgé —saludó Gil con una cortés inclinación.

—Acabo de decirle a Su Majestad que estas naves no nos dejan que nos acerquemos, señor Inis. —El ManiSoyo tenía una vocecita que iba en consonancia con su figura—. No puedo imaginar por qué. Nos alegramos mucho de ver que venían después de tanto tiempo y nos apresuramos a ir a darles la bienvenida. Pero no nos han permitido que nos acerquemos. ¿Cuál puede ser la razón? ¿Lo sabe usted, señor?

Gil miró a Rodrigues. El sargento de marina se había apartado unos pasos y conferenciaba con el obispo en voz baja.

—Hay una enfermedad a bordo de las naves, don Jorgé —contestó Gil—. No los dejaron acercarse para prevenir que ustedes se contagiaran la enfermedad.

—¿Qué clase de enfermedad?

—Los portugueses la llaman *peste*. —A la vista de que la palabra no tenía significado alguno en el idioma kongo, Gil añadió—: Muerte negra.

—¿Muerte negra? —repitió Jorge, estremeciéndose como una hoja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alfonso.

—Han puesto los gallardetes para avisarnos. —Gil le alcanzó el catalejo—. ¿Ves los gallardetes negros en lo más alto de los palos mayores? Nos señalan que tienen la muerte negra a bordo. En cuanto se consuma a sí misma, arriarán los gallardetes y vendrán a la costa.

—Pero vienen a la costa ahora. —Alfonso le devolvió el catalejo.

En la nave capitana habían arriado la chalupa por la banda de estribor y los hombres bajaban por las escalas. Algunos eran marineros provistos de remos. Otros eran soldados, con las armaduras relucientes por el sol. Uno era un sacerdote de hábito blanco agitado por el viento. Otros dos eran oficiales de la nave y llevaban cascos. Uno de los oficiales parecía tener dificultades para bajar por la escala y el sacerdote lo ayudaba.

—Señor sargento —Gil le pasó el catalejo a Rodrigues—, ¿es posible que la peste ya se haya consumido a sí misma?

Rodrigues acercó el catalejo al ojo bueno, pero no era necesario. La chalupa, navegando hacia la costa, se veía con toda claridad. Uno de los oficiales iba de pie en la proa, vestía peto con hombreras de acero y casco con plumas. Llevaba una mano apoyada en el pomo de la espada. Seis marineros, tres por banda, manejaban los remos, y dos soldados iban sentados entre cada par de remeros, con las armas sobre las rodillas. El otro oficial viajaba sentado a popa, y el sacerdote iba arrodillado junto a él. Más que sentado parecía yacer en los brazos del sacerdote. También llevaba casco con plumas, pero no vestía armadura, sino que iba envuelto en una manta gris. El sacerdote mantenía agachada la cabeza de tal forma que el ala ancha de su sombrero protegía del sol el rostro del oficial. En cuanto la chalupa se acercó a la orilla, el oficial que iba a proa desembarcó de un salto. Era un hombre flaco y desdentado con una sucia y descuidada barba negra y ojos también negros de mirada astuta. En un abrir y cerrar de ojos se volvió para comprobar el estado del otro oficial que yacía en brazos del sacerdote, después se fijó en los hombres de la playa y sin duda reconoció al obispo De Sousa y a Rodrigues, pero sus brillantes ojos se fijaron en Alfonso. Más alto, más fuerte y robusto, vestido con un tabardo rojo, Alfonso ofrecía una prestancia imponente.

—¿Don Alfonso? ¿ManiKongo?

—Sí. ¿Y usted, señor?

El hombre se quitó el casco, hizo una profunda reverencia e hincó una rodilla en tierra.

—Majestad, soy Álvaro Lopes, segundo comandante de esta flota, enviada por su hermano el rey, Manuel el Afortunado, rey de los portugueses.

—¿Manuel el Afortunado? ¿Juan II ya no es rey de los portugueses?

—No, majestad. —Lopes se puso el casco y se levantó—. Es mi penoso deber informar que Juan ha muerto.

—¿Y quién es este Manuel el Afortunado?

—El primo de Juan.

—¿El primo de Juan? ¿Cómo es que su hijo, el infante Alfonso de quien llevo el nombre, no ocupa el trono de su padre?

Lopes miró al obispo De Sousa antes de responder.

—Estas cosas ocurren, Majestad. Estoy seguro de que Vuestra Majestad lo comprende. No me corresponde a mí, un simple capitán de barco, intentar explicar las cosas que ocurren en la corte de Sintra.

El obispo asintió. Él lo comprendía, y también Gil. Las intrigas en la corte portuguesa, las cuestiones políticas cuyos detalles se ignoran cuando se está en la otra punta del mundo.

—¿La sucesión fue pacífica, don Álvaro? —preguntó el obispo.

—No hubo derramamiento alguno de sangre, si es eso lo que quiere saber, Majestad. Hasta donde sé, el infante Alfonso continúa vivo. Más no le puedo decir.

—Vamos a dejarlo así. Ya tenemos bastante con saber que un nuevo rey se sienta en el trono de Portugal. Y bastante también con saber que se llama Manuel el Afortunado, que reine muchos años, y a quien damos gracias por enviarnos esta gran expedición.

—¿Es cierto que nos la envía, don Álvaro? —preguntó Gil.

—¿Gil Eanes? —replicó Lopes.

—Sí.

—Ah, señor Eanes, me alegro de conocerle. Se habla mucho de usted en Lisboa.

—Espero que bien.

—*Com certeza.*

—¿Sus naves no hacen la ruta de las Indias? ¿No navegaban hacia las Indias y recalaron aquí porque llevan la peste a bordo?

—No, señor Eanes. Es cierto que tenemos la peste a bordo, pero zarpamos de Lisboa con destino al Congo. Estas naves las armó con enormes gastos el rey Manuel, expresamente para el Congo.

—Eso significa que el rey Manuel tiene mucho más interés por el Congo que el que tuvo nunca el rey Juan. Porque Juan II nunca nos envió tantas naves.

—Está muy interesado, señor. Su interés por el Congo es muy grande.

—¿Cómo es eso? ¿Es que el comercio con las Indias ya no es tan rentable como antes?

—El comercio con las Indias continúa siendo una fuente de grandes ingresos para la corona. Pero el rey Manuel cree que también se puede conseguir grandes riquezas del Congo.

—¿Qué clase de riquezas? ¿Qué riquezas cree el rey Manuel que hay en el Congo que no haya tenido antes?

—¿Por qué se lo preguntas? —le interrumpió Alfonso en idioma kongo para que Lopes no le entendiera—. ¿Sospechas de este hombre y de sus naves?

Gil pensó un momento en las sospechas que albergaba, pero eran algo muy vago incluso para él mismo. Después de todo, ¿por qué no podía tener el nuevo rey unos intereses distintos al anterior? ¿Por qué no podía Manuel el Afortunado valorar el aceite de palma, la madera, el marfil y las pieles de los kongos tan alto como Juan II había valorado las sedas y las especias de las Indias? Así que meneó la cabeza, tibubeante.

—¿Dice usted que es el segundo comandante de esta flota, don Álvaro? —preguntó Alfonso, empleando de nuevo el portugués—. ¿Quién es el capitán?

—Simao da Silva, caballero de la Orden de Cristo. Está allí en la chalupa, majestad. Lamenta mucho no poder presentarse correctamente, se está muriendo. La muerte negra se lo llevará muy pronto.

Todas las miradas se centraron en el oficial que yacía en brazos del sacerdote. De barba y pelo blanco, se veía claramente que había sido un gigantón ahora consumido por la enfermedad. Incluso a esta distancia, se veían en su rostro los horribles bubones y las pústulas que lo deformaban grotescamente. El sacerdote le lavaba el rostro con un trapo que mojaba en el río.

—Retrasó todo lo posible el desembarco, majestad, en la esperanza de mejorar y presentarse correctamente. Pero esta mañana quedó bien claro que no sobreviviría un día más, así que me ordenó traerle inmediatamente. Solicita urgentemente una audiencia para poder, en su último acto, transmitirle los saludos del rey de Portugal y el juramento de una renovada y más estrecha alianza representada por esta valiosa expedición. ¿Irás a verle?

—No creo que sea prudente, majestad —intervino el obispo De Sousa—. El hombre está muy enfermo. Corre el riesgo de contraer su enfermedad.

—¿El sacerdote que está con él también tiene la enfermedad, don Álvaro? —preguntó Alfonso.

Lopes miró al sacerdote que atendía al capitán general.

—No, majestad, está tan sano como yo.

—Y sin embargo, no tiene miedo de enfermar.

—El padre Enrique es un joven muy valiente, majestad.

—Por lo menos puedo ser tan valiente como él —replicó Alfonso, caminando hacia la chalupa.

—Mi capitán, Su majestad está aquí —susurró Lopes con voz casi inaudible—. Despierte, mi capitán, el rey kongo está aquí para concederle la audiencia que quería.

Simao da Silva abrió los ojos haciendo un esfuerzo tremendo.

—Su majestad... Don Alfonso. ManiKongo... —Su voz era un débil susurro que daba pena oír—. Doy gracias a Dios por permitirme vivir lo suficiente para saludaros en nombre de mi rey. ¿Él me comprende, Álvaro? ¿Hay alguien que pueda traducir sus palabras? ¿Debo hablar en latín? ¿Será más fácil entenderse en latín?

—Hable en portugués o en latín, qué más da, don Simao —respondió Alfonso—. Le comprenderé en cualquiera de las dos lenguas.

—Oh, sí, desde luego. Me dijeron en Lisboa que sois un hombre de grandes conocimientos y que habláis con fluidez el portugués y el latín. *Dei gratia*. —Da Silva intentó sentarse, y el esfuerzo hizo que gruesas gotas de sudor resbalaran por su frente—. Su majestad... doy gracias a Dios por permitirme vivir lo suficiente para presentaros de propia mano este *regimento* de vuestro hermano don Manuel de Portugal. Este *regimento*... ¿dónde está el *regimento*, padre? Debo presentarlo al ManiKongo personalmente.

—No se excite, don Simao —le rogó el sacerdote—. El *regimento* está aquí.

Un rollo de pergamino, atado con una cinta púrpura, sellado con lacre rojo donde aparecía el escudo de armas real, estaba en la manta sobre las rodillas de Da Silva. El sacerdote lo recogió para meterlo suavemente entre los dedos del moribundo.

—Majestad, este *regimento*, que os presento de propia mano, tal como me encomendó mi rey... —Da Silva hizo una pausa para recuperar el aliento, y luego cerró los ojos, apretando el rollo de pergamino como si luchara contra un espasmo de dolor—. Majestad, este *regimento* proclama una renovada y

fortalecida alianza entre nuestros reinos... Aflojó los dedos, el pergamino cayó de su mano y él se desplomó en los brazos del sacerdote.

Alfonso miró a Lopes.

—Mi capitán.

Da Silva musitó algo.

—¿Qué dice, mi capitán?

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

—Se está muriendo —anunció el sacerdote en voz baja—. Confiese sus pecados, don Simao. Diga un acto de contrición por la salvación de su alma. No hay tiempo que perder. —Al ver que Da Silva no respondía, el sacerdote rezó la oración por él—. Señor mío Jesucristo... a mí me pesa, pésame Señor, de todo corazón...

Alfonso, Gil y Lopes guardaron silencio. El sacerdote mientras tanto le administraba los últimos sacramentos y rezaba las preces de los agonizantes, para después inclinarse y besar la desfigurada mejilla del muerto. El pelo rubio y largo del sacerdote le caía hasta los hombros por debajo del sombrero. Cuando se agachó para besar a Da Silva, el pelo cayó sobre el rostro del difunto.

—¿Está muerto, padre? —preguntó Lopes.

—Está muerto, don Álvaro. *Requiescat in pace.* —El padre Enrique se irguió, se descubrió y con el sombrero en la mano, con el mismo trapo que había usado para limpiar el rostro de Da Silva se enjugó el suyo.

Por fin Gil le vio la cara. Era un rostro mestizo.

—¿Kimpasi? ¡Dios mío!, ¿eres tú, Kimpasi?

El padre Enrique sonrió con una expresión de tristeza.

—Sí, *pai*, soy yo. Regreso a casa desde Portugal.

Y Gil se preguntó qué presagio era éste, que su hijo regresara a su tierra natal a bordo de una flota azotada por la peste. El joven llevaba un collar de hematites alrededor del cuello.

* * *

Kimpasi, el padre Enrique, era muy joven para ser sacerdote. No había cumplido los veinte años —quizá se le había otorgado una dispensa especial debido a su curiosa herencia— y era alto, delgado y, en la deliciosa confusión de su color y facciones, muy apuesto, de una manera poco convencional. En su rostro afeitado no había rastro alguno de la alegría juvenil. Había sido un

niño grave y solemne, y los años pasados en Lisboa —le habían enviado al Colegio de Santo Eloi cuando tenía catorce años— parecían haberlo convertido en un hombre todavía más grave, sombrío y melancólico. Gil estaba desconsolado. En realidad, no sabía que su hijo estaba en Lisboa estudiando para cura; esperaba que regresara al Congo convertido en un experto navegante (como el príncipe de su mismo nombre), en un piloto o en un cartógrafo, en cualquier caso educado en una profesión adecuada para la carrera en el mar. Pero no tuvo ocasión de preguntárselo. Los días siguientes, Enrique estuvo muy ocupado con los preparativos del sepelio de Da Silva. Ayudó al obispo en la misa de réquiem y dirigió el servicio en el entierro realizado en el cementerio de la iglesia de Santo Antonio do Zaire. Después volvió a las naves de la flota para proseguir su trabajo entre los compañeros enfermos. Consoló a los moribundos, escuchó sus confesiones, administró los últimos sacramentos y los enterró en el mar. Podían pasar semanas, incluso meses, antes de que la peste se consumiera a sí misma, y aquellos que sobrevivieran comenzarían a descargar las bodegas y Enrique pudiera volver a tierra.

En cambio, Álvaro Lopes permaneció en tierra. Con la muerte de Simao da Silva le había sucedido en el mando de la expedición y también en un título que, hasta el día después del funeral, nadie supo que ostentaba Da Silva: embajador portugués en el reino del Congo. Era un título sorprendente. Nunca habían tenido nada así en África y, cuando Lopes lo reveló, provocó el asombro general y planteó otro interrogante.

—¿Embajador, don Álvaro? —repitió el obispo De Sousa—. ¿Servirá como embajador del rey Manuel en la corte del ManiKongo?

—Sí, excelencia —respondió el flaco, desdentado y sucio capitán de barco con mal disimulada satisfacción—. Embajador y al mismo tiempo gobernador de la colonia portuguesa en este reino.

—¿Gobernador además de embajador? —El prelado sonrió, calculaba cómo afectaría esta novedad a su posición en el reino—. Debo decir que es un gran honor el que le ha conferido el rey Manuel. Y no sólo a usted, don Álvaro, sino también a nosotros. Es una muestra de la importancia que asigna a nuestra pequeña colonia.

—Así es, excelencia. Como le dije, el rey tiene depositadas grandes esperanzas en su colonia del Congo.

Todo esto ocurría en el salón de recepciones de la fortaleza de Santo Antonio. Era una habitación con el techo abovedado y pequeñas ventanas que dejaban pasar muy poco de la brillante luz del sol, amueblada con sillas de

respaldo alto y una larga mesa, pinturas religiosas, tapices y armaduras colgadas en las paredes de piedra. Además de Lopes y De Sousa, Alfonso y el ManiSoyo Jorgé compartían mesa y mantel. También había una silla para Gil, pero él permanecía de pie detrás de Alfonso. En cuanto a Rodrigues, iba y venía, muy ocupado con la inspección de las tropas destinadas a la fortaleza. En este momento, no estaba presente.

—No dejan de despertar mi curiosidad las grandes esperanzas que el rey Manuel deposita en su colonia del Congo, don Álvaro —comentó Gil—. ¿Cuáles pueden ser esas esperanzas que requieren la presencia de un embajador y un gobernador después de estos años?

—Está todo explicado en el *regimento* del rey Manuel, señor. —Lopes estaba en posesión del pergamino que Da Silva había dejado caer al morir. Ahora lo sacó de un bolsillo de su jubón de cuero y, con una uña sucia, comenzó a romper el lacre del sello real—. Quizá sea éste el momento de leerlo.

—¿Don Álvaro?

—¿Majestad?

—El *regimento* lo envió el rey Manuel para mí, ¿no es así?

—Sí, majestad.

—Entonces, si tiene usted la bondad de dármelo... —Alfonso extendió la mano por encima de la mesa.

—Sí, por supuesto, majestad. Sólo quería evitarle la molestia de leerlo.

—Sé leer, don Álvaro.

—Sí, claro. —Lopes puso el pergamino en la mano que le tendía Alfonso.

El rey acabó de romper el sello, desenrolló el pergamino y, sosteniéndolo con el brazo estirado, comenzó a leer en voz alta, como si quisiera demostrarle a Lopes que podía hacerlo:

Muy poderoso y excelentísimo rey del Congo, don Alfonso, mi hermano, saludos. Os enviamos a Simao da Silva, un noble de nuestra casa, una persona de nuestra mayor confianza. Os suplicamos que le escuchéis y confiéis en él con fe y convencimiento en todo lo que diga porque él habla en nuestro nombre.

Alfonso interrumpió la lectura que había hecho en voz alta y continuó leyendo en silencio. Leyó durante unos minutos, y luego le pasó el pergamino a Gil.

—Comprenderá, majestad, que cada vez que el rey Manuel menciona a Simao da Silva, que el Señor lo tenga en su gloria, el nombre de Simao tendrá que ser lamentablemente sustituido —señaló Lopes.

Alfonso aceptó las palabras de Lopes con un gesto apenas perceptible y se apartó de la mesa para volverse y mirar a Gil.

Gil tenía poca experiencia con las reales declaraciones y decretos, y le costó mucho orientarse. Después de un largo párrafo introductorio, escrito en una prosa llena de halagos y cumplidos («Sabemos, muy poderoso y excelentísimo ManiKongo, que su vida cristiana es tal que no parecéis un hombre sino un ángel enviado para convertir vuestro reino»), el documento, el *regimento*, estaba redactado en tres grupos diferentes de instrucciones para Simao da Silva (y ahora, presumiblemente, para su sucesor Álvaro Lopes). El primer grupo detallaba los hombres y los suministros que el rey portugués enviaba al Congo a bordo de la flota, víctima de la peste, que ahora permanecía fondeada en la desembocadura del río, con el propósito de renovar la muy demorada evangelización del reino y fortalecer la moribunda alianza con la corona portuguesa. El segundo se ocupaba de la conducta que Da Silva (y ahora Lopes) debía exigir de los colonos de la muy ampliada colonia portuguesa, otorgándole poderes para arrestar, castigar y, si era necesario, expulsar a aquellos que no llevaran una vida ejemplar. El último grupo era el más corto, pero el que más llamó la atención de Gil.

Esta expedición —escribía el rey Manuel— nos ha costado mucho. Sería poco razonable enviar las naves de regreso a casa con las bodegas vacías. Aunque nuestro principal deseo es servir a Dios y a la complacencia del ManiKongo, ustedes [refiriéndose a Da Silva y ahora a Lopes] deben hacerle entender [a Alfonso], hablando en nuestro nombre, cuáles son los bienes con que llenarán las bodegas de nuestras naves para recompensar nuestra filantropía.

No se mencionaba cuáles eran los bienes que deseaba el rey Manuel ni tampoco la cantidad de mercancía que consideraba como una justa compensación al coste de la expedición. Esto debía decidirlo otro oficial de la flota, un hombre llamado Fernando de Melo. El tal De Melo debía hacer una acertada estimación de las riquezas del Congo y luego decidir cuál sería una compensación razonable al coste de la expedición. ¿Por qué era necesaria una estimación de las riquezas del Congo? Sin duda, después de todos estos años,

los portugueses sabían muy bien cuáles eran las riquezas del Congo. Era precisamente este punto el que despertaba las vagas sospechas de Gil.

—¿No cree que el *regimiento* responde a sus preguntas sobre las esperanzas del rey Manuel para el Congo, señor Eanes?

—No del todo.

—¿Qué le preocupa?

—Por ejemplo, quién es Fernando de Melo.

—*Donatário* de San Jorge da Mina. No ha podido desembarcar porque él también es víctima de la peste. Pero en su caso, *Deo gratias*, hay muchas posibilidades de que sane.

—Pero no hay oro en el Congo.

—¿Oro? ¿Por qué habla de oro, señor?

—Porque el polvo de oro en los ríos del país achanti es el objeto más importante del comercio y el intercambio de San Jorge da Mina. Por lo tanto, supongo que al enviar a su *donatario* aquí, quiere decir que el rey Manuel confía en que también se encuentre polvo de oro en los ríos del Congo.

—Quizá sea así, señor.

—Pues no hay oro en el Congo. Si lo hubiera, lo habríamos encontrado hace años.

—Fernando de Melo es un experto en encontrar oro, señor Eanes.

—¿Y si no lo encuentra aquí, como estoy seguro de que no lo encontrará?

—Entonces será decisión suya decir qué otros bienes llenarán las bodegas de las naves del rey para resarcir los costes. ¿No es lo más justo, majestad?

Alfonso observó a Gil durante un buen rato, como si quisiera descubrir cuáles eran sus pensamientos. Después se dirigió a Lopes.

—Si se encuentra oro en nuestro reino, nada nos alegrará más, don Álvaro. Así que Fernando de Melo será bienvenido a buscar todo cuanto desee y le ayudaremos en todos los aspectos. El Congo tiene muchas otras riquezas y, si no encuentra oro, llenaremos las bodegas de las naves del rey abundantemente con lo que satisfaga al rey don Manuel el Afortunado, porque es nuestro deseo por encima de todo lo demás, don Álvaro, complacer a nuestro hermano Manuel. Anhelamos durante mucho tiempo la llegada de una expedición como ésta para reanudar la construcción de iglesias y escuelas en nuestro reino, fomentar la educación de nuestros hijos e instruir a nuestra gente en la fe, fomentar el trabajo de la creación de una lengua escrita, para acercar al reino kongo una vez más a los reinos de la otra orilla del mar. Por lo tanto, puede estar seguro, don Álvaro, que recompensaremos la

generosidad de don Manuel llenando sus naves con las riquezas, ya sea oro o cualquier otra cosa, que más le complazca.

—Muy bien dicho, majestad.

Alfonso miró a Gil complacido y generoso.

Gil no hizo ningún comentario. Sencillamente le devolvió el *regimento* a Alfonso y se dirigió a él en kongo:

—Estoy seguro de que me comprenderás si me marchó ahora, Mbemba. Quiero ver a Kimpasi. Han pasado muchos años.

—Claro. Abraza al muchacho de mi parte y dile que espero ansioso escuchar sus aventuras en Lisboa.

Gil le alquiló una canoa a un pescador soyo y navegó con rumbo a la nave capitana de la flota. No estaba muy seguro de encontrar a Enrique a bordo de la nave insignia. Probablemente, las obligaciones del joven sacerdote le llevaban de bajel en bajel, pero era lógico suponer que los marineros a bordo supieran en qué nave se encontraba.

—Apártese, señor. No se acerque. Tenemos la peste a bordo.

El hombre que gritaba el aviso, asomado a la borda de estribor, era alto, delgado y casi calvo. Por un instante, Gil creyó reconocerlo.

—¿Eres tú, Nuno?

—¿Qué dice? Por favor, señor, apártese. No se acerque más. Tenemos la peste a bordo.

Gil continuó acercándose sin hacer caso del aviso. Comprobó que el hombre no era su viejo amigo.

—Ya sé que tenéis la peste a bordo. Busco al padre Enrique. ¿Está a bordo?

—Sí, está en la nave. ¿Para qué lo quiere?

—Ve a buscarlo. Dile que Gil Eanes está aquí.

—¿Usted es Gil Eanes? *Marinheiro*, ve a buscar al padre. Dile que el señor Eanes está aquí.

Lanzaron una escala por encima de la borda.

—No tendría que subir a bordo, señor Eanes. Todavía hay muchos enfermos.

—Tú pareces estar muy sano.

—Lo estoy, señor. Gracias a Dios, hasta el momento me he librado.

—Tú no eres el contramaestre de esta nave, ¿verdad?

—No, soy el maestre. Todos sabemos quién es usted, señor Eanes. No puede arriesgarse al contagio de esta maldita enfermedad. Me juego el cuello dejándole subir a bordo.

—¿Por casualidad es Nuno Gonçalves el contraamaestre?

—Era nuestro contraamaestre, señor. Pero murió de la peste diez días antes de llegar a este puerto, y lo enterramos en el mar.

—*Pai*.

Gil se volvió. Enrique subía la escalerilla desde los camarotes del castillo de popa. Iba con la cabeza descubierta, el pelo rubio alborotado por el viento, el hábito blanco con manchas de sangre seca, el rosario negro atado a la cintura y el collar de hematites alrededor del cuello.

—Kimpasi.

Padre e hijo se detuvieron a unos pasos el uno del otro dominados por un momento de emoción. Los soldados y los marineros comenzaron a rodearlos. ¿Conocían su relación? ¿Sabían que su valiente y joven sacerdote mestizo era hijo de Gil? Gil tocó con suavidad paternal el collar de hematites.

—¡Todavía lo conservas!

—Sí —respondió Enrique con su pequeña sonrisa mezclada de tristeza.

—Me alegro. —Sujetó a su hijo por los hombros al estilo del tradicional saludo kongo, lo mantuvo apartado durante un momento y después lo abrazó con todas sus fuerzas.

Un murmullo de sorpresa y placer corrió entre los espectadores.

—No tendrías que estar aquí, *pai*. La peste todavía es muy fuerte entre nosotros. Cada día muere uno más.

—Todos me dicen lo mismo. Pero no podía esperar más a hablar contigo y saber de tus experiencias en Portugal. No sabía que hubieras decidido estudiar para cura. Supongo que tu madre estará satisfecha, pero yo esperaba que abrazaras la carrera del mar.

Enrique no replicó al comentario de su padre. Volvió a sonreír tristemente con la mirada fija en el suelo. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué ésta melancolía? Gil miró a los tripulantes.

—¿Hay algún lugar donde podamos estar solos, Kimpasi? ¿Tienes un camarote?

—Sí, pero ahora lo usamos como enfermería. Está lleno de enfermos y moribundos. Vayamos a la cubierta de proa. Allí estaremos solos.

La cubierta de proa era un lugar agradable, desde donde se veían las islas en medio del cauce del ancho y poderoso río, expuesta al fresco viento que soplaba del mar. Las gaviotas y las águilas pescadoras revoloteaban en círculos por encima de la nave. Gil tomó asiento en el cabrestante y Enrique se sentó en el rollo del cabo del ancla.

—Me alegra que todavía me llames Kimpasi, *pai* —comentó el joven sacerdote con un tono melancólico—. Nadie me llama así. Tú eres el único.

—¿El único?

—Sí. Desde el día de mi bautismo, incluso mamá siempre me llamó Enrique. ¿A ella todavía la llamas Nimi?

—Pues claro.

—¿Y al rey? ¿Todavía lo llamas Mbemba?

—Sí...

—Nunca has creído de veras en nuestro bautismo, ¿verdad, *pai*?

Gil se encogió de hombros.

—Lo sabía. Incluso cuando era un niño pequeño, sabía que habías perdido la fe.

—¿Por qué dices eso? No he perdido la fe.

—No tienes que defenderte conmigo, *pai*. No estoy hablando contigo como sacerdote. Comprendo por qué has perdido la fe. Por la guerra contra Mpanzu. Por la parte que jugó el obispo De Sousa en la guerra. ¿Me equivoco?

Una vez más, Gil se encogió de hombros, perturbado por la solemnidad y la tristeza reflejadas en las palabras de su hijo.

—Yo tampoco tenía fe y por las mismas razones, *pai*. Mientras crecía, tampoco yo creía en el Dios que el obispo De Sousa nos trajo de la tierra en la otra orilla del mar.

—Entonces, ¿por qué te hiciste sacerdote?

—Al principio, no fue idea mía sino de la abuela, la reina Leonor. ¿O todavía la llamas la Mbanda Lwa? Ella me dijo que era la manera de conseguir grandes poderes mágicos, y yo era muy joven y me impresionó mucho la idea de conseguir grandes poderes mágicos. Y mamá también me alentó. Sabía que lo hacían a espaldas tuyas, *pai*, y no me gustó. Decidí no hacerlo. Pero cuando llegué a Lisboa...

—¿Sí?

Enrique vaciló. Luego manifestó, no con un tono desafiante sino en voz baja, con una dolorosa sinceridad:

—Descubrí mi fe en Lisboa, *pai*. Descubrí a nuestro señor Jesucristo en el colegio. Allí me llamó a su servicio.

Gil suspiró. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía protestar ante semejante confesión?

—Eso está muy bien, Kimpasi.

—Sí. Es algo maravilloso.

—Entonces, ¿por qué no estás contento? A mí me pareces muy triste. ¿Es por la muerte negra que te rodea? ¿Eras más alegre antes de este viaje?

Enrique miró a lo lejos, al río que corría hacia el mar, con la cara vuelta al viento que soplaba desde el mar, y dijo algo que se lo llevó el viento.

—No oigo lo que dices, Kimpasi.

El joven sacerdote miró a su padre.

—¿Sabes que hay un nuevo mundo, *pai*?

¿Qué tontería era ésa? ¿Un nuevo mundo? ¿Quizás una nueva Jerusalén? ¿Su hijo se había convertido en un zelote? ¿Los frailes del Colegio de Santo Eloi le habían trastornado el cerebro con algún nuevo fanatismo religioso?

—¿No sabes que han descubierto un nuevo mundo, *pai*? ¿La noticia todavía no ha llegado al Kongo?

—¿Qué nuevo mundo, Kimpasi?

—Se llama Brasil. Álvarez Cabral lo descubrió hace unos dos años. Estaba al mando de una flota con destino a las Indias, pero una tormenta le obligó a cambiar el rumbo en medio del Atlántico y avistó una montaña a los diecisiete grados de latitud sur. Al principio creyó que se trataba sólo de una isla no cartografiada, pero cuando se acercó a la costa para investigar, vio que no se trataba de una isla, sino de una gran masa de tierra, un continente desconocido, un nuevo mundo. Algunos dicen que él no fue el primero en descubrirlo. Un capitán llamado Cristóbal Colón, que navegaba al servicio de los monarcas de España, en dirección hacia el oeste en busca de la ruta marítima a las Indias cinco años antes que Vasco de Gama, llegó a un grupo de islas más o menos en la misma longitud que Brasil, pero muchos centenares de leguas más al norte. Afirmó que aquellas islas estaban delante de las costas de las Indias y las llamó Indias Occidentales. Sin embargo, ahora hay muchos que dicen que ésas no son las Indias, sino una parte del mismo continente en que se halla Brasil.

Gil le escuchaba profundamente admirado del conocimiento de su hijo.

—Ha provocado una tremenda disputa, *pai*. Evidentemente, este nuevo mundo es muy rico. Dicen que hay grandes cantidades de oro en sus montañas y en sus ríos, mucho más de lo que se encontró en el país de Achanti alrededor de San Jorge da Mina o en cualquier otro lugar de África o de las Indias. Pero, ¿a quién pertenece? Naturalmente, el rey Manuel lo reclama para Portugal. Pero Isabel y Fernando de España lo reclaman para ellos. El papa Alejandro tuvo que intervenir para resolver la disputa.

—¿Y cómo lo resolvió?

—Dictó una bula de demarcación, *Inter caetera*, que traza una línea de norte a sur a través del Atlántico a unas cuatrocientas leguas al oeste de las Azores y de las islas de Cabo Verde, y otorga todas las tierras y los mares al este de la línea a Portugal, y todas las tierras y los mares al oeste de la línea a España. El tratado que acepta la división lo firmaron los monarcas de Portugal y España en Tordesillas.

—Vas demasiado rápido para mí, Kimpasi. Soy incapaz de visualizarlo sin un mapa. Sin duda, el Congo y, por supuesto, toda África estarán al este de la línea, y, por lo tanto, pertenecen a Portugal. Pero, ¿qué pasa con Brasil?

—El rey Manuel, como es lógico, dice que también está al este de la línea, pero nadie lo sabe a ciencia cierta. Nadie puede decir exactamente por dónde pasa la línea a través del nuevo mundo porque no hay buenos mapas. Los cartógrafos de España la sitúan en un lugar, y los portugueses en otro, de acuerdo con lo que mejor se ajusta a sus intereses. La única manera de decidir de quién es realmente este nuevo mundo será estableciendo colonias. Así que se ha iniciado una furiosa carrera entre Portugal y España para establecer colonias. Hay una terrible necesidad de hombres que vayan a colonizar porque, según se dice, las gentes del nuevo mundo no se pueden emplear como colonos.

—¿Por qué no?

—Son salvajes. Viven en la selva y se dice que mueren cuando los emplean en estos trabajos. Por lo tanto, hay que llevar hombres capaces de hacerlo.

—Todo esto es muy extraordinario, Kimpasi. No, en el Congo no teníamos ninguna noticia. Pero dime, ¿por qué el descubrimiento de este nuevo mundo te entristece tanto?

—Por esa terrible necesidad de hombres. Esa terrible necesidad de enviar a miles y miles de hombres a construir colonias en el nuevo mundo.

—¿Sí?

—En realidad, lo que me entristece es saber quiénes son esos hombres.

—¿Quiénes son?

Enrique no contestó. De pronto, desvió la mirada. Gil se volvió. Un hombre se acercaba a la cubierta de proa. Era muy alto, vestido con una capa gris y la capucha que le cubría la cabeza ocultaba su rostro. Resultaba obvio que Enrique no quería que el desconocido escuchara su conversación.

—¿Señor Eanes?

—¿Sí? —respondió Gil, levantándose.

—Me dijeron que estaba a bordo y deseaba conocerle. Soy Fernando de Melo, *donatario* de San Jorge da Mina.

—Don Fernando. También a mí me dijeron que estaba usted a bordo, y deseaba conocerlo.

—Estoy en deuda con usted, señor.

—¿Por qué?

—Por su hijo. Cuidó de mí durante la enfermedad y me rescató de las garras de la muerte con su valor, su paciencia y su fe.

—Me dijeron que había contraído la peste.

—Ahora estoy casi recuperado, gracias al padre Enrique.

El hombre apartó la capucha. Su palidez tenía un tinte grisáceo. Su rostro era largo y cadavérico, tenía las mejillas apagadas y los ojos hundidos, la barba y el pelo cortados muy cortos, pero no había ninguna marca de los bubones y las pústulas de la peste.

—Sólo será cuestión de semanas para que esté recuperado del todo y, lo que es más importante, no tardará mucho en desaparecer la peste. Entonces podremos comenzar el desembarco de los hombres y la carga.

IV

Muy pronto se demostró que era Fernando de Melo, y no Álvaro Lopes, el verdadero comandante de la flota del rey Manuel el Afortunado. Simao da Silva, como caballero de la Orden de Cristo, le superaba en rango y, de haber sobrevivido, seguramente hubiese sido suya la última palabra. Pero cuando la peste se consumió a sí misma, arriaron los gallardetes negros y comenzó el desembarco de hombres y carga de las cinco naves. Lopes, a pesar de los títulos heredados de Da Silva, comenzó a consultar todas sus decisiones con el *donatário* de San Jorge da Mina. Al parecer, el título de *donatário*, propietario general, tenía un rango superior a los de embajador real y gobernador de la colonia.

Tres semanas habían pasado desde la llegada de la flota y faltaban sólo dos días para el comienzo de la cuaresma. De los 633 pasajeros y tripulantes sólo habían sobrevivido a la muerte negra 408; pero, incluso así, era un número extraordinario. De pronto, la población portuguesa del Congo casi se triplicó. Pero lo realmente extraordinario era el tonelaje y el valor de la carga que trajeron a tierra. Tardaron diez días en vaciar las bodegas. Los tinglados de la fortaleza de Santo Antonio estaban hasta los topes. Los cajones, los bultos, los barriles y los toneles se apilaban en los muelles. Había cañones, pólvora, armaduras, armas; misales, biblias y objetos de culto para las escuelas de los misioneros; catalejos, brújulas, sextantes, herramientas de mineros, carros, carretas, arreos y cabrias, además de enormes cantidades de materiales para la construcción. A todo esto había que añadir plantas hortícolas y árboles frutales —caña de azúcar, guayabas, limoneros, limas y naranjos— desconocidos en el Congo y que ahora eran trasplantados a estas tierras. Supervisándolo todo se encontraba la figura alta y cadavérica del *donatário* con su larga capa gris, escoltado por el flaco y desdentado Lopes, que le seguía pisándole los talones, atendiendo nerviosamente todas sus órdenes.

Gil los observaba con profunda inquietud e inmensa intranquilidad. Temía que esta invasión de europeos, este flujo de manufacturas europeas, abrumara al Congo y lo transformara completamente. Habían desembarcado productos y colonos para expandir considerablemente las colonias portuguesas en São

Salvador y Santo Antonio, para construir iglesias y dotar de guarniciones a otras ciudades importantes, y establecer plantaciones de cosechas extranjeras en todo el reino. El Congo sería reconvertido en una copia de Portugal, y eso no le gustaba. Portugal no era para él más que un vago recuerdo. Después de veinte años, se había integrado irremisiblemente en el tejido de la vida del Congo; no quería que le trajeran Portugal a su casa. Pero aparte de la insatisfacción personal, también estaban las sospechas, reforzadas por lo que sabía por su hijo. ¿Por qué el rey Manuel invertía ahora tanto en el Congo cuando el rey Juan II no le había hecho caso durante tanto tiempo? ¿Cuál era la vinculación existente entre el súbito interés y el descubrimiento del nuevo mundo llamado Brasil? Sin duda no podía tratarse de una casualidad.

—¿No se van sucediendo los acontecimientos tal como lo soñábamos, Gil? —preguntó Alfonso.

Se encontraban en las almenas de la fortaleza, contemplando el patio de armas donde se amontonaban las culebrinas, los carros, las cabrias y los cajones a falta de otro lugar donde guardarlos.

—Mira esos cañones. Mira esos extraordinarios mecanismos. Mira esos libros. Mira esos tesoros. Está todo lo que soñábamos. Ahora nos convertiremos realmente en parte del mundo más grande. Ahora tendremos nuestro propio lenguaje escrito. —Alfonso sonrió con un intenso e inocente entusiasmo—. Sabía que acabaría por llegar este día, Gil. Por eso desafié a mi padre y le arrebaté el trono a Mpanzu. Mi hermano nunca lo hubiese permitido. Él nunca habría dejado de luchar para impedir que formáramos parte del mundo más grande.

Gil no hizo comentario alguno. Alfonso vivía en un estado de creciente entusiasmo desde el momento en que conoció la noticia de la llegada de la expedición portuguesa: el entusiasmo que le produjo el ver la riqueza de la carga le infundía nueva vida. Volvió a parecer joven. Los años de desilusión se habían esfumado en el olvido, y Gil no tenía corazón para manchar su entusiasmo con vagas sospechas.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfonso, que acabó por darse cuenta del malhumorado silencio de Gil—. ¿Qué te preocupa?

—¿Recuerdas a Nuno Gonçalves, Mbemba?

—Claro que le recuerdo. Era el maestre de Diego Cão y Bartolomé Días.

—Y también el de Simao da Silva a bordo de la nave capitana de esta flota. Pero la peste se lo llevó. Lo enterraron en el mar.

—Lo lamento. Era un buen amigo tuyo.

—Quizá mi último amigo de Portugal.

—Lo siento —repitió Alfonso.

Pero esperó. Conocía a Gil lo bastante bien para saber que la muerte de Gonçalves, por mucho que le pesara, no explicaba la desazón de Gil. Así que esperó a que continuara. Después de unos momentos, Gil rompió el silencio.

—Tú eres el ManiKongo, Mbemba. Nunca lo olvides.

Alfonso ladeó la cabeza, sorprendido por el superfluo comentario.

—Van a cambiar muchas cosas en el reino. Todo esto... —Gil señaló el patio de armas de la fortaleza y los muelles—. Todo esto cambiará el reino de una manera que no podemos imaginar. Pero tú nunca olvides que eres el rey. No importa cuánto cambie, nunca olvides que tú eres quien gobierna aquí. De Melo y Lopes te darán consejos sobre cómo gobernar. En el *regimento*, el rey Manuel te pide que escuches sus consejos. No permitas que ellos gobiernen tu reino con sus consejos. No permitas que te conviertan en un rey sólo de nombre.

—¿Es eso lo que crees que intentan?

—No lo sé. Te lo prevengo sinceramente, Mbemba. No sé lo que pretenden. No entiendo por qué, después de tantos años, vienen aquí ahora con tantos tesoros y tanto poderío. No comprendo qué esperan conseguir a cambio. Eso me preocupa. Quizá ya no comprenda a mi gente, después de vivir apartado de ellos durante tanto tiempo. Quizá sólo pretenden lo que tú más deseas, convertir el Congo en una parte del mundo más grande, pero considero mi deber decirte cuáles son mis preocupaciones y ponerte en guardia.

—Sí, ése es tu deber para conmigo, Gil, y te agradezco que lo cumplas a la perfección. —Alfonso volvió a mirar el patio de armas—, pero olvida tus preocupaciones, Gil, y alégrate conmigo de la llegada de esta flota cargada de tesoros. Para mí es muy importante. Disipa las dudas que he tenido por lo que hice. Descarga de mis hombros el peso de la culpa por desafiar a mi padre y arrebatarme el trono a mi hermano. Es mi reivindicación, Gil, y doy gracias a Dios por ella.

* * *

—¿Has vuelto a casa para quedarte? —preguntó Teresa, subiéndose a las rodillas de su hermano—, ¿o volverás a marcharte para siempre?

—He vuelto a casa para quedarme, monicaco —replicó Enrique con su sonrisa triste, y estrechó a la niña entre los brazos.

—Esto es exactamente lo que tanto he anhelado —manifestó Leonor—. Un sacerdote en la familia.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer? —preguntó Gil.

—El obispo De Sousa me ha ofrecido ser secretario en el vicariato apostólico, *pai*.

—Eso es maravilloso, Enrique —afirmó Beatriz—. Tenía miedo de que su excelencia te enviara a su cruzada y una vez más tuviésemos que esperar años y años a tenerte a nuestro lado.

—¿Qué cruzada? —preguntó intrigado Gil.

—Su excelencia no habla de otra cosa desde la llegada de las naves del rey Manuel. Comenta que ahora que dispone de más sacerdotes, podrá poner en marcha la gran cruzada para convertir al cristianismo a todas las personas del reino; por eso me temía que Enrique fuera uno de los sacerdotes enviados a un campo de misión remoto en las fronteras del reino. Me alegra que se quede aquí, en la catedral, donde podremos verle cada día.

—Así que te quedarás aquí, Kimpasi. ¿Has aceptado la oferta del obispo?

—Preferiría no hacerlo. —Enrique se pasó la mano por el pelo con gesto cansado—. Preferiría servir, efectivamente, en alguna misión en el campo. Tengo algunas ideas sobre cómo llevar la fe a nuestra gente.

Estaban en el salón de la casa de Gil, celebrando el regreso de Enrique y habían servido una opípara comida, ahora servían las frutas y las copas de vino de palma.

Padre e hijo habían llegado a São Salvador aquella misma mañana, con la primera caravana salida de Santo Antonio con productos y hombres transportados por la flota destinados a la capital del reino. Las noticias de la flota afectada por la peste y su sorprendente cargamento les precedía y cuando la caravana llegó a la ciudad, las calles, las plazas y los mercados estaban abarrotados de miles y miles de personas dispuestas a darle la bienvenida. Alfonso, acompañado por Lopes —De Melo se había quedado en Santo Antonio para comenzar su evaluación de las riquezas del Congo— ordenó que la caravana recorriera todos los barrios antes de cruzar los puentes del Luezi, para que el pueblo tuviera ocasión de satisfacer su curiosidad. En aquel momento, Gil y Enrique abandonaron la caravana para dirigirse directamente a su casa. La noticia de que Enrique había llegado con la flota también se había adelantado a la caravana, y su madre, su hermana y su abuela le esperaban ansiosas.

—No estás enfermo, ¿verdad, Enrique? —le preguntó su madre. Llevaba observándole cada uno de sus cansados movimientos y dolidas expresiones

desde que entró en la casa—. Nos enteramos de la terrible enfermedad a bordo de los barcos y de cómo mató a tantos hombres blancos. No te habrás contagiado de ellos, ¿verdad?

—No, sólo estoy cansado, madre. Fue un largo y duro viaje. Ahora el obispo De Sousa quiere que le ayude en la misa de acción de gracias que celebrará esta noche. Quizá lo mejor sea que descanse un poco. ¿No te importa?

—Claro que no. Ve y descansa un rato. Teresa, acompaña a tu hermano a su habitación. Probablemente ya no recuerde dónde está.

La niña se levantó de un salto y cogió la mano de Enrique.

—Sí que recuerdo dónde está —replicó Enrique con su sonrisa tristona—. Pero no puedo quedarme ahí. Ahora soy un sacerdote y debo alojarme con los demás sacerdotes en el convento.

—También sé dónde está el convento —afirmó Teresa—. Te lo mostraré.

—¿Qué le pasa a nuestro hijo? —preguntó Beatriz, en cuanto los hermanos salieron de la casa, cogidos de la mano—. Está enfermo, ¿no es cierto? Se contagió de la muerte negra y no me lo quieres decir.

—No, Nimi, está sano, te lo prometo.

—Entonces, ¿por qué está tan melancólico?

—No lo sé. No me lo ha dicho. Quizá sea un secreto, algo que como sacerdote no puede revelar.

—¿Qué podrá ser?

Gil meneó la cabeza, y en el salón reinó un silencio que Leonor rompió al interrumpir los pensamientos de los demás y preguntar:

—¿Cree que esto es una buena cosa, señor Inis?

—¿Qué, mi señora?

—Esto, todo esto. La llegada de los hombres blancos al reino. ¿Cree que es una buena cosa?

—Me sorprende que sea usted quien lo pregunte, señora. Usted que desempeñó un papel tan importante y que hizo todo lo posible por conseguir que los hombres blancos vinieran a este reino.

—No lamento la parte que desempeñé para poder traer a los hombres blancos a este reino.

—Porque con eso consiguió poner a su hijo en el trono.

—Sí, porque con eso conseguí poner a mi hijo en el trono. No me avergüenza reconocerlo. Es lo que más ambicionaba y todos nos beneficiamos, y usted no menos que yo. Pero eso es todo lo que quería, nada más. Lo que está ocurriendo ahora, esas palabras del obispo De Sousa sobre

su cruzada, esto ya es demasiado. Soldados blancos por todo el reino, sacerdotes blancos en todas las aldeas y ciudades. No estoy segura de que sea una cosa buena.

—No, madre, te equivocas —señaló Beatriz—. Es una cosa buena. Es la voluntad de Dios que la fe sea llevada a todas nuestras gentes y que sus almas se salven de la condenación eterna. Pero lo mejor de todo es que Alfonso ya no tenga que casarse con Mfidi.

—¿Quién dice eso? —preguntó Gil.

—Yo lo digo. Y lo dice monseñor De Sousa. Ya no es necesario ese casamiento pecaminoso. Porque una vez que con la cruzada bautice a los nsundis y a todos los demás, se acabó el problema con ellos sin que Alfonso tenga que tomar otra esposa para que sea reina entre ellos.

—¿Él también lo dice?

—Todavía no hablé con él de este asunto.

—Quizá deba hacerlo yo —declaró Gil, dirigiéndose a la puerta.

—No ha respondido a mi pregunta, señor Inis —le recordó Leonor.

—¿Cuál era la pregunta, mi señora?

—Si cree que la llegada de los hombres blancos es una cosa buena.

—No, mi señora, no creo que sea una cosa buena. Pero ahora es demasiado tarde para quejarse. Cuando se dejó venir a los hombres blancos la primera vez, sólo era cuestión de tiempo el que otros hombres blancos los siguieran. Mpanzu lo comprendió. La Mbanda Vunda lo comprendió. El NgangaKongo lo comprendió. Usted cometió el error de no comprenderlo. No entendió que ése sería el precio que se debía pagar por poner a su hijo en el trono.

Nuno y Gonçalo esperaban a Gil en el jardín de la casa, y los tres marcharon juntos cuando Gil bajó de la galería para dirigirse a la catedral de São Salvador.

Cuarenta soldados portugueses, armados con alabardas, ballestas y arcabuces, ataviados con cascos, petos y espaldares formaban en la plaza delante de la catedral. Detrás de la tropa se destacaban dos lombardas, montadas en cureñas, y dos carretas con provisiones y barriles de pólvora. Alrededor de cien guerreros kongos con sus pinturas de guerra y sus plumas, veinte de ellos armados con arcabuces y el resto con lanzas y escudos, formaban una segunda compañía. Un fraile dominico encabezaba la columna sosteniendo una cruz procesional de madera, y una banda de trompetas y tambores kongo cerraba la retaguardia. Rodrigues, también con casco y

coraza, recorría la columna de una punta a otra, golpeando el machete contra su pierna impacientemente.

—¿Qué es esto? —preguntó Gil a los hermanos apenas entraron en la plaza.

Nuno miró de reojo a Gonçalo, que meneó la cabeza, indiferente, por lo que Nuno imitó el gesto.

Era primera hora de la tarde cuando la caravana de la costa se había dispersado. Las mercaderías las habían trasladado a los almacenes del barrio portugués y los nuevos colonos se presentaban a los viejos. Incluso así, había una multitud rondando por la plaza, dispuesta a no perderse detalle. La columna de soldados portugueses y guerreros kongos tuvo que parecerles un entretenimiento más motivado por la llegada de la flota.

—¿Qué está pasando aquí, sargento? ¿A qué viene reunir esta fuerza de combate?

—Es una partida de caza, señor. Vamos a la caza de Mpanzu.

—¿Qué? ¿A quién se le ha ocurrido esta descabellada idea? ¿Al obispo?

—No, al rey.

—No me lo creo. ¿Dónde está?

—Con el obispo y con Lopes.

Gil echó a andar y subió de dos en dos los escalones de la catedral.

—Un momento, señor. ¿Dónde va?

—¿Dónde se cree que voy? A ver al rey.

—El rey no lo ha llamado.

—¿Desde cuándo tengo que esperar a que me llame?

—Desde que tenemos un nuevo gobernador. —Rodrigues pronunció el título del nuevo cargo de Lopes con mal disimulado disgusto; evidentemente, estaba tan enojado como De Sousa ante el hecho de que el recién llegado ostentara un rango superior en la colonia portuguesa—. Ha dado órdenes de que nadie se presente ante el rey si no le han llamado previamente.

—Me importa un cuerno la orden que haya dado.

Rodrigues se encogió de hombros. Era obvio que no tenía la menor intención de impedir que Gil entrara en la catedral. Todo lo contrario, estaba feliz de ver que alguien no atendía las órdenes del nuevo gobernador.

Sin embargo, Gil no entró en la catedral. Se le ocurrió otra cosa y bajó los escalones.

—¿Sabe que han descubierto un nuevo mundo, sargento?

—¿Qué nuevo mundo es ése?

—Brasil.

Rodrigues meneó la cabeza, indiferente.

—¿Nadie se lo ha mencionado? ¿Monseñor De Sousa no se lo ha dicho? ¿Ni tampoco el nuevo gobernador?

—Usted es el primero que me dice algo de un nuevo mundo, señor. ¿Es parte de las Indias? Dicen que han descubierto la ruta hacia las Indias.

—Sí, creo que es parte de las Indias.

Quizás era un secreto. Tal vez De Melo y Lopes ni siquiera se lo habían dicho a monseñor De Sousa. Si se lo hubieran dicho, el obispo se lo habría comentado a Rodrigues. Quizás era un secreto que Enrique había descubierto y le habían hecho jurar que no lo revelara.

—Su majestad —gritó Rodrigues, y los soldados y los guerreros se pusieron en posición de firmes.

Alfonso salía de la catedral con expresión airada. Lopes y De Sousa lo siguieron, con rostros graves.

—¿Dónde te habías metido, Gil? Tan pronto estás a mi lado como al poco, cuando te busco, desapareces.

—Acabo de dejar a Kimpasi en casa para que viera a su madre. Después vine aquí. Me impidieron que entrara a verte por orden de don Álvaro.

—Debe comprender, señor Eanes, que de acuerdo con las disposiciones del *regimento*... —comenzó a explicar Lopes.

Pero Gil le interrumpió sin miramientos de ningún género.

—Además, ¿qué está pasando aquí, Mbemba? Me dicen que has dado permiso para que capturen a Mpanzu. ¿Es cierto eso?

Alfonso miró furioso a la columna de soldados y guerreros, y luego cruzó la plaza para acercarse al Luezi. Aún vestía las prendas de ceremonia europeas y, al llegar a la orilla del río, se sentó sobre los talones entre los juncos, desenvainó la espada y comenzó a escarbar en el fango. Gil dirigió una mirada de odio a Lopes y a De Sousa. Continuaban en la escalinata de la catedral hablando con Rodrigues. ¿El sargento le preguntaría al obispo si sabía lo de Brasil? Y si el obispo no sabía nada, ¿se lo preguntaría a Lopes? ¿Cuál sería la respuesta de éste? ¿O Lopes tampoco estaba al corriente? Quizá De Melo también le había ocultado el secreto. Gil siguió a Alfonso.

—Es cierto, ¿no? Has dado tu permiso para que capturen a Mpanzu.

Alfonso continuó escarbando en el fango.

—¿Por qué?

—Ya sabes la razón. —Alfonso miró a los tres portugueses que seguían en la escalinata de la catedral.

—Me dijiste que no querías hacerle ningún daño a Mpanzu, Mbemba. Me confirmaste que ya había sufrido bastante. Esa gente le hará daño. Lo matarán.

—No, no lo matarán. —Alfonso se irguió, dejando la espada clavada en el fango—. Tienen mi permiso para capturarlo sólo para poder bautizarlo.

—¿Bautizarlo? Nunca se bautizará. Él nunca aceptará el sacramento del bautismo. Se lo ofrecieron una vez, con la promesa de que si lo aceptaba continuaría siendo rey. No lo hizo. Tampoco lo hará ahora.

Alfonso recogió la espada, quitó el fango de la hoja y volvió a guardarla en la vaina.

—No lo entiendo, Mbemba. ¿Por qué has aceptado? ¿Por qué arrojas a Mpanzu a los perros?

—Por las naves del rey Manuel.

—¿Qué tienen que ver las naves con este asunto?

—Don Álvaro dice que el rey Manuel ha enviado las naves sólo porque el Congo, como Portugal, es un reino cristiano, sólo porque yo, lo mismo que Manuel, soy un rey cristiano. Dice que Manuel nunca hubiera hecho semejante gasto para beneficio de un rey pagano, que nunca hubiera considerado establecer una alianza con un reino pagano.

—Tú no eres un rey pagano. Tú eres cristiano y éste es un reino cristiano.

—No si me caso con Mfidi. El obispo De Sousa me ha amenazado con excomulgarme si tomo una segunda esposa, una segunda reina. Y añade que éstas serán las últimas naves que vea de la tierra en la otra orilla del mar.

—¿Y qué hay de la anulación?

—Monseñor De Sousa ya no está dispuesto a continuar adelante con los trámites de la anulación. Dice que ya no es necesaria. Asegura que, con la llegada de tantos sacerdotes, podrá iniciar la gran cruzada de bautismos por todo el reino, y, sobre todo, entre los nsundis, y de esta manera reafirmar su lealtad a mi trono.

—Sí, Nimi me dijo que eso es lo que intenta.

—También sabe que nunca podrá bautizar a los nsundis hasta que no bautice a Mpanzu. Los nsundis sólo aceptarán el bautismo si lo hace su ManiNsundi.

—Así que por la amistad del rey Manuel y el tesoro de sus naves estás dispuesto a arrojar a tu hermano a esos perros.

—¿Y por qué no? ¿Por qué debo continuar protegiéndolo? ¿No dices tú mismo que es mi enemigo? ¿No dices tú mismo que está reclutando un ejército? Entonces, ¿por qué he de permitir que se interponga en mi sueño de

convertir este reino en parte del mundo más grande? Si lo único que necesito para convertir mi sueño en realidad es dar mi permiso para que capturen y bauticen a Mpanzu, lo doy con mucho gusto.

Gil movió la cabeza, desesperado.

—No te opongas a mí en esto, Gil. Ahora te necesito a mi lado más que nunca.

—Me quedaré a tu lado, Mbemba. Pero creo que estás cometiendo un error. Soy tu amigo y tu fiel servidor: me quedaré a tu lado.

—*Ntondesi.*

Gil observó cómo Alfonso volvía a la escalinata de la catedral para mantener una breve conversación con los tres hombres blancos. Luego Lopes y Rodrigues se despidieron y fueron a ocupar sus puestos a la cabeza de la columna de soldados y guerreros, junto al fraile, al frente de la cual iba la gran cruz de madera. Los trompeteros kongos tocaron los toques de ordenanza, los tambores comenzaron a redoblar marcando el ritmo de la marcha, y los soldados, los guerreros, las carretas y los cañones desfilaron por la plaza para dirigirse al puente central sobre el Luezi. Formaban una impresionante fuerza de combate; pero, en este terreno, también muy poco adecuada. Los soldados con las pesadas armaduras, los cañones y las carretas con sus ruedas de madera, se enfrentarían a una marcha cada vez más dura en cuanto dejaran el camino real y se metieran por las escabrosas colinas de las llanuras nsundis donde tendrían que meterse para cazar a Mpanzu.

Gil llamó a Nuno y a Gonçalo.

—Seguidlos. Seguid al capitán Rodrigues y a Lopes, el portugués nuevo. Quiero saber cómo les va en la cacería del ManiNsundi.

V

Durante las primeras jornadas después de arribar la flota, se inició en São Salvador una febril actividad constructora, muy similar a la de los primeros años del reinado de Alfonso, para acomodar a los centenares de nuevos colonos y almacenar los productos traídos de la metrópoli. Se levantaron viviendas y almacenes, tiendas y tabernas a lo largo de las estrechas callejuelas del barrio portugués, se ampliaron los cuarteles, se agrandó el convento, se reforzaron los puentes sobre el Luezi para soportar el tráfico pesado de carretas y cureñas, se sembraron huertos y se plantaron árboles frutales en los campos vecinos a la espera de la próxima estación lluviosa. Se comenzaron a cavar los cimientos de una segunda iglesia, dedicada a Nuestra Señora de las Victorias, en el otro lado del Luezi para atender a los barrios bajos. Se comenzó a construir la cuarta iglesia del reino (contando la de Santo Antonio do Zaire), ésta en Mpangala, que llevaría la advocación de la Santa Cruz (la ciudad cambiaría su nombre por este otro, Santa Cruz, en cuanto terminaran la iglesia) con el fin de propulsar la cruzada en pro de la salvación de las almas de los levantiscos nsundis.

Enrique sería destinado a la nueva iglesia. El obispo De Sousa había accedido a las numerosas peticiones que le rogaban el relevo de sus obligaciones como secretario del vicariato para realizar el trabajo de misionero (para el cual, debido a su sangre kongo, se consideraba mucho mejor preparado) y se marchaba a Mpangala esta misma semana de Pascua. Gil y Beatriz, acompañados por Nimi, la vieja sirvienta, fueron a despedirlo al convento.

Se encontraba cantando maitines cuando entraron en el patio interior, y dado que no se permitía la presencia de mujeres en la capilla, lo esperaron allí. Era un bonito lugar, con el suelo pavimentado, y una fuente de piedra en el centro con una estatua de la Virgen rodeada de árboles. Gil se sentó en el borde de la fuente. Las celdas de los sacerdotes y los frailes residentes daban al patio.

—¿Ya lo han encontrado? —preguntó Beatriz.

Gil sabía a quién se refería. Preguntaba por Mpanzu. Lo llevaba preguntando desde que supo que habían enviado a una fuerza de combate a

capturarlo. Gil meneó la cabeza. Los cantos del oficio matinal en la capilla armonizaban agradablemente con el canto de los pájaros en los árboles del patio.

—Espero que lo encuentren pronto y lo maten.

—Eres muy cruel, Nimi.

—Más cruel fue él conmigo, y contigo, cuando la situación era a la inversa. Y sería cruel ahora si la ocasión le fuera propicia.

—Supongo que eso es cierto.

—Entonces, ¿por qué te preocupas por él?

—No me preocupo.

—Te comportas como si te preocuparas. Te comportas como si desearas que nunca dieran con él. Monseñor De Sousa dice...

—Por todos los santos, Nimi —le interrumpió Gil—, ¿por qué tienes que repetir siempre lo que dice el obispo? ¿Por qué no piensas por ti misma, aunque no sea más que una vez?

—¿Sobre qué?

La otra Nimi, la vieja sirvienta, se apartó, avergonzada por la discusión.

—Sobre la razón de la presencia de las naves. Sobre lo que buscan conseguir aquí todos estos portugueses.

—¿Qué buscan conseguir aquí?

Gil no respondió. Beatriz se acercó a su marido.

—Dímelo, Gil —le susurró con voz calmada—. ¿Qué buscan conseguir aquí?

—No lo sé, Nimi, no lo sé.

—Pero crees como mi madre que no es bueno que hayan venido.

—Así lo creo.

—Alfonso cree que es bueno.

—Está equivocado.

—¿Se lo has dicho?

—He intentado decírselo, pero no quiere escucharme. No quiere escuchar nada malo sobre los portugueses. No se atreve. Después de todo lo pasado, necesita creer que su llegada es algo bueno.

—Sí —manifestó Beatriz—. Yo también.

Cesaron los cantos en la capilla y, después de unos momentos, sólo se oía el canto de los pájaros. Luego sonó la campana del convento y los sacerdotes y los frailes comenzaron a salir de la capilla. Enrique, con la mirada baja y pasando las cuentas del rosario, salió el primero. Iba vestido para emprender un viaje, con sandalias y un hábito con capucha. Llevaba el pelo rubio, como

el de su padre, recogido en una coleta, y el collar de hematites alrededor del cuello.

—Qué triste parece —comentó Beatriz—. Siempre parece muy triste.

Era cierto. Incluso cuando sonreía —como era el caso de ahora al ver a sus padres y a Nimi esperándole junto a la fuente— sus ojos azules parecían soportar toda la tristeza del mundo.

—¿Estás preparado para el viaje, Kimpasi?

—Sólo me falta recoger algunas cosas.

—¿No cambiarás de parecer? ¿No hay nada que pueda decirte para que cambies de parecer?

—No.

—No veo por qué tienes que ir —manifestó Beatriz con petulancia—. Ya hay dos sacerdotes en Mpangala, el padre Duarte y el padre José. Tendría que ser suficiente para una cruzada incluso entre los nsundis.

—No me gusta cómo llevan su cruzada. Son demasiado estrictos, hay demasiado celo, sobre todo en el padre Duarte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gil.

—Él es un hombre de la Inquisición, *pai*, y cree que sus métodos pueden aplicarse aquí. He oído decir que le ha dado por entrometerse en todas las ceremonias y costumbres locales. Las considera ritos paganos, pecaminosos a los ojos de Dios. Las ceremonias de casamiento y los entierros, la fiesta del nacimiento, las pruebas de paso, las danzas de cortejo. Todo lo considera obra de Satanás y manda azotar a los nsakus y a cualquiera que las realice o participe en ellas, luego destruye los fetiches. He oído decir que incluso ha mandado soldados a saquear las casas y los lugares sagrados para llevarse los fetiches y quemarlos en una hoguera en la plaza pública. Es una locura. Está loco.

—No digas esas cosas del padre Duarte, Enrique —exclamó Beatriz, un tanto asustada—. Es tu superior, el segundo sacerdote del reino después del obispo, y tiene poder sobre ti. Puede hacerte daño.

—No importa el daño que pueda causarme, madre. Lo que importa es el daño que está causando a la Iglesia. Nunca traerá a los nsundis al seno de la Iglesia con esos métodos. Sólo conseguirá alejarlos todavía más. Por eso debo ir a Mpangala. Para demostrarle que hay métodos mejores que el fuego y los azotes para convertir a los nsundis.

—¿Cómo se lo demostrarás? —replicó Gil—. No creo que puedas hacerlo.

—Lo intentaré, *pai*. Y si fracaso, al menos demostraré a los nsundis que no todos los sacerdotes cristianos son como el padre Duarte.

—Ven, te ayudaré a recoger tus cosas —replicó Gil, después de asentir a las palabras de su hijo.

Beatriz y Nimi no les acompañaron a la celda de Enrique; tampoco se permitía la entrada de mujeres en las celdas de los sacerdotes. Era una hermosa mañana de otro soleado y caluroso día: la celda carecía de ventanas, y en la penumbra de su interior hacía una temperatura fresca y agradable. El mobiliario era austero: un jergón en el suelo de piedra, un taburete y una mesa contra la pared, una jarra, un lavamanos y un crucifijo sobre la mesa. Una burda manta de algodón cubría la cama. Enrique se sentó sobre los talones junto a la cama y comenzó a guardar sus cosas. Gil se sentó en el taburete.

—¿Por qué ha venido Nimi, *pai*?

—Tu madre le ha pedido que te acompañe a Mpangala y ella ha accedido.

—¿Para cuidar de mí?

—Sí —respondió Gil con una sonrisa.

—Todavía cree que soy un niño que no sabe cuidarse.

—No, Kimpasi, sabe que eres un hombre. Te ve como a un hombre, como un hombre fuerte con ideas fuertes. Incluso así, todo hombre, incluso un hombre fuerte, incluso un sacerdote, tiene derecho a tener una mujer que lo cuide.

Enrique tenía muy pocos efectos personales: un hábito limpio, una muda de ropa interior, una navaja barbera, jabón, un breviario, los ornamentos y poca cosa más. Gil le observó mientras el joven lo enrollaba todo en la manta y lo ataba con una cuerda para poder colgarla del hombro.

—Hay algo de lo que quiero hablar contigo, Kimpasi.

—¿De qué se trata?

—Si has jurado no hablar del tema, lo comprenderé.

Enrique dejó el bulto a un lado, volvió a sentarse sobre los talones y miró a su padre.

—Me refiero al nuevo mundo de Brasil. Cuando lo mencionaste por primera vez, también dijiste algo sobre la gente que llevaban allí para construir los asentamientos. Pero entonces apareció el *donatario*, nos interrumpió, y, desde entonces, no has vuelto a hablar del tema. ¿No te permiten hablar de él?

El joven sacerdote miró el patio como si quisiera asegurarse de que nadie les espiaba.

—Hablaré contigo, *pai*.

—Lo mantendré en secreto si tú quieres.

—Quizá no debas hacerlo. Quizá lo mejor sería que todos lo supieran. Dejo la decisión en tus manos.

Gil se inclinó hacia adelante, descansando los codos sobre las rodillas.

—Hay una gran necesidad de hombres en el nuevo mundo, *pai*, miles, incluso decenas de miles, para construir los asentamientos que lo convertirán en posesión portuguesa o de España, de acuerdo con el tratado de Tordesillas. Pero los naturales de esas tierras, los indios, como los llaman, porque muchos todavía creen que este nuevo mundo es parte de las Indias, esos indios no sirven. Mueren cuando los dedican a estos trabajos. Así que es necesario transportar allí hombres que hagan el trabajo en su lugar.

—Sí, eso ya me lo dijiste.

—Pero a los hombres que llevan allí para trabajar los llevan contra su voluntad. Los llevan a la fuerza.

—¿Quiénes son?

—Al principio eran felones, presidiarios y maleantes de todo tipo. Los sacaron de las prisiones de todo Portugal y les devolvieron la libertad a cambio de ir a las Indias. Después los sacaron de las prisiones quisieran o no y los mandaron para allá. Pero esta necesidad de hombres es mucho mayor de la que puedan suministrar todas las cárceles de Portugal. Así que fue necesario buscar más hombres. Los siervos, criados y vasallos fueron vendidos por sus amos por un precio. Se vaciaron los asilos. A los campesinos los sacaron de sus granjas. Vagabundos, aventureros y gente de baja estofa fueron arrestados y condenados por sus crímenes a ser llevados a Brasil. Hombres blancos y cristianos, incluso mujeres y niñas. El infante Alfonso, hijo de Juan II, legítimo heredero del trono, se opuso a todo esto y lo apartaron en favor de Manuel, que no vive para otra cosa que no sea ganar esta carrera por el nuevo mundo contra los monarcas de España. Pero él tampoco ha podido encontrar tantos hombres como desearía para los asentamientos.

Gil esperó a que su hijo continuara. Pero el joven guardaba silencio quizá distraído por el recuerdo de los hombres y mujeres reunidos en Lisboa para ser transportados contra su voluntad al nuevo mundo a través del mar océano. Quizá él mismo había sido testigo de aquellos episodios y por eso tenía la expresión triste.

—¿Y qué hizo Manuel para encontrar los hombres necesarios para poblar el nuevo mundo tal como desea? —le animó Gil cuando el silencio se le hizo asfixiante.

Enrique salió de su ensimismamiento, con una expresión de sobresalto. Pero no respondió a la pregunta directamente. Ahora parecía seguir una línea de pensamiento completamente distinta.

—En nuestro viaje desde Lisboa, *pai* —manifestó en voz baja—, recalamos en San Jorge da Mina para aprovisionarnos, recoger agua fresca y para embarcar al *donatario*, don Fernando, y traerlo con nosotros al Kongo.

—Sí.

—Había una nave en la rada cuando echamos el ancla. Iba destinada a Brasil y ondeaba el pabellón portugués. Había negros a bordo.

—¿Negros? ¿Achantis?

—No eran achantis. Provenían de la parte norte del país. Mandingos. Había más o menos un centenar de hombres y otro centenar entre mujeres y niños. Los achantis los capturaron en una guerra y los trajeron a San Jorge da Mina. El jefe achanti los vendió al *donatario* a cambio de armas y él, a su vez, los vendió al capitán de la nave que los transportaba a Brasil.

Una vez más, Gil esperó a que Enrique continuara.

—¿No ves lo que esto puede significar, *pai*?

Gil meneó la cabeza, incrédulo y desasosegado.

—Puede significar que Manuel recurra a África para encontrar los hombres que necesita para construir los asentamientos de Brasil.

* * *

Se acercaba la época de las lluvias, su olor metálico flotaba en el aire. Al caer la noche, el viento con olor metálico traía unas nubes negras, marcando el cielo con tonos pastel, oscureciendo la luna y las estrellas y dejando caer un intenso rocío. Al amanecer, las nubes desaparecían, pero muy pronto volvían a aparecer como galeones de plomo, con los cascos pintados de gris. Seguían sin encontrar a Mpanzu. Así llevaban desde antes del jueves santo, en que una ligera llovizna empapó la meseta real pero el viento se llevó las nubes antes de la salida del sol.

Ahora Beatriz se preparaba para asistir a la misa del día de la Ascensión. Daba órdenes a las sirvientas, supervisaba los preparativos de la fiesta, se ocupaba de que Teresa estuviese correctamente vestida. Gil esperaba en la galería. Esperaba a Nuno y a Gonçalo. En las semanas precedentes, había recibido con regularidad sus informes sobre los movimientos de Rodrigues, Lopes y la fuerza expedicionaria. Al parecer, a la salida habían recibido una

información correcta sobre el paradero de Mpanzu y habían llegado a marchas forzadas a lo largo del río Lelunda hasta la aldea de pescadores donde habían visto a Mpanzu por última vez, Pero Mpanzu ya no estaba allí. Los había dejado con el dilema de saber dónde estaba e incluso en qué dirección había ido, para salir a perseguirlo. En su último informe, los hermanos le decían que los expedicionarios habían decidido perseguirlo más al este, río arriba, a través de las interminables colinas, pero aquella había sido la dirección equivocada. De acuerdo con las informaciones que Nuno y Gonçalo habían reunido, Mpanzu y su grupo habían cruzado el Lelunda y ahora se movían hacia el sur. Así que Gil les avisó que regresaran a São Salvador. Con un poco de suerte, estarían de regreso esta mañana antes del comienzo de la misa.

Y efectivamente, mientras esperaba a Beatriz y a Teresa en la galería, se produjo una pequeña conmoción en los jardines. Los guerreros de la guardia acababan de dar el alto a una persona que entraba en el recinto real. Bajó los escalones de la galería, preguntándose por qué sólo había vuelto uno de los hermanos. ¿Qué le había pasado al otro? Nunca se perdonaría a sí mismo si uno de los dos hubiera resultado muerto o herido. Pero no se trataba de los hermanos. Era Nimi. Acababan de reconocerla, cuando Beatriz y Teresa salieron a la galería, acompañadas por las sirvientas, listas para ir a la catedral.

—Nimi —gritó Beatriz, y bajó corriendo de la galería—. ¿Qué haces estás aquí, *mchento*? Es por Enrique, ¿verdad? ¿Le ha ocurrido algo a Enrique?

—No, mi señora, nada le ha ocurrido a Enrique.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Traigo un mensaje de él para su padre.

—¿Qué mensaje es ése?

La vieja quiso acercarse a Gil.

—Ve a la catedral con Teresa, Nimi —dijo a su esposa—. No hagas esperar al obispo.

—No soy ninguna niña, Gil. No me eches como si fuera una niña. Quiero escuchar el mensaje que mi hijo le envía a su padre. El obispo De Sousa puede esperar.

Gil prefirió no discutir.

—¿Cuál es el mensaje de Kimpasi, *mchento*?

—Me encarga que te diga que don Duarte ha condenado a un auto de fe a...

Gil palideció al escuchar estas nefastas palabras. Se estremeció horrorizado.

—¿Un auto de fe? —repitió, incrédulo.

—Añadió que tú ya entenderías lo que quiere decir un auto de fe.

—Sí, lo comprendo —afirmó Gil, con la boca súbitamente seca.

—Pero yo no lo entiendo —protestó Beatriz, asustada por la fuerte impresión que la noticia había causado en su marido—. ¿Qué es auto de fe?

Gil no tuvo ocasión de responder. La vieja sirvienta respondió por él, con la vehemencia de aquel que sabe personalmente de qué se trata, de aquel que ha presenciado lo que ahora describía, de alguien que no era cristiano.

—Auto de fe, mi señora, es quemar a las personas en el fuego hasta que mueran.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? Eso es una locura. ¿Por qué va nadie a quemar a una persona en el fuego hasta que muera? ¿Por qué va a hacerlo el padre Duarte? ¿Quién asegura algo tan terrible?

—Yo te lo digo, mi señora, y tu hijo te confirma esta cosa tan terrible.

Beatriz abrió la boca, atónita. En sus grandes y luminosos ojos castaños apareció una mirada de confusión. Vaciló por un instante. Luego, de pronto, sin pensarlo más, con cierta ira mal contenida, cruzó de una bofetada el rostro de la vieja sirvienta.

Gil le sujetó la mano. Beatriz se apartó, sin poder dominar un ataque de furia, y estaba a punto de abofetear otra vez a la vieja cuando advirtió que su hija había dejado la galería y ahora estaba a su lado, viéndolo todo, escuchándolo todo.

—Vete de aquí, Teresa. Ve a la catedral. Mujeres, ¿qué hacéis ahí? Llevaos a la niña a la catedral.

—No quiero ir a la catedral —chilló Teresa, y esquivó hábilmente a las sirvientas que bajaban apresuradamente de la galería—. Quiero ir donde están quemando a la gente en el fuego. ¿Dónde están, Nimi? Llévame donde están quemando a la gente.

—Ven aquí, niña mala. Ven aquí inmediatamente. —Beatriz sujetó a la niña y la sacudió con saña, descargando sus emociones en la hija—. No están quemando a la gente, tonta. No se dicen esas cosas tan terribles. Ahora vete a la catedral. Ya es tarde. —Y como si ella también quisiera huir de la terrible noticia, como si no quisiera oír nada que la pudiera convencer de que era cierto, ella misma se llevó a Teresa, seguida por las sirvientas.

Pero sólo se alejó unos pasos antes de volverse y dejar que las sirvientas se fueran con Teresa a la catedral.

—Por favor, perdóname, Nimi. No quería hacerte daño. Me asusté al escuchar lo que decías. Es algo terrible de escuchar.

—Y mucho más terrible de ver, mi señora.

—¿Tú lo has visto?

—Sí, lo he visto.

—¿Quién era? —preguntó Gil.

—Un viejo *nsaku* de los nsundis. El sacerdote Duarte lo hizo azotar muchas veces por celebrar ceremonias prohibidas. Pero él continuó celebrándolas. Nacían niños y necesitaban ser traídos al mundo correctamente. Los jóvenes se hacían adultos, las jóvenes necesitaban tener maridos, la gente moría. No podía permitir que estas cosas pasaran sin las fiestas y las ceremonias de siempre. Así que incluso cuando los otros *nsakus* tenían mucho miedo de hacerlo, este viejo organizaba danzas y celebraciones, sin importarle las veces que el sacerdote Duarte le hizo azotar. Tiene el demonio en el cuerpo, proclamó el sacerdote Duarte, y los azotes eran para librarlo del demonio. Pero como los azotes no lo libraban del demonio, el sacerdote Duarte aseguró que el fuego lo haría. Así que clavaron un poste en el suelo de la plaza principal, ataron al viejo *nsaku* al poste y amontonaron leña a su alrededor...

—No quiero oír nada más. —Beatriz se tapó los oídos con las manos—. No quiero oír cómo lo hicieron. Por favor, *mchento*, no sigas.

La vieja apretó los labios con fuerza, contenta de no tener que continuar con el relato.

—¿Qué pasa con Kimpasi? —preguntó Gil—. ¿Qué hizo? ¿Intentó evitarlo?

—Sí, lo intentó.

—¿Y?

—No pudo pararlo.

—Ya sé que él no podía pararlo. Pero, ¿qué pasó cuando intentó pararlo? Eso es lo que quiero saber, *mchento*. ¿Se peleó con el padre Duarte?

—No vi ninguna pelea —respondió Nimi, ofendida por el tono áspero de Gil.

—Eso ya es algo.

—Se negó a presenciar el auto de fe. Fue hasta la orilla del río Lelunda y todo el tiempo que el *nsaku* estuvo quemándose en el fuego, él permaneció de rodillas junto al río, escuchando los gritos. Aquel día no comió. Le llevé comida pero se negó a comer. Me pidió que viniera aquí y te contara lo que había sucedido. Y que te dijera que fueras al obispo De Sousa y le dijeras lo que había pasado. Por lo que sé, no ha comido desde que me marché.

Gil echó una ojeada al jardín, mientras que por su cabeza desfilaban un sinfín de horrores.

—Ahora que te he traído el mensaje, volveré para saber si ha comido.

—Sí, por favor, hazlo —le rogó Beatriz—. Ve con él y asegúrate de que coma.

—¿Y qué le digo que hará su padre con el mensaje que le ha enviado? —preguntó la vieja, todavía enfadada por el brusco trato de Gil.

—Dile que su padre hará lo que él pide —respondió Beatriz—. Irá a ver al obispo De Sousa y le dirá lo que ha ocurrido.

—¿De qué va a servir? —replicó Gil, hecho una furia—. No servirá de nada.

—Pero su excelencia debe saberlo —insistió Beatriz.

—No hace falta que se lo digan. Ya lo sabe. ¿Crees que el padre Duarte se hubiera atrevido a hacer algo así sin su permiso?

Beatriz permaneció en silencio.

—No, no es el obispo De Sousa quien lo necesita saber. Es Mbemba. Él es el rey.

La reina y sus hijos ya estaban en la catedral, pero Alfonso esperaba en la galería principal del palacio cuando Gil se acercó cruzando el jardín. La cicatriz de la mejilla aparecía lívida, su rostro estaba desfigurado por la ira.

—¿Ya te has enterado, Mbemba? —preguntó Gil, con la voz ahogada de rabia.

—¿Cómo no podía enterarme? Las noticias de semejante crueldad corren que vuelan.

—Y debe ser rápidamente castigada.

—Sí, y debe ser rápidamente castigada... si es cierta.

—¿No crees que sea cierta?

—No, es una noticia falsa que cuentan mis enemigos para sembrar el odio contra los portugueses. Para sembrar el odio contra la fe cristiana. Para sembrar el odio contra mí, que di la bienvenida a los portugueses y a su fe.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Te lo ha dicho el obispo De Sousa?

—El obispo De Sousa no necesita decírmelo. Soy cristiano. Estudié las Escrituras. Leí el Evangelio. Conozco la fe y lo que enseña. Habla de un Dios amable y bondadoso. Habla de un Salvador compasivo. En ninguna parte se habla de una terrible crueldad como este auto de fe. Semejante crueldad es aborrecible a los ojos de Cristo. Ningún cristiano, y desde luego ningún sacerdote cristiano, arrojaría a un viejo al fuego. La noticia de que el padre Duarte hizo eso es una mentira propagada por mis enemigos, propagada por

Mpanzu, mi peor enemigo, para incitar a mi gente a la rebelión. Ve a Mpangala y comprueba por ti mismo si es cierta.

—¿Y si veo que es cierta?

—Entonces, yo soy la causa.

—¿Por qué?

—Porque soy yo y ningún otro quien ha dejado sueltos a estos portugueses en el reino.

—Tú no podías saber lo que sucedería.

—No, Gil, podía saberlo. El NgangaKongo lo predijo hace mucho tiempo. Él predijo hace mucho tiempo que los portugueses traerían la maldad al reino.

VI

Soldados portugueses, y no guerreros nsundis, custodiaban la puerta ribereña de Mpangala y montaban guardia en cuanto la canoa de Gil embarrancó entre los juncos de la orilla del Lelunda. Era al atardecer de un día parcialmente nublado, los rayos de sol se colaban entre las pocas aberturas que dejaban las nubes. Le acompañaban veinte hombres de su guardia personal, cinco armados con arcabuces, y Nimi, la sirvienta de siempre. Él mismo llevaba un machete colgado del cinturón además de su cuchillo con mango de marfil y una cota de malla. Los soldados, que le vigilaban atentamente sin apartar los pulgares de las llaves de serpentín de sus armas, no hicieron movimiento alguno para abrir la puerta cuando él saltó de la canoa. Un grupo despreciable, la mayoría recién llegados, sobrevivientes de la peste sufrida a bordo, custodiaban la entrada sur de Mpangala con una insolente suficiencia, como si estuvieran al mando de la ciudad nsundi. ¿Lo estaban? ¿Era una consecuencia del auto de fe? Gil vaciló un momento. No venía en busca de pelea, pero tampoco la rehuiría, furioso como estaba, y ordenó a dos de sus guerreros que se adelantaran.

—Alto ahí —gritó uno de los soldados, dispuesto a intervenir.

—Apártate, *soldato* —replicó Gil, desenvainando el machete—. Apártate y deja que esos hombres abran la puerta, o ábrela tú mismo. Una cosa o la otra. Decide deprisa.

—Haz lo que te dice —intervino el cabo de guardia, un veterano que se acercaba presuroso—. Habla en nombre del rey kongo. Abre la puerta.

Abrieron la puerta.

Gil recorrió con la mirada a los guardias con expresión airada, envainó el machete y cruzó la puerta. Tampoco faltaban soldados portugueses a este lado de la entrada, y le observaron con la misma desconfianza y prevención que los primeros. Lo mismo que los otros, también eran recién llegados. A casi toda la tropa transportada por las naves de Manuel el Afortunado, por no decir a toda, la habían destinado a la guarnición de Mpangala. Una buena prueba era que junto a la iglesia de la Santa Cruz en la plaza principal estaban construyendo cuarteles para un centenar de soldados.

Allí estaba el montón de cenizas.

Le pilló de improviso y se conmocionó. No se lo esperaba. No estaba pensando en eso. Pensaba en otra cosa. Al acercarse a la plaza, echó un vistazo a las obras en construcción de la iglesia y de los cuarteles en el lado este, donde se levantaba antes la casa del padre José, en el lado opuesto al recinto vallado del cacique de Mpangala. A esa hora del día se trabajaba a pleno rendimiento; los hombres sobre sus andamios colocaban las tejas del tejado de la iglesia y del campanario, y las mujeres traían agua del pozo para el mortero de las paredes de los cuarteles. Pensaba para su capote que, pues todos, hombres y mujeres, eran nsundis, que sólo los nsundis hacían el trabajo pesado, que los portugueses habían asumido el papel de capataces, que se mantenían apartados y daban órdenes, y que ésta era una nueva división del trabajo, muy diferente a la que había cuando construyeron la catedral de São Salvador.

Fue en ese momento cuando vio el montón de cenizas, y la conmoción le hizo olvidar todo lo demás. Sabía que las encontraría por alguna parte pero no esperaba que el verlas le produjera tanto desasosiego. Un montón cónico de frías cenizas grises delante del portal de una iglesia a medio construir. Una docena de postes de bambú marcando un círculo a su alrededor. Una cruz de madera de veinte pies de altura dominándolo. A medida que se acercaba, con los párpados entornados como si no quisiera verlas con toda claridad, iba cesando el trabajo en la iglesia y en los cuarteles, y un manto de silencio, oscuro y lúgubre como el cielo encapotado, se extendió por la plaza.

—¿Dónde está Kimpasi, *mchento*? Ve a buscarle y dile que estoy aquí.

Nimi se dirigió al recinto del cacique de Mpangala. Los guerreros de Gil formaron una falange en el centro de la plaza. Gil aspiró con fuerza el aire fresco, para luego entrar en el círculo y destrozarse de un puntapié la perfecta figura cónica hecha de ceniza. Se oyó el gemido de los nsundis que trabajaban en las construcciones. Él los miró, antes de descargar otro puntapié en las cenizas. ¿Qué buscaba? ¿Qué esperaba encontrar? ¿Qué quedaba de un hombre consumido por el fuego? Entonces su bota tocó algo más duro que la ceniza y se agachó apoyando la rodilla en tierra. Se trataba de la parte inferior de un cráneo medio calcinado por el fuego: la mandíbula con los dientes de un lado. Lo recogió con mucho cuidado, pero se le deshizo en las manos.

—Señor Eanes.

Gil alzó la mirada. El padre Duarte acababa de salir de la iglesia en construcción, acompañado por dos alabarderos con armadura completa. Desde las obras, el padre José los miraba con expresión temerosa.

—¿Con la autoridad de quién hizo usted esto, padre? —preguntó Gil en voz baja mientras se incorporaba.

—¿Cómo dice, señor?

—Se lo pregunto en nombre del rey kongo, padre —repitió Gil, alzando la voz—. ¿Con qué autoridad ordenó matar al *nsaku* de esta forma tan cruel? —preguntó, y le mostró el maxilar y los dientes medio carbonizados.

—Con la autoridad de Aquel que es superior al rey kongo, señor —respondió el padre, desafiante—. Con la autoridad de Dios, para acabar con el culto al demonio de aquel hechicero. Para acabar con sus interferencias con la cruzada de Dios para salvar a las almas perdidas.

—¿Y lo ha conseguido, padre? ¿Ha acabado con el culto al demonio? ¿Las almas perdidas vienen corriendo a usted, padre, implorando recibir el sacramento del bautismo?

—Hacemos progresos, señor.

—¿Progresos? —Gil pronunció la palabra con desprecio—. Es usted un loco si cree que estas personas renunciarán al culto de su dios porque haya quemado a uno de sus hombres ju-ju en la hoguera. Claro que no. ¿Por qué van a hacerlo cuando el dios que les ofrece permite una terrible crueldad como ésta? Claro que seguirán honrando a su propio dios, sólo que ahora tendrán la prudencia de honrarlo en secreto.

—Eso puede ser, señor. Pero estamos vigilantes y somos rápidos para descubrir las herejías.

—Y cuando las descubra, padre, ¿qué hará? ¿Quemar también al herético en la hoguera? ¿Cuántos cree que tendrá que quemar antes de convencer a esta gente que acepten la fe de un Cristo caritativo y bondadoso?

El padre Duarte no respondió. Gil meneó la cabeza, disgustado.

—Ha enfurecido al rey, padre. Lo ha enfurecido terriblemente con esta crueldad.

—¿Por qué había de enojarse? Lo que he hecho ha sido en su beneficio. Estos paganos, los *nsundis*, son sus enemigos. ¿Qué le importa cómo los traigamos a la fe? Al traerlos al seno de la Iglesia, los convierto en fieles súbditos de su corona.

—Dígaselo así, padre. Le encantará oírsele. No comprende que usted haya montado un holocausto, un auto de fe, en beneficio suyo. De hecho, ni siquiera cree que sea usted quien lo haya ordenado. Por eso estoy aquí. Para llevarle a São Salvador a explicarle al rey la razón de una crueldad que no entiende ni cree que un sacerdote cristiano sea capaz de cometer.

—Me encantará hacerlo, señor, pero, si está usted de acuerdo, no iré hasta después de la misa del domingo. Será una misa especial que lamentaría perderme.

—¿Qué tiene de especial?

—Acabo de decirle que estamos haciendo progresos con los nsundis, señor. Éste es un ejemplo del progreso que hacemos. En la misa del domingo vamos a celebrar el bautismo de una princesa nsundi, Mfidi, hija de Mpanzu. *Gloria in excelsis Deo.*

—¿Está acabada su instrucción?

—Esto se lo tenemos que agradecer a su hijo, señor Eanes. Admito que me las veo y me las deseo con ella. Conmigo se muestra estúpida, obtusa y recalcitrante, pero en cuanto permití que el padre Enrique se hiciera cargo de su enseñanza, tal como él mismo solicitó, lo aprendió todo maravillosamente bien. Es un gran triunfo. Causará una profunda impresión en todos los paganos de aquí el ver a la hija de su príncipe prófugo recibir el sacramento, ¿no le parece?

Gil se tomó un momento para considerar la noticia. Con mucho gusto le hubiera estropeado a este estúpido sacerdote el placer de presidir un hecho tan señalado como era el bautismo de Mfidi, negándose a retrasar la partida a São Salvador. Pero comprendió que con eso no favorecería la causa de Alfonso. El bautismo de la hija de Mpanzu causaría una profunda impresión en los nsundis. Probablemente, les causaría una impresión casi tan profunda como el bautismo del propio Mpanzu.

—Muy bien, padre. Será como usted desea. Saldremos para São Salvador después de la misa del domingo.

El sacerdote sonrió complacido y regresó a la iglesia en construcción. Sin embargo, los dos alabarderos permanecieron en la plaza, frente por frente con los guerreros de Gil.

—¿Dónde está el obispo, *pai*?

Gil se volvió. Habían abierto la puerta de la empalizada del recinto del cacique de Mpangala y Enrique y Nimi salían apresuradamente.

—¿No está contigo? Creí que te acompañaría. Hablaste con él ¿no es así?

—No, no hablé con él —respondió Gil—. Con quien hablé fue con Mbemba.

—¿Por qué no hablaste con su excelencia? Debe saber lo que está pasando aquí.

—No necesita que se lo digan. Ya lo sabe. ¿Crees que el padre Duarte haga nada que el obispo De Sousa ya no sepa?

—No, supongo que no.

Gil miró hacia la puerta de la empalizada. Una multitud curioseaba desde el otro lado con una trémula emoción. Pero nadie salió. Todos permanecieron dentro. Eso al menos era lo que el padre Duarte había conseguido con su auto de fe: inculcar un terror incomprensible en todos los que habían presenciado tan inexplicable horror.

—¿Y qué dijo Mbemba cuando hablaste con él?

—No quiso creer que un sacerdote de Cristo pudiera cometer semejante crueldad.

—No le culpo —manifestó Enrique en voz baja. Tenía un aspecto horrible, estaba pálido y ojeroso, como si no hubiera dormido en varios días—. Yo tampoco quería creerlo.

—Pero ahora lo creerá. Me llevo al padre Duarte a São Salvador para que Mbemba pueda escucharlo directamente de los labios de este fanático sacerdote. Y será lo último que cualquiera de nosotros vuelva a escuchar sobre este asunto. Mbemba no permitirá semejante crueldad en su reino.

—¿Cuándo te llevarás al padre Duarte para que le vea?

—Después de la misa del domingo.

—¿Por qué esperar hasta entonces?

—Por el bautismo de Mfidi. Mbemba no querría que me interfiriera en la ceremonia.

Enrique echó una ojeada al recinto del cacique al oír el nombre de Mfidi. Gil lo imitó. Quizá Mfidi se encontraba entre la muchedumbre reunida al otro lado de la pared.

—El padre Duarte dice que tú eres el responsable de su instrucción. Que tú has triunfado donde él fracasó.

—¿La conoces?

—No.

—Ven y conócela —le propuso Enrique, encaminándose hacia el recinto del cacique.

—*Keba bota*, Gil Inis.

—Don Bernardo, *Keba bota*.

Gil cruzó la puerta cuando la multitud se apartaba para dejar paso al jefe de Mpangala. Era un hombre robusto con el pecho ancho y los brazos musculosos. Era varios años mayor que Gil, quizá rondara los cincuenta. A diferencia de Alfonso y de la corte de São Salvador, y del ManiSoyo y la corte de Santo Antonio do Zaire, él y sus cortesanos no habían adoptado las modas portuguesas. Vestía un kanga con los viejos colores y dibujos de la

casa nsundi (azul claro bordado con rayos blancos), y los guerreros de su guardia iban armados con lanzas y escudos, ni uno solo llevaba armas de fuego.

—Bienvenido a mi casa, Gil Inis —afirmó cogiendo a Gil de los hombros en el saludo tradicional—. Sólo lamento que mi bienvenida no sea más ceremoniosa. Pero éstos son tiempos difíciles.

—Lo comprendo, don Bernardo. No es necesario que se moleste.

—Gracias por su comprensión. Sin embargo, puede estar seguro de que, a pesar de esta falta de ceremonias, no estoy menos preparado para servirle a usted y a quien ambos servimos, el ManiKongo. Entre en mi casa y dígame por qué está aquí y qué servicio se me requiere que haga.

Gil echó una ojeada por si veía a Enrique y Nimi, quienes le habían precedido en la entrada, pero al no verlos entre la multitud siguió a Bernardo hasta la galería de la gran casa del jefe. Allí estaban. Una adolescente se encontraba con ellos, con la mirada baja. Era Mfidi a Mpanzu, la NtinuNsundi, que no tendría más de quince o dieciséis años, una niña menuda y bonita, con el pelo crespo, de esbelta y bien formada figura envuelta en un kanga de la casa nsundi, y un collar de perlas de río alrededor del delgado cuello.

—Éste es mi padre, Mfidi —le presentó Enrique, tocando el codo de la niña.

—Gil Inis —saludó la joven y alzó la mirada.

La expresión de sus ojos sobresaltó a Gil. Había esperado ver vergüenza, timidez, quizás un destello de azoramiento. Pero no vio nada de todo esto en el rostro de la muchacha. Lo que vio fue odio.

—Me han dicho que te bautizas este domingo, *Ntinu* —dijo, intentando suavizar la expresión de la joven con una muestra de interés por ella—. ¿Puedo preguntar cuál es el nombre cristiano que han escogido para ti?

La expresión de la joven no se suavizó. Sostuvo la mirada durante un instante más antes de volver a mirar al suelo sin responder.

—Todavía no se le ha asignado un nombre cristiano, *pai* —se apresuró a informarle Enrique para disimular la rudeza de la muchacha.

—No nos preocupemos de eso, todavía queda tiempo. Faltan tres días para el domingo.

—¿Puedo irme ahora, Kimpasi? —preguntó la joven, siempre con la mirada baja.

—¿Irte? Sí, eres libre de ir donde quieras. —Había un leve tono de resquemor en la voz de Enrique—. Eres libre de hacer lo que te plazca.

La muchacha entró en la casa del cacique sin disimular su deseo de alejarse de Gil ni hacer caso del enfado de Enrique. Gil miró a su hijo, esperando oír de él una explicación sobre el comportamiento de la joven —evidentemente aquí había algo poco claro—, pero el muchacho permaneció en silencio, con expresión avergonzada. A esta hora, un grupo muy numeroso se había reunido en la galería. Faltaba poco para el anochecer, y aunque no se habían dispuesto ceremonias especiales, sí habían comenzado los preparativos de la cena, una cena que, si no podía llamarse un banquete, sería al menos una cena digna de un visitante de la corte del ManiKongo. Bernardo, que había entrado en la casa para ocuparse de ordenar los preparativos, regresó en el momento en que Mfibi se marchaba. La miró un tanto irritado, pero tampoco dijo nada.

—Espero, don Bernardo, que no se tome ninguna molestia por mí —manifestó Gil—. Un sencillo bol de *posho* será suficiente para mi cena.

—Un sencillo bol de *posho* no sería ninguna molestia, Gil Inis. Debe permitirme que me tome alguna molestia por pequeña que sea. Y mientras cenamos, tendré ocasión de saber por qué ha venido a Mpangala y de qué manera puedo servirle.

—He venido a Mpangala para llevarme al padre Duarte a São Salvador. El ManiKongo quiere verle.

Bernardo hizo un gesto y un movimiento de cabeza.

—Era mi voluntad partir con él de inmediato, de hecho hoy mismo, y no pedirle a usted ningún favor. Pero cuando me enteré de que a la NtinuSundi la bautizaban el domingo, no tuve inconveniente alguno en demorar la partida. Así que ahora, después de todo, debo pedirle un favor: permítame que sea un huésped de su casa.

—Por supuesto. Será un honor para mi casa.

—No estaba en mi ánimo pedirle algo que supusiera una molestia en tiempos tan inciertos como los que actualmente vivimos, don Bernardo, pero viendo que mi hijo se aloja aquí con usted, y como estos días nos vemos tan poco, se me presenta una ocasión extraordinaria para pasar algún tiempo en su compañía.

—No es ninguna molestia. Incluso es menos molestia que un sencillo bol de *posho*. Tendrá la habitación contigua a la suya.

—Ven, *pai*. —Enrique se dispuso a entrar en la casa, aparentemente tan ansioso por alejarse como lo había estado Mfidi.

Sin embargo, Gil no se apresuró a complacer a su hijo.

—No me pregunta por qué el ManiKongo llama al padre Duarte a São Salvador, don Bernardo. ¿No le interesa saberlo?

—Creo que ya lo sé —contestó el cacique—. ¿No es por el asesinato del *nsaku* quemado en la hoguera?

—Lo es.

Bernardo asintió con aparente satisfacción y no volvió a mentar este asunto.

—Dígame, don Bernardo, como jefe de Mpangala, ¿aprueba este asesinato? ¿Dio usted su permiso para que lo realizaran?

—No lo aprobé ni di mi permiso. Lo realizaron sin consultarme.

—Entonces, ¿se opuso a él?

Bernardo no respondió inmediatamente, y cuando lo hizo su tono resultó un tanto desabrido.

—Ahora hay muchos soldados de los Porta Guis en Mpangala, Gil Inis. Muchos con armas. Quizá los ha visto.

Nimi se había encargado de preparar la habitación de Gil. Cuando Gil y Enrique entraron, había toallas limpias, esponjas, jabón, una jofaina y una jarra con agua caliente. Gil se desnudó, se puso de rodillas, y con la ayuda de Nimi, que vertía el agua caliente, se lavó el polvo del viaje desde São Salvador. Enrique se acercó a la ventana para mirar al exterior.

—Mfidi no se bautizará el domingo, *pai* —comentó sin desviar la mirada del jardín que había detrás de la casa del cacique.

Gil interrumpió el aseo para mirarlo de reojo.

—Ni este domingo, *pai*, ni nunca. —Enrique se volvió—. Su padre lo prohíbe, y ella, que es una hija leal, no piensa desobedecerle.

—Alcánzame una toalla, *mchento*. —Gil cogió el trozo de tela que le entregó la mujer y se secó el rostro. Luego se sentó sobre los talones—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde el primer momento. Desde el día en que comencé su instrucción. Me comunicó que Mpanzu le prohíbe convertirse al cristianismo, casarse con Mbemba o permitir que la utilicen en cualquier cosa que pueda servir para que los *nsundis* se pasen al bando del falso ManiKongo.

—No me sorprende.

—Tengo miedo por ella.

—¿Por qué?

—Por el padre Duarte. Por lo que haga cuando el domingo ella se niegue a recibir el sacramento del bautismo.

—Comprendo.

—¿Lo comprendes, *pai*? ¿De veras que lo comprendes? ¿Comprendes lo importante que es el bautismo de Mfidi para el padre Duarte? Cree que es crucial para la marcha de la cruzada, que gracias a su bautizo conseguirá convertir a todos los nsundis. Cuando Mfidi rehúse recibir las aguas bautismales el domingo, delante de toda la gente de aquí, se pondrá furioso. Dirá que el diablo se ha apoderado de su alma, como lo dijo del pobre *nsaku*. Dirá que está poseída por el demonio y que debe librarla de Satán, como dijo del pobre y viejo *nsaku*. La amenazará con un auto de fe, *pai*, para obligarla luego a recibir el bautismo. Pero ella se negará, por lealtad a su padre. Así que será azotada y luego la quemarán en la hoguera.

—No digas más tonterías, Kimpasi. El padre Duarte no hará nada de eso. No se atreverá. Mfidi está bajo la protección del ManiKongo. Es la prometida del rey.

—Ya no, *pai*. El padre Duarte lo sabe. Todo el mundo sabe que el rey ya no pretende tomar como esposa y reina a una princesa nsundi.

Gil miró el trozo de tela que tenía en la mano, acabó de secarse y luego se la envolvió a la cintura antes de levantarse.

—Así que quiero llevármela de aquí antes del domingo. ¿Me ayudarás, *pai*? Por favor, ayúdame. Ayúdame a llevarla con Mpanzu donde quiera que esté segura y libre de las amenazas de este fanático sacerdote.

—¿Llevarla con Mpanzu? No, Kimpasi. Te ayudaré a librarla de las amenazas del padre Duarte, pero no a llevarla con Mpanzu. Eso sería actuar contra Mbemba y no actuaré contra él. Ni permitiré siquiera que tú lo hagas. Él es tu familia y mi amigo.

Enrique volvió a mirar el jardín del cacique desde la ventana. Se apagaba la última luz del día y las sombras se extendían por el jardín.

—Si rehúsa ser bautizada por el padre Duarte, no tengo nada que objetar. La llevaré a São Salvador y el obispo De Sousa la bautizará.

—También rehusará que el obispo la bautice. —Enrique se volvió con una expresión de furia—. ¿Es que no lo entiendes, *pai*? El obispo De Sousa es tan enemigo de su padre como el padre Duarte.

—¿Y tú, Kimpasi? ¿Tú también eres enemigo de su padre? ¿También se negará a que tú la bautices?

La pregunta de Gil pilló por sorpresa al joven.

—Tú eres sacerdote. Tú la has educado en la fe. Y te preocupas por ella. Está muy claro que te preocupas por ella. ¿No te preocupas lo suficiente como para querer salvar su alma?

—Sí, también me preocupo lo suficiente como para querer salvar su alma.

—Entonces, bautízala. Convéncela para que acepte el sacramento de tus manos. Es tu obligación, no sólo por lealtad a Mbemba, sino también para cumplir con tu juramento sacerdotal de sacar a los paganos de las tinieblas y llevarlos a la luz de la fe. Renunciar a tu deber, ayudarla para que se marche con Mpanzu, sería una herejía ante los ojos de tu Iglesia y una rebelión a los ojos de tu rey.

Enrique asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Llámala. Ve a buscarla y tráela aquí. Ambos hablaremos con ella. Yo te ayudaré a convencerla.

—No, *pai*. Yo hablaré con ella. No quiero que sepa que te he hablado de su decisión de rechazar el bautismo el próximo domingo, de que está decidida a escapar para ir a reunirse con su padre. Le he prometido que no te lo diría.

—¿Por qué?

—Porque tú también eres un enemigo de su padre —respondió Enrique mientras salía de la habitación.

Gil miró a Nimi.

—No confíes en él —dijo la mujer.

—¿Cómo puedo no confiar en él? Es mi hijo.

—Incluso así, no confíes en él. El auto de fe lo ha cambiado. Ya no es el niño que conocías.

—¿Qué crees que puede hacer?

—La ayudará a irse con Mpanzu.

—¿Él sabe dónde está Mpanzu?

—Ella lo sabe. Hubieran intentado ir a reunirse con él antes, pero el chico no creía que lo conseguirían sin tu ayuda. Pero ahora que él sabe que no tendrá tu ayuda, cederá a sus pretensiones e intentará arreglárselas como pueda.

—¿Esta noche?

—Si no esta noche, antes del domingo.

—¿Y Bernardo? ¿Cuál es su actitud en todo esto? ¿Lo permitirá?

—No lo permitirá ni lo impedirá. El auto de fe también ha sido algo terrible para él. Así que mirará hacia otro lado.

—Pero nosotros no miraremos hacia otro lado, Nimi. Lo siento mucho por ellos, pero por el bien de Mbemba y también por el del chico, no podemos permitirlo. Vigilemos con mucha atención.

* * *

Aquella noche, el sueño de Gil fue muy ligero e intranquilo, poblado de extrañas y violentas pesadillas, de gente que ardía y gritaba en las llamas del auto de fe. El susurro de Nimi junto al oído lo despertó. Estaba bañado en sudor.

—¿Qué pasa?

—Los hermanos están ahí fuera.

Gil, que esperaba oír algo sobre Enrique y Mfidi, la miró confuso.

—¿Los hermanos? ¿Nuno y Gonçalo?

—Sí.

—¿Dónde están? Diles que vengan. No, iré yo. ¿Dónde están?

—Esperan junto al pozo de la plaza.

—Sí, yo iré a verlos. Es mejor que no entren en el recinto del jefe. — Abandonó la cama y se puso los pantalones de cuero, el cuerpo bañado en sudor, la pesadilla del auto de fe muy clara en su memoria.

—¿Estás enfermo, Gil Inis? ¿Tienes fiebre?

—No es nada, *mchento*, sólo un mal sueño. ¿Qué hay de Kimpasi y Mfidi?

—Duermen, y, sin duda, también tienen malos sueños.

Gil salió de la habitación, descalzo y sin camisa, para ir a atisbar en el cuarto de Enrique. Todavía era de noche, faltaban unas horas para el amanecer, y el cielo estaba encapotado. Sólo alcanzó a ver la confusa silueta de su hijo acostado en el jergón. Si el joven tenía pesadillas, no lo demostraba: permanecía muy quieto. Quizá sólo fingía dormir para no tener que contestar a las preguntas de Gil sobre si Mfidi había aceptado recibir el sacramento del bautismo de sus manos. Gil abandonó la casa, dejando a Nimi encargada de vigilar a los jóvenes.

A pesar de lo temprano de la hora, había un número desacostumbrado de personas levantadas rondando por el recinto del jefe, y también había algo inusual en la forma que le miraban y guardaban silencio mientras él cruzaba la puerta y se dirigía con paso rápido a la plaza donde Nuno y Gonçalo le esperaban sentados a la sombra del baobab junto al pozo, apoyados en sus armas.

—¿Qué pasa, Nuno? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué noticias me traes?

Los hermanos se levantaron de un salto y se acercaron, presurosos. Los guerreros de Gil, que pasaban la noche acampados en la plaza, también se levantaron.

—Un combate, mi señor —respondió Nuno, jadeante—. Un gran combate, entre Mpanzu y el capitán Rodrigues. Muchos han resultado

muertos y heridos.

—¿Entre Mpanzu y el capitán Rodrigues? ¿El capitán Rodrigues encontró a Mpanzu? Pero si me enviaste un aviso diciendo que él no sabía dónde estaba Mpanzu.

—No lo sabía, señor. Mpanzu encontró al capitán Rodrigues.

—¿Y lo atacó?

—Sí, señor. Lo atacó y lo derrotó.

—¡Jesús!

—¿Señor?

Gil miró por toda la plaza, luego en dirección a la iglesia y a los cuarteles a medio construir. Los trabajos no habían comenzado todavía. No vio a los portugueses, ni a los artesanos, ni a los soldados, ni al padre Duarte y ni siquiera al padre José. Evidentemente, continuaban durmiendo; evidentemente, todavía no estaban enterados de la sorprendente noticia. Pero sí lo estaban muchos si no todos los nsundis de Mpangala. Más y más gente salía de sus casas para ir de un lado a otro.

—Cuéntame qué ha pasado, Nuno. Cuéntamelo todo. Deprisa.

Nuno, inquieto por el tono urgente de Gil, miró a su hermano menor en busca de ayuda.

—Como dice Nuno, fue una gran pelea, señor —manifestó Gonçalo—. Pero fue una pelea corta. No duró más de medio día. Desde el amanecer hasta el mediodía. Mpanzu tendió la trampa durante la noche, cuando el capitán Rodrigues montó el campamento, que estaba en el valle del Lelunda y los guerreros de Mpanzu ocupaban las colinas a su alrededor.

—¿Cuántos guerreros? —le interrumpió Gil, consciente de que la fuerza de Rodrigues no llegaba a los doscientos hombres.

—Cinco veces el número de los soldados del capitán Rodrigues.

—Diez veces —le corrigió Nuno.

—Sí, quizá diez veces —admitió Gonçalo.

—¿Con armas de fuego?

—Sí, muchos con armas de fuego —respondió Gonçalo—. Bajaron de las colinas con las primeras luces y la sorpresa fue total. A la hora que el sol estaba en lo más alto, los guerreros y los soldados del capitán Rodrigues escapaban. Mpanzu no los persiguió. Si los hubiera perseguido, ahora estarían todos muertos.

—¿Dónde estabas tú? ¿Viste toda la batalla?

—Sí, señor —contestó Nuno—. Estábamos allí —añadió, orgulloso—. Lo vimos todo.

—¿Cuándo fue? ¿Dónde ocurrió?

—Hace cuatro días. Cuatro días de marcha hacia el norte y hacia el este a lo largo del Lelunda. Vinimos aquí rápidamente después de que Mpanzu interrumpiera el combate, siempre por delante del capitán Rodrigues.

—¿El capitán Rodrigues viene para acá?

—Sí, señor. Llegará aquí antes del amanecer.

—¿Por qué Mpanzu atacó a Rodrigues?

La pregunta pilló desprevenido a Nuno, y una vez más, acudió a Gonçalo.

—¿Se estaba defendiendo? —insistió Gil—. ¿Tenía miedo de ser capturado por el capitán Rodrigues?

—No, señor —respondió Gonçalo—. El capitán Rodrigues desconocía si él estaba allí. Cuando le enviamos el informe, no sabía dónde estaba Mpanzu. Incluso había renunciado a perseguirlo y regresaba a Mpangala para aprovisionarse de nuevo y descansar. Fue entonces cuando lo atacó Mpanzu.

—¡Jesús! —volvió a exclamar Gil, mientras analizaba los acontecimientos.

¿Era éste el comienzo de una insurrección? ¿Mpanzu había reunido un ejército —además de conseguir armas y pólvora— capaz de intentar recuperar el trono que ocupaba Alfonso, o simplemente era para intentar el rescate de su hija, prisionera en Mpangala? ¿O atacó a Rodrigues como represalia por el auto de fe, para castigar a los portugueses por la muerte de uno de sus leales hombres ju-ju? Pero, con independencia de las razones que tuviera para el ataque, había caído en la trampa de los portugueses. Porque esto era precisamente lo que ellos necesitaban para convencer a Alfonso de una vez por todas de que Mpanzu representaba una amenaza para su trono. ¿Qué importancia tenía ahora que Gil pudiera demostrarle a Alfonso, llevando al padre Duarte a São Salvador, que eran los portugueses y no Mpanzu los responsables del auto de fe? A la vista del injustificado ataque de Mpanzu, no tendría ninguna importancia. Todo lo demás no significaba nada comparado con la batalla. Alfonso preferiría no creer nada malo de los portugueses. Preferiría creer lo peor de su hermano, y ahora tenía una excelente razón para hacerlo.

—¿Mpanzu está siguiendo al capitán Rodrigues? ¿También viene para acá?

—No lo sabemos, señor. Después de interrumpir el ataque, volvió a perderse en las colinas.

Gil echó una ojeada a la plaza. Los portugueses de la ciudad, los sacerdotes, los soldados y los artesanos, continuaban durmiendo

beatíficamente, ignorantes de lo ocurrido, pero ahora todos los nsundis estaban despiertos, y se reunían excitados en las calles, en las plazas y en las galerías de sus casas. Lo mismo ocurría en el recinto del jefe. Bernardo salía entonces de su casa acompañado por sus cortesanos y guerreros, discutiendo animadamente los acontecimientos. ¿Qué estarían diciendo? ¿Qué pensarían? ¿Cuáles serían sus emociones? No podía menos que sentir orgullo y satisfacción por este audaz golpe asestado por su príncipe exiliado contra aquellos que habían usurpado su trono y habían celebrado el auto de fe. Pero también tendrían miedo porque sabían que este ataque sería considerado un acto de rebelión, no sólo contra los portugueses, sino también contra el ManiKongo, y esto sin duda provocaría una rápida y terrible represalia.

Rodrigues y su fuerza expedicionaria llegaron a Mpangala con las primeras luces del alba, tal como habían anunciado Nuno y Gonçalo, y los pocos claros en el cielo encapotado dejaban ver las últimas estrellas en el cielo azul. Entraron en la ciudad por la puerta norte, y el espectáculo que ofrecían confirmaba el informe de los hermanos sobre el alcance de su derrota. De los cuarenta soldados portugueses que habían salido, no más de veinticinco volvían por su propio pie, y de los cien guerreros kongos sólo quedaba la mitad. También faltaba uno de los cañones, abandonado en el campo de batalla, y las dos carretas estaban hasta los topes con los heridos más graves y los cuerpos de los difuntos. Mientras, desfilaron sin orden ni concierto precedidos por el fraile (sin la cruz) y por Rodrigues (sin el casco). A Lopes no se le veía por ninguna parte, en cambio los nsundis se apartaban, y por último, los portugueses de la ciudad comenzaban a enterarse de lo ocurrido. El padre Duarte y el padre José salieron corriendo de la iglesia a medio construir. Los soldados y los artesanos salieron corriendo de los cuarteles a medio construir.

—Traigan un poco de agua —dijo Rodrigues con voz ronca sin dirigirse a nadie en particular.

Dos soldados de la guarnición de Mpangala y el padre José corrieron al pozo. Pero Gil, que ya estaba allí con los dos hermanos y sus guerreros, subió el cubo y se lo llevó al sargento.

—¿Dónde está don Álvaro, sargento? —le preguntó.

Rodrigues cogió el cubo, sin mostrar ninguna sorpresa al ver a Gil, sin mostrar ningún cambio en su expresión de profundo cansancio —aunque estaba cubierto de barro de pies a cabeza, y había perdido el casco, no parecía estar herido—, y miró a su alrededor.

—Allí —respondió, señalando una de las carretas.

—¿Está muerto?

—Muerto o agonizante —dijo Rodrigues, y bebió un buen trago.

—Pues que reciba los últimos sacramentos —señaló el padre Duarte—. Vaya con él, padre José. Vea si puede salvarlo. Si no puede, salve su alma.

—El joven y obeso sacerdote se apresuró a cumplir con el encargo.

—Tienen armas —comentó Rodrigues, bajando el cubo, pero sin soltarlo—. ¿Lo sabía, señor Eanes? Los salvajes tienen armas. —Lo dijo sin mirar a Gil. Miraba a la ciudad, a los nsundis de la plaza, a los de las galerías de las casas y a los de detrás de la empalizada del recinto del jefe. No pretendía obtener una respuesta de Gil y continuó distraído—: ¿Cómo las consiguieron? Eso es algo que me gustaría saber.

—¿Qué ha ocurrido, don Tomé? —preguntó el padre Duarte—. Por amor de Dios, cuéntenos qué ha ocurrido. No sabemos qué ha pasado.

—Pregúnteselo al señor Eanes, padre. Él sabe todo lo que ocurre en este maldito reino. ¿No es así, señor? —Rodrigues miró a Gil con una expresión de furia en su ojo bueno, y cuando Gil la consideró como otra pregunta que no exigía respuesta, añadió—: Los nsundis se han rebelado, padre. Mpanzu está al mando de la rebelión contra el rey.

—¡Santa Madre de Dios!

—No se apresure tanto a calificarlo de rebelión, sargento —intervino Gil, con voz tajante—. No puede estar seguro de que sea cierto.

—¿No puedo? ¿Por qué no? Me atacó sin que mediara ninguna provocación. Se lanzó sobre nosotros con un millar de endemoniados salvajes provistos de armas.

—¡Ay, Santa Madre de Dios! —repitió el padre Duarte.

—El rey me envió a buscarlo y él me atacó sin que hubiera ningún motivo de por medio. Me atacó a traición. Mientras mis hombres dormían. Un millar de salvajes cayeron sobre ellos y los masacraron mientras dormían. ¿Cómo debo interpretarlo, señor? ¿Cómo debo llamarlo, si no rebelión?

—Si se trata de una rebelión —replicó Gil, intentando refutar la lógica de Rodrigues—, ¿cómo es que usted está vivo? ¿Cómo es que no están todos ustedes muertos? Mpanzu podría haberlos masacrado a todos mientras dormían. Pero no lo hizo. Le dejó irse.

—Ése fue su error. Tendría que haberme matado. Porque ahora voy a matarlo yo a él. Tendría que haberlo matado hace mucho tiempo. El obispo De Sousa tenía razón. Siempre dijo que había que matar a Mpanzu. Pero Su majestad no quiso. Pero ahora lo permitirá. ¡Oh, sí, puede estar seguro de que ahora lo permitirá!

—¿Quién está enterado de esto, don Tomé? —preguntó el padre Duarte, uniendo las manos como en una plegaria—. ¿La gente de aquí lo sabe?

—Claro que lo saben. Son nsundi, ¿no? Mírelos. Mire las expresiones de sus rostros. Probablemente estén metidos en esto. Probablemente también tengan armas. ¿Dónde está su jefe? ¿Dónde está don Bernardo?

—Ha muerto —dijo el padre José, que volvía corriendo de la carreta cargada con los muertos—. Le dispararon en la cabeza.

—¿Qué? —Rodrigues se volvió hacia el joven sacerdote—. ¿A don Bernardo le dispararon un tiro en la cabeza?

—No, don Tomé. A don Bernardo, no. A don Álvaro.

—Eso ya lo sé. Le dispararon en la cabeza.

—¿Llegó a tiempo para escuchar su confesión, padre José? —preguntó el inquisidor.

El obeso sacerdote se encogió de hombros.

—Dios se apiade de su alma. —El padre Duarte se persignó—. Ocúpese de preparar el funeral, padre José.

—Tampoco se pierde gran cosa —masculló Rodrigues con voz ronca y una cierta satisfacción—. Éste no era su lugar. No le necesitábamos. Tendría que haberse quedado en su nave.

—¿Quién será ahora el gobernador? —quiso saber el padre Duarte.

—Supongo que el *donatário* Fernando de Melo. Pero hasta que él llegue de Santo Antonio, yo asumiré sus funciones. Que venga el jefe de Mpangala.

Pero Rodrigues no esperó a que fueran a buscar a Bernardo. Él mismo se encaminó hacia el recinto del jefe. Gil lo siguió escoltado por el padre Duarte.

—Esto es terrible, señor Eanes —afirmó el padre Duarte, uniendo otra vez las manos como si fuera a rezar—. Tendrá un efecto terrible sobre la gente aquí. Se mostrarán más recalcitrantes que nunca. Destruirá toda la buena obra que he hecho entre ellos. Se resistirán todavía más a la palabra de Dios. Tenemos que hacer algo para contrarrestarlo. No podemos permitir dejarles creer que el príncipe pagano tiene más poder que nosotros.

Gil abandonó al sacerdote para ir en busca de Enrique y de Mfidi. No podía ser que continuaran durmiendo en medio de tanta conmoción, Sin embargo, aparentemente no habían salido de la casa del jefe.

—El ataque de Mpanzu contra mi persona y mis hombres, don Bernardo, es también un ataque contra su majestad —decía Rodrigues—. Fue un acto de rebelión no sólo contra los portugueses, no sólo contra la fe cristiana, sino también contra el rey kongo que fue bautizado en la fe y es el protector de los portugueses en el reino.

Bernardo escuchó la parrafada sin cambiar de expresión.

—Y usted ha jurado lealtad al rey kongo y ha sido bautizado en la fe, así que también puede considerar esta rebelión como un ataque contra su persona.

—¿Qué quiere que haga?

—Luche contra Mpanzu. En defensa de su rey, en defensa de su fe, en defensa de su persona, en defensa de su posición, y únase a mí en la guerra contra Mpanzu.

—No le corresponde a usted hacer semejante petición, sargento —intervino Gil—. Si tiene que haber una guerra contra Mpanzu, le corresponde al ManiKongo declararla, y no a usted. Primero debemos enviarle un informe de lo ocurrido.

—Envíele el informe, señor Eanes. Por favor, envíeselo. No tengo ninguna duda sobre cuál será su respuesta. Y, mientras tanto, preparémonos. ¿Confía en su gente, don Bernardo? ¿Confía en ellos para luchar contra Mpanzu?

Bernardo no contestó.

—Claro que no —prosiguió Rodrigues—. Y yo tampoco. Quizá podamos confiar en que luchen los que son cristianos. Pero estoy seguro de que aquí hay muchos que son hombres de Mpanzu, que son leales a él y no a usted, que han esperado todos estos años para alzar su bandera en la rebelión contra el rey y que quizá tengan armas. Ésa es su tarea, don Bernardo. Desenmascare a aquéllos en los que no se puede confiar, desármelos y póngalos bajo vigilancia.

—Hay una cosa más que debemos hacer, don Tomé —señaló el padre Duarte.

—¿Cuál es, padre?

—Bautizar a Mfidi. Ver a su hija convertida a la fe aplacará el ardor de cualquiera que se sienta tentado a pasarse a Mpanzu. ¿Dónde está la chica, don Bernardo? ¿Está todavía en su casa con el padre Enrique?

El padre Duarte se dirigió al recinto del jefe, al mismo tiempo que Nimi aparecía entre la multitud, y por la severa expresión de su rostro, Gil adivinó en el acto lo que venía a decirle. Se alejó de Rodrigues para que el sargento no escuchara el mensaje de la mujer.

—¿Se han marchado?

—Sí.

—¿A reunirse con Mpanzu?

—Sí.

—¿Cómo salieron? No los vi marcharse.

—Bernardo les enseñó un camino.

—Creía que me habías dicho que él no los ayudaría ni se lo impediría. Creía que me habías dicho que él sólo haría la vista gorda.

—Las noticias de la victoria de Mpanzu influyeron incluso más que el auto de fe.

Gil miró el cielo. El sol había salido, pero los nubarrones volvían a cerrarse. Se preparaba otro día encapotado.

—Le diré a Rodrigues que regresamos a São Salvador para comunicarle a Mbemba el ataque de Mpanzu. Pero sólo irás tú, *mchento*. Yo voy en busca de Kimpasi. No puedo permitir que se destruya a sí mismo en el reino donde nació y en la Iglesia de su fe.

VII

Al caer la tarde empezó una llovizna que el viento llevaba por las ondulantes y amarillas colinas de los campos de pastoreo de Nsundi, a diez días de marcha (quizás a unas cien leguas) al este de Mpangala a todo lo largo del valle del Lelunda. Gil, oculto en cuclillas tras la alta y empapada hierba en la ladera de una colina por encima del río, vigilaba la pequeña aldea de pescadores de la margen derecha. Mpanzu se encontraba en aquella aldea. Gil había enviado allí a Nuno y Gonçalo para solicitar una audiencia. Iban desarmados, pero habían pasado ya dos horas y continuaba esperando su regreso. Los veinte guerreros de su guardia personal, de los que sólo cinco llevaban armas, estaban apostados en un amplio círculo en lo más alto de la colina para asegurarse de que los hombres de Mpanzu no lo pillaran por sorpresa antes del regreso de los dos hermanos.

Gil tenía la casi plena seguridad de que Mpanzu le concedería la audiencia solicitada. Había indicado a los hermanos que le dijeran que él sólo venía a hablar con su hijo, que nadie más conocía sus intenciones, que sólo le acompañaban un puñado de guerreros y que estaba dispuesto a ir a la aldea solo y desarmado y además que sus guerreros entregarían las armas mientras duraba la audiencia. Con estas condiciones, era muy probable que Mpanzu aceptara aunque sólo fuese por curiosidad. Mucho menos probable era conseguir convencer a Enrique de que abandonara la aldea. Pero había decidido que aunque no pudiese convencerlo, de todas maneras tenía que ver a Mpanzu. Por lo menos, para juzgar por sí mismo qué clase de amenaza representaba Mpanzu para Alfonso, con la intención de aconsejarle mejor. Sabía demasiado bien cuáles serían los juicios y los consejos que le darían Rodrigues y monseñor De Sousa.

El sol se había ocultado detrás de las colinas cubiertas de nubes, la lluvia se alejaba hacia el oeste y en la aldea se elevaban columnas de humo de los fuegos de las cocinas cuando Gil por fin divisó a Nuno y a Gonçalo que subían por la ladera que daba al río. Se puso de pie.

—¿Ha aceptado, *mbakala*?

—Sí, señor.

—¿Kimpasi y Mfidi están con él?

—Están con él.

—¿Y cuáles son las condiciones que impone?

—No impone ninguna, señor. Dice que, como padre, comprende el deseo que pueda tener usted de hablar con su desobediente hijo y, por lo tanto, le ofrece la entrada libre a su campamento con ese propósito.

Gil sonrió al oír el mensaje. La sencilla honradez y la falta de malicia de Mpanzu le hicieron recordar su aprecio por el franco y sensato príncipe nsundi.

—Incluso así —manifestó Gil, quitándose la cota de malla y dejando a un lado el machete—, iré a verle solo y desarmado.

La aldea de pescadores era un buen escondite para un cacique rebelde, un lugar remoto, perdido y sin nombre, donde no había más de una veintena de chozas de adobe agrupadas en la ribera del Lelunda, en un lugar donde el río hacía un recodo muy cerrado y luego seguía por un tramo de rápidos. Las canoas estaban en tierra rodeadas con las redes de pesca, las jaulas y las trampas que los pescadores colocaban en los rápidos. No había nadie pescando cuando llegó Gil. Lo que debía ser toda la población de la aldea, unos doscientos habitantes, se encontraban reunidos alrededor de una gran fogata en la única plaza del pueblo. Sentado en un taburete con forma de clepsidra delante del fuego estaba Mpanzu.

Gil lo reconoció en el acto, incluso a lo lejos y habiendo transcurrido diez años. El príncipe nsundi se había convertido en un hombre grotescamente obeso como su padre a la misma edad. Pero a diferencia del viejo ManiKongo, Mpanzu parecía sano y fuerte, se sentaba muy erguido en el taburete, con las enormes manos plantadas firmemente en las rodillas, una capa de piel de león sobre los inmensos hombros, un sombrero de mimbre tejido encasquetado en los rizos grises de su cabeza y una corta falda roja bordada con soles amarillos envuelta alrededor de la gigantesca barriga: el antiguo vestuario de los reyes kongos. La mutilación del lado izquierdo de su rostro, el muñón de la oreja, aunque continuaba siendo algo desagradable y sorprendente de ver, se había borrado un tanto con el paso de los años, disimulada en los pliegues de la carne fofa, y los ojos saltones y legañosos brillaban a la luz de la fogata, mientras seguían los movimientos del hombre blanco. Gil se detuvo a unos pasos de distancia para buscar con la mirada a los guerreros armados de Mpanzu. No vio a ninguno. ¿Dónde se esconderían en una aldea tan pequeña como ésa?

—Estás seguro, Gil Inis —dijo Mpanzu con aquel gruñido ronco que Gil recordaba muy bien, malinterpretando la momentánea vacilación de Gil—.

Aquí estás bajo mi protección.

—Lo sé, MtuKongo, y te doy las gracias —respondió Gil, acercándose a la fogata, picado por la curiosidad de saber cómo podía esconderse el ejército rebelde entre un puñado de chozas.

—MtuKongo no, Gil Inis. No me llames MtuKongo. Ya no soy un príncipe del Kongo.

—Entonces, ¿cómo?, ¿ManiNsundi?

—Sí, llámame ManiNsundi. Todavía soy señor de los nsundis.

—Eso es algo evidente para todos. Con tu victoria lograda sobre los soldados portugueses y sobre los guerreros del rey kongo, es cosa que has dejado evidente para todos.

Mpanzu ladeó la cabeza en reconocimiento al saludo de Gil. Luego levantó una mano y, de la multitud de aldeanos reunidos alrededor de la fogata, se adelantaron dos mujeres, una con un taburete y la otra con copas de *malafu*. Gil cogió una copa, se sentó en el taburete y una vez más echó una rápida ojeada a su alrededor. Los aldeanos se encontraban a su espalda, entre las sombras cada vez más oscuras del crepúsculo. Él y Mpanzu se sentaron uno al lado del otro de cara al fuego; al otro lado, el río Lelunda, que ya no se veía pero que se hacía oír con el agradable retumbar del chapoteo del agua en la zona de los rápidos.

—Me pregunto una cosa, ManiNsundi. ¿Dónde están los hombres que atacaron y vencieron a los soldados del capitán Rodrigues y a los guerreros de tu hermano? Tienen que ser muchos para conseguir semejante victoria.

—Son muchos. Pero como tú has tenido la confianza de venir a mí sin tus guardaespaldas, yo he ordenado a los míos que se marchen para demostrarte la misma confianza.

—*Ntondesi*.

Mpanzu bebió un trago de vino de palma. Gil hizo lo mismo, sin tener muy claro si la ausencia de los guerreros nsundis era realmente un gesto de cortesía o sencillamente una astuta jugada para impedir que viera demasiado. Había confiado en hacerse una idea no sólo de la magnitud del ejército de Mpanzu, sino también de la cantidad y la calidad de sus armas.

—También me pregunto por qué realizaste el ataque, ManiNsundi. ¿Fue para vengar el asesinato del viejo *nsaku*? ¿O se trata de una señal de guerra contra tu hermano?

La expresión amable de Mpanzu se agrió al oír las preguntas.

—Me dijeron que venías aquí para hablar con tu hijo, Gil Inis, y no para otra cosa. ¿Estoy equivocado? ¿Tienes otra intención? ¿Has venido aquí como

espía de mi hermano?

—No, ManiNsundi, he venido aquí únicamente para hablar con mi hijo. Deseo intentar persuadirle de que vuelva a casa conmigo y no se destruya a sí mismo en un temerario acto de rebelión.

Mpanzu asintió con su habitual gesto pensativo.

—Estás en tu derecho como padre de intentar persuadirle. Le estoy agradecido por la ayuda que prestó a mi hija, pero es libre de marcharse contigo si lo desea. Kimpasi.

Gil se volvió, sorprendido. No se había dado cuenta de que Enrique estaba a unos pasos de distancia, mezclado en la primera fila de aldeanos alrededor de la fogata. Esto era en parte porque la luz del fuego apenas si llegaba a la primera fila, pero sobre todo porque el joven ya no vestía como Gil esperaba verlo.

Ahora vestía como un aldeano más, y no como un sacerdote. Iba descalzo, llevaba un kanga en lugar del hábito y las sandalias. Sólo el rosario y el crucifijo junto con el collar de hematites los llevaba alrededor del cuello y colgaban sobre el pecho desnudo como un fetiche, como el amuleto de un hechicero. Además se había cortado el pelo rubio casi al rape. Mfidi permanecía detrás del joven, espiando a Gil por encima del hombro, con una expresión de odio en los ojos.

—Perdóname, *pai* —dijo Enrique, y se adelantó al círculo de luz—. Perdóname por lo que hice, pero no podía hacer otra cosa. Su vida estaba en peligro.

—No, Kimpasi, podías haber hecho otra cosa. —El tono de Gil, cargado de severidad, era el correspondiente a un padre que regaña a su hijo—. Podrías haberla bautizado y permitir que la llevara conmigo a São Salvador, y también le habrías salvado la vida.

—No disponíamos de tiempo. Máxime después de que el padre Duarte conociera la noticia de la derrota de don Tomé. Quería bautizarla aquel mismo día. Creía que era la única manera de contrarrestar la impresión que la derrota de don Tomé había causado en los nsundis. Ni que decir tiene lo que él hubiera hecho si ella se negaba a recibir el bautismo. Tenía que ayudarla a escapar.

—No quiero discutir contigo, Kimpasi. No vine aquí a discutir contigo. Lo hecho, hecho está. Has puesto a la muchacha fuera del alcance de Mbemba y él no te lo agradecerá. Lo que ahora me preocupa es que no empeores las cosas. Regresa a São Salvador inmediatamente y preséntate ante Mbemba para rogarle que te comprenda y te perdone. Y si tu puesto en la Iglesia y tu

vocación como sacerdote significan algo para ti, preséntate ante monseñor De Sousa para rogarle que te comprenda y te perdone.

—No, *pai*. —Enrique meneó la cabeza—. No lo haré. No les pediré que me comprendan y me perdonen. Únicamente quiero que tú me comprendas y me perdones.

Gil miró a Mpanzu. El señor nsundi miraba a Enrique con una expresión pensativa. No había en ella ningún placer maligno. Resultaba obvio que no le producía ningún placer ver a un hijo desafiar al padre.

—¿Me darás tu comprensión? ¿Me darás tu perdón?

—No sé qué quieres que comprenda y perdone. ¿Me estás diciendo que pretendes quedarte aquí con el ManiNsundi?

—Sí.

—¿Te has vuelto loco? ¿Es por la muchacha? ¿Estás tan loco por ella que estás dispuesto a echar por la borda toda la vida que has conocido y volverte contra tu familia y tu fe y convertirte en un ser miserable en el reino donde naciste?

—No, *pai*, no es por ella.

—Entonces, ¿por qué es?

—Porque ahora sé que los portugueses traen la maldad al Kongo y hay que oponerse a ellos, como el ManiNsundi se opone a ellos.

—¿Qué maldad? ¿El auto de fe? ¿Qué maldad es ésa?

—Tú sabes cuál es, *pai*. Siempre lo has sabido. Lo sabías desde el principio y por eso te has mantenido separado de los portugueses y has perdido tu fe.

—No presumas de decirme por qué perdí mi fe o si efectivamente la he perdido o no. Responde a mi pregunta. ¿Cuál es la maldad que crees que los portugueses traen al Congo por la cual estás dispuesto a oponerte aunque te cueste la vida?

—Primero el robo de nuestras almas, *pai*. Después el robo de nuestros cuerpos.

Había pasado mucho tiempo, muchísimo, desde que Gil escuchara con estas mismas palabras aquella terrible profecía. Habían pasado diez años y ahora se estremeció al escucharlas en boca de su hijo.

—¿Dónde has oído eso? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Se lo has dicho tú, ManiNsundi?

—No, Gil Inis, yo no se lo he dicho —contestó Mpanzu con su voz ronca—. Se lo dijo el NgangaKongo.

—¿El NgangaKongo? ¿Qué NgangaKongo? Ésa es la profecía de Lukeni a Wene, y Lukeni a Wene ha muerto. Me enteré de su muerte hace muchos años.

—Sin embargo, él le habló a tu hijo de la maldad que los Porta Guis traen a nuestro reino.

—¿Qué brujería es ésa?

—Es la brujería de Lukeni a Wene —replicó Mpanzu, levantando una de sus manazas para señalar hacia el río por encima del fuego—. La brujería del sumo sacerdote de mi padre.

Los aldeanos que estaban apiñados a ese lado de la fogata se apartaron para que Gil pudiera ver lo que Mpanzu le señalaba: una pequeña choza junto al río. Entonces Gil recordó lo que Nuno y Gonçalo le habían dicho, que Mpanzu tenía un grande e importante fetiche con él, un fetiche que tenía su propia casa. ¿Era aquella pequeña choza la casa del fetiche?

—Lukeni a Wene está allí, Gil Inis. Ve con él. Hablará contigo como habló con tu hijo.

—Ven, *pai*.

Gil miró a su alrededor un tanto indeciso, después abandonó el taburete y siguió a Enrique. Nadie más se movió. Mpanzu permaneció sentado y Mfidi fue a reunirse con su padre. Los aldeanos continuaron alrededor de la fogata y cuando llegaron a la choza Enrique se puso de rodillas delante de la entrada y apartó la cortina de juncos que tapaba la abertura, Gil se arrodilló a su lado para mirar al interior.

Efectivamente, Lukeni a Wene estaba dentro. Una pequeña lámpara de aceite alumbraba el interior con una trémula luz. Gil vio al enano giboso sentado contra la pared más lejana. Estaba desnudo, con las rodillas recogidas y el mentón apoyado en ellas. Tenía los delgados brazos cruzados sobre el pecho. Un amuleto de cuero negro colgaba alrededor de su cuello como el crucifijo colgaba alrededor del cuello de Enrique. El cuerpo lo llevaba pintado de blanco, absolutamente inmóvil menos el juego de sombras proyectadas por la vacilante luz de la lámpara. Y tenía los ojos cerrados. Gil esperó que los abriera para saludar la presencia de sus visitantes. Pero, por supuesto, no los abrió. Era un cadáver. Un fetiche, un icono, una reliquia que Mpanzu mantenía cerca, en nada diferente a la reliquia de un santo que un príncipe portugués podía tener cerca y llevarla consigo a la guerra.

—Entra, *pai*.

—Está muerto, Kimpasi.

—Lo sé, pero por favor, entra.

Gil miró por encima del hombro en dirección a la fogata, hacia Mpanzu, Mfidi y los aldeanos que le observaban, y después a Enrique. En los ojos azules del joven se reflejaba una expresión de urgencia. Estaba ansioso por encontrarse a solas con su padre; le era urgente hablar con su padre a solas. Así que Gil entró gateando en la pequeña choza, como si se arrastrara al interior de una tumba. Enrique le siguió, dejando caer la cortina por detrás.

—¿Qué ha pasado, *mbakala*? Ahora puedes decírmelo. Estamos solos.

—Oí la profecía del NgangaKongo, *pai*, la profecía que hizo cuando los portugueses llegaron por primera vez al reino, la profecía que tú fuiste el primero en oír cuando llegaste por primera vez al reino, antes de que yo naciera. Es bien conocida por los seguidores de Mpanzu, y la repiten continuamente para explicar los motivos de la revuelta. Pero nunca la oí antes de venir aquí. Y sé lo que significa.

Estaban de rodillas, casi tocando con la cabeza en el techo de la pequeña cabaña, y la momia del enano jorobado a menos de un brazo de distancia. El aire húmedo olía a cerrado, pero no se percibía ningún olor putrefacto. El cuerpo estaba bien conservado.

—Escucha, *pai* —dijo Enrique con voz queda.

Gil prestó atención, pero no había nada que escuchar excepto el chisporroteo de la llama que titilaba en la lámpara, el bramar del agua corriendo en los rápidos y el canto de los grillos moviéndose por la empapada hierba de los alrededores. Gil miró al NgangaKongo muerto, como si esperase en este silencio sepulcral, que le hablara.

—Primero, vendrán a robarnos nuestras almas.

Esto, desde luego, no se lo dijo la momia sino Enrique. Tenía los ojos cerrados como el difunto, y el entrecejo fruncido en una profunda concentración.

—Ésa es la parte más sencilla de la profecía, la más fácil de comprender. Desde el principio, los portugueses vinieron al Congo a buscar almas. Con cada nave vinieron los sacerdotes con esa misión, lo mismo que vine yo como sacerdote. Dijimos que buscábamos las almas para salvarlas de las tinieblas de la condenación eterna, para llevarlas a la luz de Cristo. Pero para el NgangaKongo, esto es un robo porque el NgangaKongo posee las almas de las gentes del reino, así que al buscarlas, buscábamos robárselas a él.

Gil observaba a Enrique atentamente. Las gotas de sudor resbalaban por la frente surcada de arrugas, y el joven sostenía el crucifijo en una mano con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Pero, ¿y el robo de nuestros cuerpos? ¿Qué había querido decir el NgangaKongo cuando lo predijo? Ése era el misterio de la profecía. Eso era lo que nadie comprendía porque, durante estos años, ningún portugués había venido a robarnos nuestros cuerpos.

—¿Y tú lo comprendes?

Enrique abrió los ojos.

—Sí, *pai*, yo lo comprendo.

—¿Qué comprendes?

—Que el NgangaKongo predijo el descubrimiento de Brasil.

—Kimpasi...

—*Pai*, escúchame. Hasta ahora, los portugueses no tenían necesidad de cuerpos, así que no vinieron aquí para robarlos. Pero con el descubrimiento de Brasil surgió una gran necesidad de hombres. Ya hablamos de la necesidad del rey Manuel de tener hombres para construir allí los asentamientos. Hablamos de la posibilidad de que fuera ésa la razón para enviar aquí sus naves, para llenar sus bodegas, no con oro o con cualquier otro tesoro, sino con hombres kongos para transportarlos allí.

—Sí, hablamos de eso, Kimpasi, pero no podemos estar seguros de que sea así.

—Yo tampoco estaba seguro hasta que escuché la profecía del NgangaKongo. De la misma manera que tú no podías estar seguro del significado de la profecía hasta saber del descubrimiento de Brasil. Pero ahora que he escuchado la profecía y tú estás enterado del descubrimiento de Brasil, podemos estar seguros.

Gil consideró el razonamiento de su hijo.

—¿Se lo has contado a Mpanzu?

—No. Él no sabe nada de Brasil.

—Y entonces, ¿no es ésa la razón para iniciar ahora esta guerra?

—Comenzó la guerra antes de que yo viniera aquí.

—Entonces, ¿por qué la ha comenzado ahora?

—Por una razón: o se hace ahora o no se hace nunca. Porque comprendió que, si hay alguna posibilidad de expulsar a los portugueses del reino, tiene que echarlos antes de que vengan más. Siempre confió en la profecía del NgangaKongo incluso a pesar de que no la comprendía del todo. Siempre creyó que los portugueses traerían la maldad al reino, aunque no sabía cuál podía ser la maldad. Así que, durante estos años, desde que llegaron por primera vez, ha vigilado y ha esperado. Cuando vio llegar a las cinco naves de la flota del rey Manuel, más de las que nunca habían venido, comprendió que

debía iniciar la guerra ahora o renunciar a ella para siempre porque muy pronto habría tantos portugueses en el reino que nunca más podrían expulsarlos.

—Comprendo.

—Y tiene razón. Muy pronto habrá tantos portugueses en el reino que nunca más podremos expulsarlos. Cogerán a nuestra gente como esclavos y los transportarán a este nuevo mundo de Brasil. Ahora tú y yo lo sabemos.

—No, Kimpasi, yo no lo sé. Necesito saber mucho más que la profecía de este hechicero muerto antes de saber una cosa tan terrible.

—Yo lo sé. La guerra iniciada por Mpanzu es una guerra para salvar a nuestra gente de la esclavitud a manos de los portugueses. Y, con la guerra, él se ha convertido en el verdadero rey de los kongos, mientras Mbemba se ha convertido en el títere de los portugueses.

Gil meneó la cabeza ante la dureza de las palabras de Enrique.

—Y tú te unirás a la guerra que ha declarado contra el hermano de tu madre.

—Sí.

Gil se sentó sobre los talones exhalando un suspiro. Durante varios minutos padre e hijo permanecieron en silencio, absortos en sus propios pensamientos. El chisporroteo de la llama de la lámpara, el lejano rumor del agua en los rápidos y el continuo canto metálico de las chicharras recalcaban el silencio en el sepulcro del NgangaKongo.

—¿Tomarás a Mfidi por esposa, Kimpasi? —preguntó Gil—. ¿Son ésas tus intenciones?

—No puedo tener una esposa, *pai*. Soy sacerdote.

—Tu obispo no te considerará un sacerdote después de esto, *mbakala*. Ni siquiera te considerará un cristiano.

—Soy mejor sacerdote y mejor cristiano que él. Creo en la gracia de Dios y en la misericordia de Jesucristo, Nuestro Señor. No creo en quemar a los hombres en la hoguera para robarles el alma y convertirlos en esclavos.

* * *

—¿Dónde está? ¿No está contigo? ¿Está con Mpanzu?

—Sí.

Beatriz no quiso creerle. Salió a la galería y bajó los escalones corriendo para buscar a su hijo entre los veinte guerreros de la guardia de Gil que se

encontraban con Nuno y Gonçalo refugiados bajo las copas de los árboles del jardín real. Habían marchado durante dieciséis días desde el campamento de Mpanzu hasta São Salvador, con muy pocas paradas, soportando chubascos intermitentes. Ahora era bien pasada la medianoche y volvía a llover. Los hombres se apartaron sorprendidos al ver que Beatriz comenzaba a buscar entre ellos. Gil sintió pena al ver la desesperación de su esposa. Ella lo sabía todo. Nimi, la sirvienta, que había regresado tres semanas antes, le había contado (además de contárselo a Alfonso) todos los sucesos ocurridos en Mpangala, y ahora también se le esfumaba la ilusión de ver una vez más a su hijo. Tras breves momentos de espera, Gil fue a buscarla y la cogió de la mano. Ella se apartó, furiosa.

—¿Cómo pudiste dejarle con Mpanzu?

—Hice todo lo que pude, Nimi. Créeme.

—Pero éste será su final —gritó, angustiada, echándose a llorar—. Oh, Gil, éste será su final.

Él la abrazó y la dejó llorar contra su pecho. Los guerreros les observaban, inquietos. Nimi, la otra Nimi, salió a la galería acompañada de Teresa, y también contemplaron a la pareja abrazada bajo la lluvia.

—Nuno —llamó Gil por encima de la cabeza de Beatriz, sin soltarla—, envía a los hombres a sus casas. Me han servido bien y les doy las gracias por sus servicios.

Nimi y Teresa bajaron de la galería mientras los extenuados guerreros abandonaban el jardín real.

—¿Por qué lloras, madre? —preguntó la niña, tirándole del kanga—. ¿Por qué llora, *pai*?

—Es muy tarde y no tendrías que estar levantada, Teresa. Es hora de dormir. Mamá se pondrá bien. Llévatela, *mchento*.

Beatriz apartó la cabeza del pecho de Gil para mirar a su hija y a la sirvienta que entraban en casa. Esperó hasta verlas entrar para dirigirse a su marido.

—Su vida está acabada, Gil. Él es muy joven y su vida está acabada.

—No, Nimi, eso no es cierto. Su vida no está acabada.

—Sí lo está. El obispo amenaza con expulsarle del sacerdocio, con excomulgarlo, y su alma será condenada a quemarse en las llamas del infierno por toda la eternidad.

Gil sacudió la cabeza con furia, su repulsión por el obispo le ahogaba y sólo le faltó echarle una maldición, pero se contuvo para no inquietar a Beatriz todavía más.

—Y Alfonso le ha repudiado. Discutí con él. Le supliqué que esperara a que el pobre chico tuviera la oportunidad de explicarse, pero no quiso esperar, su furia era tremenda. Nunca le vi tan furioso. Dice que no hay explicación para lo que ha hecho Enrique. Dice que es un traidor, un Judas, y que será castigado por su traición. Tú también estás bajo sospecha.

—¿Yo? ¿Por qué?

—El obispo De Sousa dice que según el padre Duarte tú ayudaste a Enrique a escapar con la muchacha. No lo hiciste, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Acaso Mbemba cree que lo hice?

—Quizá. Su furia es tan grande que le ha robado la razón.

—¿Lo crees tú?

Beatriz demoró la respuesta.

—Mírame, Nimi. También es mi hijo. No puedes creer que yo tenga algo que ver en todo esto.

—No. Pero, ¿por qué lo hizo? ¿Cómo puede haberse ido con nuestro peor enemigo?

—El muchacho tiene sus razones —respondió Gil vagamente—. Para empezar, él no considera a Mpanzu como nuestro peor enemigo.

—Es nuestro peor enemigo. Es el Anticristo. Así lo llama monseñor De Sousa. Niega a Nuestro Señor y quiere mantener a nuestra gente en la oscuridad del paganismo. Si su rebelión tiene éxito, nos volverá a mandar a todos al exilio. —Beatriz volvió a apretar el rostro contra el pecho de Gil, llorando a lágrima viva—. Pero no triunfará —afirmó de pronto con voz ahogada—. Todo el poder del reino y todo el poder de Nuestro Señor se lanzarán en su contra.

—Así que está decidido. Mbemba irá a la guerra contra Mpanzu. —Desde luego, él ya lo esperaba y sus palabras eran más una reflexión para sí mismo.

Sin embargo, Beatriz se apartó bruscamente.

—Claro que irá a la guerra. No vayas a creer que permitirá a Mpanzu que le arrebathe el trono. No creas que le va a dejar mandarnos al exilio una vez más. Ya ha dado la orden. Los soldados de la guarnición de São Salvador no tardarán en marchar hacia Mpangala junto con miles de guerreros kongos para reforzar a las tropas de don José. Perseguirán a Mpanzu, lo matarán y matarán a todos los que estén con él.

—¿Incluido Kimpasi?

—Oh, Gil, piensa la manera de alejarlo de Mpanzu. Piensa la manera de traerlo a casa otra vez.

—Lo haremos, Nimi. No te preocupes, pensaremos alguna cosa. Pero ahora volvamos a casa, salgamos de esta lluvia infernal. Estoy calado hasta los huesos, estoy cansado y quiero dormir.

—¿Es hermosa? —preguntó Beatriz mientras subían los escalones de la galería.

—¿Quién?

—Mfidi. Según dice Nimi, Enrique está sometido a su hechizo.

—No es más que una muchacha, una muchacha bonita. —Gil se despojó del machete y de la cota de malla y se dirigió al dormitorio—. No fue ella.

—Entonces, ¿qué fue? No lo entiendo. A Enrique nunca le gustó Mpanzu. Nunca olvidó que fue Mpanzu quien convirtió su vida en un infierno cuando era un niño.

Gil se sentó en el camastro y comenzó a quitarse las botas.

—¿Fue el auto de fe? ¿Fue por eso?

—En parte fue por el auto de fe. —Gil dejó las botas a un lado y se tendió en el camastro con las manos cruzadas bajo la cabeza.

—Tuvo que ser algo tremendo para él ver morir quemada a una persona. Creo que si yo lo hubiese visto también me habría vuelto contra la fe.

—Ven aquí, Nimi. Acuéstate a mi lado.

—¿No te quieres lavar primero? Enviaré a una sirvienta a que vaya a buscar agua caliente.

—No, acuéstate a mi lado. Me lavaré después y más tarde hablaremos de todo esto.

Beatriz se quitó el kanga, lo dejó caer al suelo y se acostó a su lado. Su cuerpo, como el de su marido, estaba empapado por la lluvia, y él pasó la mano por las maduras y bellas curvas, secándola con suavidad. Ella se estremeció al sentir el contacto y apretó el rostro en el hueco que formaba el hombro y la barbilla de su marido, mientras volvía a llorar desesperada por su hijo.

—Oh, Gil.

—¡Chist, Nimi!, ¡chist! Yo lo haré volver, te lo prometo. Buscaré la manera de traerlo de vuelta a casa.

—Vienen soldados de los Porta Guis, Gil Inis —dijo la otra Nimi, asomando la cabeza por la puerta y retirándola inmediatamente al ver lo que pasaba en el interior—. Preguntan por ti.

—Diles que no estoy aquí.

—Saben que estás aquí. Te vieron volver. Llevan días vigilando la casa para saberlo, esperando a que regresaras.

Gil se sentó en el camastro. Lo mismo hizo Beatriz, con los ojos muy abiertos y con los brazos alrededor del cuello de su marido.

—Dicen que monseñor De Souza te llama. Dicen que fue él quien les ordenó que vigilaran la casa para buscarte en cuanto sospecharan que habías vuelto.

Gil se envolvió con el kanga y se dirigió a la galería. Beatriz se vistió deprisa y lo siguió. Cuatro alabarderos estaban en el jardín.

—Su excelencia le llama, señor Eanes —comenzó uno de ellos.

Gil lo interrumpió sin miramientos.

—Es muy tarde, cabo, y hace muy poco que he regresado de un largo viaje. Dígale a su excelencia que iré a verle cuando haya dormido un poco.

—El rey también le espera, señor.

—¿Quién me llama, *cabo*? Primero dice que el obispo. Ahora, que el rey. ¿Cuál de los dos? Hable con claridad.

—Es el obispo quien lo requiere, señor —respondió el soldado—. Pero creí que desearía saber que el rey también le aguarda en la casa del obispo. Además de la reina madre Leonor.

A Gil no le gustó nada la noticia.

—Debes ir, Gil —afirmó Beatriz—. Si no acudes sólo conseguirás aumentar sus sospechas. Yo iré contigo.

Las velas encendidas en los candelabros de plata sobre la gran mesa de roble que también servía de escritorio y en los candelabros de bronce colocados en las paredes, iluminaban la sala del obispado con una luz siniestra. Monseñor De Sousa estaba sentado en su sillón frailerero detrás de la mesa; con su sotana y su bonete rojos, su expresión grave y su complexión de una palidez enfermiza resaltaban a la luz de las velas. A un costado, a unos pasos de la mesa, había otras dos sillas de respaldo recto. Alfonso ocupaba una y la otra, Leonor, ambos vestidos a la moda de la realeza de Portugal. Una cuarta silla vacía estaba colocada delante de la mesa, de cara al obispo.

Los cuatro alabarderos escoltaron a Gil al interior. Dos se colocaron junto a la silla vacía, uno a cada lado, y los otros dos permanecieron junto a la puerta, con las pesadas alabardas cruzadas cerrando el paso. Sin embargo, Beatriz los apartó y miró a los presentes con una expresión entre preocupada y desafiante. La presencia de Beatriz sorprendió al obispo.

—No es necesario que esté usted aquí, doña Beatriz —señaló el obispo, levantándose de la silla.

—Mi hijo está en peligro y mi marido está bajo sospecha, excelencia. ¿En qué otro lugar quiere usted que esté?

Monseñor De Sousa volvió a sentarse, suspiró y entrelazó las manos sobre la mesa.

—Muy bien, pero le ruego, por favor, que no se interfiera en estos procedimientos.

—Ven aquí, Beatriz —dijo Leonor, llamando a su hija a su lado.

—¿Qué procedimientos son éstos, señor obispo? —preguntó Gil—. ¿Ha traído aquí la Inquisición desde Mpangala? ¿Debo temer que el padre Duarte me haya preparado una de sus hogueras?

—No es necesario adoptar una actitud pesimista, señor Eanes —replicó el prelado con una leve sonrisa—. Siempre que responda a nuestras preguntas de un modo satisfactorio, no tiene nada que temer. ¿No quiere sentarse? —El obispo le señaló la silla vacía.

Gil no hizo caso del ofrecimiento del obispo y se volvió hacia Alfonso.

—¿Es éste tu deseo, Mbemba? ¿Estás de acuerdo con este juicio?

—No es un juicio, Gil —contestó Alfonso, con voz que apenas le salía de la garganta. Mantenía un codo apoyado en el brazo de la silla y se aguantaba la cabeza con la mano, sin mirar a Gil—. Su excelencia quiere hacerte unas preguntas. A mí me gustaría escuchar tus respuestas.

—¿Preguntas o acusaciones?

Alfonso no respondió ni tampoco lo miró.

—¿Dudas de mi lealtad hacia ti, Mbemba? ¿Después de todos estos años, exiges que responda a las acusaciones de este sacerdote para estar seguro?

Ahora sí que Alfonso lo miró, y la furia de su rostro resultaba terrible. El chirlo en su rostro estaba al rojo vivo.

—Fuiste a ver a Mpanzu, Gil, y mientras estabas con él, su gente atacó Mpangala.

—¿Qué?

—En mitad de la noche, sus guerreros cayeron sobre Mpangala y la incendiaron. Destruyeron la iglesia y los cuarteles y mataron a muchos soldados portugueses y se llevaron cautivos a muchos nsundis, a su jefe, Bernardo, entre ellos.

—¡Jesús! —murmuró Gil, que acababa de comprender por qué no había visto a ninguno de los guerreros de Mpanzu en el campamento—. ¿Cuándo ocurrió el ataque?

—Ya te he dicho cuándo ocurrió. Mientras tú estabas con Mpanzu.

—Pero yo no estuve ni siquiera un día.

—¿Está usted diciendo que no sabía nada del ataque, señor Eanes? —preguntó el obispo.

Gil se volvió hacia el prelado con un gesto airado.

—Claro que no lo sabía. ¿Se atreve a sugerir que formé parte del mismo?

—Da lo mismo lo que yo sugiera, señor, pero debe admitir que es una extraña coincidencia que fuera usted a ver a Mpanzu precisamente en aquel momento.

—Sabe muy bien por qué fui a verle en aquel momento. Fui a verle con la esperanza de persuadir a mi hijo a que volviera a casa conmigo.

—Por lo tanto, sabía que su hijo estaba allí. Usted sabía que después de huir de Mpangala con Mfidi, estaría allí con Mpanzu.

—Sí.

—¿Y cómo se enteró, señor Eanes?

—No me interesa saber cómo se enteró —interrumpió Alfonso con un tono áspero, y se levantó apartando la silla con furia.

—Pero majestad...

—Lo único que me interesa saber es a quién es leal; a mí o a Mpanzu.

—No es necesario que me lo preguntes, Mbemba. Ya te he contestado.

—Entonces me indicará dónde está Mpanzu.

—Tú ya sabes dónde está. ¿No está en Mpangala? Dijiste que asaltó Mpangala.

—Dije que atacó Mpangala. Pero es un guerrero demasiado listo para permanecer allí y esperar a que se presente mi ejército para luchar contra él. Después del ataque, volvió a retirarse a su campamento en las colinas de Nsundi. No sé dónde está, pero tú sí. Tú estuviste allí.

—Dudo que la aldea donde estuve siga siendo el campamento de Mpanzu. Como tú mismo has dicho, es un guerrero astuto. Sin duda, a estas horas ya tiene un nuevo campamento.

—Pero usted puede encontrarlo, señor —señaló el obispo—. Todo lo que tiene que hacer es encontrar a su hijo, el sacerdote renegado, y encontrará de paso el nuevo campamento de Mpanzu.

Gil miró al prelado y de nuevo a Alfonso. Luego se sentó en la silla vacía.

—¿Le ha comunicado a Su Majestad el descubrimiento de Brasil, obispo?

—¿Brasil?

—¿No lo ha oído mencionar?

El obispo meneó la cabeza.

—¿Qué es Brasil? —preguntó Alfonso.

—Un nuevo mundo que han descubierto los portugueses, Mbemba. Un nuevo mundo para el que ellos necesitan muchos esclavos.

VIII

Sentado sobre los talones entre los peñascos cubiertos de musgo y los montones de madera arrastrada por la corriente al borde del río, Gil desenredó los sedales que había lanzado entre las piedras de los rápidos, y luego miró río abajo entre la bruma. No vio a nadie. Nuno y Gonçalo se mantenían ocultos en la espesura de la orilla sur del Lelunda. Más arriba, a la entrada de una pequeña cueva de un barranco que marcaba el principio de la playa, ardía un fuego en el que Beatriz, arrodillada junto a la fogata, se encontraba ocupada en asar un cerdo salvaje que Gil había cazado a primera hora de la mañana. Mfidi permanecía a su lado, mirando la corriente río arriba. El portugués volvió la cabeza para mirar en esa dirección, pero tampoco vio a nadie y continuó ocupándose de los sedales.

Esperaban a Enrique en ese refugio arreglado por Gil desde hacía tres días. Le esperaban en esa especie de campamento, a unas ciento veinte leguas de Mpangala, al este del valle del Lelunda, con la remota esperanza de que el hijo les conduciría hasta Mpanzu.

Aunque aquellas antiguas sospechas de las intenciones portuguesas se habían convertido en una desagradable certeza, Gil había aceptado buscar a Mpanzu. Se preparaba una guerra entre hermanos y no había manera de evitarla. Gil había decidido que estaba obligado, por una lealtad nacida de los veinte años de amistad, a ayudar a Alfonso a ganar la guerra, pero, como había argumentado en el obispado aquella noche, encontrar a Mpanzu no iba a ser tarea tan fácil como creía monseñor De Sousa, porque Gil no estaba nada seguro de encontrar otra vez a Enrique.

En cambio, Beatriz no tenía ninguna duda. Incluso si Enrique rehusaba responder a los rumores de que Gil le buscaba, era poco probable que no hiciera caso cuando se enterara de que su madre también estaba tras él. Tan ávida estaba de ver aplastada la rebelión de Mpanzu y de rescatar a su hijo, que Beatriz se había ofrecido voluntariamente como cebo para sacar a Enrique de su escondite.

Salieron al amanecer con sólo Nuno y Gonçalo como escolta. El ejército de miles de guerreros que Alfonso conduciría contra Mpanzu cuando lo encontraran se estaba reuniendo en los parques y en las plazas de São

Salvador, donde se respiraba la fiebre de la guerra. Ellos se dirigían directamente a la aldea de pescadores a la orilla del Lelunda que había sido el último campamento de Mpanzu. Gil no esperaba encontrarlo allí. Estaba seguro de que Mpanzu, después del ataque a Mpangala, había levantado el campamento, consciente de que lo mejor era mantenerse siempre en movimiento. Pero Gil especulaba con la posibilidad de que los habitantes de la aldea sabrían dónde había ido y que podría convencerlos de transmitir la noticia de que la madre de Enrique, angustiada porque su hijo había abandonado el hogar y a la familia, suplicaba la oportunidad de hablar con él. El padre que había permitido a Gil hablar con su hijo seguramente no haría menos por la madre.

Después de una espera de cinco días en la aldea, se presentó Mfidi y, mientras Nuno y Gonçalo les seguían (sin que ella lo supiera), los había traído hasta el lugar de la selva, otras treinta leguas río arriba, para encontrarse con su hijo.

Gil volvió a mirar hacia la entrada de la cueva. Beatriz, mientras hacía girar la carne sobre el fuego con aire distraído, intentaba hablar con Mfidi, ansiosa por saber algo de Enrique. Pero la muchacha, ruda y malhumorada, con los ojos llenos de odio, mantenía la boca cerrada y le volvía la cara. Gil sintió el tirón de un pez en uno de los anzuelos y al volver la mirada hacia el río le pareció distinguir la presencia de una persona en la orilla opuesta. Quienquiera que fuese se había agachado entre la alta hierba amarilla y le vigilaba. Gil recogió el sedal, quitó del anzuelo una carpa de tamaño mediano y la arrojó sobre una piedra plana junto a las otras seis que llevaba pescadas a lo largo de la mañana, puso un cebo nuevo en el anzuelo y lo lanzó al agua, procurando parecer despreocupado, para no asustar al desconocido que le observaba.

Probablemente era Enrique. Probablemente llevaba allí vigilante desde antes de que Gil, Beatriz y Mfidi llegaran al lugar, para asegurarse de que no habían engañado a Mfidi, para asegurarse de que Gil y Beatriz habían venido solos. Pero Gil se preguntó si su hijo venía solo o acompañado por los guerreros nsundis del campamento de Mpanzu. Era algo que no podía descartar. Gil volvió a mirar río abajo hacia donde creía que estaban ocultos Nuno y Gonçalo. No les había visto el pelo desde que salieron de la aldea de pescadores y confiaba en que eso se debía a su habilidad como rastreadores. Pero, ¿y si no habían conseguido seguirle hasta aquí? Eso era algo que tampoco podía descartar.

Enrique se hizo ver al cabo de una hora. Mfidi fue la primera en verlo y corrió barranco abajo, gritando alborozada su nombre. Beatriz la siguió en el acto, sin preocuparse del cerdo que se asaba en la fogata. El muchacho salió titubeante de las altas hierbas y se detuvo a la orilla del agua en la ribera opuesta. Su apariencia sin duda había asombrado a su madre, porque vestía como Gil lo había visto por última vez, como un aldeano nsundi, no como un sacerdote portugués, aunque sí llevaba el crucifijo (entonces, como un sacerdote nsundi), con el pelo rubio cortado muy corto. Mfidi cruzó la corriente saltando ágilmente de roca en roca, pero Beatriz se quedó donde estaba, momentáneamente sin saber qué hacer. Luego comenzó a llamarle con voz emocionada.

Gil no se acercó a ellos. Permaneció donde estaba, sentado sobre los talones y tonteando con los sedales. Sabía muy bien lo que Beatriz estaba diciendo y sabía también la respuesta de Enrique. Daba lo mismo los duros reproches maternos por lo que había hecho que las conmovedoras súplicas para que volviera a casa con ella, la respuesta del joven sería la misma: una rotunda negativa. Pero no tenía importancia. Lo único importante era que le había visto salir del escondite, siempre y cuando Nuno y Gonçalo consiguieran llegar y Enrique no hubiese traído una escolta de guerreros nsundis...

—*Pai*.

Gil se puso de pie.

—¿Por qué has permitido que venga aquí, *pai*? —le gritó Enrique, muy enfadado.

—Porque creí que querrías despedirte de ella —replicó Gil.

La respuesta del padre avergonzó al joven, que desvió la mirada.

—Nunca más la volverás a ver. El camino que has elegido te impedirá volver a ver a nadie de tu familia. Yo tuve la oportunidad de decirte adiós. Creí que tu madre se merecía la misma oportunidad. Incluso pensé en traer a Teresa con nosotros para que también pudiera despedirse de ti.

Enrique lo miró con un velo de lágrimas en sus ojos azules.

—¿Y bien? ¿Vas a quedarte ahí, o cruzarás el río para despedirte de tu madre correctamente y darle un abrazo?

—¿Estás solo, *pai*? ¿Has venido aquí solo?

Gil había sabido desde el primer momento que para poder llevar a cabo su plan tendría que mentirle a su hijo. Incluso así, la mentira se le atragantó y tardó un momento en soltarla.

—Sí, Kimpasi, hemos venido solos. ¿Y tú?

—Yo también estoy solo —respondió el joven, y luego, saltando de piedra en piedra, cruzó el río.

—Oh, *mbakala*. —Beatriz corrió a estrecharlo entre sus brazos, y comenzó a llorar desconsoladamente—. ¿Por qué haces esto?

—Pregúntaselo a Fernando de Melo.

Beatriz se apartó.

—¿A Fernando de Melo?

—Tú no crees lo que te dije de la profecía del NgangaKongo.

—Es algo muy terrible de creer, *mbakala*.

—Entonces, pregúntaselo a Fernando de Melo. Pregúntale a él si lo cree. Él es el único que te dirá con certeza si es así.

—Fernando de Melo está en Santo Antonio, Kimpasi —aseguró Gil.

—Ya no. Se encuentra en Mpangala para unirse a la guerra contra Mpanzu.

—¿Eso ha hecho? Estás muy bien informado.

—Es Mpanzu quien está bien informado. Tiene espías en todas partes. Hay hombres a todo lo largo y ancho del reino que le consideran el auténtico ManiKongo y están dispuestos a hacer de espías —Enrique abrazó a su madre por última vez y se apresuró a regresar al otro lado del río.

Aprovechando que Beatriz se entretenía en la orilla con su hijo sin disimular las lágrimas que le brotaban a raudales, Gil subió por el barranco hasta la cueva, cogió el cerdo asado, apagó el fuego, volvió a bajar, recogió los pescados y los metió en la pequeña canoa en la que Mfidi los había traído hasta allí y después llamó a Beatriz. Esperaba una protesta de última hora, pero ella siguió el plan preconcebido y con los ojos enrojecidos y un gemido ahogado, volvió la espalda a su hijo y subió a la canoa. Gil comenzó a remar río abajo. Ambos sólo volvieron la vista atrás una sola vez. Enrique y Mfidi continuaban en la orilla, vigilándolos para asegurarse de que Gil y Beatriz se marchaban. Luego rodearon la curva del río y los perdieron de vista.

Gil continuó remando durante dos horas. Oscurecía y la llovizna de las horas anteriores se había convertido en una fuerte lluvia cuando metió la embarcación en una pequeña cala en la orilla norte del río. Saltó a tierra y, sin perder un segundo, volvió a empujar la canoa al agua. Una vez más esperó la protesta de Beatriz, que no llegó.

—¿Debo ir a ver a Fernando de Melo? —preguntó la mujer—. ¿Debo ir a él y preguntarle si la profecía del NgangaKongo es cierta?

Gil sacudió la cabeza en un gesto de protesta.

—No es necesario. Sé que es verdad.

—¿Y sin embargo estás dispuesto a hacer esto?

—Lo hago por Mbemba. Además, es demasiado tarde para hacer otra cosa. Ha comenzado la guerra y lo más que podemos esperar ahora es conseguir rescatar a nuestro hijo de sus garras.

—Rescátalo, Gil —dijo Beatriz. Recogió el remo y reanudó el viaje río abajo—. Tráelo de regreso a casa sano y salvo.

Gil permaneció en la cala hasta que se hizo de noche. Había una choza abandonada en la cumbre de la colina que dominaba la cala y allí se refugió de la lluvia. La cena consistió en cerdo asado únicamente. Después se echó a dormir un rato para recuperar fuerzas. Cuando despertó, era noche cerrada y había amainado la lluvia. Esperó una hora antes de iniciar la marcha por la orilla norte de vuelta al lugar donde había dejado a Enrique.

Gonçalo le esperaba.

«*Deo gratias*», murmuró para sus adentros, después de preocuparse tanto por la posibilidad de no encontrar a ninguno de los dos hermanos.

—¿Dónde está Nuno? ¿Está siguiendo el rastro?

—Así es, señor. Es un rastro fácil de seguir. Tu hijo vivió demasiados años entre los hombres blancos y ahora no recuerda cómo borrar sus huellas.

El rastro se alejaba del río hacia el noreste, a través de las ondulantes colinas. Efectivamente, era un rastro fácil de seguir. Enrique, sin sospechar nada, no se preocupó de ocultarlo; pero, además, Nuno, que había iniciado la persecución en cuanto la pareja emprendió el camino de regreso al campamento de Mpanzu, lo iba marcando con cortes en la corteza de los árboles, partiendo las ramas de los arbustos y dejando montoncitos de piedras. El camino los llevó hacia el nordeste durante toda la noche y la mañana siguiente, para luego torcer al norte y continuar en la misma dirección por lo que quedaba del día. Al amanecer, las indicaciones marcaban hacia el noroeste. Gil y Gonçalo hicieron un alto en el camino, y comieron y durmieron antes de continuar la marcha durante el resto de la noche. La salida del sol les pilló subiendo una larga y empinada pendiente, todavía en dirección noroeste, hasta lo más alto de una colina. Nuno estaba tendido en la hierba alta de la cumbre, con la mirada puesta al otro lado. Volvió la cabeza cuando Gil y Gonçalo se acercaron; les indicó por señas que guardaran silencio y se tendieran a su lado. Gil vio en el acto que habían llegado a su destino: el nuevo campamento de Mpanzu.

Se trataba de una pequeña aldea rodeada de una empalizada en lo alto de otra colina a media legua de distancia. Un ancho, profundo y despacioso río que, desbordado por las intensas lluvias, inundaba las fangosas márgenes,

atravesaba el valle entre las dos colinas de norte a sur. Probablemente sus aguas desembocaban en el Lelunda. Una gran profusión de árboles en flor crecían a lo largo del curso y la superficie, tranquila como la de un lago (Gil en un primer momento lo confundió con un lago, debido a su anchura), aparecía coloreada de blanco y rosa por las plumas de millares de garzas, garzas reales y flamencos que se movían por el agua. Detrás de la aldea había un pequeño bosque muy florido con abundancia de aves.

—¿Dónde estamos, Nuno? —preguntó Gil.

—La aldea se llama Mbouila, señor. Al nornoroeste y a no más de veinte leguas, a no más de dos días de marcha, está Mpangala.

—¿Y Mpanzu está en la aldea?

—Lo está, señor.

—Bien. Ahora vete a Mpangala y dile al ManiKongo que hemos encontrado a su hermano.

—¿Y tú, señor?

—Me quedaré aquí.

Nuno y Gonçalo intercambiaron una mirada de consternación.

—Yo me quedaré aquí contigo, señor.

—No, ambos tenéis que ir. Y cada uno por un sendero diferente para aumentar las posibilidades de que al menos uno llegue a Mpangala y le diga al ManiKongo dónde está el nuevo campamento del ManiNsundi.

Una vez más los hermanos se miraron preocupados. Era obvio que no entendían este arreglo. No era parte del plan original.

—¿Dices que son dos días de marcha, Nuno?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto calculas? ¿Otros cuatro días para que el ManiKongo traiga a su ejército?

—No más de cuatro, señor, quizá sólo tres.

—Entonces, calculemos el ataque a Mbouila para dentro de una semana.

Gil dio a Nuno y a Gonçalo toda la mañana y buena parte de la tarde para que se alejaran lo más posible de Mbouila, para estar bien adelantados en su camino hacia Mpangala. Luego bajó de la colina en medio de una persistente lluvia y avanzó hacia la orilla del río que parecía un lago.

Las canoas estaban entre los juncos más allá de la costa inundada y había unos cincuenta hombres cerca de las embarcaciones, hombres de Mpanzu, guerreros nsundis, sublevados contra el rey. Todos lucían pinturas de guerra y llevaban plumas en el pelo. La mayoría iban armados con lanzas o con arcos, pero incluso a esta distancia, Gil vio que algunos tenían arcabuces. Si eran de

fabricación casera y no robados a los portugueses, constituían una asombrosa muestra de artesanía. ¡Qué artesanos tan fantásticos eran esta gente! Las maderas y los metales de las armas parecían perfectos, hasta el último detalle de los mecanismos copiados con extraordinaria habilidad. Pero el arcabuz (como todas las armas de fuego de la época) era un arma muy poco fiable. Si un resorte, una llave de serpentín o una cazoleta no estaba bien, si el cañón estaba ligeramente desviado, el maldito artefacto podía estallarte en la cara. Incluso con los de fabricación portuguesa ocurría con frecuencia.

Los guerreros tardaron mucho más de la cuenta en advertir que Gil caminaba hacia ellos, aunque él no hizo nada para disimular su presencia. Descalzo y vestido con un kanga, bien afeitado, con el cuchillo en su vaina sobre la cadera y un arco y aljaba al hombro, oscurecido por la cortina de agua de la incesante lluvia, sin duda debió parecerles que se trataba sencillamente de un cazador solitario que regresaba a la aldea.

Pero por fin se dieron cuenta de quién era. Vieron el pelo rubio, los ojos claros y la piel blanca. Lo capturaron. Él no ofreció ninguna resistencia. Las aves que retozaban en el río, las garzas, los flamencos y las garzas reales, levantaron el vuelo en una espectacular visión de plumas y graznidos.

* * *

—No, ManiNsundi, mi hijo no te ha traicionado. Yo sí he traicionado a mi hijo.

—Mátalo —siseó Mfidi.

Mpanzu miró a su hija, luego levantó una de sus manazas, y Enrique, que se encontraba junto a la muchacha, la apartó enojado y confuso, atónito por el descubrimiento de que su padre le había engañado.

—Él no tenía ni la menor idea de que le iba a seguir —añadió Gil—. Le dije que no y él confió en mí. Pero le mentí.

—Oh, *pai* —gimió Enrique.

—¿Y tú eres el único que le ha seguido?

—No. Dos guerreros de mi guardia personal le han seguido conmigo.

—¿Dónde están?

—Van de camino a Mpangala para decirle a tu hermano dónde te puede encontrar.

—¿Y tú no has ido con ellos? ¿Por qué? ¿Por qué has venido a entregarte a mí?

—Para avisarte.

—¿Para avisarme? —repitió Mpanzu con un gesto de incredulidad marcado en su rostro.

—Sí, ManiNsundi, para avisarte de que ahora Mbemba sabe dónde estás y que te atacará en menos de una semana.

—¿Qué nueva mentira es ésta?

—No es una mentira.

—Primero actúas a favor de Mbemba engañando a tu hijo para que te conduzca hasta aquí y ahora actúas en contra de Mbemba diciéndome que has hecho esto. ¿Esperas que ahora me crea que no es otra de tus tretas?

—Actué para Mbemba como su leal súbdito, ManiNsundi. Nuestra amistad viene de muy antiguo y le debía a él esa lealtad. Pero al advertirte de lo que he hecho, actúo contra los portugueses.

—¿Por qué debo creer que actúas contra los Porta Guis, Gil Inis? Ellos son tu gente.

—Porque ahora ya sé cuál es la maldad que traen a esta tierra.

Se encontraban en la puerta principal, la puerta oeste, la de la empalizada que protegía a Mbouila. Dos cañones —de clara fabricación portuguesa, sin duda capturados en la emboscada a Rodrigues o en el asalto a Mpangala, apuntados ladera abajo hacia el río— protegían la entrada. Los guerreros que habían capturado a Gil y lo habían traído por el río en sus canoas y lo habían escoltado ladera arriba hasta esta puerta, lo rodeaban. Los guerreros también rodeaban a Mpanzu. Gil juzgó por los tocados, las pinturas de guerra y las insignias que llevaban, que algunos de ellos eran príncipes y caciques nsundis que se habían unido a la rebelión de Mpanzu contra Alfonso y que ahora eran miembros de la corte rebelde. Entre ellos reconoció a uno: Bernardo, el cacique de Mpangala. Obviamente, no le habían hecho prisionero en el asalto a su ciudad, sino que se había pasado a las filas de Mpanzu, sin duda impresionado por la ferocidad de aquel asalto, impresionado también por el éxito de la emboscada a Rodrigues y consternado por el auto de fe. Enrique y Mfidi estaban a su lado. La puerta que había a sus espaldas estaba abierta, así que Gil pudo mirar el interior de la aldea. La penumbra del crepúsculo y la lluvia no dejaban ver gran cosa, pero aun así vio que al otro extremo de la aldea había otra puerta en la empalizada: la puerta este, que se abría a la selva detrás del poblado.

¿Cuántos guerreros tenía Mpanzu en la aldea? Ubicada en la cumbre de la elevada colina, con un río delante y un bosque detrás, la aldea parecía un lugar razonablemente fácil de defender. Pero a la vista de su modesto tamaño

y si descontaba a las mujeres y a los niños que vivían allí, no podía haber más de mil quinientos o quizá dos mil hombres en edad de combatir. ¿Mpanzu tenía más guerreros dispersos en otras aldeas y campamentos como éste a lo largo de las llanuras? Debía tenerlos. Porque si no los tenía, la guerra contra él sería una masacre. Alfonso acabaría de cuajo con la rebelión de los nsundi si éste era todo el ejército que Mpanzu podía llevar al campo de batalla contra su hermano.

—¿Qué más da la razón por la que se ha entregado a ti, ManiNsundi? —intervino Bernardo, con un tono impaciente—. Lo único importante es que, dado que lo ha hecho, por la razón que sea, ahora sabemos que aquí ya no estamos seguros y no nos queda más remedio que movernos.

Mpanzu asintió con gesto pensativo a la opinión del cacique, pero mantuvo sus ojos saltones y legañosos fijos en Gil, y en su mirada se reflejaba la incapacidad para comprender los motivos contradictorios que Gil le había expresado para justificar sus acciones. El propio Gil tampoco acababa de entenderlos del todo.

—Hay que moverse, y de prisa —continuó Bernardo—. Dice que Mbemba estará aquí en menos de una semana. Pero si hay una razón para dudar de lo que dice, dudemos también de esto. Si hay una razón para creer que nos está tendiendo una trampa, creamos que es una trampa. Creamos que sus dos guerreros llegaron a Mpangala mucho antes de lo que dice y que Mbemba ya está en marcha contra nosotros.

—¿Lo está?

—No, ManiNsundi. Te he confesado la verdad. Pero no hay ningún mal en que prestes atención al consejo de Bernardo y abandones este lugar lo antes posible.

—¿Y tú, Gil Inis? ¿Qué debo hacer contigo?

Gil se encogió de hombros.

—Mátalo —gritó Mfidi otra vez, apartándose de Enrique—. Si no lo matas, volverá a seguirnos. Nos seguirá a donde vayamos y enviará a sus guerreros para decirle a Mbemba dónde estamos.

—No tengo guerreros que enviar, Mfidi. Ahora estoy solo.

—¿Qué pensabas cuando decidiste entregarte a mí? —preguntó Mpanzu sin hacer caso de su hija—. ¿No creíste que te mataría?

—Has tenido otras ocasiones de matarme, ManiNsundi, y no lo has hecho. Durante la primera guerra contra los portugueses, tuviste muchas ocasiones de matarme, pero no lo hiciste.

Mpanzu meneó la cabeza. Su escepticismo seguía siendo tan fuerte como antes.

—Podríamos llevarlo con nosotros, ManiNsundi —propuso Enrique—. Si lo llevamos con nosotros, tendremos la seguridad de que no podrá enviar ningún mensaje sobre nuestro paradero.

—Y si lo mato, también estaremos seguros. Decidiré qué determinación debo tomar cuando descubra la trampa que él y mi hermano me han tendido. Hasta entonces, serás mi prisionero, Gil Inis.

Encerraron a Gil en una casita en el recinto del cacique de la aldea cerca de la puerta que daba al bosque y que resultó ser la casa de Enrique. Lo descubrió la primera noche que pasó allí. Se durmió inquieto y ansioso, con un sueño tan ligero que cualquier ruido lo despertaba, y así fue cómo, a poco de dormirse, lo despertaron los suaves gemidos y los suspiros del acto amoroso en una habitación vecina. Prestó atención durante unos segundos, y convencido de que había escuchado la voz de Enrique, abandonó el camastro para dirigirse silenciosamente hacia la habitación. Asomó la cabeza y vio a Mfidi a cuatro patas, con el kanga recogido sobre la espalda, y a Enrique arrodillado detrás de la muchacha, con los muslos desnudos. Mfidi miró a Gil y le sonrió con expresión desafiante, pero Enrique tenía los ojos cerrados y no vio a su padre. Gil, profundamente avergonzado, se retiró deprisa.

El día amaneció con una brillante descarga de relámpagos, los ensordecedores truenos y un tremendo aguacero que rápidamente convirtió la plaza de la aldea en un enorme fangal. Gil salió a la galería, convencido de que vería a Mpanzu haciendo los preparativos para trasladar al ejército rebelde a otro campamento. Pero no vio nada que se le pareciera. Lo que vio fue una aldea que se despertaba como cualquier otro día para realizar su actividad habitual como si sobre ella no se cerniera amenaza alguna, mientras los guerreros de Mpanzu —Gil calculó que no había más de dos mil con sólo unas doscientas cincuenta armas de fuego— holgazaneaban al abrigo de la lluvia. No había ninguna señal de que Mpanzu estuviera levantando el campamento, ninguna señal de que tuviera prisa por marcharse. ¿Por qué se demoraba? ¿No creía en la advertencia de Gil? ¿Aún creía que se trataba de una trampa? ¿Sus espías le habían traído algún nuevo informe sobre el ejército que según Gil avanzaba contra él?

Más tarde, un grupo de mujeres y niños se acercaron a la casa para escuchar a Enrique predicar el evangelio. Vestido con el hábito blanco en lugar del kanga, se sentó con las piernas cruzadas sobre una estera en el salón de la casa, con la biblia abierta sobre el regazo, delante de un altar

improvisado que consistía en un crucifijo de madera y dos lámparas de aceite. Enrique esperó a que las mujeres estuvieran sentadas en las esteras delante de él, y luego comenzó a relatarles el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Lo relató con una encantadora sencillez y las mujeres y los niños le escuchaban embelesados. La orilla del lago donde ocurrió el milagro, tal como lo describió, bien podía ser la orilla del río parecido a un lago que pasaba al pie de la colina, y la gente reunida allí para comer los panes y los peces del milagro bien podían ser las gentes de esta aldea, y el milagro en sí no les resultaba más incomprensible que los milagros realizados por sus hombres ju-ju. Gil miró el crucifijo. Era obra de un artesano local. Las facciones del Cristo, redondas y mofletudas, eran las de estas gentes, y la madera oscura del cuerpo sangrante era el color de su piel, un Jesucristo kongo que sin duda el obispo De Sousa no aprobaría.

De pronto, Mfidi apareció corriendo en la galería. Sin preocuparse de que interrumpía la lectura, la muchacha se acercó a Enrique para susurrarle al oído algo muy urgente. El joven miró a Gil, que se encontraba junto a la puerta, acabó de prisa con la lectura evangélica y despidió a sus oyentes. En cuanto se marcharon, comentando con placer la historia que acababan de escuchar, Gil entró en la habitación.

—Mbemba está en marcha, *pai* —dijo Enrique, levantándose—. Su ejército ha salido de Mpangala.

Gil hizo un cálculo rápido. Habían pasado casi dos días enteros desde que Nuno y Gonçalo se habían marchado hacia Mpangala. Era muy probable que ya hubieran llegado allí.

—Pero no marcha en esta dirección.

—¿En qué dirección marcha?

—Va hacia el viejo campamento de Mpanzu. Hacia la aldea de pescadores en el Lelunda donde Mpanzu tuvo el último campamento. Al parecer cree que todavía está allí.

¿Cómo podía ser así? Sólo era factible si Nuno y Gonçalo no hubieran conseguido llegar a Mpangala. Quizá, en las profundidades del territorio nsundi, con los espías de Mpanzu por todas partes, los habían capturado en el camino a Mpangala y ahora estarían muertos. Quizá por eso Mpanzu no tenía ninguna prisa por moverse. Gil se dirigió rápidamente a la galería.

Los guerreros rebeldes ya no estaban ociosos. Se encontraban reunidos alrededor de Mpanzu en el fangal de la plaza. Un contingente de unos doscientos hombres con Bernardo a la cabeza salía por la puerta oeste.

—¿Adónde van, ManiNsundi? —preguntó Gil, que bajó corriendo de la galería para ir a reunirse con Mpanzu—. ¿Dónde los conduce Bernardo?

—Van a crearle problemas a mi hermano.

—Pero son muy pocos. Mbemba tiene miles de guerreros con él.

—Sólo hacen falta unos pocos para crear los problemas que deseo.

—¿Cuáles son esos problemas?

—Mbemba parece estar equivocado sobre la situación de mi campamento, Gil Inis. Parece creer que todavía me encuentro en la aldea de pescadores del Lelunda. No quiero sacarlo de su error. Quiero que continúe creyendo que estoy allí.

—¿Cómo te propones conseguirlo?

—Tardará por lo menos cinco, quizá seis días en llevar a su ejército hasta la aldea de pescadores. Pero Bernardo y sus guerreros sólo tardarán dos. Así que le estarán esperando, y cuando llegue lo atacarán y creará que mi ejército le está atacando. Cuando Bernardo interrumpa la lucha y se retire porque sus guerreros son muy pocos para derrotar al gran número de Mbemba, él los perseguirá, creyendo que es a mí a quien persigue. Lo perseguirá hacia el sur, lejos de aquí, porque Bernardo se retirará hacia el sur. Mientras Mbemba persigue a Bernardo hacia el sur, yo moveré al resto de mi ejército a otro campamento.

Parecía un buen plan, pero Gil tenía la extraña sensación de que había un error de cálculo en alguna parte. No podía creer que resultara tan sencillo engañar a Alfonso. No podía evitar la sensación de que Alfonso era más listo que Mpanzu. Porque, si Nuno y Gonçalo no habían sido capturados y no estaban muertos, si los hermanos habían llegado a Mpangala, la marcha de Alfonso hacia la aldea de pescadores podía ser una diversión, una finta, una manera de engañar a Mpanzu y hacerle sentir una falsa sensación de seguridad.

Aquella noche, mientras caía la lluvia a mares, se sucedían los relámpagos y retumbaban los truenos, Gil contó los días, los días que llevaba en Mbouila, los días que necesitaban Nuno y Gonçalo para llegar a Mpangala, los días que Alfonso necesitaba para llegar donde él estaba. Y llegó a la conclusión de que si Nuno y Gonçalo no estaban prisioneros o muertos, dentro de tres días como máximo sabría cuál de los reyes kongos, Mpanzu o Alfonso, había conseguido engañar al otro.

IX

Estaba equivocado. Lo comprendió la noche del día siguiente. Se despertó convencido de que lo había despertado un trueno. Pero no era el tronar de tormenta. Era el traquido de los cañones de Alfonso.

El primer pensamiento fue para su hijo. Corrió a la otra habitación. Enrique no estaba allí. Mfidi, desnuda, tapándose los pechos desnudos con el kanga, escuchaba con expresión de terror el tronar de los cañones.

—Tú eres el causante de esto, Gil Inis —gritó.

—¿Dónde está Kimpasi?

—Tú le traicionaste. Traicionaste a mi padre y traicionaste a tu hijo. —La muchacha dejó caer el kanga y salió corriendo de la casa.

Gil corrió tras ella en medio de un tremendo aguacero. En aquel momento volvieron a disparar los cañones: los proyectiles y la metralla hicieron blanco en la empalizada por el lado sudoeste de la aldea, arrancando un enorme trozo. Gil se agachó protegiéndose la cabeza con las manos para evitar que los trozos le alcanzaran. El ataque provenía del río. El que los cañones batieran la empalizada significaba que las huestes de Alfonso ya habían cruzado la corriente. ¿Cómo habían llegado hasta allí con tanta rapidez? Quizá sólo era una parte del ejército de Alfonso. Tal vez el cuerpo principal continuaba su marcha hacia la aldea de pescadores en el Lelunda para ejecutar la maniobra de distracción. Gil volvió a correr detrás de Mfidi, convencido de que la muchacha iba en busca de Enrique. Él estaba desesperado por encontrar a su hijo, pues había prometido a Beatriz que lo rescataría de esta guerra.

Sonó el traquido de otra descarga. Esta vez los proyectiles, la metralla y trozos de cadena pasaron por encima de la empalizada y cayeron en los tejados de las casas más próximas. La gente huía de las viviendas. Las cabras, los cerdos y otros animales escaparon de los corrales. Los niños gritaban. Comenzó un incendio. A pesar de la lluvia, las llamas aparecieron en el techo de paja de una de las casas y, debido a la lluvia, se convirtieron en columnas de humo negro. En medio del caos y la confusión, de la lluvia y el humo, Gil perdió de vista a Mfidi. Se detuvo para mirar a su alrededor. Los guerreros, armados con lanzas, flechas, arcabuces, hachas y garrotes, corrían hacia la entrada principal. Las mujeres y los niños, cargados con cestos y bultos,

corrían hacia la puerta que daba al bosque. Comenzaron otros incendios. Pero no sólo era el bombardeo lo que iniciaba los fuegos. Las mujeres incendiaban sus hogares, destruyendo la aldea en su huida mientras escapaban con sus pertenencias, con los niños y el ganado por la puerta este, en dirección al bosque que se extendía detrás de la aldea, en tanto los guerreros corrían a la puerta principal para defender el poblado.

¿Cuántos guerreros de Mpanzu quedaban en Mbouila? Descontados los que formaban el grupo de Bernardo, probablemente el ManiNsundi disponía de unos mil quinientos. Y Alfonso, ¿disponía de un número mayor? ¿Esta parte de su ejército que ahora atacaba Mbouila disponía de más de mil quinientos hombres?

Disponía de tres veces más. Gil lo comprobó en cuanto llegó a la puerta principal. El bosque cercano a la orilla del río estaba plagado de guerreros kongos y soldados portugueses, y continuaban llegando más desde la otra orilla. Habían subido cuatro cañones desde el río y los tenían dispuestos en batería en el sendero que subía por la ladera hasta la puerta principal, y los disparaban —a veces fallaba el disparo por culpa de la pólvora mojada— con toda la rapidez que les permitía el obstáculo de la lluvia. Los guerreros y soldados, que corrían desde los árboles que se levantaban junto a la ribera, se agrupaban detrás de los cañones formando una inquieta multitud, haciendo sonar los tambores y los cuernos, izando las banderas que ondeaban al viento, a la espera de que el bombardeo acabara con las defensas de la aldea antes de iniciar el asalto colina arriba.

¿Y las defensas de la aldea? Los guerreros de Mpanzu se reunían detrás de sus propios cañones. Tenían cuatro, dos más de lo que suponía Gil, probablemente capturados a los portugueses en el asalto a Mpangala. Los habían emplazado a unas cien varas por delante de la puerta principal, ocultos entre la alta y espesa hierba de la cumbre. Seguían sin dispararlos cuando Gil llegó a la puerta. Los artilleros los estaban cargando. Mpanzu, enorme e imponente con el tocado de plumas y una expresión de fiereza en su rostro mutilado, supervisaba la carga de los cañones con una sorprendente calma. No vio a Enrique ni a Mfidi por ninguna parte en medio de las nubes de humo y la cortina de agua.

—¿Dónde está Kimpasi? —gritó Gil, atravesando la puerta.

Sus palabras quedaron ahogadas por un fuerte traquido. El primero de los cañones de Mpanzu acababa de disparar. El segundo y el tercero fallaron. A continuación, disparó el cuarto y el retroceso tumbó a los sirvientes. Gil miró colina abajo. Los hombres de Mpanzu eran artilleros inexpertos; hacía muy

poco que habían aprendido a usar estas armas y disparaban demasiado deprisa. Las descargas no llevaban ninguna dirección. Una cayó corta, la otra se desvió totalmente a la derecha. No eran rivales para los artilleros de Rodrigues. Gil vio cómo el sargento corría de un lado a otro de las baterías. Y allí vio a Fernando de Melo al pie de la colina, vestido con la larga capa con capucha, más alto que todos los demás. ¿Y Alfonso? ¿Dónde estaba Alfonso? Quizás era él quien estaba al otro lado del río, dirigiendo a los guerreros que cruzaban la corriente. Antes de asegurarse, tuvo que echarse cuerpo a tierra. Rodrigues devolvía los disparos de Mpanzu con mortífera eficacia.

Un proyectil alcanzó la puerta que se levantaba detrás de Gil y la arrancó de las bisagras. La tierra estalló delante de su cara y se elevó en una amalgama de barro y piedras. Uno de los cañones de Mpanzu resultó alcanzado de lleno. Cayó sobre un costado, atrapando a dos artilleros debajo de la cureña. Trozos de metralla destrozaron los cuerpos de otros dos sirvientes. Las llamas lamían los techos de las casas y chisporroteaban en la hierba húmeda. Entonces se oyó un griterío escalofriante, un aullido salvaje que helaba la sangre. Gil se levantó de un salto, seguro de que los hombres de Alfonso estaban a punto de iniciar la carga. Pero no eran los hombres de Alfonso los que se lanzaban al ataque, sino los de Mpanzu.

Doscientos guerreros de Mpanzu, blandiendo las lanzas, las hachas y los garrotes, rebasaron la línea de los cañones y, chillando como demonios, cargaron ladera abajo directamente a las bocas de los cañones de Rodrigues. Los alcanzaron antes de que el sargento pudiera volver a cargarlos, y siguieron adelante para lanzarse sobre la masa de los sorprendidos guerreros kongos y soldados portugueses que esperaban detrás de los cañones. Rodrigues cayó a tierra, Gil lo vio caer, pisoteado en el fango, y vio a De Melo que escapaba, con los faldones de la capa ondeando al viento.

Pero era una carga suicida. Superados en número de diez a uno, de veinte a uno, aquellos doscientos nsundis no tenían ninguna oportunidad. Fueron engullidos por la multitud rival que los apaleó, acuchilló y disparó en un súbito, feroz y sangriento combate cuerpo a cuerpo. Que se trataba de un ataque suicida fue subrayado por el hecho de que, en medio del combate cuerpo a cuerpo, Mpanzu ordenó a sus cañones que dispararan otra vez, sin preocuparse de si sus hombres o los de Alfonso morirían en la descarga. Esta vez fallaron tres cañones, pero el cuarto estaba apuntando mejor y consiguió un blanco directo en la trifulca, matando por igual a nsundis, kongos y portugueses. Gil se volvió hacia Mpanzu con una expresión de horror y de

asombro. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué enviaba a aquellos hombres a una muerte segura?

Enseguida comprendió el motivo. El ataque y las descargas representaban una diversión. A cubierto del ruido, el humo y el combate, mientras el enemigo se veía momentáneamente sumido en un profundo caos, las fuerzas de Mpanzu se batían en retirada. En grupos de treinta y cuarenta y después por centenares, los guerreros nsundis abandonaban las posiciones para escapar tras las mujeres y los niños, atravesando la aldea, para salir por la puerta este para ganar el bosque. La maniobra de Alfonso había funcionado. Mpanzu, pillado por sorpresa, se retiraba a toda prisa. No era tan tonto como para enfrentarse a su hermano en una evidente inferioridad numérica. Con el ataque suicida, con las descargas de artillería, sacrificaba a unos pocos y salvaba a muchos para que pudieran volver a combatir otro día en algún otro lugar.

—Es la hora, ManiNsundi.

Gil se volvió rápidamente al reconocer la voz del que hablaba.

Enrique apareció a todo correr entre el humo y la lluvia, sucio de hollín y de barro, armado con un arcabuz.

—No puedes esperar más, ManiNsundi:

Gil miró colina abajo. La salvaje y suicida carga de los doscientos nsundis se aproximaba rápidamente a su previsible final. Más de la mitad yacían muertos o agonizantes, y los restantes eran empujados hacia el río, donde acababan de rematarlos tiñendo de rojo las aguas castigadas por la lluvia. Muy pronto los guerreros kongos y los soldados portugueses volverían a volcar su furia contra Mbouila. Si Mpanzu tenía que escapar, le quedaba muy poco tiempo. Pero no parecía estar pensando en la fuga. Estaba preocupado en ordenar otra descarga de la artillería, y siguió sin hacer caso de la advertencia de Enrique.

Así que Gil intervino.

—Vete, ManiNsundi —gritó mientras corría para sujetar a Mpanzu por un brazo—. Vete ahora y salva la vida.

Mpanzu se volvió para mirarlo con una expresión de incredulidad.

—Llévatelo de aquí, Kimpasi. Ve con Kimpasi, ManiNsundi. No debes ser capturado.

Los kongos y los portugueses se estaban reagrupando. Rodrigues estaba otra vez de pie. Allí se encontraba Alfonso, con el tocado y las pinturas de guerra, armado con la lanza y el escudo, un rey guerrero, abriéndose paso

entre las tropas para asumir el puesto de comandante en la vanguardia del ejército. Sólo faltaba una orden para acabar el asalto a la colina.

—Vete deprisa, ManiNsundi —gritó Gil—. No hay tiempo que perder. Yo dispararé el cañón por ti. Yo dispararé el cañón para detenerlos mientras tú te vas.

Gil corrió al cañón.

Pero lo habían cargado demasiado deprisa y la pólvora estaba mojada. Le estalló en la cara.

* * *

La lluvia le empapaba el rostro. Intentó mover la cabeza pero el dolor era insoportable y volvió a hundirse en el agujero negro de la inconsciencia donde había un poco de alivio. Las llamas naranjas lamían los bordes del agujero negro y olía el humo acre del fuego, pero mientras permanecía quieto no notaba el terrible dolor. Así que toleró la molestia de la lluvia, imaginando que aplacaba el fuego de su dolor. ¿Cuál era la causa del dolor? Surgía de un punto entre los ojos para irradiarse por todos los miembros, músculos, tendones y huesos de su cuerpo, pero no tenía memoria de la herida que lo había provocado. Sólo recordaba un súbito golpe en aquel punto entre los ojos. ¿Tenía rota la nariz? ¿Le habían fracturado el cráneo? ¿Había perdido los ojos?

Sin duda se había movido o lo habían movido porque la lluvia ya no le empapaba el rostro. ¿O había dejado de llover? Decidió hacer un esfuerzo para salir del letargo, a pesar del dolor, porque no quería seguir allí cuando comenzara a llover otra vez. Así que, con los ojos cerrados, aferrándose a la anestesia de la inconsciencia, hizo un esfuerzo. Movi6 los dedos de los pies. Cerró los dedos de una mano y después los de la otra. Levantó una mano y la puso sobre el pecho, y después la otra. A continuación, lenta y cuidadosamente, acercó una mano a la cara y tocó el punto de dolor entre los ojos. Estaba cubierto de barro. Se pasó los dedos por la frente, después por el puente de la nariz y por último por la espesa barba que le cubría las mejillas. El dolor venía de un lugar muy profundo en el interior de la caverna de la cabeza, no de la superficie, que sencillamente latía, muy hinchada y por la que corría un fluido caliente y pegajoso. El fluido era sangre. Sangraba por la nariz, por la boca y los oídos. Tenía la sensibilidad suficiente para darse

cuenta de que los leves movimientos de la mano y la exploración de la herida le causaban la hemorragia.

Tenía fracturado el cráneo. Era posible, a la vista de la hinchazón, que también tuviera destrozadas la nariz y las mejillas, pero reconoció que la hemorragia por la nariz, la boca y los oídos era una señal indiscutible de que se había fracturado el cráneo cuando el cañón le estalló en la cara. Y ahora recordó cómo había ocurrido: Alfonso mandaba la carga colina arriba, Mpanzu y Enrique corrían detrás de los nsundis que se retiraban hacia el santuario del bosque, él, Gil, iba a disparar el cañón para demorar la carga de Alfonso y dar tiempo a Mpanzu y Enrique para escapar. El estallido del cañón en su cara. Volvió a poner la mano sobre el pecho y abrió los ojos.

Era de día, el cielo estaba encapotado, pero con alguno que otro rayo de sol que se colaba por los claros entre nubes. ¿Era el mismo día que había explotado el cañón o días más tarde? Volvió la cabeza hacia un costado y miró por encima del borde de la galería. Un soldado portugués se encontraba en su línea de visión. Se había quitado el casco y se enjugaba el sudor. El soldado se apartó y luego pasó una procesión de mujeres, ancianos y niños cargados con leña y paja. Dos soldados los seguían gritándoles en portugués con voz áspera, y ellos también desaparecieron de su vista. Por lo que alcanzaba a ver, sin levantar la cabeza y sin volverse para no sangrar otra vez, juzgó que la galería en la que estaba tendido pertenecía a una de las casas encantadas en el lado oeste de la plaza de Mbouila, no muy lejos de la puerta principal. Intentó levantarse apoyado en un codo para mirar hacia la plaza.

—No debes levantarte, señor. Volverás a sangrar.

Gil reconoció la voz. Nuno y también Gonçalo estaban con él en la galería. Sin duda habían vuelto con el ejército conquistador de Alfonso y lo habían encontrado tendido entre los muertos y los moribundos. Uno de ellos le limpió la sangre que le chorreaba de la nariz con un trapo húmedo.

—Ayúdame —gruñó Gil, que contuvo el aliento y se mordió el labio inferior mientras conseguía sentarse con ayuda de Nuno que le sostenía por la espalda.

Centenares de personas se encontraban amontonadas en el fangal que era la plaza, unos sentados sobre los talones, otros arrodillados o moviéndose inquietos y algunos tendidos boca abajo en los charcos. Los soldados portugueses y los guerreros kongos los vigilaban. Los edificios alrededor de la plaza estaban en ruinas, el humo de los incendios que los habían destruido se alzaba como una niebla gris, o como nubes bajas, pero la estación de las lluvias llegaba a su fin. Los rayos de sol que se filtraban entre los claros del

cielo encapotado brillaban en las nubes de humo, burlándose de las desgracias de la gente amontonada en la plaza. Eran los cautivos, los guerreros rebeldes, las mujeres y los niños que no habían conseguido escapar. ¿Cuántos eran? Quinientos, seiscientos o quizá setecientos, de los cuales la mitad eran guerreros y el resto mujeres y niños. Así que por lo menos un millar de guerreros habían conseguido huir para volver a luchar otro día en algún otro lugar. Intentó ver si Mpanzu y Enrique se encontraban entre ellos o eran de los afortunados que habían conseguido escapar. No lo consiguió. La cabeza le dolía muchísimo por el esfuerzo para mantenerse sentado, se le nublaba la vista, y estaba a punto de desfallecer de dolor. Una cruz de madera de unos veinte pies de altura se alzaba en la plaza: ¿un emblema del triunfo de la cristiandad sobre los paganos nsundis? Monseñor De Sousa estaba de pie junto a la cruz mientras la procesión de mujeres, viejos y niños que había visto pasar apilaban la leña y la paja en la base de la cruz.

—Vuelve a sangrar, señor —dijo Nuno y, una vez más, le limpió el rostro con el trapo húmedo—. Tienes que acostarte.

Gil apartó el trapo y miró la paja y la leña apilada en la base de la cruz. ¿Para qué sería? Le recordaba alguna cosa. Pero entonces vio a Fernando de Melo y olvidó todo lo demás.

Con la capucha de la capa bien ceñida a su cabeza, eternamente fría, y las manos ocultas en las mangas, el hombre alto, flaco y espectral que ahora era gobernador de los kongos, se movía lentamente, al parecer sin rumbo fijo, entre los cautivos de la plaza. Le precedía Rodrigues, que iba con el machete abriendo paso entre los cuerpos apretujados. Y un paso más atrás del gobernador, sin el tocado ni la pintura de guerra, pero descalzo y vestido sólo con el kanga, iba Alfonso, sin ninguna herida aparente pero completamente agotado. Miró hacia donde estaba Gil, pero tenía los ojos desenfocados y no advirtió que Gil había recuperado el conocimiento y estaba sentado. El rey se detenía cuando De Melo se detenía y avanzaba cuando De Melo avanzaba, como si estuviera en trance.

Mientras Gil observaba, sostenido por los brazos de Nuno, De Melo se detuvo a inspeccionar a un grupo de infelices cautivos acurrucados a la sombra de la cruz. Se encogieron ante su presencia, con los ojos bajos, las carnes desnudas, temblando de miedo. De Melo sacó las manos de las mangas, obligó a un joven guerrero a ponerse de pie y pasó sus largos y huesudos dedos por la carne temblorosa, probando la firmeza y el tono de los músculos. Después miró a Alfonso. Con expresión cansada y grave, el chirlo encendido, Alfonso asintió. Rodrigues llamó a un alabardero.

Una mujer chilló al tiempo que se levantaba de un salto. Una niña escondida entre sus piernas cayó al fango empujada por el súbito movimiento y soltó un grito. Rodrigues sujetó a la mujer y la arrojó al suelo junto a la pequeña. La niña se abrazó a la mujer, y tendidas en el fango, se echaron a llorar. Eran la esposa y la hija del guerrero seleccionado y el joven las miró con una expresión de desconsuelo cuando el alabardero se lo llevó.

Lo condujeron más allá de la entrada principal de la aldea. Una veintena de jóvenes guerreros se encontraban allí, acurrucados en la hierba quemada cerca del cañón reventado. Los habían encadenado los unos a los otros con los collares de hierro que llevaban alrededor de sus cuellos. Unos pasos más allá ardía una fogata junto a un yunque donde un herrero portugués forjaba cadenas y collares de hierro. Aunque sin duda estaba caliente, el herrero sujetó el collar acabado de hacer alrededor del cuello del último seleccionado, y lo añadió a la cáfila reunida en la hierba requemada.

Gil volvió a mirar a De Melo. Ahora había hecho levantar a la mujer del guerrero y le palpaba el cuerpo desnudo sin ningún placer especial; al contrario, con cierto disgusto. Y una vez más, con el asentimiento de Alfonso, un soldado portugués se la llevó. El grupo al que la añadieron, formado por mujeres jóvenes, estaba en la parte de dentro de la puerta, desde donde ella podía ver a su marido, pero no tocarlo, desde donde podía hablarle, pero no escuchar su respuesta. El herrero que forjaba las cadenas y los collares para los hombres también forjaba los de las mujeres. La niña, abandonada en el fango, lloró y chilló reclamando a sus padres hasta que una anciana a la que no habían elegido la cogió en brazos. De Melo continuó su recorrido.

Gil se dejó caer en brazos de Nuno y cerró los ojos. Volvía a sangrarle la nariz, le salía sangre por los oídos, notó el sabor de la sangre en la boca, tenía la sensación de que la cabeza estaba a punto de partírsele en dos. Estaba muy mal herido, pero sin embargo comprendía lo que estaba pasando, Alfonso entregaba a aquellos pobres diablos a la esclavitud, los vendía a De Melo para llenar las bodegas de las naves del rey Manuel, los vendía como pago de los tesoros de aquellas naves. Pero se aseguraba de que sólo vendía a aquellos que tenía derecho a vender: a los cautivos hechos en la guerra. ¿Enrique era uno de los cautivos en esta guerra? ¿Lo era Mpanzu? Gil abrió los ojos.

Esta vez vio a Beatriz. Lo mismo que Nuno y Gonçalo, había venido de Mpangala con el ejército de Alfonso y ahora estaba de pie en el fangal de la plaza entre los cautivos. Gil vio inmediatamente por qué estaba allí. Enrique era uno de los cautivos. Estaba sentado sobre los talones, sin mirar a su madre inclinada sobre él, con una mano sobre su hombro mientras le hablaba con

desesperación. Y un poco más allá se encontraba Mpanzu. Y también Mfidi. Todos eran cautivos. Ahora De Melo, con las manos metidas en las mangas, escoltado por Alfonso y precedido por Rodrigues, abriéndole paso con el machete, se dirigía hacia ellos.

Beatriz se giró y al ver a Alfonso, corrió al encuentro de su hermano y comenzó a darle con el puño en el pecho. Él la sujetó por las muñecas y la mantuvo apartada mientras contemplaba, con su expresión de total agotamiento, a De Melo y a Rodrigues que continuaban acercándose a Enrique. Beatriz increpó a su hermano, retorció los brazos hasta zafarse de él y regresó junto a su hijo, para interponerse entre él y De Melo. Gil comprendió que intentaba proteger a Enrique, intentaba librarlo de la selección.

—¡Mbemba! —gritó Gil.

En realidad, no fue un grito; fue un gemido estrangulado por su propia sangre y nadie, excepto Nuno y Gonçalo, lo oyó. Así que luchó por ponerse de pie, luchó para llegar hasta Alfonso. Y a pesar de que ambos estaban en contra y murmuraron advertencias de que sólo empeoraría haciendo esto, Nuno y Gonçalo lo ayudaron. Pero en cuanto estuvo de pie, le flaquearon las rodillas, y en el intento de alcanzar los escalones de la galería, rodó por los peldaños. El accidente atrajo la atención que no había podido conseguir con sus débiles gemidos. Alfonso se volvió hacia él y Beatriz corrió en su ayuda. Nuno lo sentó en el último peldaño.

—Salva a nuestro hijo —le suplicó Beatriz, dejándose caer de rodillas delante de Gil—. Apártalo de esos esclavistas.

—¡Mbemba!

De sus labios sólo brotó un gemido inaudible, pero Alfonso vio la mirada en los ojos de Gil, y también se acercó.

—Me lo debes, Mbemba.

Alfonso se sentó sobre los talones junto a Beatriz.

—¿Qué has dicho?

De Melo había interrumpido la selección y, con Rodrigues a su lado, que golpeaba el machete contra el muslo con actitud impaciente, miraba a Gil. Monseñor De Sousa estaba junto a la pira en la base de la cruz y también se había vuelto hacia él.

—No oigo lo que dices, Gil.

—¿No te he demostrado mi lealtad? ¿No encontré a Mpanzu para ti?

—Lo hiciste.

—Entonces, a cambio me debes la libertad de mi hijo.

—Él tiene su libertad. Le perdoné la traición y le devolví la libertad en agradecimiento a ti. Pero la rechaza.

—¿La rechaza?

—No dejes que la rechace —interrumpió Beatriz—. Apártalo de ellos. No permitas que se vaya con ellos.

—¿Irse con ellos? ¿Irse con quién? ¿Dónde?

—Dice que es su sacerdote —añadió Beatriz, dominada por la excitación que la embargaba—. Dice que es el sacerdote de estos rebeldes y que debe acompañarlos allá donde vayan. Incluso iré con ellos como esclavo a Brasil.

Gil miró a Enrique. El joven acababa de descubrir que su padre estaba vivo y le devolvió la mirada al tiempo que sonreía con su amarga y triste sonrisa.

—No dejes que lo haga, Gil. Sálvalo. Se niega a escucharme. Pero quizá quiera escucharte a ti. Ve con él. Háblale.

Beatriz cogió las manos de Gil, e intentó que se levantara, pero estaba claro que no podía. La sangre le manaba de la nariz y los oídos, y tenía los ojos en blanco.

—Yo te lo traeré —dijo Beatriz, y se apartó.

—No, Nimi.

Ella miró a su marido.

—No servirá de nada. Tampoco querrá escucharme a mí. Ha hecho su elección. —Gil volvió a mirar la sonrisa triste en el rostro de su hijo—. Ha escogido ir con Mpanzu contra los portugueses como tú y yo escogimos ir con Mbemba a favor de ellos.

—Yo nunca lo escogí.

—Lo hiciste, Nimi. Lo escogiste cuando dejaste que te hicieran de nuevo princesa en tu propia tierra. Y éste es el precio que debes pagar por ello, la esclavitud de tu hijo. Lo mismo que la esclavitud de toda esta gente es el precio que Mbemba debe pagar para que su reino sea parte del mundo más grande.

Alfonso se puso de pie y volvió la espalda a Gil.

—El NgangaKongo lo predijo —cortó Gil.

Y entonces se oyó un terrible lamento en la plaza como si la gente que estaba allí hubiese escuchado una vez más la profecía del viejo hechicero.

Pero no se trataba de eso. La razón era que Alfonso había levantado la mano para señalar a De Melo que continuara con la selección. Y De Melo había ido a escoger a Mpanzu, su príncipe y señor.

El gigantón Mpanzu, despojado de sus atavíos guerreros y cubierto sólo con un taparrabos, no esperó a que lo obligaran a levantarse. Se levantó con una expresión de desafío en su rostro desfigurado en cuanto De Melo vino a por él. Su hija, Mfidi a Mpanzu, desnuda como cuando Gil la viera por última vez corriendo asustada por los cañonazos, se levantó para coger la mano de su padre. Y aunque De Melo había pasado a su lado sin hacerle caso, Enrique también se levantó. Beatriz intentó correr hacia su hijo, pero Alfonso se lo impidió.

—No, *mbakala* —gritó, retorciéndose entre los brazos de su hermano.

Enrique la miró un instante, con su triste sonrisa, para luego acercarse a Mpanzu. Pero, por lo visto, él no iba en la cáfila de esclavos del príncipe nsundi. Un soldado le hizo retroceder de un empujón. Mfidi tampoco formaba parte de la cáfila de Mpanzu. Sin embargo, no era fácil separarla de su padre; sujetaba su mano con todas sus fuerzas. Así que Rodrigues se encargó de separarlos. Le golpeó la mano con el machete hasta que sangró, y Mpanzu, hablándole con suavidad, apartó los dedos de su hija para evitarle mayores daños. Incluso así, ella intentó permanecer a su lado, llorando amargamente. Enrique la apartó y la abrazó con fuerza mientras se llevaban a Mpanzu.

Pero no se lo llevaron por la puerta principal para encadenarlo a la cáfila de los jóvenes guerreros. Le condujeron hasta el obispo De Sousa, que estaba junto a la pira, en la base de la cruz con el breviario en las manos.

—Harán al ManiNsundi cristiano, señor —susurró Nuno al oído de Gil.

Y a Gil se le vino a la mente para qué servía una pira al pie de la cruz.

—¿Permitirás esta crueldad, Mbemba? —preguntó con su voz estrangulada—. ¿También pagarás este precio a los portugueses?

Alfonso no le hizo caso. Comenzó a caminar hacia Mpanzu. De Melo, con las manos metidas en las mangas de la capa, se apartó. Rodrigues hizo una señal y dos soldados se adelantaron presurosos, uno cargado con un rollo de cuerda, el otro con una tea encendida. El obispo De Sousa abrió el breviario y comenzó a rezar.

—Hacen arder al señor de los nsundis para que ningún nsundi vuelva a rebelarse nunca más contra el rey cristiano del Congo —dijo Nuno, sosteniendo a Gil entre sus brazos.

El soldado con el rollo de cuerda empujó a Mpanzu hasta la pira y lo ató a la cruz. Alfonso cogió la tea de la mano del otro soldado y Gil cerró los ojos cuando Alfonso acercó la tea a la pira y la pira comenzó a arder.

EPÍLOGO

Una semana después de su captura, los doscientos cuarenta y ocho guerreros nsundis, su sacerdote renegado el padre Enrique Eanes, las doscientas treinta y tres mujeres nsundis con sus hijos, y la hija de su príncipe, Mfidi a Mpanzu, fueron conducidos desde la región interior de las mesetas a través de la selva de los mbatas hasta las cinco naves portuguesas de la flota del rey Manuel ancladas en la cala de Santo Antonio do Zaire. Fueron conducidos y vigilados por un millar aproximado de guerreros kongos y cien soldados portugueses porque se temía que los rebeldes escapados de la batalla de Mbouila, al mando de Bernardo, pudieran intentar el rescate durante el trayecto. A fin de cuentas, resultó ser una precaución innecesaria. Evidentemente, el horror de la muerte de Mpanzu en la hoguera acabó con el ánimo de rebelión de todos los nsundis. De este modo, los cuatrocientos ochenta y tres esclavos, agrupados en cinco cáfilas separadas, llegaron a la costa sin ser molestados, el día de la festividad de la Natividad de la Virgen (8 de septiembre de 1502), a los veinte años más o menos de que la primera nave portuguesa, la *Leonor*, al mando de Diego Cão, navegara por el estuario del Zaire.

Lo que pasó con estos esclavos —los primeros transportados desde el Congo por el Atlántico hasta el nuevo mundo— nadie lo sabe con exactitud. De acuerdo con los cuadernos de bitácora de la flota, una de las naves se perdió en el mar con toda la tripulación y la carga a los cuarenta y dos días de viaje en medio de una terrible tempestad, y más de cien nsundis murieron en las bodegas de las otras naves por falta de agua. Pero si Enrique y Mfidi se encontraban entre los desaparecidos en el mar o entre los que llegaron a Brasil es algo que no se sabrá nunca. Los registros de las subastas de esclavos en el asentamiento portugués situado en la desembocadura del río Enero no contienen ningún nombre.

Gil Eanes murió en Mbouila. Durante algún tiempo, se creyó que se recuperaría de sus heridas, pero al primer intento de llevarle de regreso a São Salvador se le reprodujo una hemorragia masiva, y exhaló el último suspiro sin recobrar el conocimiento. Beatriz se llevó el cadáver y lo hizo enterrar en

una nave de la catedral de São Salvador. La muerte de su marido y la pérdida de su hijo la vincularon todavía más con sus creencias. Se negó a reconocer cualquier falta de lógica en su postura; en su dolor y confusión se negaba a reconocer que la muerte y la pérdida que lloraba eran consecuencia de la fe en la que ahora buscaba solaz.

Con el auto de fe de Mpanzu se restableció la paz que él había alterado, y la evangelización del reino y la modernización prometida en el *regimento* del rey Manuel el Afortunado, guía del reinado de Alfonso, continuaron. El precio que había que pagar por ello estaba muy claro, pero era un precio que Alfonso, en sus sueños de pertenecer a un mundo más grande, estaba dispuesto a pagar siempre que el número de esclavos tomados como pago se mantuviera dentro de unos límites razonables.

Pero no se mantuvo dentro de unos límites razonables. Era imposible. El rápido aumento de los asentamientos portugueses y el desarrollo de las colonias en las Indias Occidentales y Brasil, más la feroz competencia entre Portugal y España y más tarde entre todo el resto de Europa, generó en un plazo trágicamente corto una ilimitada demanda de esclavos. El comercio de esclavos negros se convirtió rápidamente en el principal negocio de Europa en África, generando increíbles ganancias y fortunas de fábula. Prácticamente todos los barcos que navegaban hacia el Congo eran barcos negreros; prácticamente todos los hombres a bordo de aquellos barcos eran traficantes. Los albañiles, los carpinteros, los comerciantes y los soldados que habían venido a colaborar en la modernización del reino, incluso algún sacerdote que había venido a ocuparse de su evangelización, fueron incapaces de resistirse a las grandes ganancias y se metieron de lleno en tan nefando negocio. Lo mismo hicieron los kongos. Los caciques, los jefes, los señores y los príncipes se convirtieron en los imprescindibles intermediarios del comercio humano, equipando partidas de cazadores de esclavos, organizando subastas, vendiendo a sus propios sirvientes y vasallos a cambio de las armas que necesitaban para cazar más esclavos. A la vista de que se podía vender como esclavos a los prisioneros de guerra, fomentaron las guerras; y como se podía esclavizar a los criminales, fomentaron el crimen, y muy pronto los centenares capturados al principio se convirtieron en miles y los miles en decenas de miles y en medio millón en el transcurso de los años y de los siglos venideros.

Muy poderoso y muy digno príncipe y rey, mi hermano, cuán excesiva es la libertad dada por tus funcionarios a los mercaderes a los que se autoriza a venir a este reino. No

podemos llegar a valorar el daño que hacen. Los mencionados mercaderes capturan a diario a nuestros súbditos, a los hijos de la tierra y a los hijos de nuestros nobles, y a los vasallos y a sus parientes. Ladrones y hombres sin conciencia cazan a nuestras gentes y las venden; tan grande es, señor, su corrupción y su desenfreno que nuestro país está siendo despoblado.

Éste es un párrafo de una de las muchas cartas —más de un centenar— que Alfonso le escribió al rey portugués para protestar por la terriblemente rápida y, desde su punto de vista, completamente inesperada e inaceptable escalada del comercio de esclavos en el Congo. De ese centenar de cartas, veintidós se han conservado y pueden leerse en los viejos archivos reales de Lisboa. Comenzó a escribirle directamente a Manuel (y después a su sucesor Juan III) sólo después de que sus repetidas quejas a Fernando de Melo fueran desatendidas. Pero el rey portugués tampoco le hizo caso a pesar de su insistencia. Hasta qué punto se llegó a esta situación, se echa de ver muy claramente en otra de las cartas de Alfonso que fue entregada en mano por seis adolescentes enviados a Lisboa para estudiar en el Colegio de Santo Eloi.

Rogamos a Su Excelencia que les provea de protección y alojamiento y que se les trate de acuerdo con su rango, como parientes nuestros de la misma sangre. Os recordamos esto y solicitamos vuestra atención porque enviamos, de este reino al vuestro, a diez jóvenes muy bien dotados para aprender el servicio de Dios, pero de quienes no hemos vuelto a saber nada hasta el día de hoy: si están vivos o muertos ni qué pasó con ellos, por lo cual no sabemos qué decirles a sus padres y madres.

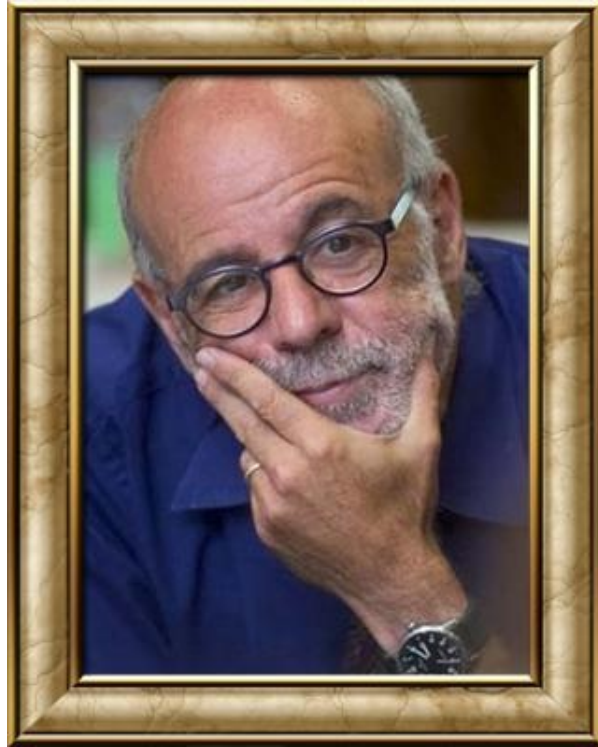
En los archivos aparece lo que sucedió con aquellos diez jóvenes. El barco en que navegaban nunca llegó a Lisboa. Apenas zarpó el barco del puerto de Santo Antonio do Zaire, puso rumbo a Río de Janeiro y los diez jóvenes fueron vendidos como esclavos.

Rechazado cruel y repetidamente por el soberano portugués —las veintidós cartas forman una conmovedora letanía de peticiones rechazadas y apelaciones desatendidas—, Alfonso hizo un heroico intento por recuperar el control de su reino de manos de los traficantes. Dictó un real decreto prohibiendo la trata de esclavos dentro de las fronteras del reino, y amenazó con las penas más severas a todos aquéllos a los que se encontrara

participando en ellas. Fue una orden desesperada y, en última instancia, inútil. No sólo los traficantes portugueses estaban dispuestos a desafiarla, también los traficantes kongos la rechazaban.

Se urdió una conspiración y el atentado se cometió el día de Pascua. Mientras Alfonso asistía a la misa, ocho soldados portugueses, armados con arcabuces, entraron en la catedral de São Salvador. La reina madre, Leonor, intuyó sus intenciones y se arrojó delante de su hijo. Dos de los disparos la alcanzaron en el pecho y murió en el acto. Un tercer disparo hirió a la reina Inés y otro a la princesa Beatriz. Los cuatro disparos restantes fallaron el blanco, y uno le arrancó la cabeza al Cristo del crucifijo del retablo. Nunca nadie descubrió quiénes fueron los asesinos. Escaparon de la catedral y nunca fueron capturados, pero el atentado acabó con cualquier pretensión de hermandad entre el ManiKongo y el rey de los portugueses, y también acabó con los últimos restos del sueño de Alfonso.

No se sabe cuánto tiempo más vivió Alfonso después de aquel episodio. La fecha de su muerte varía según las crónicas. Unas dicen diez años, otras quince y algunas veinte. Si vivió tanto, tuvo el tiempo suficiente para ser testigo de la completa destrucción de su reino. Porque para esas fechas, los traficantes de esclavos, blancos y negros, se habían hecho con el Congo, habían arrasado selvas y llanuras, incitado a la guerra entre provincias, ciudades y pueblos, enemistando a caciques y jefes, sembrando la discordia entre todos los señores y príncipes contra el rey. Hasta finales del siglo XIX el Congo fue gobernado por potencias europeas, y desde la muerte de Alfonso hasta esta última fecha, en las crónicas aparecen los nombres de más de cincuenta ManiKongos. Pero no eran más que reyes de nombre y su reino, sometido al más brutal y despiadado pillaje a lo largo de los siglos, sólo era un fantasma del reino que Diego Cão había descubierto por casualidad cuatrocientos años antes.



PETER FORBATH (Estados Unidos, 1931 - Manhattan, Nueva York, Estados Unidos 1996). Fue historiador, novelista y periodista.

Trabajó como corresponsal de la revista *Time* en África, y para ella cubrió guerras como la de Vietnam, la guerra civil de Chipre, la Guerra de los Seis Días en Oriente Medio y la invasión de Checoslovaquia en 1968.

Además, ejerció una variada actividad literaria, con ensayos y novelas como *El último héroe* y *El señor del Congo*.

Notas

[1] Conocido en España con los nombres de Diego Cam, Diego Cão y Diego Cano. (N. del T.) <<

[2] Se da la medida expresada en varas por ser la más próxima a la longitud de la yarda. (*N. del T.*) <<